MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XIV

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XIV

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1956

TRES PERSONALIDADES *

Por don ALFONSO CRAVIOTO.

SEAN mis primeras palabras, de gratitud muy cordial para esta insigne Academia, por el honor que recibo al acogerme en su seno como su Miembro de Número.

Soy de una generación que combatió obstinadamente el funesto "Academismo", y continúo creyendo ahora que los de entonces hicimos bien. Nosotros sosteníamos la libertad más completa, dentro del natural equilibrio que requiere el Arte, y rechazábamos lo que por aquel tiempo se llamó la anquilosante receta. Donde esta lucha tuvo caracteres más efectivos fue en la Academia de Bellas Artes, cuando se llegó hasta la creación de las Escuelas de Pintura al Aire Libre, en las que sólo se daba a los alumnos el material necesario para sus prácticas, quedando ellos en plena libertad para exteriorizar su impresión frente al paisaje. El resultado inicial fue halagador por su originalidad y su completo sincerismo. Y las exposiciones de estos trabajos tuvieron éxito justificado, no sólo aquí sino en todos los países amigos adonde se les exhibió.

Pero la repetición de tales andanzas artísticas fue prueba plena de que el Arte es algo mucho más serio que una mera improvisación. Los estudiantes de las Escuelas al Aire Libre acabaron por irse imitando o copiando unos a otros al resolver determinados problemas técnicos; y las obras, que al principio tuvieron la frescura de lo espontáneo, terminaron por caer en la repetición mediocre de lo incipiente, llevándonos a concluir que la tradición de la Academia es poner, al alcance de todos, la experiencia y los hallazgos que los mejores han ido realizando a través de las centurias; pero sin coartar la libertad individual, para que ésta llegue a florecer en lo que en Arte se llama la Personalidad.

Tal es la síntesis ideológica que explica mi presencia, convencida y entusiasta, en esta ilustre corporación, que ha sabido reunir siempre a hombres de

---

* Discurso de ingreso como académico de número, pronunciado el 21 de agosto de 1950. Reproducido del impreso por el autor.

los más representativos, constituyendo así la floración más valiosa del pensamiento literario nacional.

Fueme dado en suerte ocupar la vacante que se produjo con el fallecimiento sensible del muy preclaro don Luis González Obregón, a quien todos debemos orientaciones muy doctas y realizaciones muy bellas, de mérito perdurable.

Supo don Luis González Obregón seguir la ruta que trazó don Ricardo Palma en sus bien famosas tradiciones Peruanas; pero don Luis llegó a adaptar el procedimiento a las añosas callejas de nuestra ciudad, dándoles un prístino sabor de conseja que culmina, sobre la urbe antañosa, como esplendente capelo de evocación y de leyenda que más tarde aumentará en radiaciones vetustas la talismánica pluma del afamado cronista don Artemio de Valle Arizpe.

Fue don Luis González Obregón hombre de imperturbable culminación, que siempre daba la impresión de tranquilo atardecer. Aquella lumínea inteligencia era lo opuesto a la de un orador. No se exteriorizaba con brillo; se especializaba en el matiz, en el tono menor, en la sordina. Pero qué prodigio de suscitación, qué magia de sugerencia la que realizaba. Era como un Nocturno de Chopin que empleara las palabras a la manera de las notas, y articulaba los silenciosos como un clarín del infinito. El silencio es la voz más sonora del misterio. ¡Alma del silencio, música de Dios!

Debo a don Luis González Obregón haberme llevado a formar parte de la Academia de la Historia y haberme hecho pensar que esta importante disciplina se encuentra por ahora en sus comienzos. La Historia no sólo debe dirigirse al conocimiento del pasado. La Historia debe proyectarse hacia el futuro. La Historia debe constituir la Astronomía social del porvenir. Y así como la Astronomía actual predice un eclipse, la Historia habrá de predecir un acontecimiento, los hombres no son complicados sino en la manera actual con que se les enfoca. Viéndolo bien, son más nuestras pitadas que las efectivas pitas que nos mueven. La actividad de un hombre está en conseguir lo necesario para su vida, y en alcanzar los objetivos que se propone; y llega hasta sacrificarse por su familia, por su patria, o por su religión. La entremezcla de estos fines constituye la aparente complicación de la conducta humana. Parecen los colores multiplicarse indefinidamente, pero en realidad sólo hay tres colores fundamentales. Algún día los hombres se darán cuenta completa de esto, con todas sus consecuencias profundas, y la humanidad redimida, alejando sus discordias, encauzará sus destinos hacia el rumbo infinito del amor.

Tócame hoy, por inesperado azar fortuito, ocupar el sillón académico que otrora honraran grandemente el insigne D. Joaquín D. Casasús, y el no menos conspicuo D. Enrique Martínez Sobral. Si Casasús fue modelo de efusión activa y de bondad siempre en obra, Martínez Sobral fue el arquetipo de lo que debe ser un caballero. Dos hombres radiosos que se adueñan de

nuestra admiración, pero que antes avasallaron nuestro afecto. Dos excelentes hombres de letras, pero que fueron, sobre todo, economistas.

Allá va Casasús con su cuerpo menudo que apenas puede con su magno espíritu. Le flota la perilla como airón de triunfo, y se le esfuman los ojos acostumbrados a la mirada interior. Va a presidir el Liceo Altamirano, constante siempre en su culto para el indio formidable, o va a pensionar a los jóvenes artistas que en estudio manda a Europa. Lleva en la cartera sus traducciones latinas, y suele aportar a veces sonetos virgilianos. Catulo es su deleite cuando no lo acapara Stuart Mill. El sabe atesorar las riquezas espirituales con el mismo trazo docto con que delinea la materialidad económica, y pensionando a jóvenes valiosos, indica noblemente que sobre el oro prima el alma.

Fui Embajador de México en Guatemala cuando Enrique Martínez Sobral arreglaba la hacienda pública de aquel hermoso país. El, presidía el Club de Rotarios que me ofreció un agasajo inolvidable, y desde entonces, Martínez Sobral y yo, trabamos intimidad que mucho me honra. Cuán lejos de pensar que al cabo de los años yo habría de sucederle en la Academia.

Era Martínez Sobral de castellana catadura, amplia la frente y barba moderada; con hombros vacilantes que a veces se doblegaban, pero que casi siempre se erguían, de preferencia cuando la línea espiritual marcaba un ascenso, como reclamando el aporte de un pedal subrayante. Su voz tranquila recorría todas las gamas de la expresión: y sus manos solían trazar flúida mímica sugerente. Era como un orador que nunca declamara. Su silla era su silla, y jamás la transformó en tribuna. Pero eso sí, con su calmosa elocuencia, hacía desfilar en su cátedra de lengua nacional toda la fascinación de las obras que no mueren, y todo el deleite de dar nuevas vivencias a los autores inmortales.

Fue Martínez Sobral el primero, en nuestro tiempo, que abrió las pupilas observantes sobre las realidades económicas de nuestro país, y el primero en desbrozar las peculiaridades de nuestra individualidad nacional en materias que bajo su aspecto financiero entrañan efectiva modalidad geográfica y racial. Parece que el ambiente en que se vive llega hasta matizar la índole propia de la economía, dándole a ésta características singulares, del mismo modo que la Medicina ha hallado que no hay enfermedades sino enfermos. Y en este su valioso procedimiento de enfocar, Martínez Sobral no sólo fue un maestro que enseña, sino que se estableció como esplendente faro que guía.

El acucioso Abate González de Mendoza fue el primero en acopiar diligente la bibliografía completa de Martínez Sobral que abarca desde obras literarias iniciales y algunas traducciones importantes, hasta sus recias aportaciones económicas: *La Reforma Monetaria en México, Estudio de Legislación Bancaria, Principios de Economía, con especial referencia a las condiciones mexi-*

canas, Compendio de Economía, La Reforma Monetaria en Guatemala, y *Elementos de Hacienda Pública.*

Román Badillo ha escrito certeramente: "Como todo hombre de gran inteligencia, como verdadero sabio, entendió que no lo sabía todo, y que principalmente en materia de ciencias sociales hay la mayor complejidad, variación en el tiempo y en el espacio, y que la más variable de las ciencias sociales y la más inexacta e incompleta, tenía que ser la ciencia económica, porque suscita pugnas formidables de intereses, agitación constante, guerras interiores y exteriores entre los pueblos, luchas intergremiales, y por esta causa siempre estaba dispuesto a oír un ataque razonado a sus propias doctrinas, y cuando era convencido, declaraba ante sus alumnos que para la siguiente edición de su obra de texto en las Escuelas de Derecho, aparecería tal rectificación y ampliación".

Probidad intelectual que exalta a quien la tiene a la categoría de lo superior.

Es la tendencia más fácil y más humana, pretender llegar hasta el dominio de todo, cuando vamos encontrando todavía con los cada vez más prodigiosos hallazgos de la Ciencia, que acaso la verdad más honda, brotada de boca de hombre alguno, salió de los labios de Sócrates al exclamar: Sólo sé que no sé nada.

Pasamos de la época larga de los átomos a la etapa actual del electrón. Los átomos se han desbaratado en verdaderos sistemas planetarios que guardan, para abajo, en lo pequeño, las mismas proporciones de distancia que hallamos, hacia arriba, en las estrellas. Resulta, pues, que cada hombre es como un universo de electrones, y este universo pequeñísimo tiene fulgor de pensamiento. ¿Por qué no imaginar que el universo verdadero tenga también un alma y también piense? La intuición de los hombres dice: ¡Dios!

Por la excitación de la luz las células se transforman en ojos. Por la excitación del ascenso la Materia se ha transformado en alma. Y por la excitación de su destino las almas se van transformando en conciencia. Si el alma es el espíritu de la materia, la conciencia es el espíritu del alma; una esencia de esencias y sólo cambia la perspectiva ascensional. La más alta sabiduría tiene como fin trascendente elevarse hasta la suprema ignorancia, pero también hasta la suprema comprensión. Saber, no es nada. Entender, eso es todo. Conciencia, conciencia y más conciencia, cada vez más extensa y cada vez más intensa, este es el medio, este es el objetivo y esta es la finalidad. Adquirir más conciencia; tal es la causa de la perenne inquietud de los hombres que nunca parecen satisfechos. Todo está hecho con Amor, por el Amor y para el Amor, y el destino de todo lo que existe es ascender, ascender, ascender siempre, en una proyección constante de lo inmensurable sobre lo inmensurable hasta elevarnos a la conciencia del pulso perenne de la inmensidad, engendrando en todo momento la infinita armonía universal.

POESIA Y ACCION *

Por don Carlos González Peña.

HABÉIS escuchado, señoras y señores, el sobrio discurso con que don Alfonso Cravioto hace su entrada en esta Academia como individuo de Número.

Poesía y acción han señoreado la vida de nuestro amigo, ya predominando la una, ya imponiéndose la otra, cuando no coordinándose ambas en pos de elevado fin. Pertenece Cravioto a la generación literaria que levantó el vuelo corriendo el primer decenio de este siglo. En su ciudad nativa hizo sus primeros estudios y sintió las primeras rebeldías. Después vino a México y pasó por las aulas de la Escuela de Derecho. Destinábasele a ejercer la carrera de abogado, pero ni las acideces de los códigos lograron la doma de su paladar, ni las inquietudes que en su ánimo rebullían le acomodaban a recorrer aquel camino. Otro avizoró: el Arte, y por entero hubo de consagrarse al culto de la belleza.

En la Capital planta su tienda. Es —¡oh, Alfonso, cómo los años pasan!— un mozo bien puesto, aliñado en el vestir, de negra y rizosa melena, pálido el rostro, levemente encorvado de hombros, meditativo, cordial y muy amigo de sus amigos. Irradia simpatía. Atrae e influye. Interésanle los buenos cuadros y, sobre todo, los buenos versos. Es uno de los primeros en cultivar la crítica pictórica. Infatigablemente forja estrofas en pos de nuevas o muy antiguas formas. Señálase entre los garzones de la juventud todavía desperdigada que llegará a formar compacto grupo. Se arrima a los próceres de las letras y algunos de sus botones líricos alcanzan a lozanear en las páginas de la *Revista Moderna.*

Estamos en el apogeo —apogeo que ya empieza a ser crepuscular— del modernismo. No han pasado muchos años de la muerte del Duque Job, y aún florece su culto. Culminan, en la lírica, Nervo, Urbina, Tablada. Se yergue, productora y benévola, una majestuosa figura: Justo Sierra. Perfílase, en fogoso y elegante ímpetu oratorio, el gesto apolíneo de Urueta. Los ojos conti-

* Contestación al anterior discurso.

núan vueltos hacia Europa. Cultura, modas, afeites, perfumes, medicinas; todo nos viene de allá, especialmente de Francia. En escuelas particulares, los niños de acomodadas familias mal aprenden el francés antes de aprender bien el castellano. Músicos mexicanos componen romanzas con letra francesa, por más que en vocingleros patios de las viejas vecindades se cante, con arrobo, la *Perjura*. Hay, en los flamantes barrios suntuosos, casas con mansarda, aquí donde no nieva. Acaso, y sin acaso, aristocráticas parejas ensayen el amoroso coloquio balbuciendo con falso gangueo la lengua de Racine. Textos para la enseñanza están en francés. Se usan el bombín y el plastrón. Se aspira al "chic". Bébese buen coñac. Domina un acentuado, un aferrado extranjerismo, o —como más exactamente cabría expresarlo— un pretendido parisianismo que no deja de ser pintoresco por su traza cimarrona.

¿Qué puede hacer Cravioto —harto lo comprenderéis—, qué puede hacer el crítico de arte y el poeta en flor sino ir a París?

Como no le faltan medios de fortuna, hacia allá se encamina en los frescos años del siglo. Y por cierto que no va solo: le acompaña un robusto mocetón de bigotes kaiserianos, que andando el tiempo será uno de nuestros más deliciosos humoristas: Pepe Elizondo; acompáñale, también, un joven pintor que bebe los vientos por París: Rafael Ponce de León.

Pues bien, ya están allá. París es el centro, el faro del universo. Desenvuélvese una época paradisíaca, como nunca antes el mundo la conoció, y que lleva traza de durar. Todo se antoja maravillosamente organizado. Diríase, la guerra, proscrita. La ciencia es el ídolo al que todos adoran. La ciencia está al servicio del hombre. La ciencia, la industria y la riqueza afirman la paz. Inconsciente se halla el ente humano de su propia barbarie. Se viste bien, se come bien, aunque no todos ni los más vistan y coman. La capital de Francia es una delicia de buen vivir y de alegría; prodigiosa Sibaris donde todo refinamiento y placer tienen su lugar.

Y Alfonso Cravioto y sus compañeros —sobraría recalcarlo— se compenetran de lo que un célebre y afrancesado cronista de entonces llamó el alma encantadora de París. Todo lo ven y lo prueban todo. Allí se encuentran Cravioto con Rubén Darío, el gran poeta que París ignora. Acércase, reverente, a los pontífices de las letras. Tiene la honra de estrechar la mano de Bourget y de Anatolio France. Tocado de chistera y vistiendo saco llégase a la mesa de un café —donde finchado presume y aguarda a los catecúmenos— aquel bardo segundón, griego de origen, que se llamó Jean Moréas, el mismo a quien contó Nervo —y él se lo creyó— que había atravesado el Atlántico sólo por la viva ansiedad de conocerle. Y tal vez igual supusiera Moréas al ver a Cravioto modestamente instalado a su vera.

Visita, en suma, nuestro amigo, monumentos y museos. Le cautiva, en

materia pictórica, una exposición de Eugenio Carrière. Le deslumbran otras muchas cosas. Bueno; pero ya es bastante. Le roe el anhelo de volver. Y vuelve; como también Elizondo. Sólo a Ponce de León se lo tragará la vorágine.

En breves años el mundo —y, desde luego, México— habrá cambiado. La tempestad apunta; aunque no hay todavía asomo de relámpagos.

Va a integrarse la generación del Ateneo. Con una inocente algarada, con un motín literario —inaudito, aun siendo de tal especie, en aquella era porfiriana que nunca antes de motines supo—, echándose a la calle con los estudiantes, organizando un mitin en la Alameda, y lanzando, muy en serio, un manifiesto, hace tal generación acto de presencia. Establécese a poco la Sociedad de Conferencias. En ella da Cravioto una sobre Carrière, enlazando Libertad y Belleza. "¡Lejos del artista —proclama— las preocupaciones que se enroscan al espíritu como las serpientes apolíneas al cuerpo de Laocoonte! Lejos el medio que hostiga, los formulismos que atrofian y las tradiciones que entorpecen. Lejos todos los vasallajes y todas las esclavitudes..." —¿Y quién no reconoce que soplan en tan bravas frases vientos de fronda?

Funda nuestro amigo, a poco, con Luis Castillo Ledón, una batalladora revista literaria —que será el órgano y la bandera de la generación—: *Savia Moderna*. Acondiciónanse las oficinas en las nubes; pues por tal se tiene el quinto y último piso de *La Palestina*, edificio punto menos que considerado a la sazón como aplastante rascacielos y que todavía —modestamente— está en pie, esquina del 5 de Mayo y Bolívar. Desde aquellas descomunales, vertiginosas, asfixiantes alturas, los mozos escritores cantan y discuten. Poco a poco se ha venido operando una transformación, no sólo literaria, antes bien espiritual. Nuevas perspectivas ideológicas se atisban. Tómanse nuevos rumbos, vuélvense los ojos hacia lo propio. Fúndase el Ateneo de la Juventud. Llegan las fastuosas fiestas del Centenario. Erígese la Universidad. Estalla, en fin, rotundo, el trueno de la Revolución.

El grupo del Ateneo hallóse en el cruce de dos caminos: el de la acción y el del pensamiento; el de la lucha y el de las letras. Había contribuido a derribar, había en rigor derribado, merced principalmente al verbo y a las enseñanzas de un joven pensador que fue su lábaro y su guía —Antonio Caso— al fetiche positivista, a la fe intelectualista, fundamento del régimen ya vetusto. No pocos de sus miembros afrontarían la lucha revolucionaria.

Alfonso Cravioto se contó entre ellos. Rebelde lo era por esencia desde sus años de adolescente. Había nacido a la sombra del poder; se había criado en el bienestar si no es que en la riqueza. Sin embargo, en el fondo de su alma, alentaba un fervor: el de la renovación. Le hostigaban el estancamiento político y la injusticia. Volvía sus miradas hacia los humildes. Sentía la

necesidad de un cambio, y de un sacudimiento social que transformara a México.

Lanzado al torbellino de la política, creeríase que su figura se pierde para las letras. En realidad, había escrito poco y publicado menos. Fuera de estrofas y artículos dispersos que, por lo demás, acreditaban una vigorosa personalidad literaria, y amén de la antes mencionada conferencia sobre Carrière, sólo da a las prensas un pequeño estudio acerca de Germán Gedovius. Obsérvese: ya no es un pintor —y gran pintor— extranjero, sino un excelso pintor compatriota el que motiva sus disquisiciones. Le atrae la pintura mexicana y le preocupa la situación de la pintura en México que —antes y en aquellos días— no podía ser más desconsoladora. Proclama a Gedovius como hombre fuerte y admirable porque ha podido sobreponerse al ruin medio acometiendo empresas de ilusión y de arte. "Gedovius —dice— tiene en sí dones magnificentes que en latitudes más propicias se hubieran resuelto en resplandores geniales".

Mas, en fin y resumen de cuentas, y volviendo a nuestro asunto, las actividades de Cravioto se apartarán o entenderemos que se apartan más y más de la creación literaria, bien que en puestos públicos haya sido él un infatigable servidor de la cultura. Es diputado; más tarde, es senador. Entra en la diplomacia y comienza para él el vivir errante.

¿Perdido —hemos dicho— para las letras? No. De pronto nos da una sorpresa...

Conforme al viejo irreemplazable símil, secretamente la abeja no había dejado de libar y de trabajar en el panal. Nada ni nadie podía segar el tenaz impulso lírico. Aquel inquieto, aquel desperdigador de prosas y versos en las hojas efímeras, se concentra, y nos muestra al cabo, reunida con profundo sentido de unidad, con nueva traza y original visión, en admirable libro, su insospechada cosecha.

Es *El Alma Nueva de las Cosas Viejas* una poética evocación de nuestro pasado colonial. Difícilmente se podría imaginar un tan fogoso, un tan armonioso tropel de recuerdos. La sensibilidad que en el evocar alienta, se antoja nueva y desusada por poderosa y a la par por fina; sabio es el arte que a ello se aplica, por la diversidad y magnificencia de combinaciones métricas, por la riqueza de colores y de ritmos. Canta el poeta a la Nueva España; a la edad contradictoria —para valernos de sus palabras— que alumbran así los autos de fe como el brillar de rasos y de porcelanas; a la edad de flor de acero y de luz de coraza en que crepita el crisol donde la raza se funde.

No se trata de un poema coordinadamente dispuesto, ni por manera cronológica ordenado con arreglo al desenvolvimiento de históricos sucesos.

Al contrario: es como una ardiente fantasía en que personajes, escenas, costumbres, paisajes, episodios reales o legendarias figuras apuntan, culminan, fulgen, se apagan, al modo que ocurre en el devenir caprichoso de los sueños. Amanece en la gran ciudad. Pasa un agrio Oidor que no ríe jamás. Al jardín va la novicia. Por los caminos de Anáhuac reviven los misioneros al dulce Francisco de Asís. El poeta nos habla de inundaciones, tumultos, procesiones, torneos. Nos pinta el Paseo del Pendón y el Paseo de la Viga. Siluetas venerables se columbran: Fray Pedro de Gante, Vasco de Quiroga, Fray Bartolomé de las Casas. Ferrado, vemos surgir a Bernal Díaz, que, tras de su armadura, lleva el viril y primigenio candor de una alma pura. El amor triunfa de la muerte en las desgajadas cabezas de los Avilas. Alegra el bufón la adusta corte del Virrey. Con próspero garbo añejo se ostenta el miriñaque. Suena la espineta. Se ensaya la gavota. Hay bautizos de indios y castigos de murmuradores. En solitaria calleja atisba, inquieto, don Juan Manuel. Los oros se asordinan con grises desiguales en el interior de una iglesia, a la hora del crepúsculo. Fiera, estalla la canción del Pirata; mimosa, se insinúa la de la Pilmama. Gime la Llorona. En el jaripeo, un charro de potro nervioso recorre la arena. He aquí a un señor que llega: es el Conde de Regla, el Conde bueno, la luz de cuyos doblones se alza como un faro. Veremos pasar después, al pintor Cabrera, a Sebastián de Arteaga, a Sigüenza y Góngora, a nuestro don Juan, el de las infaustas corcovas. Llueve en el convento y se escucha un rumor leve de rezos. En las pálidas noches, el Sagrario dibuja miríficos encajes. Sobre densa perspectiva de siglos se proyecta, en fin, la figura de Hernán Cortés.

La visión se ha desvanecido. El poeta sale

...del pasado flamígero y sonoro,
con un deslumbramiento de gérmenes de oro
o una ambición muy grande de brotes de futuro.
Nueva España es la madre, y en su oleaje obscuro
nutren nuestras raíces más puras y más hondas,
las savias que en el tiempo convertiránse en frondas,
las yemas que en las horas columpiarán corimbos
y las chispas sagradas que pronto serán nimbos.

Creeríase que esta floración poética, tan elegante, tan penetrada de lo nuestro, fuera presagio y augurio de otros muchos cantos; punto de partida de aún más originales y diversas orientaciones líricas. Error. Al contrario: la musa de Cravioto calla desde entonces. *El Alma Nueva de las Cosas Viejas,* que le coloca muy alto en la poesía mexicana, fue —o al menos continúa siendo hasta ahora —el canto del cisne. Y ello por lo que —caso, en verdad, desconcertante— podríamos llamar un renunciamiento, un sacrificio intelectual.

Torcióle Cravioto el cuello a aquella ave; se apartó de la creación literaria para asumir una gigantesca, hercúlea tarea, que apenas se concibe que un hombre, y sólo un hombre, sea capaz de desempeñar, y que ocuparía el más dilatado y fecundo período de su existencia.

Refiérome al *Diccionario Ideológico,* si es que así, en definitiva, habrá su autor de bautizarlo.

En sus andanzas de diplomático al través de toda Hispanoamérica, salvo el Paraguay, pudo advertir Cravioto que todavía nuestros pueblos usan como lengua viviente muchos giros y expresiones que, fuera de los respectivos países, son considerados como arcaicos, a pesar de su indiscutible raigambre clásica y de su vigoroso poder expresivo.

¿A qué se debe —preguntóse entonces— que términos de significación valiosa vayan trocándose en viejos y acaben por aumentar el número de los arcaísmos?

Pues se debe, simple y sencillamente, primero, al olvido; luego, a completa ignorancia. El idioma se renueva. Va aumentando la vida en intensidad y extensión, y legítimo es que se adopten palabras nuevas para lo que de nuevo ella aporta. Pero, así como aceptamos y usamos lo nuevo, desentendernos de los vocablos magníficos con que de tiempo atrás contamos, raya en lo inconcebible. ¿Y por qué sucede esto? Por una hasta hoy no advertida razón: porque hemos carecido de algún procedimiento eficaz que nos ilustre coordinadamente sobre todo el acervo disponible y al mismo tiempo refuerce nuestra memoria si acaso ésta flaquea.

Tal pensamiento fue el que puso a nuestro amigo en el camino del ideal diccionario por hacer.

"El problema del conocimiento práctico y accesible de cualquier idioma —reflexionaba— ha permanecido hasta hoy dificilísimo y fragmentario, debido a los medios incompletos que para solucionarlo se han usado". Tenemos espléndidos diccionarios, así de las voces de la lengua, como también de carácter técnico y científico; contamos con enciclopedias abundantes. Pero hasta ahora se siente la carencia "de un instrumento efectivo que nos facilite el acceso a todas las posibilidades del idioma, dándonos en cualquier momento los múltiples matices disponibles para expresar una idea".

No satisfacen los diccionarios al uso de esta necesidad. Se concretan a definir con precisión cada palabra y sólo a veces suelen referirse a otras de sentido semejante; presentan los vocablos sin otra liga que la alfabética. Y el conocimiento del idioma no sólo estriba en conocer el significado de las palabras, sino, más que nada, en disponer en cualquier instante del caudal completo de voces con que la lengua cuenta para dar seleccionada forma a cada pensamiento que nos ocurra.

La idea de su diccionario se la suministró en principio a Cravioto la consideración de lo que es una biblioteca ordenada conforme a la clasificación decimal. ¿A qué se reducen los libros para su clasificación práctica en bibliotecas de esta índole? A simples ideas sintéticas que muchas veces se pueden expresar con una sola palabra. La clasificación de los libros no es allí sino clasificación de palabras generales. Había que hacer, pues, "un diccionario agrupando en él todas las palabras como se agrupan los libros en una biblioteca bien ordenada. Es decir, había que apartarse del orden alfabético para tener como fundamental el orden ideológico". Había que convertir el diccionario, "de mera colección alfabética, en una efectiva y clasificada biblioteca de palabras".

Propúsose, pues, Cravioto, ampliar la clasificación decimal extendiéndola a éstas. Mas encontró que aquello era un maremágnum de números poco manejable para la mayoría del público. Al fin, tras de no pocas meditaciones y fatigas, atinó con la clave. Todo consistiría en hacer una pequeña —y rotunda— clasificación de ideas que partiendo de lo concreto llevaran a lo abstracto. "Desarrollé —explica— esta clasificación hasta sus minucias: abarca solamente 552 números, que se pueden subdividir con otros números simples y con las letras del alfabeto para los detalles; y esto constituyó la base y la urdimbre de trabajo. Después vino la clasificación minuciosa de todo el caudal del idioma, numerando palabra por palabra todo lo que me fue dado captar. Lo fundamental está constituido con las voces aceptadas por la Academia Española; pero he agregado todos los arcaísmos aprovechables y todo el conjunto de voces aceptables que han ido surgiendo en los países de nuestra América".

Consta la obra, en suma, de la agrupación ideológica completa y pormenorizada de todo el actual acervo disponible, y lleva como clave y como índice una lista alfabética de todas las palabras clasificadas, con los números que les señala su colocación en el ordenamiento. La labor, silenciosa y tenazmente desarrollada a lo largo de un cuarto de siglo, abarcó más de medio millón de papeletas; requirió el apelar a ingeniosos arbitrios y hasta inventar curiosísimos aparatos que la tornaran posible... ¡Y está concluida!

Sacrificio —y sacrificio inmenso— representa. El poeta renunciaba a crear para dedicarse a servir. Nuevamente, aunque por singular manera, el hombre de acción se sobreponía al poeta, bien que no ya para reemplazarlo; antes al contrario, para darle ayuda. Espiritualmente —y con ánimo generoso— poesía y acción se daban la mano.

Considerando la magnitud de tamaña empresa, harto se comprende que quien la acometió y realizó arrostrando el misterio penetrado de inefable her-

mosura de lo que parece inasequible; si no ya contara con otros relevantes méritos —el de su robusta personalidad como poeta y prosista, el de su influencia en el grupo literario de que formó parte, el de su noble espíritu, el de su alta cultura—, aquel empeño de acucioso servidor del idioma le bastaría para trasponer con orgullo, a título de Individuo de Número, los umbrales de esta Academia.

¡Bienvenido, pues, Alfonso Cravioto! ¡Adelante, y a ocupar con admiración y simpatía de todos nosotros sitio tan honroso y bien ganado!

LA PALABRA, VIDA DEL PENSAMIENTO *

Por el Lic. don MIGUEL ALEMÁN

ES un honor para nuestro país que en él se celebre —a invitación de la Academia Mexicana de la Lengua —esta reunión de las Academias Nacionales de la Lengua Española; y es muy grato para nosotros recibiros con cordial bienvenida y ofreceros nuestra cálida hospitalidad.

De la misma manera como las fuerzas de la Naturaleza, actuando en determinadas substancias las trasforman en cristales que son piedras preciosas, así las fuerzas del espíritu y de la inteligencia forman las palabras de los hombres. Es metáfora precisa llamarle diamantina a nuestra lengua: con dureza de diamante ha resistido en su esencia y su carácter los cambios de los tiempos, de las latitudes y de las costumbres, y con brillo de diamante refleja, en la multiplicidad de las facetas que la forman, la riqueza esencial de nuestros pueblos. En su desarrollo, las naciones hispanoamericanas y los pueblos filipinos han contribuido, junto con España, a fortalecer el idioma castellano.

Ningún idioma puede estancarse bajo pena de perecer. La palabra es primordialmente cosa hablada, esto es, manifestación y expresión de ser viviente; y condición de toda vida es transformarse, no sólo al desgaste del tiempo sino también por adaptación a condiciones y a gustos que constantemente cambian.

Así, la lengua de Cicerón y de Augusto se transformó en las posesiones romanas, bajo infinidad de influencias, en el Latín Vulgar de la Edad Media, es decir, en el latín que el pueblo hablaba, diferente del de los eruditos. Y después en cada región independiente del antiguo Imperio de Roma, ese Latín Vulgar, que fue durante mucho tiempo vínculo que unificaba a Euro-

---

* Pronunciado en el Palacio de las Bellas Artes el día 23 de abril de 1951 al iniciarse el Primer Congreso de Academias de Lengua Española. Aceptado como discurso de recepción en la Academia Mexicana el 12 de junio de 1953. En forma semejante y en igual fecha, se aceptaron los discursos leídos en la Academia en fechas diversas, por los señores Erasmo Castellanos Quinto, José Vasconcelos, Francisco Castillo Nájera, Antonio Castro Leal, Jaime Torres Bodet.

pa, se transformó, al sobrevenir la disrupción europea, de conformidad con las peculiaridades de cada país, formándose los idiomas llamados romances. El castellano fue así uno de los idiomas que surgieron en la Península Española, donde todavía se conservan algunos de ellos y sus dialectos afines y aun alguna lengua ajena al latín y más antigua que el castellano y que el latín mismo.

La derivación de diferentes idiomas nacidos del Latín Vulgar fue tal vez el indicio más fuerte de la desunión de las nacionalidades europeas. De ese modo y si después de cuatro siglos desde que el castellano vino a América, todavía lo cultivamos en común más de veinte pueblos, ello ha de indicar que pese a cuantas diferencias puedan señalarse entre esos pueblos, algo fundamental los une permanentemente, lazos profundos de idénticas maneras de concebir y de expresar el pensamiento; de experimentar y de manifestar el sentimiento, que debemos fortalecer en nuestras mentes y en nuestros afectos.

Son simultáneos el pensamiento y la palabra, y ésta envuelve a aquél y lo limita. Así como el pensamiento es el alma del habla, le da sentido y le infunde vida, así y del mismo modo, en una prodigiosa reciprocidad cabal, la palabra es la forma en la que el pensamiento encarna, y por la palabra vive el pensamiento, actúa en el escenario de la mente, se comunica de una mentalidad a otra, y la claridad de visión de los mejores alumbra e ilumina a los demás.

El enriquecimiento del idioma va paralelamente aparejado al del intelecto. Los idiomas no son formas invariables. Al contrario, en su capacidad para variar estriba gran parte de su vigor vital. Su capacidad para adaptarse a condiciones siempre nuevas es índice de su virtud.

El castellano, depurado por los grandes escritores y hablistas, reconocido como idioma oficial de España y de los pueblos hispanoamericanos y mantenido también con fervorosa lealtad por la joven República Filipina y algunas partes del Asia Menor, ha demostrado una extraordinaria capacidad para adaptarse a la idiosincrasia de cada país, renovándose, generación tras generación, en cada una de nuestras naciones, sin perder todavía su sello original de fluidez y reciedumbre juntamente.

Los pueblos que estamos vinculados por el idioma español, podemos y debemos estrechar ese vínculo que singularmente no entraña presunción de superioridad, ni afán de predominio, sino que significa el reconocimiento de una común nobleza que compartimos en perfecta igualdad y la certidumbre incalculable de poder entendernos fácilmente y compenetrarnos unos con otros en espíritu, en inteligencia y en voluntad.

Si algún título fuera necesario en confirmación inequívoca de la nobleza del español que hablamos en América, con los diversos ritmos que le han

impuesto cariñosamente nuestros pueblos autóctonos a lo largo del período colonial, bastaría recordar que en este idioma proclamó el visionario Yanga —en la primera década del siglo diecisiete, en lo que es hoy el Estado mexicano de Veracruz— la liberación de todos los hombres, adelantándose a los filósofos del siglo dieciocho, y sostuvo su palabra con la fuerza justa de su brazo armado.

El idioma español ha sido para los pueblos americanos lenguaje de libertad y dignidad humanas. En este idioma dijeron sus arengas Hidalgo y sus discursos Bolívar; Morelos expidió los decretos de abolición de la esclavitud y de reparto de la tierra; escribió sus ardorosos artículos Martí y cantó, la noche antes de ser ajusticiado por luchar por la libertad, el poeta Plácido.

Es, por otra parte, copiosa la manifestación de los más altos pensamientos que dan estilo y nobleza inconfundibles a nuestros escritores, desde don Andrés Bello, maestro incomparable y legislador lleno de sabiduría, y desde Sarmiento, educador por excelencia, y desde Montalvo, execrador de tiranías, hasta Rufino José Cuervo, José Enrique Rodó, Enrique José Varona, don Justo Sierra, Pedro Henríquez Ureña y don Antonio Caso, y la infinidad de magníficos prosistas que también han sido varones esclarecidos y modelos de ciudadanos; tanto como los poetas nuestros, de excelsitud lírica, como Díaz Mirón y Rubén Darío.

En lo literario, el acento americano se caracteriza quizá por aquella sutileza que llevó a España misma don Juan Ruiz de Alarcón y que en Sor Juana Inés de la Cruz cuajó en primores como de orfebrería.

Nadie mejor que vosotros, encargados de fijar, limpiar y dar esplendor a nuestro común idioma, puede saber hasta qué punto vuestra labor consistirá en manteneros atentos a las variaciones que, de región en región y de una época a otra, los pueblos —que poseen con derecho propio el castellano— le imponen modalidades, locuciones y giros diferentes y variadísimos. En estas transformaciones consiste el enriquecimiento de nuestro idioma, no en mantenerse petrificado, porque no es un lenguaje de estrechos ámbitos sino que abarca en su concepción la ancha redondez del mundo.

Abrigamos la esperanza de que vosotros sabréis considerar cuánto hay de bueno, de aceptable, y aun de necesario en los modismos hispanoamericanos y que con vuestra autoridad les daréis curso y prestancia de ley y de belleza.

Voz de libertad, nuestro idioma es también instrumento de democracia. En este sentido se ha empeñado la Revolución Mexicana por difundirlo con la mayor amplitud posible, y los Gobiernos revolucionarios han librado una tenaz campaña, vigorizada desde 1942, para alfabetizar a toda la población.

El idioma es también vehículo para la difusión y auge de los conocimien-

tos, cada vez más copiosos y especializados. En el desarrollo de las ciencias físicas, el lenguaje tiene con las matemáticas igual prestancia básica. Por ello los hombres de ciencia vienen esforzándose para crear un idioma con visos de universalidad, empleando raíces griegas y latinas principalmente para nombrar nuevas substancias, nuevos procedimientos, nuevos productos. Pero este idioma de los laboratorios y las fábricas debe traducirse en cada caso a las lenguas que los pueblos hablan, y será una aportación muy valiosa para el desenvolvimiento científico de nuestras naciones, que se emprenda la tarea de unificar los términos técnicos e industriales en español y de fijar normas para su formación.

En la mayor tristura de su vida triste, para Cervantes brilló algún tiempo como un lucero de ilusión el anhelo de venir a América. Su destino le frustró en vida ese ensueño. Es dable imaginar cuánta cosa bella su ingenio hubiera adivinado en nuestra América; cuánta hubiera creado.

Este día se rememora a Cervantes, y en cierto modo, ya que en él, más que en cualquier otro, se enriquece el idioma español con las expresiones y giros populares; aquí, donde están congregados los más altos representativos del habla de nuestros pueblos, parece estar presente él mismo. Y ello es bastante. Su presencia es natural y nadie la ha podido impedir. Su amor al lenguaje popular, que él enalteció, presida vuestras labores, señores Académicos, y los pueblos elogien vuestros logros.

Para los acuerdos a que lleguéis en vuestros trabajos y deliberaciones, el Gobierno de México se complace en daros la seguridad de su más cabal cooperación con los demás Gobiernos de las naciones de habla española, y con las instituciones públicas y privadas de cuya competencia sea también esta labor.

Señores Académicos, estáis en vuestra propia casa.

EL CONGRESO DE ACADEMIAS *

Por don NEMESIO GARCÍA NARANJO

AL cumplir la honrosa comisión que me ha conferido la Academia Mexicana de ofreceros este banquete, resulta pleonástica la bienvenida ritual, ya que nuestro Director don Alejandro Quijano en su discurso inaugural del Congreso, os recibió con los brazos abiertos y con el corazón más abierto todavía. Además las augustas, solemnes y trascendentales palabras del Jefe del Estado en la solemne inauguración y con presencia consagradora en este ágape cordial, significa que no solamente os acoge nuestra Academia, sino toda la Patria Mexicana.

Os recibimos con júbilo intenso, pero que se empaña melancólicamente cuando contamos nuestras filas y advertimos que no estamos completos. Abordemos, pues, el tema peligroso del truncamiento, y las consecuencias que pueda tener en el resultado final de nuestra Asamblea. Inútil sería negar que nos falta algo, que tropezamos con un vacío imposible de llenarse y consiguientemente, sería pueril colocar una venda sobre nuestros ojos, para pasar por alto la ausencia de la Real Academia Española. Es la institución central de nuestro idioma, y, por lo mismo, embarcarnos sin ella, es una aventura que puede suscitar desconfianza, desconcierto y hasta temor de ir a un fracaso seguro. Publicaciones peninsulares nos han recordado que es la única que tiene autoridad en cuestiones de lenguaje, y esa recordación equivale a anunciarnos que vamos a construir sobre arenas movedizas y deleznables. Gracias por la advertencia, pues ella quiere decir que cuando menos por ese lado, tenemos un punto de contacto con don Quijote.

Aunque en México estamos acostumbrados a las paradojas más desconcertantes, jamás habríamos concebido la fantástica idea de que España no es-

---

* Brindis pronunciado en el Banquete que la Academia Mexicana correspondiente de la Española, ofreció a los delegados de las Academias hispanoamericanas y filipina que asistieron al Congreso de Academias de Lengua Española, en abril 23 de 1951.

tuviera con nosotros en una Asamblea consagrada a glorificar el idioma armonioso de Cervantes. ¡Si viene fatalmente a la memoria la célebre humorada de Enrique Heine: la de la sopa de tortuga que se hacía sin tortuga! Conste que no somos los responsables de este "menú"; y la prueba se tiene en que nuestro director y los académicos don José Rubén Romero y don Genaro Fernández Mac Gregor hicieron un viaje especial a España con el objeto exclusivo de presentar la invitación del caso. Los tres fueron recibidos gentilmente en el Palacio de la Calle de Felipe IV y confirmaron una vez más nuestra subordinación jerárquica, nuestro acatamiento anticipado, nuestro respeto filial. Además en el Reglamento que circula impreso, establecimos que el Presidente efectivo del Congreso sería el Director de la Real Academia Española o aquel académico peninsular que trajera su ilustre representación. En vista de estos antecedentes, dábamos por hecho que la venerable corporación hispánica cruzaría el océano, aunque sólo fuera para estimular con su presencia, el orgullo que sienten veinte pueblos americanos y el Archipiélago Filipino, de expresarse en español.

Pero... un incidente que nada tiene que ver con la cultura, estrujó nuestro propósito y marchitó nuestras esperanzas. No me toca a mí calificar dicho incidente porque este acto es académico y no se debe dar en él ninguna nota estridente; pero desde el momento en que nos faltó la inspiración benemérita de Madrid, se planteó para nosotros la siguiente disyuntiva: suspender el Congreso o persistir en celebrarlo, a pesar de los riesgos que entrañaba su evidente mutilación. Optamos por el segundo término, sin que eso quiera decir que hemos caído en el error de considerarnos suficientes. Oigalo, pues, la Real Academia Española: nos hace falta, muchísima falta, pero no por eso vamos a variar de trayectoria. Quisimos trabajar bajo su dirección y guía; pero puesto que hemos fracasado en este filial empeño, no nos queda otra solución que afrontar las consecuencias del vacío y seguir adelante por nuestra propia cuenta. Nos vemos en el caso del discípulo que, al proyectar la pintura de un cuadro, le faltan de pronto, las indicaciones del maestro. ¿Acaso por eso debe de hacer a un lado la paleta y tirar el pincel? ¡Eso nunca, porque antes que el respeto al mentor se debe poner la devoción al Arte! ¡Se imponía y se sigue imponiendo la pintura del cuadro! Una vez que se emprende la ambiciosa aventura de circundar el planeta, por ningún motivo se debe suspender: si muere Magallanes en la travesía, la obligación de Juan Sebastián Elcano es la de continuar el viaje. Y esta lección se la debemos a España.

Planteada así la cuestión, tenemos que advertir la gran responsabilidad que pesa sobre nuestro Congreso: si de todas maneras iba a ser trascendental, su trascendencia se ha multiplicado con la falta de la cooperación peninsular, porque la omisión que tanto deploramos, nos coloca en la necesidad de

poner a prueba nuestras capacidades organizadoras de pensamiento y de acción. Bien sabemos que nuestra cultura se deriva de la de España, como la española se deriva de la de Roma, y como la romana se deriva de la de Grecia; pero por más orgullo que nos inspire esta derivación, no podemos renunciar a nuestra propia personalidad. Y conste que al asumir esta actitud no formulamos un reto arrogante de rebeldía; nos limitamos a ser leales a la cultura humana. Los hijos siempre le piden a la madre que les dé la mano, para intentar los primeros pasos; pero si por cualquier motivo, falta ese apoyo santo, hay que aprender a caminar sin andaderas. Queríamos un hispanismo congruente y lógico, un hispanismo integral, y dirigido por la Madre Patria. ¿Que eso no fue posible? Pues entonces, lo único que procede es lo que estamos intentando: un hispanismo gobernado por nosotros mismos.

Gobernado provisionalmente, se entiende, pues ni la Academia Mexicana ni las otras de este continente, ni la de Asia, han pensado por un momento, desconocer la autoridad de la Real Española. ¿Cómo podíamos caer en la insensatez de olvidar que en España se escribieron *Las Siete Partidas, El Romancero, La Celestina, El Quijote, Fuente Ovejuna, El Buscón, El Burlador de Sevilla, La Vida es Sueño* y hasta *La Verdad Sospechosa* de nuestro Juan Ruiz de Alarcón? Si nos hemos decidido a tomar el timón de la nave es porque no vemos a nuestro lado a quien debería manejarlo. En semejantes condiciones, estamos sintiendo el júbilo del niño que consigue dar solo los primeros pasos. ¡Ah, pero nuestro júbilo no puede ser nunca tan grande ni tan intenso como el de la madre que ve a sus hijos ya capaces de sostenerse con su propio esfuerzo!

Gracias, pues, hermanos de la América del Sur, hermanos vecinos de la América Central y Las Antillas, hermanos lejanos de las Islas Filipinas; gracias por haber acudido a nuestro llamado y correr juntos con nosotros la aventura; gracias hondas y sinceras; gracias con toda el alma. Y que no se interprete nuestra fe en la hispanidad ultrapeninsular, como un desplante de petulancia, de esa petulancia insolente que denuncia en quienes la tienen, la necia convicción de bastarse a sí mismos. A una madre no se le puede decir que no se la necesita; pero sí se le debe prometer en calidad de ofrenda, que faltando ella, se cumplirán las sagradas obligaciones que impone la orfandad.

¿Podremos hacerlo? Claro que podremos, puesto que ya lo estamos haciendo, aunque la altivez tradicional de Europa pueda considerar nuestro conato como herejía. Hace apenas cuatro años el brillante pero poco ecuánime Giovanni Papini escribió para la *Revista de América* que se edita en Bogotá un artículo en el que hizo un balance desconsolador de la cultura iberoamericana. Dijo, entre otras cosas, que en nuestras tierras turbulentas no ha surgido un teólogo, ni un gran hombre de ciencias; ni un filósofo de

categoría humana, ni un artista que se haya impuesto a la admiración europea. Comparó a don Andrés Bello y a don Rufino José Cuervo con don Marcelino Menéndez Pelayo, para dejar en situación inferior a los eminentes hablistas americanos; a Bello y a Cuervo, es decir, a los más profundos anatomistas y fisiólogos que ha tenido el idioma castellano. El mismo crítico colocó a Santa Rosa de Lima debajo de Santa Teresa de Avila y de Santa Catalina de Siena, olvidándose de que en el plano celeste de la santidad, no pueden existir las clases ni las jerarquías. Pero lo peor de todo fue que, al reconocer la grandeza hispánica y también la de los pueblos de Anáhuac, nos acusó de no haber sabido aprovechar la fusión de las dos culturas venerables.

La verdad es que no se efectuó tal fusión y eso lo sabe cualquier alumno de una escuela elemental. Los conquistadores no vinieron al Nuevo Mundo a colaborar con las instituciones nativas, sino a romperlas para construir sobre los escombros, las instituciones peninsulares; no se injertó el *Romancero* en los cantos de Netzahualcóyotl ni tampoco se utilizaron los motivos artísticos de Uxmal y de Chichén-Itzá, en la arquitectura de las catedrales cristianas. En síntesis, la cultura precolombina fue hecha a un lado y por lo mismo, los monumentos de Cuzco y de Palenque pueden presentarse como prueba de la mentalidad y del sentido estético de nuestros antepasados, pero nunca como elementos que contribuyeron a la integración social que se inició en el siglo XVI.

Así pues, al segregarse todo lo que se había construido antes del régimen colonial, se inició éste con una nueva vida. Apenas llevamos 400 años y es una injusticia, por no decir una necedad, pedirnos que compitamos con las culturas milenarias. Si no hemos producido valores universales, hay que recordar que tampoco los produjo la misma Roma en las primeras centurias de su existencia, pues todavía 600 años después de la fundación de la ciudad de las Siete Colinas, los romanos necesitaban del griego Polibio para que les escribiera la crónica de su pasado. Los grandes maestros —Lucrecio, Cicerón, Horacio, Virgilio, Séneca— vinieron después, mucho después. Y cosa igual puede decirse de los demás países. Francia se comenzó a integrar desde los tiempos de Julio César, pero no fue sino hasta los albores de la Edad Media, cuando se empezó a definir su personalidad; y sin embargo, hubo menester de que transcurrieran más de diez siglos para que se produjera el esplendor de la centuria décimoséptima. Y en cuanto a España, hay que medir la enorme distancia que existe entre los balbuceos de los primeros romances y la comedia filosófica de Calderón de la Barca.

¿Cómo asombrarse entonces de que no hayan aparecido en nuestros pueblos, todavía en proceso de formación, los frutos que necesitan mil años para madurar? Sin pretender competir con Europa, pronunciamos con reverencia los nombres de Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Simón Bo-

lívar, Domingo Sarmiento, José Martí, Rubén Darío y podríamos pronunciar muchos otros; pero lo que sí podemos decir con orgullo es que, desde que iniciamos la marcha, siempre hemos caminado hacia adelante, nunca hacia atrás, y de eso no se pueden jactar las civilizaciones del Viejo Mundo.

Hace tres mil años, Egipto dominaba la cultura y probablemente sus habitantes, desde la cuenca del Nilo, consideraban a los griegos como incapaces para la vida mental. Y sin embargo, 5,000 años después, la tierra de los Faraones se encontraba en el ocaso, mientras la risueña Hélade ascendía al zenit del siglo de Pericles. Y de igual manera, la Grecia de Sócrates y de Platón se habría imaginado muy difícilmente que cinco centurias más tarde, el helenismo de Roma iba a ser más vigoroso que el de la Grecia ya decadente de Atenas, Corinto y Alejandría. Florencia que el siglo XIII produjo un Angel Giotto y un Dante, reunió en el Renacimiento a Leonardo de Vinci y a Miguel Angel, a Donatello y Benvenuto Cellini, a Bruneleschi y a Maquiavelo y se permitirá llamar bárbaros a los países trasalpinos; pero dos siglos más tarde, su imperio intelectual estronado no podía competir con el de París en donde fulguraban Montaigne y Pascal, Corneille y Racine, Descartes y Bossuet, Boileau y Molière. Estas exaltaciones y derrumbamientos prueban la facilidad con que cambia de lugar el señorío del pensamiento humano. Y conste que no subrayo los cambios como una advertencia para Europa: me limito a trazar una pincelada de esperanza para los pueblos que estudian y aspiran a ascender. Nadie puede decir en dónde se encontrará el trono de Minerva, dentro de 500 años, pero no es improbable que el dominio de la cultura en el porvenir, le corresponda a los pueblos que se hallan ahora en su infancia.

Es triste, pero humano, inevitablemente humano que los herederos de viejísimas culturas no acepten gustosamente que los países jóvenes lleguen hasta el nivel superior en donde ellos se encuentran. Cuando en el año de 1907, la Academia Nacional de Suecia otorgó el premio Nobel de Física al sabio norteamericano Albert Abraham Michelson, los europeos quedaron pasmados pues no concebían que aquel trofeo científico quedara fuera de su jurisdicción. Muy pronto se aclaró el caso con gran satisfacción para el viejo mundo, porque Michelson había nacido en Alemania. ¡Tenía que ser! exclamaron aquellos que no admiten que el genio pueda ser americano. Y sucedió lo mismo cinco años después, cuando la mencionada Academia sueca, concedió el premio de Fisiología y Medicina al doctor Alexis Carrel; era ciudadano americano pero su nacimiento y su educación eran francesas; por lo mismo no se rectificaba la tradición secular de que el pensamiento máximo era cosa de ultramar. Pero... en 1914, el premio Nobel de Química fue para Theodore William, nacido y educado en este lado del Atlántico y entonces se tuvo que admitir que también por peldaños que no son europeos, se puede llegar hasta la cumbre.

Desde aquel momento, hasta la fecha, ¡cómo ha cambiado el panorama! Porque los yankis se han llevado cuatro premios de Física, dos de Química, cinco de Medicina, y tres de Literatura. Y en el fenómeno glorioso de una cultura que se expande y deja de ser continental para ser mundial, le correspondió a la América Española, en 1945, el honor de un sitio primario: por el premio de Literatura que se adjudicó a Gabriela Mistral, un valor lírico de nuestra raza quedó arriba de los demás valores literarios del mundo. ¡Gloria eterna a la inspirada chilena cuyas alas de arcángel le permitieron llegar al firmamento estrellado de los insuperables!

Pero no porque la divina Gabriela haya ganado el supremo galardón, vamos a reclamar la dirección de la cultura humana, ni siquiera de la cultura española. Lo que sí procede subrayar es que la reina del idioma en estos momentos, nació en América y ese es ya un título para aspirar a ser algo más que repetidores rutinarios de Europa. Y esta pretensión puede ser nuestra de ser originales, la tiene que entender España mejor que nadie, porque ella no se limitó a ser una repetidora de la cultura latina. Por eso, la Madre Patria no puede querer, no quiere seguramente que las 19 hijas que tiene en el Nuevo Mundo y la que tiene en Asia sean 20 Españitas sin personalidad ni relieve, sino naciones de mentalidad vigorosa que transforman el genio peninsular, como Francia, Italia, Portugal y la misma España transformaron el genio tutelar de Roma.

Ya veis, pues, señores académicos, que aunque la ausencia de la Academia central nos causó desconcierto y hasta estupor, no hay motivo para desconfiar de la aventura emprendida. Con la ayuda de Dios y la fe en nosotros mismos, tenemos que abrirnos paso. El Congreso que se inauguró apenas hace tres horas, es el primero en su género, no sólo en la hispanidad, sino en el mundo entero. Por tal causa, vamos a adentrarnos por veredas desconocidas y corriendo algunas veces el riesgo de extraviarnos; también es posible que se nos olviden algunos problemas fundamentales y que, por falta de experiencia, nuestra labor resulte desordenada; pero a pesar de todas las faltas y errores que se puedan cometer, ya dimos el primer paso y estamos satisfechos de haberlo dado. ¡Y cómo no estarlo, si con él se abre un nuevo capítulo en la historia de la hispanidad!

Brindo, pues, por esa hispanidad, y naturalmente y en primer lugar por España cuya ausencia nos entristece; brindo por todos los pueblos que hablan el idioma que empleó Rodrigo de Triana, para gritar "tierra, tierra", cuando percibió los primeros resplandores del nuevo mundo; brindo por todos vosotros, americanos, filipinos y por los pueblos ilustres que aquí representáis; y por último —lo último siempre es lo primero— os invito a que os pongáis de pie, para brindar conmigo por el inspirador o el patrocinador de este Congreso, por el Presidente Miguel Alemán.

INTERINFLUENCIA DEL MAYA CON EL ESPAÑOL DE YUCATAN *

Por don ANTONIO MEDIZ BOLIO

DEMASIADO tardíamente por invencible causa de preocupaciones del alma y dolencias del cuerpo, forzada ausencia y lenta recuperación física y moral, llego por fin ante ustedes, no sólo a cumplir con el precepto reglamentario que así me lo manda, sino especialmente a expresarles una vez más mi devoción y mi afecto y a presentarles el testimonio vivo de mi gratitud, por sus personales finezas y por su oficial tolerancia para conmigo.

La recepción que me están ustedes dispensando por haber sido honrado con la categoría de Académico de Número, me envanece por lo que ella significa y me entristece a la vez porque revive naturalmente en mí el melancólico y fraternal recuerdo de mi glorioso antecesor, por tantos motivos digno de fervientes alabanzas y de excelsos lauros. El sitial que su dolorosa desaparición de la vida terrenal dejó vacío en lo material y corpóreo, sigue lleno del poder avasallador de su pensamiento y de la resplandeciente luz de su espíritu extraordinario. Y yo tengo que sentir que la silla de Antonio Caso está demasiado alta para que mis pobres fuerzas puedan encaramarse a ella y que es demasiado majestuosa para que en ella se asiente mi humilde insignificancia.

Para decir su elogio, no tengo sino recurrir a lo que ya está proclamado por la fama y enaltecido por la admiración del Continente y por la enorgullecida gratitud de la Patria.

Maestro por excelencia de la más pura y humana filosofía, creador de una escuela de pensamiento mexicano, sostenedor de los más auténticos principios cristianos; inteligencia radiante, iluminado pensador que sabía desentrañar la verdad con honradez y sabía defenderla con grandeza; escritor de calidad altísima, dueño de un sentido fino y universal de la belleza y de un

---

* Discurso de recepción como Académico de Número, pronunciado en mayo de 1951.

concepto celestial del bien; hombre leal, valiente, sincero, generoso; ciudadano sin mancilla, amigo sin reproche, alma de fuego, corazón de miel.

Por más empeñoso que sea mi afán de reverenciar su nombre y rendir tributo a su memoria, tengo que detenerme para no repetir desmedrada y deslucidamente lo que con fiel justicia y suprema dignidad ha sido ya dicho por sabias y clarísimas voces de México, de América y del mundo.

Rendido este homenaje, en que tiembla mi más íntima emoción, voy a permitirme presentar a ustedes, unos ligeros apuntes con los que me he atrevido a formar el cuerpo de este discurso y que he titulado *Interinfluencias del maya con el español de Yucatán.*

Me ha movido a preferir este tema mi personal conocimiento del idioma maya, que hablé como el mío propio desde mi niñez, y el que hace largo tiempo que me atrae a estudiarlo y conocerlo en toda su antigua profundidad y su imponente belleza. Y me incliné también a hacer este sintético y superficial ensayo para ofrecerlo a ustedes en esta ocasión, pensando en que la gran obra de investigar y conocer las fuentes de la lengua en formación que es nuestro castellano de América, reclama todo concurso, por pequeño que sea, al acrecentamiento de su riqueza de concepto y al dominio de sus formas de expresión.

No creo haberme equivocado suponiendo esta tarea propia de un Académico; pero si así fuese, pido a ustedes que quieran perdonarme por ello, y por el abuso de su atención para escuchar lo que voy a decirles.

Cuando en la península de Yucatán se produce la gran crisis espiritual y biológica de la conquista española, el choque físico de la agresión invasora externa con la resistencia invadida interior tiene en el plano mental y abstracto resultados sorprendentes. La consecuencia inmediata y visible de la victoria de los conquistadores es la sumisión corporal de los conquistados; pero en lo invisible y superior la Conquista no solamente no pudo imponerse, sino que en muchos órdenes el fenómeno fue inverso y en la natural fusión de sangres y de métodos de vida, de instituciones y de culturas, el pensamiento y el carácter del pueblo vencido que, en el primer momento, se replegaron y se escondieron fueron poco a poco suave y silenciosamente penetrando en la mentalidad y en la vida de los vencedores y lo que nunca se entregó a ellos en lo recóndito del alma india fue, al fin y al cabo, primero libre y después dominador.

Ya se sabe que esta contracción reactiva de las esencias vitales de los conquistados sobre los conquistadores está comprobada por la ciencia y por la experiencia en la generalidad de los pueblos que no han liquidado su alma ni su historia al ser reducidos por la presión de otros más fuertes a la obediencia política y a la tributación económica y aun a la sustitución de sus religiones por otras extrañas, y a la adaptación más o menos forzosa de su peculiar modo

de vivir a la ley de sus nuevos amos. Ya se sabe también que, especialmente en América, el supuesto derecho humano de despojar al débil se fundó en una especie de derecho divino de rescatar infieles para la fe de Cristo y en el pretexto de establecer las normas de la civilización europea, destruyendo las civilizaciones autóctonas que la soberbia de los hombres blancos consideró entonces —y, lo que es más triste, considera frecuentemente todavía— como usos primitivos y costumbres bárbaras.

Pero en las grandes tierras en que habían florecido la maravillosa organización social y la prodigiosa sabiduría de los antiguos mayas los conquistadores españoles se encontraron con problemas singulares, en muchos casos superiores a su comprensión y a su capacidad de juicio. Aunque los grupos de selección que dirigían la vida decadente de las grandes masas nativas no eran sino muy lejanos herederos de la grandeza y del poderío de sus antepasados; aunque la organización política estaba pulverizada en minúsculos estados regidos por pequeños príncipes que oprimían a sus súbditos y se odiaban y se combatían entre sí; aunque la pureza y la elevación de las antiguas religiones solares se había corrompido, desnaturalizado y paganizado por la relajación y la ignorancia del sacerdocio y por la influencia imperialista de otras culturas guerreras y tiránicas; aunque los mayas que encontraron los españoles eran apenas subyugadas congregaciones de *macehuales* que levantaban sus chozas de palma y sembraban sus milpas alrededor de los escombros de las viejas ciudades abandonadas; aunque lo que quedaba no era sino un vestigio de lo que había sido, los rudos hombres de Castilla se encontraron con un pueblo y con una civilización.

Los que tenían enfrente no eran ya los caribes desnudos de las islas, que escapaban a esconderse en los bosques al divisar al hombre blanco; no eran los inocentes siboneyes de hamaca de bejuco ni los haitianos de piragua y flecha, ni los asustados y dulces guananíes que se arrodillaron delante de Colón. Eran los supervivientes de un gran imperio que desde cuatro mil años antes sabía predecir los eclipses y el paso de Venus por el disco del sol; que conocía y usaba el concepto matemático del cero, que ignoraron los griegos y los romanos y toda Europa antes de los árabes; que había elaborado un calendario agrícola y astronómico más preciso, más complicado y más extenso que ninguno otro en el mundo; que inventó mucho antes que los fenicios, un sistema de escritura y una aritmética de tipo superior y tenía historia escrita y arte que había trascendido la copia de la naturaleza y, sobre todo, poseía un idioma extraordinariamente evolucionado en el que se marcan todas las alturas del conocimiento y se pueden expresar los conceptos más sutiles, las imágenes más delicadas, los matices mentales más bellos y las ideas de la más sorprendente filosofía. Elástico y rico, plástico y profuso, el idioma de los mayas contiene desde las voces más simples que corresponden a los conceptos primordiales

hasta las que pudieran considerarse como privilegiado patrimonio de las minorías de cultura superior y que constituyen el lenguaje sagrado de los ritos y de las profecías y el musical, simbólico y emocionado, de los grandes poemas cósmicos y el majestuoso colorido de las epopeyas populares.

Los primeros hombres blancos que llegaron a la tierra maya, hablaban, en lo general, el castellano vulgar y crudo de los soldados y los aventureros. No todos eran latinistas y retóricos como Hernán Cortés ni letrados como Francisco de Montejo. Su español llano y bronco no encontró tampoco en los mayas corrientes del siglo XVI las abstracciones y las elegancias de la antigua lengua de los sabios y los sacerdotes. Los primeros diálogos a través de los improvisados intérpretes tuvieron que ser de muy limitada latitud, por una y otra parte, y de muy difícil correlación mutua. Así, un nuevo lenguaje híbrido se fue formando —como siempre sucede— en los estratos inferiores de uno y otro pueblo.

No es sino hasta que los primeros frailes de San Francisco se incorporan a la naciente colonia cuando el idioma nativo comienza a ser aprendido y desentrañado, de oído y seña al principio, y estudiado y gramaticalizado y traducido después. No es un ejemplo único el de Yucatán en la formación de un lenguaje mestizo, fruto del choque, del intercambio y de la interinfluencia de dos idiomas que siendo expresión de mentalidades naturalmente distintas logran traducirse el uno al otro y conservándose frente a frente, como hasta hoy se conservan en relativa pureza, se penetran mutuamente en un proceso largo y paciente de necesario acomodamiento, que produce una modalidad característica en la forma y en el fondo. Y es indudable, que singularmente en esto de la superposición de un idioma al otro, el espíritu de los vencidos fue envolviendo y dominando al de los vencedores. Tal vez por más fina, más suave, más en acuerdo con el paisaje y con el clima, proyección más fiel de la vida circundante y sin duda alguna más potente, la mentalidad maya predominó sobre la mentalidad española, la reajustó a sí misma y la convirtió insensiblemente en su instrumento propio. No es la primera vez que se dice con buen fundamento que en Yucatán, dentro de lo adjetivo y externo —que es lo europeo y lo occidental—, lo sustantivo y lo intrínseco es indestructiblemente maya, y así los yucatecos vivimos, comemos, dormimos, pensamos y hablamos en maya dentro de nuestra corteza española y con nuestro ademán español.

En efecto, la vida doméstica en sus fundamentales aspectos del lecho y el vestido, en una gran parte la habitación, y sin duda alguna en la cocina y la forma de la alimentación están dirigidas en un sentido no sólo indígena sino puramente regional.

En cuanto a la imposición de la religión católica sobre los antiguos ritos, cualquier estudiante de etnología maya sabe bien que, después de más de cuatrocientos años, la adaptación de las creencias y las liturgias indias, a la teología y

a la parafernalia eclesiástica, ha sido una confusa mezcla de dogmas y misterios en los que íntimamente prevalece el poderoso sentido maya de la divinidad y de la naturaleza y hace de las imágenes católicas, que adora idolátricamente, con la hábil conformidad del clero, simples representaciones de sus deidades primitivas. Y en cuanto al idioma nativo, su compenetración con el español ha sido desde el primer encuentro de ambas culturas continuo y profundo, hasta llegar a constituir un lenguaje vernáculo propio, con entonación fonética y funcionamiento mental claramente distintos, no solamente del castellano original puro, sino de las diversas modalidades con que éste se habla en la América española y más notoriamente singularizado en la misma república de México. El estudio de esta formación mestiza del pensamiento y del idioma, que —con tanta intensidad por lo menos que el mestizaje de la sangre— se ha operado en los límites culturales de Yucatán es cada vez más atractivo y más digno de una investigación lingüística documentada y profunda. Las líneas generales y las huellas más visibles de esta recíproca influencia idiomática —que no es sino resultado de la estrecha convivencia de dos razas y de dos espíritus distintos en un territorio común, por siglo saislado en su propia vida interna—, son el tema de este sencillo trabajo, que no aspira sino a señalar a los doctos varones que, con más claras luces de conocimiento, son maestros en estas disciplinas, un problema de sumo interés en la evolución de la cultura americana y un material de extraordinarias posibilidades para quienes tengan capacidad y autoridad de hacer juicio y formular conclusiones.

Dicho esto, y considerando las proporciones a que este discurso debe someterse, en gracia a la paciencia y en respeto a la tolerancia de mis ilustres oyentes, voy a trazar lo más sintéticamente que me sea posible un esquema que pueda ser un índice de la cuestión. Y puesto que no se justificaría y saldría sobrando, hacer ante ustedes, señores académicos, definición ni juicio sobre el idioma castellano, la más gloriosa herencia de la antigua España, grande, maternal y generosa, comenzaremos por describir brevemente las características y la calidad de la lengua de los mayas.

Los filólogos especialistas definen el maya como un lenguaje de incorporación, es decir, polisintético, y de raíces casi sin excepción monosilábicas. Fonéticamente posee y maneja las cinco vocales castellanas, que pudiéramos decir que en maya tienen cada una tres sonidos. Uno brevísimo o cortado —que es peculiar— y otro breve y otro largo como en castellano. La variación del sonido de las vocales trasciende al significado del vocablo en que se usan. Así *ná* (*á* corada) quiere decir madre; *ná* (*á* breve) quiere decir casa y *ná* (*á* larga) es la raíz del verbo que significa ganar o merecer.

El maya tiene seis consonantes menos que el español. Tales son la *d*, la *f*, la *ñ*, la *r*, la *rr* y la *j* fuerte castellana. Pero en cambio, tiene por lo menos quince bien clasificadas de que el español carece y que contribuyen notable-

mente a la agilidad y riqueza del idioma. Lexicográficamente no tiene analogía con las lenguas americanas, aunque coincida con algunas de ellas en los remotos métodos de formación. A pesar de lo que de este idioma admirable se ha perdido o mistificado, puede asegurarse que cuenta con más vocablos que el hebreo, el griego o el latín. Pudo ser escrito con el alfabeto europeo, gracias al esfuerzo benemérito de los primeros franciscanos, algunos de los cuales fueron verdaderos maestros en la lengua y formaron los iniciales vocabularios y gramáticas. Ante la falta de letras en el alfabeto occidental para representar las consonantes exclusivas del maya, ellos inventaron signos especiales, modificando de modo especial los caracteres usuales correspondientes a los fonemas más aproximados. Así se creó el alfabeto clásico de la lengua maya, que a españoles y a indios sirvió desde entonces para escribirla y gracias al cual se han salvado textos incomparablemente valiosos y, en mucho, la supervivencia y la conservación del idioma. La fundación de este alfabeto, que hizo popular la escritura del maya, reducida antes, esotéricamente, a los glifos cronológicos, a los signos aritméticos y astronómicos, y a los caracteres hiératicos de las inscripciones y de los códices o libros sagrados, constituye la primera liga histórica entre el idioma de los conquistadores y el de los conquistados.

Y puede asegurarse que la primera palabra maya que se incorporó al español, en el que tal vez era el primer encuentro entre los hombres del Mayab y los hombres de Castilla, fue la que después originó el nombre españolizado de Yucatán. En agosto de 1502, Bartolomé Colón, hermano del Almirante, practicaba por orden de éste, un reconocimiento en el mar Caribe, cuando a la altura de la isla Guanaja, se encontró con una nave india tripulada por comerciantes mayas que iban o venían de hacer tráfico en lo que después se llamó Honduras. La carabela de Bartolomé abordó a la gran canoa y los marinos españoles y los mercaderes mayas hicieron trueque de baratijas de vidrio por mantas de algodón y de plumas de pájaros preciosos por navajas y tijeras de Castilla. Y en un diálogo por señas y palabras sueltas, los indios pronunciaron, señalando a lo lejos las costas de su tierra, las palabras *Yuk'altán mayab*, que eran la designación lingüística de su Nación —tal como se encuentra hoy en los libros de *Chilam Balam*— y que textualmente quiere decir "Todos, el conjunto de los que hablan la lengua maya". En su informe a Génova, Bartolomé Colón recoge esta frase y escribe *Yucathan maian,* para designar la tierra que tuvo enfrente, desde la costa norte de Honduras hasta la costa oriental de la Península. Así es como el castellano adquiere el primer nombre geográfico con que ha de designarse después la tierra de los mayas. Muy posible es que desde entonces también los mayas hayan recogido a su vez el nombre de Castilla, que pronunciaron *Castilan* y después *Castlán,* o *Caxtlán* y después simplemente *cax*.

De paso puede afirmarse que la anterior es la etimología más razonable

del nombre de Yucatán, al que se han atribuído los más caprichosos y pintorescos orígenes.

Luego, Bernal Díaz del Castillo, el incomparable cronista de Cortés que acompañó a Francisco Hernández de Córdoba, en la sórdida expedición con la que, buscando esclavos para llevar a Cuba, descubrió a Yucatán, registra en sus apuntes otras incorporaciones del maya al castellano. Una de ellas es la palabra *cú,* que aun hoy arqueológicamente se usa para designar las pirámides o los adoratorios de toda América y que es llanamente *K'ú,* que en maya quiere decir Dios y por extensión templo.

Ignoramos lo que en su permanencia entre los mayas de Chetumal hubieran podido aportar al idioma aborigen los náufragos de la expedición de Valdivia que eran el diácono Gerónimo de Aguilar, rescatado casualmente por Cortés en Cuzamil, y su compañero Gonzalo Guerrero que se hizo de tal modo a las costumbres y a la vida del país que tomó esposa y formó hogar y tuvo hijos y se tatuó la piel y fue un bravo capitán de indios. Mucho hay que suponer que aprendió de la lengua maya y que algo tal vez enseñó de la suya.

En el área maya poblada por los españoles se suscita, desde el primer momento y tanto para éstos como para los nativos, la necesidad de nuevos nombres para las cosas nuevas que para los unos son las que descubren y para los otros las que les traen de fuera. En su constante defensa de sí misma, la lengua maya encuentra vocablos propios para designar animales, plantas y objetos introducidos por los conquistadores. A ellos mismos les aplican diversos nombres. Desde luego les llaman *dzul,* que es simplemente "extranjero", pero que por ser denominativo de los que fueron sus encomenderos y sus amos, llegó a significar y significa todavía lo mismo que "señor", "dueño de hacienda", "blanco" o "criollo". También les apodaron al principio *"ah mak'-op dzulob",* los "extranjeros comedores de anonas" (o chirimoyas) según se dice, porque les asombró verles, en un desembarco, devorar con delicia todos los frutos de tal especie que pudieron encontrar. También se les llamó *sac-uinicob* "hombres blancos", *ah'mexob* "los que tienen barba", algunas veces con cierta ironía *kuluinicob* "hombres divinos o sagrados", y también *cristianoilob* morfolizando en maya la palabra "cristiano". Transfirieron a los sacerdotes católicos el mismo nombre de los de sus antiguos dioses y todavía se les designa como *yum-ah-kinob,* los "Señores —o padres—, hombres del Sol".

En cuanto a los nombres de los animales importados, es muy interesante, como muestra de la imaginación maya, saber que al caballo le llamaron *tzimin,* que es el nombre indígena de la danta o tapir; que para toros y vacas evocaron el nombre de un animal que ya era casi mitológico y que en otros tiempos puede haber designado al búfalo de América. Este nombre que es *uacnac* se encuentra en el antiguo diccionario de Motul y se define como "venado o gamo de esta tierra"; aunque no se tiene noticia de que esta especie de venado, que actual-

mente no existe, haya existido en el tiempo de la conquista. A este antiguo nombre se añade como sufijo *cax* (cash), que significa Castilla, con lo que se hizo *uacnaccax* (uacnaccash) que se contrajo fácilmente en *uacax* (uacash), que es como ahora se dice. Hace algún tiempo que algún etimologista inventó como origen para esta palabra la posible mayanización del castellano *vacas,* suponiéndolo pronunciado con la *s* apretada y fricativa del Norte de España y que seguramente no usaban los primeros pobladores de América. De todos modos, y de ser cierto, esto significaría una de las primeras incorporaciones del español al maya.

Siguiendo un sistema de afinidades en el aspecto exterior, llamaron al chivo *yuc* que es el nombre maya de un venado pequeño, que sólo tiene dos cortas astas, y al carnero le dieron el nombre de *tamán* que quiere decir algodón, por la blancura de su lana. Al cerdo, tan abundantemente reproducido en América, le dieron el nombre onomatopéyico de *kekén.* Sabido es que muchos cerdos se escapaban al monte y que de ellos desciende una nueva especie de puerco salvaje, al que los mayas llamaron y llaman todavía *k'axil-k'ekén,* "cochino montés" y que se distingue perfectamente del *aac* y del *kitán,* jabalíes indígenas. A la gallina de corral importada se le decía *cax-ulum,* "ave tragadora de Castilla". Ahora se le dice simplemente *cax.*

Al pan de harina de trigo se le llama hasta hoy *caztlán uah,* "pan de Castilla". Al naranjo se le llamó *pak'al* que es *planta* por excelencia. Al plátano se le dijo *haás* que era el antiguo nombre del mamey, al que se comenzó a llamar *Chacalhaás* (haás colorado) para diferenciarlo.

A su vez los españoles llamaron "gallipavo" y "gallina de la tierra" al *tzó* y a la *xtux* o sea al guajolate y a su hembra. Llamaron *ciruela* al *abal, (xocotl,* jocote, en mexicano) y *zaramullo* al *dzalmuy,* castellanizando así el nombre del anón. Al *k'opté* le llamaron *ciricote.* Tradujeron también nombres de plantas y frutos a un *nahuatl* ya españolizado, como zapote y tomate que en maya se siguen llamando *ya* y *p'ac* respectivamente.

Estos son sólo algunos ejemplos de cómo se marcaron desde un principio las relaciones entre una lengua y otra, con utilidad y acrecentamiento para ambas. Vamos ahora a examinar brevemente las características del castellano de Yucatán que provienen del maya auténtico.

En primer lugar la influencia fonética ha sido decisiva. El acento yucateco, tan profundamente señalado, no es sino una consecuencia del acento maya original. Por más que un yucateco no sepa pronunciar una sola palabra del idioma nativo, la entonación de su castellano, por castizo que sea, es de una inflexión y un estilo absolutamente mayas. Esta característica es naturalmente mucho más marcada en las capas menos cultas del pueblo, que son generalmente bilingües y que viven en estrecho contacto con los medios rurales en que se habla exclusivamente maya; pero alcanza a los yuca-

tecos de todas las posiciones sociales y sólo son contadas excepciones, los que han permanecido largo tiempo fuera del país o se han educado en el extranjero, y eso cuando hablan delante de gentes de fuera de la Península, que cuando no es así y están entre sus conterráneos, no resisten a su ambiente original y su castellano se afecta inmediatamente del acento de la región. En resumen, los yucatecos hablamos el español con fonética maya, directamente impuesta, lo cual no es poco decir de la fuerza propia del lenguaje autóctono.

En cuanto a las influencias mentales, éstas se proyectan de modo tan eficaz que en muchas ocasiones la gente de Yucatán habla traduciendo inconscientemente del maya y adopta ya sin darse cuenta, hasta la semántica y la sintaxis del idioma nativo. De aquí especialísimos modismos ya no sólo prosódicos, sino de régimen y construcción.

El uso del verbo "prestar" que los yucatecos en lo general usan como "pedir o recibir prestado" no es más que el resultado de un impacto gramatical maya en el español. En maya hay tres verbos activos que significan prestar, fiar y adeudar; pero cuya acción es contraria a la establecida en español o por lo menos optativa, como en el verbo *mahan, mahantic, mahantah* que regularmente significa "tomar prestado" y se usa de modo directo. Un maya dice: *minaan ten tak'in, k'abet in mahanté.* No tengo dinero; necesito "prestarlo" (es decir, pedirlo prestado). El verbo *pay* significa tomar fiado; pero en Yucatán un mestizo dirá siempre "fie tal o cual cosa porque no tenía con qué pagarla", traduciendo a la letra el maya *tin payah.* También en maya se dice *p'ax* por deuda y *p'axah* por recibir una cosa adeudándose, y de aquí otra influencia en el uso del verbo prestar. *Tin p'axá ti in yum u toholin meyah.* "Presté —por tomé prestado— a mi amo el precio de mi trabajo". Estas formas de expresión son tan corrientes en Yucatán que es difícil corregirlas por defectuosas que sean. No lo es menos el evidente mal uso de la preposición limitativa *hasta* en el castellano de mucha parte de la República y muy particularmente de la misma capital, en donde aun en lenguaje literario y continuamente en los periódicos, encontramos que se dice exactamente lo inverso de lo que se busca decir, por el vicioso uso de tan importante parte de la oración. Cualquier alumno de gramática sabe que la preposición *hasta* sirve para expresar el término o fin de tiempo o distancia, en oposición a *desde* que expresa principio o punto de partida. Sin embargo oímos y leemos diariamente, por ejemplo "hasta mañana abren los bancos", lo que en buena gramática quiere decir que los bancos están abiertos y que se cerrarán mañana, con lo que se está diciendo lo contrario de lo que se debió decir y que sencillamente era "hasta mañana *no* abren los bancos". Perdón por esta digresión fuera de mi tema, pero no he resistido a señalar ese notable defecto de lenguaje que ya parece natural y aceptado y que es tan

grave y tan fácil de inducir a error, como el incorrecto uso yucateco del verbo prestar.

Otra notoria influencia del maya es el frecuente empleo del pasivo —que en esa lengua es forma elegante y habitual— construyendo la oración en liga con una impersonalización del verbo. Así en Yucatán se dice: "Este vestido me lo regalaron *por* mi hermana", traduciéndolo, imperfectamente por cierto, de la locución maya que dice *"Le nokâ. z'ihbé ten tumen in kik"*. Este vestido *me fue* regalado por mi hermana. Y se dice también con riesgo evidente de anfibología: "Me pegaron por mi amigo", que estrictamente significaría "me pegaron *por causa* de mi amigo y no simplemente mi amigo me pegó" como en bueno y claro español se diría y que en realidad es el concepto que, artificiosamente, se desea decir.

También es cosa doméstica y procedente del maya el uso de la preposición *con* por *en casa de*. Así se dice: "yo compro manteca con don Faustino" por "yo compro manteca en la tienda o la casa de don Faustino" y "voy con mi tía" por "voy a casa de mi tía". El origen es la aplicación traducida de las preposiciones mayas *yicnal* y *yetel,* que significan "en casa de", "junto a" (persona) "con" o "en compañía de". Hay otros casos notables de estas manifiestas intersecciones gramaticales.

En la mecánica del castellano mestizo, el maya ha proporcionado adverbios originales que el uso común aprovecha para hacer más flexible y a la vez más enfática la dicción. Tales son *hach,* que encarece el concepto de realidad o verdad: está *hach* enfermo". *"Chen"*, "apenas, solamente": *Chen* frijoles come. *Han,* veloz, de pronto: *Me han* fui. *Chan,* pequeño, chico, poco: mi hijo es *chan* inteligente. *Nohoch,* grande, mayor: el *nohoch* amo. La *nohoch* cuenta.

El maya absorbe y acomoda a su morfología vocablos castellanos. *Dzu k'uchul le trenó.* Ya llegó el tren. *Tin bootá in cuentail.* Pagué mi cuenta. Y usa y modifica, generalmente sincopándolos, los nombres propios y así dice *Pelipe* o *Xpil* por Felipe o Felipa (falta del fonema efe) *Xmat,* por Matilde; *Lol,* por Lorenza; *Xpet* por Petrona; *Bas* por Basilio, etc. Sucede esto de modo tan general que pudiera creerse que tales adaptaciones son verdaderos nombres mayas. En cuanto a los apellidos —que antiguamente fueron sus nombres totémicos— los conservan orgullosamente puros y han conseguido que el castellano los recoja intactos. Pedro *Mis,* Juan *Moo,* Andrés *Itzá,* Loreto *Canul,* Esteban *Xiu.* Los nombres de lugares se conservan en su mayoría en maya auténtico, lo que hace la toponimia yucateca difícil para los foráneos.

Es largo el índice de sustantivos, adjetivos, adverbios y verbos mayas que se intercalan en el castellano de Yucatán. Algunas veces esto ocurre por falta de vocablos más precisos y otras veces buscando mayor claridad en el diálogo regional.

Algunos verbos se han castellanizado definitivamente y están esperando la hora de ser incorporados al léxico español. Entre ellos puede citarse el verbo *anolar* que significa "dar vuelta a una cosa redonda con la lengua contra el paladar, hasta ablandarla o disolverla", como se hace con un caramelo, con un cocoyol, etc. No hay en castellano palabra que pueda expresar propiamente esta acción. Y así se tomó del maya del verbo *nol, nolic, nolah,* se le puso la terminación castellana de la primera conjugación y se usa como si limpio castellano fuera.

Apesgar se dice en Yucatán por presionar una cosa o asegurarla con algún peso encima. "Hay que *apesgar* los papeles para que no se los lleve el viento". Se *apesga* un gajo de la planta para hacer un injerto. Estas acepciones del verbo español apesgar se supone que se deben a la indudable semejanza fonética y semántica del verbo maya *peds pedsah,* que significa asegurar una cosa bajo otra, comprimir con la mano y especialmente la operación que hoy se designa con el galicismo *masaje.*

Achocar, por introducir violentamente, meter por fuerza, entrar apretadamente, es de uso corriente y proviene del verbo maya *chok, chokah,* que tiene esa significación.

Se dice también *xoch'ear,* dar mala suerte, de *xoch',* lechuza que es entre los mayas, como entre muchas otras gentes, ave de mal agüero. Y *ch'uyear,* por hurtar o robar, de *ch'uy,* gavilán.

Y es dato curioso que sea empleado usualmente en Yucatán el verbo *pochear* y la locución estar *poch,* por tener envidia o deseo manifiesto. "Está *pocheando* mis alhajas"; "está *poch* de ir al baile".

Inquieta un poco la semejanza de forma y semántica con la usual palabra *pocho,* cuyo significado es bien conocido.

La palabra *chamaco,* que en Yucatán se tiene por foránea y arribeña, es probablemente originada del maya *chan-mac,* que literalmente quiere decir "gente o persona chica", del que probablemente se formó el nahoa *chamactli* y de allí *chamaco.* Es interesante esta evolución del vocablo a través de los idiomas.

La lista de mayismos sería considerablemente larga para ser incluida en los límites de este discurso. Basta decir que pasan de trescientos los que han podido clasificarse y que corrientemente se usan dentro del castellano familiar y corriente, aun dentro de las clases más ilustradas. Se destacan los términos francamente híbridos como *pibil-cochinita, pibil-pollo, mucbil-pollo,* para designar el conocido guiso cocido bajo tierra. *Chibaluna,* por eclipse de luna; *hoch'ob* comida, por gorrón de mesa; *choco-lomo,* por lomo caliente; *cuch-vestido* (cargar vestido) por vestir, mestizos o indios, el traje de los blancos. Se dice frecuentemente *iches,* por decir gemelos, que es lo que en maya significa *ich,* que también en plural —cosa sorprendente —quiere decir ojos, lo que contiene el concepto de *par* y de cosas iguales entre sí.

Existe otra forma de función de los morfemas mayas en muchas locuciones activas que se construyen con el verbo *hacer* y así se dice: hacer *puch'*, acción que podría definirse como deshacer una cosa suave despachurrándola y reduciéndola a masa: tal se dice "hacer *puch'* de aguacate"; "se cayó el zapote y se hizo puch". El concepto es puramente maya y no tiene justo equivalente en español.

Así se dice: *hacer hich',* por anudar apretadamente; hacer *ledz,* por lamer; hacer *ch'op,* por introducir algo con violencia en el ojo; hacer *t'lich,* por engañar; hacer *xuch,* por sorber o absorber líquidos; hacer *pudz,* por escaparse; hacer *xix,* por pulverizar y otros muchos ejemplos en que se patentiza el mestizaje mental y lingüístico entre uno y otro idioma.

Los sustantivos que corresponden a plantas o animales indígenas sin nombre en castellano, están definitivamente incorporados al español. Así se dice *bech',* a cierta ave semejante a la perdiz y *haleb,* al roedor que en México y Centro América se llama tepezcuintle. Y se dice *habín* y *chacté* a ciertas maderas, *uaya* a lo que en Cuba se llama mamoncillo y así en numerosos casos. La nomenclatura de la fauna y la flora yucatecas se conserva pura y llenaría páginas enteras.

Una aportación íntegramente maya al castellano y aun a otros idiomas es el nombre del cacao —*cacau* en maya— y casi sin duda el del chocolate, que del maya *chucuá* como hoy se dice del primitivo *chocohá,* "agua caliente" o acaso *cacahuhá,* "agua de cacao", pasó transmitiéndose por el mexicano *chocolatl,* del que procede el aztequismo universalmente conocido. Un sustantivo tan importante como *sosquil,* castellanización de *tzotz-kí,* "cabello de penca de henequén" se usa dentro y fuera de Yucatán para nombrar la fibra que es el principal producto de la región y base de la vida yucateca. Las evidencias actuales de la compenetración del maya y el castellano son constantes y su número es abrumador.

En su muy notable estudio titulado *El español que se habla en Yucatán* del que me es grato decir que ha sido para mí en estas materias un auxiliar muy eficiente, dice el excelente y estudioso escritor yucateco don Víctor M. Suárez:

"Mientras en otras zonas lingüísticas los préstamos de voces indígenas han sufrido adaptaciones para acomodarse a la morfología castellana, como en México las voces nahoas, y en Tabasco las mismas del maya, no ocurre lo mismo en Yucatán, donde es tal la fuerza del maya, que las más de las voces tomadas de este idioma se han conservado puras, sin modificaciones morfológicas, salvo en sus inflexiones gramaticales, y son muy pocas las que con la adición de sufijos y prefijos castellanos se han adaptado a las formas españolas".

Por su parte el competente mayista don Alfredo Barrera Vázquez, a

quien he debido siempre autorizadas luces y que es uno de los más respetados investigadores en lingüística mexicana, dice en su magnífico trabajo sobre *El idioma español en Yucatán:*

"El español que se habla en Yucatán es un lenguaje híbrido. Es sabido que la lengua maya ha sido una de las lenguas nativas americanas de mayor vitalidad y que el conquistador en este punto fue el conquistado. La convivencia de cuatro siglos ha producido un inevitable hibridismo tanto en el maya como en el español. Las características del español yucateco, sin embargo, contienen otros rasgos debido a supervivencias del español de las Antillas, del francés y del inglés. Asimismo el náhuatl, fuera de los aztequismos aceptados en la lengua española, ha contribuido con algunas expresiones".

Simultáneamente a su apropiación de elementos mayas, el castellano ha aportado notable cantidad de voces y conceptos, que el maya ha tenido necesidad de recoger, especialmente en lo técnico, por falta de vocablos propios para denominar acciones y voces nuevas. Unas veces la palabra española se mayaniza, otras veces se incorpora simplemente y sólo sufre el cambio de entonación. Así se ha hecho el maya *xtanzia* con que se denominan las fincas de campo y que procede del español "estancia" como en la colonia se llamaron los establecimientos rurales ganaderos. Y cuando no ha formado, con sus propios elementos y con su propia morfología, vocablos nuevos como el muy imaginativo de *tzimin kak* —"caballo de fuego"—, con que hace tiempo se quería decir ferrocarril, o el nombre onomatopéyico del fósforo *hilich'-hop,* el maya se enriqueció a su vez con voces tomadas directamente del castellano. Así los indios dicen *cuchío, taza, plato, cámisa, anís, mula, plataporma, panuelo, quinina, panucho* y otros innumerables términos que, simplemente pronunciados con acento maya, ya forman parte de su léxico propio.

Sería ya imprudente seguir cansando la benévola atención de mis respetados y queridos colegas con este tema, que todavía pide un tratamiento más profundo y un desarrollo más completo y más disciplinado y metodizado. Queden estos superficiales apuntes como una humilde contribución a las investigaciones filológicas, cuyos horizontes son tan vastos como atrayentes en nuestro país y en toda nuestra América. Y sea este sencillo trabajo ofrecido a la docta consideración de esta insigne Academia, como un tributo al fascinante idioma de mis abuelos mayas y a la gloria inmortal de nuestra magnífica, incomparable y bienamada lengua de Castilla, que estamos obligados a defender y conservar, no inerte y petrificada, sino viva, renovada y floreciente.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Por don GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR

MIS primeras palabras han de ser de emocionada gratulación, para el colega que viene aquí a cumplir con un precepto de nuestros Estatutos Académicos, después de "una lenta recuperación física y moral", según él mismo lo ha dicho. Quisiera que mi voz tuviera el hondo sentimiento, la virtud sedante de aquel "adagio" que compuso Brahms en su primer concierto de piano y orquesta, sobre el tema del *Benedictus Qui Venit,* para celebrar la convalecencia de su entrañable amigo Schumann. ¡Feliz llegada al que vuelve a su casa ya sano!

La presencia de don Antonio Mediz Bolio en la Academia no es, ni mucho menos, un ingreso. Ha estado en ella a partir de 1930, como Socio Correspondiente, hasta 1946; y desde esa fecha, que marca el deceso del nunca bien llorado Antonio Caso, hasta hoy, como Socio de Número. Sino que, ya lo sabéis señores, la Academia Mexicana de la Lengua se asemeja a los gremios de artífices de la Edad Media, en que, reconociendo al entrante los méritos que se ha conquistado por su libre labor anterior, le pide una muestra de su maestría para que sirva como presea y blasón de su instituto. El Lic. Mediz Bolio, forzado por las circunstancias, hubo de retardar esa dádiva, pero hoy nos la ha hecho cumplida con el estudio hondo y erudito que acabamos de oír.

Es una verdadera mala fortuna para él y para este honorable público que me haya tocado a mí, por mera contingencia, contestarle. Aquí hubiera sido menester una persona no sólo versada en la lengua maya, sino en la historia y en las costumbres de esa grande e interesante raza que ocupó la península yucateca, extendiéndose a territorios aledaños de Chiapas, Tabasco, Guatemala y Honduras, y aun de algunas islas antillanas. Mis escasos conocimientos sobre esas materias me inhiben de hacer un estudio filológico del trabajo del señor Mediz Bolio, y sólo me atreveré a tocar algunas ideas generales que me sugiere la mestización producida por el contacto del español con el indio.

Ya se ha asentado que para las naciones indo-hispánicas no es tan esencial mestizar las sangres como mestizar los espíritus. Las grandes síntesis raciales que presenta la Historia, se han obrado en las ideas y en los sentimientos, y, así, la belleza del Olimpo Helénico se conjugó con el monoteísmo hebreo y con la lógica jurídica del romano.

Pero tratándose de la España y de la América del Siglo XVI, cabe inquirir cuáles elementos espirituales habrían de amalgamarse. ¿Qué podían aportar las razas primitivas de este Continente ante la aportación castellana, que era un mar en el que se habían derramado los caudalosos ríos de las culturas mediterráneas y del lejano Oriente? El alma española del Renacimiento contenía el soberano pensamiento de Grecia, el orden del Lacio, el individualismo del godogermánico, el sueño del habitante de los desiertos árabes, y, sobre todo, el impulso sublime que se expresó en el Sermón de aquella montaña de Galilea.

Parecería, a primera vista, que ante ese caudal de cultura, poco habría de contar el aporte de las civilizaciones indias. Pero ese juicio sería erróneo indudablemente, y buena muestra de ello es el estudio que acaba de leer el señor Mediz Bolio. Hay, además de las ideas maestras, de las normas, de los sentimientos superiores, que sumándose producen la psiquis colectiva, otros elementos sutiles que contribuyen a matizarla y a configurarla.

El señor Mediz Bolio hace resaltar respecto al Mayab, que en el campo del idioma "el espíritu de los vencidos fue envolviendo y dominando al de los vencedores". Cree él que por más fina, más suave, más en acuerdo con el paisaje y con el clima, la mentalidad maya predominó sobre la española, reajustándola y convirtiéndola en instrumento propio. Tan claro ve este fenómeno que juzga que lo sustantivo en Yucatán es lo maya, y lo adjetivo lo español.

Esta tesis hace pensar que uno de los aportes mayas pudiera consistir en lo que el filósofo Keyserling descubre como característico de las razas americanas: *la gana*. Definida negativamente, no es el deseo de algo, tal como se encuentra este elemento en la base de toda elección hecha por la voluntad, que, a su vez, está determinada por el conocimiento. Positivamente, *la gana* es la fuerza original e inconsciente de la materia orgánica animal; un impulso venido del interior, sobre el cual no tiene imperio la conciencia. Es a la vez la más grande de las fuerzas y la mayor de las debilidades. No tiene el menor elemento de imaginación, y por ello carece de objeto y de fin. Pero a causa de esto, obliga y constriñe como la misma fuerza de la gravitación.

Podría pensarse, pues, que *la gana* forma el fondo del carácter maya, y que éste se ha infiltrado poco a poco en el español, ya predispuesto a absorberlo, porque en el español no se da tampoco voluntad propiamente dicha, la cual supone el poder de delimitar. "El español —dice Keyserling—, deja

que las cosas sucedan; se deja vivir, y deja vivir a los demás, siguiendo la pendiente natural de la vida; goza de los acontecimientos como espectador, y se rehusa a cualquiera fijación seria".

Avancemos un paso más, y hallaremos al mestizo, que indiferente a todo no ejecuta nada, "porque no le da la gana". Vida sin dirección, al minuto, sin imaginaciones precisas que lo conduzcan a ejecutar, vida muelle.

¿No se traduce esa anotada dejadez en el idioma, en la misma manera de pronunciar? Mediz Bolio acaba de decir que el yucateco, aunque no sepa pronunciar una palabra del idioma nativo, tomará la entonación, las inflexiones y el estilo absolutamente mayas. Su espíritu ha sido transformado, mestizado.

Pero observada y admitida como natural la influencia de lo autóctono sobre la cultura que nos vino de España, no hay que extremar, generalizando que lo indígena debe ser base de nuestra cultura actual, es decir, que deberíamos olvidar toda la Historia y toda la tradición, y revivir los tiempos precortesianos. Este es un ideal de cierta escuela sociológica, que cree, equivocadamente, que pugnando por él hace patriotismo. Quisiera tal vez que desapareciese del Continente Occidental el hombre de tez clara, para que volviera a señorearlo la raza cobriza; que cayeran de un golpe, como sacudidos por ingente cataclismo, todos los edificios que ornan nuestras ciudades a partir de la Conquista, y que en el lugar que dejaran vacío se alzaran de nuevo los cúes, las pirámides, las casas blancas de los aztecas, mayas, y demás tribus; y que, por último, se volvieran a elevar hacia los dioses hermanos de Huitzilopoxtli, el copal y el chorro de sangre surgido del corazón de las víctimas.

Pero eso es un sueño. La humanidad no remonta el curso de los tiempos, ni sería conveniente tamaña regresión desde los puntos de vista ético y sociológico.

Tenemos que aceptar el hecho de la Conquista, aunque haya tenido fundamentos y aspectos vituperables, como ya contemporáneamente a ella lo juzgó, usando precisa balanza, el gran fraile Francisco de Vitoria. Todos los americanos de cualquier color nos sentimos ahora hermanos en lo íntimo; sabemos que en nosotros opera el milagro de la gestación de una nueva raza, la Raza Cósmica que soñó José Vasconcelos; no hay diferencia entre el hombre cobrizo y el hombre blanco; éste quiere con ardor que aquél se alce a una vida igual a la suya, y se integre al movimiento de progreso nacional. Pero tal advenimiento no puede hacerse sino bajo el signo de la cultura mediterránea, que es la que ahora impera en el orbe terráqueo, y en la cual se han destilado las esencias de las culturas que la precedieron.

Y si lo anterior es cierto en general, lo tiene que ser en particular, en cuanto toca a uno de los fenómenos producidos por la cultura: el lenguaje.

Don Antonio Mediz Bolio nos ha mostrado la recíproca influencia que tienen el maya y el castellano. Es fatal que el idioma de la raza que otrora pudo llamarse conquistada, pero que hoy está orgullosamente en pie de igualdad con los remotos descendientes de los conquistadores, contribuya a modificar el léxico puramente español. Eso, además de ser natural, es necesario, porque aquí en América existían muchas cosas que eran nuevas para el castellano, y que por tanto éste no podía nombrar sino usando vocablos indígenas modificados según el genio de su propia lengua. Lo mismo puede decirse de ciertos modos de sentir y de ciertas ideas, como brillantemente lo ha mostrado el señor Mediz Bolio.

Pero de eso a querer que el español de América se llene de aztequismos, de mayismos, de incaísmos, hay una gran distancia. Volveríamos a la situación que relata la leyenda de la Torre de Babel, a la confusión de las lenguas. En una misma nación, cual la nuestra, resultarían varios dialectos, y el español mayanizado, como lo designa Mediz Bolio, no sería entendido por el habitante de la Meseta Central, ni por el que vive a las márgenes del Yaqui y del Mayo.

El provincialismo existirá siempre, pero tendrá un valor, un uso restringidos, locales, como su mismo nombre lo indica. Es vana pretensión la de darles curso obligatorio general, porque ello sería, aparte de producir la confusión y la desunión, corromper el idioma, el que nació en Castilla, sin que este darle preeminencia signifique pleitesía ni subordinación, sino simple acato a un hecho.

El mismo Mediz Bolio, que siente en sí la influencia del antepasado indígena, se deja arrebatar también por la de la España grande, aquella en la que nunca se ponía el sol, aquella que con sus hazañas y con sus errores es nuestra abuela. Lo dice en su poema *La Casa de Montejo,* en su *Epístola Limeña a Chocano,* en su *Canto a España* del cual vais a oír unas cuantas estrofas:

Por esa sangre tuya que nos diste,
España, en veinte pueblos reconoces
el don de eternidad que recibiste
de las manos sagradas de los dioses...

Veinte banderas llevan encendida
la gloria de tus fúlgidos pendones;
pintados en su seda estremecida
tus castillos están y tus leones,
y como ola de luz sienten tu vida
en la suya latir veinte naciones.

¡En su nombre te juro, con la mano
puesta sobre la cruz damasquinada
en que montó un armero toledano
la hoja resplandeciente de mi espada,

que a la luz de tus glorias redivivas
todos sabremos ser como tú eras,
y sabremos vivir para que vivas
y sabremos morir por que no mueras!...

La cercanía del Primer Congreso de Academias Americanas de la Lengua, en el que se debatieron estas ideas, me ha hecho quizá divagar un poco. Pido por ello perdón, y paso a esbozar someramente la ilustre personalidad literaria del señor Mediz Bolio.

Es originario de la ciudad de Mérida, la antigua T-Hó, que significa para algunos "ciudad por excelencia" y para otros "lugar de cinco", por las moles majestuosas de sus cinco santuarios, que la hacen memorable como a Roma sus Siete Colinas. Es, pues, de ese país lleno de reliquias de un pasado indígena esplendoroso, sojuzgado por los Montejos cuando ya estaba en decadencia.

Las dos sangres mezcladas han producido allí un tipo humano de gran fuerza y nobleza. Carácter, inteligencia y sensibilidad artística lo distinguen, y baste recordar nombres que hacen latir al unísono los corazones de los ciudadanos de las dos entidades federativas en que hoy se divide lo que antaño fue uno, llamándose Mayab, primero, y Yucatán y Campeche después: Zavala, Quintana Roo, Méndez Ibarra, los dos Sierras...

La Academia se precia de haber tenido siempre en su seno peninsulares próceres: Baranda, Blengio, González Casanova, Molina, Oliver, Peón Contreras, Sierra, Sosa, y ahora únicamente a Mediz Bolio.

Creció en el campo, en la finca de su señor padre, y aprendió a amar y comprender al terruño. Desde muy joven mostró aficiones literarias. El medio había de marcarle dos tendencias, la indigenista y la hispanista. Como espíritu libre, lleno de bondad, y atraído por el misterio, había de estudiar, interpretar y defender al maya. Como caballero, artista y admirador de la *virtú*, concebida al modo del Renacimiento, tenía que ser atraído por la gesta hispánica, por el conquistador y el aventurero.

Veamos rápidamente las manifestaciones de uno y otro aspectos de su talento. Sus primicias fueron *Evocaciones*, una serie de leyendas mayas, escritas casi en la adolescencia. Aunque siguieron a este libro otros de versos, hay que saltarlos provisionalmente para llegar a la aparición de *La Tierra del Faisán y del Venado*, libro en el que, con criterio ya maduro, sondea el mar, rico en perlas, de las tradiciones de sus antecesores indios. Según decla-

ración propia, está pensado en maya y escrito en castellano. "He hecho —dice— como un poeta indio que viviera en la actualidad y sintiera, a su manera peculiar, todas esas cosas suyas. Los temas están sacados de la tradición, de huellas de los antiguos libros, del alma misma de los indios, de sus andanzas, de sus actuales supersticiones (restos vagos de las grandes religiones caídas), y, más que nada, de lo que yo mismo he visto, oído y sentido y podido penetrar en mi primera juventud, pasada en medio de esas cosas y de esos hombres..."

Y qué bien que podía captar ese mundo muerto materialmente, pero vivo en la mente del maya supérstite, una faz del alma de Mediz Bolio. Posee una fina sensibilidad; alienta en una aura cargada de sueños, de dejadez; lo ha marcado el Hada Melancolía como a uno de sus predilectos; lo atrae lo esotérico, esos gestos enigmáticos que ciertas almas predispuestas creen que las cosas del Universo hacen al pobre efímero perdido en él.

Así, canta la ciencia secreta del maya, su hermano de sangre y de esperanza; lo que le murmuran la noche y el lucero, el viento y la brisa, la tierra que exhala una música semejante a la voz de la madre que adormece a su hijo; el amor en las noches tropicales... Todo eso, dice el bardo, que es la riqueza del indio, y que si no lo tuviera ¿qué tendría?

Canta el nacimiento de su raza en la misma tierra del Mayab; al gran señor Zamná, el epónimo benefactor; a Itzamal, la de los templos donde no había ídolos, porque los hombres limpios veían a los dioses dentro de sí mismos; a los cuatro Bacabes que soplan a los cuatro rumbos; al estado paradisíaco del Hombre Rojo, que todo lo perdió por apartarse de la luz y entregarse a los malos espíritus. Canta, en fin, la esperanza, en una profecía vaga de renacimiento sobre las ruinas y sobre el silencio, pues lo que no sucedió en mil años puede acontecer en un minuto.

¿No es ésta una fe en el milagro, que está en las rodillas del Destino, y no en la voluntad y en los músculos del hombre? ¿No es *la gana?*

Hay en la leyenda maya una especie de mesías, el Príncipe Nazul, nacido de una misteriosa mujer venida del Oriente, educado por los sacerdotes, sabedor de todos los secretos de la Naturaleza, silencioso, casto, solitario, que funda una ciudad de buenos, Zaquí, y castiga a otra de malos, Ek-Balam, para desaparecer, después de unas impalpables nupcias con una mujer enigmática como la Luna.

Pero sería imposible seguir el hilo de las otras leyendas. Deténgome sólo en la de la ciudad de Maní la última ciudad maya, cuyo nombre quiere decir "que todo pasó". Maní, sepulcro de sepulcros, ciudad del dolor, donde lloran hasta los guijarros añorando el glorioso pasado del Mayab... Pero en medio de esta desolación suena la profecía: "Os llama la ternura del hermano vuestro, y os dice que es preciso que la grandeza del Mayab reviva, y que nuestros ojos deben ver que resucite la grandeza de su espíritu.

"¡No más clamar la muerte, hermanos míos; recibamos la vida que derrama sobre nosotros el Sol, que es nuestro Padre, recibámosla y cantemos con la voz alegre y con el pecho esperanzado!

"¡En el día de hoy reedifíquese el día de ayer, y levántese el Mayab nuevo y feliz sobre la ceniza caliente del tiempo antiguo, del que hemos venido nosotros como la espuma del mar a las orillas blancas!"

Así dice la voz del último *baltzam* del Mayab, Antonio Mediz Bolio.

Rinde, más tarde, nuevo tributo al folklore de su patria chica traduciendo un libro enigmático y lleno de símbolos, atribuido al sacerdote Chilam Balam de Chumayel. Contienen sus páginas partes de índole mística, crónicas, cronologías, fórmulas de iniciación religiosa y profecías. El libro emplea el idioma maya, acomodándolo a la escritura española del Siglo XVII; y sólo el amor a las antigüedades yucatecas, pudo alentar a Mediz Bolio a efectuar el difícil trabajo que supone su traducción al lenguaje de hoy. Es una fuente de estudio y de meditaciones para los eruditos, pero también una fuente de poesía. No es difícil encontrar allí la inspiración del *Libro del Faisán y del Venado*. Merecería que una pluma verdaderamente docta lo comentara.

Pero es ya tiempo de dejar al folklorista que hay en Mediz Bolio y presentar al poeta de casta española. Digamos ab initio que es romántico: su vida ha sido "un romance de amores y un romance de guerra". Sucumbió al señuelo del Castillo Encantado que todos creemos topar en la juventud:

Allí supo mi brava juventud el encanto
de entregar el espíritu a ese tierno quebranto,
a esa azul brujería, a ese dulce dolor
que en las viejas leyendas se llamaba el amor...

Eso dice añorando. ¿Y notáis con qué gentil señorío corta y pule el verso? Heredó de Grecia y de Francia, a través de Rubén Darío y de Díaz Mirón, el culto de la forma.

Delicado y tierno, tenían que herirlo las hortigas del camino, y tenía que sentirse extraño a su época:

Porque mi alma cautiva, por este siglo cruza,
como en una comedia, de jubón y de trusa,
y sueña, así, que vive como antaño vivía,
y que hay buenas mujeres que aman todavía...

¡El ensueño, la evasión sedante de los males y de las vulgaridades del mundo, pero que a veces conduce a la inercia! El, alimentó una teoría de sueños, como lo dice en su poema *Otra Vida,* que empieza:

Yo porté —estoy seguro— una tizona al cinto...

para luego exclamar:

Visiones esfumadas de lances y amoríos,
de caballos y de armas, son los ensueños míos.
Siento el romanticismo de aquella edad remota
como un perfume viejo que en mi espíritu flota...

Los años pasan... Su espíritu ya no vuela sobre el fantástico futuro, sino que se fija sobre el presente premioso, y el vate desea lanzarse a la acción, verificar la utopía que su caridad le finge:

¡Oh plebe que vives sin conciencia
de tu vida oprobiosa; que arrastras la existencia
dócil al yugo innoble, que adormece tu alma
de hierro, en el marasmo de ignominiosa calma...

¡Levántate, y exige que te den lo que es tuyo...!

En Mediz Bolio había un rebelde (como lo hay en todo hombre bueno), contra todas las injusticias. Por eso estuvo en las filas de la Revolución, cuando ésta era sólo la insurgencia del hambre contra el rico avariento. Este impulso de reforma, imbíbito en el *Magnificat* que reza el católico, fue lo que lo hizo allegarse tal vez más al maya de su tierra, que oprimido por el encomendero decía en el libro de Chilam Balam:

"Ese fue el principio de la miseria nuestra, el principio del tributo, el principio de la 'limosna', la causa de que saliera la discordia oculta; el principio de las peleas con armas de fuego, el principio de los atropellos, el principio de los despojos de todo, el principio de la esclavitud por las deudas, el principio de las deudas pegadas a las espaldas, el principio de la continua reyerta, el principio del padecimiento. Fue el principio de la obra de los españoles y de los 'padres', el principio de usarse los caciques, los maestros de escuela y los fiscales".

Pero su doctrina final, honda y sincera, es cristiana:

Hermano, hermano mío que sufres. Yo te digo,
en verdad, que perdones al que fue tu enemigo
y que también perdones al que tu herida cura
y te importuna, hermano, en esta tu amargura.

Perdona, porque sufres. El rencor se convierte
en piedad, si lo toca la mano de la muerte.

El dolor es muy dulce, porque es misericordia
que hace miel de la hiel y paz de la discordia.

Llora, hermano, por todos; por mansos y por fieros;
por los pérfidos lobos y los buenos corderos;
por todos los heridos, por todos los que hieren;
por todos los que matan; por todos los que mueren...

Nuestro recipiendario entreteje a los laureles de poeta los de dramaturgo. Subieron a los escenarios de la Capital y de Mérida muchas comedias y dramas suyos, en los que varias veces entraña un problema social. Pero no anduvo siempre su musa de alto coturno, sino que vistió también las ceñidas mallas de seda, e hizo sonar los cascabeles de la opereta. Su arte poliforme se interesó en estos tiempos por el cinematógrafo, donde produjo obras que son modelo de factura y de fina dirección.

Por último, no pueden callarse sus merecimientos como servidor de nuestra patria. En la política ha desempeñado airoso papel como defensor de los intereses populares. En la diplomacia tiene largo historial, pues sus mejores años los pasó en el extranjero representando a México.

La Academia Mexicana de la Lengua se enorgullece de contar entre sus miembros a este ilustre mexicano, y hoy que efectúa la ceremonia simbólica de entregarle uno de sus sillones, lo alza como ejemplo de vida limpia, estudiosa y fecunda.

FERNANDO CALDERON BELTRAN *

Por don FRANCISCO MONTERDE

SINSABORES que trae el tiempo y que a veces se acumulan hasta convertirse en pesadísima carga, me han impedido llenar, antes de que transcurriera un semestre, el requisito señalado en los estatutos de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española. Su digno Director, don Alejandro Quijano, con la benevolencia que le distingue, me concedió la prórroga necesaria, y vengo ahora a cumplir, como académico de número, el compromiso que contraje desde que ingresé en tan docta corporación. Al iniciarse este acto, para mí de trascendencia que no necesito ponderar, debo agradecer cordialmente las inmerecidas atenciones que de todos mis colegas recibí siempre, y pedir a la vez que disculpen la modestia de mi trabajo, el cual, por su carencia de méritos, no está en relación con mi profundo agradecimiento hacia quienes lo escuchan.

Esa dura ley que llamamos la muerte, al ir haciendo implacable el vacío en torno nuestro, quiso que fuese un colega muy querido, Salvador Cordero, quien al desaparecer a principios del año en curso, dejara aquí un sitial desocupado: vacío imposible de llenar, si para ello se requiere vasta experiencia y un caudal de conocimientos equivalente al suyo. La semblanza de Salvador Cordero y la enumeración de sus obras, permitirán comprobarlo.

Evocar a quien lo ha precedido, no es sólo una obligación para el que llega: es un deber; mas un deber que se cumple con íntima pena cuando se ha disfrutado de su amistad como de un privilegio. Esto es lo que me acontece, respecto al colega a quien debo sólo reemplazar, ya que no puedo substituirlo, como académico de número. La satisfacción de hallarme ahora entre los que me escuchan, va unida al pesar ocasionado por tal pérdida, ya que la

* Discurso de recepción como académico de número, leído por su autor la noche del 5 de diciembre de 1951.

vida suele otorgar, a cambio de algún dolor, dones como éste. Me lo hacía notar así un admirado compañero en tareas docentes: don Raimundo Sánchez, cuando me dio en tierra extraña la noticia de la muerte de aquel amigo leal, a quien yo había visitado semanas antes de partir para ese viaje.

Conocí a Salvador Cordero hace más de seis lustros. Se hallaba en dichosa plenitud: catedrático y autor de dos libros, cuando aún no aparecía mi primer ensayo de novela corta, me acerqué a él con respeto —era el censor de la editorial entonces más prestigiada—, en solicitud de datos para una somera biografía. A mediados de 1920 le oí leer, en la Biblioteca Nacional, una conferencia que apareció después impresa en folleto. Conversamos varias veces, en la redacción del periódico donde colaboraba con estudios gramaticales que él sabía hacer amenos, y en algunas reuniones de esta Academia a las que el asma tenaz le impedía asistir frecuentemente. Cambiamos impresiones, saludos y recuerdos, en el trato cotidiano, dentro de los intermitentes contactos que en su agitación la vida actual apenas concede, y en esa permuta salí beneficiado con su generosa amistad. Salvador Cordero, de carácter franco, expresivo, cordial, fue siempre colega bondadoso, a quien admiraría más al verle soportar con entereza sus padecimientos, rodeado de atenciones por esposa e hijas, en el hogar donde veneran justificadamente su memoria.

No tuve ocasión de apreciar, en persona, las dotes del maestro de español, en la Escuela Nacional Preparatoria, en el Colegio Militar —donde ganó la cátedra por oposición— o en la Escuela de Artes y Oficios para varones; pero supe, a través de quienes fueron sus alumnos, que con palabra persuasiva los ayudaba a vencer escollos, al guiarlos por los laberintos de las reglas gramaticales y que, al comentar lecturas selectas, con excelente gusto, su afable trato le conquistaba la simpatía de los estudiantes. Sus alumnos, dije alguna vez, sabían que el profesor de lengua castellana había escrito versos en su mocedad, y tal antecedente era un lazo espiritual que lo ligaba con varios de aquellos jóvenes, poetas incipientes, pues sentían secreta devoción hacia el maestro, cada vez que tropezaban con una rima difícil.

Si sus aficiones literarias le impidieron terminar la carrera de abogado, y su temporal inclinación hacia la historia le llevó a desempeñar, entre otros cargos públicos, el de Secretario del Museo Nacional, fue en la vida, a través de experiencias múltiples, donde obtuvo la enseñanza mejor, con esas lecciones cotidianas que no olvida quien sabe aprovecharlas a tiempo. Así encontró material abundante, en su diario recorrido por diferentes senderos, para escribir aquellas obras que descubren sus preferencias por el cuadro y la novela de costumbres: *Memorias de un Juez de Paz,* en 1913; *Semblanzas lugareñas,* en 1917, y *Memorias de un Alcalde* (apuntes de psicología pueblerina), en 1921.

Desde su primer libro mostró preferencias por la prosa castiza. Esas *Me-*

morias de un Juez de Paz, que fueron puestas en orden y escritas en forma narrativa por él, según advertía, modestamente, en la portada, son "las impresiones personales y un tanto observadoras de un activo Juez de pueblo que, aunque rudo y de poca cultura, pudo comprender y darse cuenta de las alegrías, dolores, vicios y estado social de su tiempo". Allí el escritor nacido en la capital se asoma a la vida provinciana y los personajes llevan a aquel medio sus pasiones. *Un buen estudiante, Los grandes afectos, Un rapista como hay pocos, Un influyente, La apoteosis de don Segismundo, Un caso como hay muchos, Día de Muertos, Un leguleyo* y *Los chicos de la tahona* completaban aquel volumen.

Le siguió, cuatro años más tarde, el intitulado *Semblanzas lugareñas.* Su prologuista, don Luis González Obregón, decía atinado que el autor había "ido con el caballete y la paleta a copiar los originales, escenas y hombres, sin imitar como hacen otros, a novelistas o *costumbristas,* del país o extranjeros; y devoto como es de los cánones gramaticales, agregaba, ha sabido imprimir a la forma de sus composiciones personalidad propia". En esas *Semblanzas lugareñas,* Salvador Cordero se propuso —y logró— "trasladar al papel los usos, costumbres, tendencias y hasta contumaces pesadillas de las gentes".

Su tercer libro, *Memorias de un Alcalde,* no tiene la forma autobiográfica sugerida por el título. La experiencia individual se vierte en el relato, hecho en tercera persona. Tal desdoblamiento permite adivinar al autor, a través del protagonista de la narración, cuando nos dice que el alcalde de pueblo, Pedro Candelillas, "tuvo un alma entre romántica y soñadora". Como en los anteriores libros, sus personajes se diseñan con trazos alternativamente realistas o poéticos. Uno de los últimos allí presentados, Marcelo Seguranza, es para nosotros el primero, porque de él nos dice que "conocía los secretos de las flores, hablaba el lenguaje de los pájaros y en sus horas de agudo romanticismo sostenía relaciones con una vieja alondra que se paraba de cuando en cuando en la torre de la iglesia, desde donde atisbaba a su dulce y circunspecto enamorado". Este soñador se gana, por ello, la voluntad de los lectores.

El autor comunica sus propias experiencias —fue alcalde, efectivamente, de vecino pueblo—, cuando al final del libro hace "hincapié, para cuidado y precaución de otros futuros alcaldes, en lo que puede influir cualquier intruso hierofante, escondido allá, en el fondo de unos ojos turbios, sobre el destino y dicha de quien se dedique a traer felicidad sobre los pueblos, unas veces por espontáneos deseos y, otras, por pasajero deporte.

En tono adecuado para ellos, se dirigía a los alumnos de las escuelas primarias superiores, al narrarles la historia de un caballo mexicano: *El Brincón,* en la obra de 1920 que lleva ese título; pero no pensó únicamente en aquél-

llos, al escribirla, sino en "la dulce memoria" de su hijo Salvador, "muerto en los floridos años de su tranquila niñez" —según se lee en la dedicatoria. Cada capítulo de ese libro de lectura lleva como epígrafe un proverbio. Su prosa, de sabor ejemplar, es la que conviene a una obra destinada a servir de texto en las escuelas.

También con fines didácticos había escrito Salvador Cordero, desde 1918, *Barbarismos, galicismos y solecismos de uso más frecuente,* y con la misma intención produjo, hasta fecha muy cercana a la de su fallecimiento, los artículos de divulgación sobre cuestiones gramaticales, que aparecían en *El Universal Gráfico.* En aquel estudio sobre barbarismos, galicismos y solecismos, indicaba la "manera de evitarlos, conforme a los cánones establecidos por los buenos hablistas". Incluía, además, "un apéndice de los principales modismos, refranes y provincialismos de empleo constante en la República Mexicana, así como una relación de las principales reglas ortográficas".

Todo ello revela cuáles fueron las preocupaciones dominantes en el escritor que con esas obras honraba a la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española. A lo largo de su vida, mantuvo el propósito de publicar una "Gramática ecléctica".

El profesor de lengua española también estudió *La literatura durante la guerra de Independencia.* En aquel trabajo, leído en la Biblioteca Nacional y publicado en folleto, en 1920, advertía que "en el alma radiante del pueblo, que iba a la conquista de la libertad y a la posesión definitiva de sus derechos", fue donde "circuló la vena poética más henchida de gracia y de matices finos". En la segunda página del mismo estudio, Salvador Cordero hace esta observación, relacionada con la carencia de libertad, que yo quiero recoger aquí, en apoyo de otras ideas: "Nada hay que estanque y desnaturalice en forma más constreñida a los espíritus como el tener que desarrollar sus energías en un medio ambiente que priva a todo generoso deseo de ascender hasta encontrar más amplios horizontes".

Quien recorre la historia de la literatura mexicana a través del siglo XIX, no sólo como lector que quiere conocerla sino con fines didácticos, para transmitir los conocimientos adquiridos y familiarizar a los oyentes con los autores de categoría, halla entre los problemas planteados por el primer romanticismo en México, los que se refieren a la vida y la obra de Fernando Calderón. Su biografía ofrece aún lagunas que la anécdota ha pretendido inútilmente llenar; permanece en parte velada por un halo, romántico también: la leyenda que Guillermo Prieto contribuyó a forjar, en *Memorias de mis tiempos,* y que Manuel Payno, quien pudo hacerlo como prologuista de sus obras, no disipó con los datos indispensables. Lo único que sabemos con cer-

teza es que vivió Calderón —intensamente, como correspondía a un romántico— una existencia que abunda en contrastes: el buen camarada, que prodiga su ingenio en agudezas y sus recursos pecuniarios en obsequios; el valiente voluntario que se muestra generoso de su sangre al defender la tierra de los mayores, como dramaturgo parece ajeno a las preocupaciones de la gente con quien alterna, ya que sitúa la acción de casi todas sus obras de teatro, en tierras extrañas y épocas remotas. Sólo en una obra inconclusa, *Los políticos del día,* y en la comedia *A ninguna de las tres* presenta personajes mexicanos. En la segunda, con la que responde a *Marcela o ¿a cuál de los tres?,* de Bretón, alude al afrancesamiento y critica la deficiente educación de las mujeres.

Al cumplirse el primer centenario de la muerte de Fernando Calderón, me propuse explorar los archivos, y fui a Guadalajara con el fin de desvanecer aquellas dudas que persistían, como la relacionada con el día de su nacimiento —acaecido en Guadalajara, Jalisco, el 26 de julio de 1809— y la relativa al título de Conde de Santa Rosa, que jamás perteneció al poeta ni a su padre. Con el mismo propósito releí sus obras, y entonces hallé que el escaso conocimiento de algunas de ellas había dado lugar a infundadas versiones que se han repetido varias veces.

No trataré aquí de su obra lírica, ya estudiada por Menéndez y Pelayo, quien afirmó que Calderón fue más bien poeta dramático que lírico, a la inversa de Rodríguez Galván, más lírico que dramático. Dentro de una actividad ininterrumpida desde hace tres décadas: el comentario de espectáculos teatrales, enfocaré un aspecto del teatro de Fernando Calderón, del cual juzgado en conjunto por los historiadores de nuestra literatura, suele decirse que no está conectado con el medio y la época en que lo produjo. Como Rodríguez Galván presentó en sus dramas asuntos y personajes del virreinato, la crítica se ha creído obligada a dirigir reproches a Calderón, por no haber procedido en forma semejante. El maestro Altamirano escribió, en la primera de sus *Revistas literarias:* "Calderón, con su feliz imaginación y con su sentimentalismo, pudo haber ayudado al segundo a crear el teatro nacional; y no que fue a emplear sus dotes en resucitar asuntos caballerescos de la Edad Media, que ninguna utilidad podían traer, sino un fútil entretenimiento y un extravío de gusto, o bien fue a buscar en la historia de Inglaterra un episodio que mejor inspirados habían ya trasladado al teatro algunos poetas europeos". Otros críticos, después, también lo censuraron porque prefirió situar en otros países la acción de esas obras. Sin embargo, el nacionalismo no falta —no podía faltar en un auténtico romántico— en otras producciones de Calderón. Aun sin asomarse a las líricas, donde *El soldado de la Libertad* y *El sueño del tirano* son claras pruebas de ello, basta recordar las dos mencionadas comedias, en las cuales el mexicanismo de Calderón se manifiesta

a través de las opiniones de algunos personajes. ¿Por qué sus obras dramáticas vienen a constituir una excepción, precisamente? Con anterioridad expuse mi parecer acerca de ello, en un estudio sobre Calderón y sus dramas, en el cual dije que se "sale del marco habitual en nuestro teatro, no sólo porque sus lecturas y preferencias le llevaron a otros países y otros tiempos —evasión romántica—, sino porque la situación política le impedía tratar en serio la actualidad, en su época. Al preferir, con sus dramas, refugiarse en el pasado, quiso manifestar sin traba alguna elevados sentimientos que no cabían en un presente mezquino. Procedió como otro dramaturgo hispanoamericano de su tiempo: el argentino José Mármol, en *El cruzado,* cuando se expatrió durante la tiranía de Rosas. Calderón, además, cedió a inclinaciones temporales del público y de las compañías dramáticas españolas que recorrían América, formadas dentro del medievalizante romanticismo europeo". Esto último fue escrito como justificación, no como exculpante, de la actitud del autor dramático, según trataré de confirmarlo con el examen de una evasión romántica que se descubre en la menos conocida de sus obras.

La incertidumbre que existe en torno a Fernando Calderón Beltrán, no se limita a los datos biográficos: llega a la bibliografía, que incluye títulos de obras inexistentes. Manuel Mañón, en su *Historia del Teatro Principal,* le atribuye uno de Scribe, *El vaso de agua,* por mala lectura de un párrafo de la *Reseña histórica del teatro en México,* de Olavarría, y otros le han seguido en ese error, aquí y en el extranjero. Al enumerar las primeras obras que escribió, Rafael B. de la Colina, en las páginas que preceden a las obras de Calderón incluidas en la Biblioteca de Autores Mexicanos, dice: "Por los años 1826 y 1827, Calderón, ya de regreso en Zacatecas, su país natal, escribió *Reinaldo y Elina, Zadig, Zeila, Armandina, Los políticos del día, Ramiro, Ifigenia* y *Hersilia y Virginia*". El último de esos títulos, *Hersilia y Virginia,* corresponde a una obra impresa con título diferente. En el tomo inicial de las obras completas de Fernando Calderón, que se publicó en Zacatecas en 1882, se halla incluida la tragedia *Muerte de Virginia por la libertad de Roma,* en las páginas 287 a 342. Entre sus personajes figura Isilio, prometido de Virginia. Quizás Calderón intituló primeramente su tragedia con los nombres de ambos personajes: Isilio y Virginia, y tal título fue sustituido más tarde por aquel con que la obra ha llegado a nosotros. Convenía advertir que, en vez del título supuesto, debe quedar el de dicha tragedia, *Muerte de Virginia por la libertad de Roma,* dividida en cuatro actos, en la cual, como es lógico, el autor sitúa la acción en la Roma antigua. Se asemeja, por ello, a alguna de las obras del cubano-mexicano José María Heredia, como *Sila* o como *Los últimos romanos,* donde —tras la dura experiencia de la anarquía que siguió al imperio de Iturbide en los años iniciales de la República— buscaba en el pasado una lección que pudiera aprovechar a nuestro país, según traté de explicarlo en

un estudio sobre *Los últimos romanos*. Si fue así, eso indicaría que Calderón no habría desoído, como no desoyó en otras ocasiones, los consejos de Heredia, crítico ejemplar e introductor del romanticismo en nuestra literatura.

La fuente remota del asunto que trata Calderón en su tragedia, está en las *Décadas de Tito Livio*. Quizá desde que seguía en la Universidad de Guadalajara la carrera de abogado, tuvo oportunidad de leer las *Décadas;* pero también es probable que el teatro de Alfieri lo familiarizara con el tema que desarrolla. Procede su *Virginia* de pasajes contenidos en el capítulo XI de las *Décadas:* "De la maldad que Appio Claudio, uno de los diez, intentó contra una virgen desposada, encendido en su amor, y cómo el padre de la doncella la mató antes que viniese en sus manos". Tito Livio refiere que cuando Appio Claudio —en el primer año del IV siglo de la fundación de Roma— permaneció allí para defenderla, se enamoró de Virginia, hija del guerrero Lucio Virginio y prometida de Lucio Isilio, tribuno defensor del pueblo. Enloquecido porque ella rehusaba amarlo, ordenó a su servidor Marco Claudio que la reclamara, como sierva, afirmando que había nacido en su casa y era hija de una esclava suya. Pidió Virginia auxilio a los caballeros, quienes llamaron al padre, ausente en servicio de la república. El abuelo, Publio Numitor, e Isilio acudieron a defenderla. El segundo censuró públicamente a Appio Claudio, por haber suprimido "el socorro de los tribunos y la apelación del pueblo romano, que eran dos fortalezas para conservar la libertad". Appio Claudio repuso a Isilio que "alborotaba la república y sembraba discordias, por codicia que tenía del tribunado"; mas accedió a posponer el juicio, mientras llegaba el padre, a quien había mandado prender secretamente. Logró aquél escapar de quienes tenían orden de aprehenderlo, y se presentó vestido de luto, con su hija. Indignado por la sentencia que pronunció Appio Claudio, dijo a Virginia, al hundirle un puñal en el pecho: "Este es el único medio que tengo de darte la libertad, hija mía". Isilio y Numitor mostraron al pueblo el cadáver de Virginia; maldijeron a Appio Claudio por su maldad, y el pueblo, alterado, comenzó a alentar esperanzas de que "esta maldad cometida por Appio —dice Tito Livio— sería causa de recobrar la libertad". En los capítulos siguientes de sus *Décadas* se ve que esas esperanzas eran fundadas: Isilio y Lucio Virginio levantaron a los caballeros contra Appio Claudio y quienes lo acompañaban en el gobierno, y lograron la caída de aquéllos y la elección de tribunos que los sustituyeran, al adoptarse de nuevo el gobierno consular, en Roma. El sacrificio de Virginia sirvió, por consiguiente, para que los romanos recuperaran la libertad que Appio Claudio les había arrebatado.

Una situación como la que aprovechó Heredia con el propósito mencionado antes, serviría a Calderón para exaltar los sentimientos de libertad y amor a la patria, en aquellos días en que preludiaba el gobierno dictatorial

de Santa Anna, por los años de 30, antes de que Calderón combatiese en la batalla de Guadalupe. La tierra donde vivían los padres del dramaturgo, fue duramente castigada por el dictador, cuando se le enfrentó quien la había gobernado con acierto: Francisco García. Su resuelta actitud quedó quebrantada al derrotar a las milicias de Zacatecas los veteranos de Santa Anna. Fernando Calderón, hecho prisionero al caer herido, iba a pasar después a México, al lugar elegido para su destierro, y se consideraría, por eso, como una víctima del tirano. Vencido, humillado y desposeído, debió de sentirse en condiciones semejantes a aquellas en que se hallaban los habitantes de Roma, con Appio Claudio. A un romántico exaltado, como él, tenía que parecerle más dura aún la situación local, cuando Santa Anna, al mantener la unidad del país, acabó con la autonomía del Estado que se ufanaba de su libertad apoyándose en la minería, entonces próspera.

Petrarca recordó a Virginia, en dos tercetos de su *Triunfo de la castidad,* y varios dramaturgos escribieron obras con el tema de su sacrificio. Entre los autores dramáticos que en diversos países y épocas aprovecharon ese pasaje de Tito Livio, se encuentran algunos en España —Juan de la Cueva, en el XVI, Tamayo y Baus, en el XIX—, y en Italia se contó Alfieri, que tanto influiría en varios de los dramaturgos españoles e hispanoamericanos. Parte Alfieri, en el desarrollo de su tragedia *Virginia,* de un diálogo entre aquélla y su madre —Numitoria—, ajenas aún al peligro. Marco reclama a Virginia como sierva, y cuando Isilio se presenta con gente del pueblo, se retira seguro de que comparecerá ante el tribunal. Así acontece en el acto segundo, que se inicia con un monólogo de Appio Claudio. Ante los lictores, Marco insiste en su exigencia, y tras el aplazamiento del juicio, quedan solos ambos cómplices. Se encuentra con Isilio el padre de Virginia, al volver, y a continuación se les reúnen madre e hija. Appio Claudio se entera por Marco del retorno del padre, que se presenta a defender a su hija, quien comparece después ante el tribunal, y al dictar la sentencia Appio Claudio, sobreviene el trágico desenlace de la obra.

Fernando Calderón tuvo presente la *Virginia* de Alfieri, en su tragedia *Muerte de Virginia por la libertad de Roma,* como es fácil comprobarlo; pero mientras Alfieri distribuye el asunto en cinco actos —de acuerdo con la norma que, según los preceptistas, arranca del *Edipo Rey* de Sófocles, y que adoptaron, con los trágicos del siglo de oro francés, clásicos y neoclásicos—, lo condensa en cuatro Calderón. Comienza su obra con un diálogo entre Appio y Marco Claudio, en el cual traman su plan: se retira el segundo y aquél medita cómo podrá apoderarse de Virginia, que se presenta, altiva, a responderle. Isilio y Numitoria la apoyan. En el segundo acto, el de la iniciación del juicio, los tres conservan su entereza. Al quedar solo, Appio expresa su desdén hacia el adulador cómplice. En el tercer acto Marco Clau-

dio trata de comprar a Isilio, que se indigna al oír su proposición. Virginia procura calmarlo. El padre menciona los males sufridos por la patria y comunica su fervor a la hija y la esposa. Al hablar con Appio, intenta hacerle comprender su error; rechaza una tentativa de soborno y se retira, para desahogar ante los suyos el dolor que le produce la falta de libertad en su patria. En el acto final, tras la muerte de Virginia, Isilio quiere morir también; pero el padre lo convence de que debe seguir luchando.

Calderón trató el tema con aliento juvenil. No planteó el conflicto mesuradamente, como el poeta italiano; hay mayor decisión en su desarrollo, por la valentía con que varios de los personajes se expresan y por el acelerado ritmo que da a las escenas finales. Además de que condensa en dos actos los tres últimos de la *Virginia* de Alfieri, la *Muerte de Virginia por la libertad de Roma* se aleja del modelo italiano, en varios puntos. Calderón parte de la escena en que Appio y Marco Claudio urden la trama para apoderarse de Virginia; escena que Alfieri omitió, sin duda por creerla innecesaria, ya que escribía para un público familiarizado con el punto de partida: las *Décadas* de Tito Livio. Otro tanto acontece con la escena de la fracasada seducción de Virginia, que Calderón, a diferencia de Alfieri, consideró indispensable incluir en su obra, para que el espectador no conozca el hecho sólo por referencias sino directamente, al presenciar la escena. En cuanto a Isilio, a quien manda matar Appio en la obra de Alfieri, sobrevive en la de Calderón, como instrumento para realizar el castigo del tirano. De este modo, nuestro dramaturgo se mantiene fiel a la historia.

Coinciden ambos autores en su odio a la tiranía y en su amor a la libertad y la patria; pero Calderón, que no olvida los sentimientos de honor y dignidad humana propios del tema, subraya el amor patrio y la aversión a los tiranos, sobre todo. Para él Appio encarna al tirano detestable; de su cómplice hace el indigno adulador, necesario para que aquél exista. Da al primero los rasgos del autócrata que no admite objeciones de sus súbditos ni los considera capaces de nobleza alguna. Isilio y Virginia representan la dignidad, la virtud, el honor que no transige. Los padres de la doncella exaltan con su actitud el amor patrio, el amor a la libertad; pero no son únicamente estos dos personajes los que la defienden. La Virginia de Calderón se conduce con valentía y habla al tirano del terrible futuro que le espera, cuando la patria se alce contra él. No acepta ser esclava del poderoso: prefiere amar al que ha elegido libremente. Isilio es además un patriota; hombre de acción que va a donde se propone. Por eso dice:

Amor, Patria, virtud, a un tiempo todo
voy a vengar: si el pueblo envilecido
arrastra sin quejarse las cadenas,
yo las sabré romper...

En cuanto al padre de Virginia, expresa vehemente sentimientos que experimentaría Calderón en sus mocedades. Puede hallarse más honda resonancia que en los versos blancos —*sciolti*— de Alfieri, en los endecasílabos asonantados —romance heroico— de Calderón, cuando Virginia habla de la patria privada de libertad:

¡La patria!, ¿dónde está? No deis tal nombre
a la tumba de siervos degradada
que tiembla ante el tirano que la oprime.
Nada tenemos ya: baldón, infamia,
servidumbre crüel, oprobios, hierros,
es nuestra suerte aquí. ¿Tenemos patria
y se nos arrebatan nuestras hijas
para ser oprimidas y violadas
por el tirano vil, quedando impune
tan horrenda maldad? ¿Tenemos patria
y se nos arrebatan nuestros bienes
para aumentar el fausto y pompa vana
de nuestros opresores, cuyo lujo
insulta al miserable que trabaja
para vivir, y cuyos pobres frutos
en nombre del Estado le arrebatan?
¿Tenemos patria y no tenemos leyes?
¿O son siniestramente interpretadas
por el tirano, siendo en vez de apoyo
para los ciudadanos, un fantasma
aterrador, con cuyo augusto nombre
se escudan los delitos y la infamia
de los agentes del poder? No existe (con fuego)
Patria sin libertad...

No hay espacio aquí para comparar detenidamente ambas obras, ni sería esta ocasión la adecuada para hacerlo; mas por lo transcrito se puede advertir que ese motivo, los ultrajes a la libertad y la ausencia de la ley, adquiere especial importancia en la tragedia de Calderón que —no lo olvidemos— pensaba como abogado, y había experimentado, además, en carne propia el dolor producido por la opresión que priva de su libertad a los hombres. Para Alfieri, que no estaba satisfecho de su obra, la castidad de Virginia puesta a salvo por su sacrificio —hacia el que va tan resuelta como Ifigenia en Aulide— y la firme determinación del padre que con la muerte le da la libertad, constituyen los puntos cimeros de la obra. Calderón ve en el asunto, más bien, un pretexto

para insistir en la degradación que produce la falta de libertad —al mostrar la vergüenza de los ciudadanos de Roma convertidos en esclavos— y exponer el mayor sacrificio a que se puede llegar, para recobrar aquélla: el del padre que da muerte a su propia hija, por impedir que sea deshonrada.

Calderón sufría, en sí y en los allegados, aquello de que habla en sus versos. Por boca de los personajes de su tragedia, lanza al tirano indefinido, aquel que pintó en *El sueño del tirano,* los más enérgicos apóstrofes. *La muerte de Virginia por la libertad de Roma* es una resuelta condenación de la tiranía. De haberse podido representar en México, en los días de la dictadura de Santa Anna, habría comunicado a los espectadores la pasión que el autor puso en esa descripción de la Roma envilecida; mas para ello tenía que acudir al subterfugio de situar en la antigua Roma, y entre romanos, la acción de una obra que aludía a la situación local, según la veía el dramaturgo. De análoga manera procedieron, en fecha no muy distante de nuestros días, Anouilh y otros dramaturgos, durante la invasión, en Francia.

Basta lo observado en esa obra, para rectificar el concepto que hasta ahora se ha tenido de Calderón, como autor dramático. En sus dramas: los caballerescos —*El torneo* y *Hernán o la vuelta del cruzado*— y el histórico —*Ana Bolena*—, también sería posible encontrar pasajes veladamente alusivos a sus preocupaciones, en relación con la época en que vivió y en la cual esas obras fueron representadas y publicadas. Tales alusiones posiblemente no pasaron inadvertidas para sus contemporáneos, a quienes las destinaba. Si no las percibimos con facilidad nosotros, es porque nos hallamos, en relación con él y sus coetáneos, a distancia de más de un siglo; y un siglo, en la rápida evolución de un país como el nuestro, significa mucho. En un centenar de años, caen en el olvido innumerables elementos y se pierden matices que sólo podrían advertir, ahora, el sociólogo perspicaz, el investigador atento y penetrante, el historiador especializado en la vida del siglo XIX y particularmente en el romanticismo.

La obra examinada aquí, representa una evasión; mas no infructuosa ni estéril, como otras evasiones románticas, porque cuando Calderón se evade, en el espacio y en el tiempo, lleva consigo preocupaciones, sentimientos y pensamientos que son los de su época, aunque sitúe la acción en Roma, cuatro siglos después de fundada. Es una evasión que se explica por la imposibilidad en que se hallaba de expresar sus sentimientos como hubiera querido hacerlo: directamente, ante el público, en tiempo de restricciones atenuadas sólo por la comprensiva tolerancia del Ministro de la Guerra, José María Tornel, que escribió en favor suyo aquellas palabras: "los talentos deben respetarse por las revoluciones". Es la viril evasión que el ingenio busca, en las épocas en que algo le impide expresar sus ideas libremente.

De esa evasión digna que nos ofrece, como ejemplo, la obra del drama-

turgo romántico —a quien su repugnancia por las condiciones del momento en que vive, le hace pensar en otro país y otra época hacia la cual proyecta su inquietud—, pueden extraerse enseñanzas para todos aquellos a quienes se suele dar un nombre que se desvía de lo intelectual: la elaboración de la obra en la mente, hacia lo material: la labor de convertir en series de signos los pensamientos. Sin duda, en tal desviación persiste un concepto casi tan antiguo como la letra misma. La imagen del escriba egipcio que sostiene el papiro sobre las piernas cruzadas es intemporal, ya que sólo cambia el procedimiento empleado para grabar los signos de la escritura. Tal imagen persiste, a pesar de que la pluma fue sustituida hace varias décadas por la máquina de escribir, que convertirá en arcaísmos los términos escribano y amanuense, al generalizarse, con el uso de la segunda, el vocablo mecanógrafo. Se insiste, sin embargo, en llamar escritor aun a quien no transmite sus ideas con las propias manos, sino a través de aquel a quien dicta frase tras frase. Con esto se ha evitado, por fortuna, el indebido empleo de un término que daría lugar a lamentables confusiones.

La palabra letrado, equivalente al giro francés "hombre de letras", parece con razón afectada y está más próxima, por el origen —la letra—, al hecho de asimilar con la lectura, que a la actividad mental creadora. Para ella no aceptamos sin contradicciones la voz literato, que nos parece desdeñosa porque también se aplica a quien no alcanza hondura de expresión y se queda en la superficie, en lo que sólo es literatura. Por otros motivos, tampoco se le podría dar el nombre —y renombre— de pensador, que se reserva con justicia para esa elevada categoría en la cual se instala, preferentemente, a quien difunde ideas filosóficas. Como es fácil advertirlo, hay matices que el hábito borra, en el empleo de determinadas voces para designar actividades afines. En la Hélade, posiblemente, se hallaron bien deslindadas actividades semejantes pero no idénticas. Sócrates fue el pensador y Platón el escritor, que transmitió magníficamente las ideas de aquél, al colaborar con el maestro de quien no quedó escrito alguno, y que por ello sólo en la mente de los que paseaban por el jardín de Academo dejó la huella de su espíritu.

Para acertar con el término adecuado, sería preciso diferenciar, también de la persona que escribe lo que piensa, la que sencillamente se limita a eslabonar frases, a transcribir pensamientos de otros —aunque a veces no entienda el idioma que escucha—, como algún amanuense castellano perpetuó en caracteres latinos, a raíz de la conquista de América, los fonogramas de la poesía mitológica maya. No obstante, el hecho de llamar escritor a este último, sería menos impropio que el de pretender designar con la misma voz al que diese a conocer sus ideas, a pesar de que no pudiera hacer uso de sus brazos; mas ¿podrá llegarse alguna vez a separar lo subjetivo: crear con palabras —transformar en palabras las creaciones de la mente—, de lo objetivo: convertir aquello en expresión escrita?

Así como el escultor *piensa* en volúmenes una obra plástica, antes de esculpirla, y el músico *piensa* en sonidos una melodía, antes de ponerla en el pentagrama, el poeta *piensa* en imágenes, antes de escribir su poema. Para la creación del poeta y el prosista, aún hay otras cuestiones, puesto que el estilista se detiene a seleccionar, a elegir vocablos, y por ello puede afirmarse que no sólo piensa en las ideas sino, además, en los términos que habrán de servirle para transmitirlas bellamente. Hay épocas, no sólo individuos, que conceden mayor atención a las ideas que a las palabras, y viceversa —aunque en una misma obra, alternativamente, el interés creador vaya de las palabras a las ideas, y de éstas a aquéllas, según la mayor o menor importancia atribuida a unas u otras. Para quien la importancia de las ideas predomina sobre el valor concedido a las palabras, si no se trata de abstracciones que obliguen a pasar del mundo físico al de la metafísica —y así se pasaría también al campo de los pensadores, esto es, de los filósofos—; para el artista, es casi imposible, si ve con mayor interés la expresión de sus propios pensamientos y sentimientos, sustraerse al clima del momento en que crea una obra. Forzosamente quedará ésta sometida a la influencia del instante y del ambiente en que la produzca. Eso fue lo ocurrido a Calderón, en la *Muerte de Virginia por la libertad de Roma* que concibió pensando, no en la libertad de Roma, sino en la de México.

Esta es la situación de todos aquellos autores que, por inconformidad con el presente, se evaden hacia el pasado. No por ello se desentienden de los problemas de su tiempo, y tal evasión no es forzosamente una protesta contra el instante que les tocó vivir; prueba sólo el deseo de hallar un clima propicio para la libre expresión de sus pensamientos, para la expresión libre de sus ideas, que la limitación de libertad coarta siempre, como afirmó Salvador Cordero. En tal evasión, aquellos que conceden mayor importancia al fondo que a la forma, llevan consigo preocupaciones inseparables de la mente que trabaja; y es posible, por ello, rehacer su trayectoria, aun por entre espirales y laberintos complicados, si la meta es definida y preciso el antecedente. Hay que relacionar esto con las modas literarias y la evolución de los géneros: en el relato, desde la pastoral antigua —la de Longo— hasta las actuales novelas de aventuras, pasando por la novela de caballería. Al crear su mayor obra, Cervantes halló una válvula, que no había encontrado en sus novelas ejemplares ni existe en las novelas pastoriles del mismo Cervantes y de Lope, las cuales se hallan en contradicción aparente con la expresión directa, no alegórica, de otras producciones de ambos. En diversos países y épocas, puede seguirse el camino que va de la épica cortés a la poesía alegórica, y de la lírica a la dramática; la ruta, en fin, que sigue el creador de una obra que no pretende ser únicamente realista. Y aun entonces, el autor sabrá que un personaje representa la suma de diversos tipos observados por él, y que en

las más fieles descripciones, en los actos vividos, hay cierta parcialidad, cierta inclinación hacia el aspecto preferido. Sin llegar a la obra en que los seres reales se disfrazan bajo nombres supuestos —la novela de clave—, se puede afirmar que en toda creación literaria el autor obedece a sus preferencias, cuando no a sus pasiones dominantes: da su versión y no un simple reflejo de lo que ha visto. ¿Equivale eso a la verdad del historiador que trata de ser imparcial, o a la sinceridad del crítico apasionado?

Toda creación del pensamiento es igualmente digna de sostenido interés, de observación atenta. Ese interés obliga a inquirir cuáles fueron los móviles del autor: aquello que revela y lo que voluntaria o involuntariamente quiso evitar; lo que afrontó y lo que soslayó, en su recorrido; porque todo esto, en conjunto, será lo que nos descubra al hombre. Aun sin el deliberado propósito de plantear problemas criptográficos y legar a la posteridad enigmas —a la manera de Bacon—, la propia sensibilidad halla siempre algún modo de eludir aquello que la hiere. Esto es, acaso: lo que sólo puede leerse entre líneas, aquello que más importa aclarar, si se trata de acercarse al espíritu de quien lo produjo. Porque aun el creador que realice su obra con intención exclusivamente artística; el que parezca más sincero en su expresión, mantendrá —por íntimo recato— una zona fuera de la ávida curiosidad de aquellos lectores que van de prisa al recorrer las páginas de un volumen: curiosidad que difiere del interés del lector de abolengo humanista, para quien no hay obra insignificante, pues busca en ella el valor humano.

Al ingresar en esta ilustre corporación, deseo para las obras de mis admirados colegas, lectores que posean el despierto interés y al mismo tiempo la mayor delicadeza —la que el decoro personal impone ante cualquier forma de ajeno pudor—, con el propósito de que aquella intimidad que no quiso revelarse a todos, llegue a pertenecerles sin perder su esencia; lectores que procuren penetrar en las obras, a través del estudio paciente, sin dejar de ser comprensivos y de mostrarse respetuosos; sin emplear violencias de conquista, si tal es la posesión que perdura, dentro de lo humano, transitorio.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA

CON un buen caudal de méritos, Francisco Monterde llega al sillón de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española, que antes ocuparon los ilustres escritores don Alejandro Arango y Escandón, don Joaquín Arcadio Pagaza y don Salvador Cordero.

Con su ascenso a socio de número de nuestra docta corporación culmina una limpia carrera de hombre de letras que, iniciada hace varios lustros, es modelo que puede presentarse en nuestra república literaria de vocación lealmente seguida desde la juventud; de absoluto decoro en el pensar y en el decir y de una mexicanidad conseguida por un grande conocimiento de lo nuestro, sin olvidar nada tampoco de lo ajeno. Profesor de literatura mexicana e hispanoamericana en nuestra Universidad, ha tenido siempre en la mente el espíritu de México y de Hispanoamérica, sin dejar de sentir tampoco la palpitación del alma de España, que tanto se aprecia en la producción de los poetas y los prosistas de nuestro Continente. Director ahora de la Escuela de Verano, sabe transmitir esa palpitación a los estudiantes de otras lenguas que desean conocer nuestro idioma y las obras que en él se han escrito. Director Técnico de la *Revista Iberoamericana,* ha contribuído desde hace años en llevar a todos los ámbitos de nuestro Continente, el conocimiento de las obras literarias que han nacido en nuestras tierras.

Hombre de gran curiosidad, podría aplicársele la máxima que caracterizaba al individuo del Renacimiento: "nada de lo que es humano le es ajeno". Ha cultivado con igual donaire la novela, el teatro, la poesía, la crítica, la historia. Se ha paseado con holgura por todos los senderos que conducen hacia la belleza y ha hecho del ejercicio literario una verdadera profesión. Es de los pocos escritores profesionales de México. Todas sus actividades giran en torno a este noble ejercicio de las letras, sin derivación a otros menesteres que no estén ligados estrechamente con él. La cátedra no es sino un complemento de su actividad literaria. El periodismo es una forma de hacer lite-

ratura ejerciendo la crítica sobre el teatro, la exposición, la conferencia. Su fino gusto lo lleva, además, a pretender que no solamente sea bello el continente de un libro sino su contenido también. Por ello las ediciones de sus obras son ejemplo de elegancia, belleza formal, equilibrio. De ello dio muestras brillantes durante el tiempo que tuvo bajo su dirección la imprenta de nuestra Universidad Nacional, que ha llegado a ser modelo por la pulcritud y buena presentación de sus ediciones.

Inició su obra literaria casi en la adolescencia con un drama en verso titulado *La máquina maldita* que se representó en el teatro de Obreros, de Tacuba, el día 13 de enero de 1913; conjunción de treces que hubiera alarmado a un hombre de espíritu menos equilibrado y sereno que el de nuestro colega y amigo excelente.

Se sumó al grupo llamado colonialista que dio a nuestras letras obras de un estilo depurado y elegante. Esta tendencia literaria ha sido menospreciada por nuestra crítica. Ha sido ya hecha su defensa por algunos de los que participaron en ella. En los momentos en que la prosa y el verso abandonaban en México el influjo de otros países, y trataban nuestros autores de inspirarse en la vida mexicana en todas sus manifestaciones: lo indígena, la provincia, lo tradicional y legendario; la vuelta al pasado donde se había forjado nuestra nacionalidad, fue tierra abonada para producir obras que se adentraran en este campo ya explorado por el romanticismo; pero con elementos mejores para su expresión.

Lo moderno, de entonces, había obligado al escritor al empleo de un lenguaje más directo, de un estilo más depurado. Los escritores más amantes del boato como D'Annunzzio, se habían destacado como admirables estilistas en el dibujo de otras épocas. Era menester profundizar en el conocimiento del lenguaje, darse cuenta de la musicalidad de la frase, evitar lo oratorio en el período, manejar con destreza el pincel, para que el cuadro diera la impresión del modelo que se trataba de fijar en el papel, ya que no en el lienzo.

Frecuentemente trataban los intérpretes de la Edad Media mexicana, de realizar antes miniaturas que grandes lienzos como lo habían intentado los románticos. No era un fenómeno aislado el nuestro en la literatura de habla española. Ramón del Valle Inclán había escrito sus *Sonatas;* Gabriel Miró, sus *Figuras de la Pasión;* Enrique Larreta, su *Gloria de don Ramiro.* Fuera de España se recordaban los nombres de Marcel Schwob y Aloysius Bertrand. A esa época corresponden los dos bellos relatos de Monterde: *El madrigal de Cetina* y *El secreto de la "Escala".* La línea se ha de prolongar hasta casi nuestros días para producir *El temor de Hernán Cortés y otras narraciones de la Nueva España.* Bellas reconstrucciones de nuestro pasado virreinal, como lo es del prehispánico esta hermosa evocación del choque de las dos culturas que han servido de cimiento a nuestra nacionalidad: el *Moctezuma II,* en

el que se aúnan el historiador y el poeta, para crear una fina obra de arte. Recrear el pretérito no es dable a todos los que escriben historia; lo es tan sólo a los que tienen emoción y ese sentido de penetrar en el pasado y adivinar el futuro, que fue patrimonio exclusivo de los vates: Monterde lo es cuando escribe en prosa y cuando escribe en verso, en ese elegante verso de *Chapultepec,* y en esos deliciosos "hai-kais", que se han incorporado a todas las antologías.

Cuando se inició un movimiento tendiente a dar vida a nuestro teatro nacional, Francisco Monterde contribuyó con su esfuerzo personal, con sus consejos y, lo que es más importante, con su obra, a la realización de ese propósito acariciado por los mejores espíritus durante más de cien años. Sucesivamente fueron representándose obras surgidas de su pluma al calor de un interés siempre despierto por una de las más nobles artes de expresión literaria: *La que volvió a la vida*, representada por primera vez en el teatro Ideal la noche del 22 de junio de 1923; *Viviré para ti,* estrenada el 29 de agosto de 1925 en el teatro Virginia Fábregas; *Oro negro,* representada el 12 de octubre de 1930, en la que, apartándose de la comedia urbana, afronta el problema social en uno de sus aspectos críticos, el de la industria petrolera en México, y por último *La careta de cristal,* representada por primera vez en el teatro Fábregas el día 29 de diciembre de 1932. No ha desdeñado tampoco el teatro en uno y dos actos. A él pertenecen las piezas *Fuera de concurso,* comedia representada en el teatro Arbeu el 30 de agosto de 1923; *En el remolino,* drama en un acto, representado en el Colón el 17 de julio del mismo año; *En la esquina,* drama en un acto, estrenado en el Fábregas el 14 de noviembre de 1925, y *Proteo,* su obra preferida, representada en el teatro Orientación el 17 de septiembre de 1931. Como buen catador del teatro extranjero, ha vertido a nuestro idioma: *La última noche de don Juan,* de Edmundo Rostand; *Los fracasados,* de Lenormand; *El contrato,* de Marinetti; *La sombra del Valle,* de John M. Synge. A su vez, una de sus obras, *La que volvió a la vida,* ha merecido los honores de una versión al inglés, publicada en la revista especializada en literatura *Poet Lore,* de los Estados Unidos. Conocedor del teatro universal, por el largo ejercicio de la crítica, y del teatro nuestro, por la lectura de obras antiguas y modernas, tiene que ser un guía seguro para el investigador que desee orientarse en la investigación, en este género literario. Por ello es inapreciable su *Bibliografía del teatro en México* publicada en 1933, que es hasta ahora la única fuente de que disponen los curiosos para saber qué es lo que México ha hecho en el teatro.

Esto nos lleva a considerar otro de los aspectos, el más constante, de la obra de Francisco Monterde: el del crítico. Si como creador ha cultivado los principales campos de la literatura: la poesía, la novela, el cuento, el teatro, en la crítica se ha destacado como uno de los más sagaces y finos juz-

gadores de los autores que han merecido su atención. Su estudio histórico de *La novela mexicana,* aparecido como introducción en la *Bibliografía de novelistas mexicanos,* elaborada por Juan B. Iguíniz, es uno de los panoramas más claros, más comprensivos de nuestra novela, desde sus antecedentes virreinales hasta lo realizado por su generación.

Los prólogos que encabezan sus selecciones de la *Biblioteca del Estudiante Universitario* y otras ediciones en las que ha participado, no solamente constituyen excelente guía para el estudioso, sino que constituyen aportaciones de trascendencia para la interpretación del pensamiento de los autores tratados. Tal sucede con el estudio de Balbuena, el de Fernando Calderón, el de Navarrete, el de Cuenca. Bajo el título de *Cultura mexicana,* ha reunido en un libro éstos y otros ensayos. El volumen constituye un tratado de literatura mexicana, definitivo en sus juicios, brillante en su estilo, sereno en sus apreciaciones. Prefiere en su cátedra la explicación del Modernismo y en esta etapa de la literatura iberoamericana, es considerado como autoridad indiscutible. Justamente un tema relacionado con la interpretación de un aspecto de nuestro romanticismo en la obra de don Fernando Calderón, es el que le ha servido para elaborar el excelente discurso que acabamos de oír. Monterde conoce a fondo la obra del autor de *El Torneo;* ha fijado muchos aspectos de la biografía del poeta, como el de la fecha exacta de su nacimiento y el del título de Conde de Santa Rosa, que no le pertenecía. Ha rectificado su bibliografía. La lectura acuciosa de las obras el autor jalisciense le da motivo a realizar una reivindicación del mexicanismo que ha sido negado por la crítica a Calderón, por los temas de procedencia extranjera que sirven de fundamento a sus dramas. *La muerte de Virginia por la libertad de Roma* viene a ser un canto a la libertad, en el que la imagen de la patria se halla presente: México sufría por entonces una tiranía semejante a la que pinta el poeta en Roma.

"La obra examinada aquí, lo hemos oído de Monterde, representa una evasión, mas no infructuosa ni estéril, como otras evasiones románticas, porque cuando Calderón se evade, en el espacio y en el tiempo, lleva consigo preocupaciones, sentimientos y pensamientos que son los de su época, aunque sitúe la acción de la tragedia en Roma, cuatro siglos después de fundada". En ello estamos de acuerdo; nadie puede evadirse de sí mismo; siempre pone en su obra pedazos de su alma, siempre lleva a todas sus partes su propio pensar y su propio sentir: más en una época en que la pasión lo señoreaba todo. Amante de la libertad, odiador de la tiranía, al lanzar al tirano teórico todas las invectivas que un patriota puede sentir, tenía presente al tirano real que frustraba el anhelo de libertad de un pueblo.

Monterde, fino escritor y maestro ante todo, nos ha dado en esta noche una hermosa lección sobre un aspecto interesante de nuestra historia literaria.

Pero, además, su consagración como académico de número, es otra lección aún más valiosa, para todos los que hemos asistido a esta velada: la de que es posible, en el mundo materialista en que vivimos, el reconocimiento del mérito en un hombre fincado en la lealtad a la vocación, en la honestidad ejemplar en su vida pública y privada, en una obra realizada tesoneramente y con el corazón puesto en la patria y en la práctica de la amistad en el trato de todos los días, con los que tenemos la fortuna de convivir con él. Particularmente me siento orgulloso de proclamar esto último, en esta noche, en que le damos, no la bienvenida a la Academia, porque a ella pertenece desde hace algunos años, sino la bien estada, como decía Bernal Díaz del Castillo, entre todos los que formamos esta corporación. Ratificamos todos sus compañeros el placer que nos da oír una vez más a un excelente escritor y estrechar nuevamente la diestra de un caballero.

EL DESENVOLVIMIENTO HISTORICO DE LAS SOCIEDADES HUMANAS *

Por don AGUSTÍN ARAGÓN

AL morir de mucha edad el apreciable Balbino Dávalos ascendí en la carrera de académico de la Lengua, en México: a numerario, y tengo el título de correspondiente de la Española, o de la Matriz.

Mi sillón es el número 15, el cual sólo dos compatriotas ocuparon antes: don José María Vigil y el difunto Balbino.

Me corresponde rememorar a estos autores ilustres. Voy a efectuarlo con íntima complacencia y brevemente.

Conocí a don José María en 1884, año de mi ingreso en la Escuela Nacional Preparatoria. En el siguiente lo oí discurrir sobre varias materias en juntas de Profesores de dicha Escuela. Más tarde fue mi examinador y mi catedrático de Filosofía. La atención sostenida que puse siempre a sus explicaciones, y el respeto con que objetaba yo algunos de sus sentires, determinaron que me llevase a su casa en unión de camaradas apreciables. Allí examinamos las mil páginas del Tratado de Paul Janet, relativo a Ideología, Lógica, Etica, Derecho Natural, Economía Política, Teodicea e Historia de la Filosofía.

Fuera de la vida escolar traté a Vigil íntimamente en el *Instituto Bibliográfico,* a cuyas juntas no falté una sola vez; lo cual, a tiempo que sólo él y yo concurríamos, determinó que me leyese sus *Memorias.* Para mí fueron esas lecturas interesantísimas, por haberme dado a conocer estados sociales de provincia y personas a quienes ya trataba o había tratado, como el jurisconsulto Vallarta.

Leí todo lo publicado por nuestro académico. Me deleité en su *Antología de los Poetas Mexicanos,* y tengo por su obra magistral el valioso Prefacio que lleva. Pocas veces he visto un espíritu de justicia como el lleno de esplendores que allí se halla.

---

* Discurso de ingreso como Académico de Número, leído el día 18 de abril de 1952.

Su traducción de las *Sátiras* de Persio, su *Lope de Vega,* su tomo de *México a Través de los Siglos* y su *Revista Filosófica* me fueron familiares. Y cuando más lo admiré fue al conocer su labor prodigiosa de organización de la Biblioteca Nacional secundado de todo en todo, por el apreciabilísimo Conde de Agreda. Merece de nosotros y de sus compatriotas amantes de las letras los más nobles galardones.

A Balbino Dávalos lo conocí a raíz de su llegada a nuestra metrópoli, por su paisano y amigo Gregorio Torres Quintero. Me ocupó algún tiempo el estudio de sus producciones de humanista. Fue uno de mis jueces en la calificación de dos ensayos que presenté a los bien logrados *Juegos Florales* que promovieron los alumnos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1902.

Con el motivo indicado me interrogó sobre mi pensamiento acerca del decadentismo poético, y sin tardanza repliqué: *lo tengo por absurdo.* Convinimos en nueva reunión y le di sorpresas. La primera fue demostrarle que conocía yo a fondo su poesía de nombre *El Ultimo Poeta;* y la siguiente decirle que nada había yo comprendido de ella. Le comuniqué que gran mentor mío de primeras letras me enseñó a poner versos en prosa, a fin de cerciorarse él de mi comprensión de lo rimado.

Este ejercicio escolar que sólo en Jonacatepec, mi villa natal, he visto en práctica, lo enseña Alexander Bain en su *English Composition and Rethoric;* y lo aplicaba el conocido gran psicólogo y acabado lógico en *King's College* de la Universidad de Aberdeen en Escocia.

En *El Ultimo Poeta* vi impresos por vez primera los verbos *serenizar* y *centripetar,* y la denominación de *supremo logaritmo al eviterno número.*

Agregué para no singularizarlo, que la misma obscuridad y el mismo hondo misterio había yo visto en composiciones de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones, de Leopoldo Díaz, de Amado Nervo, de José Juan Tablada, y aun de Salvador Díaz Mirón.

Me he embebecido, en cambio, en la frecuente lectura del *Ensayo Crítico* de Dávalos que trata del *Horacio* de don Joaquín D. Casasús; y deploro no haya escrito el *Proemio* que se le pidió para el tomo de poesías de don Ignacio Mariscal, pues tengo firmes bases para decir que habría sido supremo.

En 1907 con ocasión del Centenario del nacimiento del gran poeta norteamericano Longfellow, escribí y publiqué cumplido elogio del concienzudo juicio del vate susodicho que leyó Dávalos en la Biblioteca Nacional. Conoció a fondo nuestro compatriota nombrado a muchos poetas ingleses y de los Estados Unidos.

Más de cien de los académicos de esta Corporación me fueron o me son conocidos; y a todos les debo algo o mucho. Ipandro Acaico, por ejemplo, me enseñó que hojaldre volátil en nuestro idioma es el *vol au vent* de los franceses.

Reputo tal conocimiento por ingente dicha mía en mi existencia; no de otra suerte puedo calificar el haber saludado desde mi niñez a Joaquín García Icazbalceta y a José María Roa Bárcena.

Voy a permitirme hablar de uno de los más preciados individuos de esta Academia: de don Rafael Angel de la Peña, quien fue más de cuatro lustros Secretario Perpetuo en esta Casa. Lo elijo, porque fue *maestro de maestros,* pues adoctrinó en Latín al altísimo nombrado don José María Roa Bárcena y al insigne maestro Orteguita, el jurisconsulto modesto, humilde, que se llamó Rafael Ortega.

Conocí a Peñita, como respetuosa y cariñosísimamente le llamábamos sus alumnos, donde encontré al señor Vigil, en la Preparatoria; y fue maestro mío respetable en el *Instituto Monasterio.* Mucho aprendí de él, de índole varia; y a su lado estuve en un social trance fuerte que tuvo y del cual salió gallardamente airoso. Me quiso y me distinguió; le debo estímulos a mi cultura; en la Cámara de Diputados subía yo de la llanura a la montaña; donde él tenía su asiento, para escuchar su docta palabra y sentir el fulgor de sus virtudes. Por él conocí a Donoso Cortés y a don Joaquín Arcadio Pagaza. *El Prólogo* de Peñita a los *Murmurios de la Selva* de don Arcadio, es para mí su obra magna, pues en ella asciende a lo sublime. No exagero si digo que desde la noche de 1889 en que don Rafael me dió a conocer un discurso del Marqués de Valdegamas, por él muy bien leído, he recitado más de cien veces el magnífico trozo siguiente: "El Salvador de los hombres puso a la Magdalena debajo de su amparo; y cuando hubo llegado el día tremendo en que se anubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pie de la cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora para darnos así a entender que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente a la inocencia y al arrepentimiento".

Dije arriba que me quiso y me distinguió; lo ratifico. Por él y por el doctísimo padre filipense Francisco Labastida, también Académico de la Lengua, fui de examinador de Matemática, Cosmografía y Física al Seminario Conciliar Metropolitano.

A propósito de ésta, en 1904 me interrogó Peñita para saber si le dijeron la verdad al asegurarle que propuse y fue aprobada como texto en mi cátedra del Colegio Militar, obra de un jesuíta. Le respondí afirmativamente y le llevé luego mi ejemplar del libro de esa asignatura del religioso iñiguista Bonifacio Fernández de Valladares, distinguido catedrático de Física del Colegio de Oña en España, quien pidió a nuestro compatriota el apreciable ingeniero e hijo de Loyola Primitivo Cabrera, dibujase las estampas relativas, que son, agrego yo, de calidad primera.

Al devolverme el preciado libro, abrazándome me dijo: usted siempre es justo con todos. Lo cual me halagó en grado sumo.

Como lo había visto muchas veces en funciones de examinador, me preguntó mi sentir sobre el método que seguía él y acerca de las calificaciones que daba. Sin tardanza lo satisfice, del modo siguiente: es usted, al examinar, indulgente sin debilidades y calificador sin durezas.

No me excuso del mucho emplear la primera persona del Presente de Indicativo, porque me ampara de malévolas críticas la afirmación del justamente afamado escritor chino Lin Yutang, aquella que dice: "Quien teme usar el yo en lo que escribe, no será jamás buen escritor".

Uso el yo sin pecar de *yoísmo,* término creado acertadamente por nuestro difunto colega Joaquín Baranda: para individuar a políticos finchados por haber conocido maquiavelismos y dado ayuda a Robespierres.

El trance fuerte a que aludo lo provocó un ultramontano intransigente, faltando al respeto debido, que merecía por mil títulos, al ilustrísimo arzobispo Alarcón, maestro que fue de Peñita. El prelado respetable dio lección severa al provocador en decentísima y oportuna forma. Acompañé a mi maestro tras lo narrado, y le di consolación recordándole el epígrafe de la quincuagésima oda del tomo I del dulce Meléndez: Las penas y los gustos forman mezclados la tela de la vida.

No pocos embarazos tuvo Peñita por haber sido profesor en la Preparatoria cuando la dirigía don Gabino Barreda. Los catedráticos de esa Escuela se congregaban para almorzar juntos una vez al año; en uno de los almuerzos un profesor joven habló con intemperancia del catolicismo, y al notar Barreda que don Rafael se apercibía para hablar, dijo: en las actividades sociales la regla de buena conducta ha de ser la trazada por el gran San Agustín: *En lo necesario unidad, en lo dudoso libertad y en todo caridad.*

Con recordación tan oportuna renació el espíritu cordial de los congregados.

Placía a don Rafael Angel se le presentasen objeciones en la cátedra; y tanta era su insistencia en pedírmelas, aun en lo privado, que llegué a presentárselas. Le aterraba el pensamiento en su muerte; y no se confundía de pensar lo que sería la vida de un milenario que nació para ser de habla española, a tiempo que ésta fuese ya lengua muerta. Su terror venía al verse en el momento de comparecer ante la Majestad Divina; y como era de espíritu lógico, lo tranquilicé con enseñanzas suyas, pues le dije: la consecución de la gracia y bienaventuranza eternas, la tiene usted bien ganada con sólo la longanimidad de que usted mismo ha dado muchas pruebas en su vida escolar y en la social. No he encontrado a humanistas compatriotas que hayan conocido la ciencia abstracta, exceptuado el señor Peña. En *Boletín* que dirigí a partir de 1888 inserté estudios suyos notables: uno *Acerca del Origen y uso de Algunos Tratamientos;* y otro, estrictamente científico, de nombre *Estudio Filológico y Fonológico de Algunas Letras.* Peritos en Acús-

tica lo aplaudieron, y el Autor fue muy felicitado por su ciencia y su método explicativo. Antes de escribir estas líneas volví a leerlo y aumentó la nueva lectura mi admiración al Maestro. No cito pasajes sobresalientes, por no alargar este discurso; mas franquearé mi ejemplar a quien me lo pida.

Esa cultura científica suya motivó que se le pidiese dijera en acto solemne el Discurso de Instalación de la Academia Mexicana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Correspondiente de la Real de Madrid. Su pieza relativa a todos satisfizo, fue impresa y elogiosamente comentada. Y también determina tal saber su ingreso en la memorable *Sociedad Humboldt* en 1874; a la cual pertenecían cultivados talentos nacionales residentes en la metrópoli. Allí leyó valiosísimo estudio de su pluma llamado *Breves reflexiones sobre la Ley de Instrucción Pública en la parte que se refiere a los estudios preparatorios.* En uno de los pasajes se anticipa a desmentir a calumniadores de la Escuela Nacional Preparatoria y de su ilustre fundador, en los autorizados términos siguientes:

"La homogeneidad de los cursos preparatorios para todas las carreras profesionales; el estudio de las ciencias naturales y exactas más extenso y más profundo que el que han exigido leyes anteriores; la práctica de todos los métodos y artificios lógicos necesarios para descubrir en todas las ciencias los senderos que conducen a la verdad; el orden prescrito en la enseñanza de éstas, derivado del conocimiento íntimo que se ha tenido de su genealogía y parentesco; la medida en que se comunican, tan proporcionada a inteligencias tempranas que empiezan a nutrirse con ellas; la tendencia a la unión de los individuos que es la paz de los pueblos, por la unidad de la enseñanza preparatoria, cimiento de la prosperidad pública, y *el feliz consorcio de las ciencias con las humanidades,* son, en mi concepto, los caracteres distintivos de la ley vigente; son los más claros títulos de gloria, y al mismo tiempo los capítulos de acusación por parte de quienes le mueven una guerra desapiadada".

Un autor de textos de Matemática le apabulló el sombrero de seda en la Plaza del Seminario, por no haber dado dictamen favorable a dichos textos. Soportó cristianamente la ofensa pública e inesperada. No tuvieron imperio en él ni los impulsos del orgullo ni las flaquezas de la vanidad.

Era pulquérrimo en todo. Una ocasión le oí increpar a alumnos suyos en la clase de Español de la Preparatoria, donde también enseñaba Matemática, y la increpación concluyó así: ¡Por los cinco mil de a caballo! Como presencié el sucedido, pues fui a darle cuenta de un encargo que me dio; ya en la calle y con gran pena, me dijo: ¿qué habrá usted pensado de mí al oír los cinco mil? —Al punto lo tranquilicé con mi respuesta: pensé, le dije, en que se quedó usted muy corto, pues en mi tierra natal cinco mil diablos nos parecen pocos, o juego de niños, ya que decimos: *por los trescientos mil demonios.*

Su *Gramática* es para mí un monumento durable como el bronce. La Real Academia Española, Vicente Salvá, Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Rafael Angel de la Peña dieron en el hito al resolver problemas de la enseñanza del Castellano.

Cuando don Rafael llevó a don Justo Sierra ejemplar de su expresado libro, exclamó el favorecido: ahora sí voy a aprender la Gramática de mi Lengua.

Me parece que no yerro al haber elegido como tema de este discurso el que voy desarrollando, porque nada ilustra la teoría general del desenvolvimiento histórico de las sociedades humanas, y el aserto de la evolución de nuestra especie, *mejor* que el acto de conocer a los agentes de aquel desenvolvimiento y de esta evolución, pues que este conocimiento real y efectivo nos da la visión clara de lo pretérito, con la gran ventaja de que aviva a par el sentimiento de la continuidad de las eras y de las edades, de las épocas y de las generaciones, y favorece el de la solidaridad necesaria.

Los hombres que trabajan, los escritores que deleitan y enseñan, los oradores que avasallan, los poetas que conmueven, los organizadores que coordinan, los sabios que investigan, los filósofos que resumen en síntesis, los ciudadanos que construyen, los estadistas que gobiernan, los profesores que ilustran, los héroes que luchan, los maestros que guían, los apóstoles infatigables, todos aquellos, en una palabra, que se singularizan en el pensamiento o en la acción, empezando por los más humildes y acabando con los más encumbrados o eminentes, son tipos selectos de la gran familia humana. Varía, como era de esperar, la importancia del sujeto; pero todos son factores en el hecho de la persistencia y desarrollo de los elementos de civilización de las sociedades.

La estimación efectiva de la obra de cada uno, o lo que él haya allegado a la obra civilizadora, es la tarea del biógrafo concienzudo y diligente o del crítico imparcial y diserto. Cuando esa tarea se fundamenta en hechos reales y verdaderos, éstos por sí solos explican suficientemente la parte del cooperador en la suma del progreso humano. Así se estima bien la secuela histórica y se forman series conexas que facilitan el estudio de lo efectuado por todos nuestros mayores.

La fama común, la recompensa pecuniaria, la popularidad ruidosa, la dirección social, el renombre, las consideraciones sociales, etc., no son siempre para los más dignos ni para los dignos; circundan a toreros, cantadoras y bailarinas, pugilistas, bandoleros y destructores, y a pelotaris y a otros más. Los nombres que más suenan en las discusiones literarias y en los diarios gigantescos, no son a menudo los de verdaderos héroes y grandes santos, sino los de ídolos de tribus, muchedumbres o facciones que han menester encumbrar a alguien, muerto o vivo, para satisfacer ciertos fines asaz innobles. Mas los silenciosos apóstoles del progreso, nos dan, en cambio, la impresión *viva*

de su carácter sintético o simpático, constructor u orgánico, creador o benéfico; y éstos son los que con su esfuerzo señalan la relativa importancia de los diferentes movimientos sociales, de las distintas razas, de las muchas edades, de los diversos pueblos.

En respecto de recompensas pecuniarias y de lo subido e injusto de algunas de éstas, dice el escritor norteamericano A. Brisbane, al hablar del célebre pintor William Blake: "Si Blake pudiera levantarse de la tumba y ver las fabulosas sumas que se pagan a poetastros, malos novelistas, artistas de pega, autores teatrales adocenados y la caterva de ineptos que infesta al mundo, sin duda que el dolor y la sorpresa le volverían a causar la muerte".

Las vidas de un Faraday, de un García Icazbalceta, de un Darwin, de un padre Secchi, de un Helmholtz, de un Virchow, de un Kelvin, de un Oliveira Martins, de un J. B. Dumas, de un Menéndez y Pelayo, de un Pasteur, de un Andrés Bello, de un Víctor Hugo, de un Miguel Antonio Caro, de un Tennyson, de un Jean H. Fabre, de una Concepción Arenal, de un Rafael Lucio, de un Carlos Calvo, de cien más de cada pueblo, serán siempre cautivadoras; atraerán al pensamiento, mantendrán en la virtud, estimularán a la meditación y alentarán al trabajo. No es posible ciertamente concordar en todas las apreciaciones; pero sí puede establecerse un criterio uniforme si se excluye de la remembranza a todos los de acción disolvente, aunque sus hechos hayan sido más o menos útiles en un momento dado.

Los hombres más grandes, sobre todo en la acción, tienen abundantes caídas y penosas limitaciones; la conducta purísima o el continuo proceder intachable sólo se conciben en personas que se moviesen como autómatas, y de esta casta no los hallamos en los ejemplares de carne y hueso que conocemos del género humano.

Todo lo antecedente lo he tenido en cuenta siempre que he pintado vidas y descrito obras de ilustres varones. Jamás busco la uniformidad automática o mecánica; los límites me los impone la relatividad de tiempo y lugar; y la selección la ejecuto por los frutos de la obra, o cuando la pintura concreta de la evolución humana caracteriza un período, sin exclusivismos de escuela, sin rivalidades de ideas, atendiendo más que a los méritos y defectos personales a los resultados históricos comprobables o verdaderos.

Las vidas infecundas en bienes, ricas de daños, estériles en nobles sacrificios, infectas de maldades, son para apenarnos y para cubrirlas con el manto eterno del olvido; mas las ricas de amor a todo lo bueno y grande, puro y elevado, las de actividad creadora saludable, las pródigas de sus ricos tesoros individuales, las que nos compensan generosamente de las inútiles o dañosas, de la inactividad y de la vulgaridad de muchísimas, son las vidas luminosas que nos corrigen y no nos deforman, que sin fatigarnos nos llevan a las altas cumbres, que nos abren los brazos para alentarnos, que se ponen

íntegra y tenazmente al servicio de los más santos anhelos, y los arrollan y los hacen sus esclavos; y son luego celebradas, comprendidas y admiradas.

Aquellos que no laboran para halagar a los que mandan, que no van en la cómoda y beneficiosa corriente de las ideas dominantes, erróneas o acertadas; que sientan doctrina pura o aplicada, sólida y sana, consciente y experimentalmente fundada; los de convicciones acendradas y de lealtad a toda prueba; los que se distinguen por la mesura de sus opiniones y su respeto a los adversarios; y los buenos a carta cabal, son los que autorizan con sus hechos sublimes la existencia de las prestancias humanas.

Mis perfiles no los trazo para que sirvan de autoridad a nadie, son para recordar a quienes me han hecho grata la vida, son para pagar en parte deudas contraídas voluntariamente, son para despertar en mis camaradas o contemporáneos que aún viven, alegrías de antaño y gratísimos episodios de la vida de colegio.

El genio de una nación expira muchas veces con uno de sus grandes hombres; las dulces reminiscencias de la niñez, de la adolescencia y de la juventud, mueren con el postrero de los familiares o amigos con quienes gratamente se evocan. La energía de un mentor, la sabiduría de otro, el entusiasmo de un tercero, la bondad de otro más, etc., forman en los recuerdos del que fue escolar áurea cadena que lo liga a sus escuelas. Demos paso a la expansión sirviéndonos de la pluma, y exhibamos devotamente la imagen de los abnegados profesantes que nos allanaron el camino del vivir aleccionándonos y presentándonos los bellos panoramas del deber y del recto laborar sin treguas.

En sesiones de Academias, de Sociedades Científicas, de Colegios, de Juntas Directivas, etc., se discute la forma en la cual esas corporaciones deben rendir homenaje a sus individuos que han sobresalido entre sus compañeros y mueren, o con motivo de distinciones de que son objeto por parte del Gobierno de su país o de Gobiernos y academias extranjeros. Y así se procede en esos casos, porque nobles sentimientos impulsan a atestiguar de una manera permanente los motivos por los cuales veneramos a los hombres superiores.

Mas si bien socialmente se ha cumplido cuando a un médico lo enaltece su Academia de Medicina, a un letrado la suya de Jurisprudencia, a un ingeniero su Asociación de Ingenieros, etc., el hombre culto siente en casos especiales el anhelo de expresar sus juicios de aquellas personas que sobre él influyeron, por su extraordinaria actividad, empleada, no en provecho propio, no en dañar a sus semejantes, ni en aumentar honores o riquezas, sino en la infatigable labor de difundir la ciencia y desarrollar la afición al estudio, de inculcar el bien y practicar las virtudes.

Aquello excelentísimo que siempre distinguió a don Rafael Angel y pro-

cedía de la mejor cepa, consistía en su amor al buen lenguaje, en su puntualidad, en su pulcritud y empeño en inculcar buenas maneras, en su estricta disciplina y en su conocimiento de lo vernáculo.

Este asunto del lenguaje preciso, correcto, en la enseñanza científica, considerando con seria y honda reflexión las cosas, es capital: *desarrolla el buen gusto literario, facilita la difusión del pensamiento y educa en la expresión precisa de los conceptos o ideas.* Amén de todo esto, los talentos serían punto menos que inaprovechados, si no tuviesen, para darse a conocer a los demás, el jugo espiritual benéfico del bello estilo, que los hace florecer, que los lleva a fructificar copiosamente y con lozanía, que los dilata por todo el mundo instruyendo y dando a la par deleitosísimo esparcimiento; y porque las admirables cualidades del sabio, del docto y acabado profesor, del pensador original, del distinguido conferenciante, del filósofo profundo, del investigador abnegado, etc., lucen más con la prosa que atrae, con lo exquisito del léxico idóneo para la comunicación que enseña deleitando, ya que la seriedad más severa, y aun el exterior áspero y la rigidez más proverbial no riñen con la forma artística, ni con la risa oportuna, y menos todavía con la delicada sonrisa.

Las varias construcciones maravillosas de la evolución social son distintas, cada una tiene sus caracteres propios; pero todas están íntimamente unidas. Una de las más notables es la del lenguaje, formado por palabras que representan todas las sensaciones, todas las imágenes, todas las ideas abstractas y todas las relaciones inductivas y deductivas que resultan de las meditaciones; de manera que, los cultivadores de las ciencias que desdeñan la propiedad en la expresión ignoran que el empleo acertado de los vocablos tiene un papel tan importante en la vida espiritual como la formación de las construcciones mentales, pues que la condición necesaria para la eficacia de lo que se escribe o se habla es, que la relación entre un sonido y la imagen, la idea o la emoción que representa, *sea siempre constante.*

El lenguaje científico tiene una precisión matemática; y si así no fuese, habría una completa indeterminación en los procesos de la comunicación científica; por eso los libros, las lecciones, los opúsculos, los ensayos, los artículos, las exposiciones orales, los discursos, etc., de los dedicados a la ciencia, no sometidos a esas leyes regulares, a esa técnica severa, a la forma superior y normal, son un fracaso, aun cuando contengan valiosas creaciones de sus autores. Estos sólo son grandes, si se distinguen por la aptitud para expresar clara, bella y concisamente, desde los profundos pensamientos hasta las realidades más comunes, de tal modo que aun los espíritus vulgares perciban sin resquicio a duda lo que ni implícitamente había entrado antes en su entendimiento, lo que no concebían llegase a enriquecer su mente.

Puede un matemático o un músico que sólo manejen símbolos o signos, pasarse sin la filosofía del estilo; mas para ser realmente comprendidos y ad-

mirados han menester no pasarse sin la filosofía del estilo de su simbólica lengua. El tema es tentador y vasto, sobre todo para advertir a los intonsos del idioma que no se escapa de buenas despotricando, sino con el estudio de los maestros del buen decir, de los autores de libros no desaliñados, y huyendo de frases de vulgar olorcillo. Y aquí termino esta parte con nueva y subidísima alabanza a mi inolvidable profesor don Rafael Angel de la Peña, que, me atrevo a creerlo, habría firmado a dos manos estas pobres, mas sinceras reflexiones; pobres, por ser mías.

De no menos importancia es el tema de las buenas maneras, que el presidente Lincoln miraba como una manifestación de superioridad de espíritu, en las cuales procuraba ahincadamente don Rafael Angel de la Peña imbuir a sus alumnos que de ellas carecían. Cuántas veces al ver lo mucho turbio y tosco de nuestra vida escolar y social que las afea, la falta de buena crianza, la material grosería que desdice tanto de nuestra cultura, grosería en la que ¡ay! se adelanta camino sin darse acaso clara cuenta de ello, y que reprueba la natural delicadeza de todo espíritu selecto; viene a mi memoria el afán incesante del profesor que retrato en corregir la negación sistemática de toda educación esmerada, el naturalismo grosero, sucio y aflictivo; y al recordar sus esmeros para que sus discípulos fuésemos cultos, buenos, educados, me deleito en esas placenteras evocaciones y reminiscencias, me engolosino al saborear la miel pura de su frase y bendigo su nombre que me produjo tanto bien y tan hondo cariño. Lo mucho tosco y turbio a que me referí, recuerda a Espinosa Medrano en su Novena Maravilla, o cuando dice: "...malo es el cauterio quemando; peor es el cáncer cundiendo; perverso es el hipócrita; peor es el escandaloso; mejor nos estuviera la virtud fingida que el vicio descarado".

La moralidad consiste, si la suprema razón de los intereses del bien impera, si quienes dirigen son personas amigas y de bueno y bien asentado juicio, en hacer sistemáticamente lo que de modo espontáneo se ejecuta algunas veces y genera felicidad y virtud en los demás y en nosotros mismos. Colígese de estos principios que es preciso sea cada individuo iniciado en las reglas generales que le conduzcan con independencia al servicio activo de su prójimo; que le permitan desempeñar sus funciones en la vida colectiva en armonía de acción con sus propios aceptados deberes.

Hablaba don Rafael en la clase en diferentes tonos, casi siempre descendiendo; esto es, una frase larga la empezaba a decir en voz muy alta y la concluía débilmente; los galicismos, otros solecismos, los demás extranjerismos, las muletillas, los barbarismos y vulgarismos, todo lo que obsta a la ilación, las construcciones galicadas, las impropias por otras razones, etc., los corregía sin descanso; era intransigente en particular con los anacolutos, o sea la falta de cohesión entre dos frases sucesivas, dicha la primera sin pen-

sar en la segunda o viceversa; y cuando incidíamos en ellos, nos decía que cambiábamos el giro porque no pensábamos en una cosa solamente, y sugería al colegial luego el plan coherente del caso.

Queramos o no, por la fuerza de las circunstancias, consciente o inconscientemente, vivimos gracias a los seres colectivos: familia, clase social a que pertenecemos y las demás clases sociales de la sociedad de que formamos parte, patria, género humano; y para ellos vivimos. La familia es siempre el ser colectivo inseparable, y hay, además de la establecida por lazos de sangre, las familias de vínculos de corazón, intereses y entendimiento: la escolar, la religiosa, la de la profesión, del arte u oficio, etc.

Solazarse con recuerdos en reuniones de coetáneos, es propio de viejos o de personas de edad madura, porque se siente con ellos, es decir, se opina con ellos y se participa de los sentimientos que todos los reunidos poseen; porque todos tienen participación directa en la herencia de los mismos maestros. De aquí nace en las congregaciones la ufanía por haber sido camaradas; la unión fraternal de dos o más personas; la devoción y el recogimiento con que el ánimo se entrega a la pintura de una época, a la realización de una obra, etc. Es un deber de hombres cultos vincular las luces a los esfuerzos sanos de la familia vernácula; así se educa para que los pueblos sean celosos de sus glorias; y éstos son los únicos que no andan a vueltas y son parte para cosas grandes.

Animado por estas ideas a trabajar con ahinco, lo mismo me entusiasma un benemérito de la patria que un compatriota benéfico con los pobres, útil para los desvalidos. Censurar algo de malo si a un tiempo se alaban prendas en el mismo sujeto, procediendo fundadamente en ambos casos, es verdadera crítica o juicio formado sobre una obra; crítica que falta a nuestras actividades mentales, que nos es menester para llegar a la estimación de nuestros propios elementos de valer y fijar los ojos en las grandezas que realmente tenemos. Disentir de alguno no es para alejarse de él, ni para embarazarse en el trato social con él mismo, pues hacerlo es típico de aquellos que no florecen en sabiduría y en buena educación, y se gozan en las desuniones.

Se habla según el carácter de los héroes y el lugar en que se dicen las palabras; y una Academia debe ser, para los enamorados del estudio, no sólo una sociedad científica, literaria o artística, sino el refugio de las ideas elevadas y el centro de difusión de las mejores doctrinas. En tiempos de hondas crisis sociales y políticas, como aquellos en que ahora vivimos, incumbe a las Academias pugnar por la extensión de aquellas nociones que pueden ser para todos y que son favorables a los intereses de la sociedad entera; la Mexicana de la Lengua es, juzgada con rectitud, una de las de más prestigio en nuestra patria; y puede, por ser libre en el hablar y en sus acciones, y por estarlo de

vicios, manifestarse al país noble en su actuación, u ocupada por el pensamiento de instruir con solidez en los temas de la conservación de nuestro idioma, tan capitales, que sólo los de la virtud pueden excederles en importancia. "Las Academias, decía el gran sabio químico español Carracido en Madrid el 16 de junio de 1924 en la Real Nacional de Medicina, no son, como injustas malevolencias propalan, albergues de gentes inactivas sólo atentas al culto idolátrico de sus personas; desempeñan la función de altos Cuerpos consultivos del Estado, y *son además centros propulsores de la cultura nacional, actuando siempre con la madurez de juicio que algunos despectivamente llaman académica, quizá dolidos por la saludable corrección impuesta a generosas pero infundadas exaltaciones*".

Me paré a reflexionar en estas posibles buenas obras, con riesgo de parecer divagante, porque peligra, en el sacudimiento en que estamos, nuestra poca disciplina en el arte de hablar; de lo cual es elocuente prueba el quejarse a grito herido, no de padecer con las impertinencias sociales, sino de los calumniadores del buen decir, *algunos de los cuales son profesantes que estudiaron y tuvieron maestros eminentes.* Redoblar la vigilancia debe ser hecho continuo en todas las actividades; pues se reincide en la culpa con la misma facilidad con que se vuelve al estado primitivo en cualesquiera conocimientos.

Resuenan con loores estos muros cada vez que recordamos la vida y obra de los venerandos colegas que se señalaron en sus espinosas tareas. Sepultarse en el indiferentismo es no estudiar sus vidas singulares y sus admirables obras; tejer una corona digna de ellos será continuar sus empresas y sacar al pueblo mexicano de la esclavitud de la ignorancia lingüística en que vive.

Sean mis últimas palabras un himno de alabanza a la Real Academia Española escrito por ella misma; y el cual voy a leer con fruición indecible y en pobre pago de lo mucho que le debo. Es el contenido en el tercer pasaje de su Prosodia; es de una música en que se aduna el sabio precepto con las más suaves y dulces melodías.

He aquí el Himno:

"Se dirigen exclusivamente a la inteligencia y al raciocinio la ANALOGÍA y la SINTAXIS, dándonos a conocer las partes componentes de la oración y adiestrándonos en el modo de unirlas y trabarlas, a fin de exponer con claridad y exactitud las ideas y pensamientos. Pero esta enseñanza y ejercicio vendrían a ser inútiles si no cuidásemos de pronunciar con distinción, exactitud y tono conveniente las voces, oraciones y períodos, de suerte que ninguna palabra pueda confundirse con otra, ni el sentido obscurecerse o desconcertarse por la viciosa colocación de pausas y acentos, haciendo desaparecer todo el vigor y hermosa variedad de los afectos que mueven nuestra alma. Dar a éstos su mayor viveza, energía, verdad y eficacia, valiéndonos de la buena elección y orden de las palabras, del atinado y sagaz empleo de las figuras, distri-

buyendo persuasiva y felizmente la materia del discurso y coordinando bien los argumentos y pruebas; emitir la voz, ya con suavidad, ya con fuerza, siempre con melodía, sonoridad y ritmo; buscar para el gesto y los ademanes la expresión más propia y adecuada, esto no corresponde a la Gramática, sino al arte de decir, al arte de hablar y declamar, a la Retórica. Saber presentar de la manera más bella las imágenes con lo selecto y exquisito de los vocablos, sujetos a medida y ritmo, a consonancia, asonancia o disonancia; causar deleite al oído, enardeciendo la imaginación y arrebatando nuestro espíritu; investigar los móviles y resortes por los cuales adquiere la palabra todo su poder y encanto, y dictar reglas para la artificiosa elección de las voces, distribución de los acentos y construcción singular de los períodos, tampoco es de la Gramática: todo ello y mucho más pertenece a la Métrica, y, sin embargo, la buena prosa, por llana y humilde que sea, tiene cadencia y ritmo especiales. Confunden, pues, sus límites la Métrica, la Retórica y la Prosodia, hasta el punto de que los antiguos comprendían a las tres en la Gramática".

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR

CINCO años hace que don Agustín Aragón pronunciaba en este mismo lugar su discurso de entrada como socio correspondiente de la Academia Mexicana, habiéndome cabido el alto honor de contestarle. Hoy cae en mí de nuevo esa distinción que me ufana (no sin reconocer no merecerla), por dos motivos: porque considero una fortuna que mi nombre vaya asociado, de cualquier modo que sea, con el ilustre del académico entrante; y porque a él debo mi señalamiento como recibiente, pues aunque tal selección corresponde a nuestro digno Director, él ha delegado, por deferencia, esa facultad en don Agustín. El es, pues, quien me coloca en esta tribuna, dándome prueba de su paternal afecto, que yo correspondo filialmente, para celebrar su toma de posesión de la Silla No. 11 de nuestro Cuerpo.

Lo primero que quiero hacer notar es la respetable edad en la que se recibe como académico de número. Ochenta y dos años cumplirá en agosto venidero, y juzgo que es insólito que un hombre alcance tal título ostentando tal muchedumbre de días. Para quien conozca el alto carácter de don Agustín, su amor a la ciencia, su constancia en difundirla, su dedicación al magisterio en todas sus formas, y su laboriosidad, esta larga vida es demostración en sí, de cuánto merece formar parte de la Academia Mexicana, una de las instituciones patrias más serias.

Me siento, sin embargo, cohibido ahora para referirme a su fuerte personalidad, y para hacer mérito de sus trabajos científicos y literarios, porque hacerlo no sería sino repetir lo que expuse en mi ya mencionado discurso de hace cinco años. Allí esbocé su digna y recia genealogía; el abrupto y cautivante medio guerrerense en el que vio la luz y pasó sus primeros años, recibiendo enseñanzas de una de las naturalezas más próvidas; la forma en que fue educado; los rasgos salientes de su carácter; moralidad e intelecto; sus servicios a la patria, y su obra; y, por tanto, he de remitirme a ese estudio, medrado como mío, que ya corre estampado en letras de molde.

¿Qué voy a decir hoy que tenga novedad? ¿Cómo puedo interesar a este culto público, haciendo, sobre todo, justicia al querido recipiendario? Afortunadamente una personalidad como la suya es inagotable, y me brinda ocasión para explayar alguna de sus varias facetas que entonces sólo apunté. Además, el discurso que acabamos de oírle, presta materia para hacer algunas consideraciones sobre su jugoso contenido.

En mi primer discurso dije: "El cerebro de don Agustín se había ido formando sobre la maciza roca de la ciencia, metodizada por el positivismo, que fue su síntesis desde que se puso en contacto con don Gabino Barreda. El mismo dice que dedicó su vida a la propagación de esa doctrina, desde 1868, año en el que tenía 18 de edad". No puede situarse un pensamiento más precisa y concisamente en el orden filosófico. Positivista fue en los albores de su existencia y positivista ha permanecido en su vejez.

Esta disposición científica lo indujo a escribir y a hablar frecuentemente en público, con esa fluidez y precisión que le son características. Puede ser síntesis de su credo este párrafo suyo: "Los progresos realizados por el hombre en todos los conocimientos humanos son portentosos. Pero la más grata esperanza de su porvenir la forman las conquistas de la ciencia; ellas son sus maravillas, el oasis que vislumbra en el horizonte, su reino, la tierra prometida a sus semejantes".

En 1897 fue por primera vez a Europa, para leer un discurso en el Centenario del Nacimiento de Augusto Comte, celebración que congregó a positivistas de todo el mundo. Volvió a México más entusiasta por la doctrina del idealizador de Clotilde de Vaux, y trabajó para conseguir suscripciones para el monumento del maestro, que hoy se alza en la Plaza de la Sorbona. Escribió después su *Ensayo sobre la Historia del Positivismo en México* que fue traducido a varias lenguas. Luego colaboró en la gran obra, *México, su evolución social,* y con algunos de los escritores del mismo libro, planeó la publicación de la *Revista Positiva,* que tuvo vida por 14 años. En ella aparecen las firmas de los mejores intelectos del México de entonces, y su influencia fue grande durante el gobierno del general Díaz.

Estimo que es una de las obras más fructuosas de don Agustín, pues dentro de nuestra patria sirvió para difundir la ciencia pura, la filosofía y la sociología, haciendo que los mexicanos se fijaran en los arduos problemas nacionales, y guiando muchas veces a los funcionarios que tenían en sus manos la cosa pública. En el exterior nos dio prestigio, pues se hizo patente que aquí se cultivaba el pensamiento, a la misma altura que en las naciones más civilizadas.

Y hay que llamar la atención sobre la particularidad de que don Agustín puso en la empresa no sólo su talento sino su pecunia. Me ha confiado

que la publicación de la Revista Positiva le costó más de cien mil pesos. ¡Qué gran ejemplo! En vez de buscar premios por su obra benemérita, empleaba en ella, con desprendimiento excepcional, su propio dinero. No debe extrañar, pues, que en su ancianidad, vaya de la mano, como el beato de Asís, con la hermana Pobreza.

Conserva hoy mismo su entusiasmo por la ciencia, y su pluma incansable sigue produciendo, informada siempre en los principios de su maestro Comte.

Pero yo sospecho que no profesa el comtismo como fue minuciosamente delineado por su autor en el Curso de Filosofía Positiva, en el Sistema de Política Positiva, y en la Síntesis Subjetiva o Sistema Universal de Concepciones propias al Estado Normal de la Humanidad. La Ciencia, como la conocía Comte (aun podría decirse, como no la conocía, pues fuera de la matemática, era un "dilettanti" en las otras ramas del saber, hasta burlarse del descubrimiento de Neptuno, por Le Verrier), la Ciencia, digo, ha avanzado en los últimos años a pasos gigantescos, y lo más curioso es que ha vuelto a considerar problemas que Comte creía resueltos o irresolubles para siempre.

Don Agustín es de sobra ilustrado para ignorar tales avances y para dejar de avalorarlos. Por tanto, creo que, como muchos filósofos modernos, toma del positivismo una parte, la que se refiere al método de las ciencias, y rechaza la inmutabilidad absoluta que Comte quiso dar a su sistema. Y no hay que azorarse de ello, porque esa es la ley del progreso.

Qué buena ocasión me darían estos últimos pensamientos para profundizar en la doctrina positivista, si tuviera los conocimientos filosóficos necesarios para aplicarle una crítica atinada. Pero declaro que aun si fuera filósofo no emprendería la muy ardua tarea de analizarla, porque estimo que la primera cosa que se necesita para juzgar de un sistema o de una obra cualquiera del intelecto, es sentir simpatía por ellos, y yo he de confesar francamente que ya no la siento por el positivismo.

Apenas hecha la anterior afirmación me percato de que necesito calificarla. Augusto Comte definió así lo que entendía por filosofía positiva: "Empleo la palabra filosofía en la acepción que le daban los antiguos, y particularmente Aristóteles, para designar el sistema general de concepciones humanas. Agrego a esa palabra el adjetivo *positiva,* para anunciar que considero esta manera especial de filosofar que consiste en aproximarse a las teorías, de cualquier especie que sean, con el objeto de coordinar los hechos observados, lo que constituye el tercero y último estado de la filosofía general, primitivamente teológica, y en seguida metafísica".

Comte deja así, desde el principio, fuera de su sistema, una infinidad de fenómenos y de nociones, y por ello podrían dirigírsele aquellas palabras que dijo el pálido príncipe de Dinamarca a su alter ego: "There are more things in Heaven and Earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy".

Ya Fouillée había observado que Comte desconoce el hecho evidente de que percibimos de modo inmediato nuestras propias ideas, nuestros sentimientos, nuestras voliciones, los cuales están sujetos a leyes uniformes: es decir, que en el orden de los fenómenos no entran solamente las relaciones entre las cosàs exteriores a nosotros, sino muy principalmente lo que se verifica dentro del sujeto pensante, que forma nuestra más íntima experiencia.

El mismo filósofo francés últimamente citado agregaba: "Si es cierto que la ciencia positiva de la naturaleza es el estudio de las relaciones de sucesión o de simultaneidad entre los fenómenos, no es menos cierto que el espíritu concibe, además de las relaciones de causa activa y de causa final, un término superior a toda relación: lo absoluto. Ahora bien, según el positivismo, éstas son cosas que nunca podrán conocerse, de las que no hay que ocuparse; y por este modo el positivismo suprime de una sola plumada todas las cuestiones verdaderamente filosóficas".

Esta que acabo de apuntar, es una de las primeras y fundamentales objeciones que se han hecho al positivismo, y que yo, paupérrimo filósofo, comparto.

Pero hay todavía algo más, que nos baja del mundo de las ideas puras a la actualidad más viva: Augusto Comte rehusa considerar lo que en el siglo XVIII se llamaba *Derechos del Hombre,* derechos naturales y morales, derechos inalienables e imprescriptibles. Según él, el individuo no tiene sino derechos completamente relativos, y que son los que le confiere la sociedad. Esta teoría la extrema Comte, cuando emprende la tarea de organizar el Estado positivista poniéndolo en manos de los sabios, los cuales (hay que recordarlo aquí con verdadero pesar), se han equivocado tantas veces como los hierofantes del período teológico. Ante el hombre de ciencia, el individuo no tiene más remedio que obedecer, su libertad individual desaparece. El Estado, convertido en substituto de Dios, impone a sus súbditos leyes indiscutibles, en provecho de la comunidad, pues tal Estado dirigido por sabios es el único poseedor de la verdad que éstos han descubierto, y no puede caber tolerancia enfrente de una seguridad sacrosanta.

¿No os parece, al oír lo anterior, que se está pintando al Estado comunista más grande del mundo, ante cuya amenaza de imperio universal temblamos todos?

Sólo esto bastaría para fundar mi falta de simpatía por el positivismo, al cual reconozco, en cambio (y éste es el distingo que enuncié arriba), el mérito de haber estudiado los métodos que convienen a las ciencias de la naturaleza, y a la coordinación de todas ellas.

¿Cuáles son, por otra parte, las aportaciones científicas contemporáneas a que me referí, y que me autorizan a afirmar que la posición antimetafísica del positivismo es insostenible? Muy someramente las delinearé usando ideas

muy sintéticas, cuyo desarrollo exigiría espacio y tiempo con los que no contamos aquí.

El hombre no se conforma con observar los fenómenos, y con relacionarlos con los estados anteriores que los producen. Desea una explicación total del maravilloso espectáculo del cosmos, y así, la ha buscado, primero, en la voluntad de seres superiores a él, pero que, sin embargo, se le asemejan, a los que atribuyó la categoría de divinidades. Más adelante, cuando creció su experiencia, vino el crepúsculo de esos dioses, y el Cosmos dependió de entidades metafísicas, de entelequias. Luego, a medida que avanzaron las ciencias, cuando se observó la acción mecánica que los cuerpos todos ejercen los unos sobre los otros, y esas relaciones pudieron expresarse en fórmulas matemáticas, se creyó que la Ciencia, así llegada a su mayor edad, era la única explicación de la Naturaleza. El pensamiento se hizo materialista y determinista.

Pero la ciencia del siglo XX, y me refiero especialmente a la Física, ha cambiado de una manera total. Aquellas pequeñas esferas indivisibles que eran los átomos, cedieron su lugar a minúsculos sistemas solares cuyos planetas, los electrones, se movían en órbitas concéntricas. Nuevos descubrimientos obligaron a pensar que esos electrones tenían la facultad de saltar de una órbita a la otra, produciendo energía. Más adelante hubo necesidad de concebir que el núcleo central no era unitario: nacieron sucesivamente el protón, el neutrón, el fotón, y por último el neutrino y el antineutrino. En nuestros días ya no puede hablarse de órbitas, ni de que esos elementos son Materia propiamente, sino Energía, y más bien, ondas que sólo obedecen a las leyes del cálculo de las probabilidades.

Pero lo más notable es que la matemática que se aplica a estas nuevas concepciones demuestra dos cosas: que el sistema aislado, que es el Cosmos en que esos fenómenos se verifican, *no pudo comenzar a moverse sin que un motor fuera de él le haya dado el primer impulso.* Se ha retornado, en cierto modo, al "primum movens" aquinense.

Un sabio, un verdadero investigador de laboratorio, que hizo notables descubrimientos en biología, y que poseía al mismo tiempo gran probidad intelectual y vasta cultura filosófica (me refiero a Lecomte du Noüy, fallecido hace poco), plantea así el problema que resulta de tener que rechazar la hipótesis materialista de que todo se produjo como resultado del azar: "Es preciso, lógicamente, apelar a algún elemento activo, radiación o cosa de la misma especie, o bien admitir que entra en juego el demonio de Maxwell, ese tramposo, que, según la feliz expresión de Eddington, debe llamarse el Anti-azar..." Y el astrónomo Sir James Jeans observa que la Naturaleza, en último resultado, parece conformarse a las reglas de matemáticas puras formuladas por las mentes matemáticas humanas en reclusos estudios, extrayéndolas de sus propias conciencias, y sin derivarlas de ninguna experiencia del mundo

exterior. Por eso concluye que la Creación es puro pensamiento, y debe ser efecto de un acto de pensamiento. "Las cosmologías primitivas —escribe—, describían a un Creador que trabajaba en el Espacio y en el Tiempo, que sacaba al sol, a la luna y a las estrellas, de una materia previamente existente. Las teorías científicas modernas nos obligan a pensar en un Creador que trabaja fuera del tiempo y del espacio, ambos parte de su creación, exactamente como el artista pintor está fuera de su tela. Se conforma así con la conjetura de San Agustín: 'Non in tempore, sed cum tempore, finxit Deus mundum' ".

La necesidad de un Creador se hace más absoluta si se considera el problema del aparecimiento de la Vida sobre la Tierra. El cálculo de las probabilidades demuestra que la formación, por obra del acaso, de una molécula disimétrica, de una proteína por ejemplo, necesitaría un tiempo en años expresado por el número uno seguido de 243 ceros, magnitud que ya en sí no dice nada a nuestra mente humana. Pero como la Tierra tiene una edad máxima de dos mil millones de años, que se escribe con un 2 seguido de sólo 9 ceros, la comparación de las dos cifras anteriores hace ver que la molécula de que se trata no pudo aparecer espontáneamente.

Du Noüy concluye: "Ahora bien, nada significa una sola molécula. Es menester que existan cientos de millones de moléculas idénticas. Para explicar su nacimiento necesitaríamos echar mano de cifras superlativamente mayores, y, así, crecería al mismo tiempo la improbabilidad de su formación por el acaso... Llegamos pues a la conclusión de que, actualmente, es en absoluto imposible dar cuenta científicamente de los fenómenos pertenecientes a la Vida, a su desarrollo y evolución progresiva..."

J. W. N. Sullivan, matemático, físico y filósofo, brillante intérprete de la ciencia moderna, comenta así las limitaciones que tiene: "Nuestros impulsos religiosos no pueden satisfacerse con nada menos que con la creencia de que la vida tiene un significado trascendental, y precisamente esta creencia era imposible según la filosofía científica del pasado. Por lo tanto, puede establecerse que el cambio operado verdaderamente por la ciencia moderna, no ha de hallarse en su aumentado poder de ayudar al progreso del hombre, sino en sus nuevas bases metafísicas". En otras palabras, la ciencia del siglo XIX declaraba que eran incompatibles con ellas las ideas de un Creador, de una creación, y de un libre arbitrio. La ciencia actual no ha descubierto y demostrado la realidad de esas ideas, que están fuera de su objeto inmediato, pero seguramente ha hecho patente que no son incompatibles con los resultados últimos a que ha llegado. Es decir, no se opone a nuestra intuición de algo más allá de la física.

Me doy cuenta de que todo lo que he dicho anteriormente no está expresado con suficiente claridad, pero creo que me excusan al par, la grandísima

dificultad de la materia, y la confesión que hice de no ser filósofo. Estimo, sin embargo, haber suscitado en los oyentes el deseo de investigar la cuestión por sí mismos, para llegar a la convicción que tienen los principales filósofos de la actualidad, de que el materialismo, que es el fundamento de la doctrina positiva, tiene que ser revisado. Pero esta es la ley. En su marcha hacia la Verdad, el hombre alcanza solamente atisbos que van ampliándose, pero que probablemente siempre serán deficientes.

De esta condición de la filosofía nace una virtud, que es la tolerancia. La práctica de ella es la que hace al verdadero sabio, porque da al intelecto ductilidad y curiosidad, y al corazón motivo para ser siempre respetuoso con la opinión de los demás. ¿No es esta actitud muy cercana al amor predicado por Jesús? Don Agustín corrobora esto al recordar lo que dijo don Gabino Barreda a don Rafael Angel de la Peña, en aquella ocasión en que, ante el segundo, alguien atacó al catolicismo: "En lo necesario, unidad, en lo dudoso libertad, y en todo caridad".

Don Agustín no se limita a poseer esa virtud de la tolerancia, sino que practica las que los antiguos reunían bajo el nombre de sabiduría. El ha hecho en este discurso que acabamos de oírle, su propio elogio, al alabar las cualidades morales del maestro de la Peña.

El, como el notable gramático, ha sido un estudioso y un difusor del saber, un trabajador incansable, un carácter firme; en fin, según sus propias palabras, uno de esos silenciosos apóstoles del progreso que son tipos selectos de la gran familia humana, rico de amor a todo lo bueno y grande, puro y elevado, de actividad creadora saludable. Uno de aquellos que no laboran para halagar a los que mandan; que no van en la cómoda y beneficiosa corriente de las ideas dominantes, erróneas o acertadas; que sientan doctrina pura o aplicada, sólida y sana, consciente y experimentalmente fundada; de los de convicciones acendradas y de lealtad a toda prueba; de los que se distinguen por la mesura de sus opiniones y su respeto a los adversarios; de los buenos a carta cabal, que son los que autorizan con sus hechos sublimes la existencia de las prestancias humanas.

La rama del saber humano que dominó don Rafael Angel, presta ocasión al recipiendario para hacer, en unos cuantos párrafos de su discurso, el elogio del lenguaje, maravilloso instrumento de la convivencia, y depósito del espíritu de las generaciones. Los filólogos han explicado su nacimiento y su desarrollo en los milenarios; pero su aprendizaje es tan misterioso y rápido, que podría sustentarse la hipótesis de que es congénito con el alma humana. Basta ver cómo brota en el niño, para pensar que no lo aprende sino que lo recuerda.

Aboga, naturalmente, don Agustín, por que el lenguaje sea preciso, correcto y de buen estilo, para que pueda connotar todos los matices del pen-

samiento y las menores vibraciones de la emoción. La vida social depende de ello. En Babel los hombres se sintieron seguramente infelices al tornarse en un solo momento extraños los unos a los otros. Y eso es lo que sucedería si ahora cada uno tuviera permiso para modificar los vocablos a su arbitrio, y para emplear sintaxis y construcciones heterodoxas, como las que usaban los eufuístas o los discípulos del irlandés Joyce.

Lo anterior no quiere decir que el idioma deba inmovilizarse, como lo pretenden algunos que desearían seguir usando golilla, y no apartarse de los tiempos de Cervantes y de Lope de Vega. Puesto que el progreso se manifiesta en las ideas y en las cosas, creándolas nuevas; puesto que hay que referirse a ellas, para entendernos, es claro que habrá que acuñar nuevos vocablos apropiados a lo que no se conocía. En el reciente Coloquio de Darmstadt, Ortega y Gasset se refirió a esa necesidad diciendo que si bien el pueblo echa a correr la lengua, la crean el pensador, el artista, el sabio. Los primeros, para expresar su íntima intuición, el tercero, para tratar los nuevos fenómenos que descubre. Muchas veces no hay que forjar para esto neologismos, sino que basta con ir a la raíz de los voquibles, agregándoles significado, relanzándolos a la circulación como repulidas onzas de oro.

La labor de dirigir y depurar esta renovación indefinida de la lengua corresponde a las academias, como lo reconoce don Agustín. Tienen además de su finalidad científica, la de ser almácigos de ideas elevadas y centro de difusión de las mejores doctrinas.

Ha recordado, al referirse a la nuestra, la vida y obra de los colegas que en otros tiempos se señalaron como obreros en tan excelsas tareas, y yo afirmo (y creo que todos estaréis conmigo), que don Agustín Aragón es digno émulo de aquellos varones, porque sus enseñanzas han tendido a propagar la verdad, a formar buenos ciudadanos, y a dar ejemplo de vida limpia y alta.

Recuerdo aquí un párrafo del ensayo que nuestro recipiendario tituló *Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirla.* Después de asentar que el artista necesita libertad, y sobre todo desahogo de las premuras económicas, cosa difícil de lograr en la civilización industrial, y particularmente en México, escribe: "Un medio práctico para hacer sentir en México la importancia social de la literatura, sería la organización de un grupo de hombres de letras sacrificados (devoués) que recogiese, centralizase, elaborase y publicase, según un programa uniforme, los materiales para un estudio completo de nuestros grandes literatos. Se agregaría a esa labor la de dar a conocer, por medio de biografías elaboradas, a los grandes 'consumidores-conocedores' (Chevreuil), a los protectores activos de las empresas estéticas: León X, el Rey de Baviera, por ejemplo, entre los más ilustres. Ese grupo de literatos nos daría a conocer, con su labor, nuestro verdadero capital estético o sea el conjunto de los esfuerzos que expresados por el medio filológico hayan

servido de modo más o menos activo, directo e intenso, a la producción de otros trabajos. La capitalización literaria en México o yuxtaposición y condensación compacta y resumida de los resultados literarios de nuestra vida social, está por hacerse; y la formación del núcleo que propongo responde por tanto a una verdadera necesidad social. Su formación nos daría a conocer las huellas de cada uno de los literatos mexicanos, el esfuerzo de esos elaboradores de la civilización y el elemento de originalidad que hayan agregado a la labor de sus precursores".

¿No es verdad que el ideal descrito anteriormente, se realiza en una buena parte en esta Academia?

La avanzada edad de don Agustín podría servir de tema a un nuevo Cicerón que se propusiera escribir otro diálogo *De Senectute*. Aquel romano decía que la moderación, la indulgencia y la afabilidad hacen bella la vejez; que en un anciano hay que admirar su larga experiencia, su saber, su memoria del pasado. Don Agustín ostenta todos esos dones, y quiero subrayar aquí especialmente su prodigiosa memoria que lo hace registro vivo de hechos y de personajes que ya están en el fondo del tiempo.

He aquí, pues, un altruísta de suprema calidad, para expresarme en términos positivistas. Tiene los tres magnos instintos, el apego, la veneración y la bondad. El primero lo ha llevado a formar lazos indisolubles con sus semejantes, comprendiéndolos a todos, prodigándoles su ayuda y sus consejos; constituyéndose patriarca de una familia ejemplar, donde la esposa fue reina en su vida, y estrella tutelar, ya traspuesta al mundo del recuerdo. La veneración es cualidad máxima de nuestro colega: nunca lo habréis oído expresarse mal de los antepasados, de los benefactores de la humanidad. Pero su máxima virtud es la bondad, calor que nace del alma, y conduce a ser generoso con los hijos, con los discípulos, con los amigos, con todos los hombres en general, haciendo gozar con su felicidad. Don Agustín es bueno entre los buenos.

En nombre, pues, de la Academia, con el beneplácito de todos mis colegas, me congratulo de que don Agustín ocupe un sillón de Académico de Número, para continuar en él los trabajos que ya había seguido con nosotros desde 1939.

Hacemos votos por que siga prestándonos sus sabios consejos, hasta el día (que deseamos sea muy lejano), en que, como decía Pitágoras, reciba la orden del Soberano, es decir, de Dios, de abandonar su puesto en la vida.

LAS AVES EN LA POESIA CASTELLANA *

Por don SALVADOR NOVO

LLEGO con reverente humildad a ocupar entre vosotros por el generoso llamado que habéis hecho a mi inmérito, un sillón que antes de mí honraron con su ilustre presencia hombres a quienes tanto deben las letras mexicanas: don Atenógenes Silva, don Manuel Puga y Acal, don Ezequiel A. Chávez, don Pablo González Casanova, don José Elguero, don Raimundo Sánchez.

¿Cómo no sucederles presa de la emoción más viva; de la gratitud más profunda; del más firme propósito de merecer, por la lealtad al alto ejemplo de esos hombres ilustres, la distinción de heredar el sitio que ocuparon entre vosotros y entre vuestros antecesores en esta guardia del idioma que equivale a la preservación del espíritu? Declaro aquí mi respeto y mi admiración por la obra de esos hombres ausentes y por la presencia perpetua de una Academia a la cual me incorporo con emoción.

Ser recibido en la Academia imagino que equivale a la ceremonia de una primera e importante visita en que el huésped y el anfitrión —papeles que vosotros y yo desempeñamos sin que pueda atribuirse con mucha claridad uno u otro a uno o a otros— se obsequian solícitos con lo mejor que tienen, hablan de sus mejores temas, buscan los puntos de su simpatía y encuentran sus preferencias comunes.

De ahí que haya escogido para esta ceremonia leeros —hasta el límite razonable de una hora y minutos— algunas páginas de un libro inédito que trata de las aves en la poesía castellana.

Del cielo de Grecia se dispersan las aves, que han sido hombres, llevando, como la grulla, letras en su vuelo; auspicios en su sola presencia, temerosos augurios en sus voces humanas, hacia Roma, que elige para sus legiones el ave de Júpiter y la de Persia, junto al lobo y el jabalí; pero que se deleita en condimentar a casi todas las demás, en enjaularlas, cebarlas y es-

---

* Discurso leído por su autor, en su recepción de Académico Correspondiente, el día 8 de septiembre de 1952.

candalosamente comérselas. Después, el águila acompañará a San Juan el Teólogo, y la paloma, que Decimus Brutus empleó, sitiado en Módena, como mensajera *(Pl., X, 52)*, lo será del Señor, cerca de María; el gallo anunciará la cobardía de Pedro, y el cuervo ha de nutrir al escuálido San Onofre. Del barro vil, como la alondra mitológica, levantarán las avecillas el vuelo al soplo divino de Cristo. Dialogará con San Francisco de Asís, venciéndolo, el hermano ruiseñor, y tórtolas y golondrinas, recatadas aquéllas, éstas parleras como los grajos, le obedecerán atentas y absortas, como en el fresco de Giotto; y las alondras vestirán su pardo sayal.

Entran así en el mundo moderno, por el puente de hierro de la Edad Media; azores, al puño fuerte del caballero; palomas, en la palabra cándida del monje; águilas, en el sueño soñado por las doncellas; cornejas, siempre a la siniestra del Cid; gallos para crebar albores; calandrias o ruiseñores en los vergeles todavía tan simples, y que ha de cultivar la sabia mano renacentista; y el cúmulo de las menores, si más robustas, privadas del canto, por quien Buffon se duele de que la civilización nos aleje el ejemplo de sus impolutas virtudes, en la confusa garrulería de las fábulas tomadas a Esopo, de Fedro, por Alfonso, que no las olvidó en las Siete Partidas *(III, leyes xvii, xix, xxii, xxiii)*; en los papagayos acusadores del Sendepar y del Calila y Dimna; en los ánades, las garzas, los cuervos, los buhos y las palomas collaradas de estas inocentes metamorfosis al revés: términos de conducta en Don Juan Manuel, términos de comparación en Sem Tob.

De solas sus virtudes evidentes, restadas las paganas, está a punto de cristalizar una nueva ornitosofía cristiana que frustra el Renacimiento. Y como el mundo antiguo, el Ave de Arabia trae, resurrecta, consigo al apolíneo cisne, hijo de Stenelo; al ave de Juno y al docto ruiseñor, e instálanse todos en la poesía castellana. En las cultas selvas —silvas— las oiremos cantar, y en la apartada vida de los españoles Horacios, pulida jardinería de siete, once, siete, siete, once, floridos ramos; el cisne de Mantua gorjeará notas imperfectas en la caña octosílaba de Juan de la Enzina, pero ha de modularlas claras y altísimas en el dulce acordado plectro de Fray Luis.

Volviendo a nuestros días, determino volverme de ellos, en que no hay pájaros, a la feliz Arcadia en que moran. Con menos fortuna que Mercurio, Icaro inmortal y trimotor no es cantado sino por el melancólico humor de las plumas fuentes. Los desterrados ángeles que el hombre, con espada flamígera, ha arrojado del mundo cerraron ya sus alas como libros que nadie lee, y en su lugar el buey alado, o bien Quetzalcóatl, se elevan a una efímera gloria sin sucesión ni antecedente; sin huevos y sin plumas.

¡Las aves en la poesía castellana! El tema fue incubándose de un modo tan casual, tan botánico, como el Ibis concibe, "si tradición apócrifa no miente". Sugiriómelo, por vuelos cada vez más altos, el canto, y meditar en

él con qué reiterada frecuencia ocurren todavía en las canciones populares los pajarillos, y cómo, en cambio, han huído de la poesía moderna. Quiere dotársela ahora de un contenido social, por el que se entiende el dominio mecánico y brutal de la naturaleza. Si Alixandre quiere viajar por el aire, no hará prender dos grifos, que Plinio niega, para atarse a ellos conduciendo su gula y su curiosidad con un inalcanzable *beefsteak,* primera encarnación de la hélice; sino que abordará un avión, y tomará un seguro contra accidentes. Si el proletario o la enamorada quieren escuchar música, una jaula mecánica de onda corta traerá hasta su alcoba las melodías —en tiempo de swing o de mambo— que no supieron sus canarios extintos; si el papagayo les brindaba respuestas, no tendrá ahora sino que conversar por teléfono con sus amigas. Los caballeros modernos no tendrán halcones ni azores mudados, sino automóviles, o irán a pie, con sólo la cabeza a pájaros. Y la poesía ha de ser como la vida, hasta cuando la vida no es poética.

El abandono de los antiguos símbolos es uno claro de nuestro ingreso en la civilización industrial. Conforme crece nuestro urbanismo, limítase nuestro natural testimonio, y no podemos ya contemplar a ciertos animales más que, muertos, en el zoológico, donde los ha clasificado la ciencia. ¿Qué nos quedan sino los libros, la poesía de ayer, en que vivirán siempre, no disecados ni presos, como en los museos, ni innoblemente sustituidos, y olvidados como en nuestra existencia? Sin más dioses que el yunque, más Ceres que el tractor, más ángeles que los aviones, resultará tan indecoroso que los poetas les canten a las aves, como natural que simplemente se las almuercen, ya implumes y sandwichificadas, a la salida del taller. Reinas un día de los sueños y del futuro, su Götterdämmerung ha llegado. El bello halcón de Krimilda, como en su sueño, ha sido arrebatado por las águilas de la economía, trituradas en las monedas. Y del áureo sueño de Gudruna no importa ya sino el oro mismo.

Mejor que el grajo y la corneja, guíame a la castellana Nefelococcygia el vuelo irregular, breve, y el objetivo dulce del "huitzitzil". Tenga su acierto para extraer, con el largo y fino pico de la paciencia, néctar alado en la Floresta de varia poesía, en las Flores de Poetas Ilustres del pasado. Y en lográndolo, quiera, para aquí trasladarlo, prestarme

el generoso pájaro su pluma.

El Ruiseñor, Ave Renacentista

De todos los pájaros cantores, ninguno tan celebrado como el ruiseñor. Su bibliografía universal sería agobiadora. "En el principio —exclama Heine— era el Ruiseñor". Fue así, posado en la boca del pequeño Stesícoro, feliz au-

gurio y la mejor justificación de su nombre. Como el ruiseñor suele, Platón nos cuenta en *Fedro* que Stesícoro perdió la vista en castigo por decir mal de Helena; pero a diferencia de Homero, que ignoraba la razón de su ceguera, la recuperó, arrepentido, automáticamente, al cantar la palinodia. Aristóteles refiere que el ruiseñor canta sin interrupción durante quince días y quince noches, "en el tiempo en que las montañas comienzan a sombrear" (Hist. Anim., *XLIX)*. Casi con iguales palabras, Plinio *(X, lxiii)* vuelve a consignar el milagro de su canto "en el momento en que el follaje de los árboles se espesa", pero dilata su elogio: *Primum tanta vox tam parvo in corpusculo, tam pertinax spiritus. Deinde in una perfecta musicæ scientia modulatus editur sonus: et nunc continuo spiritu trahitur in longum, nunc variatur inflexo, nunc distinguitur conciso, copulatur intorto: promittitur revocato, infuscatur ex inopinato: interdum et secum ipse murmurat: plenus, gravis, acutus, creber, extentus: ubi visum est, vibrans, summus, medius, imus. Breviterque omnia tam parvulis in faucibus, quæ exquisitis tibiarum tormentis ars hominum excogitavit... Ac ne quis dubitet artis esse, plures singulis sunt cantus, nec iidem omnibus, sed sui cuique.* Cierto es que hay guerra entre ellos, agrega con tristeza; pero *Victa morte finit sœpe vitam, spiritu prius deficiente, quam cantu.*

El virtuoso ejercicio de su trino se trasmite de padres a hijos por tradición precisamente oral; los ruiseñores jóvenes reciben muy atentamente su lección de canto: maestro y alumno se callan a su turno, con admirable disciplina. Y adquieren, sin saberlo ni disfrutarlo mayormente, contratos onerosos, como los buenos tenores. Su precio era en Roma mayor que el de los esclavos. Agripina, mujer de Claudio, tenía uno, cierto es que blanco, que son rarísimos, que había costado seis mil sextercios.

Los pacientes alemanes lo han observado apasionadamente. En *Los pájaros cantores* de los hermanos Müller, curiosa pareja de ornitólogos por afición, encontramos, en la edición francesa (Rothschild, *París, 1870, pp. 42-43)* la siguiente curiosa transcripción onomatopéyica de su canto, recogido por Bechstein:

Tiou o, tiou o, tiou o, tiou o — Shpe tiou tokoua — tio tio tio tio — kouotio kouotio kouotio kouotio — tskouo tskouo tskouo tskouo, tsiitsiitsiitsiitsiitsiitsiitsiitsii — kouoror tiou — tskous pipitskouisi — tsotsotsotsotsotsotsotsotsotsotso tsrrhading — tsisi si tosi si si si si si si si — tsorre, tsorre, tsorre, tsorrehi — tsantsantsantsantsantsantsantsi — dlo, dlo, dla, dla, dlodlodlodlodlo — kouio trrrrrrrrrtzt — lu, lu, lu, ly, ly, ly, li, li, li — kouio didl li loulyli — hagour, gour, koui, kouiokouiokouio, ghighighi — ghollghollghollgholl, ghia hududoi — koui, koui hon ha dia dia dillhi — hetshetshetshets hets hets hets hets hets hets — hets hets hets hets hets — touarrho hostahoi — kouiakouiakouiakouiakouiakouia-

kouia kouati — lu lyle lolo didi io kouia — higuai, guai guay guaiguaiguaiguaiguai — kouior tsio siopi

y allí mismo se menciona otra, registrada por un naturalista italiano del siglo XVII, y un ensayo de traducción de estas onomatopeyas por Dupont de Nemours, "meilleur économiste que poète", que no he podido encontrar.

Su lengua truncada *(linguis earum tenuitas illa prima non est, quæ cæteris avibus)* ha recordado a casi todos los naturalistas la dolorosa tragedia de Filomena y su metamorfosis en ruiseñor *(Ovidio,* Met., *Lib. VI; Horacio,* Oda XII, *Lib. IV, cantilena VI; Virgilio,* Geórgicas, *IV)* que Aristófanes y Anacreonte reservaron a Progne *(Aristófanes,* Las aves; *Anacreonte, XII, trad. Quevedo, Riv., LXIX, 444 b).* Esta extendida fábula llega a España, en la Edad Media, para el pueblo y para los cultos. Las interpretaciones que se le dan son por demás curiosas. En los romances de Blanca Flor y Filomena (Ant., *X, 68; otras versiones, X, 184-185),* el rey Pandión es sustituido por doña Urraca en unas versiones, por una romera en otras o por fin se le llama simplemente "la reina" y "la leona" *(M. Pidal,* Catálogo del Romancero judío-español, *100,* Blanca Flor y Felismena). Tereo es un rey moro, Turquillo, a quien la imaginación popular identifica vagamente con Tarquino, también forzador; la reina, pues, concede a Turquillo la mano de Blanca Flor; Filomena es mancillada, arrancada su lengua:

Pasó por allí un pastor / de mano de Dios viniera.
Por la gracia de Dios Padre / a hablar comenzó la lengua.

Blanca Flor se entera y

. . .con el dolor malpariera;
y el hijo que malparió / guisólo en una cazuela
para dar al rey Turquillo / a la noche cuando venga.
—¿Qué me diste, Blanca Flor, / qué me diste para cena?
—Sangre fue de tus entrañas, / gusto de tu carne mesma. . .
pero mejor te sabrían/besos de mi Filomena.

No ocurre, sin embargo, ninguna transfiguración, ni aparece más pájaro que el que en una versión finge Blanca Flor que le ha comunicado la deshonra de su hermana:

—¿Quién lo dijo, Blanca Flor,/Blanca Flor, quién lo dijera?
—Díjomelo un pajarito / que por el aire viniera.

La moraleja es lo más doméstica:

Madres las que tienen hijas / que las casen en su tierra;
que yo, para dos que tuve, / la Fortuna lo quisiera,
una murió maneada / y otra de amores muriera.

El episodio, por lo demás, fue dramatizado varias veces desde los orígenes de la escena española, como apunta Menéndez y Pelayo (Ant., *XII, p. 480, n. 5)*, que recuerda la *Tragicomedia llamada Filomena* de Timoneda, y la *Progne y Filomena* de Rojas *(Riv., LIV, p. 39)*. Pero importa señalar otro peculiar punto de vista que sobre él sustenta, de modo incidental, don Juan Manuel, poeta de fines del siglo xv a quien no hay que confundir con el prosista del xiv, en sus *Trovas sobre los siete pecados mortales*. Al llegar a la senda sexta, por donde van los "ayrados", el camarero mayor de Don Juan II de Portugal se desentiende de Filomena, de su honra, de su lengua, y sólo le concierne implicar que aconseja la templanza a las casadas que se miren en el caso de Progne:

Por aquesta ha descendido
la fija de Pandyon
que por culpa del marido
dio al fijo punyçion.
Éste fue muerto y assado
de su madre, y presentado
a su padre por manjar:
la yra pudo causar
hum fecho tan celerado.

(Ant., IV, 112)

El Marqués de Santillana se refiere con frecuencia, entre sus catálogos de nombres, a los de esta fábula:

Mas di de Tyestes e Atreo,
e clamate de sus daños,
omes de tantos engaños;
e si quieres, de Thereo.

(Bias contra Fortuna, NBAEE, XIX, 486 b)

E plango, e quexome de su crueça
Ca non fue tanta la del mal Thereo...

(Sonetos fechos al itálico modo, Ibid., 517 a)

E la ravia de Penteo
leí, e de Thesiphone,
e de la sañuda Prone
en el crimen de Thereo...

(El sueño, Ibid., 541 a)

Vi a Dido e Penelope,
Andromaca e Polixena,
vi a Felix de Rodope,
Alciona e Philomena:
vi Cleopatra e Almena,
Semele, Creusa e Enone,
vi Semiramis e Prone,
Ysifle, Yoles, Elena.

(El triunphete de Amor,
Ibid., 543 b)

E dormi, maguer con pena
fasta en aquella sazon
que comiença Philomena
la triste lamentacion
de Thereo e de Pandion.

(El infierno de los enamorados,
Ibid., 545 a)

Fin daran las alciones
al su continuo lamento,
e perderan sentimiento
las miseras Pandiones
del Thereo sanguinoso,
escelerato,
cuando yo te sea ingrato
nin dubdoso.

(Canción a ruego de su primo
don F. de G., Ibid., 556 b)

y mucho más de pasada mienta al transformado ruiseñor Fernán Pérez de Guzmán *(Baena, 633 a; NBAEE, XIX, 691 a):*

Dueñas de linda apostura,
Casandra e Puliscena,

Medea de gran cordura
e la muy fermosa Elena,
Juliana e Filomena
que tan amorosas fueron,
todas tristes padecieron
esta espantosa pena.

y recuerda *(NBAEE, XIX, 711 b)* a:

Ovidio poetizando
el caso de Filomena...

La poesía culta elige en el pasado para sí y para quien pueda entenderle. La comparación es ya casi puramente lírica en el suntuoso Juan de Mena, que no toma a la fábula sino las lágrimas del viejo para una obra en loor de una dama:

Mis lágrimas tristes atales no son
qual dizen que fueron las que derramara
del rey Thraciano el rey Pandion
quando a su fija con fraude robara,
mas son como aquellas que Thisbe mezclara
con sangre de Píramo acerca el luzillo,
con ojos llorosos y rostro amarillo
la muerte robando la flor de su cara.

(NBAEE, XIX, 188 b)

Con Filomena, en fin, se identifica Lope en el poema de ese título, de que sus biógrafos derivan tan claras enseñanzas, después que en su primera parte narra correctamente la fábula, con versos a veces bellos:

Arroja al campo el bárbaro tremendo
el instrumento de la voz sonora,
y vivo las palabras dividiendo
tiñe el rubí la verde alfombra a Flora.
Espántanse las yerbas, presumiendo
que llora sangre la ofendida aurora;
cándidas hasta allí las blancas mayas,
del líquido clavel tomaron rayas.

(Riv., XXXVIII, 480 a)

a ratos bochornosamente feos:

Guisan las dos ¡oh gran maldad! turbadas
los pedazos sangrientos, y en la mesa
ponen, menos contentas que vengadas;
vengarse alegra, y lo que cuesta pesa.
Come Tereo de sí mismo, y cesa
el orden natural; que a tanto alcanza
frenética de celos, la esperanza.
Suspira Progne, acuérdase Tereo
del tierno infante, y que le traigan manda
teniéndole delante, caso feo,
y aun en sí mismo en forma de vianda...

(483 a)

y antes de emprender —en las quince noches y quince días no interrumpidos de su autoelogio— la pedante contienda con el tordo Rámila.

Aludido en la fábula, siquiera sea en el nombre de Filomena que los naturalistas le conservan igual que los poetas, o gratuitamente por su canto, el ruiseñor es un pájaro renacentista. Sus apariciones anteriores en la poesía castellana son esporádicas y secundarias, y las realiza casi siempre en compañía de la calandria, como en el romance del prisionero, tan conocido, o en la Glosa, menos citada, de Garci Sánchez de Badajoz *(NBAEE, XXII, 652 a-b)* al mismo romance. En el propio Garci Sánchez de Badajoz aparece, dentro de un sueño, un "ruyseñor", única cosa viva en el monte, con quien dialoga y de quien en curioso desdoblamiento onírico escucha su personal historia de amor *(Ant., IV, 39)*. Hay aún otro romance de Pedro Manuel de Urrea *(Ant., IV, 224)*, contrahechura aparente del Prisionero, en el cual:

En el plaziente verano
do son los días mayores,
...

quando la tierra da yerua
y los árboles dan flores;
quando aves hazen nidos
y cantan los ruyseñores...

no ocurre sino que

en este tiempo que digo
començaron mis amores.

En el menos verosímil sueño del Marqués de Santillana *(NBAEE, XIX, 535 b)*:

En este sueño me via
un dia claro e lumbroso,
en un vergel muy fermoso
reposar con alegria:
el qual jardin me cobria
con sombras de olientes flores,
do cendravan ruiseñores
la perfecta melodia.

Y en la Serranilla IX *(Ibid., 575 b)*:

Señora, pastor
seré si queredes:
mandarme podedes
como a servidor;
mayores dulçores
sera a mi la brama
que oyr ruyseñores.

Una fatigosa cacería de ruiseñores por los Cancioneros del siglo xv nos proporciona apenas menguadas presas. Fingidos, aparecen en los pequeños sueños alegóricos de amor o de virtud, y los poetas cortesanos no los escuchan todavía muy bien, como no les entra el endecasílabo. Villasandino los oye hablar, pero a su manera de "requesta" *(Baena, 48 b)*:

En muy esquivas montañas
aprés de una alta floresta
oy boses muy estrañas;
enfigura de rrequesta
desían dos rruyseñores:
los leales amadores,
esforcad, perdet pavores,
pues amor vos amonesta.
Oy cantar de otra parte
un gayo que se enfengía:
amor, quien de ty se parte
fas vileza e cobardía;
pero en quanto omme bive

de amor non se esquive:
guarde que non se cative
do peresca por folya.
La pascua viene muy cedo,
el un rruyseñor desia.
El otro orgulloso e ledo,
con plazer le respondia,
diziendole: Amigo, hermano,
en yvierno e en verano
siempre ame andar loçano
quien ama ssyn vyllania.
Desque vy que assy loavan
los rruyseñores al gayo,
a los que fermoso amavan
ove plazer e desmayo:
plazer por mi lealtança,
pues toda mi esperança
es dubdosa fasta mayo.

Micer Francisco Imperial les da, en el *Sueño,* la costumbre indiferente de los despertadores *(Ibid., 199):*

Cantavan lugaros a los rruyseñores
commo acostumbran al alva del dia.

En una divertida reyerta que emprenden los colores negro, rojo y verde, alega éste, entre sus méritos que no le valen triunfar:

E las rosas e las flores
en mi han su nascimiento,
en mi cantan rruyseñores
cantares mas de ciento.

(Pero Gonçales de Úbeda,
Ibid., 405 a)

Fray Diego de Valencia sueña en un nuevo "vergel deleitoso". En el cual *(Ibid., 537):*

Calandras e rruyseñores
en el cantan noche y dia
e fazen grant melodia
en deslayos e discores,

e otras aves mejores,
papagayos, filomenas,
en el cantan las serenas
que adormecen con amores.

Y por fin, el austero Fernán Pérez de Guzmán, capaz de exclamar que las virtudes *(NBAEE, XIX, 586 a):*

no quieren camas de rosas...
verdes prados ni vergeles,
ni cantos de ruiseñores,

se lava las manos ante ellos *(Baena, 618):*

nin corté tus nuevas flores,
a gayos nin a rruy señores
nunca lancé con vallesta.

Y cuando parece dejarse llevar de su gratuito encanto, no está sino comparándolos con los oradores sagrados *(NBAEE, XIX, 627):*

Como las rosas e flores
del aura rociadas
e del aire meneadas
dan muy suaves olores,
e como a los resplandores
del alua clara e serena
la calandria e Filomena
fazen sus dulces clamores,
tales son los oradores
deuotos a los maytines...

Garci Ferrandes dialoga con él *(Baena, 622):*

Rruy señor, veo te quexoso,
rruegote por cortesya
que me digas toda via
por que sufres este enojo.
Tu cantar muy sabroso
que tu solias dyser
ora fueste fallecer
do cumplia ser brioso.

Aparecen con menos frecuencia en el romancero, de cuyas aves esenciales hablaremos más tarde. Fuera del ya aludido del Prisionero (Ant., *VIII, 229),* en el del Conde Alimán con la hija de la Reina (Ant., *X, 107):*

En el vergel de la reina/cresía un buen rosal,
en la ramica más alta/un rusción sentí cantar...

y en el conocido de Fonte Frida, cuya mejor versión conserva Vélez de Guevara en *Los hijos de la Barbuda* (Ant., *IX, 279):*

Fonte-frida, fonte-frida,/fonte-frida con amor,
do todas las avecillas/cantan cuando nace el sol.
Allí canta la calandria,/allí canta el ruiseñor,
allí canta el silguerillo/y el chamariz parlador.
Si no fue la tortolilla/que nunca cantara, non,
nin reposa en rama verde/ni pisa yerba nin flor.

Pero su sentido medieval termina, y comienza el renacentista, cuando en el jardín de Melibea se le encarga de un mensaje de amor *(Acto XIX):*

...ruiseñores
que cantais a la alborada,
llevad nueva a mis amores
cómo espero aquí asentada.
La media noche es pasada
y no viene:
sabedme si otra amada
lo detiene.

y cuando en el *Auto dos quatro tempos* la primavera canta:

En la huerta nace la rosa:
quiérome ir allá,
por mirar al ruiseñor
cómo cantaba.
Por las riberas del río
limones coge la virgo:
quiérome ir allá
por mirar al ruiseñor
cómo cantaba.
Limones cogía la virgo
para darlos al su amigo.

Quiérome ir allá
para ver al ruiseñor
cómo cantaba.
Para dar al su amigo
en un sombrero de sirgo.
Quiérome ir allá
por mirar al ruiseñor
cómo cantaba.

(Obras de Gil Vicente, Coimbra, Franca Amado, edit., 1914, t. III, p. 71)

Berceo, o la Paloma

Cuando Tomás Antonio Sánchez confeccionó, ebrio de tetrásticos monorrimos, el loor de Berceo con que concluye la transcripción de sus poemas, dijo el evangelio al asegurar, en la cuarteta 6, que la temprana maestría que le fue conferida en la lengua latina, junto con la buena doctrina que en ella aprendió y trasladó en seguida tan puntualmente a la nuestra, fue para el nasciente a quien castigaba, para el mendigo con quien departía, cosa

mucho más provechosa que caldo de gallina.

Y si disculpa al imaginario autor de una comparación que le parecía en su siglo "ahora bajísima" con el argumento de que las tales "eran muy comunes en los tiempos de Don Gonzalo, y aun después", imagino que no pensó nunca que tan alimenticia metáfora cuadraría, corrido el tiempo, mejor que otra alguna, a toda la clara, mansa, nutritiva poesía del clérigo honrado. En su mundo sin culpa, sin sueños complejos, cuanto es extraordinario se apoya en la tierra firme de lo escrito. La vía hacia lo divino está ampliamente abierta a los hombres que la eligen, como se prueba por San Millán, por Santo Domingo, como lo muestra la celosa María, cómplice de ladrones devotos, encubridora generosa de abadesas encinta. Devoto suyo, cantor de sus loores, ¡con qué sana alegría mira resucitar a su divino hijo, entre el azoro de quienes guardaban su tumba!:

Los gabes e los trozos de los malos trufanes,
que andaban rabiosos como famnientos canes,
non valíen sendos rabos de malos gavilanes...

(Duelo de la Virgen, cuart. 197)

A estos malos gavilanes opone la nítida paloma, símbolo del Señor, imagen de la Virgen. Entre las pocas aves de su poesía, triunfa siempre la nitidez de la paloma, confiada en una revelación a la Santa Oria, que contempla extasiada:

30 Estas tres sanctas uirgines en çielo coronadas
tenjan sendas palonbas en sus manos alçadas,
mas blancas que las njeues que non son coçeadas;
paresçia que non fueran en palonbar criadas.

La santa niña no recibe otro don que esta ave cándida, que ha de guiarla al cielo. Así al pecaminoso Rodrigo fue una nubecilla la encargada de conducirlo a Viseo, en donde habría de redimirse de toda culpa. La nube, misteriosa, callada, está bien para el rey; nos gusta más que Santa Oria escuche no a un ermitaño, sino a una virgen, decirle:

37 "Resçibe este conseio, la mj fija querida,
guarda esta palonba, todo lo al olujda;
tu ue do ella fuere, non seas deçebida,
gujate por nos, fija, ca Christus te conbida".

Y unos versos más adelante asistimos al milagro:

40 Moujosse la palonba, començo de uolar,
suso contra los çielos començo de pujar;
catauala don Oria donde iria a posar,
non la podia por nada de uoluntat sacar.

Berceo debe a la Virgen sus mejores inspiraciones. Para repetir sus milagros, dispone y purifica su alma y su lengua en un prado glorioso:

7 Yaziendo a la sombra perdí todos cuidados,
odí sonos de aves dulces e modulados:
nunqua orieron omnes organos más temprados,
nin que formar pudiessen sones más acordados.
8 Unas tenién la quinta, e las otras doblavan,
otras tenién el punto, errar no las dexavan,
al posar, al mover todas se esperavan,
aves torpes nin roncas hi non se acostavan.
9 Non serie organista nin serie violero
nin giga, nin salterio, nin mano de rotero,
nin estrument, nin lengua, nin tan claro vocero,
cuyo canto valiese con esto un dinero.

Todo era en él tan pródigo, tan generosamente abundante, que:

13 Los omnes e las aves quantas acaecien
levavan de las flores quantas levar querien;
mas mengua en el prado ninguna non facien:
por una que levavan, tres o quatro nazien.

Pero Don Gonzalo no se dejará llevar más allá de estos arrebatos líricos y gratuitos. Ya lo advierte en *El sacrificio de la misa:*

18 Todas estas ofrendas, las aves e ganados,
traien significançia de oscuros mandados.

Y entre los signos que aparecerán ante el juicio, el tercero será que:

9 Las aves esso meso menudas e granadas
andarán dando gritos todas mal espantadas:

Así, vueltos al prado de su descanso lírico, aprendemos que aquellas aves no son sino símbolo:

26 Las aves que organan entre essos fructales
que han las dulzes vozes, dicen cantos leales,
estos son Agustint, Gregorio, otros tales,
quantos que escrivieron los sos fechos reales,

y que Berceo prefiere tornar a sus santos varones:

28 El rosennor que canta por fina maestria,
siquiere la calandria que faz grand melodía,
mucho cantó meior el varon Ysaya,
e los otros prophetas, onrrada conpania.

Todos ellos, pájaros, apóstoles:

30 Todos li façen cort a la Virgo Maria:
estos son rossennoles de gran plaçenteria.

Pero urge ya llegar al caldo de gallina; del símbolo, descendamos al ejemplo correcto que del buen vivir nos proporcionan los veinticinco milagros de Nuestra Señora:

44 Quiero dexar con tanto las aves cantadoras,
las sombras e las aguas, las devant dicha flores;
quiero destos fructales, tan plenos de dulzores,
fer unos pocos viesso, amigos e sennores.

Y al cerrar el libro de Berceo, pensamos de él, con sus palabras, que:

la palonba significa la su simpliçidat,
la tórtora es signo de la su castidat.

El Gallo y el Arcipreste

En este signo atal creo que yo nasçi;
siempre puñé en servir dueñas que conosçí.

"Omes, animales, toda bestia de cueva" —y las aves, por supuesto, también— siguen en el Arcipreste los inexorables dictados de un determinismo erótico establecido autoritariamente por Aristóteles e impuesto a Juan Ruiz por la estrella que rigió su destino. Entre todas, sultán, madrugador y realista, es el gallo quien ama más a la ardiente y casual mañera del Arcipreste. Su sentido práctico lo lleva, cuando topa el zafir en el muladar, a lamentarse no sea mejor *(1387)*

. . .de uvas o de trigo un grano.

Cuando la raposa lo hurta, y suscita el enredado pleito que dirime Don Ximio, Juan Ruiz defiende al gallo con viva simpatía *(327)*:

Sacó furtando el gallo, el nuestro pregonero,
levólo e comiólo, a mi pesar en tal ero.

Un santo ermitaño no había pecado nunca, el pobre. El cielo estaba ya, como quien dice, en su bolsillo. Pero el diablo lo induce a beber vino; y una vez inducido, sigue el otro tremendo consejo del diablo *(538)*:

Toma gallo que t'muestre las oras cada día;
con él alguna fenbra: con ellas mijor cría.

El resto de la historia es bien triste. "Estando con vino" el santo varón

vió como se juntava
el gallo con las fenbras; en ello se deleytava;
cobdició fer luxuria, desque con vyno estava.

Bien puede el Arcipreste aconsejarnos *(1531):*

. . .Señores, non querades ser amigos del cuervo;

poner en boca de Don Amor prudentes castigos *(563):*

Sey como la paloma, limpio e mesurado
sey como el pavón, loçano, sosegado. . .

o en la boca sutil de su alcahueta sus personales figuras y *(1485)*

el su andar enfiesto, bien como de pavón. . .;

no es, sin embargo, el pavón que despierta envidia *(85, Enxiemplo del pavón e de la corneja);* que implica holgura *(1829: "anda muy más-loçano que pavón en floresta");* que conserva y pasea su arrogancia en el heterogéneo ejército de Don Carnal *(1087: "muchos de faisanes, de loçanos pavones")* hasta que no sucumbe en la batalla a manos innobles *(1116: "El pulpo a los pavones non les dava vagar. Ni aun a los faisanes non dexava bolar");* su ave predilecta, con quien mejor se identifica y entiende, cuyos móviles conoce, y aplaude, sino el gallo. Cuando nadie duerme, en la tenebrosa, angustiada noche que precede al fiero combate, el Arcipreste nos ofrece, con la mayor condolida naturalidad, una razón conyugal para el lamentable insomnio de los gallos *(1089):*

Esa noche los gallos, con miedo estodieron,
velaron con espanto, nin punto no dormieron;
non avie maravilla, que sus mugeres perdieron. . .

A la media noche *(1090):*

Dieron voces los gallos, batieron de las alas

y en la plural degollina, si huyen, no los vemos; si sucumben, no nos lo dice el autor, que tan por menudo enfrenta a la volatería con los mariscos *(1103, 1107, 1113):*

Vino luego en ayuda la salada sardina;
ferió muy reciamente a la gruesa gallyna;
de parte de Bayona venían muchos caçones;
mataron las perdices, castraron los capones. . .
a las torcaças matan las sabogas valyentes. . .

pues la única vez que los vemos huir, y porque en ello les va la vida, no es ante un enemigo decoroso, de su peso, sino ante quien *(1288):*

Fígados de cabrón con rruybarbo almorçava

y naturalmente

fuyan dél los galos, ca todos los yantava.

Este enemigo no es el Arcipreste. Él no come gallo —gallo muerto. Su epicúrea dieta incluirá, en cambio, cuanto puede ofrecer Don Carnal *(1083):*

Gallynas con capada comía a menudo
ánades e navancos, e gordos ansarones...

Bien puede suponerse que con don Amor *(1276):*

Gallynas e perdices, conejos e capones.

y que desde muy temprano *(1293):*

Començava a comer las chicas codornices

cuando más adelante explica su predilección por las dueñas chicas, con razones en parte tomadas de las aves *(1614):*

Chica es la calandria e chico el ruiseñor
pero más dulce canta que otra ave mayor...
son aves pequeñuelas papagayo e orior,
pero cualquiera de ellas es dulce gritador...

(Orior u oriol, nos enseña el editor moderno del Arcipreste —*Lectura, 17, p. 354, n.*—, es un "pajarito de color rojo bajo que tiene enemistad con el cuervo y el cuervo con él, quebrándose mutuamente los huevos").

Las demás aves se presentan en el Arcipreste a bordo de los enxiemplos que ilustran *(252, 270, 407, 746, 1412, 1437)* ya los pecados mortales —avarizia, luxuria—, ya virtudes no precisamente teologales, pero siempre "dulces de nombrar y graves de practicar", como el aprovechamiento de las disputas ajenas que logra el milagro en el ejemplo del mur topo y de la rana *(413):*

Andava un milano volando desfanbrido
buscando qué comiese; esta pelea vydo:

abatióse por ellos, silvó en apellydo,
al topo e a la rana levólos a su nido,

como oír a quien más sabe, en el enxiemplo de la abutarda y la golondrina, que Patronio repite *(Ex., VI);* como prevenirse contra las falsas alabanzas, en el de la raposa y el cuervo, tan popular después, y que también el Conde Lucanor escucha *(Ex., V);* o como, finalmente, no insistir demasiado en los pliegos de peticiones, en el de las ranas y cómo demandavan Rey a don Júpiter *(202):*

Envióles por rey çigüeña mansillera;
çercava todo el lago, ansy laz la rribera,
andando pico abierta, como era venternera,
de dos en dos las rranas comía bien lygera.

Entre los refranes, exclamaciones y gráficas sentencias de su lenguaje, el Arcipreste suele acudir a las aves *(66, 978, 1284, 980):*

Fallarás muchas garzas, no fallarás un huevo...
escarva la gallyna e falla su pepita...
Ante viene cuervo blanco que pierdan asnería...
¡Confonda Dios!, dixe yo, çigueña en el exido
que de tal guisa acoge cigoñinos en nido!

y en él asoma la amante, monógama, fiel tortolilla que ya simboliza la virtuosa viudez *(1329):*

Fabló la tortolilla en el regno de Rodas:

Sírvese de las aves para comparaciones humanas, desfavorables en las hedas, trefudas serranas que tienen *(1013-1016):*

Cabellos chicos, negros, como corneja lysa...
Las sobrecejas anchas e más negras que tordos...

o en los curas, que aguardan ansiosos la muerte del rico enfermo *(507):*

Non es muerto e ya dizen pater noster ¡mal agüero!
Como los cuervos al asno, quando le tiran el cuero:
"Cras nos lo levaremos, ca nuestro es por fuero";

o bien que, al embellecer a su objeto, acentúan los rasgos de su particular preferencia, cuando ve en doña Endrina *(1499):*

...alto cuello de garza...

Vagan así, dispersas por su mundo, vivos colores en su paleta, las aves, con sus moralidades legendarias. Pero Don Amor va a llegar; frailes y clérigos se aprestan a recibirlo. Las aves no pueden faltar *(1211, 1225, 1226):*

Las aves e los árboles noble tyempo averán,
los omes e las aves e toda noble flor,
todos van rrescibir cantando al amor...

Rrescíbenle las aves, gayos e ruyseñores,
Calandrias, papagayos, mayores e menores,
dan cantos plaçenteros e de dulces ssabores...

Y precisamente como las dueñas,

más alegría fazen los que son más menores.

Las aves del romancero

Las aves del romancero son pocas. El águila, el azor *(asterias, accipiter),* el falcón, y sus variedades el neblí y el gavilán, ensañados entre sí, como los caballeros; los gallos a manera de relojes, las palomicas como símbolo del honor femenino, alguna garza agorera, un cuervo ocasional, y la sobria dieta de las perdices. Mensajera del Apocalipsis, cuando Rodrigo rompe la tradición y los candados de la casa de Hércules en Toledo,

Vino un águila del cielo, / la casa fuera quemar

(Ant., VIII, 3)

y a modo de maldición la invocan contra su marido Blanca-Niña y la Esposa Infiel:

Rabio le mate los perros / y águilas el su halcón;

(Ibid., 252)

Cuervos le saquen los ojos, / águilas el corazón.

(Ibid., X, 87)

Los héroes castellanos sueñan muy raras veces. Una sola se le presenta al Cid el Ángel Gabriel: "Un sueñol priso dulce, / tan bien se adurmió" *(405);* sus comentaristas insistirán en el mérito de esta ausencia de lo sobrenatural en lo castellano. Tampoco sueñan en los romances, sino en aquellos caballerescos de origen extranjero. No existe en nuestra lengua sino una misma palabra para designar el *Traum* y el *Schlaf,* y es limitación que suele embarazar a los traductores *(Obras completas del profesor S. Freud, VI, p. 9, n. 1).* Contra la fe en las revelaciones oníricas se produce el sesudo —¡y tan castellano!— Fernán Pérez de Guzmán, en sus surtidas *Coblas de vicios y virtudes (NBAE, XIX, 585, "De suenyos"),* y los ulteriores poetas (Herrera, Quevedo, Alcázar, Vaca de Guzmán) le han de consagrar Canciones al *sleep,* no al *dream,* sino cuando merece mejor el nombre de "ensueño" (Meléndez, Moratín) o cuando, en la prosa de Quevedo, o en el teatro de Calderón, es francamente un recurso alegórico. Pero en literaturas menos realistas los sueños abundan, y en ellos las aves y el vuelo personal, con o sin el contenido que Freud les da como disfraz de un deseo sexual que se manifestó en los falos alados de los antiguos, en la fábula de la cigüeña y en el uso ambivalente que en alemán se da a la palabra *Vögel,* al sustantivo *uccello* en italiano —y al castellano pájaro *(Ob. cit., VIII, p. 318).* Sueña Krimilda la premonitoria destrucción de su bello pájaro. Y en los romances caballerescos, doña Alda, la esposa de don Roldán, sueña igualmente un sueño angustioso que, por desgracia, no obedece al lado profético de la interpretación que le da su doncella *(Ant., IX, p. 109):*

—Un sueño soñé, doncellas, / que me ha dado gran pesar
que me veía en un monte / en un desierto lugar;
de so los montes muy altos / un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla / que lo ahinca muy mal.
El azor con grande cuita / metiose so mi brial;
el aguililla con grande ira / de allí lo iba a sacar;
con las uñas lo despluma, / con el pico lo deshace.—

Aquese sueño, señora, / bien os lo entiendo soltar;
el azor es vuestro esposo, / que viene de allen la mar;
el águila sedes vos, / con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia / donde os han de velar...

Pero, con la aclaración de que el azor era doña Alda y el águila don Roldán, pienso que no se le podría pedir mejor interpretación a un psicoanalista que la que dio esta sagaz doncella. Sueña también, en los romances de Montesinos, el Conde Grimaltos *(Ant., IX, p. 75):*

—¿Qué habéis, mi señor el conde? / ¿En qué podéis vos pensar?
—No pienso en otro, señora, / sino en cosa de pesar,
porque un triste y mal sueño / alterado me hace estar.
Aunque en sueños no fiemos, / no sé a qué parte lo echar,
que parecía muy cierto / que un águila vi volar,
siete halcones tras ella / mal aquejándola van,
y ella por guardarse de ellos / retrújose a mi ciudad;
encima de una alta torre / allí se fuera a asentar;
por el pico echaba fuego, / por las alas alquitrán;
el fuego que de ella sale / la ciudad hace quemar;
a mí me quemaba las barbas, / y a vos quemaba el brial.
¡Cierto tal sueño como este / no puede ser sino mal!

Y, por último, sueña en pájaros menos espantables la doncellita de este romance conservado por los judíos de Levante *(Ant., X, 317)*:

El rey de Francia / tres hijas tenía,
la una labraba, /la otra cosía,
la más chiquitica / bastidor hacía.
Labrando, labrando, / sueño la vencía;
"No me harvéis, madre, / ni me harvaríais,
sueño me soñí / de bien y de alegría,
me aparí al pozo, / vide un pilar de oro,
con tres pajaricos / picando al oro.
Me aparí al armario, / vide un manzanario,
con un bulbulico / picando al manzanario.
Detrás de la puerta / vide la luna entera;
al rededor de ella / sus doce estrellas."
"El pilar de oro / es el rey tu novio.
Y los tres pajaricos / son tus entenadicos.
Y el manzanario / el rey tu cuñado.
Y la luna entera / la reina tu suegra,
y las doce estrellas / sean tus doncellas..."

(Ya os lo explicó Darío: "bulbules, ruiseñores".)

Todo lo importante ocurre durante las cacerías; los condes y los reyes tropiezan con agüeros y con moribundos, y en su ausencia sus mujeres los engañan o les dan sucesión. Para Alfonso el Casto y para el tenebroso don Pedro, la garza no puede ser de peor agüero; toda la gente de Burgos —como el Cid— mira a Bernardo espantada

porque no se suele armar / sino a cosa señalada.
También lo miraba el rey, / que fuera vuela una garza...

(Ant., VII, 20)

No es menos, sino mucho más grave, el auspicio para el Rey don Pedro:

Por los campos de Jerez / a caza va el rey don Pedro;
allegóse a una laguna, / allí quiso ver un vuelo.
Vio salir de ella una garza, / remontóle un sacre nuevo;
echóle un neblí preciado, / degollado se lo ha luego;
a sus pies cayó el neblí / túvolo por mal agüero.
Sube la garza muy alta, / parece entrar en el cielo.

(Ibid., 217)

Parten los caballeros a sus cacerías, y nada hay peor sino que pierdan el halcón que les acompaña siempre, como a Fernán González:

que venía andando a caza / con un azor que traía,

(VIII, 29)

como el feliz Conde Arnaldos, que

con un halcón en la mano / la caza iba a cazar

o, en fin, como al Marqués de Mantua, cuando

con él van sus cazadores / con aves para volar,

(IX, 29)

porque perderlo es segura seña de muerte traidora para Rico Franco:

perdido habían los halcones / ¡mal los amenaza el rey!

(VIII, 233)

y de viudez prematura para doña Alda:

A cazar iba don Pedro, / a cazar como solía;
los perros lleva cansados / y el halcón perdido había...

No ha olvidado Alectrion, criado de Marte, convertido en gallo por no

haberle avisado a tiempo la llegada de Vulcano cuando aquél estaba muy distraído con Venus, la penitencia de sus clarinadas de anuncio.

En los romances de don García de Padilla *(VIII, 137)*, de don Gaiferos *(IX, 71)* y del Conde Claros *(IX, 132)* por igual, los gallos marcan la hora importante:

Media noche era por filo,/los gallos querían cantar.

Y resulta bastante extraño que el Obispo don Gonzalo caiga en manos moriscas, al frente de sus cuatrocientos hijosdalgo, porque

la seña que ellos llevaban/es pendón rabo de gallo.

(VIII, 160)

"Ave la más sensible a la gloria después de los pavones —dícenos Plinio *(X, xxiv)*— son estos centinelas nocturnos que la naturaleza ha creado para disipar el sueño y alentar al hombre al trabajo. Conocen los astros y de tres en tres horas la marcan con su canto. Se acuestan con el sol y a la cuarta velada militar —tres horas antes del día— nos recuerdan los cuidados y la labor. Anuncian el día con su canto y su canto con el batir de sus alas. Entre ellos, la supremacía se conquista por el combate y son dignos de los honores que les concede la púrpura romana. Sus movimientos, cuando comen, son presagios. Miran al sol sin parpadear. Los magistrados se guían por ellos. Lanzan o retienen las fascies romanas, ordenan o prohiben las batallas, han proporcionado auspicios a todas las victorias obtenidas en la tierra entera. En una palabra, son los principales amos del mundo, tan agradables a los dioses por sus entrañas y su hígado como las víctimas opimas. Sus cantos, escuchados a horas indebidas o de noche, son presagios. Cantando noches enteras anunciaron la victoria de los Beocios sobre los Lacedemonios". "Y se dice —concluye— que en el territorio de Arminum, bajo el Consulado de Lepidus y de Catalus (año de Roma de 676), un gallo habló". Es el único caso que ha llegado a mi noticia.

La lealtad del gallo, su sumisión cuando es vencido, como un caballero desesperado en combate singular, no ha sido puesta en duda por nadie. Por ello el espectáculo de sus riñas, mucho más puro que el boxeo, entusiasmó a los atenienses cuando, después de las gueras Médicas, fue introducido. Plinio refiere que en Pérgamo todos los años se brindaba al pueblo una pelea de gallos, como en Roma de gladiadores. Y el sofista Claudius Aelianus, en la curiosa recopilación de historietas, fenómenos, prodigios y maravillas de toda especie que agrupa en los diecisiete libros de su tratado *De natura animalium*, consigna el origen patriótico de las riñas de gallos con palabras que

traduzco de modo aproximadamente fiel: "Después de la victoria sobre los persas, los atenienses dictaron una ley a fin de que en el teatro público hubiera una pelea de gallos un día de cada año. Explicaré el origen de esta ley. Cuando Temístocles conducía las fuerzas de la ciudad contra los bárbaros, vio a dos gallos que peleaban; pero no los miró despreocupadamente, sino que detuvo a sus tropas y les dijo: 'Ahora bien, estos gallos no sufren dureza por su país, ni por la tumba de sus antepasados, ni por el honor, ni por la libertad, ni por sus hijos; sino para no ser tenidos en menos uno frente al otro, y no rendirse uno al otro'. Palabras con las cuales levantó el espíritu de los atenienses. Y así, porque este acontecimiento fue para ellos prenda de valentía, se decretó conservar su memoria con espectáculos semejantes".

La queja de la enredosa doña Lambra, que desata la venganza germánica de Ruy Velázquez contra sus siete sobrinos, se parece extrínsecamente a la de la hermosa Jiménez Gómez contra el Cid. Ambas denuncian, aquélla, que los Infantes la han amenazado con que

cebarían sus halcones/dentro de mi palomar;

(Ant., VIII, 39)

ésta, que el asesino de su padre

caballero en un caballo/y en su mano un gavilán
por fazerme más despecho/cébalo en mi palomar,
mátame mis palomillas/criadas y por criar;
la sangre que sale de ellas/teñido me ha mi brial.

Pero intrínsecamente —o subconscientemente— tan parejos simbolismos encubren distintos deseos: en doña Lambra el que un poco arbitrariamente podríamos llamar el "complejo de Fedra" y en Jimena algún tortuoso complejo de Electra.

Las palomitas son también inocente encarnación del ser amado o esperado. En el Conde Olinos *(Ant., X, 73):*

Allí vino una paloma/blanquita y de buen volar.
—¿Qué haces aquí, palomita,/qué vienes a buscar?

Y en el romance de la Devota *(X, 145):*

—Soy la infanta, Conde Olinos,/de aquí te vengo a sacar.
Las avecitas del monte/serán en tu compañía
y una palomita blanca/aquí vendrá cada día;

en el pico te traerá/una flor muy amarilla:
por el olor que te dé/ya verás quién te la envía.

La pérfida suegra de doña Arbola consuela a ésta, aconsejándole partir, porque aunque don Morcos regrese en su ausencia, ella se encargará de darle su cena *(Ant., X, p. 94):*

de la caza que él trujese/madarete la mitad,
de la perdiz algo menos,/de la paloma algo más.

y en otra versión *(Ibid., p. 314):*

yo le doy gallinas enteras/y pichones a almorzar.

Y la espantable Serrana de la Vera, cuando induce tan coercitivamente a los pasajeros a "fazer la lucha" con ella, como decía el Arcipreste *(Ant., IX, p. 209):*

de perdices y conejos/su pretina saca llena,
y después de haber cenado/me dice: "cierra la puerta".

La resistencia a lo fantástico a que arriba aludimos destierra del romancero a los cisnes, que, Lohengrins en embrión, bogan y vuelan en cambio, en la persona del Caballero que lo lleva por símbolo fraterno, por los largos capítulos consagrados a describir sus hechos en la Gran Conquista de Ultramar *(Riv., XLIV, caps. LXVII a CXXXVII; M. P., Orig., I. pp. CLV-CLVIII)*. No resulta menos extraño a su generalidad el siguiente pato de los judíos de Levante *(Ant., X., p. 351):*

Vos venid, mi dama, mi cara de luna,
yo os diré coplas veintiuna,
os las cantaré una por una:
cómo me kidearon a llevar el pato.

El pato tenía vedijas de gordura.
Me topí fajando a la creatura,
en año de hambre y mucha secura.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

El pato tenía plumas de colores;
por donde pasaba dejaba olores;

yo me lo creí con muchos dolores.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

El pato tenía pluma amarilla,
yo me lo creí con mucha alegría,
yo por este pato quedí sin manilla.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

El pato tenía pico colorado,
ya se lo comieron con vino delgado.
¿Quién le culpa esto? Lo culpa mi cuñado.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

Un día me fui para la Castoría.
Vide mucha gente, me torní vacía.
No tuví moneda, vendí la manilla.
Cómo me kidearon a llevar el pato.

Un día me fui para la plaza,
vide un morico con un patico.
No tuví moneda, vendí el librico.
Por este pecado no comí un pedacico.
¿Cómo me kidiaron a llevar el pato?

con respecto al cual, que califica de "macarrónica composición", infiere que los judíos españoles dicen "llevar el pato" por "pagar el pato", y aclara antes que "kidear" es un verbo turco que significa forzar u obligar. Es curioso que en el *slang* norteamericano el sustantivo *kid,* de origen escandinavo, con la maravillosa facilidad que permite en inglés hacer un verbo de cualquier nombre, haya venido a significar "engañar", "tomar el pelo", casi en el sentido en que el "kidear" de este romance.

Jaula de Cortesanos

El vituperio y la alabanza. Oscilan de uno al otro polo la máxima parte de estos poetas de los Enriques y los Juanes de Castilla, entre sí, por emulación del "aguilando" menguado, o frente al nacimiento del soberano nuevo. Las aves andan a mal aletear entre las "rrequestas", acudidas como a rudimentarios signos de cambio poético, y su vuelo lírico es por demás ocasional. La sencilla felicidad de Villasandino las incluye *(Baena, p. 99):*

Deleyte es mirar la noble floresta
naranjas e cidras, limas e limones,
oyr cantar aves garrydos chanzones
e ver su señora polyda e honesta,

y con igual balsámico trino las evoca Santillana en las estancias de la *Comedieta de Ponza* en que Menéndez Pelayo *(Horacio en Esp., I, p. 6)* mira y descubre la primera manifestación de la influencia horaciana en Castilla *(NBAE, XIX, p. 463):*

Benditos aquellos que cuando las flores
se muestran al mundo reçiben las aves,
e fuyen las pompas e vanos honores,
e ledos escuchan sus cantos suaves!

No las olvida en el Génesis sacado de su biblioteca con que Bías replica a Fortuna *(Ibid., 489 a):*

e que el ayre rescibiessen
las volantes
aves, y asy concordantes
toda especie produxiessen.

Y con oído ya casi renacentista percibe adelante *(p. 495 a)* la combinada música del agua y del ayre:

Erídano mansamente
riega toda la montaña
sin regularidad nin saña,
mas con un curso plaziente:
cuyas ondas muy suaves
fazen son
e dulçe modulación
con los cantos de las aves.

que Góngora pondría en una letrilla *(BAE, XXXII, p. 500 b; XLVI):*

Con el son de las hojas
cantan las aves
y responden las fuentes
al son del aire,

y de que Quevedo compone una más sinfónica imagen en el *Poema heroyco de las necedades y locuras de Orlando el enamorado (BAE, LXIX, p. 292 a):*

Razona la agua entre las guijas bellas,
con Céfiro conversan ramos bellos;
cantan los pajarillos sus querellas,
las hojas callan cuando cantan ellos;
ellos y el agua cuando cantan ellas;
y el pájaro parece al respondellos
músico, que fiado en su garganta
con tres diversos instrumentos canta.

De modo igualmente genérico las menciona Juan de Mena en una *Canción (NBAE, XIX, 217 b):*

Ya passaba el agradable
mayo illustrando sus flores
e venia el inflamable
Iunio con grandes calores:
incesantes los discores
de melodiosas aues,
oy sones muy suaues,
tiples, contras et tenores,

y las identifica, no por el vuelo, sino por el canto, en otra suya *(Ibid., 205):*

Si las ondas de la mar
quando sus rruidos braman
son oydas
las aues al gorjear
por el monte desque llaman
conoçidas;

El numeroso resto de los poetas del *Cancionero* acude para sus fines extra líricos, con notoria predilección, al "girifalte", tales Villasandino *(Baena, 73):*

El girifalte mudado
ya cobró su gentil buelo,

Alfonso Sánchez *(Ibid., 127):*

Pero el girifalte saldrá de la muda
aunque las alas le fueron peladas,

Villasandino *(Ibid., 175):*

El gran girifalte con reçia soltura...

Ruy Paes de Ribera *(Ibid., 322):*

Con alas quebradas del gran girifante,

Gonçalo Martines de Medina *(Ibid., 371):*

E el giryfalte fará muy grand buelo...
El gran girifarte syguiendo su vya...
Los lindos falcones saldrán de sus nidos
con el girifalte obrando fasaña,
e a los çernicales que eran enfingidos
faran yr fluyendo de la selva estraña.

El "girifalte" es, naturalmente, el señor dadivoso, que será también águila y falcón. Villasandino *(op. cit., p. 78):*

Pues quien poco sabe conviene que se rryenda
como se rrynde la garça al falcon...

llama así a su protector el Condestable Rruy Lopes, cuyo reingreso en la corte del Rey don Enrique celebra *(Ibid., 73):*

Non podía ser hallado
un falcón en toda España
tan fuerte nin tan syn saña,
nin tan bien acostumbrado.

De falcones se jactan a sí propios, y de aves menos gallardas a sus enconados contrincantes. Villasandino *(Ibid., 74):*

¿Quién es este quien pregunta
por el muy gentil falcón?

y Ferrant Manuel de Lando *(Ibid., 269):*

El rrico falcon muy lieve sopesa
la garça en el ayre syn ningunt temor:
las aves pequeñas de fuerça menor
non basta su cuerpo sofrir tan grant presa:
assy, concluyendo el arte conpresa,
a todo omme sabio creer le conviene
que a mengua de pollos muy bien se mantiene
quien come gallynas con carne salpresa.

Rodrigo de Arana replica a Baena *(Ibid., 478):*

En flaco doral quesystes provar
falcones muy bravos, lygeros, sañudos...,

y *(p. 482)* Baena le responde:

¡O Señor Dios! por bueytres aludos
e rrycos falcones tus dones rrepartes!

Finalmente, el Bías de Santillana *(NBAE, XIX, 495 b)* se marcha por los campos elíseos, en donde

e si fueron caçadores
alli de todas maneras
fallan caças plazenteras,
nobles falcones e açores,

y en el *Infierno de los enamorados* el Marqués refiere así la nobleza del falcón por medio de una "comparación" de las entonces tan usuales *(NBAE, XIX, p. 545 a):*

E como el falcon que mira
la tierra mas despoblada
a la fambre alli lo tira,
por fazer çierta volada,
yo començe mi jornada.

Al girafalte y al falcón sigue en nobleza el águila:

El aguyla estraña trasmute su nido,

dice Villasandino dirigiéndose al Rey, a quien adorna adicionalmente *(Baena, 175):*

con las dinidades del rryco faysan.

Fray Diego de Valencia se explica el derecho divino al trono por consideraciones de cetrería *(Baena, 217):*

Si de'sta fygura el fuerte cryado
fará segunt fase el buen caçador,
la ave que cría e buela mejor
aquella mantiene en onrra e estado.

Assi ssea este sseñor de las aves...

Ferrant Manuel usa de un aquilino circunloquio para describir la belleza de una su amiga de la que andaba muy enamorado en Sevilla *(Baena, p. 273):*

En rryca muda de cera
vy mudar aguila prima,
sobida en el alto clima
de la su hedat primera:
...De fynas plumas de oro
era la su cobertura...
Uñas de puro coral
entre sus manos tratava...
cuello de garça Rreal...

Cuando los dragos del carro de Belona arrebatan a Juan de Mena hacia el dantesco *Laberinto de Fortuna (NBAE, XIX, 154 a):*

Assi me soltaron en medio de vn plano
desque ouieron dado conmigo vna buelta
como a las vezes el aguila suelta
la presa que bien nol finche la mano.

Y hallamos al águila de San Juan en el décimo de los *Doce triunfos de los apóstoles (Ibid., p. 401)* del Cartujano Juan de Padilla:

Tenía no menos un Aguila pura
encima del libro, según parecía,
mirando los rayos del sol que nacia,
y con la virtud de su propia natura

nunca los ojos de aquel removia.
...
Porque denotes el Aguila santa
ser la que el libro divino levanta;
volando por cerca del gran firmamento
segun la catolica música canta.

Note de aqueste la mente discreta
que Juan y su santa perfecta doctrina
sobre los otros muy alto se empina;
pues se compara por cosa perfecta
el ave de aves llamada Regina.

Parleros, inútiles, destructores y de mal ver, los tordos, estorninos, grajos, y cuervos y picaças y otras de esas *(Villasandino, Baena, 155):*

susias aves que andan bolando

abundan este embrión de los serventesios en que Lope habría de llamar pelícano a Ruiz de Alarcón. Alfonso Álvarez *(Ibid., 154)* se quejaría de ellas:

E con todo esso los falsos pardales
fasen mas daño que non la çigueña,
ca luego que ven que omme se alueña
picando destruyen los buenos fructales.

Envía el "gassajado" de unas brevas no en muy buen estado *(Ibid., 157):*

Alla van en la cestilla
los que los tordos dexaron...
Pardales, tordos mendigos,
nunca cessan nin cessaron
destroyr, commo enemigos,
las cossas do se criaron.

y se desata en denuestos contra Baena *(Ibid., 428):*

e quien reçelase su parlar de graja
mas negro seria que el cuervo merino.
Ffydiondo que huele a sudor de grajos.

sobre cuyo perfume Quevedo, en el romance *Boda de negros,* tan semejante al atribuido a Góngora, también nos ilustra *(BAE, LXIX, p. 166):*

Iban los dos de las manos
como pudieran dos cuervos,
otros dicen como grajos
porque a grajos van oliendo.

Contra Baena también exclama Alvar Rruys de Toro *(Baena, 448):*

Señor, el estornino
que parla con el vino

Baena replica, defendiéndose *(Ibid., 453):*

Señor, Valentino dis que el papagayo
es mas generoso que non gavilan...

Sus aptitudes oratorias no valen el silencio, porque les falta el seso. Lo advierte Fernán Pérez de Guzmán *(NBAE, XIX, 589):*

Si el seso estouiesse en mucho fablar
los tordos serian discretos llamados...
pues a los que plaze el seso fallar
non curen de flores nin versos ornados,
miren a las obras, dexen el chirlar
a los papagayos del Nilo criados.

y confirma —¡él, tan prolijo!— su criterio, poniendo en boca de la Templanza la siguiente declaración *(Ibid., 669 b):*

Yo mando a la golondrina
templar su parlera lengua
por que tal defecto e mengua
en poco seso confina.

En lo que no fía Frey Íñigo de Mendoça es en la sinceridad de lo que hablan los tordos *(Ibid., p. 477):*

Como el tordo que se cria
en la jaula de chequito,

que dize cuando chirria
Jhesus y Sancta Maria
y el mas querria un mosquito...

y censura a las mujeres, diciendo de ellas que *(Ibid., 60-61):*

son aquestas el mochuelo
que con los ojos conbida
a los tordos que los tomen...
son carne puestra en buytrera...

Refiriéndose al segundo, extemporáneo y desgraciado matrimonio de Villasandino —como más tarde Alarcón, el pelícano, a la Marta del viejo que se aforraba en ellas—, dice Frey Lope *(Baena, 407):*

Mochuelo es e prendio garça;

Al *Timor mortis conturbat me* que dicta a Fernán Sánchez Talavera el solemne "desir" de la Muerte que Manrique inmortalizará *(Ibid., 593),* que lleva a Juan de Mena a razonar con ella *(NBAE, XIX, 206 b):* y que convoca la inexorable Danza, no escapan tampoco las aves *(Baena, 596):*

Bestias e aves fasta el mosquito
nasçen e mueren, segunt los varones.

El fin de esta vida trabajada se acerca cuando oímos *(Santillana, NBAE, XIX, 465):*

que las tristes vozes del buho sonaron
por todas las torres de nuestra morada.

Los conjuros del triste Plutón, señor de la profundidad infernal, están ya muy cerca cuando, en medio de *(Mena, Ibid., 176 b):*

çeniza de fenix aquella que basta
e huessos de alas de dragos que buelan

e de aquella piedra que sabe adquerir
el aguila cuando su nido fornece

vemos *(Ibid., 169 b):*

triste presagio fazer de peleas
las aues noturnas e las funereas
por los collados, alturas e çerros.

En vano el prudente Fernán Pérez de Guzmán se pronunciará contra la superstición de, por ejemplo, un tenebroso Enrique de Villena y su tratado de Fascinología, advirtiéndonos contra la heterodoxia *(Ibid., 617):*

De aquí es la estrologia
incierta e variable...,
estornudos e cornejas...

Con mayor fortuna —y con mayor poesía— Santillana trasmuta en bueno un mal auspicio *(Ibid., p. 570):*

Por vn valle deleytoso
do mora gentil conpaña,
oy un cantar sabroso
de vn aue muy estraña.
Bien vos digo que en España
non vi otra de tal guisa;
esta trae en su deuisa
mucha gente de cucaña.
...
"Cuco me llaman por nombre;
e tal es el mi clamor;
que en el mundo non ay onbre
que ame gentil señor,
que non tome gran pauor
si me oyere rredoblar;
si te plaze mi cantar
otro son dire mejor!

"Señor, dixe, vuestro canto
otro tiempo, me ponía
en temor e grand espanto
por vna señora mia.
Mas agora non querria
oyr otro papagayo,
que todo el pesar que trayo
he perdido en este dia".

Y desdeñando las gallinas de Arjona que recomienda y prescribe Baena *(Baena, pp. 444 y 494);* el pavon loçano e donoso del *Desir contra la pobreza* de Ruy Paes *(Ibid., 310 y 322);* la dulce calandra y las simples palomas alegóricas de Juan de Padilla *(NBAE, XIX, 328 y 341);* el efímero çisne de Santillana *(Ibid., 560 b)* y las garzas y picazas de Mena *(Ibid., 182),* dejemos ya esta jaula dorada con, en los oídos, estos hermosos versos de Juan de Mena que la sabiduría *(¡Beatus ille qui ignorant!)* impidió a don Marcelino gustar prístina y totalmente *(Ant., V, clxxv),* porque en seguida les descubrió huellas digitales de Virgilio y Lucano por razones de paisanaje:

Nin baten las alas ya los alciones
nin tientan jugando de se roçiar,
los quales amansan la furia del mar
con sus cantares e languidos sones,
e dan a sus fijos contrarias sazones
nido en ynuierno con grande pruyna,
do puestos açerca la costa marina
en vn semilunio les dan perfeçiones.

Nin la corneja non anda señera
por el arena seca passeando
con su cabeça su cuerpo bañando
por ocupar la pluuia que espera,
nin buela la garça por alta manera,
nin sale la fulica de la marina
contra los prados, nin va nin declina
como en los tiempos aduersos fiziera.

(NBAE, XIX, 169 b)

El Cisne

El más voluminoso de todos los pájaros cantores es el cisne. El Libro II de las *Metamorfosis* de Ovidio, tan especialmente rico en conversiones ornitológicas, nos pinta a Juno llevada al cielo por pavones; al cuervo mudado de blanco en negro, como los etíopes por culpa de Faetón, en castigo por haber descubierto el adulterio de Coronis convertida en corneja, como en lechuza Nictimene. Y nos refiere la transformación de Cycno, hijo de Stenelo, rey de Liguria y célebre músico, en éste, que es desde entonces símbolo de los poetas y ave de Apolo. A esta lírica adscripción contribuye Pitágoras al incluir, entre las posibilidades de la metempsicosis, la de que se tornen cis-

nes las almas de los poetas fallecidos. Para gozar a Leda, en episodio que la pintura ha perpetuado mejor que la poesía, Júpiter no se desdeña de tomar su nítida forma. Pausanias lo incluye entre las aves proféticas y, como Shakespeare, manifiesta grande confianza en la melodía de su canto. Plinio expresa a este respecto su escepticismo diciendo, con duda, que se afirma *(X, xxxii)* "que los cisnes al morir hacen oír un canto lamentable". De su belleza plástica, unida a su silencio, que sólo rompen al morir, dimana la predilección con que se les elige para escudos nobiliarios, con supersticiosa reverencia. Menéndez Pelayo *(Id. Est. 3ª ed., III, p. 321)* describe y comenta el *Cisne de Apolo,* libro rarísimo en que "las aficiones heráldicas del P. Carvallo se revelan en la candorosa insistencia con que quiere demostrar que los poetas son nobles de profesión, y pueden pintar por armas el cisne, explicando las recónditas virtudes de este emblema". Es el caso, no obstante, que poca gente los ha oído cantar sino cuando, para obedecer a Pitágoras, son ya poetas, o en sus versos dejan oír su canto lamentable; lo cual justifica un gracioso ensayo de M. Morín —"Why swans that sang so well in ancient times now sing so badly"— y no deja, por supuesto, de justificar al cisne nicaragüense que en los tiempos modernos volvió a elegirlo por su símbolo.

Góngora *(Vocabulario... por Bernardo Alemany y Selfa)* usa del cisne, fuera de su sentido literal, en otros seis: para aludir a la constelación boreal en la Vía Láctea, entre Cefeo y el Águila: como la encarnación de Júpiter ante Leda: como sinónimo de mujer hermosa: como adjetivo con la significación de blanco: como metáfora para el cabello cano y, mucho más frecuentemente, como título de poeta. Coincide en este último uso con el que todos los demás de su siglo le dieron. En muchedumbre acuden a la memoria los "claros cisnes del Betis" y de otras regiones que bogan, caballeros en los sonetos laudatorios, al frente de novelas, comedias y poesías. De este modo objetivo, los poetas no hallan cosa mejor con que comparar a sus amigos. Subjetivamente, si también gustan de llamarse así, el velo de la modestia encubre su apolínea declaración en el recuerdo del fúnebre canto.

Dirá el Marqués de Santillana *(NBAE, XIX, 560 b):*

Qual del cisne es ya mi canto...
de mi muerte dolorida,

y Boscán, en el *Mar de amor:*

El cisne con su cantar
su triste lloro adevina,
porque luego allí se fina
a las orillas del mar,

donde a la muerte se inclina.
Con mi voz enronquecida
adevino mi morir;

y agrega:

y es gloria tan crecida
en perder así la vida,
que no se quiere partir,

versos con que nos recuerda la *Canción del Comendador Escrivá (Ant., IV, p. 61):*

Ven muerte tan escondida
que no te sienta conmigo
porque el gozo de contigo
no me torne a dar la vida

que vuelven a glosar Santa Teresa ("Vivo sin vivir en mí,/y tan alta vida espero,/que muero porque no muero") y San Juan de la Cruz ("Vivo sin vivir en mí,/ y de tal manera espero,/que muero, porque no muero").

Garcilaso alude con mayor frecuencia al Rey de Liguria, añadiéndole el canto *(L., IÌI, p. 41)*. Contra las mañas del cazador Albanio,

No aprovechaba el ánsar la cautela,
ni ser siempre sagaz descubridora
de nocturnos engaños con su vela.
Ni al blanco cisne que en las aguas mora
por no morir como Faetón en fuego,
del cual el triste caso canta y llora.

Y más adelante *(p. 53):*

Entonces, como cuando el cisne siente
el ansia postrimera que le aqueja,
y tienta el cuerpo mísero y doliente,
con triste y lamentable son de queja,
y se despide con funesto canto
del espirtu vital que dél se aleja;
así aquejado yo de dolor tanto...

Y, en remota alusión, en el Soneto XII. Sus comentadores desconfían de la realidad del canto del cisne. "Cosa muy vulgar —dice el Brocense, n. 146, *loc. cit.*— es decir que el cisne canta dulcemente siempre, pero más al fin de su muerte... Puede ser que en unas tierras cantan y en otras no; a lo menos en España no sabemos que canten, mas de que en Tordesillas oyeron muchas gentes entre los juncos del río unos gaznidos [*sic*] espantosos, tanto que pensaron ser alguna cosa monstruosa, y algunos se atrevieron a llegar allá, y hallaron un cisne que había venido de otra parte, y murió muy presto. Desto hubo muchos testigos".

Quevedo, en las décimas *(BAE, LXIX, 257 b)* que empiezan:

Bien pensará quien me oyere,
viendo que he llorado tanto,
que me alegro agora y canto
como el cisne cuando muere,

sigue fielmente la tradición, que Lope, en cuyos labios el cisne es más generalmente título de poeta *(A Carlos V, BAE, XXXVIII, 87 b): "Desde el opuesto hemisferio mil cisnes mis hechos canten")*, pone en los de Anfriso, como sentencia, entre mil otras, que ilustra en verso *(La Arcadia, Lib. IV, p. III b):* "Los cisnes cantan muriéndose, y las sirenas lloran". En el Libro II Silvio, "con endechosa voz", exclama *(Ibid., p. 65 b):*

Celebre mi partida
cual cisne al despedirse de la vida.

Y en el Libro IV *(Ibid., p. 107 b)*, dice Olimpio:

Aquí, luchando con las ondas fieras
como el cándido cisne cuando muere,
quiero hacer las obsequias de mi muerte.

En el *Laurel de Apolo* Lope se da, como decimos, vuelo llamando a toda la muchedumbre de poetas a quienes adula, oculta o simplemente menciona, indiferentemente, "Fenices" y "Cisnes". Elijamos unos cuantos ejemplos:

¡Oh, padre de las musas, docto Orfeo,
de músicos y cisnes corifeo...

(Ibid., 191 b)

(De doña Ana de Castro, musa. Ibid., 191 a):

¡Oh tú, nueva Corina
que olvidas la del griego Archelodoro,
a quien Dafne se inclina
y el cisne más canoro...

(De don Pedro de Oña. Ibid., 192 a):

Poema heroico, armónico y suave
del patriarca Ignacio de Loyola
entre los cisnes de las Indias sola...

Elogia adelante al autor del *Sagaz Estacio (Ibid., 214 b):*

Si a Salas Barbadillo se atreviera
mi indigna voz, que por tu gusto canta,
o la sonora cándida garganta
de los cisnes tuviera
que el verde margen que el Caístro bebe
cubran de pura nieve...

y "pone en su registro" *(Ibid., 218 a):*

Las musas de doctor Pedro García
y Apolo entre los cisnes del Caístro.

En el soneto 199 *(Ibid., 381 a),* a un culto escritor,

el Caístro jamás por su corriente
tan dulce ha visto cisne cuando espira,

y en el 221, a la muerte de Góngora *(Ibid., 348 a),* halla el modo retórico de unir, en su honor, el cisne y el fénix:

Ya muere y vive; que esta sacra pira
tan inmortal honor le constituye,
que nace fénix donde cisne expira.

Sin duda, si a Góngora le hubiera tocado en suerte asistir a los funerales de Lope, le habría sido menos fácil, y tan opaco, redimir avícolamente a quien no había tenido empacho en llamar no cisne, sino "pato del aguachirle castellana".

Demos, por último, paso a otros menos humanos cisnes de Lope, ya recuerden la fábula de Cycno o de Leda, ya, mejor, las olviden:

En un carro salió triunfante el Duero...
Tirábanle dos cisnes, que podían
(tal esplendor y candidez tenían)
ser celestes figuras...

(Laurel de A., Ibid., 188 b)

Ni blanco toro ya, ni cisne alado...

(El baño de Diana, Ibid., 205 b)

Las aguas dividió cisne ligero...

(Ibid., 206 a)

Filida, de verme ajena
y de mi mal descuidada,
cándida, blanca y nevada
cual cisne en orilla amena...

(Ibid., 248 b)

Ya el ánade caluroso
de azul y oro se compone
el cuello, ya el blanco cisne
quiere llorar a Faetonte...

(A la creación del mundo, Ibid., 260 b)

Cándidos cisnes, que vestís la espuma
de quien yo procedí...

(Venus; La selva sin amor, Ibid., 300 b)

Quevedo, o el Anti-Pájaro

Por el "monte en dos cumbres dividido", de don Francisco de Quevedo y Villegas, vuelan las aves habituales, presididas por las nueve musas castellanas. A Erato, musa cuarta, que canta hazañas del amor y de la hermosura, corresponden las más retóricas. Si compara el discurso de su amor con el de un arroyo *(BAE, LXIX, 52 a)*:

En cristales dispensas tu tesoro,
líquido plectro a rústicos amores,
y templando por cuerdas ruiseñores,
te ríes de crecer, con lo que lloro,

o si en el Idilio que llama *Lamentación amorosa (Ibid., 83 a)* exclama, tal como "tanto amante que desdenes llora":

Las aves que leyeren mis tristezas
luego pondrán en tono mis congoxas...
Allí serán mis lágrimas Orfeos
y mis lamentos blandos ruiseñores...,

y en la tercera parte del propio Idilio *(p. 84 a):*

No cantan ya los doctos ruiseñores,

no podemos creer que así las maneje sino por virtud de una técnica en boga, que lo arrastró también a incurrir repetidamente en una "Fénix" que en otro sitio, como veremos, se complace en desprestigiar, y de que se sirve para pintar su ardor disimulado de amante *(Ibid., 53 a):*

Ya fénix cultivada te renuevas,
en eternos incendios repetidos..

para componer un bello soneto *(Ibid., 53 b)* "a una de diamantes que Aminta traía al cuello": en aquellos en que "canta sola a Lisi', para trazar los efectos varios de su corazón, fluctuando entre las ondas de sus cabellos *(Ibid., 73 a):*

Con pretensión de fénix encendidas
sus esperanzas, que difuntas lloro,
intentan que su muerte engendre vidas.

y, en fin, para poner ejemplo de otras llamas, que parecen posibles comparadas a las suyas *(Ibid., 74 a):*

Hago verdad la fénix en la ardiente
llama, en que renaciendo me renuevo;
y la virilidad del fuego pruebo,
y que es padre, y que tiene descendiente.

No menos ajenas a su experiencia, sino tan hijas de su erudición, son las aves de este primer cuarteto del soneto XXV *(Ibid., 77 b)*, que en la edición de 1648, reproducida por Rivadeneyra, pidieron tres pedantes notas en que Publio Siro, Aristóteles, Cicerón y Marcial se traen a cuento para explicar que la cigüeña y la grulla son por igual títulos de la primavera: *Avis exul hyemis, titulus tepidi tempori.*

Ya tituló el verano ronca seña,
vuela la grulla en letra, y con las galas
escribe el viento; y en parleras galas
Progne cantora su dolor desdeña,

en que se escucha su traducción de la Anacreóntica XXXVII *(Ibid., 454 b)*:

Ve que el ánade torpe ya se fía
del agua blanda que temió por fría.
Mira las grullas que con leyes viven
cómo volando en letra el aire escriben
y alegres vuelven por el aire vano
como a ganar albricias del verano.

Advirtamos, de paso, que las leyes con que viven las grullas son verdaderamente marciales, e inescapables, porque están sujetas a las rígidas de la gravitación universal. En tanto que las demás duermen, aquella que está de guardia sostiene, en la pata que equivale al brazo derecho de un soldado armado, uno de esos guijarros que, cuando vuelan, arrojan para averiguar si andan sobre agua o sobre tierra; garantízase su vigilancia en que, si se duerme, soltará la piedra, delatora de su negligencia; y sus hermanas la castigarán, sacando la cabeza de bajo el ala, que es como reposan *(Plinio, ob. cit., X, xxx)*. No son menos severas las penas en que incurren las cigüeñas impuntuales, a quienes, al partir —misteriosamente, de noche, como llegan—, aguardan las demás sólo para matarlas. Sólo que Plinio afirma que las cigüeñas son huéspedes del estío, y las grullas del invierno contrariamente a los autores que respaldan a Quevedo y a su Anacreonte.

Sus traducciones de las Anacreónticas II, IX, XII, XXXIII, y de la *Doctrina de Epicteto,* Cap. XXXI *(BAE, LXIX, pp. 438, 443, 444, 453 y 399)* dejan en Quevedo más de una visible huella. En el *Himno a las estrellas,* Silva XIV *(Ibid., 311)*:

Las tenebrosas aves
que el silencio embarazan con gemido,
volando torpes y cantando graves,

más agüeros que tonos al oído,
para adular mis ansias y mis penas,
ya mis musas serán, ya mis sirenas.

Bajo el signo de Clío escribe Quevedo un soneto alegórico de oscuro sentido político, en que el águila —rara avis en su poesía— lucha *(Ibid., 7 a)*, como en *La toma de Valles Ronces (Ibid., 541 a)* en que encarna al potentísimo Felipe el Grande, cuarto entre los reyes de España:

Que el águila que el sol mira
no aguarda remifasoles,
y las plumas de sus alas
son de batir los cañones.

Ilustra siempre heráldicamente a la realeza *(Glorioso túmulo a la serenísima infanta Sor Margarita de Austria, Ibid., 46 a):*

Las aves del imperio coronadas
mejoraron las alas en tu vuelo,
que con el pobre, y serafín, al cielo
sube, y volando sigue sus pisadas,

o en la sepulcral relación en el monumento de Wolistan *(Ibid., 46 b):*

Dióle el león de España su cordero,
y lobo quiso ensangrentar sus galas.
El águila imperial le dio sus alas
y con sus garras se le opuso fiero,

y condensa, por fin, los atributos del ave de Júpiter, portadora del rayo, que mira al sol, selecciona y desdeña a sus hijos por métodos espartanos y muere, según Aristóteles, de hambre *(Lib. IX)* —porque en la extrema vejez su pico se encorva y traba, impidiéndole comer, en fabuloso castigo porque cuando fue hombre violó la hospitalidad—, en un soneto "A una dama hermosa, y tiradora del vuelo, que mató un águila con un tiro" *(Ibid., 247 b):*

¿Castigas en la águila el delito
de los celos de Juno vengadora,
porque en velocidad, alta y sonora,
llevó a Jove robado el catamito?

¿O juzgaste su osar por infinito
en atrever sus ojos a tu aurora,
confiada en la vista vencedora
con que miras al sol de hito en hito?

¿O porque sepa Jove que en el cielo,
cuando Venus fulminas, de tu rayo,
ni el suyo está seguro, ni su vuelo?

¿O a César amenazas con desmayo,
derramando su emblema por el suelo,
honrando a los leones de Pelayo?

Al manto sombrío de Melpómene confía *(Ibid., 49 a)* las "Exequias a una tórtola que se quejaba viuda y después se halló muerta", y las palabras de un pedazo de la nave en que se descubrió el nuevo mundo *(Ibid., 47 a):*

Fuí haya, y de mis hijas adornada,
del mismo, que alas hice en mi jornada,
lenguas para cantar primero...

Otros ocasionales pájaros esmaltan fugazmente sonetos, madrigales y canciones suyas:

Más solitario pájaro ¿en cuál techo
se vió jamás que yo?...

(Ibid., 249 a)

Está el ave en el aire con sosiego,
en la agua el pez, la salamandra en fuego...

(Ibid., 60 a)

Escuchaba del ave los deseos...

(Ibid., 257 b)

Nació paloma, y en tu seno el nido
perdió...

(Ibid., 27 b)

Vuestra paloma huyó de vuestro nido,

(Ibid., 345 b)

Pero es preciso reconocer que el poeta dispone, por cuanto a los pájaros, de muy limitados colores en su paleta musical. En otra parte sus versos ha aconsejado a las mujeres cultas y hembrilatinas que "si hubieren de mandar que las compren un capón, o que se les asen, o que se les envíen (que es lo más posible), no le nombren, por excusar la compasión de lo que les acuerda; llámenle 'desgallo o tiple de pluma' ". Apolo parece haber castigado cruelmente su fobia anticulterana obligándolo a seguir, con la frecuencia que en seguida ejemplificaremos, su propio malévolo consejo. Si no siempre "tiples de pluma", ni "desgallos" nunca, en numerosos casos no encuentra qué llamar a los pájaros, sino "ramilletes". En la *Canción fúnebre en la muerte de don Luis Carrillo y Sotomayor (Ibid., 47 b)*, que repite, sin dedicatoria y con variantes, en la página 346 b, encontramos la descripción siguiente:

En un hermoso prado
verde laurel reinaba presumido
de pájaros poblado
que cantando robaban el sentido
al argos de el cuidado...

e, inmediatamente:

Un pintado jilguero
más ramillete que ave parecía...

En las "letrillas líricas" *(Ibid., 97 a)*:

Flor que cantas, flor que vuelas,
y tienes por facistol
el laurel, ¿para qué al sol
con tan sonoras cautelas
le madrugas y desvelas?
Digasmé
dulce jilguero, ¿por qué?
Dime, cantor ramillete,
lira de pluma volante
silbo alado y elegante
que en el rizado copete
luce flor, suenas falsete...
¿En un átomo de pluma
cómo tal concento cabe?

¿cómo se esconde en una ave
cuanto el contrapunto suma?
. . .llena tan chica garganta
de orfeos y de viguelas?

En *El Escarmiento*, Silva XVII *(Ibid., 312 a)*:

Orfeo del aire el ruiseñor parece
y ramillete músico el jilguero;

Ni falta en donde se "describe una recreación y casa de campo de un valido de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel" *(Ibid., p. 314 b)*:

Músico ramillete
es el jilguero en una flor cantora,
es el clarín de pluma de la aurora,
que por oír al ruiseñor que canta
madruga y se desvela,
y el Orfeo que vuela
y cierra en breve espacio de garganta
cítaras, y vigüelas, y sirenas,
óyese mucho y se discierne apenas,
pues átomo volante,
pluma con voz, y silva vigilante,
es órgano de plumas adornado,
una pluma canora, un canto alado. . .

y por fin, en la décima *Al ruiseñor (Ibid., 478 b)*:

Flor con voz, volante flor,
silbo alado, voz pintada,
lira de pluma animada
y ramillete cantor;
dí, átomo volador,
florido acento de pluma,
bella organizada suma
de lo hermoso y lo suave:
¿Cómo cabe en sola un ave
cuanto el contrapunto suma?

Luego él, tan anticulto, lo parece del todo en estas líneas de la arriba citada "recreación":

Y la perdiz, que ensangrentando el aire
con el purpúreo vuelo
de sabroso coral matiza el suelo,
ya pájaro rubí con el reclamo,
lisonja del ribazo,
múrice volador esmalta el lazo,
y tal vez por el plomo que la alcanza,
con nombre de sus hijos disfrazado,
en globos enemigos,
ya golosina ofrece sus castigos,
y en la mesa es trofeo
quien fué llanto en la mesa de Tereo
y lisonjero a Venus por hermoso.

En que no es más claro, ni más oscuro, que este más nutritivo presente de las *Soledades:*

Tú, ave peregrina,
arrogante esplendor —ya que no bello—
del último occidente;
penda el rugoso nácar de tu frente
sobre el crespo zafiro de tu cuello...
Sobre los hombros larga vara ostenta
en cien aves cien picos de rubíes,
tafiletes calzadas carmesíes,
emulación y afrenta
aun de los berberiscos
en la inculta región de aquellos riscos,

sino que pide, al contrario, la declaración del faisán para una edición popular, en los dos últimos versos, luego que el "plomo que la alcanza con nombre de sus hijos disfrazado en globos enemigos" —los breves, volantes orbes de Alarcón— se traduzca en perdigones. Por seguir la moda pastoril "Llama a Aminta al campo en amoroso desafío" *(Ibid., 63 a):*

Y las plantas vestidas
gozan las verdes vidas
dando a la voz del pájaro pintado

las ramas sombras, y silencio el prado;
ven, que te aguardan ya los ruiseñores
y los tonos mejores
porque los oigas tú, dulce tirana,
los dejan de cantar en la mañana:
tendremos envidiosas
las tórtolas mimosas,
pues viéndonos de gloria y gusto ricos
imitarán los labios con los picos;
aprenderemos dellas
soledad y querellas,
y en pago aprenderán de nuestros lazos
su voz requiebros y su pluma abrazos.
Y vieran nuestras bocas,
en ramos destas rocas,
ya las aves consortes, ya las viudas,
más elocuentes ser, cuanto más mudas;

o en imitación de Teócrito y Virgilio *(Farmaceutría o medicamentos enamorados, Silva VI, Ibid., 306 b):*

¿No ves estos pavones, cuyas galas
desdoblan un verano en las dos alas?...
Doite estas golondrinas, tiernas aves,
estas simples palomas voladoras
que cortando los vientos ya suaves
que al pintado verano dan las horas,
con sus brazos y cuellos variados
vistieron estos aires de mil prados.

Esta viuda tórtola doliente
que perdió sus arrullos con su amante
cogíla haciendo ultrajes a una fuente.

Tampoco faltará la descripción de la cacería por la red, que Garcilaso es el primero en encargar, en la *Égloga segunda,* a Albanio, de describir detalladamente, en los primeros tercetos hechos en castellano, y de que el zumbón don Agustín de Salazar y Torres se burlaría. De las dos veces que Quevedo aprovecha igual descripción, transcribiremos la segunda, cuyo final coincide con el principio de la actitud ante los pájaros que nos parece más sincera en él *(Ibid., 346 b):*

...con pico lisonjero,
cantor de la alba, que despierta al día;
dulce, cuanto parlero,
su libertad alegre celebraba,
y la paz que gozaba:
cuando en un verde y apacible ramo,
codicioso de sombra,
que sobre varia alfombra
le prometió un reclamo,
manchadas con la liga vi sus galas;
y de enemigos brazos,
en largas redes, en nudosos lazos,
presa la ligereza de sus alas;

(1a. versión):

mudando el dulce, no aprendido canto,
en lastimero son, en triste llanto;

(2a. versión):

sin poderse escapar; mas ¿quién se escapa
de estas prisiones desde el pobre al Papa?

Pienso que Quevedo maneja mejor las aves cuando se enfada contra las personas, como hace tan a menudo, contra las leyendas y contra las costumbres. Endereza a una dama esta sátira *(Ibid., 272 a):*

Pues más me quieres cuervo que no cisne,
conviértase en graznido el dulce arrullo
y mi nevada pluma en sucia tizne...

Rebujada naciste en dos andrajos,
de una hija de Adán por gran ventura
cuya comadre fueron cuatro grajos.

Desmiente a un viejo por la barba *(Ibid., 161 a):*

Cabello que dió en canario
muy mal a cuervo se aplica.

El humanista es sincero. La vida retirada está muy bien cantada por su predilecto Fray Luis, pero él, retirado de la corte, responde a la carta de un médico naturista, como hoy diríamos *(Ibid., 179)*:

Oigo de diversas aves
las voces y los chillidos
que ni yo entiendo la letra
ni el tono que Dios les hizo...

La lechuza ceceosa
entre los cerros da gritos
que parece sombrerero
en la música y los silbos.
Andase aquí la picaza
con su traje dominico
y el pajarillo triguero
con el suyo capuchino.

Como el muchacho en la escuela
está en el monte el cuclillo
con maliciosos acentos
deletreando maridos.

Con verdadera irreverencia se dirige a San Pedro cuando negó a Cristo, Señor Nuestro *(Ibid., 330 b)*:

A Dios negastes, luego os cantó el gallo,
y otro gallo os cantara a no negallo;
pero que el gallo cante
por vos, cobarde Pedro, no os espante;
que no es cosa muy nueva o peregrina
ver el gallo cantar por la gallina.

Cuando envía a una su yegua a descansar al prado, piensa en un único posible Pegaso *(Ibid., 193 b)*:

Presto os pienso ver con alas,
aunque hoy apenas andáis,
de cuervos y de picazas
que os empiecen a picar.

Pues dejadas las fenices de diamantes que Aminta traía al cuello *(soneto Ibid., 53 b)*, y otras igualmente metafóricas, opone a los animales fabulosos el argumento irrebatible de la experiencia *(Remitiendo a un prelado cuatro romances [la fénix, el pelícano, el basilisco y el unicornio; las dos aves y los dos animales fabulosos], Ibid., 168 b)*:

Ociosa volatería,
perezosa diligencia,
aves que la lengua dice,
pero que nunca las prueba.

Bien sé que desmiento a muchos,
que muy crédulos las cuentan:
mas si ellos citan a Plinio,
yo citaré a las despensas.
Si las afirman los libros,
las contradicen las muelas.

(En lo que, de paso, calumnia a Plinio, que al hablar del Ave Fénix —*X, ii*— lo hace con manifiestas reservas sobre su existencia, y descarga en Manilius, Senador autodidacto, la culpa de ser el primero que haya hablado de él entre los romanos, y afirmado que no se le ha visto nunca comer, que vive 509 años, se fabrica un nido con incienso y canela, y en él se incendia para que de su médula salga una especie de gusanillo que se transforma en un nuevo Fénix).

Celebra la castidad de José, comparándolo a un pajarillo que lucha por desasirse de la liga *(Soneto; Ibid., 489 b)*:

Cual suele por los aires la avecilla
del canto de las aves engañada
que sobre el ramo baja descuidada
plantado solamente para asilla;
que viéndose enredada en la varilla
y de su dulce libertad privada,
aunque deje la pluma más pintada
procura de su cuerpo desasilla,
así José...

pero el amor le parece tan natural en la juventud *(Ibid., 491 b)*:

Como al reclamo acude el pajarillo,
el tordo al fruto del temprano almendro,
al animal difunto el negro cuervo...

y escribe la más fisiológica comparación que se haya otorgado al trino de la blanca Filomena de Garcilaso *(Ibid., 500 b)*:

Presumí en vano
La voz del ojo, que llamamos pedo,

Las Poéticas Gallinas

ruiseñor de los presos detenido...
de estas composiciones peregrinas;
¡gracias al que nos trajo las gallinas!

No habrá madre o persona maternal cuyas entrañas no se hayan conmovido alguna vez en presencia de las incubadoras. Se olvida que las gallinas emancipan bien pronto a picotazos a sus pequeños; del cuadro familiar sólo recuérdase que la gallina estaba clueca, que se echaba, con saludable reclusión, sobre los huevos: que los pollos salían con dulce piar a rodearla, que los defendía, los guiaba, los llamaba solícita, los enseñaba a encaramarse a dormir. Y cuando empezaban a echar plumas y a cambiar de voz, feos adolescentes, como su madre a Lázaro, los entregaba a la amplia escuela del ciego infortunio. ¡Pero estas máquinas deleznables! ¡Eléctricas!, ¡que los producen al mayoreo, en prole numerosa! Luego, como los habitantes de Delos *(Pl., X, lxxi)*, los hoy avicultores los engordan con alimentos mojados en leche, que les dan exquisito sabor; en el vicioso círculo del interés, regálanlos, para que sean más tarde ponedoras gallinas:

Tenía Mari-Nuño una gallina
en poner tan contina
cuanto la vieja atenta a su regalo.
Sucedió un año malo,
tal, que el pasto faltándole suave,
negó su feudo el ave;
perdone Mari-Nuño,
que la overa se cierra cuando el puño.

(Góngora, Riv., XXXII, p. 453 a)

Aunque no todos los poseedores de gallinas, sino casi ninguno, será vegetariano como don Francisco Sánchez Barbero se confiesa ante ellas *(Riv., LXIII, 591 b)*:

Venid, gallinitas
de Maura nación,
a ser compañeras
de un pobre español.
Aquí viviremos
en fácil unión,
conmigo vosotras,
con vosotras yo.

(Gallinas: Clo, clo)

. . .
En mi parca mesa
de carne la voz
jamás, avecitas,
jamás se mentó.
Pasadas legumbres,
desechos de arroz
me acaban; con estos
nutriros he yo.
¡Clo! ¡Clo!,

ni, como él, les darán tan codiciables premios:

Un gallo arriscado,
de ardiente vigor,
de vuestro cariño
será galardón. . .
¿Por qué la desdicha
mi plácido amor
¡ay! ¡ay! de mis brazos
cruel arrancó?
¡Clo! ¡Clo!,

En él, evidentemente, el interés discurría por tortuosos senderos psicológicos; no les pedía huevos, ni pollos, ni sus personales pechugas, a las compañeras de su soledad. Sino que confiaba en que el cielo se lo tomara en cuenta:

Vagad, compañeras,
vagad sin temor,
y engordad, hermosas,
con mi bendición;
que el hado conmigo,

dejando el rigor,
se porte así como
con vosotras yo.
¡Clo! ¡Clo! ¡Clo! ¡Clo!,

e ignoraba, al lamentarse de su amorosa decepción, lo que ya Quevedo había expresado:

Sabed, vecinas,
que mujeres y gallinas
todas ponemos,
unas cuernos y otras huevos.

(Riv. LXIX, 85 b)

Mas no se enorgullezca la industria moderna de haber descubierto las incubadoras eléctricas. Los huevos pueden romperse por acción espontánea de la naturaleza, sin incubación, como refiere Plinio de algunos de Egipto *(X, lxxv);* y el propio autor nos cuenta de un cierto Siracusano que los metía en la tierra y se embriagaba hasta no verlos romperse. Puede, además, incubarlos el hombre. Livia Augusta, embarazada de Tiberio, según Nerón, y deseosa de tener hijo, usó de este augurio común entre las jóvenes desposadas; llevó un huevo en el seno, y cuando tenía que abandonarlo, lo daba a su sierva para que no se interrumpiera el calor. El augurio no la engañó. "De ahí debe de venir *(X, lxxvi)* esta invención reciente de calentar por un fuego moderado huevos colocados en paja, en un lugar naturalmente caliente". ¡Un hombre los voltea y se rompen todos a la vez!

Encuentro, además, en la *Crónica de las Filipinas* de Fray Juan Francisco de San Antonio *(Parte I, Lib. I, cap. XIII, p. 43)* la descripción del Tabón, que es "como una mediana gallina (pero sin cresta) en lo grande; negra, sin más colores"; y después de un cumplido elogio de sus huevos, con uno solo de los cuales "puede un hombre mantenerse bastantemente, y si no tiene robusto el estómago ha de empacharse", dice que son cuarenta o cincuenta los que pone, casi de un tirón, en los meses de marzo, abril y mayo, en un hoyo que cava, y cubre luego. Porque Tabón, en idioma tagalog, significa tapar con tierra cualquier cosa, sea lo que fuere. Y luego esta ave práctica se marcha a sus negocios marítimos, y en tiempo oportuno viene a graznar a sus hijuelos, que cavan hacia arriba y salen, convocados por su madre, como de la mejor incubadora.

Colibríes

Mucho debemos a las aves; inspiraciones, ejemplos. Pero los dentistas ignoran, sin duda, que su antecedente más próximo es el colibrí. "Cuando el cocodrilo tiene abiertas las fauces —dice Aristóteles *(Hist. Anim., Lib. IX)*— el troquilo vuela hacia ellas y le limpia los dientes". ¿No hacen lo mismo las fresas del dentista y aun con zumbido muy semejante? "El troquillo encuentra ahí cómo alimentarse..." (Y el dentista, por modo indirecto, ¿no? ¿No lo increpa Quevedo: "Oh tú, que comes con ajenas muelas"?) De las cuatrocientas especies conocidas de troquilídeos —dice don Rafael Montes de Oca, miembro de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, profesor de dibujo, pintura en cristal e idiomas, en su *Ensayo ornitológico de los troquilídeos o colibríes de México, 1875*— cuarenta son mexicanas. El padre Landívar los describe en su *Rusticatio mexicana* y el padre Federico Escobedo pone en castellano sus versos latinos *(Geórgicas Mexicanas... México, MCMXXIV, Lib. XIII, p. 307):*

Nada, empero, más lindo ni gracioso
el orbe ha conocido
que el chupa-mirto o colibrí precioso,
que, aunque de dulce voz destituído,
luce en su cuerpo frágil y nervioso,
hecho de plumas fúlgido vestido;
en sus alas llevando radiantes
de vivos tornasoles los cambiantes.

No mayor que el pulgar es la estatura
de su cuerpo (mas pródiga Natura
a aqueste pajarico
armó de agudo pico
que casi con el cuerpo se mensura).

Sus verdes plumas, por mayor decoro,
las abrillanta con matices de oro;
y en ellas junta y mezcla los fulgores
de los que al sol robó varios colores.
Volando, al mismo Céfiro adelanta;
rápido por el éter se pasea,
y con el ala trémula levanta
ronco susurro que en el viento ondea.

Mas si extraer pretende con el pico
las regaladas mieles
de floridos vergeles;
y de fuerzas dejar su cuerpo rico
(ya que de él se comenta
que en ninguna otra mesa se alimenta);
con desusado brío
el bordón de sus alas ronco vibra;
y en medio del vacío
se para y equilibra
hasta que con su pico delicado
de las flores balsámico rocío
haya por fin sacado...

El sabio Francisco Hernández, entre las eruditas páginas de los doscientos veintinueve capítulos que consagra a las aves de Nueva España *(Francisci Fernández: Tractatus Secundus, de Historia Avium Novae Hispaniae),* describe minuciosamente las variedades de colibríes que Montes de Oca, que sigue a John Gould, nos dice que se hallan en gran muchedumbre de denominaciones —huitzitzil, taitzotototl, guanumbi, quintiut, visicilin, pigda— por toda América. Los describe, muy someramente, el P. Josť de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias,* todavía con otro nombre: "De la China traen unos pájaros, que no tienen pies grandes ni pequeños, y casi todo su cuerpo es pluma; nunca bajan a tierra; ásense de unos hilillos que tienen a ramos, y así descansan. En el Perú hay los que llaman *tominejos,* tan pequeñitos, que muchas veces dudé, viéndolos volar, si eran abejas o mariposas, mas son realmente pájaros!"... Y luego de alabar la maestría de los indios de Michoacán en confeccionar mosaicos de pluma: "Toman estas plumas tan chiquitas y delicadas de aquellos pajarillos, que llaman en el Perú *tomilleros,* o de otros, semejantes, que tienen perfectísimos colores en su pluma".

Mucho más exacta es la descripción que don Félix de Azara *(Apuntamientos para la historia natural de los páxaros del Paraguay y Río de la Plata, Madrid, MDCCV, t. II, p. 468)* hace de los caracteres generales de los picaflores, echando por tierra con su innegable testimonio personal la poética teoría de que sólo se alimentan de néctar por el largo, horadado pico que no abren para sacar la lengua y chupar, si escasean las flores, insectos de las telarañas; prestándoles las patas y los nidos que Acosta les niega; dando la razón de que puedan sostenerse inmóviles verticalmente en el aire; rectificando el nombre *guaynumbí,* que Marcgrave les da, y que debe ser *mainumbí;* explicando por qué los españoles, al pesarlos en una balanza con su nido, determinaron llamarles *tomines* (y no *tomineos),* que dos pesaban en todo. Y finalmente,

descreditando la autoridad de Buffon con argumentos irrebatibles y frases como éstas: "En el discurso de esta obra se ha visto la dificultad de reconocer los páxaros en los Naturalistas, aun aquellos que necesitan tan poco tiempo para describirlos. ¿Pues qué se podrá esperar ahora de los Picaflores, que son tan difíciles de distinguir, que raya en lo imposible poderlo hacer, no encontrándose caracteres especiales suficientes para eso? Estoy casi seguro de que mis Picaflores están entre los de Buffon; pero no me lisonjeo de poder encontrar uno..."

No anda, pues, muy acertado el P. Landívar en la olímpica dieta que prescribe al colibrí; ni en su mudez, ya que por las mañanas suele decir un monótono tre-tre; ni, por último —en versos que ya no transcribo—, cuando afirma que desaparece en el invierno, pues lo haría con las flores, y qué iba a comer, sino los insectos que, no faltándole en el invierno, no tiene por qué emigrar, desde que Azara, que apoya el suyo en el testimonio adicional del P. M. Isidro Guerra, afirma que "llegan a los 35 grados y que no temen mucho al frío". Si no belleza, en toda su obra, creo, salvo mejor opinión, que el autor de la *Rusticatio mexicana* pudo, y nosotros exigírselo, habernos dado mayor verdad en la pintura del pájaro mosca. Referirnos, por ejemplo, de dónde viene la superstición que le atribuye el carácter de un amuleto de amor, para las doncellas que estén muy urgidas de no seguirlo siendo por mucho tiempo, tal como flores que abren sin esperanza a un viento indiferente su trémula corola.

Las Aves en la Poesía Mexicana

—Abuela ¿qué son aves?
—Pajarillos.
—Ah, sí, tienes razón: ya lo sabía.

Juan de Dios Peza

Nada tan conmovedor como el espectáculo, cada vez más raro, de aquellos gorriones domesticados que en los mercados públicos, a pequeños saltos, sacan con el pico un papel entre muchos, con el horóscopo de la sirviente que ha pagado cinco centavos por anticiparse a un destino sólo sujeto al sentido de selección del pajarillo; ni queda ya quizá entre nosotros más supervivencia supersticiosa relativa a los pájaros, que la preocupación de que si el saltaparedes cantaba en las nuestras con la cola hacia el patio, nos sobrevendría una desgracia, en vez de lo cual era excelente que gargarizara con el pico hacia adentro de la casa.

Buena prueba del sitio predilecto que en el corazón popular ocuparon

siempre los pájaros son aquellas deliciosas tarjetas postales con que solía felicitarse por el año nuevo o por el onomástico. Las palomitas con una carta en el pico, el nido feliz, prometedor de un hogar igualmente gárrulo, con que los novios declaraban su amor en frases aprendidas del *Secretario universal de los amantes* —"desde el primer momento en que la vi"—, la azul golondrina, como una flecha entre las enredaderas. Suplantados en las tarjetas postales por los rostros de las estrellas cinematográficas, volvían a las canciones, y perduran en ellas, los pájaros que también la tipografía sobria y a veces sosa de nuestros días desterró para siempre. En ellas vuelan a su sabor. Cuando se entonan las mañanitas, como todavía suele hacerse,

Ya los pajarillos cantan, ya la luna se metió...

y en la vieja canción del Prisionero, que nos recuerda el romance español del mismo nombre, la víctima recibe una grata visita:

era mi madre en figura de ave...

Dulzona, tristemente, las personas se comparan a pájaros:

Yo soy pajarillo errante, que busca el nido,
que busca el ni-i-do.

Conforme avanzamos —a grandes saltos, lo sé— hacia el especializado presente, las menciones genéricas de los pájaros tienden a objetivarse a tiempo que se hacen más concretamente:

Ya lo sabes que soy pajarera
y en los campos me vivo cantando,
disfrutando de la primavera,
de las aves sus púlidos cantos,

dice ya con más alegre ritmo una canción moderna, y en *La Joaquinita,* norteña, de 1917, hija tardía y ágil de la *Adelita:*

Los pajarillos en las ramas se encaraman.

Ya es luego el *Pajarillo barranqueño,* el *Pájaro carpintero,* el *Gavilán,* el *Tecolote de guadaña, pájaro madrugador,* el *Gavilán pollero,* o la proliferada *Paloma,* desde aquélla:

Cuando salí de La Habana, ¡válgame Dios!,

o la que el rápsoda convoca en los corridos para confiarle un urgente mensaje:

Vuela, vuela, palomita,
vuela si sabes volar,

hasta ésta, de sentido tan medieval:

Ando en busca
de una blanca palomita,
de señas traigo
un dolor dentro del alma...

y la lamentablemente ukranianizada:

Paloma blanca
blanca paloma
quién tuviera tus alas
tus alas quién tuviera
para volar
y volar para
donde están mis amores
mis amores donde están
tómale y llévale
llévale y tómale...

La Revolución ha visto caer algunos pájaros, si bien es cierto, por una parte, que por medio de la desforestación, y por la otra que en realidad no eran pájaros propiamente dichos:

Ya se cayó el arbolito
donde dormía el pavo real,
ahora dormirá en el suelo
como cualquier animal.

Éste, el *Pavito real, pavito real* que todavía suelen servirnos por radio, y el hastío que se aburre de luz en la tarde, no son sino otras tantas pruebas del riesgo que se corre siempre de tomar el pájaro por las plumas.

Pero el mejor ejemplo de un tema avícola recurrido con siempre grata frecuencia en aquella música que hemos de llamar popular como don Ramón Menéndez Pidal da ese nombre a los romances que lo devienen sin ser tradicionales, anónimos; es decir, en una música que es literariamente romántica

y por añadidura firmada, lo dan las golondrinas; primero aquellas a cuyas notas lánguidas se despide a la gente:

Adiós, adiós, hermosa golondri-i-i-i-na;

luego las yucatecas:

Vinieron en tardes serenas de estío
cruzando los aires con vuelo veloz;

la de Guty Cárdenas:

Golondrina viajera
de mirar dulce y triste;

y por fin la del músico poeta:

Golondrina
de vuelo ligero,
golondrina
que busca su alero...
Golondrina de vuelo trashumante...

Y a vuelo de pájaro concluyamos estas evocaciones con las ardientes *Gaviotas:*

Ya las gaviotas tienden su vuelo
ya abren sus alas para volar...

Quedan, por supuesto, flotando en la altura inmarcesible de las frases oratorias aves tales como las águilas y los cóndores, que poca gente ha visto pero no son sino símbolos que no responden a una experiencia. Morand descubría, para asombro de su traductor chileno del *Air Indien,* que el de América está lleno de pájaros maravillosos, inmortalizados en los lábaros-banderas.

¡Nuestro tranquilo siglo XIX! A él hemos de volver los ojos en busca de una idiosincrasia nacional que hizo posibles nuestras actuales rutas. En su panteón reposan las alfareras golondrinas del padre Hidalgo, la alondra de la libertad, los aguiluchos de Chapultepec, el cóndor Benemérito de las Américas, el sacrificio de la audaz águila austríaca, la paloma de la paz. Ni la historia ni los poetas se desdeñaban entonces de utilizar toda clase de pájaros en sus elaboraciones. Nuestra ya prácticamente desde 1810, nos complacíamos en examinar una vastísima y rica patria y en describirla con una

que otra licencia poética en boga entonces. El temperamento personal, por supuesto, entraba en juego y prefería ya la ciudad, ya el campo, y en su dilema ya la golondrina, ya el ruiseñor, ya el jilguero, la tórtola, la torcaz, el zenzontle. Es, si no más, curioso seguir la trayectoria de las aves en las descripciones poéticas de nuestro siglo XIX, si elegimos a los mejores poetas.

Tímidos primero, Navarrete menciona en su *Mañana,* muy en general,... las voces

de las cantoras inocentes aves,

mientras

corren las fieras a sus cuevas hondas,
brincan las cabras, los corderos balan,
llaman las vacas a sus corderillos,
mugen los toros...

y su "zenzontle" no es más que un

pajarillo
que suave
con mil voces
variantes
sabio rige
el volante
coro alegre
de las aves.

Vive, empero, más contento en el campo que don Anastasio de Ochoa, traductor de Ovidio, que en una *Carta a una persona de confianza* le comunica su desesperación:

No hay quien hable conmigo,
y te suplico
si no quieres que muera
que para hablar me mandes un perico...

Primera entrada triunfal del perico en nuestra poesía. Y luego:

Oye el sumario: Seis chozas, siete bueyes
tres milpas, una plaza no sin lodo

y un millón de magueyes.
He aquí muy pormenor el pueblo todo...

Le satisface más el paseo llamado de las Cabras, en San Ángel, pero en él no encontramos pájaros.

En el relativamente completo inventario universal que Lizardi titula *Himno a la Divina Providencia* no falta su ocasional mención de las aves. Pero no nos detengamos en este fabulista, tan hablador —y tan aburrido— como su Periquillo. Sea nuestro paseo por el XIX circunscrito por la poesía de los buenos y escoja de ella sola la fauna, en la que elija nada más los pájaros. Por dicha no requieren sino un paisaje muy general; carecen de arraigo en el sentido en que lo necesitan, por ejemplo, los limoneros, sobre los que fincan un nido provisional como un apartamiento. Su encanto es ése, frente a la muelle, renovada, inmóvil longevidad de los ahuehuetes; ni es tampoco preciso que yo me esfuerce, en prosa vil, por daros la imagen que en pulidos versos nos dejaron los poetas, cuando eran cultos y los medían:

El campo, todo trinos y ambrosía,
convida a meditar en sus senderos;
vibra el dulce laúd de los jilgueros,
arrulla el corazón tanta armonía.

Aceptemos, Vicente Daniel Llorente, vuestra invitación, pero con cierto método. Situémonos primero frente al México de don Manuel Carpio, de adjetivos tan tibios como los exigía la época, pero tan apasionadamente patriótico sin embargo. No voy a recordaros el *blanco* globo de la luna *fría* (¿por qué volvéis a la memoria mía, inmediatamente, la mesa de *pintado* pino, sobre la que *melancólica* luz lanza un quinqué? Se diría que los románticos usaban los verbos como adjetivos. Esta luz que se *lanza...*), sino que vamos a oír, y a ver, a los pájaros:

Hermoso es ver en la estación florida
altos naranjos exhalando aromas;
allí descansan tímidas *palomas*
y la sencilla *tórtola se anida.*

En las selvas revuelan los zorzales,
mirlos, tucanes de plumajes gayos,
encarnados y verdes papagayos,
tordos azules, rojos cardenales...

colibrís mil de bullicioso vuelo,
de azules plumas, verdes y doradas...

Mil pájaros acuáticos azotan
con sus alas la espléndida *laguna,*
y a la luz apacible *de la luna*
nadan tranquilos *o en el agua flotan...*

La triste *garza estólida se para*
junto a la blanca *flor de la ninfea,*
y posada en un pie, no se menea,
cual si fuera de mármol de Carrara.

De los numerosos paisajes de Altamirano prefiramos el que bordea el Atoyac. Un lector exigente pasaría por alto el muy interesante detalle de que el alejandrino sugiere mejor la sensualidad tropical que el poeta busca pintar, que el patriótico endecasílabo de Carpio, y afirmaría que no difieren gran cosa; tendríamos que explicarle que se trata del mismo paisaje y que no está en nuestras manos cambiarlo:

Se dobla en tus orillas, cimbreándose, el papayo;
el mango con sus pompas de oro y de carmín;
y en los álamos saltan gozoso el papagayo,
el ronco carpintero y el dulce colorín.

y cuando el sol se oculta detrás de los palmares
y en tu salvaje templo comienza a oscurecer;
del ave te saludan los últimos cantares
que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

No falta, ciertamente,

...ni el huaco vigilante,

pero, junto a la hamaca, la joven escucha música, en lánguido vaivén; la zamba que entristece, las trovas, y la dulce malagueña, que alegra el corazón.

Y al conjuro de la música, ¡oh prodigio!,

las aves en sus nidos de dicha se estremecen,
los floripondios se abren su esencia a derramar.

¿Qué canta la joven? Muy probablemente canciones en que se diga de los pájaros. Y así, agradecidos, ellos la despertarán muy temprano, cuando

el zenzontle despliega sus acentos,

(Prieto)

a la hora en que hace un poco de frío

y cantan los arpados ruiseñores.

(Sierra)

Ya es mucho más perfecto el *Himno de los bosques* de Othón. Sentimos que en él, a pesar de la gallardía de su verso, ya más libre de convenciones, es sólo el metro lo que frustra la sinfonía que las vivas imágenes se esfuerzan por suscitar; libre de él, de vivir en nuestros años, nos habría dado mejor aquel "concierto de arpegios y de trinos" que preconiza en *Surgite* y que construye en la poesía que citamos:

¡El himno de los bosques! Lo acompaña...
el coro de las aves con su acento...
y la alondra gentil levanta al cielo
un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
sus trinos une al murmurar del río...
Grita el papán y se oye en el sembrado
el triste cuchichear de las perdices...
oigo pasar, bajo las frescas chacas
que del sol tiemplan los ardientes rayos,
en bandadas los verdes guacamayos,
dispersas y en desorden las urracas...
la solitaria tórtola aletea...
el chupamirto vuela entre las flores...
y la morena garza se pasea
al son del agua cariñoso y blando...

No omite, en esta vívida pintura, ocuparse

del pintado y nervioso carpintero
que está en el árbol taladrando el tronco.

(En Altamirano:

Del mamey el duro tronco
picotea el carpintero...)

...De las flores, de los nidos,
de todo lo que tiembla o lo que canta
una voz poderosa se levanta
de arpegios, y sollozos, y gemidos...
las palomas zurean en el nido...
y el clarín de la selva sus canciones...
y en torno de la cruz las golondrinas
cantan, girando en caprichoso vuelo...

Por más que Manuel Gutiérrez Nájera admite, humilde,

que no es zenzontle o ruiseñor el nido
ni tenor o barítono el piano ("Nada es mío"),

es suya, en *Tristissima Nox,* esta linda acuarela cuya frescura ruego a ustedes comparar con los anteriores ejemplos:

Todo es blando rumor. En la cornisa
la golondrina matinal gorjea...
elevan la sonora greguería
con que saludan al albor del día
los vigilantes gallos matinales.

A la voz de la alondra, en los encinos
los zenzontles contestan: los pinzones
con las tórtolas charlan en los pinos,
y en el fresno rebullen los gorriones.

Henos ya en plena abolición del suave adjetivo. En vez de calificar extáticos pájaros, el poeta los pone a hacer lo que saben, lo que él sabe que saben. Contestan, charlan, rebullen. (¡Cuidado! Estamos en las inminencias de Concha, que charla, que comenta y que suspira; pero bien se le puede perdonar la duquesa al Duque, en gracia de estos libres, pocos, familiares, limpios, bien compuestos pájaros. Ni olvidemos, de paso, que más vale pájaro...)

El propio cantor del hogar nos ofrece, desde el punto de vista de los pájaros, algunas notas al margen del Papaloapan:

Se mezcla el arpa de oro
de los jilgueros que la yagua esconde...
la tonina saltando en tus espumas
que el pesado alcatraz roza intranquilo;
la esbelta garza de nevadas plumas...
el huaco centinela entre el follaje,
la guacamaya de pesado vuelo,
y como bardo errante del boscaje,
el pardo ruiseñor, eco del cielo.

Pero mejor que este retroceso a la adjetivación que ya habíamos superado, cuadra a su temperamento la siguiente queja doméstica y urbana, exhalada en su barrio y que parece describir los actuales:

Ya no hay macetas llenas de flores
que convirtieran en un pensil
azotehuelas y corredores...
ya no se escuchan frases de amores
ni hay golondrinas del mes de abril...

Porque las jaulas y las macetas que daban a Díaz Mirón la tranquila certeza de que el proletario no necesitaría de más para no envidiar a los ricos, han desaparecido, con azotehuelas y corredores, para dejar el sitio a *halls,* y a radiolas.

Conforme nos acercamos al siglo xx —lo que quiere decir, conforme nos encerramos en la ciudad como tema y cárcel— apágase en nuestros oídos

de la púdica tórtola el gemido...

(Pagaza)

susurra en la enramada
del postrer trino del ave
la nota indecisa y vaga...

(I. P. de Landázuri)

y aléjase de la poesía

en raudo vuelo
de alas y trinos el vibrante coro.

(Delgado)

Con el ciego Juan Valle, que habla de águilas y de buitres, con Agustín F. Cuenca, con López Portillo, cuya *Alma Natura* incluye

el trinar de cadenciosas aves
que van cantando en argentinas notas
sus ternuras ignotas,
sus blandos goces y sus penas graves...,

calla el piar de ocasionales gorriones en Laura Méndez de Cuenca, en el propio Delgado, que transforma en novela una calandria. No quedarán sino unos cuantos pájaros dispersos, y de éstos, dos, particularmente: el ruiseñor y la golondrina. La golondrina, sobre todo. Quienes hemos vivido en los pueblos las conocemos bien. Hacen sus nidos, justamente en los aleros; los abandonan durante el invierno; vuelven a ellos el verano siguiente. Son, pues, pájaros de extracción capitalista, que se gastan el lujo de veranear. Su vuelo es espléndido, rápido, a ras de tierra, y no se les debe matar. Le quitaron a Cristo la corona de espinas, y echaron a volar del barro que hoy transportan a su nido. "Una turba locuaz de golondrinas", nos grita el más antiguo recuerdo escolar, que debemos a Nervo; pero ulteriores lecturas nos han convencido de que las golondrinas tienen asiento mucho más amplio en la poesía mexicana, que deben, sin duda, a Bécquer en gran parte, y en otra menor a la fácil necesidad de su rima. Donde leemos neblina, colina, matutina, la golondrina asomará. Su tranquila condición de palabra grave o llana la ha salvado de los horrores a que la necesidad métrica ha obligado a veces a los poetas mexicanos más licenciosos por cuanto al acento:

Flotaba derramado en los cefíros...
De salir del Caós aun deslumbrada...

(M. M. Flores, Eva)

Me distes a comer con gozo intenso...
preferistes y no te congratulas...
descenderá el condór y a la montaña...

(Rafael Gómez Epitalamio, El pastor)

por cuanto a la paragoge:

¡Oh mi patria! Felice quien te ha visto...
reverberar tu sol, y aun más felice...
la fugace luciérnaga que gira...

(Prieto, Fuentes poéticas)

(Poetas de "A dó" y de "Dó" y de "Otrora"). Su físico, sus costumbres, sus viajes, su leyenda —desde el Enxiemplo de la abutarda y de la golondrina— se pliegan a todos los temperamentos:

¿Adónde vais, peregrinas,
ligeras cruzando y solas,
inocentes golondrinas,
del mar las tendidas olas?

(Riva Palacio)

Ponen nostalgia de viaje, de regreso o de marcha. A Puga y Acal lo hacen pensar en la risueña Niza, en la riente Atenas, allá en la Esmirna, en el Cairo, palacio del Kedive, en el caluroso Egipto, en Chipre, en Calcuta, y al despedirse le dicen:

—¡Yo voy hacia Palermo!
—¡Qué bien se vive en Rodas
de un viejo rey de piedra
debajo el pedestal!,

y se prestan, como ningún otro pájaro, a las meditaciones románticas:

¿Dónde están las bandadas de ruiseñores...?
Sabes que pasajero será tu daño,
que ha de volver tu pompa tan lisonjera
como las golondrinas año tras año.

(Vicente D. Llorente)

Sé que tu frente el malestar inclina,
sé que ansioso tu espíritu se lanza
en busca de un destello de esperanza
como en busca de sol la golondrina.

(José Peón del Valle)

Salud, salud, alígeras viajeras,
amantes tiernas del abril florido
que cruzáis sobre el lago adormecido
de la estación de amores mensajeras.

No abandonéis, ¡oh amigas!, las riberas
que cuando niño recorrí embebido;

suspended en mi techo vuestro nido
y amorosas cantad, aves parleras.

Cantad, cantad entre las lindas flores
que circundan sencillas mi ventana,
y me haréis olvidar tristes dolores.

Arrulladme en mi lecho en la mañana
mientras sueño con Laura y sus amores.
¡Dulces amores de mi edad temprana!

(Las golondrinas)

Ya con la última flor de primavera
también la última y dulce golondrina
huyendo de la escarcha y la neblina
se alejó de mi choza y mi ribera.

Hoy en el blando nido en que se oyera
el cantar de la ausente peregrina
sólo un lamento, cuando el sol declina,
el viento finge en nota lastimera.

Al pueblo y soto, al nido y la cabaña
y al transparente y sonoroso río
todo una sombra taciturna baña.

Y en esa soledad de invierno frío
sólo tu amor mi espíritu acompaña;
¡No vayas tú a dejarme, oh dueño mío!

(Luis G. Ortiz, La última golondrina)

Cual suele rezagada golondrina...
Cual, donde quiere Dios, la golondrina...,

exclama en el mismo poema, de arbitrarios títulos —*Far from, Fatality*— el oscuro don Francisco López Carvajal, uno de tantos a quienes las antologías sacan por una vez de sus casillas y vuelven a sumir en el olvido.

Por la poesía de Díaz Mirón discurren con igual eficacia "un pesado alcatraz", "un vil zopilote", "un pájaro que canta en el camino", que "el cóndor gigantesco de los Andes" y "el buitre colosal de orlado cuello". Le dice a Gloria que

el ave canta aunque la rama cruja,

que

hay plumajes que cruzan el pantano,

y afirma de Claudia que

es como una paloma que aletea ..
en su curso y su grito de gaviota.

(De estos horribles pájaros no creo que haya por qué culpar a doña Fernán Caballero —ni de la canción arriba mentada). Desciende, una vez, a la fábula:

Cautivo un gorrión estaba;

asciende, otra vez, a la música:

Cuanto es mudo y selecto en la hora,
en el vasto esplendor matutino,
halla voz en el ave canora,
vibra y suena en el chorro del trino.

Ennoblece el árbol:

En la punta prolífica y derecha
de tu plumada y elegante flecha
mirlo garrulador tañe una endecha.

Y, por fin, no escapa a la golondrina:

Musca jerga y nevada muselina
ofrecen a la mártir hechicera
disfraz de prodigiosa golondrina,
palma en inmarcesible primavera.

Llegados al invierno de nuestra poesía, despidámonos de la golondrina con el siguiente soneto de Manuel Larrañaga Portugal:

Atardece; de un cielo nebuloso
cae impalpable la llovizna lenta,

y el horizonte por doquier presenta
su ropaje monótono y tedioso.

El sendero cubrió barro viscoso;
en turbias aguas el canal revienta,
y el ánade salvaje el vuelo intenta
moviéndose tardío y perezoso.

El arado en el surco detenido
no en los barbechos húmedos camina;
el mozo junto al yunque no hace ruido,

y sólo en el sopor de la neblina
charla, asomada desde el alto nido,
pegado en el pretil, la golondrina.

Se llama *Acero* y es bastante bueno, ¿no? Lástima que, como es bien sabido, una golondrina —no hace verano.

En la agonía de los pájaros, durante la era anterior a los loros, nos queda en Urbina un ruiseñor enloquecido —tan sensato en el soneto de Othón— y un buho sapiente en el estrangulador de cisnes González Martínez —tan sintéticamente *Raven* en Javier Santa María, otro oscuro poeta del XIX. Viene luego el silencio o, si queréis, los pájaros de acero de los estridentistas —dentistas del estro— o, si todavía queréis, los palomos colipavos y los pericos de López Velarde, vueltos mole de guajolote y profesores de idiomas. Ya luego no habrá quien

templado pula en la maestra mano
del generoso pájaro la pluma,

y pensaría uno que los poetas mexicanos, como las huestes del Cid,

a la exida de Vivar ovieron la corneja diestra
e entrando en Burgos oviéronla siniestra,

si no fuera porque la poesía, como en el consumido símil del Ave Fénix, sálvase siempre de sus propias fenecidas cenizas. Queda un poeta en México. Se llama Carlos Pellicer. Entiende la poesía como una fiesta que el oído y los ojos dan al espíritu. Libre de toda traba retórica, ha depurado en sí una rica tradición americana que supo ver e interpretar con palabras de hoy —y de siempre— vedadas a sus neoclásicos antepasados. Y le han salido así unos

Grupos de palomas que restituyen legítimamente a la poesía mexicana el alado elemento de que el águila primero, el zenzontle después, más tarde la golondrina y el loro por último, la habían, al parecer irremisiblemente, despojado.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don Carlos González Peña

NUNCA, señoras y señores, en el curso de su larga historia, la Academia Mexicana Correspondiente de la Española había sufrido tantos duelos; nunca, en tiempo tan corto que no llega a un año, había visto vacíos tantos de sus irreales sillones.

Colegas y amigos nuestros, varones todos ellos de alta distinción y de relevantes prendas en diversas disciplinas —la novela, la lírica, el ensayo, la filología, la paremiología, la gramática—, emprendieron el viaje del que jamás se vuelve. Quedaban muchos huecos. En esta tradicional y gloriosa casa donde reinan dos excelencias: la tolerancia y la cortesía, y donde, por eso mismo, se agrupan, reúnen y conviven deleitosamente personas de la más distinta posición y carácter, de idearios aun opuestos, identificadas, sin embargo, en la noble tarea de trabajar por la limpieza, conservación y esplendor del idioma; nos veíamos, de pronto, privados de preciosos auxilios, de buenos y oportunos consejos, de grata y ya, por continuada, habitual compañía.

Tienen empero, instituciones del género de esta a que pertenecemos, la singular virtud de escapar a las añagazas de la muerte. Las pérdidas, aquí, se traducen en inmediatas reposiciones. Hueco que deja la Segadora, presto se llena. Actividad que se interrumpe, sobre la marcha se reanuda. Y en esa virtud de constantemente renovarse, reside precisamente la perennidad de las Academias; su lozano y vigoroso vivir; aún más diría yo: su inmarcesible juventud.

Incídese en el error —al presente ya vulgar trivialidad— de considerar a las Academias como viejos organismos anquilosados que chorrean polilla y aducen impotencia; como corporaciones que alientan de cara al pasado, sin preocupación alguna por el futuro. ¡Y no! Justamente, lo que ocurre es todo lo contrario. Las Academias viven porque se renuevan. Y para renovarse y vivir, tienen que permanecer, por manera invariable, con la mirada fija en la

evolución literaria; tienen que captar y allegarse los valores auténticos que registran las letras de su tiempo; insistentemente consagrarlos y prepararse para nuevas consagraciones; ser, en suma, el claro espejo por cuya alinde sin cesar desfilan y se asocian las figuras descollantes de cada etapa, de cada generación literaria.

Los hombres pasan, pero las instituciones quedan. Y por obra de aquella sucesiva, reiterada integración a tono con los gustos predominantes, con las nuevas corrientes del pensamiento y del arte, con el sucederse de doctrinas y realizaciones en efusión victoriosa, afírmase, cabalmente, la consistencia, el juvenil vigor, el perdurable sentido de actualidad que caracterizan y condicionan a los núcleos académicos que jamás periclitan ni fenecen, y que son, como prodigioso haz, compendio de las glorias y de la tradición intelectual de un país y de una raza.

A los que ayer rindieron la jornada, nuevos valores han venido a substituirlos. Y, entre esos nuevos valores, toma ahora asiento en la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, con general aplauso de los aquí presentes, Salvador Novo.

Es Salvador Novo uno de los más grandes escritores de México.

Vedaríame la preciosa lectura que acabáis de escuchar el engolfarme en mínimos pormenores para corroboración de tal aserto. ¿Necesita el diáfano cristal de que se demuestre su transparencia? ¿Hay que insistir, cuando chispean, en el brillo de las piedras preciosas? Novo ha unido esta noche, en páginas de radiante hermosura, dos excelsitudes aptas al vuelo: las aves y la poesía. Las ha estrechamente enlazado con tal originalidad —reflexiónese en que nunca esto antes se vio—; con tan íntima delicadeza; con tan fina ironía, a las veces, y en tan linda prosa, que más no podría pedirse para fulguración y jugueteo del ingenio, para complacencia del espíritu y, asimismo, para gala y elocuente trascender de vasta y bien atesorada cultura.

¿Qué prueba mejor, entonces, del propio valer? ¿Qué mejor presea de auténticos méritos literarios? No necesita este caballero, en verdad, al armarse, de ningún espaldarazo. Pero es de rigor, a un discurso de ingreso académico contestar con otro, y yo os prometo que el mío será breve.

Lígame a Salvador Novo una vieja y noble amistad. Le he seguido desde los comienzos de su carrera literaria. Y mi admiración por él radica en que, al contrario de lo que habitualmente ocurre, desde el primer momento, al aparecer, se reveló en maestría. ¿Maestría sin aprendizaje? No, evidentemente. Aprendizaje que discretamente celó; ejercicio de la técnica que no se apresuraba; precoz madurez que abreviaba el camino. Al presentarse como escritor, ya lo era a carta cabal.

Bien nutrido de lecturas; conocedor, a fondo, del propio, amén de otros idiomas; atraído, en entusiasmo mozo, por los flamantes derroteros que las

letras en el mundo seguían, pasada la primera y todavía no universal guerra, empezó por la crítica y la poesía. Su primer libro de versos —*XX poemas*— data de 1925. Otros le sucederán. Con honrada franqueza confieso que esa manera poética a la que, en sus principios, se afilió Novo yo no la entiendo. Juzgo que la poesía, antes que nada, ha de ser efluvio del corazón, relicario de emociones, claridad resplandeciente del espíritu; sentimiento y forma. Perdonad: yo todavía estoy en Gutiérrez Nájera, en Othón, en Nervo, en Urbina. Y, lo que es más: allí, dulcemente, pienso quedarme. Aquella otra poesía puramente cerebral, confinada en el enigma, adrede obscura, divorciada del pueblo —advertid que no digo del populacho—, a menudo cacofónica, anárquica y reñida con la norma, no va con mis gustos. La excuso, pero no la admiro; como, tampoco, la siento. Y no admiraría, de consiguiente, yo, la poesía de Novo, si entre los susodichos *XX poemas* y a lo largo de su producción lírica posterior distara de haberse registrado no digamos un cambio, sino una lenta, lógica, profunda transformación que, sin mengua de la sinceridad primigenia, sin deformarse, sino antes bien acendrándose y acentuándose su genuina personalidad, le llevó a una manera de expresión diáfana, sobria, de rara suavidad y tenuidad, en versos que, no menos, muestran vigor y rotundidad de recia forja. Compárense aquellos iniciales poemas de 1925, con el *Romance de Angelillo y Adela,* con las *Décimas en el mar,* y, sobre todo, con *Florido laude,* que data de 1945, y que es una de las efusiones líricas más límpidas y delicadas que pudieran soñarse, y se comprenderá la armoniosa ascensión del poeta.

Con todo, y admirando como admiro —más allá del pórtico— la obra en verso de Salvador Novo, mucho más me rinde y cautiva su producción en prosa. Es Novo uno de los magníficos prosistas de estos tiempos. Esa prosa suya, elegante, flexuosa, sabia en ritmos, rica en contornos y en colores, parecería fundamentalmente plástica si no fuera, también, musical. Recuerdo la honda impresión que me causó, a este respecto, el que yo consideraría, por el primor con que está compuesto, un libro definitivo, no obstante ser de los primeros que salieron de su pluma. Lleva título en inglés —*Return Ticket*— y en él se describe un fugaz viaje del poeta a las islas Hawai.

Sería, aun sin asunto dramático, la creación de un novelista, si en él no se revelara una fase interesantísima de la personalidad de Novo: la del viajero. ¿Qué es un viajero? Un sujeto —diríamos— que narra lo que en el viaje le acontece. Simplemente. Pero es algo más: un hombre que nos hace viajar con él; un hombre que, al través de su propio espíritu, nos muestra lo que ve. Pueden ser las impresiones que reciba insignificantes o nulas, y él, sin embargo, sacarles prodigioso partido. La suma de encantos que encierra el mundo exterior está en nosotros mismos; y, al describirlo, nos describimos.

Tal observaba yo en aquel libro admirable. Una vulgar travesía volvíala Novo, en paisajes y figuras, tema magistral. Intervenía también aquí —y tiempo es ya de señalarlo— lo que en verso y prosa es uno de los singulares atractivos del arte de Novo; algo consubstancial en él; algo de él inseparable: la ironía. Ironía en la que caben todos los matices: la gracia zumbona, el alfilerazo, la punzadura, el sarcasmo; ironía alada y a veces cruel, pero siempre penetrada de ingenio. Mas, con la ironía y sobre la ironía, la capacidad de captar lo que se ve, de transmitirlo, de imprimirle deliciosa vivacidad. Facultades éstas que encontramos en todas o las más de las páginas del viajero, ya ande por Sud América, ya se detenga en regiones de Michoacán o de Jalisco, ya repose, bajo el sol, en humilde balneario.

Vibrantes y vividas sus páginas de viaje, la tierra patria comunica, además, a su visión un no sé qué de íntimo e inefable.

Porque en Novo, este escritor de tan varia y vasta cultura, este curioso de asomarse aun a lo remoto y a lo exótico, sobresale una amplia, una rotunta, orgullosa y, casi me atrevería a decir, hiriente mexicanidad. Metropolitano de México es él; aquí, en esta ciudad, nació; de ella se ha nutrido; en ella ha vivido y pensado; la ama y la siente. Y, del espíritu de México, pronto, alado, incisivo y mordaz, no poco tiene su espíritu. A la vieja, retórica, pomposa y un poco vacía *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena, tramada en el siglo XVII, él replicó con una *Nueva Grandeza Mexicana,* que es un ensayo sobre la ciudad de México y sus alrededores en 1946, y que nos embelesa y avasalla por su mexicanismo, por el arte supremo que revela al transmutar lo popular en superior realización estética.

Y, ya que de esto se habla, alarguémonos a lo que constituye una de las más recientes modalidades del escritor: su contribución al teatro. En el Instituto Nacional de Bellas Artes ha servido Novo a la escena en la doble manifestación de creador y de director artístico. Logró —caso único— ya que no escenificar *El Quijote,* porque no es posible escenificar el Océano, dar, sí, en el tablado, una impresión rotunda y férvida de la obra sin par, al través de algunos de sus episodios culminantes. Luego, superada esta tarea, tarea formidable de técnica, realzarla y sobrepasarla en otra no menor: la de plasmar el mexicanismo de *Astucia,* la célebre novela de Inclán, en una adaptación escénica magistral. Todo ello sin contar algunas otras obras originales por su tema, y contando el gallardo esfuerzo llevado a cabo en pro del teatro nacional, por virtud de descubrir y mostrar nuevos y juveniles valores dramáticos.

Salvador Novo ha cultivado la cátedra, consagrándose a la enseñanza de la literatura. Con lo que dicho se está que sus lecturas, que sus estudios anteriores en este particular, se acendraron, profundizaron y extendieron. Nada hay como enseñar, para aprender. Y sean prueba de dichas activida-

des, y de las que hubieron de precederlas y prepararlas, sus reflexiones pedagógicas, inspiradoras de muy bellas páginas; sus estudios de crítica, sus antologías, sus traducciones: cifra y compendio todo esto de lo que es y significa un auténtico maestro.

Pero incompleta quedaría esta volandera semblanza, si yo no os presentara algo más de la fisonomía particular de Novo; algo en lo que ya estáis pensando, supuesto que a diario o semana por semana le oís discurrir, saboreando su gracia, su gesto oportuno, su sagacidad, su irónico desplante. Refiérome —y casi huelga consignarlo— al periodista. El periodismo, en su forma literaria, es un arte supremo; una de las formas de más honda y sutil modernidad que ofrecen las letras. Contemplar, en este mundo vertiginoso, la actualidad que pasa; saber discernir de asuntos, de personajes, de escenarios, de sucesos que ahora son algo, y mañana, acaso, no serán nada, constituye atractiva, aunque difícil empresa. Salvador Novo ostenta en ella magistral dominio. Sabe aderezar la inquieta columna que atrae y engolosina; sabe escribir la página breve que, hallándose destinada a vivir venticuatro horas, por su natural primor, resucita y perdura en el libro. Tiene, con el sentido de lo actual, el don oportuno, el epigramático donaire. Asocia realidad y fantasía con arte imponderable.

Llena de excelencias; copiosa y radiante es ya la obra del gran escritor que ahora pisa los umbrales de esta Academia. Y aun promete serlo más, porque él se halla no lejos, un poco más acá de la mitad del camino de la vida, y, a las rosas de hoy y de ayer, vendrán a reunirse, en apretado ramo, otras fragantes rosas. Adiestrado en tan varias disciplinas; consumado maestro en tan diversas manifestaciones del arte literario; laborioso, cultísimo, infatigable, harto se comprenderá cuán valiosa aportación significa para la Academia Mexicana Correspondiente de la Española el ingreso en ella de Salvador Novo. La honra no sólo es de quien la recibe, sino de quien la da. Y celebrando yo aquí la presencia del noble, fiel, insuperable amigo, creo también interpretar el sentir de mis compañeros y de la Academia misma, al decir, sencilla y gozosamente: ¡Que sea bienvenido!

JOSE TORIBIO MEDINA Y LA BIBLIOGRAFIA *

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO

A mis ilustres amigos chilenos, Fray Alfonso Escudero, Ricardo Donoso y Pedro Lira Urquieta.

POR común consenso de los amantes del libro, este mes de octubre se consagra a conmemorar el quinto centenario de una de las producciones más grandiosas al descubrirse la imprenta [1]; y otros amantes del libro en el mismo mes de octubre celebramos, además, la venida al mundo de uno de los más notables bibliófilos y bibliógrafos de nuestro tiempo: José Toribio Medina.

Siglos y siglos habían pasado desde que el hombre había venido buscando la manera de aprisionar su pensamiento y al fin lo había conseguido, ya no solamente en los mármoles y en los bronces, sino en el papiro, en el pergamino y en el papel; pero los manuscritos que de aquellos días han llegado a nuestras manos y que son prueba inequívoca de lo que logra la voluntad humana, sólo podían disfrutarlos unos cuantos privilegiados; como que cada uno había consumido días y días, años y años para contento de príncipes y de reyes, de obispos y de papas, unos son reproducciones de la Filosofía o de la Literatura griega, latina, arábiga, española; son "libros de horas", son misales

---

* Discurso en representación de la Academia Mexicana correspondiente de la Española en la solemne velada que dicha Academia de la Lengua y la Mexicana de la Historia celebraron en el Salón de Conferencias del Palacio de Bellas Artes la noche del 23 de octubre de 1952.

[1] La celebración del quinto centenario de la impresión por Gutenberg, de las biblias de 32 y 42 líneas, comenzó a partir del 30 de septiembre próximo pasado, fecha en que los católicos conmemoran a San Gerónimo, autor de la traducción de la Biblia al latín conocida con el nombre de *Vulgata*. Para aquella celebración se han unido católicos y protestantes lo mismo en América que en Europa; se han organizado exposiciones con los ejemplares existentes de aquellas biblias, y el gobierno de los Estados Unidos ha emitido una estampilla postal conmemorativa.

donde las miniaturas constituyen algo único en el arte caligráfico y en el pictórico.

Juan Benfleish Gutenberg, realiza a mediados del siglo XV lo que casi es un milagro: la reproducción de numerosos ejemplares de un mismo libro, sin que estorbe su extensión o su importancia, cual lo demuestra la impresión de las biblias de 32 y 42 líneas, que en estos días se exhibieron para recordar los quinientos años de su aparición.

Pero este invento portentoso de Gutenberg, crea un problema de naturaleza distinta: si es posible multiplicar los libros ¿cómo saber lo que se escribe y lo que se imprime?

Cada descubrimiento que el hombre realiza es precursor de otros inventos, de actividades nuevas. La imprenta, por ello, da origen a la Bibliografía aunque no reciba todavía este nombre; los bibliógrafos designan sus recopilaciones de noticias como *repertorios* o *bibliotecas*. ¡Y qué admirables son algunos de ellos!

A través de sus nutridas páginas podemos hoy saber lo que se imprimió en pasados siglos, o solamente se escribió, sin que falten otros repertorios que nos dan la estimación en moneda de algunas obras; son los catálogos de los libreros, que han fijado precios, los cuales permiten por la comparación en diversas épocas ver cómo esos precios se han multiplicado por una mayor estimación del libro a causa de su importancia intrínseca y también por su rareza. ¡No únicamente los diamantes tienen ese privilegio!

El bibliógrafo, sin embargo, no busca el libro por lo que de beneficios materiales puede producirle, sino en ocasiones corre tras de lo desconocido, de manera igual que el explorador de tierras incógnitas camina en pos de una sorpresa, que será tanto más grata, cuanto más digno de admiración sea lo descubierto; en igual forma que el ictiólogo penetra en el fondo de los mares en busca de peces no conocidos; en manera semejante que el naturalista se aventura en la selva con el propósito de encontrar una especie animal o vegetal, que signifique una adición a lo que hasta ahora se conocía; el astrónomo en el firmamento, el espeleólogo en las cavernas, van por igual tras de algo que haya escapado a los demás que sienten sus propias aficiones.

Así, un impreso, el más insignificante, si no ha entrado en las catalogaciones hechas en otros tiempos, significa preciada joya para el bibliógrafo que lo encuentra; y si es un libro notable, entonces el valor del hallazgo alcanza esplendores de gloria.

Pero para el bibliógrafo existe otra labor más noble que el solo placer de hallar algo: esa labor estriba en reunir en un haz lo que la inteligencia humana ha producido, y reunirlo con un doble fin: que las presentes y las futuras generaciones puedan admirar lo hecho o que la noticia sirva de jalón, de guía para nuevas especulaciones literarias o científicas.

En los principios la Bibliografía, de acuerdo con su etimología: biblos —libros—, grafía —escritura —debió ceñirse y se ciñó a escribir mencionando los libros y sus autores; pero desde el siglo XVIII comienza a tener un mayor alcance: describir los libros; y es quizás el *Repertorium Bibliographicum* de Ludwig Hein (1826-1838) el ejemplo más notable en la moderna actividad, puesto que describe diez y seis mil incunables, o sean impresos en el siglo XV [2].

¿Quiénes fueron los primeros bibliógrafos en México? No es posible precisarlo, aun cuando sólo deseáramos considerarlos como simples catalogadores: acaso el Bachiller Martín del Campo, Secretario de don Fray Juan de Zumárraga, catalogó la primera biblioteca que hubo en la Nueva España, traída por el Obispo, y que hoy sabemos estaba compuesta por lo más notable que en materia teológica, filosófica e histórica se producía en Europa, algunos de cuyos ejemplares he podido describir yo mismo. Lo único que puede afirmarse es que fue Martín de Aranguren quien la catalogó en parte, para entregarla al Cabildo Eclesiástico cuando murió Zumárraga y por expresa orden de éste [3].

Fueron bibliógrafos sin pretenderlo, algunos de los primeros cronistas religiosos, quienes al biografiar a otros religiosos nos dejaron noticias de sus escritos. Fray Agustín Dávila Padilla, Fray Antonio de Remesal se hallan en esa condición; y a Dávila Padilla debemos conocer cuál fue el primer libro que se imprimió en México y, por tanto, en el Nuevo Mundo.

¿Pero quién catalogó los del Colegio de San Pablo, cuya biblioteca formó el gran filósofo y físico agustino Fray Alonso de la Veracruz? ¿Quién los del convento grande de San Agustín? ¿Quién los 34,517 de los franciscanos? ¿Quién los 18,111 de los carmelitas? ¿Quién los 7,942 de los dominicos y los 5,020 de la sola Casa Profesa de los jesuítas? ¿Quién los 9,131 de la Real y Pontificia Universidad?

Que estuvieron catalogados es indudable; nuestro gran bibliógrafo don José Mariano Beristáin y Souza afirma haber conocido todas las bibliotecas y en ellas los impresos y manuscritos de dichas órdenes; y yo he tenido ante los ojos el catálogo del Colegio de San Ildefonso, sucesor del de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús, aunque sin saber quién lo preparó, acaso el inolvidable don Carlos de Sigüenza y Góngora. Sólo, pues, mencionaré como uno de los precursores al Escribano Real y Notario Mayor de la Curia de Puebla don Diego Bermúdez de Castro, que en el siglo XVIII escribió el *Catálogo de los Escritores Angelopolitanos* [4].

Por ello el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan José de Eguiara y Eguren ha sido con-

---

[2] Alfred William Pollard, *Bibliography and Bibliology*. Br. Enc.

[3] Carreño, *Don Fray Juan de Zumárraga, Teólogo y Editor, Humanista e Inquisidor*, p. 229. Editorial Jus. México.

[4] Beristáin, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*.

siderado raíz y origen de la Bibliografía Mexicana, porque en su *Biblioteca Mexicana o Historia de los Eruditos Varones nacidos en la América Boreal o en otros lugares, que en ésta se domiciliaron o hicieron sus estudios, dejando sus escritos en su lengua o en otra diversa* no se circunscribe, como Bermúdez de Castro, a los escritores de un lugar, sino que abarca a todos los de la América Boreal [5].

Tras él vendría el ilustre Deán de la Catedral don José Mariano Beristáin y Souza, que hará la síntesis biográfica de los escritores cuyas obras enumera, sin preocuparle el lugar de su nacimiento o el de impresión de tales obras.

Pero todavía Beristáin no alcanza a penetrar en el campo que ha de dominar la Bibliografía: el de la descripción del libro u otro impreso; y será don Joaquín García Icazbalceta, fundador y Director de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, quien definitivamente ponga en México las bases de la moderna Bibliografía.

Varios le seguirán entre los nuestros: el Canónigo don Vicente de P. Andrade con su Bibliografía del siglo XVII; el Dr. don Nicolás León con su Bibliografía del siglo XVIII, obras de consulta que durarán y perdurarán siempre; don José María de Agreda y Sánchez, cuya enorme labor al catalogar cuanto de Mística y de Teología se conservaba y en parte se conserva en nuestra hoy clausurada Biblioteca Nacional, se ha perdido de modo definitivo [6].

El Dr. don José María Andrade y don José Fernando Ramírez hacen los catálogos de sus sendas bibliotecas; y si los manuscritos de todo linaje han de entrar en los dominios de la Bibliografía, don Manuel Orozco y Berra debe ser considerado bibliógrafo no solamente por los muy numerosos que menciona y cita en sus obras, sino por su notable *Cartografía Mexicana,* que es única en su género.

A continuar y ampliar la tarea de aquellos hombres vendría el chileno José Toribio Medina, nacido en 21 de octubre de 1852, esto es, un siglo ahora.

Es curioso advertir que el célebre bibliógrafo de la América del Sur declara que mucho vaciló en tocar lo hecho por García Icazbalceta, dolido de lo que asentó éste en su no igualada Bibliografía Mexicana del siglo XVI: que deseaba que los mexicanos continuaran la exploración que con tan grandioso éxito había iniciado, temeroso de que si la efectuaban extranjeros no fueran tan justos como era necesario.

Por suerte pudo más en Medina su afición que su escrúpulo; y pudo más, cuando sus personales investigaciones le convencieron de que, como era

---

[5] *Bibliotheca Mexicana sive Eruditorum Historia Virorum...*

[6] Fue clausurada el 3 de junio de este año con intención de trasladarla al edificio que se está construyendo en la Ciudad Universitaria.

indispensable, iban apareciendo nuevos datos que habían escapado al insigne compatriota nuestro.

Y era natural que así ocurriera; y lo que pasma es que García Icazbalceta hubiera realizado su maravillosa labor, sin haber salido de su patria. Medina, que se había entregado desde su primera juventud a la tarea de catalogar y describir lo que en su país se había hecho en materia de impresos, y que ya en 1891 había publicado *la Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile,* recorrió Europa y recorrió América en busca de nuevos elementos para satisfacer sus aficiones.

Resulta interesante advertir que fue la admirable biblioteca del general y eminente hombre de letras argentino Bartolomé Mitre, la que utilizó Medina para escribir su *Bibliografía del Antiguo Virreinato del Río de la Plata.* Sólo cuando se conoce aquel repositorio, y yo he tenido la fortuna de conocerlo, puede concebirse que la riqueza de una biblioteca privada sea capaz de producir un contingente como el que logró aprovechar el célebre chileno, quien luego escribió la *Bibliografía de Lima, La Imprenta en Guatemala* y acabó por hacer la de toda Hispanoamérica.

Y fue una fortuna que no se hubiera mantenido en su propósito de no ocuparse en el siglo XVI por lo que a México respecta. Las pesquisas de Medina en los archivos españoles lo llevaron a descubrir o ayudar a descubrir documentos que resultan valiosísimos para la historia de la imprenta en el Nuevo Mundo; sobre todo el contrato que Juan Cromberger celebró en 12 de junio de 1539 con Juan Pablos para traer a México la industria artística recién descubierta; contrato que por sugestiones de Medina halló su amigo don José Gestoso y Pérez en el archivo de protocolos de escribanos de Sevilla. Medina lo publicó en el volumen VIII de *La Imprenta en México,* y hoy conocemos las bases de la introducción en grande escala del arte de imprimir en este Hemisferio; aun cuando yo sigo en la creencia de que antes de que Juan Pablos llegara a la Nueva España lo había hecho Esteban Martín como primer impresor, con Zumárraga mismo, al regresar éste ya consagrado Obispo, en 1534.

Pero Medina no sólo es bibliógrafo, no sólo es bibliófilo, sino que acaba en verdadero bibliómano como acontece a tantos que andan en pos de los libros; porque aquel hombre benemérito no se conforma con buscar y hacer que le busquen libros y documentos con ellos relacionados, y aun simples referencias que le sirvan de jalones para alcanzar una meta determinada, sino que recorre Europa y América en su interés por conocer y dar a conocer cuanto se hubiera impreso en el Nuevo Mundo o respecto a él.

Con ese afán viene a México, cuando está en la mitad de su existencia; y no hay biblioteca que se le franquee, que no le rinda frutos opimos.

Como es natural, se pone al habla con los tres grandes bibliógrafos me-

xicanos que antes se han mencionado: Andrade, León, Agreda y Sánchez; otros como don Fernando Ramírez y don Manuel Orozco y Berra habían salido ya de esta vida. Los dos primeros habían dado a la publicidad los resultados de sus pesquisas bibliográficas, aun cuando el Dr. León estaba engolfado aún en imprimir nuevos volúmenes de su obra monumental, y Agreda y Sánchez en terminar la catalogación de cuanto escapó de la rapiña desarrollada en los suprimidos conventos, en la Real y Pontificia Universidad y en la Biblioteca Turriana y por entonces acumulado, como ya se dijo, en la Biblioteca Nacional, catalogada por quien sería Director de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, el insigne don José María Vigil.

Por esos días hubo otros dos bibliógrafos de una generación posterior, que seguramente cooperaron en la investigación de Medina, al brindarle su amistad: el famoso historiador, miembro distinguido de las dos Academias que se unen para esta celebración —de la Lengua y de la Historia— y a quien se ha llamado "Bibliografía Viviente": Luis González Obregón; y el Dr. Rafael Aguilar y Santillán, insigne fundador de la Academia Nacional de Ciencias, y creador de la más valiosa biblioteca politécnica que ha poseído México.

Medina visita Puebla, Guadalajara y diversos Estados del país; y en cada biblioteca que allí existe halla también un nuevo dato y una información nueva, que le permitirán acrecentar los elementos con que realiza el enorme trabajo que todos admiramos, y que nos hace disfrutar de algo que no teníamos en forma sistemática: la nómina de imprentas, de impresores y de grabadores que funcionaron en la Nueva España desde la llegada de Esteban Martín y de Juan Pablos hasta 1821, en que registra la imprenta de Joaquín y Bernardo de Miramón, sin olvidar las *imprentillas,* "talleres de pobrísimos elementos tipográficos, pero de los cuales salían una que otra hoja suelta y aun diminutos opúsculos" [7].

Doce mil doscientas cincuenta y seis fichas comprenden únicamente los volúmenes de *La Imprenta en México,* sin contar las relativas a Puebla y otros lugares de la República Mexicana; y si es verdad que para llegar a esa cifra mucho le sirvieron las publicaciones de Eguiara, de Beristáin, de García Icazbalceta a quien ya no conoció personalmente —muy bien se habrían comprendido y mutuamente estimado— y las de Andrade y León así como la hoy perdida labor de Agreda y Sánchez, las cédulas reunidas por Medina mismo constituyen su mejor monumento.

Es natural que el insigne bibliógrafo no haya podido hacer obra definitiva, porque impresos más o menos importantes se pierden para siempre o yacen desconocidos por años y aun por siglos hasta que una circunstancia casual los descubre. Así se han encontrado algunos de los más célebres; y co-

[7] *La Imprenta en México,* Vol. I, p. CC.

mo el moderno bibliógrafo ya no se detiene en el umbral del impreso, sino que penetra en lo manuscrito, la Bibliografía en el mundo entero se enriquece día por día.

Nadie en tres siglos había visto un ejemplar de la *Oratio in Laudem Jurisprudentiae —Mexici in Officina Parentis, 1596—* esto es, del Elogio de la Jurisprudencia escrito por Juan Bautista Balli, hijo del impresor del siglo XVI Pedro Balli. Sin embargo, Medina recogió la noticia de su existencia, tomándola de un memorial del sustentante en la Universidad de México [8]; y aquella noticia habría de permitir a nuestro bibliófilo y bibliógrafo contemporáneo don Salvador Ugarte adquirir para su inigualable biblioteca, hace apenas dos años, el único ejemplar que ha llegado a descubrirse y que con verdadero amor hizo reproducir en edición facsimilar, como antes había publicado el rarísimo *Tripartito* de Juan Gerson.

Los muy valiosos códices sobre las plantas medicinales: el de Martín de la Cruz y de Juan Badiano [9] y de Fray Juan Navarro [10]; aquél en la biblioteca del Vaticano, éste en la Nacional de México; los pictóricos del brigadier Diego Panes y Abellan [11] en esta última, sólo recientemente se han mencionado, a pesar de su importancia y de su belleza; y acaba de encontrarse en la biblioteca de la Universidad del Cauca, en Colombia, la bibliografía de Simón Bolívar escrita por su contemporáneo y amigo el Arzobispo Manuel José Mosquera.

No hay que extrañar, en consecuencia, que después de que Medina publicó su grandiosa obra *La Imprenta en México,* otros bibliófilos hayan encontrado impresos y manuscritos que escaparon a la paciente búsqueda del escritor chileno.

¿Pero es únicamente la Bibliografía lo que lo atrae y lo subyuga? No; en manera alguna.

Quizá resultara difícil precisar si sus otras aficiones fueron resultantes de su amor a los libros o si éste fue un corolario de aquéllas, si puede así decirse.

Hombre de amplios recursos pecuniarios, realiza numerosos viajes fuera de Chile, y los viajes lo impresionan sobremanera, destacándose entre los viajeros del siglo XVI cuatro grandes personalidades que sobresalen como descubridores y navegantes: Vasco Núñez de Balboa, Hernando de Magallanes, Juan Díaz de Solís y Sebastián Caboto.

El yerno infortunado de Pedrarias Dávila es uno de los más famosos poli-

---

[8] *La Imprenta en México,* vol. I, p. 360.

[9] *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis.*

[10] *Historia Natural o Jardín Americano.*

[11] *Cronologia de los virreyes que han gobernado esta Nueva España.—Teatro de Nueva España en su gentilidad y conquista.* Vide CARREÑO, *Manuscritos, Incunables, y Libros Raros en la Biblioteca Nacional de México,* pp. 12-20.

zones que han existido, pero su fama no la debe precisamente al viaje furtivo que lo llevó hasta la región de donde partiría más tarde para descubrir el Océano Pacífico; sino a este descubrimiento, que fue la base y la realización de otros nuevos.

Precisamente Magallanes intenta la circunnavegación de la tierra, porque lo que busca es un paso del Atlántico al Pacífico; y si no logra terminar aquel fantástico recorrido, porque después de que descubre las Islas Filipinas, su afán de proteger al Rey de Cebú le origina la muerte, Sebastián Elcano completa el final, que comprueba la redondez de la tierra.

Juan Díaz de Solís sucede como Piloto Mayor a Américo Vespucio; navega hacia los mares desconocidos del Sur, y un día se encuentra frente a uno de los ríos mayores de América, el Paraná, y frente a la muerte que le dan los nativos. El río Paraguay y aquel mismo, que después recibe el nombre del Río de la Plata por las muchas piezas ornamentales que de ese metal poseían los aborígenes, los explora más tarde Sebastián Caboto, quien funda el primer establecimiento en 1527.

Aquellos viajes tienen para Medina especial interés, claro está, por lo que habrán de relacionarse con su propia patria, con su propia ciudad, fundada ésta por Pedro Valdivia, en quien ampliamente se ocupa.

En sus andanzas por archivos y bibliotecas, en el de Simancas, cercano a Valladolid en España, Medina encuentra documentos relacionados con el temido tribunal del Santo Oficio de la Inquisición; y era imposible que no lo atrajeran para presentarnos sus actividades en diversas naciones de este Hemisferio. Como que resulta fuente inagotable de leyendas y de novelas; pero también de estudio para quien desea con imparcialidad asomarse a ese y a los otros tribunales contemporáneos suyos, y aun numerosos de los de nuestros días.

Y Medina escribe un volumen respecto de la Inquisición en México, aprovechando los documentos de Simancas, pero acaso ignoró la existencia del maravilloso acervo de papeles que aquí se guardan, y que unos han utilizado con serenidad, y otros con sobra de pasión. Y parece haberlo ignorado, porque en ese volumen, que dedicó al Presidente, general Porfirio Díaz en términos muy cordiales, utilizó también datos de segunda mano, la del general Vicente Riva Palacio en *México a través de los Siglos*. Menciona en unas cuantas palabras, sea un ejemplo, el proceso contra Pedro Ocharte; y todavía en los datos que acerca de éste publicó en *La Imprenta en México,* cuyo primer tomo apareció en 1912, habla de lo que podrá saberse el día que aparezca el proceso contra el célebre impresor; y el proceso existe y en él nos hemos ocupado don Francisco Fernández del Castillo, su descubridor, en *Libros y Libreros del Siglo XVI,* y yo mismo en *La Imprenta y la Inquisición,* al ver los tropiezos de algunos impresores con el Santo Oficio.

Por cierto que si hubiera conocido Medina tal proceso, habría rectificado dos juicios que dejó correr: que probablemente otro gran impresor, Antonio Espinosa, había ocasionado las tribulaciones de Ocharte, lo cual no ocurrió; y que éste probablemente había sido llevado al tribunal por extranjero y por adinerado.

La sentencia, firmada por el Dr. Pedro Moya de Contreras y por el Dr. Esteban del Portillo en 15 de marzo de 1574, absolvió en forma total a Pedro Ocharte y no hubo siquiera secuestro temporal de sus bienes.

Con fecha reciente el conocido editor mexicano Enrique Navarro otra vez editó la obra de Medina, ampliada por el Dr. Julio Jiménez Rueda; y en el prólogo que éste puso, siendo Director del Archivo General de la Nación donde existe el de la Inquisición, asentó:

"El libro de don José Toribio Medina está fundado en toda la documentación de primera mano que pudo haber en la época en que lo escribió. En la interpretación de los documentos responde a las ideas de su época, a los prejuicios de más de un siglo acumulados sobre España y su política interna y externa" [12].

Y antes había dicho: "Hay un detalle que merece ser señalado: en México no se ajustició ni por el fuego ni por el garrote a una bruja, mientras en Alemania diez mil perecieron en la hoguera, y en las colonias de la Nueva Inglaterra en una sola ciudad fueron ajusticiadas más de trescientas".

En el Archivo de Indias, en Sevilla, encuentra otro tipo de documentos, que por igual le atraen: los que se relacionan con la Numismática en el Nuevo Mundo, y entonces produce otros dos libros: *Monedas Hispano Americanas* y *Monedas Obsidionales,* de gran interés como todos los suyos, porque aporta nuevos datos no solamente en lo que se refiere a las monedas mismas, sino a ciertos aspectos de lo que fue la Nueva España, y lo que fue nuestro México en los días en que luchaba por obtener su independencia.

A Medina le acontece lo que a nuestro gran bibliófilo, bibliógrafo, historiador y lingüista Joaquín García Icazbalceta: no se conforma en su amor a los libros con que otros se los impriman, sino que establece su propia imprenta; acaso como nuestro bibliógrafo, también llegó a tomar el "componedor" para ser autor, editor y operario.

Es que el arte de imprimir suele ejercer atracción irresistible sobre el bibliófilo, quien experimenta un goce único en seleccionar los tipos, las capitulares, las viñetas, los remates, para luego acomodarlos en manera tal, que cada página se convierta en una atracción para los ojos; en un deleite para el espíritu. Así se explica la tenacidad de algunos impresores para hacer de

---

[12] *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de México,* ampliada por JULIO JIMÉNEZ RUEDA, miembro de la Academia y Director del Archivo General de la Nación, p. 8.—12.—*Loc. cit.*

sus trabajos verdaderas joyas artísticas. Aldo, Plantino, los Giuntas, los Elzevires, el propio Juan Cromberger, creador de la imprenta en el Nuevo Mundo, son artistas por excelencia en Europa, como aquí lo son Juan Pablos y Pedro Ocharte, Antonio Espinosa y Pedro Balli, para sólo hablar de unos cuantos de lejanos tiempos, cuando se carecía de las admirables máquinas de hoy, y que sin embargo, con las suyas rudimentarias realizaron impresos bellísimos.

Pero desde cualquier punto que examinemos a José Toribio Medina, volvemos a enfrentarnos con el bibliófilo; y hombre adinerado, como ya se dijo, en sus largos recorridos adquiere ejemplares valiosísimos, que van a constituir la grandiosa biblioteca que cede a su patria y que ocupa toda una sala de la Biblioteca Nacional de Chile.

Y no sólo adquiere libros, sino manuscritos relacionados con la Historia de América, sobre todo en el período de la dominación española.

Medina fue un enamorado del poema épico de Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana,* que es para Chile lo que para México las *Cartas de Relación de Hernando Cortés* o la *Historia Verdadera de la Conquista* de Bernal Díaz del Castillo.

La crítica literaria no ha sido del todo favorable para esta célebre composición, en razón de su desigualdad de estilo y aun por la falta de cohesión de algunos episodios; pero quienes lo juzgan con gran severidad olvidan cómo tal poema fue escrito, y es indispensable no olvidarlo.

Este libro, asentó Ercilla en el prólogo, "se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos; —recuérdese que está hecho en octavas reales— que no me costó después poco trabajo juntarlos, y por esto y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el cielo y la intención con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere, las faltas que lleva".

¿Y cuál fue la intención? Narrar la lucha sostenida por los españoles contra los araucanos; lucha que llena de admiración al joven poeta guerrero, quien acaba por cantar con entusiasmo el valor y el heroísmo de los araucanos y de las araucanas especialmente, puesto que declara: "vienen también las mujeres a la guerra y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte".

No es de extrañar, en consecuencia, que Medina se hubiera consagrado a obtener, según se afirma, el manuscrito original; y ya que no pudo lograrlo, al menos editar de manera monumental, como lo hizo en cinco volúmenes *in folio,* el poema de aquel guerrero, que no contaba treinta años de vida cuando lo compuso.

¿Esta es acaso la única manifestación suya en servicio de las letras castellanas? No por cierto. Medina, en efecto, tiene una valiosa aportación a nuestra lengua, que de nuevo lo pone en parangón interesante con García Icazbalceta, pues si éste nos dejó su *Diccionario de Mexicanismos,* por desgracia incompleto, aquél nos proporciona sus Chilenismos; Icazbalceta realiza una espléndida labor en el seno de la Academia Mexicana estudiando con nuestros mejores lexicólogos del siglo XIX y principios del XX la mejor manera de afirmar la belleza de nuestra lengua, Medina escribe sus *Apuntes Lexicográficos;* y si nuestro compatriota nos da a conocer a muchos de los más destacados hombres de letras que intervinieron en la vida de México durante la dominación española, el ilustre chileno se ocupó en los *Escritores Hispanoamericanos celebrados por Lope de Vega,* y en muchos otros de aquellos días.

Con razón las corporaciones científicas y literarias lo colmaron de honores y lo llamaron a su seno: la Academia Chilena y las Reales de la Lengua y de la Historia de Madrid; la Sevillana de San Fernando y la de la Historia de Bogotá; la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid, y la Hispanic Society of America, de Nueva York. Medina fue Secretario de la Facultad de Humanidades y Bellas Artes de la Universidad de Chile; Socio honorario del Instituto Geográfico y de la Junta de Historia y Numismática argentinos; miembro de la Sociedad Geográfica de la Paz, Bolivia. En México lo invitaron a colaborar con ellas dos máximas instituciones de cultura: la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y la Sociedad Científica Antonio Alzate, que más tarde sería reconocida como la Academia Nacional de Ciencias. Nuestra Universidad le otorgó el grado de Doctor Honoris Causa.

Pero José Toribio Medina alcanzó un título más alto que todos éstos, con ser tan valiosos: el de benemérito de España y de las naciones todas del Nuevo Mundo, que ahora recuerdan el centenario del nacimiento de tan ilustre sabio para tributarle un público testimonio de gratitud por los trabajos en que quiso enaltecerlas; un homenaje de admiración por la grandiosa obra que supo realizar.

EL POETA LIBERTADOR *

Por don NEMESIO GARCÍA NARANJO

LA Academia Mexicana correspondiente de la Española me ha conferido la honrosa comisión de expresar en su nombre, el entusiasmo y la convicción, con que se ha unido en esta noche memorable a la ilustre Academia de Cuba para celebrar el primer centenario de Martí. Sin afinidades económicas vitales, sin un comercio vivo y floreciente que congregue, sin una red de comunicaciones que establezca un perpetuo contacto, los pueblos del Nuevo Mundo parecen marcados por el destino para vivir en perpetua lejanía; pero esta dispersión melancólica que se ha prolongado durante más de un siglo, se interrumpe consoladoramente cada vez que se pronuncia un nombre ilustre y magnéticó. Bolívar, Hidalgo, San Martín, Morazán, O'Higgins y demás buriladores de la América realizan el milagro de hacernos sentir que no estamos tan lejos los unos de los otros. El nombre de José Martí es como un toque de clarín que nos hace recordar la unidad de sangre, de verbo, de ideal, de ilusiones y de esperanzas. Por eso, aunque nadie dispute a Cuba la gloria del portentoso alumbramiento que en este año se rememora, todas las Repúblicas del Continente se ponen de pie para aclamar al poeta libertador.

Las Armas y las Letras.

¡Un poeta! Aunque los prestigios líricos de José Martí fueron sobrepasados por sus clarividencias de profeta, y más todavía, por su infatigable acción heroica, quedan sin embargo los primeros como los eslabones que mejor lo vinculan con nuestra venerable tradición académica. Claro está que el sublime holocausto de Dos Ríos lo colocó arriba de cualquiera consagración literaria; pero no por eso amengua la obligación de los académicos des-

* Discurso pronunciado el 13 de junio de 1953, en la velada que celebraron las Academias de Cuba y México, correspondientes de la Real Española, para conmemorar el primer centenario del natalicio de José Martí.

tacar al cultivador egregio del idioma. El libertador Bolívar nos deslumbra con las epopeyas de Araure y de Boyacá, de Carabobo y de Junín; pero es obvio que en nuestra Academia, debemos preferir el análisis devoto de su carta sibilina de Jamaica, de su excelso delirio sobre el Chimborazo y de su discurso profético en el Congreso constituyente de Angostura. Por eso, cuando nuestra corporación celebre —como sin duda celebrará— una velada en honor de Hidalgo, tendrá que anteponer al conductor taumatúrgico de muchedumbres, la figura austera del Rector del Colegio de San Nicolás. Por supuesto que la cátedra más elocuente de su vida, la dio en Chihuahua al recibir en su noble pecho, las balas que lo fusilaron; pero... dentro de la Academia, seríamos desleales con la Cultura, si no colocáramos al maestro en el altar mayor.

Y cosa idéntica nos pasa con Martí: antes que todo, hay que subrayar su jerarquía de hombre de letras, el papel luminoso que representó en la renovación lírica del Continente, durante las dos últimas décadas del siglo XIX. Es muy probable que si él viviera, no estuviese de acuerdo en colocar el pensamiento arriba de la misma epopeya, porque Martí se pareció a don Quijote hasta en el detalle de preferir las armas a las letras; pero nosotros, sin dejar de doblar la rodilla ante el caballero de la Mancha ni ante el libertador de Cuba, debemos seguir prefiriendo las letras a las armas.

El Ocaso del Romanticismo.

Entremos en materia. Martí debe haberse asomado a la estética del Nuevo Mundo, cuando terminaba la década de los sesentas, y sus pupilas pasmadas, deben haber columbrado horizontes azules, tal vez ultravioletas. Eran los buenos tiempos de Guillermo Prieto y de Olegario Andrade, de Rafael Pombo y José Pérez Bonalde, de Juan Clemente Zenea y de Manuel Acuña. La superemotividad estaba en todo su apogeo. Los temas obligatorios eran el beso apasionado, la contemplación del crepúsculo vespertino, el llanto que debía ser tan puro como amargo, el sufrimiento que se consideraba como pedestal indispensable de la Belleza. Había que llorar porque el que no lloraba no podía ser considerado como poeta. En síntesis, y como lo definió lapidariamente Remy de Courmont, el Romanticismo fue el predominio de la sensibilidad sobre el pensamiento.

Aquel coro de plañideras había comenzado en la última mitad del siglo XVIII, con Goethe y Schiller en Alemania, con Walter Scott en Inglaterra, con Rousseau y Saint Pierre en Francia. Juan Jacobo era el principal prosélito del sollozo: dice en sus *Confesiones,* que cuando vagaba siguiendo el curso del río Vevey se entregaba a la más dulce melancolía. Y añade textualmente: "Yo me enternecía, yo suspiraba y lloraba como un niño. ¡Cuántas ve-

ces deteniéndome para llorar a gusto (a mon aise) sentado sobre una piedra gruesa, me he divertido al ver caer mis lágrimas en el agua!" Como se ve, para Rousseau como para muchos otros románticos, el lloro llegó a la categoría de entretenimiento y diversión. El llamado "mal de Werther" no parecía una desventura sino un altísimo privilegio. ¡Así fueron los trovadores de hace ochenta años!

Aquella fue la hora del desbordamiento apasionado, del frenesí amoroso, del gesto teatral, de las erupciones volcánicas, de las frases sonoras que se remataban con puntos de exclamación. Los madrigales se saturaban con promesas de fidelidad eterna, y como éstas no se cumplían, brotaban las imprecaciones contra las ingratas e irrumpían las blasfemias. Los poetas heroicos se sentían Tirteos, y los oradores tronaban como nuevos Isaías. Estuvieron de moda las noches de luna y los sauces llorones. Alfredo de Musset pidió un sauce para su tumba y también habría pedido la caricia perpetua de Selene, si hubiera tenido, como Josué, el poder sobrenatural de detener la marcha de los astros...

Pero (¿por qué habrá peros en este mundo?) ninguna romanza se sostiene con puros "do de pecho"; nadie puede permanecer indefinidamente en el pico más alto del Himalaya; resulta ilusorio querer vivir "en sublime". Hubo pues necesidad de bajar de aquella exaltación delirante. Y fue Teófilo Gautier —nada menos que el catecúmeno más apasionado de la religión Hugiana— quien comprendió la puerilidad de vestir perpetuamente el chaleco rojo de 1830. No renegó de su juventud ni le declaró la guerra al Romanticismo, pero tomó otro camino y lo siguieron aquellos que con el tiempo habrían de constituir la capilla parnasiana. Baudelaire fue más preciso en abrir nuevas rutas, pues les probó a los adoradores del color azul que también las carroñas de los muertos pueden inspirar versos inmortales.

La fatiga de aquella sensibilidad que estaba siempre en el escenario, la sintieron los mismos románticos, pues Alfredo de Musset se permitió la travesura de burlarse de la escuela literaria, en su divertida obra *Cartas de Dupuis y Cotonet*. En ella presentaba a estos dos personajes intrigados por saber qué cosa es el romanticismo. ¿Es la tendencia de imitar a los alemanes y a los ingleses? ¿Es la manía de llamar a los héroes de las novelas, Carlo Magno y Francisco I en vez de Amadís de Gaula y Orente? ¿Son románticos acaso, los que no se rasuran y llevan chalecos de solapas anchas y muy tiesos? ¿Se deben suicidar como Werther, y concebir el heroísmo, a la manera de Byron? Cotonet y Dupois, hacen todas estas preguntas a un escribano de Notaría quien, después de reprenderlos por no hablar de silfos ni de ojivas, les define la nueva escuela de la siguiente guisa:

"El Romanticismo es la estrella que llora, el viento que gime, la noche que tiembla, la flor que vuela y el pájaro que embalsama; es el trazo inesperado, el éxtasis lánguido, la cisterna bajo las palmeras, la esperanza berme-

ja y sus mil amores, el ángel y la perla, la túnica pálida de los sauces, ¡toda cosa bella, señores! Es lo infinito y lo estrellado, lo cálido, lo exangüe, lo que desembriaga y, por tanto y al mismo tiempo, lo lleno, lo redondo, lo diametral, lo piramidal, lo desnudo a lo vivo, lo oriental, lo inflamado, lo turbulento, ¡oh, qué ciencia nueva! es la filosofía providencial que geometriza los hechos consumados, para lanzarse después en la ola de las experiencias y cincelar las fibras secretas..."

Las palabras anteriores sugieren esta consideración: ¿Cómo sería la lumbre para que también quemara a los que atizaban el fuego? En la América se sintió también el cansancio de las exageraciones románticas, cosa lógica porque se había confundido la forma con el fondo, lo temático con lo esencial, la rutina con la gracia y la espontaneidad, lo decorativo con lo eterno. Algunos espíritus superiores sintieron la necesidad de salirse de los senderos trillados y, sin previo acuerdo, Manuel Gutiérrez Nájera en México, José Asunción Silva en Colombia, Julián del Casal en Cuba, y Rubén Darío en Nicaragua, en Chile y en Argentina, abrieron nuevos itinerarios. Tras de ellos siguieron Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Guillermo Valencia, José Juan Tablada y los demás que hace medio siglo, fueron llamados modernistas.

¿Fue modernista José Martí?

¿Formó parte nuestro héroe de aquella legión innovadora? Sí y no; sí, porque siendo sus versos dechados de ingenuidad y de transparencia, tenían que contrastar con las formas caducas, con los ritmos mecánicos, con los estilos gastados y las retóricas envejecidas. Y no, porque Martí no era hombre de cofradías literarias ni le consagraba a Apolo más que los momentos esporádicos que le dejaba libres su acción infatigable de propagandista de la libertad. Sin embargo, cuando de lejos en lejos pulsaba, su amor a la verdad lo alejaba de las metáforas bombásticas, de las hipérboles de mal gusto, de las antítesis ultradramáticas, de los madrigales de turrón, de los clisés aburridos que habían caracterizado a las generaciones anteriores.

Antes de seguir adelante, conviene aclarar que no estoy formulando una requisitoria contra el romanticismo. Ninguna escuela estética tiene la culpa de las vulgaridades y ramplonerías que se amontonan en su derredor. No todas las noches son como las de Musset; no todos los lagos son como el de Lamartine; no todas las rimas son como las de Bécquer. Una cosa es Schubert con su maravillosa obra sinfónica, y otra muy distinta es el recitador empalagoso que nos espeta una melopeya mientras un pianista quejumbroso toca en el piano la Serenata. No hay que confundir el romanticismo auténtico con la confitería. ¡No, por Dios! Siglos antes de que se librara la batalla de Hernani, Molière escribió *Las Preciosas Ridículas,* y eso prueba que los román-

ticos no fueron los inventores de la poesía de caramelo, pues para desgracia de la Belleza inmortal, siempre ha habido cursis en todas las edades.

¿Y cuál fue la hora romántica verdadera? Aunque parezca paradójico, no encuentro entre los herederos de Hugo ni de Byron ni de Heine ni de Leopardi, una respuesta más precisa y completa que la que me suministra una estrofa del rebelde del siglo XIX, del más destacado enterrador del romanticismo americano. Oíd este cuarteto lapidario de Rubén Darío:

Hora de ocaso y de discreto beso,
hora crepuscular y de retiro,
hora de madrigal y de embeleso,
de "te adoro", de "ay" y de suspiro.

En lo único en que no voy de acuerdo con Rubén Darío, es en la discreción de los besos, pues bien sabido es que los besos de Lord Byron no solamente fueron indiscretos, sino escandalosos. Sin embargo basta la estrofa citada para sentir que el romanticismo fue algo muy grande que se fue para siempre... ¡y también para siempre se quedó!

Poeta de Cristal.

Pero... volvamos a Martí. Aunque algunos críticos lo involucran en la falange modernista, la verdad es que no formó parte de aquel grupo literario ni de ningún otro. Mientras Gutiérrez Nájera castigaba su estilo para producir el milagro de las *Odas Breves;* mientras Rubén Darío ensayaba audazmente todos los ritmos, para terminar con la casi exámetros de su *Salutación Optimista;* mientras Julián del Casal se entregaba a cinceladuras parnasianas tan impecables como las de Lecomte de l'Isle, José Martí dejaba correr su numen trasparente por los cauces de la sencillez.

Hace un poco más de medio siglo, Amado Nervo escribió esta quintilla:

—Bardo, ¿cuál es tu estandarte?
—Muchos son los que enarbolo.
—¿Qué pendón ha de guiarte?
—Ninguno, en Amor y en Arte
acostumbro viajar solo.

A la primera pregunta, Martí habría contestado que su estandarte era el de la redención humana; y a la segunda pregunta habría respondido que él también viajaba sin compañía. ¡Y conste que tenía más títulos que nuestro gran Amado para decirlo! Y no se replique que la niña de Guatemala es

hermana de la Elvira de Espronceda, que también murió de amor, como acostumbraban morir entonces todas las musas de carne y hueso, porque en los versos de Martí asoman tal ingenuidad y tal dulzura, que es imposible sospechar que el poeta mató a la heroína para seguir los caprichos de la moda. Todo lo contrario, la inspiración del gran cubano fluye como agua fresca de manantial, sin que intervengan para nada el afeite ni el acicalamiento. Poesía que trasciende a rapsodia primitiva, a cantilena medioeval, a romance que era a la vez moderno y antiguo, como aspiraba Rubén Darío a que fuesen sus versos. Solamente en la Mireya de Federico Mistral se encuentra esa simplicidad luminosa que hizo exclamar a Lamartine: ¡esto es Homero!

Pero no, Martí no pretendía ser un Homero sino un libertador: por eso resulta muy forzado el afán de involucrarlo en la legión de los poetas modernistas. El cantor antillano sintió la misma fatiga que empujó a Rubén Darío y a José Asunción Silva a tomar nuevas orientaciones; pero Martí no hizo el menor esfuerzo por construir una nueva literatura; no buscaba con paciencia benedictina los adjetivos más adecuados; no lo atormentó la obsesión del verso perfecto como a Salvador Díaz Mirón; no fue un cincelador del estilo como Paco Olaguíbel y Efrén Rebolledo: el procedimiento de José Martí (él mismo lo ha dicho) era de depuración interior. Traía los filtros milagrosos dentro del alma, porque estaba convencido de que limpiando el fondo, se limpiaba forzosamente la forma, que sin esfuerzo resultaba cristalina. Un inspirado poeta de México, Joaquín Méndez Rivas, lo ha dicho en estos dos endecasílabos lapidarios:

El verso surge ya cristalizado
y no bien hecho sino bien nacido.

¡Y así surgió la obra lírica de José Martí, no buriladura de taller, no producto de fábrica, no paciencia de Benvenuto, no trabajo infatigable de Heredia. En síntesis, aquella poesía no fue bien hecha, sino bien nacida.

Testimonio conmovedor.

Y ahora, llego a la parte más espinosa de mi discurso, porque tengo que elogiar al apóstol de la redención que selló su apostolado con la sangre prócer de su martirio. Estaba preparando el panegírico cuando llegó a mis manos un discurso que pronunció recientemente en La Habana, José Manuel Carbonell que conoció en la intimidad al héroe inmaculado; y claro está, todo lo que voy a decir resultará artificioso frente a lo que cuenta este testigo insospechable. Su relato ha puesto mis nervios en tensión, ha hecho la-

tir más aceleradamente mi corazón, y enmudecería mi palabra si no hubiese contraído el compromiso de pronunciar este discurso. ¡Y cómo no, si Carbonell tuvo el privilegio de escuchar la palabra del libertador; y lo escuchó no sólo en la tribuna de la propaganda revolucionaria, sino lo que vale más aún, en la cordialidad de un banquete. Lo vio de cerca, captó el resplandor de sus pupilas, la elocuencia de su ademán, el temblor de sus labios y la música de su voz; en resumen, lo escuchó como Platón a Sócrates, como los apóstoles a Jesucristo en la Cena del Jueves Santo! Por eso, si Carbonell fuese menos modesto, habría comenzado su discurso fulgurante como comenzó San Juan el Evangelio: "En el principio, era el Verbo, y el Verbo era con Dios".

Céspedes.

A mí me ha llegado el verbo de reflejo y por eso me cuesta tanto trabajo bruñir frases después de haber oído las palpitaciones del corazón de Carbonell; pero estoy obligado a seguir adelante, y para hablar de Martí, debo referirme a su glorioso antecesor, don Carlos Manuel de Céspedes que, por su nacimiento y educación, parecía destinado a vivir en un ambiente armonioso y austero de ateneos y de academias. En su adolescencia, se distinguió en las aulas como estudiante, y por lo mismo, nadie podía pensar que encarnase rapsodias homéricas ni tragedias de Sófocles. Pero un día, el Destino llamó a su puerta y lo citó en el campo de la acción heroica; y Céspedes acudió a la cita, no obstante de que, por falta de preparación técnica, aquella peligrosa aventura implicaba su sacrificio. Había que dejar las aguas inspiradoras de la Fuente Castalia por los oleajes negros de la Laguna Estigia; había que salir del huerto académico para ir a la barricada; había que desprenderse de la lira armoniosa para ceñir la armadura épica; había que convertir el alma en un yunque para forjar sobre él, a martillazos, las clavas del combate; y Céspedes, sin el menor titubeo, aceptó en aquel día rojo, las responsabilidades titánicas de su nueva existencia y marchó estoicamente al cumplimiento de su destino.

Cuando le llegó el momento de morir, se encontraba en una choza humilde, enseñando a leer a un niño. Este acto sencillo entraña una alegoría sublime, pues mientras encendía un espíritu infantil, se apagaba la lámpara ideal que llevaba sobre su frente. Cayó en el momento en que echaba a volar un espíritu redimido: murió dándole vida mental a un futuro ciudadano de Cuba. Con aquel acto excelso revivió el sacrificio del alcatraz de las leyendas medioevales que se destrozaba las entrañas para nutrir con ellas a los pájaros del nido.

Cuando murió Céspedes, Martí tenía apenas 21 años de edad, pero ya se había iniciado un lustro antes en las luchas periodísticas de *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre*. Salía apenas de la infancia y ya sabía de consejos de guerra, de cautiverios, de deportaciones y de ostracismos. Sin haber tenido una niñez tan rígida como la de Aníbal ni una adolescencia tan áspera como la de Alejandro, fue un cancionero errante que anduvo de patria en patria, anunciando el sursum de la República de Cuba. Era muy difícil colocarse a la altura de Céspedes; pero Martí no se conformaba con lauros literarios: quiso ser un héroe y pasó del verbo de cristal a la acción heroica, una acción que desembocaba fatalmente en el incendio: la independencia de Cuba, como la Walkiria de las leyendas escandinavas, se encontraba dormida y envuelta en llamaradas, aguardando al intrépido paladín que la fuese a despertar; y Martí como Sigfrido, sin ponerse a analizar la eficacia o la esterilidad de su proeza, sin vacilar un segundo, y tal vez guiado como el héroe wagneriano, por los murmurios de las selvas y los trinos de los pájaros, se lanzó épicamente sobre la hoguera para besar aquella Walkiria sitiada por el fuego, y volverla con su beso, a la vida y a la libertad.

El había dicho en sus *Versos Sencillos,* que "el que se resuelve a morir, se baña en luz". La frase que es muy bella en el terreno lírico, al ser rubricada por la acción, se convirtió en un apotegma santo. Eso pasa con todas las sentencias que llevan la promesa de un deber. Si Cuauhtémoc, al reprender al rey de Tacuba con la pregunta ¿Acaso estoy en un lecho de flores? se hubiese encontrado lejos del dolor, sus palabras se habrían perdido en los aluviones de la literatura erudita; pero como las dijo mientras las llamas carbonizaban la costra de sus pies, el verbo del Monarca Azteca adquirió ese ritmo acelerado que rasga las nieblas del olvido, esos acentos de apocalipsis que se hacen oír en todas las edades...

Y lo mismo le pasó a Martí: sus hechos estuvieron a la altura de sus palabras y eso le bastó para sentirse "superior a la victoria" como dijo nuestro gran lírico Salvador Díaz Mirón. ¡Estar arriba del triunfo! ¡Marchar serenamente al cumplimiento del destino! ¡Obedecer los mandatos inexorables de la vocación! En eso estriba la fuerza incontenible de los inmortales. El héroe cree cuando todos dudan; avanza cuando los demás retroceden; persiste y se multiplica cuando los otros desfallecen. No lo desarman ni detienen las probabilidades contrarias: insiste en su ideal y cuando recibe golpes, los utiliza para fortalecerse; las mismas derrotas se convierten en premisas de ensueño para el porvenir; y sobre la paradoja perpetua de que lo que hoy es perjudicial, será favorable el día de mañana, se va depurando y sublimando su espíritu, hasta convertirse en el espíritu mismo de la Patria.

Con la resolución abnegada de morir, Martí se bañó en luz y ya no le fue difícil entregar su alma para que ardiera como cirio propiciatorio; hizo de su pecho un tabernáculo y de su corazón una custodia de oro; y desde entonces, con su aliento, agonizó la atmósfera envenenada; y en los desiertos calcinados por el odio, hizo florecer los nardos del sacrificio y del perdón; y sus cantos, como alondras, se levantaron de los surcos fatigados para saludar con gorjeos celestiales, el despertar inevitable de la aurora... ¡Y así fue cómo por aquella bienaventurada ablución, la caída dolorosa de Dos Ríos se transfiguró inmediatamente en la más radiante de las ascensiones!

Conste, señoras y señores, que no estoy haciendo frases, estoy diciendo la verdad y os voy a suministrar una prueba convincente. Mientras se libraba la guerra de la independencia de Cuba, el eminente director del *Diario de la Marina* don Nicolás Rivero, que era español, siempre estuvo defendiendo la causa de su país. Llegó el momento de su derrota, y en el año de 1898, cuando fue arriada de todos los edificios públicos la bandera roja y gualda, escribió un artículo patético que se intitulaba: *Viendo Caer los Colores de mi Patria.* Acababa de triunfar una revolución, las pasiones se encontraban revueltas y agitadas, y por lo mismo, todos los españoles de la Habana se pusieron a temblar. El día en que apareció este artículo, se presentó en el periódico el general Máximo Gómez, jefe supremo de las tropas de la independencia; manifestó su deseo de ver al director y todos los redactores quedaron llenos de sobresalto. Don Nicolás Rivero abrió la puerta para recibirlo y todo el mundo quedó en éxtasis, cuando el general Gómez abriendo los brazos le dijo: "ha obrado usted como un hombre completo y quiero tener el privilegio de estrecharlo junto a mi corazón". Así pues, no fui yo un artífice de frases, cuando dije que habían florecido los nardos del sacrificio y del perdón.

Cuba.

El pueblo, consciente del milagro, dobló la rodilla frente a la memoria de Martí, como la había doblado antes frente a los altares de Céspedes. Los dos se habían sublimado; los dos habrían merecido frente a los muros de Troya, unos funerales como los de Patroclo; y en el desfiladero de las Termópilas, los dos se habrían hecho dignos del epitafio de Simónides.

Y la Patria que emergió de aquellos númenes inspirados, tenía que resultar alegre, risueña, armoniosa y fecunda. Los dos hombres de la cultura imprimieron sobre la Nación cubana, el sello de sus espíritus impecables. El heroísmo cubano no fue áspero ni brutal sino orlado por la poesía. ¡Qué distinto es México! Para palpar la diferencia, basta comparar los escudos de los dos países: el cubano es espiritual, lleno de gracia, mientras que el nuestro es duro, cortante, sugeridor de luchas interminables. El blasón vuestro, señor

Carbonell, lleva como símbolo una palmera esbelta y una llave que se ofrenda para abrir las puertas del futuro y también el Golfo de México. El emblema azteca presenta una águila —la más agresiva de las aves— posada sobre un nopal —la más agresiva de las plantas— estrangulando una serpiente —el más agresivo de los reptiles—. ¡Así es México! Cuba, en cambio, es como la palmera de su insignia: airosa, gentil, siempre lista a brindarles hospitalidad a los zenzontles, a cantar con la caricia de los vientos y a ofrecer la pulpa y el agua de sus cocos, para apagar la sed de los peregrinos... Patria que se formó con sangre prócer; pero que resucitó de todas sus amarguras con una sonrisa y que, por encontrarse en medio del mar, recuerda la concha marina donde boga la diosa griega de la hermosura y del amor...

Gratitud.

Señor Embajador de Cuba,
Cubanos que asistís a esta ceremonia:

La Academia Mexicana cumple jubilosamente la obligación de aclamar al más noble, al más inspirado y al más puro de vuestros héroes, y aprovecha esta ocasión para manifestar la imperecedera gratitud que siente por vuestra Patria. Hace cerca de cuarenta años y con motivo de las convulsiones que sacudían a nuestro país, cuatro miembros ilustres de esta corporación —don Federico Gamboa, don Salvador Díaz Mirón, don Francisco M. de Olaguíbel y don Antonio de la Peña y Reyes— tuvieron que abandonar el territorio de México y tocaron a vuestra puerta, en busca de hospitalidad. Los cuatro fueron recibidos con la palabra paz y ungidos con el óleo de vuestro amor. Federico y Paco, al evocar su penosa peregrinación, me decían que fue tan acogedora la recepción que les hicisteis, que nunca sintieron la impresión de encontrarse en país extranjero. Cuando se apaciguaron las pasiones políticas, los cuatro académicos regresaron a México, pero se trajeron el recuerdo de Cuba en el sagrario de sus corazones.

Aparte de este tributo en nombre de la Academia, aceptad también un tributo especial mío, porque también recibisteis con los brazos abiertos a José María Lozano y a Querido Moheno, compañeros míos de cuadrilátero, de aquel cuadrilátero que tanto ruido hizo hace cuarenta años en la historia parlamentaria de México. Los dos se unían a Olaguíbel para dar testimonio de vuestra gentileza y de vuestra hidalguía; pero quiero recordar en esta noche, un capítulo de la vida de Moheno que él contaba con voz ahogada por la emoción. El gran tribuno fue admitido como colaborador de planta en el *Diario de la Marina,* y con la remuneración que cobraba por sus artículos, podía sostener a su esposa y a sus hijos. Como todos los desterrados de aquel tiempo, Moheno estaba profundamente resentido por las intromisiones

del Departamento de Estado de Washington en los destinos de México, y algunos de sus artículos resultaban candentes requisitorias en contra del Presidente Woodrow Wilson. Eso dio motivo para que el Embajador de los Estados Unidos se quejara, y aquella queja puso en situación muy delicada al periódico. Si don Nicolás Rivero hubiera sido cubano, se habría reído de las protestas diplomáticas; pero había conservado su nacionalidad española y por aquella adhesión romántica a la Península, era un extranjero que no quería causarle molestias ni dificultades al gobierno de Cuba. Así pues, no hubo más remedio que suspender las colaboraciones de Moheno.

Cundió la noticia del incidente por toda La Habana, y en la noche, no cabían en la casa del exiliado, los cientos de personas que acudieron a manifestarle simpatía y a ponerse a sus órdenes. Los visitantes eran tan numerosos que chocaban los unos contra los otros, pues la apretura no les permitía dar un solo paso. Cuando se hubieron ido y quedó sola la familia, Moheno quiso secarse la frente que tenía empapada de sudor, y al sacar el pañuelo, vio sorprendido que saltaban de su bolsillo, algunos billetes de banco. Registró sus otros bolsillos y encontró billetes de cinco, de diez, de veinte y hasta uno de cincuenta dólares, que sin que él lo advirtiera le habían deslizado sus bondadosos visitantes. Cuando el gran tribuno contaba este episodio, tanto él como su abnegada esposa Mercedes estallaban en sollozos incontenibles.

Contaron aquel dinero y calcularon que con las donaciones anónimas, podían vivir dos meses, durante los cuales era factible trazar sin nerviosidades ni impaciencias, el programa de una nueva vida; pero a la mañana siguiente, a primera hora, recibió Moheno la visita de un enviado de don Nicolás Rivero, que le mandaba decir que si las circunstancias lo habían obligado a cortar sus colaboraciones, la caja del Diario estaba abierta para pagar semana a semana los artículos que ya no se publicarían. De esta manera, aquel hidalgo entre los hidalgos proveía al sostenimiento de un luchador sitiado por la angustia, por esa angustia que ahoga hasta la asfixia, a todos los que peregrinan fuera de la Patria.

¡Así eres, Cuba maternal y amparadora! Más hospitalaria que la sombra de tus palmeras y más dulce que las cañas que crecen en tu suelo, la estrella de tu bandera se destaca sobre un fondo rojo y hace pensar en un perpetuo amanecer. ¡Bendita seas entre todas las Naciones, y bendito tu vientre del cual emergió la gloria perenne de José Martí!

LAS FABULAS DE FRAY JOSE MANUEL MARTINEZ DE NAVARRETE *

Por don José María González de Mendoza

LA cortesía y la tradición, de consuno, piden que las primeras palabras del recipiendario, en actos como el que hoy nos congrega, sean de agradecimiento por la merced recibida. La cortesía y la tradición, digo; mas ahora las precede y señorea la gratitud.

Aunque al hombre maduro, fraguado por la vida a golpes de experiencia, pocas cosas le maravillan, al cabo de casi tres años de participar en las tareas académicas maravíllame aún, señores, vuestra magnanimidad. A ello debo el verme aquí. Porque, si recapacito sobre las razones que os movieron a proponerme para ocupar una silla de correspondiente y a votar por unanimidad esa propuesta, no veo, en el platillo de los méritos y frente al de la honra alcanzada, peso bastante a equilibrar la balanza.

La Academia Mexicana me acoge "a beneficio de inventario", pues muy pequeña parte de mi producción corre editada, aunque no sea poco lo escrito desde que a comienzos de 1917 vi en letras de molde mi primer cuento. Mas el par de millares de artículos que he dado a la prensa, sepultado está en lo que uno de vuestros más eminentes colegas, don Victoriano Salado Alvarez, llamada con donaire "la fosa común", id est, la página denominada "editorial" de los diarios, y, por extensión, las colecciones de ellos y las de revistas, olvidadas en las hemerotecas.

Sorprendentes suelen ser los vaivenes de la existencia y tal vez nos conducen adonde no creímos llegar. Nunca, en la ambiciosa juventud, pensé que un día hubiera de ocupar la silla de correspondiente que fue del docto crítico don Manuel Gustavo Revilla, cuyas páginas en *pro del casticismo* encierran

---

* Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Real Española, pronunciado el día 3 de julio de 1953. Las declaraciones sobre sus antecesores correspondientes las fundó en el *Anuario* de 1943, que contiene serios errores, que, naturalmente, no pudo advertir el recipiendario. A. M.C.

jugosas ideas, provechosa doctrina y, por supuesto, lecciones de buen decir, como que el autor enseñó gramática española durante varios lustros. Sólo de vista conocí al señor Revilla; aplaudí la hermosa conferencia que en alabanza de Cervantes sustentó en abril de 1916. Y su libro *El Arte en México* fue una de las pocas fuentes de información que llevé conmigo cuando, años después, bajé de esas alturas hasta las márgenes del Sena y frecuenté las aulas de la Sorbona para "amoblarme los aposentos del celebro" palabras cervantinas que gusto de recordar.

El segundo ocupante de la silla fue el cantor de *La vieja lágrima.* ¡Inolvidable, querido Viejecito! Inolvidable, por la perenne hermosura de sus poemas, la delicada elegancia de sus crónicas, la sagacidad y acierto de sus opiniones críticas. Querido, por su calidad humana, desbordante de amistad, de simpatía, de innata nobleza. El novel escritor que hace más de un tercio de siglo le pidió una dedicatoria en un ejemplar de *Lámparas en agonía,* le debe esta fina lección de llaneza y de cordialidad: llamóle "Maestro" el pedigüeño, y la pluma del gran poeta escribió: "Compañero y amigo". ¡Compañero y amigo del principiante se decía quien estaba en la cumbre de la celebridad!

Después de Luis G. Urbina, "compañero y amigo" también, José Rubén Romero. Ardiente enamorado de su tierra, en sus libros se oyen, armoniosas o sonoras, cantarinas o graves, todas las campanas de Michoacán, y palpita el corazón mexicano, generoso y libre. Henchido de entusiasmo le conocimos, inquieto y presuroso, desmintiendo con su diligencia su ingenua confesión de haronía, forjador incesante de proyectos más o menos quiméricos y, a menudo, milagroso realizador de ellos, catalizador de voluntades, fervoroso cultor de la amistad, derrochador de ingenio tras de cuyas lentejuelas solía percibirse una lejana sombra de tristeza —¡la vieja lágrima!—; y de personalidad a tal punto destacada y firme que bien pudo aplicársele con exactitud la hipérbole popular: "¡Es único!"

Mas la simbólica silla que ahora, señores, me ofrecéis, no es ya lo que esos tres preclaros escritores ocuparon, sino otra de reciente fábrica, aunque, al par de ella, tan invisible como el tejido prodigioso con que en un lindo cuento vistióse un crédulo rey. Esa silla —que, inter nos, bien podemos calificar de "metonímica"—, la vigésimaquinta de vuestro hipotético ajuar si no yerro en la cuenta, está por estrenar. Es una de las que habéis reservado a aquellos de vuestros colegas correspondientes que, merced a la reforma de los Estatutos por los cuales se rige la Academia, pasaron a la condición de "electos". Primer titular de ella, carezco de predecesor en cuyo elogio ocuparme, y me hallé, por lo tanto, en libertad de elegir tema sobre el cual disertar. Me decidí por uno que posee el don plausible de la brevedad, ya que no permita galas de estilo ni primores de forma, negados a quien de las sales del ingenio carece; la única sal que tengo es la de plata, en mal año ingerida; ella me

coloreó la piel de manera que a cien pasos se me identifica como "el hombre nielado", según me apodó en Madrid el muy verboso e ingenioso don Ramón del Valle-Inclán.

Y pues desde hace un par de años exploro una cantera hasta ahora punto menos que intacta y que se presenta riquísima: la obra de los fabulistas mexicanos, séame permitido labrar mi discurso con materiales de sus vetas extraídos: las fábulas de Fray José Manuel Martínez de Navarrete, prosaísta en ellas a la manera de Iriarte, neoclásico en otras amables composiciones, heraldo del romanticismo en varias de sus mejores poesías. Las fábulas de Navarrete, digo, y no las de cualquiera de los cincuenta y seis epigonos suyos que ya me ha dado materia abundante para redactar papeletas, porque tan sólo siete escribió —ignoramos si la habría entre los poemas quemados en vísperas de su muerte—; y esa corta cantidad se adapta bien a la prudente longitud de este discurso, del cual, a la manera de Gracián, diré: lo malo, si breve, menos malo.

Pero no he de cansaros más con los remilgos de la modestia, variante personal de una costumbre común a oradores y conferenciantes, de la que ya se burlaba, hace tres cuartos de siglo, aquel donoso escritor español que ganó fama con el festivo seudónimo de *Dr. Thebussem,* anagrama de "embust(h)es".

Paso, pues, a mi asunto.

La fábula es sin duda el más humilde de los géneros poéticos. La copla misma, con ser tan breve, suele contener más poesía; y más ingenio el epigrama.

No podemos leer una fábula con el mismo espíritu con que leemos una epopeya, o —al otro extremo de la comparación— un madrigal. Hemos de admitir sus limitaciones y ponernos a su altura, de igual modo que nos agachamos para acariciar a los niños, hablamos con ellos en términos que remedan los de su graciosa media lengua y usamos las onomatopeyas con que designan a los animales y a los objetos.

No siempre fue así. En los comienzos del siglo XIX no se escribían para un público pueril, sino para lectores puerilizados. Permitían mostrar malicia o gracejo, vestían con facilidad, ya que no con riqueza, un pensamiento cuerdo, enunciaban una regla de conducta. Su propósito didáctico no apuntaba a la enseñanza de los niños, sino a la reflexión de los adultos. Seguíase la costumbre antigua: para los hombres libres de Grecia imaginó Esopo sus apólogos, y Fedro los suyos para los ciudadanos de Roma. La Fontaine aspiraba a entretener, más que al Delfín, a la Corte, cuando con insuperado ingenio hacía dialogar a los animales, a las plantas, a entelequias, incluso a los rústicos. Para la innumerable tropa de los escritores redactó las suyas Iriarte. Las de Navarrete son juguetillos, como varias otras de sus poesías menores donde no falta la intención aguda, por ejemplo la *Egloga* en que el soñado pastor,

galán de una pastora, consuela a cierta zagala, a quien el topetazo de un chivo rompió el cántaro que llevaba; discuten la dueña de la frágil vasija y el del belicoso cuadrúpedo; hacen las paces:

y por dar una prueba
de que éramos amigos,
fuimos a su cabaña
de las manos asidos.
Mas como mi ganado
entró solo al aprisco,
lo supo mi pastora
y se enojó conmigo.

Queda a la fantasía del lector imaginar que el rabadán y la zagala se demoraron en la choza recitando versos o, lo que es más arcádico aún: tañendo el rabel.

El orden en que aparecen las fábulas en los *Entretenimientos* poéticos lo impuso el editor Alejandro Valdés. No explica éste por qué lo adoptó. No es el cronológico de la publicación en el *Diario de México,* donde casi todas aparecieron en 1807. Por lo demás, ninguna importancia tiene esa minucia, lo cual nos autoriza a reunirlas por analogía de tono y de intención.

Tómase como primera fábula el desdeñoso poemita intitulado *Mis censores,* templada variante del escatológico *Prólogo ingenuo,* asimismo antuvión a los críticos, gente mal vista de los poetas. No es para recitado el *Prólogo,* pero sí la fabulilla:

En las obscuras noches
los ladradores perros
turbáronme el reposo
de mi apacible lecho.
Con esto a los principios
causáronme desvelos
hasta que con el curso
me impuse de los tiempos.
La costumbre de oírlos
llegaba a tal extremo
que ya no me dormía
si no ladraban ellos.
Lo mismo ha de pasarme
con censores molestos;
si ellos me desvelaren,
ellos me darán sueño.

Dista mucho de ser atrayente el somnífero papel que el poeta reserva a quien le censure, pero hay que decir la verdad: "me impuse" por "me acostumbré" o "me habitué", es un barbarismo. Y el hipérbaton que encaja aquel verbo en "el curso de los tiempos", resulta violentísimo y ripioso. *Quandoque bonus dormitat Navarretius.*

Gemelo desparpajo y aun visos de cinismo hay en la fábula titulada *El dengue* cuya pizpireta protagonista no titubea en ponérselo para ir al baile, aunque esté "rotado", y contesta a las murmuradoras:

—Malo está mi dengue, pero
¿quién me quita estar de moda?

Disculpa ese ejemplo a las damiselas que, a falta de jóvenes apuestos, aceptan como galanes a viudos canosos o solterones rancios:

Currutacas, las que sois
de truco alto y carambola,
y hacéis a cortejos viejos
por no tener otra cosa:
cuando suene su matraca
el vulgo, de nueva forma,
responded lo que allá dijo
la muchacha de la historia.

El decurso de siglo y medio ha esparcido polvo sobre aquella prenda y sobre tales versos, y ha de sacudírsele con someras aclaraciones. El *Diccionario* de la Real Academia Española define el dengue como una "esclavina de paño, que llega hasta la mitad de la espalda, se cruza sobre el pecho y las puntas se sujetan detrás del talle". En las obras de Moratín lúcelo alguna mujerona. En un sainete de don Ramón de la Cruz truecan los suyos por manteletas unas rapazas. Aún lo usan las campesinas de Asturias. Que tuvo pasajera boga en México, nos lo dice el poeta:

Allá en tiempo en que los dengues
eran la grandeza y pompa
y se alababan de lindos
entre muchas damas bobas,
era ley que a los fandangos
fuesen con sus dengues todas
las que habían de hacer papel,
porque era traje de moda.

Menciónalo un testamento de 1751 otorgado en Pátzcuaro, con el que don José R. Benítez documenta su libro *El traje y el adorno en México:* "un dengue de paño de grana en diez pesos", otro "de belfa —esto es: de felpa— en diez y ocho pesos".

La voz "currutacas", si bien desusada ya, es comprensible: en México se les llamó después "catrinas", y basta eso para la identificación. Pero lo "de truco alto" requiere la consulta del léxico oficial. Allí leemos "suerte del juego llamado de los trucos —y éste, añadiré, parecido al billar—, que consiste en echar con la bola propia la del contrario por encima de la barandilla". Si a ese concepto se añade el de "carambola", que implica una finalidad de busca y choque, y tiene el sentido figurado de "enredo, embuste o trampa para alucinar y burlar a alguno", veremos que son imágenes apropiadas para quienes

hacéis a cortejos viejos,

esto es, se muestran inclinadas a darles tierna acogida. Y cuando las molestaren con importunas observaciones, contesten, poco más o menos, las templadas mozas: "Machucho es, pero tengo novio".

Con *El Mosquito,* que cambia de indumento mas no de zumbido, nuestro autor da forma nueva al viejo axioma de que no muda la condición aunque mude la fortuna. Defectuosa en la versificación, pues dos ingentes ripios la empiedran, esa fábula es una de las más logradas en cuanto al contenido moral. Dice así:

Un mosquillo impertinente
picar a un zorro quería,
pero éste se defendía
y lo burlaba altamente.
Sin usar voz diferente
se disfraza en el vestido:
el zorro lo ha conocido
y le dice con ultraje:
—¿Qué importa mudes de traje
si no mudas de zumbido?

En *El estanque, el arroyo y Ceres* el fabulista, por boca de la próvida deidad, censura a los avaros, cuyo inútil caudal es como el estanque:

cenegal horrendo,
de sapos y ranas
pútrido elemento,

cuyas turbias aguas
por ningún venero
salen a dar vida
a los campos muertos.

Y le opone la alegría y generosidad del arroyo, que rumoroso corre

por dar al sembrado
saludable riego.

La araña, el mosco y la criada es un poco extensa. Diviértese el autor en juegos verbales que, guardadas las proporciones, algo recuerdan los de Rabelais; después de tejida la tela, el astuto insecto

se retira a su estancia,
cual entre pabellones,
alguna Doña Urraca,
si no es que ya parezca
cual entre tocas beata,
o ermitaño en su cueva,
o en su garita el guarda.
Desde la claraboya,
o tronera, o ventana,
o puerta, u orificio
de aquella telaraña,
atisba los mosquitos
que llegan a su casa.

Véase ahí, sea dicho de paso, el inevitable antropomorfismo de los fabulistas, quienes reducen las costumbres animales al término de comparación por ellos conocido: las del *homo sapiens.*

En la conclusión hay un dejo pesimista: la criada rehusa destruir con un escobazo a la telaraña y a su repulsiva tejedora, que en ella atrapó al mosco:

—Fuerza es que te perdone,
pues ¿qué hacen las arañas?
¿Trampas? El mundo todo
incurre en esta falta.

Aunque eso bastaría a título de afabulación, aún explica el poeta:

Cuando un mismo delito
a todos nos alcanza,
se queda sin castigo.
Así quedó la araña.

Los tres primeros versos constituyen la paráfrasis muy libre de una máxima latina, inserta en nota: *Multitudo peccantium, peccandi licentiam subministrat.* Son palabras de San Jerónimo.

Después de la ascensión filosófica, la caída en lo picaresco sorprende. Cupido vela sobre la jaula de *Las dos pájaras*:

Travieso este muchacho
ya se asoma a las rejas
y de oro ya les tira
sus inflamadas flechas.

Mas no acude Himeneo; ni hay para qué. Hoy nos parece picante esa humorada, pero ha de recordarse que antaño solían mostrarse golosos de cuentos bien sazonados quienes vestían cogulla. Nos da lucidos ejemplos el jocundo Arcipreste de Hita. Nos los da Rabelais. Nos los da Navarrete.

Parecido tema, si bien con más insistencia expuesto, es el de *Los viejos casados*: Venus, Cupido e Himeneo se apartan confusos de ese tálamo, conscientes del ridículo en que incurrieron al acercarse a él. Critica así el fabulista las bodas seniles, frecuentes en sus días, según se infiere del comentario:

El caso es fabuloso;
mas si en verdad hablamos,
¿cuántos viejas y viejos
habremos retratado?

Verosímilmente daban motivo a tales nupcias razones crematísticas y no sentimentales: para redondear herencias o para asegurarse un buen pasar durante la senectud.

Aunque en la primera edición de los *Entretenimientos poéticos,* la de 1823, figura la fábula titulada *El caballo en venta,* indica el editor Valdés que la inclusión se debió a descuido, pues no le constaba la autenticidad; y añade: "Téngase por no puesta y omítase en otra edición". A ese consejo se atuvieron, en 1835 el editor parisiense, y en 1904 don Victoriano Agüeros —miembro muy distinguido de vuestro instituto—, que reservó a Navarrete el volumen 50 de su excelente *Biblioteca de Autores Mexicanos.*

Aparte las fábulas, pueden tenerse como tales, parcialmente al menos, algunas de las odas anacreónticas. En *La corderita,* cuarta de la serie denominada *La inocencia,* un lobo devora a la "mansa cordera" que "la dulce Anarda" engalanaba con "sonoros cascabeles" y con "cintas coloradas". No dice el poeta que aquéllos ni éstas quedasen como relieves del cruento festín; y si se los tragó el lobo, mal para el lobo. Limítase el cantor a prevenir a la "tiernísima zagala" contra

otros lobos, hambrientos
de otras corderas mansas,

esto es, contra los hombres,

que carnívoros buscan
a las simples muchachas.

Adviértase cómo juega del vocablo: "carnívoros" no alude ahí a la antropofagia.

En *La tortolita,* oda sexta de la misma serie, encaminada también a prevenir a la pastora contra "la malicia del mundo", la "tortolilla tierna" escápase de la

...Jaulita curiosa
de mimbres delicados.

Persíguela un halcón y lo mata con "una jara sonora" el pastor-poeta, quien extrae para la absorta Anarda la menuda filosofía del mínimo episodio: no salgas de tu choza, para que no te veas en el riesgo en que la tórtola se vio.

Injerta en apólogo está asimismo la duodécima oda de *Las flores de Clorila* pues ahí sueña el autor que, al cortarlas en un prado, un áspid sale "de entre el florido albergue". Despiértale el susto y ruega a la "dulce Clorila"

que no me des motivo
jamás porque me queje
de los sueños, que pintan
entre flores serpientes.

El mundo onírico, nadie lo ignora, hállase poblado de reminiscencias, y ello explica la ascensión inesperada —por la rampa de alguna lectura—, desde las candentes arenas de Libia hasta la fértil meseta de Anáhuac, de aquel áspid exótico y literario.

También la décimoquinta oda puede considerarse como entintada de apólogo: deshoja el viento las flores con que "un niño pequeñuelo" jugaba en "un delicioso prado". Y el poeta se alarma:

te ruego, mi Clorila,
que de algún fiero agravio
no deshojadas sean
las flores que yo canto.

Otros poemas tienen asimismo la doble característica de la fábula: acción y lección, aunque para serlo propiamente les sobren los piropos y los melindres. Aire de fábula se advierte en los sonetos *La caída de Faetón* y *Las trampas de la cautela.* Casi fábula es el soneto *A un poetastro,* donde la comparación... Pero más ameno que extractarlo será leerlo:

Uno tras de otro huevo calentaba
cierta gallina clueca noche y día,
esperando sacar muy buena cría;
pero el huevo a la postre se enhueraba.
Cacareando, una amiga la exhortaba
que abandonar el huevo convenía,
que el calor natural se le extinguía,
y lleve el diablo el pollo que sacaba.
Aplica el cuento, Momo, *y advertido,*
no calientes conceptos, engañado
de tener buenos partos en tu nido:
porque aunque más y más hayas cloqueado,
el calor de la musa se ha extinguido,
y lleve el diablo el verso que has sacado.

Puesto que la verdad no admite componendas —una verdad a medias es a medias error—, he de afrontar nuevamente la comparación canina para decir que, amén de los ripios y de las pobres rimas verbales, afean al soneto el abuso de la sinalefa y, sobre todo, el de la sinéresis, entonces muy común, ahora desapacible a nuestros oídos.

No se entretiene el fabulista en buscar elegantes combinaciones de metros: exasílabos, heptasílabos y octosílabos le bastan. En cuanto a la forma, una décima y romances. No pica muy alto su filosofía, mas éste es achaque propio de fabuladores, que a menudo rozan el egoísmo utilitario, y a veces, con ejemplos de latrocinio afortunado, de falsía recompensada y aun de artera muerte provechosa, dan en lo inmoral. Se apega al espíritu de su tiempo, que gustaba de los conceptos llanos, de los modismos coloquiales, de la sen-

cillez, al punto de reducir los versos a renglones de prosa no siempre bien acentuados ni medidos, aunque asonantados con soltura. Salvo la facilidad de la versificación, en las fábulas no encontramos otra alguna de las cualidades que placen en la poesía de Navarrete, pero sí sus errores. Forzoso ha sido mencionar unos cuantos. No insistiré; preferible es recordar las justas palabras con que el célebre autor de *Don Juan Tenorio* resume su opinión acerca del amable poeta: "Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales". Certero juicio.

El mexicanismo colorea varios pormenores de sus fábulas. Usa modismos, como "andar en bola", corruptelas como "esque", arcaísmos como "cercáronse" por "acercáronse". A la manera popular, abusa del diminutivo. Pero nos tomaría demasiado tiempo el examen de esas peculiaridades. Tampoco es dable indagar ahora cuál sea la posible raíz de aquellos juegos literarios. Aunque son de propia Minerva, es creíble que un estudio minucioso deslindase rastros de influencias. En *Mis censores* percíbese, notoria, la de las *Fábulas literarias*. Navarrete conocía la obra lírica de su famoso autor, según resulta de la explicación puesta al frente del soneto *Influjo del Amor:* "Imitando el artificio del primer soneto de don Tomás de Iriarte". En esta composición, como es sabido, la arboleda, el jardín, la fuente, el prado, etc., refugios de la apacible soledad, no brindan al poeta

el placer que otros ánimos recrea,
porque su retiro y silencio le ofrecen más viva
la imagen de la ingrata por quien peno.

Navarrete no puede gozar en la ciudad de México

del gusto que me brinda tu grandeza,

patente en calles, plazas, palacios, templos, etc., porque de todo ello le aleja,

el suave influjo de la dulce cara
de una agraciada rústica belleza...

Túvose a Navarrete en alta, hiperbólica estima, por la afinidad de su obra con el gusto —el mal gusto— que prevalecía en su época, e incluso por razones patrióticas; el editor Valdés en su advertencia al público decía: "¿Qué espectáculo podrá haber más interesante a tus ojos que el presenciar cómo se va difundiendo en este septentrión el benigno resplandor de las luces, al paso que se eleva por su horizonte el sol hermoso de la libertad?" El párrafo lleva, como se ve, el marchamo de 1823.

"Hiperbólica estima", dije; baste un ejemplo: Barazabal le llama "nuevo Apolo" y "semi-dios". Más certero y medido se mostraba en 1829 el escritor español don Pablo Mendíbil, colaborador del *Repertorio Americano* que en Londres editaba don Andrés Bello, aunque, de seguro, no pensaba en las fábulas cuando dijo del libro de Navarrete: "Carácter poético perfectamente adaptado al *Virginibus puerisque canto* del epígrafe", tomado de Horacio; y después: "del tierno, del candoroso, del delicado Navarrete, cuyos versos son en realidad traviesos e inocentes como los juegos de los niños, y púdicos y halagüeños como la hermosura de las vírgenes". En otro párrafo, agrega: "La versificación es constantemente fácil, si bien algo descuidada en tal cual pasaje; tiene mucha dulzura y fluidez".

Para el escritor colombiano don José María Torres Caicedo, cuyos *Ensayos biográficos y de crítica literaria* aparecieron en 1863, "su condición es castiza, correcto su lenguaje, su estilo fácil y natural".

Mas, repito, no provocan esos elogios las fábulas, jugueteo intrascendente, si bien acaso mereciéronle al poeta el aplauso de sus coetáneos, en corro de amigos, en las sosegadas tertulias lugareñas. Los críticos las han considerado parte humildísima de su producción, aunque, cabe afirmarlo, quedan por encima de las sátiras, de algunos epigramas, del *Prólogo ingenuo*. Quienes las mencionan no se muestran excesivamente blandos. El máximo elogio es el de Urbina: al indicar como característica de la producción literaria de aquel tiempo "un lejano perfume de helenismo", añade: "Hasta las fábulas de Navarrete toman el aspecto de sátiras antiguas". Recoge esa opinión el mejor crítico de cuantos han estudiado la obra del poeta zamorano, vuestro meritísimo colega don Francisco Monterde. El concienzudo y estricto don Francisco Pimentel —que también fue destacado miembro de vuestra corporación— incluye como plausible, entre las obras menores, "alguna fábula". Y no obstante los elogios que de su poesía hizo, el más severo resulta ser Mendíbil, cuyo criterio es también el de Torres Caicedo: "No deberá la justa celebridad de que ya goza y que le confirmará la posteridad más remota" ni a sus églogas, sátiras, epigramas y sonetos, "ni a sus fábulas, poco felices en la elección del sujeto y en el desempeño de la narración". Lo cual no le vedó reproducir las dos mejores en la breve antología con que termina su cuidadoso estudio.

Tienen razón los críticos: las fábulas añaden bien poco a la gloria de Navarrete. Mas no son desdeñables. No desplacen al lector moderno esas florecillas que el buen mayoral de la Arcadia Mexicana ató en parvo ramillete. Y si en la producción fabulesca de México no alcanzan preferente lugar, tampoco han de ponerse a la zaga de todas; únense a la multitud de ellas pergeñadas por medio centenar de aficionados. Encierran un grano de sal, a veces un polvillo de pimienta, siempre el tónico amargor de la sensa-

tez. En lo atañedero a la forma, valen por el movimiento y la vivacidad que las anima. De otra parte, ayudan a comprender mejor la personalidad del poeta e incluso nos permiten formarnos idea más cabal de la psicología criolla en vísperas de la gran sacudida de la que iba a surgir la nación mexicana. Por añadidura, el filólogo encuentra en ellas algunas partículas del oro que el habla del pueblo suele acarrear —¡entre tanto légamo!—, y no dudo de que esto interese a quienes aceptaron como principal tarea corporativa "el estudio de la lengua española y en especial cuanto se refiera a los modos peculiares de hablarla y escribirla en México".

A participar en esa labor me habéis convidado, señores, y en ella pongo afición, ya que no competencia, enamorado como el que más de la hermosura de nuestro idioma, orgulloso de su riqueza a la que el fluir de las generaciones añade, no sabemos cómo ni, apenas, cuándo, voces nuevas, otros giros, otros coloristas modismos. Al admitirme en vuestra compañía, aunque mi hatillo sea ligero, obligáis, señores, mi voluntad de servir a la noble obra común. A ese norte la sabéis orientada por entero. Permitidme, pues, que para concluir utilice, adaptadas al caso, palabras memorables: aquellas con que ofreció su *Ortografía castellana* a la nobilísima Ciudad de México el insigne Mateo Alemán, en sus postreros años tan vinculado a la tierra mexicana, que con ella mezclóse para siempre el polvo de sus huesos:

"Tuve por justa cosa traer conmigo alguna con que —cuando acá llegase— manifestar las prendas de mi voluntad. Recibe pues agora, ¡oh ilustre Academia generosa! este alegre y venturoso peregrino, a quien su buena fortuna trujo a manos de tu clemencia".

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don FRANCISCO MONTERDE

ME SIENTO particularmente complacido, al contestar el discurso del recipiendario, de acuerdo con esa contestación de cortesía que él mencionó, a la que agrego, para él, mi personal estima. No debe maravillarle el hecho de venir a ocupar ahora un sillón que tiene bien ganado por sus múltiples merecimientos. La Academia al honrarlo, se honra a sí misma, pues cuenta entre sus miembros más distinguidos a quien señaló, a raíz de su ingreso, un lugar eminente donde ha prestado a la corporación servicios muy importantes. Aunque su labor literaria se halle aún, en su mayor parte, dispersa en diarios y revistas, cuando no inédita, por su calidad es digna de la obra de quienes le precedieron en la silla que ahora ocupa: el erudito don Manuel G. Revilla, el poeta Luis G. Urbina y el novelista José Rubén Romero *.

Designado para responder a su discurso, explican tal distinción los antecedentes amistosos y el tema elegido por él, dentro de la zona en la cual trabaja: los fabulistas de México, estudio que exigió de él cuidadosas investigaciones a través de la literatura mexicana. Llega el recipiendario a la fábula, como un naturalista que hubiera ido pasando a través de otras especies, hasta concentrar su atención en el insecto minúsculo, al que es preciso examinar con lente, para apreciar sus características. Ante las fábulas y pseudofábulas de Navarrete, ha procedido —espíritu franciscano— a manera del entomólogo que considera, atento, algún ser insignificante. Mientras quienes van apresurados lo hallarían al pasar, él se inclina, lo recoge y lo eleva a la altura de sus ojos, para examinarlo. Así el escritor confirma su humana comprensión, para la que nadie ni nada es ajeno.

No sorprenderá esa devoción, a quien sepa que entre aquello que voluntariamente ha olvidado, están sus *hai-kais,* por los cuales José Juan Tablada lo mencionó hace tres décadas, en una poesía-prólogo en la que resulté favorecido al quedar junto a la suya mi parva poesía juvenil. Un interés

---

* Véase la nota de la p. 194.

análogo le condujo a las fábulas de Navarrete, apenas recordadas por unos cuantos críticos aquellos que él, generoso, ha mencionado en su excelente discurso. Conviene a ese estudio cuyas virtudes se condensan en limitada extensión, el complemento de la frase de Gracián por él sólo en parte citada: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno..."

Si González de Mendoza, *El Abate* —cuyo seudónimo, adecuado a su serena bondad y abaciales maneras, se ha impuesto casi hasta sustituir su nombre de pila—, no hubiera sacrificado abnegadamente su tiempo en servir a quienes complicamos su laboriosa existencia con incontables demandas, tendría no menos de una docena de volúmenes publicados. Algunos más podría haber formado, con sus dos millares de estudios impresos en diarios y revistas y con lo que conserva manuscrito. Hay que tenerlo presente al seguir la trayectoria del escritor, no sólo a través de las obras que incluye su bibliografía, sino en las páginas de las publicaciones periódicas en que ha colaborado, dentro de México, su patria adoptiva.

Como contemporáneo suyo, siempre he reconocido en él, más por la segunda razón que por las restantes de aquellas que dan categoría a los mayores, la autoridad del amigo prudente, sagaz, bien preparado, y al ir por camino próximo, si no paralelo al suyo, he podido seguir la evolución de *El Abate de Mendoza*. Llegado a México al salir de la adolescencia, que transcurrió en la Sevilla natal, en Jerez de la Frontera y en las Baleares, el escritor se inicia en el momento en que el modernismo hispanoamericano —agotadas las reservas de brillantes joyas que Rubén Darío y sus continuadores lucieron—, cede el paso a otras *ismos*. Son éstos los que incuban el vigor latente, en los campos de batalla de México —Revolución 1910-1915 y en las trincheras de Europa— comienzo de las luchas de este siglo: 1914-1918.

González de Mendoza iba en busca de sí, a través de personalidades extrañas, como todos los que por entonces principiamos a explorar la literatura propia contrastándola con otras literaturas. Abarca, a la vez los valores nuestros y los de otros países: de Amado Nervo pasará, por senda de biógrafo, al estudio del Guiaume Apolinaire de los *Caligramas,* a quien descubre desde aquí, a tiempo. En esa década inicial, alterna verso y prosa, en actitud de vanguardia, con sus poesías caligramáticas dispersas en revistas y sus "cuentos sintéticos": los que volarían más tarde en *Pajaritas de papel* del PEN Club mexicano. Por esos días, como Tablada, quien estimuló con su ejemplo la avidez de los jóvenes, dispara sus saetas en molde nipón: fue de los primeros en marchar, tenso el arco, entre los poetas epigramáticos peregrinantes.

Inconforme consigo en su etapa de transición —hacia 1919—, destruye, después de editados, sus cuentos que reunió bajo el título de *La Emoción*

Dispersa, y guarda sin imprimir otras dos series de ellos: *Bromuro de Plata* y *El Cristal Opaco.* Vuelve a cultivar la narración en 1925: *El Hombre que Andaba* y *Otros Cuentos Verosímiles,* antes de la novela corta: *La Luna en el Agua,* que publica ese año, y de *Tommy es un As,* aún inédita.

Su larga permanencia en Francia, como escritor en ejercicio constante, discípulo de ilustres maestros en la Sorbona y funcionario de nuestro servicio diplomático, le sirve para afirmarse en sus disciplinas; como investigador del pasado precolombino de Mesoamérica, bajo la docta guía de Georges Raynaud. Va de la crónica —en la cual supera, a la vez profundo y ágil, a muchos de los consagrados en el difícil género—, a la crítica de arte; *La Pintura de Angel Zárraga* (1941), *Algunos Pintores del Salón de Otoño* (1942); mas persiste en la crítica literaria, con diversos estudios, en su mayoría inéditos: sobre Alfonso Reyes, al que habla, José D. Frías, Tablada, "Sancho Polo" y otros escritores de hoy y de ayer, a los que se agregan magníficos prólogos, como el de *Mala Yerba* de Azuela, a cuya difusión contribuyó desde París, eficazmente.

El centenario cervantino de 1947 le ofreció una oportunidad, bien aprovechada por él, para probar la amplitud y solidez de sus conocimientos, en torno al autor del *Quijote* y su obra, con el ensayo que premió justicieramente nuestra corporación: *Biógrafos de Cervantes y Críticos del "Quijote".* Con los trabajos de crítica literaria realizados entre 1936 y 1949, ese ejemplar ensayo le aproximó a la Academia que, previo el requisito reglamentario ya cumplido, lo acoge ahora en su seno, como individuo de número.

Las puertas de la corporación se abrieron antes para él, de manera simbólica: hace poco menos de tres años ingresó como Correspondiente, en las mismas condiciones en que entraron don José María Bassoco, don Anselmo de la Portilla, don Casimiro del Collado y el admirado maestro don Enrique Martínez Sobral: precedentes que supieron recordar, en 1950, quienes apadrinaron a González de Mendoza. El hecho de que un semestre después de su ingreso haya sido designado por sus méritos, Secretario Adjunto —Secretario de actas, desde febrero inmediato— y haya sido también Secretario General Adjunto del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, efectuado en México en la primavera de 1951, demuestra la justificada estimación de sus colegas y la explicable confianza que en él ha depositado nuestro Director; confianza que han ratificado con votos aprobatorios, unánimes, los miembros de la corporación, varias veces.

Otras academias y agrupaciones se honran en contarlo entre sus socios, como la Academia Nacional de Historia y Geografía, que le otorgó sus Palmas Académicas en 1949. Conviene añadir que, además el diploma de Alumno Titular de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de París, tiene el de Gran Oficial de la Orden de Vasco Núñez de Balboa, de la República

de Panamá, desde 1951: una de las recompensas a que le han hecho acreedor los excelentes servicios que ha prestado y sigue prestando en la Secretaría de Relaciones Exteriores, sucesivamente, como Canciller, Jefe de Sección, Jefe de Departamento y Delegado a varias conferencias internacionales, quien fue Secretario Particular de los Ministros de Hacienda y Agricultura. En este aspecto, sus servicios han sido debidamente aquilatados por quienes tuvieron en él, al mismo tiempo, un prudente consejero y un leal, desinteresado amigo.

No han sido únicamente los lazos de esa antigua y firme amistad, reforzados por otras razones los que me hicieron recibir con agrado y aceptar satisfecho la comisión con que ahora se me distingue: la de contestar al recipiendario, a nombre de la Academia Mexicana.

Coincidimos al preferir la obra literaria de quien fue Mayoral de los árcades de México: Fr. José Manuel Martínez Navarrete, cuya posición entre los poetas mexicanos de su tiempo él ha precisado esta noche. De las poesías profanas de Navarrete que, en la edición de 1823 forman, con las de tema sacro, dos tomos, a los cuales se unió más tarde el de los Bibliófilos Mexicanos que sumó a ésas las del manuscrito conservado en Austin, Texas—, escogió para su estudio, según hemos advertido los presentes, sólo el breve lote de las fábulas. Procedió, al hacerlo así, como quien después de apreciar en conjunto el cuadro de un pintor, elige un fragmento del mismo, para observar en él con atención los detalles. Como el crítico de artes plásticas —actividad que tampoco le es ajena— examina el trozo de tela amplificado, le hemos visto realizar el minucioso análisis de cada poesía.

Metódicamente agrupa las fábulas de Navarrete, en su concienzudo examen, según acabamos de oírlo. Reunidas "por analogía de tono y de intención", parte de la desdeñosa que lleva por título *Mis censores*, y una tras otra analiza las que siguen: *El dengue, El mosquito, El estanque, el arroyo y Ceres, La criada, el mosquito y la araña*, para llegar a *Las dos pájaras*, y a *Los viejos casados*, antes de pasar —prescindiendo de *El caballo en venta*, atribuida a Navarrete— a las odas anacreónticas —*La corderita, La tortolita, Las flores de Clorila*—, que están, según palabras suyas, "injertas en apólogo", y de mencionar aquellos poemas que tienen "aire de fábula".

Ante esas composiciones se detiene para resumir el tema y señalar con las características de cada una, las faltas cometidas por el poeta: aclarar el sentido de términos desusados, con oportunas citas; subrayar los aciertos y explicar las licencias —no sólo gramaticales— que se tomó Navarrete. Menciona a continuación las formas métricas empleadas, y desentraña la filosofía, limitada, que se desprende de la moraleja, no siempre moral, de esas fábulas. Enumera los modismos que dan a las composiciones color mexicano, y aprecia el sabor popular, que acentúa el frecuente empleo del diminutivo

—a veces, con la terminación española—, donde Navarrete sigue a Meléndez Valdez. El influjo de Iriarte, en la primera de las fábulas citadas, queda allí también puntualizado. Finalmente reúne los testimonios encomiásticos de algunos contemporáneos del poeta, y sintetiza el juicio de la posteridad, mediante opiniones coincidentes acerca de esas fábulas que, según confirma, "añaden bien poco a la gloria de Navarrete".

Las páginas leídas por él, pertenecen a su estudio sobre los fabulistas mexicanos, en el que arranca de aquellos escritores con los que se insinúa el género: don Juan Ruiz de Alarcón y Matías de Bocanegra, para arribar, a través de los fabulistas de los siglos XVIII y XIX, a quienes prolongan la tradición hasta nuestros días.

La prosa del escritor, en cuatro décadas de ejercicio, ha alcanzado la altura que sus oyentes aquí —sus lectores, periódicamente— pueden estimar en toda su eficacia. El estilo de González de Mendoza, abundante en la mocedad, llegó a ser conciso en la juventud, para ajustarse a los moldes elegidos de que se hizo mérito, hasta lograr el equilibrio y la precisión a que sólo puede aspirarse tras una extensa labor, con propósito de perfeccionamiento constante. Prosa madura que sin perder el ágil paso, de acuerdo con la época de ritmo acelerado en que vivimos, debidamente aereada, libre de redundantes expresiones llega a ser vehículo adecuado para conducir el pensamiento por cauces profundos.

Nos complace escuchar la lectura de esas páginas; leerlas y releerlas, y ascender hasta el plano en que se sitúa el escritor: el punto de plenitud en que ahora se halla.

Al darle la bienvenida, como fiel amigo y colega suyo, hago fervientes votos por que la vida le conceda el "ocio con dignidad" del clásico latino; el reposo que le permita en breve, para satisfacción suya y provecho de las letras mexicanas —en deuda con él, desde hace 35 años—, llevar al libro aquello que preparó a conciencia y cuya realización ha tenido que posponer para más tarde. Que entre de lleno en la etapa de la personal cosecha —sin duda próvida— el hidalgo amigo, el escritor consciente de su obra infatigable e investigador que noblemente ayudó a tantos, en fructuosas vendimias.

LA POESIA MEXICANA MODERNA *

Por don ANTONIO CASTRO LEAL

DESEO, en primer lugar, agradecer el honor —tan grande como inmerecido— que me habéis dispensado al llamarme al seno de la Academia Mexicana de la Lengua que, con sus hermanas, la Academia Española y las diversas Academias Americanas y la Filipina, se propone mantener las tradiciones del bien decir en el idioma de Cervantes y Fray Luis de León, de Santa Teresa y Lope de Vega, de Quevedo y Góngora, del Inca Garcilaso de la Vega y Juan Ruiz de Alarcón, de Sor Juana Inés de la Cruz y Gabriela Mistral, de Fernández de Lizardi y Domingo Faustino Sarmiento, de Ignacio Ramírez y Juan Montalvo, de Andrés Bello y José Joaquín de Olmedo, de Manuel Gutiérrez Nájera y Rubén Darío, de José Enrique Rodó y Juan Valera, de Justo Sierra y Marcelino Menéndez Pelayo, de José Martí y Benito Pérez Galdós, de Salvador Díaz Mirón y Antonio Machado, de Rufino José Cuervo y Ramón Menéndez Pidal, de Leopoldo Lugones y Juan Ramón Jiménez; es decir, de la lengua que, nacida en España, aumentó su caudal y se enriqueció de matices al volverse el instrumento de más de veinte naciones dispersas en el mundo, pero cuyo principal centro está en el Continente americano: pueblos que han dado al español una resonancia y un ámbito universales, y cuyos ciento cincuenta millones de almas forman un vasto imperio cultural en el que sí no se pone nunca el sol.

Debería de principiar por hacer el elogio de mi antecesor inmediato en el sillón que ocuparé en esta ilustre corporación; pero, considerando nuestra Academia insuficientes las plazas de Académicos de Número para el actual desarrollo literario de México, dispuso aumentarlas, y soy yo, por esto, el primer ocupante del sillón que se me ofrece. Por ahora mis escasos méritos no tendrán término de comparación, y serán los académicos futuros, los que me sucedan en el sillón que ahora inauguro, quienes darán la medida que reducirá mis

* Discurso de recepción como Académico de número, leído el día 11 de julio de 1953.

merecimientos a la pequeña proporción que tienen. Y aunque por lo pronto estoy a salvo de un parangón desfavorable, debo de confesar que ello no me consuela. Prefiero el juicio de mis contemporáneos, porque los jueces futuros sólo sabrán de nosotros por las páginas escritas que dejamos: les faltará el habernos visto vivir, nada sabrán de nuestras intenciones ni de nuestros anhelos, nunca podrán sentir esa corriente de esperanzas y deseos que mueven y redimen nuestro espíritu y que aunque no lleguemos nunca a realizarlos en cierto modo nos iluminan y nos engrandecen.

La lengua la crean la vida y el arte, las necesidades de inteligencia y comunicación entre los hombres y el impulso estético de dar forma a la vida interior: la lengua nace y prospera debido al pueblo y a los poetas. Y cuando el pueblo no tiene una vida activa, profunda, creadora, valiente y multiforme, su lengua se empobrece; y cuando el pueblo no tiene poetas que sean la voz de sus anhelos, sus ensueños y sus pensamientos, la lengua se empobrece también. Es una gloria para los pueblos hispanoamericanos haber contribuído al engrandecimiento de la lengua española con todas aquellas formas originales de su vida y con su constante actividad en el campo de la poesía. La lírica americana ha dado al español un ritmo más discreto, una línea más recogida, un dibujo más fino; nuestro espíritu ha puesto en un idioma rico, verboso y sonoro algo de reticencia, de brevedad intencionada, de expresiones contenidas, de música delicada y, de cuando en cuando, algún silencio armonioso.

La poesía es en nuestros pueblos una forma natural de expresión. Nos dice Bernardo de Balbuena que al certamen literario de 1585 concurrieron trescientos poetas; y la *Crónica de la orden de San Agustín en la provincia de la Nueva España* cuenta que, a los doce años, los muchachos "saben latín y hacen versos como los hombres famosos de Italia". Así, no debe de sorprendernos que apenas un siglo y medio después de la Conquista, en las postrimerías del siglo XVII, pase de España al Continente americano el cetro de la poesía lírica. En efecto, a la muerte de don Pedro Calderón de la Barca, en 1681, no hay en la península española un poeta más grande que la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz.

Y el hecho se repite a fines del siglo XIX, cuando aparece Rubén Darío, que además de ser el poeta en español más grande de su tiempo, enriquece y da una nueva orientación a la poesía como antes de él sólo lo había hecho Góngora. Sé muy bien que desde hace algunos años la crítica española se empeña en reducir la importancia de la renovación lírica iniciada en América. Es conocida su estrategia de acumular todas las realizaciones de la llamada generación del 98 —con todo y sus novelas y ensayos filosóficos— para probar que el movimiento español fue subjetivo, solemne y profundo, mientras que el modernismo —cuyo verdadero alcance ignora— es simple-

mente exterior, ligero y superficial. Pero sobre esta cuestión hay que acudir, más que a los críticos de última hora, a los grandes poetas españoles contemporáneos del modernismo. Muchos oyeron de labios de Antonio Machado todo lo que éste le debía a Rubén Darío, a quien llamaba maestro y en cuyo verso encontraba "toda la armonía del mundo". Y cuando tuve el honor de conocer al insigne poeta Juan Ramón Jiménez, éste me contó que, allá en los primeros años del siglo, se esperaban con impaciencia en Madrid los libros de los poetas modernistas impresos en América, los cuales, apenas llegados, corrían de mano en mano. Juan Ramón Jiménez sabe todavía de memoria todos los poemas de *Prosas profanas,* libro que considera fundamental en la renovación poética de lengua española.

Y de esta renovación, limitada al cuadro de nuestro país, quisiera yo tratar en esta ocasión. Puede fijarse, como es bien sabido, a partir de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). Aunque seis años menor que Salvador Díaz Mirón y uno que Manuel José Othón, su obra alcanza, antes que la de estos dos poetas, un nivel sostenido de calidad, una expresión lírica novedosa y congruente, y un amplio radio de influencia. Al morir Gutiérrez Nájera apenas había compuesto Díaz Mirón algunos de los poemas de *Lascas* (1901), primer libro que reconoció como digno de él, y Othón entraba en su segunda manera, después de haber escrito, durante más de quince años, centenares de versos que, ni siquiera por haber sido reunidos en un par de volúmenes, quiso que figuraran en su producción definitiva. A los veinte años, es decir ya en 1879, Gutiérrez Nájera hace poemas dignos de figurar en una antología, y sigue produciendo sin descanso hasta su muerte. Su obra, que difundieron dentro y fuera de México periódicos y revistas, hay que considerarla al mismo tiempo como la influencia de más alcance en la renovación de la poesía mexicana de fines del siglo pasado y como la producción de mayor resonancia entre los precursores del modernismo en Hispanoamérica.

El verso de Gutiérrez Nájera es flúido, musical, de matizada sonoridad; su estrofa tiene curvas que se pliegan a las ondulaciones de la confidencia; sus temas parten del alma, no son premisas demostrables ni razonamientos engalanados sino emociones y anhelos, recuerdos y temores; sacaba de la vida, borrando los perfiles del hecho concreto, una poesía de esencia universal en la que cabía el sentir de todos. A la influencia de la poesía española, que en ese tiempo ostentaba la solidez y reflexiva dramaticidad de Núñez de Arce, la filosofía entre profunda y vulgar de Campoamor y la rica orquestación verbal de Zorrilla, prefirió la ligereza, la gracia, la sabiduría desencantada y epicúrea, la música de tonos velados, los violines entre las enramadas de la poesía francesa, que conocía tan bien y en la que su predilecto parece haber sido Alfredo de Musset, espíritu con el que tiene tantas semejanzas su elegante lirismo.

Afinó la música del verso y dio al paisaje lírico una nueva y más íntima entonación. La ordenada exuberancia y el color verbal de su canto *A la Corregidora* no tienen precedente en nuestra lírica; sus versos a la muerte de Manuel Álvarez del Castillo trasportan a un original tono menor la música solemne de la elegía, y en el *Non omnis moriar* —su expresión más alta— corren fundidas en un cauce cristalino, por primera vez desde Sor Juana Inés de la Cruz, imágenes y palabras. Es el inequívoco amanecer de la poesía mexicana moderna, y no sería difícil demostrar que a su luz indecisa ya se adivinaban los senderos de la sensibilidad por donde habrían de internarse, acercándose cada vez más a nuestro tiempo, casi todos los grandes poetas anteriores a Ramón López Velarde (1888-1921): la tristeza dulce de Urbina, la naturaleza religiosa y dramática de Othón, la resignación entre estoica y cristiana de Nervo, y aun la grave voz de las cosas de González Martínez. ¿Influencia? Ya la perdió del todo. Sus imitadores —que hasta hace poco los tenía— enturbiaron sus lágrimas, destiñeron sus flores. Ha sufrido mucho de la popularidad que le dieron los salones familiares de gusto sentimental, pero no se puede negar que los imponderables de su poesía crearon el clima en que nació nuestra lírica moderna.

Dos grandes poetas, que ya hemos mencionado, aparecen con Gutiérrez Nájera; son figuras solitarias que vivieron en su provincia y que sólo ocasionalmente o por temporadas residían en la capital: Salvador Díaz Mirón (1853-1928) y Manuel José Othón. Al primero se le considera como el otro precursor mexicano del modernismo, y, en efecto, no puede negarse que, aun en su primera época, contribuyó a la renovación de la poesía hispanoamericana. Lo atrajo, al igual que a Gutiérrez Nájera, la poesía francesa, sólo que prefirió como modelo a Víctor Hugo en el aliento de sus catilinarias, en sus contraposiciones, en la fuerza de sus imágenes, en la finura con que observaba y describía la naturaleza, en la riqueza musical del verso y en la elegancia y variedad de la estrofa. Poco antes de 1884 (año en que va al Congreso Federal) y 1892, en que ingresa a la prisión por el asesinato de Federico Wólter, la voz de Díaz Mirón resonaba en el Continente como un eco de la fuerza americana. Sus cuartetas a Gloria y a Byron, su oda a Víctor Hugo y sus dos más grandes poesías de ese tiempo —*Sursum* y *Voces interiores*—, amén de otras composiciones menores, eran conocidas, aplaudidas e imitadas en toda la América. No sabemos cómo se hubiera templado y enriquecido esa fuerza porque su largo encierro en la cárcel cambió radicalmente el rumbo de sus intereses y la entonación de su canto: el poeta abandonó la causa del pueblo y la justicia, y se reconcentró en un lirismo castigado y precioso, según lo prueba su libro *Lascas* (1901).

Pero al fin acabó acidulando su poesía en cristales tan finos como no los conocía la lengua desde Góngora. Vertió una inspiración viril y conte-

nida, que recuerda acentos castellanos de los siglos de oro, en formas tan severas como ningún poeta se las impuso nunca. Realzó la música del verso suprimiendo, con gusto latinizante, las partículas; se prohibió aconsonantar dos adjetivos, y buscando equilibrio y variedad en los elementos armónicos del verso llegó hasta evitar que los acentos de él cayeran sobre vocales iguales. En sus últimas composiciones no hay un solo verso en el que se repita una vocal acentuada. En moldes tan severos no se ahoga, sin embargo, su poesía; nada delata esfuerzo tan considerable y, en general, el poeta cumple su hazaña con cierta elegancia de Hércules, lo mismo en las estrofas de gran entonación de la oda *A un profeta* que en las quintillas de cierto dejo popular de *A un pescador*. A la variedad de matices musicales del verso, Díaz Mirón agregaba esa armonía sugerente, nacida de misterios semánticos, que encierran la expresión precisa y la palabra insustituíble:

Ola que airada y túmida y resonante meces
en tus agruras íntimas el trágico despojo...

Lanuda grey blanquea, como bullente plata
que sobre ponto glauco revela oculto escòllo...

Le llaman parnasiano por ese decoro formal que —no hay que negarlo— endurecía a veces las líneas de su canto; pero debajo hay emoción, una emoción tímida de soberbia. Poeta sin discípulos y cuyos imitadores acaban siempre por rendirse a las tremendas dificultades del modelo, su influencia es de todos modos saludable en los poetas de valer y se la puede descubrir, siempre causa de continencia y nitidez, entre los más diversos de nuestro tiempo.

El desarrollo de Manuel José Othón (1858-1906) fue también lento y lo condujo igualmente a un afán de perfección formal. Empieza a dar a conocer sus poemas en periódicos y veladas literarias por el 1872, y aunque edita dos libros de versos (el primero en 1880 y otro en 1888) declarará más tarde que *Poemas rústicos* (1902) es el primer volumen de su obra poética. Su temperamento lo llevó sin esfuerzo a cierta nobleza clásica, y su arte, más que una larga paciencia, fue una larga pasión. La naturaleza no es en su obra el fondo decorativo y convencional de una poesía del género bucólico o pastoril: es el mundo en que alienta el poeta, y tiene, en sus fuertes y exactos valores, una vida dramática y una esencia religiosa. No hay un solo poema suyo que sea la simple visión impersonal del paisajista: en él la naturaleza tiene siempre un sentido y como una relación o paralelismo con la vida humana, hasta que llegamos al *Idilio salvaje* —uno de los grandes poemas de nuestra lírica —en donde los términos se invierten y el poeta, en intenso trance sentimental, no puede ya expresar los modos del alma sin recurrir en sus

imágenes a las formas y los cambios, a los tonos y la estructura de un paisaje natural. Clásico es también por esa reserva que lo hace parecer frío en una época en que todavía no se apagaban los ecos de las lamentaciones románticas, y porque podía resumir las normas y los ideales de su vida en los tercetos de las famosas epístolas morales castellanas. Othón cierra gloriosamente una tradición rica en nuestra poesía —la que preside Virgilio— que, comenzando en los poetas latino-mexicanos de la Colonia, da sus últimas flores en Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918) a quien lee Othón con devoción y provecho, y cuya obra cae más bien dentro de los cuadros de la poesía anterior a Gutiérrez Nájera.

Viene después Luis G. Urbina (1867-1934), uno de nuestros grandes poetas que, antes del triunfo del modernismo, había publicado su primer libro: *Versos* (1890). Con él se cierra, también gloriosamente, el romanticismo mexicano. Nadie ha expresado tan sencilla y poéticamente como él esas penas comunes a todos, esos dolores elementales, todo lo que nos da y nos quita la vida. Es un poeta de una capacidad técnica muy superior a lo que se cree generalmente. Como pintor de la naturaleza agrega a la línea neta y precisa de Othón un juego impresionista de luces y colores en que nadie lo supera; sus imágenes de las vicisitudes humanas son tan elocuentes como las de González Martínez, aunque los símbolos que escoge tienen una cierta ternura de cosa más familiar y cercana. Con el tiempo su lirismo se fue depurando hasta que de toda su sustancia romántica no quedó más que aquel fondo de poesía que dejan las penas y las alegrías de los hombres. Fue en una época el eslabón entre los salones familiares —que tanto dañaron el buen nombre de Gutiérrez Nájera— y las bohemias literarias, que aflojaron todas las cuerdas de la lira. Pero, lejos de unos y de otras, llegó a esa plenitud, fruto de experiencias de la vida y de la palabra, en que la melancolía se le deshacía naturalmente en música.

Ya en 1902, cuando publica Othón sus *Poemas rústicos* y Urbina sus *Ingenuas,* el modernismo había triunfado en América. En México, después de la *Revista Azul,* publicación semanal que fundó y dirigió durante su primer año de existencia (1894-1895) Gutiérrez Nájera, aparece, en 1898, la famosa *Revista Moderna,* de literatura y arte, que fue el órgano mexicano del modernismo triunfante. Alrededor de ella se agruparon los corifeos del modernismo en México, entre los cuales se contaba Amado Nervo (1870-1919), que se separó bien pronto del grupo, en 1900, cuando hizo su primer viaje a París, y después definitivamente, en 1905, cuando ingresa en la carrera diplomática. Fue en un principio poeta de inicial de antifonario y de cantos místico-eróticos, y también bardo de canción y de álbum; pero bien pronto lució un escepticismo inocente y una piedad maliciosa. Citaba entonces las *Horas, Hamlet* y el *Apocalipsis* no como quien engalana su duda sino como quien la

ahonda. Después vinieron la alabanza franciscana, la disculpa de las espinas por las rosas, la pasión de las lunas en las fuentes y la música de los viejos claves. Y al fin acabó por desnudar su alma. Su duda, su fe, su amor y su resignación dieron algunas de las mejores flores de la poesía española contemporánea. Mucho de su obra, sin embargo, vale como ferviente muestra de purificación espiritual, porque no siempre logró trasmutar en sustancia poética aquella su íntima preocupación por el destino de las almas. En él, lo mismo que en González Martínez, hay una zona en la que se confunden las vislumbres de un espíritu noble en depuración con los fulgores de la poesía.

El grupo de la *Revista Moderna* estaba formado principalmente por poetas, cuyo hermano mayor, defensor y mecenas era Jesús E. Valenzuela (1856-1911), director de la publicación, que también escribía versos, en los que nunca aplicaba al pie de la letra las nuevas doctrinas. De sus poetas escribió alguna vez, refiriéndose al gusto por ciertos excesos en la vida y en la técnica:

Beben hiel de vampiros a breves sorbos
y se han empecatado de Misa Negra...
Mandarines del verso lo han lapidado
con gemas que no vieron ni los asirios...

El grupo adoraba la materia, y su adoración iba, hacia arriba, a los mármoles de la Grecia que celebraba en sus discursos Jesús Urueta y a las estatuas y pinturas del Renacimiento que reproducía en sus páginas la revista, y, hacia abajo, a la estruendosa lujuria decorativa de *La bella Otero* de Tablada y la *Magna voluptas* de Rebolledo, ilustradas adecuadamente por Julio Ruelas. La filosofía que destilaba esa actitud era una especie de paganismo en que el mundo del ideal y de la acción perdía toda su fuerza de empeño elevado y noble. Eran los últimos tiempos del porfirismo.

En el grupo figuraba José Juan Tablada (1871-1945), espíritu inquieto y curioso, propagandista de Baudelaire y de Rollinat; aficionado, como los Goncourt, a las artes del Japón. Atento siempre a las nuevas corrientes literarias, se afiliaba a ellas con decisión y genio. Por entonces —porque lo veremos aparecer más tarde— su expresión más alta fue *Ónix,* un canto de nihilismo absoluto, tan a tono con aquellos tiempos de fingida decadencia. Figuraba también Efrén Rebolledo (1877-1929), parnasiano del erotismo, que representó mejor que nadie —una vez que Amado Nervo superó su primera manera— el espíritu, la técnica y las limitaciones del grupo de la *Revista Moderna.* Dentro de él hay que contar también a Balbino Dávalos (1866-1951) cuya producción poética original no supera el arte que ponía en sus mejores versiones de poetas franceses, ingleses, alemanes e italianos, y a Rubén

M. Campos (1876-1945) que, además de ensayarse en la poesía, dejó una novela, un libreto de ópera y, dispersos en los periódicos de la época, cuentos y críticas musicales.

En 1909 se funda el *Ateneo de la Juventud*. Una nueva generación literaria, con una cultura sólida y nobles propósitos estéticos, empieza a dar sus frutos. Entre los poetas Alfonso Reyes (1889) se destacó con sus lamentaciones bucólicas que recordaban a Virgilio y a André Chénier, y con su oda a Juárez en hexámetros españoles. Los vaticinadores literarios anunciaron que el autor de *La elegía de Ítaca* y la *Salutación al romero* sería el próximo gran poeta de México; pero Alfonso Reyes tenía muchas inquietudes y curiosidades en el vasto campo de las letras y no quiso dar a la poesía más que una parte de su corazón y de su tiempo. Figuró en el Ateneo, aunque ya desde su provincia —allá por el 1900— colaboraba en la *Revista Moderna*, Rafael López (1873-1943), poeta civil cuya fama nació cuando su poema *La leyenda de los volcanes* obtuvo el primer premio en los juegos florales de la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1911). En un principio se mantuvo dentro de la gran tradición de Santos Chocano y del primer Díaz Mirón, pero después se plegó a la nueva entonación lírica posmodernista, sin abandonar nunca su gusto por la forma ornamental y rica.

Los otros poetas del Ateneo fueron Manuel de la Parra (1878-1930), de fina sensibilidad y delicada imaginación, que vivía fuera del tiempo, en un mundo de leyenda, esperando siempre que el presente suavizara sus aristas al transformarse en recuerdo; Eduardo Colín (1880-1945), que nunca pudo dominar el verso —ni tampoco la prosa— y que bien pronto se dedicó por entero a la crítica, y Ricardo Gómez Robelo (1883?-1924), espíritu brillante, de un pesimismo que sólo quería compartir con los genios, que en sus escasas composiciones dejó muestra de su instinto lírico. Más tarde otros miembros del Ateneo, que habían dirigido la revista mensual *Savia Moderna* (marzo-julio 1906), cruzaron como exhalaciones por el cielo de la poesía: Luis Castillo Ledón (1879-1944), cantor melancólico de la vida que pasa, y Alfonso Cravioto (1884), que celebró pormenorizadamente en verso el arte y la vida de la época colonial.

Pero en el mismo año de 1909, en que se fundó el *Ateneo de la Juventud*, publicaba su tercer libro un poeta de provincia, Enrique González Martínez (1871-1952). Sus dos primeros libros habían sido nada más ejercicios prometedores y bien orientados, pero en *Silenter* (1909) ya sonaba una voz personal y persuasiva que pedía, con noble acento, que el alma se afinara

hasta que pueda
escuchar el silencio y ver la sombra.

Y *Los senderos ocultos* (1911) anunció un cambio sustancial en el ambiente poético. La obra de este poeta fue una reacción sin estruendo contra el tono sensualista del modernismo: miraba hacia adentro cuando todos celebraban los esplendores de la materia. Con el secreto poder y la finura que dan la soledad y la meditación iba diciendo en versos limpios cómo se llega al mundo por el camino del alma y cómo hay en las cosas "un alma y un sentido oculto". Su poesía fue una corriente de espiritualismo que coincidió en México con reacciones análogas en otros campos de la cultura. Los jóvenes, sintiendo que respiraban el aire de su tiempo, lo siguieron, aunque sin lograr nunca su sustantiva tonalidad antidramática, sus grises tan sabios. No hay ejemplo en nuestra poesía de un desarrollo más consciente que el suyo; sus paisajes espirituales son el mismo paisaje en visiones cada vez más finas y penetrantes. El poeta de la vida interior y del alma de las cosas ascendía, casi imperturbable, a la cumbre de la serenidad; pero al fin el dolor acabó por poner en su voz un sincero temblor más dramático que aquella antigua adhesión suya a la armonía universal. Su poesía meditativa, en la que el sentimiento imprimió sus huellas delicadas, ha dejado expresiones imperecederas.

En noviembre de 1910 estalla la Revolución Mexicana. En 1911 Porfirio Díaz va al destierro y sube a la Presidencia Francisco I. Madero. Durante unos cuantos años, que se suceden rápidamente, las diversas facciones luchan sin descanso. La influencia europea empieza a perder terreno. El mexicano de todas las clases sociales se ve obligado a pensar en "la situación nacional", a movilizarse a través del territorio en busca de seguridad personal o económica, a entrar en contacto con tradiciones y viejas costumbres, a conocer más de cerca las formas auténticas de la vida del país; en sus largos recorridos contempla durante días, cargado de reflexiones, paisajes y paisajes, y para olvidarse de sus angustias no tiene más que las fiestas típicas y los regocijos populares. Impuesto por las circunstancias y refrendado por el gusto, lo mexicano empieza a adquirir sabor y prestigio, y muy pronto robustecerá, dándoles perfiles propios, los temas de nuestra música y de nuestra pintura. Se despierta la afición por las artes populares y —ampliando el horizonte de lo nacional— el gusto por los monumentos arquitectónicos de la Colonia. En 1920 se consolida definitivamente el régimen revolucionario y principia a dar sus frutos el amor y el conocimiento de México y lo mexicano.

Durante ese período las voces de nuestros grandes poetas se han ido apagando. Salvador Díaz Mirón, después de su poesía a Hidalgo en la columna de la Independencia (1910), desapareció en la provincia y, a principios de 1914, su colaboracionismo con Victoriano Huerta lo llevó al destierro. Después de *Puestas de sol* (1910) Luis G. Urbina publicó otro libro admirable *(Lámparas en agonía,* 1914) y al año siguiente partió al extranjero. Amado Nervo se había desligado, desde su ingreso en el servicio diplomático, del

medio literario mexicano. Lo que por entonces producía José Juan Tablada era de poco valor, como lo prueba su libro *Al sol y bajo la luna* (1918). Enrique González Martínez, en plena producción y descubridor de un mundo poético nuevo, llenaba todo el escenario. Entre 1915 y 1918 publicó cuatro libros de alta calidad, y por encima de la violencia y la ceguera con que las facciones revolucionarias se atacaban, la lucidez del espíritu —que cantaba el poeta— era un refugio y una esperanza. Los poetas jóvenes de la capital, que entonces iban hacia los veinte años, siguieron por el camino sereno de González Martínez, aunque para imitar obra tan reflexiva les faltaban experiencias y dominio técnico.

Nuestra poesía, ya superado definitivamente el modernismo, se labraba en ese momento dos nuevos cauces: la exaltación de la vida provinciana y los conflictos del alma devota, de Ramón López Velarde, y la música verbal y la fiesta de los sentidos, de Carlos Pellicer. La producción de ambos es casi contemporánea en su difusión pública, pues *La sangre devota,* ya escrita en su mayor parte desde 1910, no llegó a publicarse hasta 1916, y muchos de los poemas de *Colores en el mar* (1921) fueron dados a conocer en reuniones y revistas literarias desde 1915.

Ramón López Velarde (1888-1921) lleva la poesía mexicana a un nuevo puerto. En lugar de buscar en las cosas "un alma y un sentido oculto", vivía la emoción de ellas. En su mundo el árbol, la fuente y la montaña, más que símbolos, son anécdotas. A la sabiduría del buho prefirió la misericordia de la paloma. Por una parte es un poeta nacionalista que incorpora a la poesía un México pintoresco: delicadas emociones de la vida provinciana, brillantes toques de color local y aun luces y sombras de feria. Esta parte de su obra —alimentada con sus propios recuerdos y en la que se siente la influencia de Francisco González León (1862-1945)— revela una visión original, una composición atrevida y un vigor decorativo que recuerdan momentos de la pintura moderna y que no ha alcanzado ninguno de sus imitadores. Pero el mejor poeta es sin duda el otro: aquel que con cierta novedad barroca cantaba los conflictos del espíritu y la carne. Su estilo violentado se prestaba a dar sentido a las contradicciones de la vida, a la confusión del alma. Su huella en la poesía mexicana es muy honda porque amplió el horizonte lírico y encendió el calor de las palabras. La carne, la muerte, el alma y su destino son los temas primarios de su poesía. No le contentaba la serenidad ganada por los demás: quería alcanzarla por sí mismo, y para ello vivía por su cuenta cada misterio con renovado pavor poético. Muchos lo han seguido al ambiente sentimental y pintoresco de la provincia, al escenario de las fiestas típicas y a las ferias de curiosidades nacionales; pero sólo los mejores llegan con él hasta ese lugar en que se sentía colgado de un hilo de seda sobre el abismo.

Carlos Pellicer (1899) venía del trópico, su provincia era el mar y la

selva. Más que meditarlo, quería gozar el mundo. Trajo a la poesía un regocijo por los elementos formales: el sabor de la palabra, la música del verso, la opulencia verbal del poema. En esta inclinación sensual por las formas palpitantes de la poesía, Pellicer defendía uno de los valores poéticos eternos. Su aportación a la lírica mexicana de aquel tiempo es muy importante. Representa, en una época en que la pintura vela y ensombrece sus tonalidades, al pintor que preconiza y reclama la fuerza del color. La palabra entonada y sonora y la admiración por la apostura heroica no podían menos que llevarlo a una poesía civil y de comunión con la naturaleza cuya ansia de magnitud sólo se conformaba con la figura de Bolívar y las aguas del Iguazú. En esta poesía de celebraciones, tan necesaria para la unión de los pueblos, Pellicer alcanzó acentos resonantes. No la ha abandonado todavía, todo lo que ha hecho es sustituir sus fáciles esquemas decorativos por una composición más estudiada y construída que a veces adquiere la solidez y el elocuente desarrollo de un solemne relieve antiguo. Su poesía, más por virtud natural que por influencia de las nuevas corrientes, ha ido enriqueciendo cada vez más su sustancia lírica.

En una interesante conferencia sobre *La poesía de los jóvenes de México* (1924) decía Xavier Villaurrutia que González Martínez, era, hacia 1918, "el dios mayor y casi único de nuestra poesía" y que posteriormente habían aparecido, para darnos con su pecado una tierra de más amplios horizontes, Adán (o sea Ramón López Velarde) y Eva (o sea José Juan Tablada). En efecto, Tablada había vuelto a México después de publicar en Caracas dos libros de poemas sintéticos y de versos ideográficos: *Un día* (1919) y *Li-Po y otros poemas* (1920). Temperamento literario de naturaleza femenina, había sido fecundado nuevamente al ponerse en contacto con el jaikay, primero, y con la poesía de López Velarde, después. Rico en inquietudes y en doctrinas, ofrecían poca variedad sus realizaciones, aunque, como buen hijo de la *Revista Moderna,* su capacidad técnica era admirable. Su influencia casi se limitó a la difusión del jaikay o poema sintético, género en el que logró verdaderas joyas dentro del auténtico espíritu japonés de un cuadrito miniatura y no sólo de la imagen feliz, simple y aislada. El jaikay se puso entonces de moda. Esas perlas verdaderas o falsas, rodaban de las manos de todos, aun de aquellos que nunca habían escrito versos. Algunos lo utilizaron como minúscula unidad de un poema, como cuentas para formar un collar: José Gorostiza en sus *Dibujos sobre un puerto* (1925), Torres Bodet en sus *Árboles para pintar en un biombo* (1925) y Xavier Villaurrutia en su *Suite del insomnio* (1926). Su boga pasó pronto, pero de cuando en cuando resucita, como en José Villalobos Ortiz *(Amor,* 1939) o en algunos de los *Renglones de Sevilla* (1947) de Francisco Orozco Muñoz, o en Manuel Ponce, que ha presentado escenas de la pasión de Jesucristo en lo que

podría llamarse jaikays "a lo divino" *(Misterios para cantar bajo los álamos,* 1947).

Este sería el momento de recordar un movimiento que, anunciado ruidosamente como una revolución, resultó al fin una simple escaramuza en la que había más buen humor que doctrina. Me refiero al "estridentismo" que, bajo la dirección de Manuel Maples Arce (1898), lanzaron Germán List Arzubide, autor de dos libros de poemas: *Esquina* (1923) y *El viajero en el vértice* (Puebla, 1926) y de una crónica fantaseada de *El movimiento estridentista* (Jalapa, 1926); el poeta Salvador Gallardo, autor de *El pentagrama eléctrico* (Puebla, 1925), Luis Quintanilla, que reunió en *Avión* (1923) su producción de cinco años, en la que había poemas escritos en París bajo la influencia de Tristán Tzara, y finalmente Arqueles Vela, que escribió una especie de historia de aquella aventura en *El café de nadie* (1926). Estaban afiliados al grupo los pintores Rafael Alva de la Canal y Leopoldo Méndez, y el escultor Germán Cueto. El movimiento, que lanzó manifiestos y tuvo una revista de propaganda *(Irradiador),* contó con mayores medios a partir de 1925, cuando Maples Arce fue Secretario del gobierno del Estado de Veracruz. Además de otras obras de difusión cultural publicó entonces la revista *Horizonte* (Jalapa, 1926-1927). Desde el punto de vista doctrinal el estridentismo tenía una posición antiliteraria y antirracional, un desprecio por la vieja estética y por la conciencia burguesa. Por su carácter negativo y por su incapacidad de ofrecer sustitutos para lo que quería destruir, tiene cierta semejanza con el dadaísmo, que había nacido en Suiza en 1916. En realidad el estridentismo fue más una humorada, una travesura entusiasta y juvenil que un verdadero intento de renovación estética. Su ambición teórica de "una forma vital, fecunda y fuerte de la poesía" nunca la realizó en la práctica; las obras que dejó, fuera ya del ambiente de sorpresa y desafío en que nacieron, han perdido casi todo su valor. Para tener donde colgar las imágenes novedosas y estridentistas, que eran toda su preocupación, tuvieron que conservar la estructura tradicional del poema. A veces no se trataba más que de un cambio de escenario: las lágrimas románticas de la despedida, en lugar de rodar a la sombra de un árbol, bajo un cielo estrellado o entre los cantos de los ruiseñores, rodaban junto al poste de la luz eléctrica, bajo un cielo que rayaban los alambres del telégrafo o entre los silbatos de las locomotoras. Puede, con mayor justicia, aplicarse al estridentismo el juicio severo que contra el dadaísmo pronunció André Breton cuando dijo que, a fin de cuentas, no había sido otra cosa que una manera de sentarse.

Un grupo de poetas, algunos de los cuales habían hecho sus primeras armas bajo las banderas de González Martínez, apareció en la ciudad de México. En 1919 fundaron un nuevo *Ateneo de la Juventud* en el que, además de Pellicer, Ortiz de Montellano, González Rojo, Gorostiza y Torres Bodet —a

quienes unía la amistad y un mismo credo literario— figuraban otros poetas de diversas extracciones y escuelas, como Martínez Rendón, Barajas Lozano, Martín Gómez Palacio y Luciano Joublanc Rivas. El Ateneo se disolvió lentamente y parte de sus elementos se reagruparon de nuevo, según un sistema de afinidades electivas, primero, alrededor de *La Falange* (1922-1923) que dirigían Ortiz de Montellano y Torres Bodet, y, después, de *Ulises* (1927-1928) cuyos editores fueron Xavier Villaurrutia y Salvador Novo. Finalmente —acaso para ofrecer al estridentismo un ejemplo de dignidad profesional— se congregaron todos ellos alrededor de una importante revista literaria que dio su nombre al grupo. *Contemporáneos* (junio 1928-diciembre 1931), que en un principio editaron Bernardo J. Gastélum, Torres Bodet, González Rojo y Ortiz de Montellano, quedó al fin en manos de este último, quien la dirigió durante cerca de tres años.

En la poesía, campo de sus más finas realizaciones, el grupo de *Contemporáneos* tiene con el de la *Revista Moderna* algunos rasgos comunes: su conciencia artística, su capacidad técnica y su atención a los mejores modelos europeos del momento. Jaime Torres Bodet (1901) fue el que publicó primero (*Fervor,* 1918) y el de más abundante producción; entre 1922 y 1925 sacó siete libros de versos, de los que sólo ha querido conservar los poemas que forman un volumen antológico (*Poesía,* Madrid, 1926), y posteriormente tres más. Una línea clara, puntual, expresiva le permite seguir con elocuente dibujo los perfiles de su pensamiento y los relieves de su emoción; ejerce sobre ella tan seguro dominio que no parece dejar nada al azar de la inspiración. La obra de José Gorostiza (1901) no se compone, en cambio, más que de dos pequeños libros que contienen todo lo que ha querido salvar de sus ejercicios poéticos; para él la poesía es un orden sutil, una red de iluminaciones, una estructura poderosa e invisible en que descansa la vida de las cosas y que el verso adivina y revela en sus momentos de más alta inspiración, es decir, cuando el espíritu lúcido encuentra el camino de comunicación con ese orden interior y luminoso. La muerte de Xavier Villaurrutia (1903-1950) a los cuarentisiete años es, después de la de López Velarde, la pérdida mayor de nuestra poesía en lo que va del siglo; poeta de extraordinaria sensibilidad, tan rico de símbolos felices y profundos con los que expresaba una angustia que nunca perdió su pureza de dibujo ni su elegante resonancia lírica, fue afinando —al mismo tiempo que su verso— su visión del alma y sus presentimientos de la muerte. Uno de los escritores del grupo de mayor cultura y más fino instinto literario es sin duda Salvador Novo (1904); su poesía alimenta sus raíces en una zona de punzante sensibilidad, como desde el primer momento lo probó el muchacho irónico de *Veinte poemas* (1925), y ahora se desnuda en un canto profundo, ardiente y desolado, de intenso lirismo, compuesto con las más puras esencias modernas. Bernardo

Ortiz de Montellano (1899-1949), que comenzó con poemas de sabor infantil, tardó mucho en madurar; pero al fin logró una entonación grave y personal, un aire de experiencia enternecedora y cínica, un arte de disolver las últimas esperanzas en los desencantos eternos, y una composición tan perfecta en sus cuadros entrecortados y sintéticos que coloca sus últimos poemas entre las mejores realizaciones del grupo de *Contemporáneos*.

A partir de este momento, la poesía, ya orientada hacia las nuevas formas, enriquece su caudal y amplía su cauce, de modo que cualquier estudio que de ella se haga tendrá que tener en cuenta no sólo la producción de la capital sino también la de provincia, cada vez más abundante y valiosa. En la ciudad de México el grupo de más relieve tuvo como centro la revista *Taller* (1938-1941) cuyo solo nombre revela ya la dignidad que se concedía al "oficio". Octavio Paz y Efraín Huerta (ambos nacidos en 1914) respondían a las demandas de su tiempo con un verso cargado de esencias líricas y con un noble interés por el triunfo de la justicia en el seno de las sociedades y en el campo internacional; ambos cantaron a la España republicana cuando luchaba contra el fascismo, pero posteriormente sus caminos se separan, pues mientras Octavio Paz, después de su contacto en París con el grupo superrealista, parece haber renunciado a la redención del hombre y de las naciones como tema poético, Efraín Huerta —que acaba de visitar los países de la Europa oriental— celebra, a veces con más entusiasmo que arte, la organización y la vida ciudadana de las repúblicas soviéticas y de sus aliados. Para Rafael Solana (1915) la poesía es una especie de juego en el que entra y sale según las variaciones de su humor, siempre dando pruebas de su sentido lírico y luciendo un estilo que, con poco esfuerzo, puede multiplicar sus cualidades. Un sentido más hondo de la misión del poeta lo tuvieron tanto Alberto Quintero Alvarez (1914-1944) como Rafael Vega Albela (1913-1940), que en su breve existencia dejaron expresiones espirituales tan delicadas y reticentes como si su conciencia de artistas y el presentimiento de una muerte cercana los hubiera orillado a dar un perfil de sobriedad y reserva a su melancolía. Dentro del grupo de *Taller* hay que considerar también a Neftalí Beltrán (1916) en quien la poesía tiene un aire de confesión resignada en la que va dejando caer un desencanto apasionado que nadie representa mejor en nuestra lírica que Salvador Novo. En *Tierra Nueva* (1940-1942), una revista contemporánea de la anterior, apareció un pensador como Leopoldo Zea (1912) y un crítico como José Luis Martínez (1918), pero su contribución principal a los cuadros de la lírica fue Alí Chumacero (1918) a quien puede considerarse por ahora como el poeta más completo y prometedor de las generaciones posteriores a *Taller*.

La revista *Rueca* (1941) reunió a un grupo de jóvenes escritoras, entre ellas Carmen Toscano (1910), uno de los más finos temperamentos líricos

de nuestro tiempo, que había publicado su primer libro de versos desde 1934. A ese propósito es oportuno observar que, en el desarrollo de la poesía mexicana moderna, tiene una importancia capital la producción femenina, tan diversa de la de otros países hispanoamericanos, sobre todo porque, más que de las frescas gracias de la carne, vive de las iluminaciones del espíritu. Después de María Enriqueta (1875), que dejó notas líricas de la más extremada ternura, las poetisas, exquisito ornamento del sentimental siglo XIX, parecían haber desaparecido del campo de la literatura nacional. Pero por el 1935 empezó a destacarse una brillante pléyade que, en los estilos más variados pero siempre dentro de la entonación moderna, dio voz a todas las variaciones del alma: el ansia del amor divino que aquieta la tempestad de las pasiones, como en Concha Urquiza (1910-1945) y Emma Godoy (1918) y más recientemente Gloria Riestra (1929); la rica soledad interior, en la que cambian de calidad las experiencias del mundo, como en María del Mar (1909); los dramáticos problemas de la vida y la muerte, presentados con tanta valentía por Guadalupe Amor (1920) y con puntual resignación por Dolores Castro (1923); los bien dibujados símbolos poéticos, que apagan la sed de artistas como Margarita Michelena (1917) y María Luisa Hidalgo (1918); la esperanza de redención de hombres y pueblos, que enciende los cantos de Margarita Paz Paredes (1922), y la inspirada adivinación de los enigmas de nuestra raza muerta, como en Rosario Castellanos (1925).

Hay que agregar que, en nuestro actual desarrollo literario, tiene también gran importancia la poesía religiosa. No hay duda de que ha cobrado en México, y en todo el mundo, un mayor impulso, que acaso se deba a que la religión, asediada en todas partes por nuevos credos y doctrinas enemigas, ha tenido que robustecerse para sobrevivir, y a que, paralelamente a este movimiento, se ha realizado una renovación de la expresión poética cuya principal consecuencia ha sido un nuevo florecimiento de la poesía. Lo cierto es que si comparamos, por ejemplo, los versos religiosos del padre Federico Escobedo (1874-1949) con los del padre Alfredo R. Placencia (1873-1930), en cuya obra se sienten ya los efectos de esos dos fenómenos, no nos será difícil apreciar el avance de nuestra poesía religiosa, que, al mismo tiempo que una fe más ardiente y combativa, luce ahora símbolos más frescos e imágenes más ricas en significación y color que renuevan su capacidad para impresionar y conmover, que ya habían perdido las viejas formas. Después del padre Placencia y al lado de las tres poetisas atraídas por el amor divino, que hemos citado antes y entre las cuales hay que destacar a Concha Urquiza, habría que añadir los nombres de Alfonso Junco (1896) y Gabriel Méndez Plancarte (1905-1949) cuyo arte ha encontrado expresiones novedosas y felices, y al mismo tiempo intensas e inspiradas, para cantar el drama del Calvario y el frondoso y perenne vigor de la Iglesia católica, así como los de

Francisco Alday, Manuel Ponce (1913) y Joaquín Antonio Peñalosa (1923), que han trasportado al campo del lirismo religioso formas y recursos que sólo había ensayado la poesía profana; que han desentrañado, en el incidente diario y vulgar, su poética esencia mística, y que, en general, han probado que la verdadera devoción y el amor a Dios guardan mejor su fuerza y ardor original cuando las palabras en que corren no dejan empañar sus cristales por el rebuscamiento y la retórica.

Como centro de un grupo al que, además de su deseo de servir al arte, une el propósito de realizar obras que caigan dentro de las más nuevas orientaciones literarias, hay que mencionar la importante revista *América* (fundada en 1942) que, primero en forma independiente como "tribuna de la democracia" y, después, como órgano del Departamento de divulgación de la Secretaría de Educación Pública, ha dado a conocer, en sus páginas y en ediciones especiales, diversos aspectos de la literatura nacional. En el campo de la poesía, además de la producción de los miembros de su comité de redacción, en el que figuran poetas tan representativos como Roberto Guzmán Araujo (1911), Efrén Hernández (1903) y Margarita Michelena (1917), ha acogido, con el criterio más amplio y generoso, versos y poemas de autores mexicanos de todas las escuelas y tendencias, de manera que para conocer la verdadera situación de nuestra poesía moderna es indispensable ocurrir a sus páginas.

En los últimos años ha aumentado la importancia de los centros literarios de provincia como productores de poesía. Entre ellos hay que mencionar en primer lugar a Guadalajara (Estado de Jalisco) que desde la *Bandera de Provincias* (1929-1930), que dirigió Gutiérrez Hermosillo, no ha dejado de tener revistas literarias que son al mismo tiempo núcleo de trabajo y medios eficaces de estímulo y difusión: *Indice* (1936-1937), *Prisma* (1940-1941), *Ariel* (que nació en 1949) y *Et Caetera* (que se publica desde 1950). Con Alfonso Gutiérrez Hermosillo (1905-1935), que dio pruebas solemnes de su agudo instinto literario y de su extraordinaria visión poética, entra de lleno en nuestra poesía moderna el grupo jalisciense: Manuel Martínez Valadez (1893-1935), Elías Nandino (1903), Emmanuel Palacios (1906), Octavio Novaro (1910), Adalberto Navarro Sánchez (1918), María Luisa Hidalgo (1918) y Emmanuel Carballo (1929).

La ciudad de San Luis Potosí —por mucho tiempo centro universitario de una extensa zona del país— ha visto desfilar por sus aulas a poetas de otros Estados, en cuya actividad literaria ha obrado como verdadero estímulo el gusto y entusiasmo ambiente por las bellas letras; recordemos, entre otros, a Ramón López Velarde (1888-1921) que hizo la carrera de abogado en su Instituto Científico y Literario, y a Concha Urquiza (1910-1945) que pasó cinco años estudiando y enseñando en su Universidad. Los diversos gru-

pos literarios cuentan actualmente con tres revistas: *Letras Potosinas,* que nació en 1943 y se mantiene gracias a los esfuerzos de Luis Chessal; *Estilo* (1945), sostenida por un grupo de personas amigas de la cultura, y *Cuadrante* (1952), órgano de la Universidad. Después de los poetas que, como Jorge Adalberto Vázquez (1886), José Antonio Niño y Jesús Zavala (1892), principiaron dentro de las tendencias modernistas y al fin se afiliaron a las nuevas corrientes líricas, San Luis Potosí cuenta en la poesía del momento con figuras como Miguel Alvarez Acosta (1907), Manuel Calvillo (1918), Joaquín Antonio Peñalosa (1923) y Jesús Medina Romero (1921) que, nacido en Guanajuato, se estableció en la capital potosina desde los diez años.

En Coahuila se puede decir que funcionan simultáneamente dos pequeños centros: el de Torreón, que publica la revista *Cauce,* fundada desde 1948 y dirigida por Rafael del Río (1915), uno de los temperamentos líricos más finos del Estado, y *Papel de Poesía,* que vio la luz en 1940 y que editaron por mucho tiempo, además de Rafael del Río, los poetas Jesús Flores Aguirre (1904) y Héctor González Morales (1917), hermano de Otilio González (1894-1927), que alcanzó a publicar dos libros de versos y cuya muerte prematura lamentan los amigos de las letras.

De los poetas más jóvenes es difícil hacer un juicio que tenga valor permanente, pero podemos afirmar que todos sienten la poesía de su tiempo, algunos en forma original y otros suscribiendo la retórica de moda. Es indudable que el tono general de nuestra lírica se ha elevado y que en los modelos que ahora privan, la sustancia lírica es más concentrada y rica. No creo que sea prematuro decir que en las nuevas generaciones literarias se anuncia ya una saludable ampliación del horizonte humano y una mayor sensibilidad para los problemas y preocupaciones de esta hora nerviosa en que vivimos.

Nuestra poesía se ha enfrentado en los últimos años con un problema que no acaba de resolver: el *imperativo social,* la exigencia de que comparta y haga sentir la importancia de los nuevos valores sociales. Las soluciones más fáciles —a todas luces insuficientes— han sido la "poesía política", el poner en verso frases o principios de acción social nacionales o de otros países; la "poesía del pueblo", la celebración de la vida humilde, del trabajo, de los dolores del proletario, y la "poesía de la vida nacional", que canta costumbres autóctonas, tradiciones pintorescas, temas folklóricos que se confunden —en su oposición a las condiciones de existencia de otras clases— con la celebración de la vida humilde y también con los nuevos programas de acción social. Y aunque no hay nada en estas tres zonas que las excluya radicalmente del campo de la poesía, y aunque nuestra lírica moderna ofrece ejemplos —no muy abundantes, por cierto— de plausibles realizaciones en cada una de ellas, nadie podrá negar que hasta ahora esta poesía de ins-

piración social no ha llegado a tener ni la calidad ni la importancia que le asignaban los nuevos teóricos del arte para las mayorías. Su expresión poética tendrá que venir, porque esos valores sociales se sienten cada vez más y porque han entrado ya en la vida del hombre y acabarán por insertarse en su mundo poético; pero es evidente que la solución tendrá que encontrarse por el camino de la poesía misma y que nunca tendrá verdadero sentido sino para aquellos para quienes tenga sentido la poesía.

No hay duda que en el campo de la lírica, México y los demás países hispanoamericanos han alcanzado su más alto nivel estético. Pero ¿esta dedicación a la poesía no ha sido sacrificando otras actividades ni en perjuicio de la realización normal de las funciones públicas, de la buena marcha y organización del Estado? Si pues Platón expulsa a la poesía de su República ideal ¿no debemos de acatar la sentencia del gran filósofo y del gran artista? Afortunadamente sabemos ya que Platón se arrepintió a última hora y que en sus cartas, al final de su vida, pronunció palabras de reconciliación. Estas palabras consoladoras no pueden menos que regocijar a todos los pueblos de América que han sido siempre idealistas fervientes y amantes fieles del arte, y que no hubieran podido nunca organizar una República que cerrara para siempre sus puertas a la poesía.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR

EL interesante discurso que acabamos de oír tiene por tema nuestra poesía, y ello sólo fuera motivo para eximirme de contestarlo, por falta de trato con las Musas. ¿Y cómo no, si el Fénix de los Ingenios, estro insigne, se sintió confuso y atajado por su ignorancia para juzgar la nueva poesía de su época, a petición de su patrón el Duque de Sesa? Pero me obligan la amistad y el aprecio, y así, trataré de hacer honor al acadêmico entrante, ciñéndome a enumerar sus múltiples dotes, y apuntando, al fin, unos cuantos débiles comentos sobre nuestro Parnaso.

Este hombre de gris cabeza, pero de travieso rostro, que hoy es recibido formalmente en la Academia Mexicana, a través de mi desautorizada voz, fue un sabio prematuro, tanto, que allá en la primera década de este siglo, cuando era estudiante, sus compañeros lo incluyeron en un grupo al que, rememorando a los de Grecia, apellidaron "los Siete Sabios", pues se distinguía por su juicio y por su afición al estudio. Esta apreciación ha sido confirmada oficialmente, en la madurez de nuestro entrante, por su elección para integrar el grupo de distinguidos hombres de ciencia que forman el Colegio Nacional.

Antonio Castro Leal puso, efectivamente, la proa del bajel en que iba a hacer su periplo vital rumbo a la Atlántida misteriosa del humanismo. Ayudáronle a marear, al principio, maestros como Pedro Henríquez Ureña, que aconsejaba disciplinas mentales rigurosas, únicas que abren un resquicio por el que se puede contemplar la maravilla del cosmos.

La naturaleza lo siguió con la marca de la inquietud, y su vida ha sido multiforme y plena. Después de estudiar Leyes en nuestra Facultad de Derecho (donde crucé su camino como incipiente y poco convencido maestro), se lanzó a la diplomacia, y comenzó a conocer mundo, el geográfico, y el muy deleznable, desgraciadamente, del Derecho Internacional, que hoy se desmorona en risa... o en lloro ante la fisión del átomo. Cosa sabida es que

como en los países pobres el intelectual topa con grandes dificultades para vivir, se refugia en el servicio exterior, que brinda oportunidades de cultura y de conocimiento de pueblos, la mejor escuela para apreciar el propio. En los países latinos esa era la costumbre, hasta la primera década de esta centuria. No sucede lo mismo en los sajones, en donde el diplomático se escoge de entre los políticos, o de entre los cresos que se hacen abrir, con varita de oro, las puertas de los círculos elegantes, para limarse un poco. Ello explica por qué los latinos tuvimos antes mejor diplomacia que los sajones, por lo menos en el papel.

Castro Leal hizo sus primeras armas en Chile, desempeñando el puesto de "observador" en la Quinta Conferencia Panamericana, a la que México no concurrió, señoreándola, sin embargo, debido al azoro que causó que una república débil, no reconocida por los Estados Unidos en aquellos días, osara arremeter contra el panamericanismo monroísta, defendiendo el ideal bolivariano.

La *Revista Mexicana de Derecho Internacional,* de la que fui director, publicó entonces una crónica de aquella reunión, vista por "un mexicano". anonimidad tras la cual asoma el talento de Castro Leal. La política exterior de los Estados Unidos comenzó a modificarse desde aquella época, al influjo de la opinión de los ciento y tantos millones de hombres que hablamos español, y yo me ufano de haber militado, como soldado ínfimo, en las filas de los que atacaron el mito monroísta escondido en la Unión Panamericana.

Refiriéndose a lo anterior nuestro "observador mexicano" decía: "La Quinta Conferencia se abría bajo condiciones que nunca se habían verificado antes; nunca antes se había hablado tan claro contra la política de los Estados Unidos, como se ha hecho en los últimos tiempos; nunca antes tampoco se había dicho la verdad escueta sobre el valor de las conferencias panamericanas, y mucho menos, nunca antes ninguna nación americana había osado declinar el ser representada en esas conferencias, alegando motivos plausibles, como México. Por todas esas razones había gran expectación, y los pesimistas auguraban un quinto fracaso. Pero, verdaderamente, la vitalidad de las naciones latinoamericanas, su conciencia cada vez creciente de sus intereses comunes y de la amenaza que para ellas significa la política absorbente de los Estados Unidos hicieron que la Quinta Conferencia fuera un triunfo y un éxito, y que en ella se echaran las bases de una unión más perfecta y más equitativa, que pueda trabajar por los intereses de las naciones que descubrió Colón".

Nuestro "observador" supo también valuar con sagacidad el personal de las diferentes delegaciones, comentando la parte que tomaron en el debate que se entabló para reformar la constitución de la Unión Panamericana,

arrancando su hegemonía a los Estados Unidos. Supo emplear, bajo la sagaz dirección del ministro don Enrique González Martínez, ilustre colega nuestro, sus ligas con los principales personajes que intervinieron en la conferencia, para sacar avante, por medio de otras bocas, las tesis de dignidad y de justicia que provenían directamente de México.

Sus actividades de los años posteriores no desdicen de este comienzo: es, sucesivamente, Consejero Jurídico de la Comisión de Aviación Comercial; Asesor Técnico y Secretario General de la Sexta Conferencia Internacional Americana; Delegado Plenipotenciario a la Conferencia Internacional sobre tratamiento de extranjeros; Observador Oficial ante la Sociedad de las Naciones; Delegado Plenipotenciario a la Conferencia para la Uniformidad de Legislación en materia de letras de cambio, pagarés y cheques; Secretario General de la Delegación a la Conferencia Monetaria y Económica de Londres. Y aunque los puestos que en seguida voy a nombrar no son esencialmente diplomáticos, hay que agregarlos aquí, porque tienen grandes afinidades con la materia: fue representante de México ante la Unesco, y Presidente de la Delegación de México en las conferencias generales de ese organismo, en París y en Florencia; todavía pertenece al Consejo Ejecutivo de aquel cuerpo.

Amén de lo anterior, ha desempeñado diferentes puestos administrativos y bancarios: como Jefe del Departamento de Bellas Artes, como Director de Supervisión Cinematográfica; como Miembro del Consejo de Administración del Banco Nacional Hipotecario y de Obras Públicas, y de la Asociación Nacional Hipotecaria, S. A.

La esbozada hoja de servicios sería suficiente para hacer honor a cualquier persona, así se hubiese confinado a esas tareas. Pero por lo que toca a Castro Leal, todos los trabajos enumerados no son sino la corteza, por decirlo así, de su verdadero ser, que es el de humanista. Su afición por esta rama del saber se manifestó desde sus verdes años, y ya en 1914 lo tenemos constituido en profesor de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria. En la misma fecha funda la cátedra de Literatura Hispanoamericana y Mexicana en la Escuela de Altos Estudios; profesa la de Derecho Internacional, en la Facultad de Derecho, y sus destacadas actividades docentes lo llevan, en 1929, a la Rectoría de la Universidad Nacional de México. De este puesto lo hicieron caer, como a tantos otros, las turbas estudiantiles advenedizas, que desde entonces se habían tornado enemigas de todo estudio serio.

Y así llegamos a punto de considerar su personalidad literaria, que es la que la Academia ha mirado para llamarlo a su seno.

Puede afirmarse que se significa por sus dotes de valoración y de ordenamiento en el campo de nuestras letras. Porque su talento es crítico. Desde el principio supo que hay que conocer directa y personalmente los textos, no

fiando en impresiones ajenas. En sus cátedras, puso en manos de los alumnos cada obra viva, se la hizo sentir, y apreciar con observaciones y comentarios pertinentes. Y como su cultura es universal (ya Alfonso Reyes dijo que es ciudadano de todas las literaturas), estableció comparaciones entre ellas y descubrió mutuas influencias.

Su atención se dirigió primeramente hacia el espléndido mundo de las letras castellanas, inigualado por ninguno otro. Luego se aplicó a lo patrio. Como los navegantes y cartógrafos trazan en el papel los mundos recién descubiertos, él ha retrazado el mapa de nuestras letras, captando su línea de desarrollo, su génesis geológica, por decirlo así, que consiste en auscultar su íntima entraña y su sentido; ha medido cumbres, graduándolas exactamente; algunas veces ha ascendido a ellas para conocerlas palmo a palmo. Su hermenéutica es minuciosa y sesuda, y lo induce a grandes búsquedas entre viejos papeles y antiguas ediciones, para fijar textos y datos.

El público lector le debe noticias sobre muchos de nuestros artistas; pero en la imposibilidad de comentar todo lo que ha escrito, destacaré lo que me parece principal.

Ahí está su estudio del primer poeta mexicano Francisco de Terrazas, al que ha desenterrado de entre la polilla de los siglos. Hijo de conquistador, "fue hombre de calidad, señor de pueblos... gran poeta". Tuvo huelgo para dedicarse a la poesía, y quedan de él algunas composiciones completas y fragmentos de otras. Su obra máxima fue el poema épico *Nuevo Mundo y Conquista,* que quizá nunca terminó. Lo que de él se conoce lo demuestra más bien lírico que épico, pero, dice Castro Leal, "no le falta trazo vigoroso y rápido en las descripciones... ni tampoco facilidad y aun cierta sutil elocuencia en las arengas; pero no hay ningún fragmento suyo que nos pruebe que era igualmente capaz de pintar el valor y el heroísmo, la decisión y la resistencia de españoles y mexicanos, el choque de las fuerzas en lucha, y todos aquellos episodios sangrientos y gloriosos que son necesariamente el tema central de un poema épico sobre la conquista de México".

Descuella entre los productos del ingenio de Castro Leal su libro *Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra.* Agota lo que se puede saber de la existencia del dramaturgo; no ha dejado archivo sin escudriñar ni estudio anterior sin leer. Sin embargo, poco se alumbra la personalidad del ilustre corcovado, y para penetrar en su ánima hemos de seguir ateniéndonos a lo que revela su parca pero castigada producción. Observa Castro Leal que sus comedias "están bien construidas, son ingeniosas y su estilo es sobrio y pulcro. Son menos arrebatadas y líricas que muchas otras del tiempo, pero lo que pierden en vuelo y movimiento lo ganan en coordinación y en realidad humana. Hay en ellas un orden que trata siempre de justificar el desarrollo de la acción y las ondulaciones de la conducta, y, en las mejores, un equilibrio en-

tre la intriga y el carácter de los personajes... No es Alarcón el tipo del artista de fácil inspiración que, como por milagro, produce en su primera juventud una obra significativa. Pertenece a la categoría de los temperamentos reflexivos que se educan más por concentración que en la práctica continua de las letras. Como trabajador era lento y cuidadoso, aunque bajo la presión de la necesidad o el compromiso pudiera producir con un ritmo más acelerado, sin menoscabo de la calidad de su obra... En la comedia tradicional va acentuando los perfiles de los personajes y relacionándolos más íntimamente con el juego de la acción; es el principio de la comedia de caracteres..."

No puedo seguir a Castro Leal en la atinada síntesis que hace de cada una de las comedias alarconistas, y paso a ojear el capítulo en que habla de su espíritu y de su arte. Ataca la opinión de que era supremamente un moralista, y con muy buenas razones comparte la opinión de Menéndez Pelayo, respecto a que Alarcón "nunca amenguó los derechos de la imaginación en aras de un dogmatismo ético".

Ni fue tampoco el móvil de su arte el resentimiento, por su defecto físico. Su estoicismo lo purgó de este estéril estado de ánimo.

¿Y qué hay del mexicanismo de Alarcón? Henríquez Ureña cree que tal calidad está compuesta de discreción, sobriedad, mesura, observación fina y maliciosa, cortesía, inclinación clásica, tendencia epigramática, temperamento reflexivo y preocupación ética. ¡Oh, cuántos elementos sutiles y raros, y qué difícil poseerlos en un nuevo mundo en el que chocaban aún los aceros y las obsidianas, la civilización renacentista y la que adoró al dios Huitzilopochtli! Yo he intervenido en esta disputa del mexicanismo, negándolo; y Castro Leal cree que mi opinión, por tajante, es falsa. Explicaré que la expuse para derrotar a un patriotismo de similor, que intenta absorber por completo al dramaturgo, arrancándolo a su matriz que es la literatura castellana. Castro Leal observa, con razón, que el medio transforma al hombre, y escribe: "Las virtudes y los vicios españoles se iban combinando en el novohispano en distintas proporciones. Aunque el español no se hubiera mezclado nunca con el indio y hubiera podido mantenerse como una unidad étnica plantada en otro medio geográfico, habría adquirido un nuevo matiz psicológico, como acontece con los grupos ingleses fuera de las islas británicas". Al final de su sesudo examen de esta cuestión, concluye: "Creo que —*por una de esas anticipaciones* en que concurrieron, además de causas particulares, las generales que desde el siglo XVI iban modelando nuestra psicología— la obra de Alarcón *anuncia* los rasgos predominantes del espíritu mexicano".

Estoy conforme con tal *anuncio*, aunque mantengo cierta reserva por eso de las anticipaciones, que parece vaga entelequia.

Muchas inteligentes y útiles intervenciones de Castro Leal en las letras patrias constan en la Colección de Escritores Mexicanos, que publica una

conocida casa editorial. Entiendo que la iniciativa del proyecto le corresponde en gran parte. Ha prologado varios de sus tomos, y es de esperarse que algún día reúna esos estudios en un libro.

Como humanista que es, conoce bien a nuestros historiadores. Del *Don Juan de Zumárraga,* de Icazbalceta, hace resaltar su verídica pintura de la vida colonial de los primeros años; loa también la labor de los frailes catequistas sobre la de los conquistadores, cosa que aún hoy no acaba de reconocer la manida clerofobia.

Al presentar los *Recuerdos de la Invasión Americana,* de Roa Bárcena, reconoce la honestidad del cronista, que dice sin ambages lo que entonces hicimos y lo que dejamos de hacer.

Observa, respecto al perdidizo Fray Servando, su narración amena, sus sentencias semejantes a las de Quevedo, por lo sabrosas y sintéticas, y usando la ideología de Heidegger, concluye que, en su lucha dentro de las corrientes de su tiempo, fue sólo un estar-en-el-mundo, y que ya añoso se convenció quizá de que la carrera de cada uno no es factura de su yo, sino de lo que quiere la vida.

Del cronicón de Antonio de Robles, hace notar su impersonalidad, y lo útil que es para conocer sucesos de los siglos XVII y XVIII.

Otea Castro Leal en el campo de nuestra novela, del cual no han brotado hasta hoy frutos opimos, y sitúa a algunos de sus cultivadores: Payno, el autor de tantos folletines populares, con tipos, sucesos y costumbres nacionales, trazados en grandes frescos, que hacen conocer la segunda mitad del siglo XIX; su émulo don Vicente Riva Palacio, dedicado a la novela histórica, fantaseador de caracteres reales como Martín Garatuza y Guillén de Lampart, o de hazañas como las que ejecutaban los piratas del Golfo; Cuéllar, cuya *Linterna Mágica* proyecta con arte estática y con propósito moralista los tipos y las costumbres de la restauración de la República, después de la Intervención francesa; Justo Sierra, imaginación volcánica e idealidad becqueriana, inicia en sus *Cuentos románticos* la influencia francesa que se había de afirmar en Gutiérrez Nájera, tiene una prosa evocadora, es más artista que sus predecesores y contemporáneos que se dedican al género novelesco; don José López Portillo y Rojas, realizador de la novela nacionalista que aconsejaba Altamirano. *La parcela* es tema mexicano en forma española, con dibujo simple y preciso, y buen estilo, una de nuestras mejores novelas; don Rafael Delgado, del mismo tipo, pero con más poesía, una poesía burguesa, que ahonda en los personajes, su lengua es limpia y clara, no pesa, según Castro Leal; como ejemplo de la nueva concepción de la novela, que recibe el impulso del naturalismo, pone a Carlos González Peña, en su precoz realización de *La Chiquilla,* y más adelante, en sus trasuntos de las primeras vaharadas de la Revolución.

Alfonso Reyes le merece un lugar señalado como hombre de letras *ex officio,* dedicado por entero a ellas. Juega sutilmente con las ideas; no es un literato para el vulgo, tampoco para los literatos, sino para sí mismo. Malabarista universal.

De varios portaliras, ha ofrecido al público una visión singular, pero como los incluye también en el magnífico panorama de la poesía mexicana moderna que acaba de leernos, entro de lleno a decir lo que éste me sugiere.

Supone, dígolo desde luego, un inmenso trabajo de documentación, y una profunda y sensitiva tarea analítica. La primera parte es perfectamente visible: lee las obras que comenta en sus diversas ediciones; las coteja, las corrige y completa; allega noticias sobre los autores y sobre las épocas en que escribieron; esboza bibliografías. La segunda parte, que funda sus rápidos juicios sobre la psicología de los escritores y sobre la estética de sus creaciones, es menos aparente, y es lástima —porque como él lo reconoce al hablar de Luis G. Urbina— la auténtica crítica literaria es efecto de la virtud primordial de tener una fina sensibilidad. "Todo lo demás —informaciones sobre el autor, sobre la obra y el momento y condiciones en que se produjo— puede adquirirse con estudio; pero una fina sensibilidad es no sólo la inspiración del crítico sino la única justificación plena de su labor".

Castro Leal posee esa fina sensibilidad buída al extremo por su cultura, pero diríase que es su voluntad ocultarla detrás de una inteligencia pura. En su cuadro de la poesía mexicana, abundan pasajes que demuestran que su emoción vibra. Nos dice de Gutiérrez Nájera que sus temas parten del alma, que su estro tiene curvas que se pliegan a las ondulaciones de la confidencia; de Díaz Mirón, que vertió una inspiración viril y contenida en acentos castellanos que recuerdan los siglos de oro; de Othón, que la naturaleza no es en su obra el fondo decorativo y convencional de una poesía de género bucólico o pastoral, sino el mundo en que alienta el poeta, y que trasunta una vida dramática y una esencia religiosa; de Nervo, que es un espíritu en depuración, alucinado por la pasión de las lunas en las fuentes y por la música de los viejos claves; de Urbina, que expresa sencilla y poéticamente las penas comunes a todos, en versos de gran sapiencia técnica, y en símbolos que tienen cierta ternura de cosa familiar y cercana; de González Martínez, que con el secreto poder y la finura que dan la soledad y la meditación fue diciendo en versos limpios cómo se llega al mundo por el camino del alma; de López Velarde, que a la sabiduría del buho prefirió la misericordia de la paloma, y que incorporó a la poesía un México pintoresco, delicadas emociones provincianas, la lucha entre el espíritu y la carne...

Pero a qué seguir repitiendo, comprimidas, ideas que acabamos de oír en toda su plenitud. El estudio de Castro Leal sobre los poetas posteriores a

estos ilustres muertos que acabo de citar perfila toda nuestra poesía, y nos proporciona la brújula para seguir su desarrollo; pero es también una sucesión de lampos, de imágenes, de intuiciones.

No se trata de elogiosas listas de nombres como las que dieron no más, aunque genios, Cervantes en su *Viaje al Parnaso,* y Lope, en su *Laurel de Apolo.* Al ahondar, como ya se vio, en las raíces de nuestra arte poética, Castro Leal se pone en el centro mismo de la materia, y ordena y avalúa y siente.

Intenta descubrir su esencia, como lo demuestra el comentario que hace al final de su estudio de la opinión de Henríquez Ureña respecto a que nuestra poesía tiene un "matiz crepuscular". Encuentra que la imagen es interesante; pero, luego, sugiere que la poesía mexicana no es pictórica ni visual, *sino que la preside un orden interno* que se traduce —como la música que conjuga y recoge su línea melódica— en una impresión visual. La conciencia de *un orden subyacente* explica en nuestra poesía ese no perder el alma, esa limitación de sus registros. Yo abundo en esa teoría, pues la he profesado siempre, nombrándola la teoría del límite, matriz de todo arte.

Examinemos lo del "matiz crepuscular". La relación entre la vida y la fantasía, y la plasmación de la obra —dice Dilthey— es la que determina las cualidades generales de la poesía. Las vivencias son las que, sublimadas, constituyen el arte. Ahora bien, las vivencias de todo mexicano están dominadas por una de incongruencia entre sus aspiraciones y sus realizaciones; entre la belleza y exuberancia de su suelo y el atraso social de sus elementos étnicos. País joven, con dos razas que no acaban de fundirse ni física ni psíquicamente, imprime en cada uno de sus individuos un conflicto. Mas no es esta distancia entre la vida y el ideal lo que duele, y produce el trauma psíquico que nubla de gris crepuscular nuestro sensorio, sino el querer eludir el abismo con el puente colgante de una mentira: la de que somos en todo los primeros, la de que nada tenemos que corregirnos, sino al contrario alabarnos por ser tan perfectos. Esta es la falsedad que deforma nuestra historia, que torna héroes a los mercaderes del templo, que inficiona nuestra política desde los pies hasta la cabeza.

El artista siente todo esto con insufrible acuidad, y no puede rebelarse, porque la rebelión sería la renuncia a existir. De allí que forme en su alma un complejo de defensa, que consiste en no aspirar, en no dar pábulo al sueño. Limitarse, para poder vivir. Una encuesta, que huelga aquí, sobre la vida y la obra de nuestros poetas podría probar lo anterior.

Ya sé que la distancia entre la realidad y el sueño es siempre infinita. Pero en ciertos lugares y épocas se acusa con tintes trágicos: aquí, porque aún no somos lo que queremos ser, y, en el Viejo Mundo, porque ha dejado de ser lo que fue.

Creo que Castro Leal reconoce tal vivencia nacional, en varios lugares

de sus críticas: "debería —dice— ser curso obligatorio en la educación de todo mexicano el estudio a fondo de la Invasión americana, para adquirir conciencia plena y valiente de nuestros vicios y defectos, de nuestras fallas y tentaciones, de nuestros desmayos e incapacidades, de la desproporción entre lo que soñamos ser y la estatura que tenemos en la realidad". "En América no nos mueve tanto [como en España] ese afán de comunicarnos con nuestros semejantes. A ese desinterés de comunicación se deben los rasgos más misteriosos de nuestra psicología, y entre otras muchas cosas nuestra incapacidad para escribir y representar teatro, el predominio de ciertos géneros literarios personales, y la tendencia a la literatura de cenáculo; por ese desinterés no hay en nuestra América profesional de las letras que no tenga cierto aire de *amateur*". En el mexicano, "una honda, una vieja tristeza alimenta las flores de la risa y de la ironía".

Es afín de las ideas anteriores la de que nuestra poesía no acaba de sentir e interpretar la importancia de los nuevos valores sociales, y se refiere sin duda a los emanados de la Revolución. Reconoce que hasta ahora este imperativo social no ha hecho otra cosa que desnaturalizar la poesía.

Yo juzgo que ello se debe a la misma causa que ya apunté, a saber, a que el alma del mexicano, sobre todo la del poeta, no se encuentra conforme con las soluciones verbales que la política ha dado a nuestros problemas.

Aquí pongo fin a mi desmañado bosquejo de lo que el nuevo Académico de Número ha hecho por las letras patrias, y el gentil auditorio habrá advertido que sólo he espumado su obra. El espíritu de Castro Leal es de vanguardia, y la Academia Mexicana se complace en contarlo como su colaborador, pues sabe la importancia igual que tienen para la vida, el espíritu conservador y el progresista. El legado secular que tiene a su cuido, la añeja y bellísima lengua castellana, necesita, para continuar su evolución, que desearíamos eterna, el aporte de lo nuevo, como la harina de trigo ha menester de la levadura para transformarse en pan.

El estudio que nos ha leído hizo pasar por nuestras mentes un soplo de poesía, lo cual hay que agradecer y recibir como cosa insólita.

Porque ¡cuán menospreciada se halla ahora esa arte, por esta humanidad que se aplica solamente a la manipulación de la materia, olvidando lo espiritual! No entiende que el poeta es un redentor que acepta resumir en sí todas las zozobras y dolores de sus prójimos, y que explora las posibilidades de la sensibilidad, las aúna a la idea, y procura encontrar una solución a los problemas del hombre íntegro. El poeta no elude nunca su propio dolor, con tal de sacar del abismo del tiempo y del espacio un cosmos ideal, de Verdad, de Bien y de Belleza, en el que podemos asumir figura de dioses.

LA ENSEÑANZA DE LA RETORICA *

Por don AGUSTÍN YÁÑEZ

AL honor de agregarme a su número, la Academia Mexicana añade la distinción de trasladarse a la capital de Jalisco para celebrar la ceremonia de mi recepción.

Obra en uno y otro acuerdos, no ningún mérito personal, sino la suma de méritos que Jalisco ha labrado a lo largo de la historia, con inquebrantable tesón. Por tanto, el acto que nos congrega es, en sentido radical, un homenaje a la Entidad y a la memoria de sus hijos preclaros, en particular a la de aquellos jaliscienses que pertenecieron a la Academia y que, con sorprendente unanimidad, son figuras torales de las letras mexicanas: don José María Vigil y don José López Portillo y Rojas, directores de la Academia, don Luis Gutiérrez Otero, don Manuel Puga y Acal, don Victoriano Salado Alvarez y don Enrique González Martínez; el coro de sus nombres abre abismos de solemne silencio, y encima flota el espíritu, siempre poderoso, de Jalisco, difundiendo la esencia inconfundible de Guadalajara, madre y maestra de aquellos ingenios, pues aun cuando sólo uno, Salado Alvarez, no vio la luz primera en esta ciudad, sino en Teocaltiche, a Guadalajara debió su formación; en Guadalajara bebió, según sus propias palabras, ese "algo material, telúrico, que radica en el aire, en la luz, en el aspecto de la tierra árida, que comunica no sé qué sensación de paz, de tranquilidad y de placer, y que se adentra en el ánimo y de él se adueña sin consentir que esa imagen la borre otra alguna"; de Guadalajara, en fin, salió, como todos los otros varones a quienes ahora evocamos, en plena madurez, troquelado el carácter por la enérgica influencia tapatía que, son también palabras de don Victoriano en sus *Memorias,* "nadie puede atajar, aunque lo pretenda".

Los años de aprendizaje al amparo magisterial de Guadalajara se ha-

---

* Discurso de ingreso como socio de número, leído el día 5 de septiembre de 1953 en la ciudad de Guadalajara, Jal.

llan regidos por una constante que se repite hasta nuestros días; la podemos observar en el medio siglo que corre de la promoción de Vigil a la emigración de González Martínez; dos características se destacan: afinidades electivas que conducen a la formación de grupos y aparición de publicaciones como medios expresivos de las inquietudes peculiares a cada generación, en serie ininterrumpida, que son parte capital del patrimonio y la tradición jalisciense. Vigil nos entrega detalles relativos a la manera como se han integrado esos grupos, que luego han dejado considerable huella en el proceso de la cultura nacional; oigámoslo: "A principios de 1849, varios jóvenes, impulsados por una inspiración espontánea, sin maestros que seguir, sin ejemplos que imitar, se reunieron y fundaron bajo el bello y significativo nombre de La Esperanza, una sociedad literaria, que por varios años duró, siendo un modelo de perseverancia...; reunión de amigos, de hermanos, mejor dicho"; su revista llevó el nombre del grupo. A la Esperanza sucedió La Falange de Estudio y su órgano periodístico se llamó *El Ensayo Literario;* el mismo grupo publicó más tarde la revista semanal *Aurora Poética de Jalisco.* La Revolución de Ayutla, primero; la Reforma y la Intervención después, llevaron a Vigil y a sus compañeros a otros campos del periodismo, lo cual también es una nota común en la historia de los grupos literarios de Jalisco. *La Alianza Literaria, La Aurora Literaria, La República Literaria* son las revistas guadalajarenses en que López Portillo y Puga y Acal se desenvuelven literariamente: Salado Alvarez hace su aparición en *La República,* cuya dirección le fue confiada en los últimos tiempos en que se publicó tan importante revista, fruto de un círculo de amigos que se reunían en la librería de don Eusebio Sánchez; a ellos y ligados con algunos de ellos vino a suceder la promoción en que figura González Martínez, promoción que publicó la revista *Flor de Lis* al año siguiente de aquel en que don Enrique había salido a ejercer la medicina en Sinaloa; recordemos cómo el gran poeta evoca en la parte de sus memorias intitulada *El Hombre del Buho-Misterio de una vocación,* el ambiente de su ciudad natal y la semblanza de sus compañeros: "Comencé a escribir desde muy niño. El ambiente de mi casa despertó y fomentó mi vocación... Comencé a publicar en periódicos de mi tierra poemas y prosas, que naturalmente nadie me pagaba. Recuerdo unos sonetos: *Estaciones* y varias traducciones poéticas del francés y del inglés. Pero mis ocupaciones literarias principales eran las lecturas y el trato constante con muchachos aficionados a las letras como yo... Las conversaciones con los amigos, salvo las naturales de la juventud, versaban sobre nuestras propias impresiones literarias. El comentario de cuanto leíamos era tema obligado, y el espíritu crítico empezó a desarrollarse en mí especialmente a propósito de lo que yo escribía, lo cual me produjo un descontento que me inclinaba a la esterilidad... Guadalajara era en aquellos años una ciudad limpia, sencilla y clara,

con un provincianismo del mejor tono y con un ambiente de cultura digno de su historia y de su abolengo... Si Monterrey es Marta, Guadalajara es María, la noble gracia contemplativa, la que escucha y comprende".

Con las promociones literarias de Jalisco y sus revistas, van ligados los nombres de instituciones y sitios coadyuvantes a la formación del clima espiritual que traté de describir hace tiempo. El Liceo de Varones, las Escuelas de Jurisprudencia y Medicina, el Seminario; la Biblioteca del Estado, que desde su organización por Vigil ha sido centro de sucesivas generaciones; las librerías de Sánchez, de Moya, de Fortino Jaime, de Font; las imprentas de Dionisio Rodríguez, de Camarena, de Navarro, de Narciso Parga, de Pérez Verdía y Ladrón de Guevara, las de Ancira y de García, que hicieron respectivamente las primeras ediciones *De mi cosecha* y *De autos,* de Salado Alvarez; el Teatro Degollado, escenario de los discursos cívicos de Vigil en los días de la Reforma y la Intervención; este foro, en que vi por primera vez a González Martínez cuando vino invitado para participar en el homenaje de Jalisco a la memoria de Amado Nervo; y nuestros jardines, y nuestras calles, y nuestros patios, que alientan en las páginas de aquellos escritores, cuyos años de aprendizaje se trasuntan en recuerdos de mi propia mocedad.

Los días de hablar a solas por las calles tras largas estancias en la Biblioteca Pública o después de asistir a representaciones dramáticas o conciertos en el Teatro Degollado; los mil y un estímulos de la luz, del aire cálido y resonante, de la claridad del ambiente y, ante todo, el eterno femenino de la ciudad, para encerrarse en casa y escribir sobre lo divino y lo humano; angustias de no alcanzar la expresión de lo inefable; desfallecimientos en la larga paciencia; necesidad de comunicar zozobras y esperanzas; paulatino establecimiento de amistades literarias; mutuas emulaciones; sueños; proyectos; primer ingreso a una imprenta; perfume de tinta y papel; primera emoción de pruebas por corregir, del formato imaginado que al fin impreso se contempla con prolongada morosidad. No, ninguna de estas vivencias, tapatías para mí, pueden callar su timbre de homenaje a la maternidad y maestría de Guadalajara.

Ni la justicia, norma invariable de mi conducta, me permite olvidar, al recibir los honores de la Academia, los nombres de amigos muertos cuya camaradería y crítica fueron mi mejor escuela; unidos en los gozosos años de iniciación literaria, cuando levantamos la *Bandera de Provincias* para prolongar a nuestro cargo la tradición de las letras regionales y para dar medio de expresión a cuantos en los distintos Estados de la República padecían inquietudes comunes a las nuestras, unidos estamos en la hora solemne que aquí nos congrega: el primero en morir, de nuestro grupo, fue José Guadalupe Cardona Vera; lo siguió a pocos años Alfonso Gutiérrez Hermosillo, quien pudo legar una obra considerable, que le ha dado sitio de distinción en la

historia de las letras mexicanas; mayores que nosotros, pero ligados a nuestras empresas, Manuel Martínez Valadez, Enrique Díaz de León e Ixca Farías influyeron y contribuyeron al desenvolvimiento del grupo, con sentimiento fraternal.

Séame permitido recordar también a un personaje imaginario. Mónico Delgadillo, que pretendía ser compendio de nuestra común sensibilidad en esos días de adolescencia, bajo la sombra de Guadalajara, y de cuyos informales apuntes he recordado en estos últimos tiempos unas premonitorias palabras: "El sentido político es género de sentimiento artístico. Intuición superior: no adivinación o tanteo. Fantasía, equilibrio, disciplina, oficio de larga paciencia. Sí, la realidad; pero en la misma dosis que en el arte. Como trampolín, como materia de alquimia. La genuina política es hermana o prima carnal de la utopía".

No haya cuidado. No seguiremos el devenir de las generaciones literarias de Jalisco en su esencia política, bien se trate de otra característica constante. Ni el tema de mi disertación académica será otro que aquel al que, siguiendo las huellas de Vigil, de Salado Alvarez y de González Martínez en la docencia de la Escuela Nacional Preparatoria, consagré muchos años de mi vida, tratando de convencer acerca de la necesidad de la enseñanza literaria y de los métodos adecuados, habida cuenta del estado que guarda la economía de la educación. Padecen nuestras escuelas una sensible penuria de estudios literarios que ciertamente responden a un enrarecimiento general del ambiente y suele tener como fórmula esta expresión —no en modo de pregunta, sino de afirmación peyorativa—: para qué sirve la literatura. En los planes de estudios predominan las disciplinas aplicadas, de interés inmediato; hasta el idioma se imparte con finalidades comerciales; las ciencias del espíritu, las actividades rigurosamente culturales, han venido siendo desplazadas por las ciencias naturales, por las actividades de aprovechamiento mercantil; se ignora o se aparenta ignorar, que la técnica, las artes útiles, las ciencias experimentales, requieren una maciza fundamentación teorética, y que las desdeñadas disciplinas han de ser el punto de partida que asegure éxito en el aprovechamiento de los conocimientos empíricos.

¿Para qué sirve la literatura a una época hedonista y a gentes poseídas por febril utilitarismo? Esta vez sí en modo de problema, repitamos la pregunta e intentemos contestarla.

Desde luego surgen tres motivos que fijan la importancia de la literatura en la economía de la educación y precisan el objetivo y métodos de esta disciplina en el concierto de los planes de estudio. Tales motivos son: la influencia educativa sobre la sensibilidad; la ampliación y afinamiento de la conciencia histórica; la exactitud, variedad y riqueza del idioma, como instrumento de expresión.

Al hedonista, menos que a nadie, escapa la importancia humana de la sensibilidad y, en consecuencia, la importancia de la educación estética dentro de un concepto de humanismo exacto e integral. Parte de la desorientación que conturba al mundo, se debe al conflicto entre la tendencia hedonista moderna y el descuido de la cultura estética: señálase una ruta, un ambiente de vida, pero no se enseña el mejor y más preciso modo de realización, que no sólo alcance, sino supere aquel programa; el hedonismo no es sensualismo y por ello se inconforma la naturaleza humana y grosera; el sensualismo del vivir ha de trasmutarse y sublimarse en una sensibilidad perfecta y ágil, como en el auténtico programa de Epicuro, el gran calumniado.

La literatura es la disciplina cultural más apta para educar la sensibilidad, porque utiliza el patrimonio común de los hombres, el signo seguro de toda posible intercomunicación: la palabra. Individuos de épocas y de grupos sociales diversos podrán atribuir valor simbólico distinto a un gesto, a un uso, a un sonido, a un color, a una línea; sin embargo, nunca se modificará la relación estricta entre la idea y la palabra: esto hace posible la gramática general y, en consecuencia, la intelección humana, cualquiera sea el organismo idiomático que un hombre remoto se proponga traducir. Con la palabra, la literatura tiene fácil, mejor diríamos natural acceso en la conciencia: es el certero instrumento, que sin violencia, con el procedimiento, puede limar la sensibilidad; en cambio, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, la danza... pueden tropezar con sordera y ceguera espirituales frente a la materia que utilizan, o ser signos equívocos, ante los que se resistan determinados individuos y que supongan previa labor desbrozadora. Tal es la excelencia de la palabra, como signo sensible de belleza, y esto define la naturaleza del arte literario.

Si sólo sirviera para el afinamiento de la sensibilidad, por contacto inmediato con las mejores sensibilidades de la historia, ya estaría plenamente justificada la importancia y necesidad de la literatura en todo programa de educación, aun tratándose de finalidades estrechas o de especialidades muy concretas: más éxito obtendrá el biólogo secuestrado en su laboratorio, el matemático y el astrónomo abstraídos en sus gabinetes; el médico y el abogado atraídos de aquí a allá, sin descanso; el ingeniero desterrado en áridas regiones; el contador o el mecanógrafo... si cada uno de ellos y todos han educado su sensibilidad y la tienen dispuesta a esos atisbos que engrandecen la vida y allanan el quehacer cotidiano; no se trata sólo de éxitos o satisfacciones en cuanto a la vida de relación, o entendidos como distracciones al margen del trabajo habitual; afirmamos el éxito en las diversas profesiones, por limitadas y rutinarias que se supongan; con efecto, por la finura de la sensibilidad, y procediendo auténticamente como artistas, muchas veces bajo la influencia de alguna lectura, de algún recuerdo literario, es como los sabios han to-

cado la puerta de los grandes descubrimientos: y aun no es aventurado decir que no ha habido progreso en la historia cuando se atraviesa por épocas de sensibilidad atrofiada; inteligencia sin sensibilidad es divorcio que no registra el catálogo de los genios, porque equivale a muerta erudición, sin impulso creador. Compárese a Galileo, a Newton, a Copérnico, a Pasteur, con los laboratoristas eruditos, con los maestros carentes de sensibilidad, y habrá de registrarse igual diferencia que entre lo vivo y lo pintado, entre el dinamismo creador de la vida, y el estatismo conservador de los museos; y en el polo opuesto, arriba apuntado: compárese a un comerciante, a un artesano, a un mecanógrafo dotado de sensibilidad cultivada, con otras gentes de igual oficio, carentes de esa cultura, y se advertirá cuán justamente distinguimos con la designación de hombre culto, al que ha refinado, más que su inteligencia, su sensibilidad.

Pero no sólo como proceso educativo de carácter estético vale la literatura, sino también como eficaz medio para ampliar, depurar y enriquecer la conciencia histórica; porque es en la malla de la obra literaria, en donde quedan presos, vivientes, eternos, los grandes momentos y gestos del devenir humano; en cambio, el documento, la ficha del erudito que registra sin sentir, sin crear —dimensión de lo poético, de lo estrictamente literario— diseca los hechos de la historia, hasta hacerlos dudosos, ajenos a toda proyección sentimental del clima que era la condición precisa de la vida.

La obra literaria posee el secreto para conservar el clima de la historia y proyectarlo, a iguales temperaturas, con pareja luz y animación idéntica, sobre el porvenir, sobre la conciencia y la emoción de los hombres futuros.

La historia de Grecia, en su etapa semidivina, se reconstruye prodigiosamente en Homero y en Hesíodo, en Esquilo y en Sófocles; Eurípides y Aristófanes transmiten, contra toda resistencia, las pasiones humanas de aquel pueblo, y es Platón quien más cabalmente nos entrega, reconstruído en el cotidiano milagro de su lectura, el "ethos" de aquel pueblo, paradigma de pueblos.

Bien podrían extraviarse todos los documentos históricos relativos a la Edad Media: si la *Divina Comedia* se salvara, seguiría patente a nuestra abismada devoción el alma del medioevo con sus luchas entre el espíritu y la carne, sus arrobos místicos y sus crueldades abominables.

Cuando un cataclismo arrase nuestra civilización y de él logren escapar dos o tres obras representativas, sean quizá el *Fausto,* de Goethe —paladín de la Alemania eterna, de la auténtica, que es expresión y no represión de altos valores humanos—, o *La Montaña Mágica,* de Mann, los pósteros compadecerán las aspiraciones y angustias de nuestro tiempo; reconstruirán, con fiel ritmo, el pulso de nuestra vida; consentirán, al unísono, estas inquietudes que nos exaltan y prestan sentido a nuestro devenir.

Enseñar literatura es, por tanto, introducir a la conciencia en el pasado, por la puerta más ancha y de mayores perspectivas, por el camino que nos lleva al detalle mínimo, que suele ser, sin embargo, el más revelador: un ademán, una palabra, insignificantes en apariencia, que explican mejor el carácter de un héroe, de un acontecimiento, de una época, inaccesible de otra manera a nuestras inteligencias y a nuestra sensibilidad, aun cuando sobre ellos enfoquen sus luces la estadística, la geografía y la historia al modo erudito.

¿Qué otra cosa sino obras literarias, primariamente, son las mejores historias que nos lega la accesión de los siglos? Y ¿qué, sino artistas, fundamentalmente, han sido los mayores historiógrafos de la humanidad? En lo perecedero, el arte encuentra y fija los caracteres de eternidad. El artista recrea lo fugaz, tornándolo inmarcesible. A este propósito, resulta concluyente el discurso del polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, sobre *La Historia como obra artística,* cuyas son las siguientes aseveraciones: "Ninguna de las obras más altas de la poesía humana ha nacido de voluntariedad o caprichos del artista, deseoso de mostrar en sus héroes el empuje de una personalidad libre, sino que todas ellas, así épicas como dramáticas, han recibido su jugo y su vitalidad de la Historia. De donde se infiere que, lejos de ser la Historia prosaica por su índole, es la afirmación y realización más brillante de toda poesía actual y posible. No es, en verdad, la Historia obra puramente artística, como lo son la poesía o la música o las creaciones plásticas; pero son tantos y tales los elementos estéticos que contiene y admite, que obligan, en mi entender, a ponerla en jerarquía superior a la misma oratoria, encadenada casi siempre por un fin útil e inmediato, extraño a la finalidad del arte libre. Igual realidad tienen a los ojos del espíritu el héroe real y el imaginado, Carlomagno o Don Quijote, Temístocles o Hamlet. Y en los personajes que son a la vez históricos y poéticos, v. gr.: el Cid y todos los protagonistas de cantares épicos, de tal manera se confunden los caracteres de la realidad histórica con los de la realidad legendaria, que de unos y otros viene a resultar un concepto o noción única en nuestra mente, sin que sea posible, sino con laboriosísimo esfuerzo intelectual, imaginarnos al Campeador reducido a la sequedad de los datos de las crónicas latinas y arábigas, y fuera del pedestal en que le colocó la epopeya castellana".

Manzoni había afirmado algo semejante en su *Carta sobre las unidades dramáticas:* "Las causas históricas de una acción son esencialmente las más dramáticas y las más interesantes: cuanto más conformes sean los hechos con la verdad material, tendrán en más alto grado el carácter de verdad poética".

Un ejemplo tan vivo y tan nuestro, como la Crónica de la Conquista de México por Bernal Díaz del Castillo, confirmará la exactitud de la tesis pre-

cedente: porque entre el variado número de las historias relativas a aquel suceso, el libro de Bernal destaca, señero, su cualidad estética y es, al mismo tiempo, la epopeya fundamental de nuestras letras, el relato más expresivo de las hazañas que tuvieron por fruto una nueva nación; si Bernal logra abrirnos el alma de conquistadores y conquistados, introducirnos con milagroso verismo en el azar de aquellas vidas, pasearnos y situarnos con fidelidad cinematográfica en el escenario de la gesta, seguir paso a paso hasta hacernos apasionados partícipes de aquellas vicisitudes, es en gracia de su fuerza poética, de que carecen los simples narradores o copiladores de hechos. Por eso la historia de la literatura recoge y explica a los grandes historiadores y cronistas como autores de obras que caen específicamente bajo su jurisdicción, y al lado de Píndaro estudia a Herodoto; al lado de Horacio, estudia a Tácito.

Pero tampoco sería completa y profunda la cultura histórica, sobre todo en esos aspectos recónditos y definitivos del alma pretérita de los pueblos y gentes, si faltase la consideración del fenómeno literario, quintaesencia del proceso histórico.

Hace poco, en el homenaje de la Universidad de Buenos Aires a la memoria de Descartes, con motivo del tricentenario del *Discurso del Método,* afirmaba uno de los concurrentes, Jacinto Cuccaro, en estudio comparativo entre Descartes y Vico, que la gran falla del cartesianismo es su falta de sentido histórico; y otro de los colaboradores, en el mismo homenaje, Patricio Grau, en su ensayo *El problema de Descartes y la experiencia,* asienta que a la filosofía del gran francés "le falta el gran vuelo espiritual, el sentido de la totalidad cósmica, el gran miedo y el gran coraje". En efecto, toda auténtica cultura, todo pensamiento fecundo y acabado, han de contar con un fino y profundo sentimiento histórico. Y ya hemos visto que éste no se alcanza por modo integral, si descuida recorrer el seguro camino de la literatura.

Urge renovar esta disciplina en nuestras escuelas. No es vana actividad: antes, sin ella, nuestra cultura será manca y paralítica; adolecerá la falta de agilidad espiritual, indispensable a toda aspiración de altura.

La literatura debe ser el coronamiento de las disciplinas filológicas, ya entendida como suprema expresión lingüística y modelo del mejor decir, ya como reflexión y ejercicio sobre la técnica artística de la obra literaria. Con esto llegamos al tema proceloso de la Retórica.

Y bien: la Retórica es asignatura de capital importancia en las escuelas, pese a la maraña de prejuicios que la envuelven. Es más: un plan de estudios será incompleto si sólo se conforma con incluir los estudios gramaticales, y éstos resultarán insuficientes si no se prolongan y apoyan en la Retórica.

Los prejuicios y oposición contra la Retórica son explicables en cuanto proceden del abuso y estrechez contra pedagogías que impusieron esta asig-

natura con un sentido de rutina ineficaz, dogmática, exhausta; y porque confundían la enseñanza de la Literatura con la enseñanza de recetarios inertes, la creación de la obra con la reflexión de segundo grado, el genio poético y la técnica adecuada; de este modo, la Retórica se sobreponía a los otros aspectos de la Literatura e impedía lo fundamental: la contemplación directa, profunda, amorosa y liberal de la obra; el goce de los valores estéticos; la familiaridad con los mayores espíritus de la poesía; todo se redujo a lo superficial; a la obediencia de normas inflexibles que, por otra parte, la historia de la Literatura se encarga de desmentir a cada paso. Buena parte del recelo contra la Retórica se debe a los románticos cuya manera de entender la vida aún nos conturba; pero en su desprecio por la Retórica, los románticos ponían en juego su instinto de anarquistas: y el arte es rigor, disciplina, armonía, depuración.

No hablamos, no, de la Retórica al modo de los dómines neoclásicos, ni queremos rescatarla como muerta rutina que impida llegar a las obras y al corazón de los poetas; pero tampoco aceptamos la anarquía romántica, y contra ella precisamente abogamos por la restauración de la disciplina, cuidando de no confundir el genio creador y sus estrictas libertades, con el método liberalmente escogido para la creación; el estudio de esto último es el objeto de la Retórica, ineludible preámbulo de la Literatura.

El abuso que significó enseñar en las escuelas sólo preceptiva, condujo, por reacción, a otro extremo: convertir la clase de Literatura en un recorrido histórico, anecdótico, casi siempre atropellado y superficial, en el que tampoco se da lugar a la serena y profunda consideración de las obras, contentándose con acumular fechas, nombres y circunstancias personales. De este modo, tan infecundo como fue el aprendizaje dogmático y teórico de los preceptos, lo es la reducción de la asignatura a una clase de historia literaria. Ambas metodologías son parciales, incompletas e insuficientes.

Cierta es la necesidad de desarrollar el estudio conforme a un plan histórico; pero, por una parte, este proceso requiere una introducción, y por otra, necesita constantes explicitaciones y análisis técnicos sobre la producción literaria, y esto sin extrechez de criterio, sin dogmas sobre las características forzosas de los géneros, de los metros, de las figuras, antes manteniendo amplitud de visión para explicar diferencias y modificaciones introducidas en el devenir ascendente de la historia. Sólo así podrá entenderse qué es la tragedia y por qué los Diálogos del bienamado Platón difieren del género dramático; por qué la evolución de la lírica es, en cierto modo, la evolución de la metáfora; y tampoco repugnará, como a los antiguos retóricos choca, toda innovación revolucionaria, todo "modernismo", sino que el flexible concepto de la nueva preceptiva estará en capacidad de aceptar, explicar y gozar la belleza en moldes renovados.

Restaurado el exacto perfil de la Retórica, deslindado su campo operativo, hallamos que su enseñanza es el necesario complemento y la prolongación de los estudios gramaticales; pondrá de manifiesto los modos de "hacer" en los grandes autores en las obras culminantes de la Literatura; buscará que la elocución, sobre ser propia, pura y correcta, sea elegante y bella; ayudará con variadísimos análisis de los mejores estilos, a encontrar el propio estilo que es la cifra suprema de la personalidad. Por esto decíamos al principio que la Retórica —bien entendida y practicada—, es asignatura capital en las escuelas y sin ella serán incompletos e insuficientes los estudios gramaticales. Con la Retórica, introducción y aplicación, la Literatura alcanza una finalidad utilitarista que se conjuga con las otras finalidades: educación estética, afinamiento del sentido histórico, asignadas a esta disciplina.

Por último, y contra los reacios a incluir la Retórica en los programas de Literatura, imaginemos qué sería este curso cuando el maestro explicara la naturaleza formal del gongorismo, despreocupándose de enseñar lo que es la metáfora; o cuando analizara la renovación lírica introducida por Garcilaso y Boscán, sin cuidarse de que antes los alumnos sepan cuáles son los elementos constitutivos del verso, qué es un endecasílabo, qué es un soneto, o si desdeñara establecer una clara y amplia diferenciación entre poesía lírica y poesía épica; entre una elegía y una arenga. Lo que entonces sucede, es lo que vemos con frecuencia en ciertas clases de Literatura: un confuso recorrido onomástico y cronológico que algunas veces culmina en lecturas de párrafos "selectos" y llega a ser tan ineficaz e intrascendente, como lo era el mecánico aprendizaje de las normas retóricas, si acaso con algún ejemplo desarticulado, mutilado, que no tenía relación, ni daba idea sobre el carácter total de la obra; que tampoco dejaba en el alumno otra huella que la del hastío y el secreto principio de la aversión contra la Literatura.

Lo vio así con su esencial claridad, en lo antiguo, Platón (el diálogo *Georgias o de la Retórica)* y en nuestros días Paul Valéry *(Introducción a la Poética),* quien ha escrito: "No se concebiría que a la Historia de la pintura o a la de las matemáticas (por ejemplo) no las precediese un conocimiento bien profundo de estas disciplinas y de sus propias respectivas técnicas. Pero la Literatura, a causa de su aparente facilidad de producción (dado que tiene por substancias y por instrumento el lenguaje de todos, y puesto que sólo combina ideas no especialmente elaboradas), parece que puede prescindir, para ser practicada y gustada, de toda particular preparación... No era este el sentir de los antiguos, ni el de nuestros más ilustres autores... El abandono de la Retórica es lamentable... El arte literario, derivado del lenguaje y del que el lenguaje, a su vez, se afecta, es entre todas las artes, aquel en que la convención representa el mayor papel... Su estudio, concebido así, es evidentemente de los más difíciles de asumir y, sobre todo, de or-

denar, porque, en el fondo, no es más que un análisis del espíritu dirigido en una intención particular y porque en el espíritu mismo no hay orden: lo encuentra o lo pone en las cosas; no lo encuentra en sí para imponérselo a sí mismo y para que rebase en fecundidad su 'desorden', incesantemente renovado". Dejará, así, de ser la Retórica, como en la sorna que Platón pone en boca de Sócrates, contra Georgias, Polo, y Gallicles (diálogo citado), una rutina que aderece la elocuencia y la adulación, semejante a la culinaria que conoce los secretos para agradar el paladar.

Al contrario, restaurémosle su complexión, participante en las mejores disciplinas del espíritu. Y volvamos a ella, sin prejuicios, seguros de su eficacia educativa.

Deslindada la finalidad de la Literatura como materia de enseñanza y habiéndose reflexionado extensamente sobre su eficacia en la educación de la sensibilidad, en el afinamiento y riqueza de la conciencia histórica, en la depuración y embellecimiento del idioma, estos tres objetivos determinan otros tantos aspectos de la pedagogía literaria, a saber: la estética, la historia crítica y la retórica.

El curso de la Literatura debe comprender las tres materias: pero habrá de sustentar tan estrechamente los temas correspondientes, de modo que el alumno sólo advierta la transición de asuntos, cuando necesite complementarlos entre sí; por ejemplo, surgirá el tema del concepto estético de los griegos al considerar la obra de Homero: de ella también se derivarán las consideraciones relativas a la historia, al estado social, económico y cultural del pueblo, a su vida política, etc., cuestiones que enmarcarán el fenómeno literario y mutuamente se explicarán con amplitud; menester será hablar, entonces, de las características de la epopeya, y así aparecerá, como noción viva e inmediata, la información de carácter retórico. O bien, cuando se habla del desenvolvimiento de la poesía lírica, vendrá a cuento discurrir sobre sus posibilidades estéticas, sobre la factura de las metáforas, de las imágenes, del verso.

La actividad central, determinante del programa (no exclusiva), debe ser el estudio histórico-crítico de la Literatura, que puede desarrollarse en forma sintética o monográfica; este último es el método aconsejable para cursos elementales; en los cursos intermedios es conveniente y rinde magníficos resultados, combinar ambos sistemas. Así en la enseñanza secundaria y sobre todo en la Preparatoria. El programa puede disponerse así: dos trimestres del curso acometerán el estudio sistemático, panorámico: bien sea por sucesión cronológica, de lo más antiguo a lo moderno; bien por géneros: la epopeya, la novela, el teatro, la lírica, y en este último caso, demarcando épocas o pueblos; el teatro en Grecia; la poesía lírica en la Edad Media; la epopeya neoclásica; el romance en México; en estos dos trimestres, el alum-

no obtendrá una visión general del proceso de la Literatura; el último trimestre del curso se utilizará para el estudio analítico de una época, de un autor o de un libro, con el propósito de enseñar a los alumnos cómo deben realizar una investigación seria sobre el fenómeno literario en sus diversos aspectos: estéticos, formales, sociales, etc.

Paralelamente a la historia crítica, sin forzar la oportunidad, sino como corolarios o como nociones indispensables de aclaración, se suscitarán las cuestiones estéticas y retóricas que el tema sugiera y requiera.

A seguida, se proponen algunas fórmulas que podría asumir el programa de la asignatura, incluyendo la triple dirección que acaba de ser expuesta.

Si se trata de un curso de Literatura General y se prefiere la sistematización cronológica, el programa, en cuanto se refiera a la Literatura Griega, podría formularse en esta parte, así: El "ethos" griego. Condiciones geográficas y etnográficas de Grecia. Condiciones económicas y políticas. La expresión artística de la realidad. La expresión literaria. Epoca mítica: poesía épica: sus características, sus elementos históricos e ideales. Sus mejores formas en la literatura de Grecia. Formación, desarrollo y características de la poesía lírica: sus diversas especies en Grecia y su enlace con la vida de aquel pueblo. Formación, desarrollo y característica de la poesía dramática: su significación religiosa y nacional; sus elementos constitutivos; sus grandes representantes. Literatura didáctica, desde el punto de vista de la belleza en ella realizada; la filosofía, la oratoria, la historia. El período de decadencia de la Literatura Griega. Influencia posterior de esta Literatura y su permanente significación...

Si se prefiere la sistematización genérica, el programa podría formularse en lo relativo a la poesía épica, de esta manera: Qué es la poesía épica y cuándo aparece. Formas de la poesía épica. La epopeya: sus condiciones de contenido y forma; concepto de la epopeya clásica occidental y diferenciación con respecto a la epopeya oriental; las epopeyas medievales y neoclásicas, entre sí comparadas; el espíritu de la época y las situaciones de los grupos sociales a través de la epopeya; lo histórico y lo maravilloso en la epopeya; sublimaciones y deformaciones realizadas por la poesía épica. Epopeya y novela. Lenta evolución de la novela; epopeya homérica y novelas bizantinas; canciones de gesta y novelas de caballería, sentimentales, pastoriles y picarescas; la novela didáctica de los siglos XVII y XVIII; romanticismo, realismo y naturalismo; prolongación de estas tendencias en la novela poemática y en la psicológica modernas. Realidad social y novela...

De modo semejante podría procederse en la formulación de los programas para clases de Literatura Española, Hispanoamericana o Mexicana. Por ejemplo, en este último caso, el programa plantearía, en su primera parte, estas cuestiones: ¿Puede hablarse de una Literatura Mexicana? Inves-

tigación de los elementos que dan fisonomía nacional a una literatura: la expresión del hombre —pensamientos, sentimientos, voliciones, idioma propio—, y de la naturaleza —paisaje, condiciones de vida, etc. Aplicación de conceptos al caso de la Literatura Mexicana: si hay o puede haber alguna nota diferencial anterior; discusión relativa al idioma empleado por nuestra literatura y a la influencia histórica de la Literatura Española...

En todos estos ejemplos se advierte cómo quedan incluídos paralela y estrechamente conectados, los aspectos histórico-crítico, estético y retórico, auxiliándose para la cabal aclaración de los puntos correspondientes, cualquiera que sea el orden adoptado para la formulación del programa.

Resta insistir en que una clase de Literatura debe, sobre todo, interesar a los alumnos y llevarlos al completo conocimiento de las obras. Discurrir teóricamente, apelando de cuando en vez a ejemplos aislados, mutilados, informes, valdría tanto como hablar de música sin oír las obras relativas a la charla. Por esto, en todo buen curso de Literatura deberá exigirse que los alumnos lean un mínimum de obras completas; formen su juicio, independientemente de ajena estimación y luego lo comparen con la opinión de críticos autorizados a fin de llegar a la depuración del gusto personal.

Entendida la Literatura como una disciplina viva, amena, indispensable fundamentalmente para la integración de la cultura, podremos salvar la decadencia de su estudio, decadencia que ha venido a ser, en nuestra realidad educativa, un círculo vicioso: no se estudia Literatura porque no hay interés por ella, y no hay interés, porque no se estudia. Los círculos viciosos han de cortarse como los nudos gordianos: por cualquier parte. De otro modo, en el caso de este problema educativo, México seguirá remitiéndose y acentuando la tosquedad, grosería e ineptitud desde los altos planos de las cosas del espíritu, hasta la esfera del trato social, producto del descuido sufrido en la educación de la sensibilidad.

Lo contrario será un alto servicio a la República.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don JAIME TORRES BODET

LA Academia parece haber querido buscar en mí, al confiarme el encargo de saludar al escritor a quien hoy recibe, a persona que —por ausente— no pudo participar ni en la sesión durante la cual don Agustín Yáñez resultó electo, ni tampoco en aquella que decidió celebrar este acto en la culta y muy mexicana ciudad de Guadalajara.

En esto —que otros señalarían como una simple coincidencia— mi amistad se complace en ver un signo de amable compensación. En efecto, las circunstancias me permiten así expresar al prosista de *Archipiélago de Mujeres* un aprecio que los azares de una existencia particularmente viajera no me han dado ocasión de manifestarle de viva voz.

Designado académico en una época de la vida en que los votos de sus conciudadanos eran más bien sufragios de sus lectores y no aún, como en los comicios de 1952, los de sus electores, don Agustín Yáñez entra en nuestra corporación con una calidad oficial de la que todo nos habla en este recinto.

Sin embargo, no es a esa calidad a la que deseo referirme particularmente. Porque el gobierno es responsabilidad más que jerarquía. Y lo es con mayor razón para quien —durante sus años de aprendizaje— tuvo oportunidad de estudiar las más luminosas lecciones de las letras y de la historia y sabe, como escritor, cuán deleznables serían las satisfacciones del poder si no las acompañase la adhesión del alma al deber cumplido.

Pero, si en la consideración del recipiendario eludo las referencias a sus actuales atribuciones de gobernante, no por ello dejarán de hallarse presentes en mis palabras los temas que otorgan más substancial valor a semejantes atributos: el afecto por esta ciudad de la cual es tan grato sentirse huésped, el progreso de un Estado que, como el de Jalisco, ha aportado contribución tan insigne a la cultura de la República y, desde un punto de vista más general, el destino de la provincia, que —tapatía o michoacana, veracruzana o tamaulipeca, oaxaqueña o poblana, yucateca o guanajuatense— es el destino mismo de México.

El respeto que tiene para las tradiciones espirituales de la provincia —y que comprueba con lo que podríamos llamar la distribución geográfica de sus miembros— ha inducido a nuestra Academia a no limitarse a las reuniones periódicas que efectúa en el marco capitalino. La Institución ha estado representada en diversas ceremonias desarrolladas en otras ciudades del país. Se asoció como cuerpo colegiado, el 6 de enero de 1951, en Puebla, a un homenaje póstumo al padre don Federico Escobedo. Y además de la sesión de hoy en Guadalajara, celebró otra, el 22 de agosto último en Orizaba, con el fin de rendir tributo de admiración a la memoria de don Rafael Delgado, cuyas descripciones de *Pluviosilla* quedarán como un espléndido testimonio del culto literario por la sensibilidad y el paisaje de la provincia de México.

De ese culto, don Agustín Yáñez no aguardó a obtener la investidura que ostenta ahora para sentirse, siempre y en todas partes, denodado mantenedor e intérprete muy asiduo. No incurriré en el error de pretender haceros su biografía. La conocéis tanto como yo. Estudiante, abogado, maestro, funcionario, conferenciante, animador universitario de grandes méritos, pocos meses separaron el día en que nuestra Academia tomó la resolución de ofrecerle una silla en sus deliberaciones, de aquel en que el Colegio Nacional lo invitó a sumar a la obra colectiva que realiza, su esfuerzo propio, personal y característico. Al escalar las gradas de todas las distinciones que le ha deparado la vida, don Agustín Yáñez nunca olvidó que esas distinciones no habrían de alejarle de cuanto las explica, por una parte, y por otra parte, las ennoblece: su vocación de escritor. Y como escritor, la lealtad a su cuna, la nostalgia de su provincia.

La provincia manda apaciblemente en sus producciones. Desde sus relatos de juventud (aquella *Flor de juegos antiguos* de pétalos tan precisos y aroma tan penetrante) hasta su novela más plena, más ávida y más profunda, *Al filo del agua,* la encontramos en todas sus páginas cuando no como una presencia, como un estímulo.

Al decirlo, no estoy alentando ningún estrecho provincialismo, que aunque estimable, sería la confesión de una insuficiencia. Ya el propio don Agustín nos ponía en guardia contra las tentaciones de un costumbrismo episódico y epidérmico cuando, en su discurso de ingreso en el Colegio Nacional, distinguió pertinentemente entre lo genuino y lo pintoresco, lo que es expresión de lo mexicano y lo que no es, por desgracia, sino convención de lo mexicano. Creo que reflexionaba, entonces, en un mexicanismo que partiera de lo esencial, de la entraña viva, y que no desdeñase ningún detalle de ese contorno que solemos llamar los capitalinos con una frase que a mí me encanta y a la que desearía dotar aquí de su más persuasivo significado: el interior de nuestro país.

¡Líbreme el diccionario de pretender añadir alguna acepción impropia a

los términos que utilizo! Imagino, sin embargo, que no exagero cuando percibo en esa expresión tan sencilla y nuestra —*del interior*— el homenaje de la ciudad de México a las fuerzas internas de un patriotismo que la provincia guarda en su sol más tierno, como un almácigo de esperanzas, y defiende con la coraza de un pecho honrado, como un corazón cabal.

¡Líbreme, asimismo, el demonio de las paradojas de no recordar a tiempo la misión universal que todo arte efectivo contiene en germen! Si elogio la fidelidad a la provincia no es, por cierto, con detrimento de la unidad de lo mexicano. Si exalto la unidad no es, seguramente, como incentivo para desdén de lo universal. Me parece que el más universal de los pensamientos no es el que brota de un cerebro sin cuerpo y sin patria, todo él errabundo y cosmopolita. Y la más nacional de las concepciones no es tampoco aquella que surge de un ingenio despreocupado de lo inmediato —la aldea, la ciudad, la región— y de la solidaridad, con la tierra entera. Cuanto más arraigados en lo inmediato, mejor sentiremos la perennidad de la patria histórica. Y cuanto mejor sintamos la perennidad de la patria histórica, más firmemente responderemos al reclamo de esa humanidad, sin aduanas ni límites, que es la patria común de todos los hombres.

Así enunciado, lo que expreso puede dar la impresión de una tesis humanitaria, discutible como todas las teorías. Pero acontece que no es una teoría, sino una modestísima observación. Esa observación procede de la lectura de las novelas y los ensayos del escritor que acabamos de oír. Desde joven, se ha buscado a sí mismo en las anécdotas que relata, en los caracteres que traza, en las perspectivas que pinta. Es decir, desde joven, ha buscado en sí propio al hombre. Para encontrarlo, ha procurado ceñirse a lo mexicano y, dentro de lo mexicano, a los modelos de su provincia natal. ¿No implica este solo esfuerzo una comprobación de la trayectoria a la que antes me refería: la que exige una raíz para el tallo y un tallo para la flor?

Tan poderoso es en él este amor a la raíz íntima y material que, cuando no proyecta al futuro las luces de su provincia, trae hasta ella, hasta su presente, las sombras del tiempo heroico por el que anda su fantasía. Naturaliza a Desdémona, a Isolda, a Doña Inés. En uno de los capítulos de *Archipiélago de Mujeres, Melibea* abandona el balcón del Renacimiento hispánico para venir a charlar con él —Calisto de vacaciones— en un pueblo que festeja el día de San Lorenzo. ¡Qué alegoría más gentil! ¡Melibea en el pueblo! Porque, para todo aquél que aprendió a amar en español, Melibea es la adolescencia, la ansiedad de la llama frente al vértigo de la noche, la promesa que vive de no cumplirse y que muere de realizarse, pues su misterio —una vez perdido— "con todos los tesoros del mundo no se restaura".

Al leer la prosa insistente y densa de *Al Filo del Agua,* se comprende muy bien la importancia de no ser demasiado rápido. La calidad de este ins-

trumento compacto es su sonoridad en la lentitud. No le pidamos un "allegro" de marcha bélica; ni un "scherzo" de fáciles ironías. Su dignidad es la del "andante"; su fuerza, el poder de concentración; su virtud recóndita, la paciencia. Paciencia de quien sabe aguardar ese instante de intuiciones y remembranzas —merced a la combinación de cuyos matices las calidades de un paisaje o de un ser se manifiestan de tal manera que el sólo verlos es ya la mejor respuesta a todas las preguntas con que, durante años, las acosamos.

Sus personajes andan despacio, viven despacio, se hacen despacio; con un ritmo que parece de otra época, aunque no lo es, porque en provincia la moneda del tiempo tiene su peso íntegro y su más elevada cotización. Es un tiempo que miden con sus repiques, por las mañanas y por las tardes, campanas en cuyo bronce nos saluda y nos guía la voz de México.

El canto de esas campanas repercute en la obra de don Agustín Yáñez. Las oigo, singularmente armoniosas, en uno de los mejores fragmentos de un libro suyo: *Genio y figuras de Guadalajara.* Y pues lo hallo, no os escatimaré el placer de reconocerlo.

Dice así el escritor: "Ninguna prenda cabal y perdurable, sino el concierto de sus campanas —arriba de los hombres y de las contingencias— puede donar de sí Guadalajara. En sus metales pervive la grande y la pequeña historia; eternizan las emociones fugitivas, los rostros, los gestos, los perfumes, las citas; en su ley se cifran las virtudes provinciales; en su liga se purifican apetitos y pasiones, muere la muerte y gime la transitoriedad de la vida; en sus lenguas hablan los mitos y las centurias, las personas amadas que no conocimos, los deudos difuntos y los vivientes, las ausencias de amigos, los hombres por venir en los siglos de los siglos, quienes fueron y quienes han de ser famosos, quienes padecen y quienes padecerán olvido. Biblia cívica, martirologio de fastos que nosotros no vivimos y de leyendas, título vivo, crónica inmarcesible, texto para toda edad y condición, memoria y suma de las más bellas voces de mujer, espejo de héroes, rapsodia fabulosa y actual, evangelio de música, sacramento de muertos, gloria, credo y hosanna resonantes, almo coro tutelar, si cuantos han nacido y amado, si cuantos nacerán y amarán en el recinto de la ciudad se juntasen, su clamor no igualaría la pujanza y eternal pureza, el acento inconfundible de las campanas tapatías".

Ese tiempo de bronce, que las prisas no ahogan; ese silencio en el cual las palabras del más humilde se graban con caracteres cautos, finos y oscuros, pero indelebles, y que destaca de pronto, brillantemente, como las filacterias de los vitrales, la luz del atardecer; esa quietud que sólo engaña a los ignorantes, porque protege un hervor de pasiones y de deseos, que es fermento magnífico del futuro; esa ciencia tácita de esperar, que lo labra todo sin estridencias, el poema y la vida, la corona de azahares y la mortaja, el idilio y la rebelión; ese recato que en ocasiones estalla en pólvora; esa sumisión

capaz de romper cadenas, esa Patria, en fin, que no traiciona su sino, es lo que el novelista a quien recibe nuestra Academia se esfuerza por expresar con su idioma hecho de esmero y de persistencia, de discreción exterior y de músicas interiores, de serenidad aparente y de fiebre oculta.

Cada cual reacciona de manera distinta a la forma en que vibran los nervios de nuestros prójimos. Otros lectores descubrirán sin duda, en la prosa de don Agustín Yáñez, insinuaciones espirituales y virtudes líricas diferentes. Pero lo que más me conforma advertir es que su estilo recurre, en lo mexicano, al decoro de la provincia; en lo provinciano, al tono de México, y, en lo español, a un sentido intenso de humanidad. De todo ello lo felicito muy cordialmente.

Me complazco también en felicitarle por los acentos con que ha evocado, en su discurso de recepción, la dignidad de los escritores y la importancia que tendrá siempre una buena enseñanza de la literatura en la formación intelectual y moral del hombre. Es agradable escuchar esta robusta expresión de fe en días que plantea a cada paso interrogaciones y dudas frente al artista; cuando hay voces que se levantan para abominar sistemáticamente de todo lo que no rinde un beneficio práctico y material y cuando seres que imaginamos dotados de una conciencia lúcida se suman al coro de un progreso al que previamente quisieran quitarle el alma y substituirla por un magneto.

El pasado y el presente son nuestros medios —dice, en alguna parte, Pascal. Sólo el futuro es nuestro propósito. —Aun admitiendo esta dura fórmula ¿quién podría no sentirse menoscabado si a esos medios permanentes de acción sobre el proyecto de nuestras vidas, el entusiasmo por las técnicas siempre móviles arrebatara la afirmación del espíritu eternizado por el verbo, y la gracia de la belleza que incita al bien?

Una civilización de intelectos desencarnados y sin memoria sería imposible y, de suponerla capaz de ser, resultaría opresiva e intolerable. Quienes señalan el arte de la palabra escrita como mero lujo de la cultura olvidan con ligereza lo que toda cultura debe a la voluntad de síntesis que la norma. Un progreso que, por mecánico, se redujera a cuidar de las cosas útiles, ignorase las gradaciones de lo sensible y menospreciara el desinterés y la caridad, no sería en verdad un progreso auténtico. No en vano proclama Scheler que el goce puede y debe subordinarse a los intereses supremos de la cultura, pero que la más honda inversión del orden consiste en subordinar los valores vitales a los valores utilitarios. Ahora bien, dentro de esos valores vitales, la literatura se nos presenta como una de las fuerzas que de manera más evidente han orientado —y siguen orientando— la continuidad cultural del hombre.

Desde el más antiguo hasta el más moderno de los escritores de un mismo pueblo (o, incluso, de un mismo idioma) corre un caudal de sentimientos,

de imágenes y de símbolos que no podríamos detener sin defraudar nuestra solidaridad, nacional o humana. La palabra que empeñamos —y que compromete, con nuestro honor, lo más viril de nuestra persona— está hecha de una experiencia de infinidad de generaciones; fue imploración en el canto de algún poeta, grito de júbilo en el personaje de una novela admirada a los veinte años y, acaso, promesa de libertad en la boca de un héroe de la República. Por eso, cuando la pronunciamos, toda una historia revive en ella y, cuando la depositamos en la balanza de un acto justo, no es nuestra voz mortal la que la avalora, sino el silencio de todos los que vivieron para legárnosla, bella, expresiva, exacta y asociada a sucesos inconfundibles.

¿Cómo desentendernos, por consiguiente, del llamado que en su discurso hace don Agustín, de la tristeza que manifiesta ante la decadencia de los estudios literarios y del impulso con que reclama, para esta disciplina, una atención que no sea tan sólo favor y excusa?

Pienso, como él, que la simple visión histórica del panorama literario —nacional o mundial— no cumple la función que esencialmente incumbe a las enseñanzas de que nos habla y que lo urgente no es pasar lista a escritores y libros, sino formar criterios, suscitar la alegría del libre examen, depurar en cada educando el sentido y el gusto de la expresión. Sé que exhortaciones como la suya habrán de tropezar, cada año más, con un escollo que sería ingenuo disimularnos: la plétora de los programas y la autoridad con que otras asignaturas han invadido el espacio disponible en el día escolar de casi todos los institutos. Pero, por eso mismo, aplaudo lo que nos dice acerca de la calidad del programa, lo cual no implica forzosamente veleidades de hegemonía en la cantidad.

Cuanto más numerosas sean las materias que imponen las circunstancias a los alumnos, más convendrá vigilar que el tiempo del maestro no se derroche en inútiles relaciones de ambición, pero de efecto pasajero y de "historicismo" superficial. La lectura y el comentario crítico de un conjunto de obras indispensables aprovecharán mucho más a los estudiantes que la determinación de un catálogo presuroso, erizado de apellidos de autores escasamente consultados y de títulos de libros insuficientemente comprendidos.

Sólo así podrán concretarse, en la práctica, la necesaria diversidad de los planes de estudio y el deseo de que la enseñanza literaria contribuya fructuosamente, como lo pide el licenciado Yáñez, a educar la sensibilidad, ampliar y afinar la conciencia histórica y dar al idioma mayor riqueza y sobre todo, más nítida exactitud.

Cabría que mi alocución terminase aquí. Pero la Academia no dejaría de reprocharme un olvido que, de mi parte, sería punible: el de la gratitud que debemos a la hospitalaria ciudad en que se celebra nuestra reunión.

En su nuevo atavío de asfalto y piedra, Guadalajara sonríe al viajero con un donaire que no ha cambiado, pues el progreso de sus avenidas y de sus plazas acentúa su prestigio, sin disminuir en manera alguna su sortilegio. Ciudad que —como de Salamanca decía Cervantes— "enhechiza la voluntad"; población de horas transparentes y de calmas francas, donde la luz es encanto y caricia el clima; cabeza de una heredad en cuyo perímetro las leguas se cuentan por canciones; tierra alfarera y agricultora que ha sido siempre, para la poesía, la música y la plástica mexicanas reserva de emociones y de colores, de melodías y de metáforas, de símbolos y de formas; entidad en la cual vivir equivale a graduarse en quién sabe qué doctorados sutiles de simpatía; esto es: en un arte egregio, el de perdonar, y en un gusto señoril y humanísimo, el de comprender, el de comprender lo que se perdona...

Jalisco es un Estado al que la literatura mexicana tiene que agradecer concursos muy eminentes. Ya el recipiendario citó los nombres de quienes fueron colaboradores de esta Academia. Al oírle, recordamos a don José María Vigil, que dirigió durante años la Institución y que tanto hizo por el libro y por la historia del libro en México. Recordamos, igualmente, a otro Director de nuestra Academia, don José López Portillo y Rojas, de cuyo talento de novelista *La Parcela* es muestra tan encomiable; a don Victoriano Salado Alvarez, reconstructor de un pasado que investigó con ingenio y penetración, y a don Enrique González Martínez, maestro incomparable, poeta de todas las horas, señor de la bondad y de la templanza, que recorrió los senderos visibles —y aun los ocultos— del placer y de la congoja, sin que sus alegrías o sus tristezas enturbiasen jamás el paradigma de un alma pura, "soberbia en su abandono" y "activa en su descanso".

Quiero asociarme aquí al homenaje rendido a ese espléndido pabellón que fue, hace algunos lustros, bandera literaria de las provincias. Y no puedo dejar de inclinarme ante la memoria de un mexicano que no perteneció a esta corporación: don Mariano Azuela. En su pluma, los de abajo encontraron a un intérprete de épica sobriedad, incisivo y trágico, de quien los silencios mismos describen las asperezas de ese paisaje —material y moral— por donde sus héroes avanzan hasta una cita, sin palabras ni lágrimas, con la muerte.

En la actualidad, la Academia cuenta con dos miembros nacidos en Jalisco. Don Carlos González Peña, modelo de caballeros y prosistas, que —no contento con enriquecer el acervo de nuestras letras y merced a sus propias obras— lo ha inventariado en una Historia de límpida autoridad. Y el más reciente, don Agustín Yáñez, a quien saludamos en un andén entre dos expresos: el de los sueños, que su inspiración de escritor no ha de querer abolir y el de las obligaciones humanas, que su civismo de gobernante acepta sinceramente.

La conciliación de responsabilidades tan variadas no es siempre cómoda. Ante los deberes del hombre exterior, el hombre interior ha de verse en la urgencia —a veces— de pedir tregua a algunos de sus propósitos más queridos. Pero, mientras tanto, la verdad, la belleza y el bien van madurando calladamente en cada acto de quien lo cultiva, sin egoísmos y sin recelos, a través de un destino atento a sus múltiples compromisos. Después de todo, la palabra de mañana estará hecha con lo mejor del silencio de hoy.

Don Agustín Yáñez: sea usted bienvenido entre nosotros. Sus amigos y sus lectores confiamos en que la vida no amengüe, en su espíritu, el fervor de una obra que ha comenzado con tanto acierto, para ilustración de las letras patrias.

EL HUMANISMO, EL BARROCO Y LA CONTRARREFORMA EN EL MEXICO VIRREINAL *

En memoria de hi hijo Bernardo, consejero y amigo.

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA

LA promoción de un académico correspondiente a de número tiene para el que ingresa, el dolor consiguiente a la pérdida de un amigo que compartió con él la tarea común del ejercicio de las letras, el intercambio de ideas o de opiniones en las gratas veladas que se disfrutan en la Academia, el afán de buscar la verdad y la belleza por sendas paralelas que el espíritu sigue con afán.

Llego a la silla número 7 de esta ilustre corporación contemplando la serie de sombras ilustres que me han precedido en ella, imponiéndome una responsabilidad que positivamente me abruma. En primer término aparece la figura prócer del único Presidente de la República que hasta ahora ha ocupado un sitial en la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, orador de altos vuelos, periodista de vigorosa pluma: don Sebastián Lerdo de Tejada. Pasa en seguida a ocupar su sitio el ilustre autor de *La Ciudad de México,* el primer historiador de la Metrópoli que ahora nos agobia con el ajetreo de sus calles y plazas y que él conoció comprendida casi, dentro de los estrechos límites que le impuso la traza de la vieja ciudad virreinal, don José María Marroqui. Viene la sombra del canónigo don Francisco de P. Labastida para demostrar lo que ha sido ya constante tradición en la Academia: que pueden ocupar sitial en ella personalidades de las más opuestas ideas en política y en religión, siempre que las anime el deseo de enaltecer la lengua que nos sirve de expresión y que, tras un presidente liberal, un sacerdote que ha combatido en el partido contrario ocupa por derecho propio

* Discurso de recepción como socio de número, leído el 15 de mayo de 1950. Por haberse conseguido tardíamente este discurso y su contestación, no se publican en el orden cronológico que les correspondía.

el mismo sitio que el anterior. A don Francisco Pascual García, cuarto individuo que ha ocupado el sillón, que con menores merecimientos que todos vengo ahora a disfrutar, me liga el gratísimo recuerdo de haber sido él uno de los que enderezaron mi vocación al cultivo de las letras. Comenzaba apenas a escribir en periódicos estudiantiles y a seguir cursos de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria, cuando Francisco Pascual García presidía una de tantas fugaces sociedades literarias que ha tenido nuestro país y que llevaba el nombre de *México Clásico*. Pontificaba en sus reuniones frente a una serie de periodistas o estudiantes imberbes que escuchábamos con deleite sus disertaciones sobre temas gramaticales, sonreíamos de sus ironías, no siempre inocentes, admirábamos la lógica implacable de sus discursos. Al mismo tiempo, en la revista que él dirigía, *El Crítico*, continuaba la tarea que don José María Roa Bárcena se había impuesto de dar cima a un acopio de los mejores sonetos castellanos y la del Conde de la Cortina de vapulear a los malos poetas que entonces como ahora abundaban en el parnaso criollo, y nos guiaba en sus páginas por los vericuetos de la literatura española de todos los tiempos. Poco después, la política lo llevó a otras tierras extrañas no sin haber dejado en la mente de todos los que por aquellas épocas le seguimos alguna buena semilla que en unos fructificó y en otros se agostó para siempre. Don Antonio de la Peña y Reyes no solamente trajo a este sillón académico el prestigio de su propio padre el insigne gramático don Rafael Angel de la Peña, sino antes el suyo propio, de hablista elegante y diserto, de perito en las disciplinas del derecho internacional, como lo demuestran los cargos que desempeñó en nuestro servicio exterior, los congresos internacionales en que participó y, sobre todo, la excelente edición del *Archivo histórico diplomático mexicano* al que consagró los mejores años de su vida y, por último, el Presbítero don Mariano Cuevas que desde cuatro de enero de 1933 hasta marzo de 1949 dio lustre y decoro a este lugar.

Después de la semblanza que Junco ha hecho hace poco del historiador y del hombre, poco habría que agregar al boceto trazado con mano maestra. Hombre de una pieza era el padre Cuevas en su vida y en su obra. Arrebatado en su pensamiento, encendido en su alma por todo lo que él estimaba su verdad, acerado en sus juicios, irónico a veces en sus apreciaciones, dedicó toda su vida intelectual al ejercicio de dos vocaciones: la de su ministerio sacerdotal que desempeñó ejemplarmente, y la de su afán de adentrarse en el pasado de México y mostrarlo a los demás tal como él lo concebía. Espíritu polémico, buscaba la pelea en todos aquellos asuntos que él estimaba como dignos de ser dilucidados. No rehuía nunca el combate con las armas que él manejaba como diestro soldado: la tribuna, el periodismo, la cátedra, el libro. Además fue un incansable investigador en los rincones más apartados de nuestra historia de la conquista y del virreinato. A él se deben hallazgos

importantes como el *Testamento de Hernán Cortés,* encontrado en el Archivo de Protocolos de la Ciudad de Sevilla, el encuentro del manuscrito original en castellano de la *Historia antigua de México* de Clavijero. Como editor de otros documentos importantes sobre la historia de México, hay que recordar los *Documentos inéditos del siglo XVI, la Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España, escrita por el conquistador Baltasar de Obregón; Monje y Marino, La Vida y los tiempos de Fray Andrés de Urdaneta;* la *Descripción de la Nueva España en el siglo XVII por el Padre Antonio Vázquez de Espinosa y otros documentos;* la *Puebla de los Angeles en el siglo XVII, Crónica de Puebla por don Miguel de Zerón Zapata y de D. Manuel Fernández de Santa Cruz. Misiones en Puebla y sus contornos,* todo ello en un solo volumen; las cartas de *El Libertador, Documentos selectos de D. Agustín de Iturbide;* el *Album histórico Guadalupano del IV Centenario,* y ya en vísperas de su tránsito el *Diario de sucesos notables de D. José Ramón Malo.*

Pero con ser esto mucho, sería en realidad poco al lado de la obra magna de su vida la *Historia de la Iglesia en México* comenzada a publicar en 1921 en nuestro país y terminada siete años después en El Paso, y también la *Historia de la Nación Mexicana,* cálido panorama de las vicisitudes de nuestro pueblo a través de los siglos.

Relatada su obra bueno es trazar un breve rasguño de su vida. Nacido en la ciudad de México en 18 de febrero de 1879 en el seno de una familia de rancia prosapia, hizo sus estudios en dos colegios que tuvieron fama en su tiempo: el de los presbíteros Agapito Espinosa de los Monteros y don Bernardo Durán. Fue seminarista en México, novicio en Loyola, siguió los cursos de latín y humanidades en este lugar, los de retórica en Burgos, y los de filosofía en Oña. Vino a México en 1902 para enseñar literatura e historia en los colegios de la Compañía en Saltillo y en la Puebla de los Angeles. De 1906 a 1907 estudió la teología en San Luis Missouri y en 1908 recibió la orden de presbítero. En Roma y en Lovaina se perfeccionó en sus estudios de propedéutica histórica. Cursó arqueología, paleografía, diplomática y metodología histórica en Lovaina. Esta ilustre Universidad le concedió el grado de "Doctor honoris causa". Después de 1913 le vieron los estudiosos de los archivos más importantes del mundo, rastreando en ellos para encontrar algún documento que le sirviera para dilucidar algún punto oscuro de la historia de su país: Londres, Roma, Nueva York, Madrid, Nueva Orleans, California... La cosecha fue siempre opima para él.

Muchas sociedades de cultura, además de nuestra insigne corporación le tuvieron en su seno: la Academia Mexicana de la Historia, la de Geografía y Estadística, la Sociedad Colombiana de la Historia, la American Historical Society de Worcester.

Cuando le arrebató la muerte dejaba en el telar el prólogo a la *Historia de México* del P. Cavo. Este es el recio varón que la Academia Mexicana correspondiente a la Española, recuerda conmovida por mi boca en esta noche y que jamás pensé substituir en el lugar enlutado desde hace justamente un año.

Paso a cumplir ahora otro de los preceptos de nuestros estatutos y a tratar sobre un tema que habría sido grato al ilustre desaparecido que hemos evocado esta noche.

El Humanismo renacentista y la Contrarreforma en el México Virreinal.

I

El Humanismo

Inseparable de la idea de Renacimiento es la de humanismo. El humanismo nace cuando el hombre se descubre a sí mismo en las postrimerías de la Edad Media y quiere integrar su persona con todos los atributos, físicos, intelectuales y morales que imagina en el hombre perfecto. No ha de ser solamente alma que debe salvar en el cielo, ni cuerpo sujeto a todas las concupiscencias y perecedero a los pocos años de pisar este mundo. Belleza corporal y belleza espiritual se ha de reunir en armoniosa síntesis. Ha de ser heroico y ha de ser discreto, ha de estar informado en la filosofía, las letras y las artes de la antigüedad; pero también ha de manejar la espada y la lanza en el combate y en los torneos; ha de saber decir bien y componer una bella canción o un hermoso soneto si su dama se lo pide; en fin, ha de reunir todas las cualidades que pinta en su *Cortesano* el caballero Baltasar de Castiglione y si es político, ha de hacer buen uso de la sutileza que recomendaba en su trabajo el florentino Nicolás de Maquiavelo. La dama también ha de poseer cualidades que la hagan bella, discreta, ingeniosa, de trato delicioso y de elegancia física y espiritual, que la haga digna de la admiración de los caballeros que la rodean. El tipo ha sido fijado por el propio Castiglione en su admirable libro y en el cuadro por el pincel del artista Sebastián del Piombo en lienzo memorable.

Se han de preocupar, además, el caballero y la dama por todas las cosas que interesan al hombre aplicando siempre la sentencia terenciana "Homo, humani nihil a me alienum puto". Por ello no habrá distingo entre los individuos de distinta raza o de diferente origen. Esto, naturalmente antes de que las ideas religiosas vinieran a dividir en bandos irreconciliables a los hombres. El caballero español trata de comprender al moro y se muestra gentil y compasivo cuando es su prisionero. El humanista del Renacimiento, que lo es en buena parte el misionero, admira en el indio todas las cualidades que des-

cubre o cree descubrir en él. Colón mismo, que tan bien representa a su época, se hace lenguas de la belleza física de los indios, de su templanza, dulzura de carácter y sumisión, inocencia; Fray Julián Garcés, obispo de Tlaxcala, pone por las nubes el carácter de los niños indígenas: "Son maravillosamente templados, no comedores, ni bebedores, sino que parece que les es natural la modestia y compostura... Tienen ingenios sobremanera fáciles para que se les enseñe cualquier cosa". Influye en esto, no solamente el concepto cristiano de la vida que hace hermanos a todos los hombres, sino también la imagen de una Arcadia, inocente y primitiva que han puesto de moda los poetas italianos del Renacimiento. En un ambiente de paz, en medio de una naturaleza exuberante el hombre vive en la inocencia, imagen del Paraíso terrenal o mejor de la Edad de Oro, que añoraban los poetas recordando a Hesíodo, a Lucrecio y a Ovidio. Esta imagen de América ha de aparecer nuevamente en el neoclasicismo del siglo XVIII y también en el romanticismo del XIX.

"Este humanismo renacentista, por lo menos en teoría, dice Gabriel Méndez Plancarte en su *Humanismo mexicano del siglo XVI,* exaltaba la dignidad inviolable de toda persona humana por el mero hecho de serlo la esencial igualdad de todos los humanos, el poder civilizador de la cultura, y proclamaba —con Marco Tulio Cicerón— el ideal de aquella *societas generis humani,* que debería acoger en su seno, sin distinción de razas, a todos los hombres y a todas las naciones, resolviendo pacíficamente los conflictos y expulsando para siempre el espectro sangriento de la guerra". "Tales nobles ideales cristianos, pero impregnados de inconfundible aliento renacentista, —sigue diciendo Méndez Plancarte— son los que vemos pugnar por realizar en la obra de nuestros primeros grandes obispos: Fray Julián Garcés, don Vasco de Quiroga, Fray Bartolomé de las Casas, Fray Juan de Zumárraga", infatigables defensores de los indios, frente a la ambición del soldado y del encomendero que pretendieron establecer con todas sus consecuencias un feudalismo semejante al medieval en la posesión de la tierra y en el servicio de los indios. Otra supervivencia medieval que, en esta vez los frailes combatieron y los monarcas paliaron, al establecer la encomienda. No sólo pasó el humanismo renacentista a las Indias recientemente descubiertas y a la Nueva España más recientemente conquistada, sino que también las derivaciones de ese humanismo: ideas de Erasmo, Utopías de Moro, llegaron a estas tierras en las mentes de los que habían formado su cultura en la España de Carlos V.

Estas ideas habían de influir en el concepto que España había de forjarse del indio, impidiendo la esclavitud, concediéndole todos los atributos del alma: entendimiento, memoria y voluntad. Gracias a ello la especie no desapareció, ni fueron recluidos los últimos ejemplares de ella en campos de concentración, museos y laboratorios de etnografía.

Por este humanismo que se respiraba en el siglo XVI español, don Hernando pudo ser un regular latinista que "cuando hablaba con letrados u hombres latinos, respondía a lo que decían en latín" según lo dicho por Bernal Díaz del Castillo; y por ello también, pudo Marcelino Menéndez y Pelayo comparar a Cortés con Julio César y sus *Cartas de Relación* con los *Comentarios a las guerras de las Galias* y el propio Bernal, con ser poco versado en letras, tenía noticia de la historia de Grecia y de Roma y sabía citar los nombres de los héroes de la antigüedad cuando venía al caso y con grande atingencia.

El misionero franciscano trae al Nuevo Mundo el afán que llevó a los miembros de su orden a pretender instaurar en el mundo un cristianismo primitivo en el que se viviría, dentro de las normas de sencillez y de pobreza que había establecido el fundador de la orden para sus hermanos. Divididos en espirituales u observantes y conventuales, por el espíritu que animaba a los doce primeros franciscanos quedan comprendidos más dentro del grupo de los primeros que de los segundos. Obraban con la pureza natural de los indios, con la bondad innata en ellos y se lanzaban a una labor misionera que habría sido indudablemente grata al *Poverello*. El que uno de ellos adopte el nombre de *Motolinía* por saber que esta palabra quiere decir pobrecito ya es un síntoma de actitud.

"Una noche del otoño de 1532, desde las almenas de las murallas de Burgos, se asomaba al silencio de la campa castellana y al sereno firmamento tachonado de constelaciones el espíritu de un erasmista español. En su vuelo por el aire límpido que cubría la dilatada paramera le acompañaba el ánima de una virtuosa dama, de doña María de Rojas, y he aquí que ya en el espacio este clérigo erudito sueña con los indios americanos y se le presenta la visión de aquellos pueblos vírgenes, sencillos, buenos, dulcísimos, viviendo en felicidad espiritual; en su fantasía llega hasta figurarse que está entre ellos y que es testigo de sus prácticas religiosas; más aún, escucha que le preguntan si aquellas ceremonias que realizan responden al rito cristiano". Esta actitud de Juan de Maldonado, descrita admirablemente por don José Almoina en su libro *Rumbos heterodoxos en México,* es la característica de los misioneros franciscanos en el siglo XVI. "El cristianismo franciscano —sigue diciendo Almoina —es esencialmente místico y convierte al creyente en dueño de su fe y orientador de su autoridad religiosa anulando todo intermediario entre el hombre y Dios... contentos, 'gaudentes in Domino' deben sentirse los franciscanos, según dice el Fundador. Se crea así una doctrina de libertad religiosa según la propia experiencia y lo eclesiástico formal queda reducido a los sacramentos, la autoridad del Símbolo". Por ello el franciscano no tiene inconveniente en aceptar el bautismo de los indios aun sin la realización de algunos requisitos formales. Confía en la pureza y en la simplicidad del in-

dio y lo admite inmediatamente a la nueva fe, bautizando en masa, si la ocasión se presenta, después de las ceremonias del culto a cielo abierto, o en las iglesias primitivas que con tanto esfuerzo ha comenzado a construir por todos los ámbitos del reino. A este grupo pertenecen ilustres prelados como Fray Julián Garcés y Fray Juan de Zumárraga.

Paralelamente a este humanismo religioso, comienzan a llegar a la Nueva España poetas y escritores que traen el mensaje lírico de Italia. Las formas nuevas que va adoptando la lírica, serán las primeras que usen los poetas para descubrir el paisaje y la vida americana. El latín se impondrá como lengua de trabajo en los colegios y en el de San Juan de Letrán los indios estudiarán esta lengua aun en detrimento del español.

Los dominicos traerán a la Nueva España el espíritu de su orden. No verán con buenos ojos el afán de conversión rápida de los indios y combatirán los bautismos en grupo y sin el cumplimiento de todos los requisitos de fondo y forma. Serán cautelosos para la administración de los demás sacramentos e impondrán la enseñanza de la escolástica con todo rigor. Fray Domingo de Betanzos y Fray Alonso de Montúfar representarán este matiz en la vida mexicana del siglo XVI. Los agustinos por otra parte aportarán a México un hálito de renovación en los estudios de las escuelas. Con ellos llegará a la Nueva España la tradición paulina, recogida y acendrada por San Agustín, el ilustre fundador de la orden, y éste será el espíritu que aliente en la Universidad primitiva en la voz de Fray Alonso de la Veracruz, tan unido a Fray Luis de León en sus ideas sobre la interpretación de la Biblia.

Este Fray Alonso de la Veracruz es, desde luego, la figura más importante de la historia de la filosofía. Nacido en Campueñas, España, estudió artes en Alcalá y filosofía y teología en Salamanca. Su nombre en el siglo fue el de Alonso Gutiérrez. Desembarcó en Veracruz en 1537. Con el hábito agustino contribuyó a la enseñanza iniciando sus lecciones en el colegio de Tiripetío en Michoacán y continuándolos en la Universidad cuando se iniciaron los cursos en ella en el año de 1553. Enseñó teología escolástica.

La curiosidad universal, el afán de saber que caracterizaron al humanismo renacentista influyen en la formación del futuro filósofo; la definición de España a favor del catolicismo, el ímpetu de la Contrarreforma, la influencia decisiva de los teólogos que exponían en España sus doctrinas por entonces, señalan el camino de Fray Alonso decisivamente hacia la escolástica. Aristóteles y Santo Tomás lo guiaron por esa senda. Le cabe la gloria de haber sido, además, el fundador de las bibliotecas públicas en México, trayendo cajones de libros, que se acomodaron en los plúteos del convento de San Agustín para uso de la comunidad. Los primeros libros de filosofía que se publicaron en México fueron originales del propio padre agustino. *La Dialectica Resolutio* y la *Physica Speculatio* se leen en la actualidad y se comentan como

obras dignas de la época en que se escribieron y expresión, además, del pensamiento de un autor que honra a la escuela a que perteneció.

Fray Alonso murió en el colegio de San Pablo en 1584, sucediéndole en la cátedra el dominico Fray Bartolomé de Ledesma. Padres de esta orden y de la agustina siguieron ocupando, casi alternativamente y sin las enconadas disputas que suscitaba la provisión de cátedras en la Universidad de Salamanca por la rivalidad entre estas dos órdenes monásticas, la cátedra de teología en la Real y Pontificia Universidad de México. Así pasan por ella Fray Tomás Mercado, Fray José de Herrera, destacándose alguna vez por su capacidad de enseñar y su erudición reconocida hombres como Fray Francisco Naranjo tenido por uno de los más profundos teólogos de su tiempo. Frente a la Universidad los colegios de los jesuítas mantenían una enseñanza más alerta y más pronta a seguir las vicisitudes de la enseñanza en Europa. El P. Antonio Rubio publica un comentario a la Dialéctica de Aristóteles y una *Lógica mexicana,* además de otros comentarios a la Física aristotélica. El iniciador de los estudios en los colegios de la compañía lo fue, sin embargo el P. Pedro López y Parra en el año de 1575 en San Pedro y San Pablo.

Algunos seglares, como Cervantes de Salazar, trasplantarán al Nuevo Mundo el humanismo de los grandes pensadores del renacimiento español como Luis Vives y Hernán Pérez de Oliva "obrero del pensamiento y artífice de la lengua en la España de Carlos V; Estudiante de Salamanca y de Alcalá, de París y de Roma; protegido de León X y de Adriano VI y finalmente catedráctico y rector, 1529, de la Universidad Salmantina", como le llama Pedro Henríquez Ureña. Hernán Pérez de Oliva en su *Plenitud de España.*

Por último, unos y otros trajeron al Nuevo Mundo ese interés por el estudio de las lenguas que había de caracterizar al hombre de la época. No le será ajeno el latín a nadie que se precie de culto; pero tampoco el conocimiento de los indios que han nacido para la vida del mundo occidental. Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún, Maturino Gilberti, Alonso de Molina, contribuirán a desvelar el secreto del indio, incorporando la historia de un mundo espiritual desconocido a la historia el Universo. Esto ha tenido mayor repercusión que el descubrimiento material de las Indias Occidentales.

II

El Barroco y la Contrarreforma

Barroquismo y Contrarreforma están íntimamente ligados en la historia de las ideas. Al propio tiempo que la Contrarreforma adquiere consistencia definitiva en el solar de la Vieja España, el barroco surge en las artes y en las letras, dando al ambiente español un matiz definido. Es la última conse-

cuencia del Renacimiento el interés por la forma, la exaltación de la "fermosa cobertura" a que se refería el Marqués de Santillana. En el juego de luces y sombras que es el alma española del siglo XVII, lo barroco adquiere importancia decisiva. Se sale del interior, para exaltar lo externo como meta ideal de toda actividad humana. Realidad y fantasía juegan papel decisivo en el pensamiento contemporáneo. Cada inteligencia puede crear su mundo. La vida "es sueño" y el Caballero de la Triste Figura convierte en gigantes a los molinos de viento y se enamora de una mujer inexistente. El mundo se puebla de sombras. El hombre piensa en la eternidad que está más allá de la muerte, como único asidero para no caer en la nada.

Una especie de conformismo irreductible sustituye a la inquietud religiosa del siglo anterior. El mundo ha quedado dividido en dos mitades. Los países del norte profesarán la religión reformada, los del sur el catolicismo. Entre ellos, España adoptará el papel de paladín. El protestantismo no deja casi huella en la vida española; al judaísmo se le ha combatido en todos los terrenos; los moriscos han sido expulsados de España en los primeros años del siglo. El Imperio afirma su voluntad de combatir por Dios y por el Rey en todo el gobierno de los Felipes. La expresión de tal voluntad se manifiesta en la obra de poetas y, particularmente, de los dramaturgos; Lope de Vega vive a sus anchas en el Madrid del siglo XVII. Ni una sombra de inquietud interfiere en la optimista manera de actuar de sus personajes. Los dramas de Calderón expresan plásticamente la concepción escolástica del mundo. El Don Juan de Tirso de Molina se detiene al borde de la incredulidad. Es el último aliento vital renacentista. El hombre que ha conquistado un mundo se dedica, ahora, a conquistar el cuerpo de una mujer. Su audacia lo pierde, su irreverencia lo condena. No tiene el empuje satánico del de Byron, ni el afán racionalista del de Molière.

El genio se ha convertido en ingenio. Vale decir, en expresión agradable, discreta, elegante. La honra en pundonor. La inteligencia se manifiesta menos por lo que dice, que por la forma de decirlo. De ahí el discreteo en la comedia. En un mundo así, la religiosidad y la devoción substituyen un poco a la fe radicalmente profunda del pueblo español, en el siglo de los descubrimientos, las conquistas y las misiones.

Quiere el alma religiosa afirmar su creencia en las buenas obras y se multiplican las fundaciones de obras pías; quiere expresar su oposición radical al arrianismo y coloca a la Santísima Trinidad como coronamiento del enorme edificio levantado por sus teólogos; desea combatir a los judaizantes y hace de Cristo el centro de todos sus afanes; lucha contra el horror que los protestantes profesan a las imágenes y puebla las fachadas de las iglesias y los retablos de figuras en lienzo, en tabla o en bulto de todos los santos que radican en la corte celestial y derrota a los "alumbrados" por la oración ex-

presada en voz alta. Así, el mundo español del siglo XVI va creando su propia expresión en las fachadas de los templos, labradas en piedra por una fantasía desbordante y desbordada; en los retablos dorados a fuego y exornados con la fauna y la flora que ha creado una imaginación que se sujeta, sin embargo, a las normas de una teología estricta; en los cuadros de los pintores que han sabido captar no sólo el aire que hace posible la vida de los seres, sino la luz del cielo y las sombras del infierno; en las tallas de los imagineros que captan el movimiento de danza de los ángeles y el dolor de los tormentos, el retorcimiento de las agonías y el "pathos" de la muerte en los mártires. La alegoría y el símbolo se colocan en primer plano en la vida del seiscientos. Arquitectos, pintores y poetas se sirven de él para evadirse del mundo de la realidad, que les parece mezquino. La jerarquía medieval vuelve a servir de clave a la inteligencia para expresarse, y el individuo pasa a ocupar el casillero que le está destinado en la vida. En el gran teatro del mundo hay que representar satisfactoriamente el papel que el Supremo Autor ha encomendado al rey y al mendigo, a la dama y al párvulo. Un mundo de conceptos encubre el verdadero pensamiento de los autores. La línea curva substituye a la recta como medio de creación plástica y aun literaria. La parábola y la elipse tienen su correspondencia en el verso y en la prosa. ¿Qué es una metáfora sino la manera de eludir la línea recta para expresar el pensamiento? Movimiento y acción en el drama, en la escultura, en la poesía. Los personajes retratados en los óleos hablan por las palabras que el pintor ha escrito en la cinta que se escapa de sus labios. El poeta quiere que sus imágenes tengan un sentido plástico y le da a la palabra color y volumen. El dramaturgo olvida a los señores de carne y hueso para exaltar, como protagonista de sus dramas, a conceptos abstractos; el bien, el mal, el pecado, la penitencia. De ahí el florecimiento del auto sacramental. Adquieren todas las cosas el aparato de una representación dramática. En ellas son más importantes los versos que se dicen que el sentimiento o la emoción de los personajes; más la decoración y los trajes que la vibración espiritual de los agonistas; más el estruendo y boato de las comparsas que la meditación última del hombre o de la mujer que vive la tragedia de su propio vivir.

México ha sufrido una transformación al pasar del siglo XVI al XVII. Las recias casonas, que parecían fortalezas, se han hundido o han venido a tierra demolidas por la misma piqueta de los que las fabricaron. La vieja iglesia que sirvió de Catedral ha desaparecido también y en su lugar se levanta la nueva fábrica, que ha de durar siglos en su erección. Las mansiones de los ricos cubren sus fachadas con ornamentación complicada: tezontle, chiluca, azulejo y bronce. Los monasterios levantan magníficas iglesias, siguiendo las direcciones fundamentales que el espíritu de la Orden dicta a los

arquitectos. Adquieren magnificencia singular los templos de los dominicanos y los jesuítas.

Por las calles de la ciudad la muchedumbre presencia las procesiones del Corpus. En la Plaza Mayor pasan las mascaradas, se realizan los torneos y los autos de fe. Un espíritu esencialmente aristocrático preside todas las manifestaciones de la vida colonial. Cierto que en México se superponen mundos diversos. Ni los que hablan la misma lengua y tienen la misma sangre suelen expresarse en idéntico lenguaje. El criollo mira al español con grave resentimiento. Este, al fin y al cabo, es un advenedizo que ha venido a frustrar las más bellas esperanzas del primero. El pleito de las encomiendas ha dejado en los corazones un sedimento de amargura que contribuirá, dos siglos después, a la emancipación. Al lado de los palacios sigue el indio viviendo en sus chozas. La carroza del virrey se abre paso por el dédalo de las callejuelas en que mora el pueblo sin esperanza. El poeta canta para un breve grupo de elegidos cada vez que se trata de solemnizar una fiesta. Lo van a premiar los doctos; tendrá, por lo tanto, que hablar en docto. De ahí que las formas barrocas —culteranismo y conceptismo— hayan tenido tan gran predicamento en la Nueva España. La Real y Pontificia Universidad y los colegios de los jesuítas contribuyeron al desarrollo de esta poesía de escuela. El *Triumpho Parthénico* es un buen ejemplo de ello.

Resueltos en México los problemas del alma que preocuparon al individuo que vivió en tiempos cercanos al Renacimiento y la Reforma, por el Concilio de Trento; dicha la última palabra sobre la justificación, el libre albedrío, la predestinación, el valor de la Gracia; vuelto el mundo al "teocentrismo", la inquietud religiosa se manifiesta por discusiones más o menos acaloradas entre las diversas órdenes religiosas sobre la interpretación de diversos pasajes de la Escritura o de la Summa; por los escrúpulos de conciencia que afligen a hombres y mujeres; por sospechas del Santo Oficio que se resuelven, a partir del auto grande de 1649 y del de 1656, en autillos de segunda importancia; en procesos de hechicería seguidos contra pobres gentes —negros, mulatos, mestizos— o en persecuciones a religiosos solicitantes.

Siglo de exterioridad, de fantasía, de adorno, de difícil gimnástica intelectual, de metáforas audaces, triunfa la dialéctica en la Universidad y en los colegios. Las tesis de los filósofos y de los maestros son hábiles demostraciones sobre los puntos que los exegetas de la Summa, hábilmente seleccionan. Siglo de triunfo del "discreto", de exaltación del "ingenio", la filosofía se ha de concretar a la escolástica. Escolasticismo y barroquismo se encuentran íntimamente ligados. La definición de la doctrina católica lograda en Trento, ataja todo género de audacias.

La ciencia misma, matemáticas, astronomía, se cubre también con un ropaje barroco como sucede a las obras que escribe don Carlos de Sigüen-

za y Góngora, el más reputado de los hombres de ciencia del siglo XVII, iniciador de un movimiento de renovación que ha de cuajar en el siglo siguiente, produciendo triunfos más fugaces de lo que prometían por las circunstancias que prevalecieron al finalizar dicha centuria.

Y ambos siglos son las piedras angulares en las que se funda la nacionalidad mexicana.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Por don FRANCISCO MONTERDE

NO ha sido frecuente en esta docta corporación —y al afirmarlo me atengo sólo a mi memoria— que al discurso de un académico de número dé respuesta un correspondiente. Lo usual es que el recipiendario busque en la autorizada opinión de alguien que le haya precedido en el ingreso, más bien que un apoyo del cual podría prescindir, el eco necesario que estableció la costumbre, antes que cualquier reglamento, al determinar que tales palabras no queden sin respuesta. Sobre la elección que Julio Jiménez Rueda hizo esta vez, con la debida anuencia del benévolo señor director de la Academia Mexicana, quien aquí habla inmerecidamente ha tratado de encontrar algunas razones que expliquen aquello que para él resulta excepcional, aunque exista precedente en la misma docta corporación a la cual se honra en pertenecer desde hace dos lustros.

Descartadas las usuales mayorías de saber y gobierno, sin modestia alguna, quedaría únicamente la de edad, que en las presentes circunstancias casi no cuenta, porque no es bastante largo el trecho que separa nuestras vidas.

Si no existiera otra razón, como las preferencias literarias por determinados géneros —relato, drama, ensayo crítico e histórico— cultivados paralelamente, en sucesivas etapas, quedaría sin duda, como la razón más válida, una amistad para la que no encuentro mejor adjetivo que aquel que puso el mismo Jiménez Rueda, en la dedicatoria del más reciente de sus libros: una amistad inalterable.

Lo es, porque en más de tres décadas, ha pasado por las duras pruebas a que en nuestro medio pueden someterse los lazos amistosos: aparte de una imposible rivalidad, están las polémicas, tras las cuales sólo una amistad cimentada en cortesía y afecto recíprocos, persiste.

De uno y otro extremos: de la fría rivalidad y de la polémica en que la pluma se enciende hasta el rojo blanco, nuestra amistad ha salido victo-

riosa. Ha subsistido, por encima de luchas y ambiciones, porque siempre fueron altas sus miras; se sostuvieron en un plano de dignidad y de respeto mutuo.

Amistad inalterable, a pesar de posibles colisiones, que a tiempo se evitaron, dentro de actividades análogas, sobre todo porque su ecuanimidad, igualmente inalterable aun en las discusiones, jamás llegó a hacer, de cosas comunes, asuntos personales; porque ha sabido hallar puntos de coincidencia aun en las discrepancias.

Por mi parte, siempre me he sentido satisfecho al tener ante mí un opositor leal, un colega prudente, de quien me ha sido grato recibir nobles consejos y escuchar mesuradas rectificaciones.

Eso explicará que esta noche me encuentre en el sitio en el cual el recipiendario ha querido colocarme. Que su amistad me justifique y disculpe

Llega Julio Jiménez Rueda a ocupar, dentro de la Academia Mexicana, el sillón ganado por sus merecimientos, en el instante en que, como escritor, afirma su madurez, con el tomo central de su *Historia de la Cultura en México,* obra que será, probablemente, aquella que en su género lo destaque. Está, pues, en ese punto de la ascensión en que, cercana la cima, puede la mirada abarcar, en el sendero recorrido, el conjunto de la obra realizada a lo largo de años fecundos.

Para resumir ante quienes me escuchan la labor literaria de Jiménez Rueda, no necesito abrir de nuevo sus obras, que he leído y frecuentemente releído: me basta repasar los títulos de los volúmenes agrupados en un estante. Al enumerarlos, se observará que, singularizándose entre los escritores de una generación en la que abundaron los poetas, la lírica solamente le atrajo como crítico. No debe entenderse por esto que en su prosa, de cuentista, novelista y ensayista, no haya ese aliento que le eleva, con vibración personal, ya que el lirismo no sólo aparece en los vehementes subrayados de la elocuencia con los cuales el orador y el poeta se aproximan.

Sin que haya sido totalmente ajeno a la lírica, ni sea extraño a la poesía dramática, puede confirmar su bibliografía que el escritor se halla bien instalado en el territorio de la prosa. Ha viajado por él, conociéndolo y reconociéndolo en las más encontradas y aun opuestas direcciones: del cuento al ensayo histórico y crítico; del artículo a la novela; del discurso al drama. Por esos caminos ha pasado y vuelto a pasar, en espirales ascendentes.

El prosador se forjó en las páginas de una revista de estudiantes, como en la cátedra el maestro, hasta quedar situado —por incontestable cronología— entre los primeros historiadores contemporáneos de nuestra literatura, con aquel compendio inicial, que se convirtió después en su *Historia de la Literatura Mexicana,* tres veces reimpresa, a la que sigue en días cercanos, *Letras Mexicanas en el Siglo XIX.*

El narrador y el dramaturgo parten de *Cuentos y Diálogos.* Pudo afir-

marse el primero, gracias a la experiencia del investigador que se asomó a procesos inquisitoriales, con interés profesional, por ser abogado y por sentir afición a los estudios históricos y filosóficos.

Así se comprende la trayectoria, del libro inicial —flor del virreinalista y del devoto de lo romántico—, a los frutos que madurarán a tiempo. Cubren las etapas intermedias: *Moisén* y *Sor Adoración del Divino Verbo* —que pasa después al teatro, con el breve título de *Sor Adoración*—, antes de que escriba *Herejías y Supersticiones en la Nueva España,* obra de investigador consciente, que prolonga, con las páginas del breve tomo cuyo título: *Vidas reales que parecen imaginarias,* recuerda otros de Reyes e Icaza, alusivos al de Walter Pater.

Cuando el narrador hace excursiones para descubrir ambientes y tipos exóticos —según el acelerado ritmo que marca en su vida la carrera de diplomático— su experiencia en ese mundo produce, decantado lo accesorio, una novela humorística: *La desventura del Conde Kadski.* El biógrafo, cuando se suma al narrador el crítico, dará tras dos ensayos —uno de ellos, el de interpretación de Lope de Vega—, la extensa obra, reconstructiva de una época, *Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo,* anuladora de la caduca de Fernández Guerra y Orbe, y la animada biografía de don Pedro Moya de Contreras, primer inquisidor de México.

El dramaturgo, que legó al diálogo, con reminiscencias de los clásicos españoles a quienes escogió como padrinos en su primera expedición por ese terreno fragoso, pasa de la comedia dramática —*Como en la vida, Tempestad en las cumbres, La caída de las flores, Lo que ella no pudo prever*— a la comedia irónica, amarga: *Cándido Cordero* —hombre de buena fe y empleado público—; se asoma a la farsa: *La silueta de humo* y *El rival de su mujer,* y con el drama histórico *Miramar* contribuye en forma definida, moviendo figuras extranjeras, a situar dentro del acervo dramático mexicano la tragedia de Maximiliano y Carlota, adelantándose a varias de las repercusiones que aquí tuvo el drama de Werfel.

Dentro del amplio sector que abarca la obra del prosista, hay que incluir —aun prescindiendo de una *Antología* y de sus ediciones de teatro del siglo XVII, como *El pregonero de Dios y patriarca de los pobres,* del bachiller Francisco de Acevedo— la producción del orador, del crítico y del cronista. El discurso acerca de Santa Teresa y Sor Juana, que leyó al ingresar en esta Academia; sucesivos estudios sobre Cervantes de Salazar, Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, José María Roa Bárcena, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Javier Clavijero, Bernardo María de Calzada y José Mariano Acosta Enríquez, los dos últimos respectivamente autores del *Gil Blas de Santillana en México* y del *Sueño de Sueños,* quedan al frente

de los selectos volúmenes que prologó, en la Biblioteca del Estudiante Universitario.

Sin recopilar aún —fuera de sus impresiones sudamericanas, *La Cruz del Sur*—, se hallan crónicas, editoriales y artículos sobre múltiples temas de actualidad, publicados en diarios y revistas. Entre éstas se sitúan en primer término la *Revista Iberoamericana* y el *Boletín del Archivo General de la Nación*, que él dirige y prestigia.

En libros, revistas y diarios muestra sus dotes de excelente prosista —quienes acaban de escuchar su discurso lo habrán confirmado—, por el léxico abundante, bien escogido. Los períodos acertadamente cortados hacen que su prosa, sin excesiva sonoridad, como corresponde a un escritor contemporáneo, sea un regalo para el oído y para el cerebro, por el equilibrio y la preparación que revela.

Esta bienvenida al nuevo académico de número, no sólo debe ceñirse a comentar su discurso. Por eso se quiso recordar aquí la obra de Jiménez Rueda, publicada en más de treinta años de labor perseverante. A la enumeración de esos títulos —títulos que acreditan su aristocracia de letrado cabal—, tiene que seguir ahora un breve comentario acerca del discurso que acabamos de escucharle, sobre dos aspectos salientes en la evolución de las ideas en la Nueva España: primero, el humanismo; después el barroco y la Contrarreforma.

Tan lograda síntesis nos permitió seguirle, a través de aquellos dos primeros siglos del virreinato, el XVI y el XVII, que van de lo posrenaciente a los umbrales de la plenitud humanística, alcanzada aquí al mediar el siglo XVIII.

El recipiendario ha sabido evocar magníficamente aquella alborada de la cultura novohispana, en la cual la civilización ibérica fue penetrando en las mentes y en las conciencias de los pobladores de esta parte del continente americano: la que correspondía a los señoríos indígenas más adelantados, en el centro y el norte de América.

La penetración espiritual va unida al humanismo que llegaba a estas tierras, desde la Europa del Renacimiento, con frescor e ímpetu de vida nueva. Tal ímpetu, al tocar las insospechadas regiones —que ampliaban el mundo conocido, con vastos territorios, ensanchadores de los meridianos—, en realidad proyecta, ampliado, el mundo antiguo. Resurge idealmente la Atlántida; a su reflejo amplificado, equivale esa visión que tuvieron los conquistadores: la capital de un imperio autóctono que las aguas duplicarían en nuestra altiplanicie.

A lo largo y a lo ancho de la tierra conquistada, tras el rescate del oro, los primitivos pobladores —que serían patriarcas de generaciones definitivamente arraigadas a este suelo—, van sembrando, con su nostalgia, promesas

del futuro, en ese momento de trasplante; y todo lo que era viejo en Europa se ve remozado en el Nuevo Continente, donde surgen, dentro de la Nueva España, Nueva Extremadura, Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, al sobreponerse a la toponimia local, nombres añorantes de las provincias hispanas.

En el campo de las ideas, la renovación irá también unida al impulso de trasplante. El misionero humanista, acabamos de oírlo de labios de Jiménez Rueda, va a ver en el indio americano —como si se anticipara a las comparaciones de los etnógrafos de ahora— la representación del hombre en una etapa de sencillez edénica, anterior a las contaminaciones procedentes de los más civilizados.

El humanismo de aquellos comprensivos frailes era comunicativo y afirmativo; percibía y aumentaba las cualidades, a la vez que parecía ignorar los defectos de los indígenas. Lo que el obispo Fray Julián Garcés halla —recordémoslo— en los niños de Tlaxcala: "ingenio sobremanera fácil para que se les enseñe cualquier cosa", Fray Toribio de Benavente lo descubre en los adultos del Anáhuac, de quienes dice: "en viendo los oficios que en Castilla están muchos años en los deprender, acá en sólo mirarlos y verlos hacer, han muchos quedado maestros; y de esto espantados los españoles, dicen que los indios en sólo mirar los oficios los contrahacen. Tienen el entendimiento vivo, recogido y asosegado, no orgulloso, ni quieto ni derramado, como otras naciones".

Al lado de aquél, entre los defensores del indio, que penetran más profundamente en su espíritu está Fray Diego Durán, quien opone su mesura a los latigazos verbales de Las Casas.

No hay que culpar a los fundadores de que la noble intención se desviase y las instituciones se deformaran pronto. La encomienda fiaba en la bondad de los seglares, quienes olvidaron su misión de guías y cristianizadores, a los que se encargaba de la tutoría de los aborígenes, para convertirse en esos chupadores de sangre de que hablan los códices indígenas; en el azote de los conquistados que hace odiosa la dominación y justifica la independencia futura, desde las frases apasionadas de Fray Bartolomé, el padre de los indios.

Al deformarse las encomiendas, el feudalismo europeo se prolonga en América; aparece el encomendero, extemporáneo "señor de horca y cuchilla". Su aparición coincide con los primeros síntomas del absolutismo, naciente en la península al efectuarse la conquista de México.

Al mismo tiempo que se opera la transformación, arriban a la Nueva España —más en el pensamiento que en los libros— las derivaciones del humanismo renacentista de que nos ha hablado Jiménez Rueda.

Tales ideas, que influyen "en el concepto que España había de formarse

del indio", influyen también, merced al vehemente apostolado de Las Casas, en la legislación de la época. Al celo, a ratos excesivo, de aquel prelado que se propuso arrancar al indio de las manos de los encomenderos, se debe sin duda la situación legalmente privilegiada del indígena. Por considerar a éste como a un menor de edad, exento de responsabilidades, realmente se le impide participar en la vida pública; y si, como ha dicho Jiménez Rueda, gracias a ello "la especie no desapareció ni fueron recluidos los últimos ejemplares de ella en campos de concentración, museos y laboratorios de etnografía", también es verdad que siguió siendo, todavía un siglo después de la independencia, un menor de edad, en una patria que antes que nuestra, debió serlo para el indio.

"Humanismo renacentista, erasmismo, contrarreforma, que da matiz al barroco característico del siglo XVII, buena parte del XVIII, ilustración, son las etapas que el historiador de las ideas de la Nueva España debe recorrer —ha escrito Jiménez Rueda— para darse cuenta de cómo pensaban los filósofos, hombres de letras y artistas en el más importante de los virreinatos de América".

El nos ha mostrado, en la primera de esas etapas, a los misioneros franciscanos, que prolongan la admirable pobreza del santo de la Umbría; a quienes bautizan conjuntos de idólatras —no sólo "después de las ceremonias del culto", a veces también, como lo hizo *Motolinía,* tras las representaciones dramáticas—; a los elocuentes dominicos y a los sabios agustinos que preceden a otras órdenes en la renovación de los estudios, dentro de las escuelas y de la Universidad, en donde sobresale Alonso Gutiérrez, Fray Alonso de la Veracruz, antes de que Francisco Cervantes de Salazar escriba sus diálogos latinos y de que brillen otros ilustres maestros.

El barroco y la Contrarreforma, que con aquél se liga íntimamente, son temas que Jiménez Rueda ha estudiado a fondo, hasta dominarlos. Causa placer oírle hablar del barroco en su cátedra de la Facultad de Filosofía y Letras; placer como el que nos ha proporcionado al escucharle, esta noche, cuando decía que "se sale del interior para exhalar lo externo como meta ideal de toda actividad humana"; al recordar que entonces España adoptó "el papel de paladín"; y al oír sus juicios sólidamente cimentados, sobre Lope de Vega, Calderón y Tirso; cuando nos dijo que "el dramaturgo olvida a los señores de carne y hueso para exaltar, como protagonistas de sus dramas a conceptos abstractos"; cuando nos describió la transformación, no sólo arquitectónica, de México en el siglo XVII, en el cual impera —aunque aquí no la haya mencionado— aquella mujer singular, ambiciosa de filosofía y generosa de poesías sugerentes, que fue la "Décima Musa", alma del barroco mexicano, que en otras obras ha estudiado y estilizado Jiménez Rueda.

Si el escritor se ha detenido aquí, antes de llegar a la última etapa del

virreinato, aquella en que viene, con el despotismo ilustrado, tras el apogeo del humanismo, la expatriación de sus egregios representantes —los jesuítas que fueron llevados a Europa—, podremos completar el cuadro leyendo las páginas que no sólo contienen lo que a esa etapa final se refiere, en la ya mencionada *Historia de la Cultura en México,* donde su labor culmina. A ella irán los que quieran prolongar ese deleite intelectual de que aquí hemos tenido una muestra estimulante.

Bienvenido Julio Jiménez Rueda, que tan gallardamente ha ascendido hasta la elevada posición en que se halla; bienvenido el colega y amigo inmejorable, que ahora ocupa su sillón académico. En él sin duda no se instalará para reposar tranquilo, satisfecho, tras el esfuerzo largamente sostenido, porque —lo sabemos bien— no es de aquellos que se duermen sobre sus laureles.

Así lo deseamos, para provecho suyo y de la Academia que honrándolo se honra al recibirlo en su seno esta noche.

DON QUIJOTE

UNA IMPRESION *

Por don Isidro Fabela

EN este mi discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, como Individuo de Número, no haré biografía de Cervantes ni estudio del Quijote, pues no tengo el propósito de agregar un átomo a la cúspide enhiesta que la crítica más sabia y la erudición más copiosa han levantado en honor del más excelso ingenio de España y de su obra óptima.

¿Una interpretación del Quijote? Tampoco. Interpretar lo que Cervantes realizó, con "la última novela de caballerías y la primera novela contemporánea"; elucidar lo que quiso hacer y no hizo, o lo que hizo sin querer, es una empresa superflua, porque Cervantes no se presta a equívocos ni en su estilo ni en su empeño: el Quijote es nítido en su prosa y claro en sus propósitos. Hizo el artista lo que le plugo hacer: con pretexto de zaherir los libros de caballerías levantó en el corazón de España el monumento representativo de la raza y del genio español. Monumento que el propio autor presintió inmortal cuando dijo: "a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lenguaje donde no se traduzca"; y también cuando adivinó la gran verdad: "he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra".

Además, como dice Icaza (don Francisco). "Cervantes no necesita de glosas y anotaciones para ser leído, comprendido y gustado. Ningún ingenio más fácil, más claro, más natural y sencillo que el suyo peculiar y propio. Su lectura no exige preparación ni pide, necesariamente, el comentario explicativo".

"Ninguna profundidad más diáfana que la suya. Ningún testimonio me-

---

* Discurso de recepción como Académico de Número, leído el día 23 de septiembre de 1953.

jor de que en nuestro idioma lo profundo no es oscuro. Su profundidad es la del cielo estrellado, de cuyo fondo, si atentamente se mira, parecen brotar estrellas nuevas".

Me limitaré a exponer las impresiones que el Quijote me dejara en este mundo íntimo que todos llevamos dentro, globo de cristal de nuestro espíritu a través del cual vemos la vida que crea nuestra imaginación y la que leen o contemplan los ojos.

Limitar nuestro horizonte al radio que alcanza la visual del corazón y de la inteligencia nos parece más apropiado, porque al cabo y al fin no hay en el mundo dos espíritus iguales y cada uno entiende y goza la excelsa obra a su manera, según su tiempo, sus años, cultura y sensibilidad. Y son tan varias las sensaciones que produce el Quijote, que una misma persona interpreta de manera diferente el libro inmortal, cuando lo lee de niño, de mozo, de adulto o de anciano. De modo semejante, la retina contempla y goza de diversa manera, el mismo paisaje, al amanecer, a sol plenario, en hora crepuscular o entre las sombras nocturnas.

Diré, pues, lo mío, lo que me ha hecho sentir y pensar el Ingenioso Hidalgo, las sugerencias que en mí despertó y el bien que me hiciera.

Leer el Quijote es acercarse al alma de su autor para contemplar extasiados la luz de su estro, lo profundo de su bondad, la prepotencia de su carácter, la cima de su dolor.

Leyendo el Quijote nos acordamos de Federico Nietzsche, que decía: "Tan pronto como lo abro, parece que siento como crecerme dos alas"; certero pensamiento, porque leerlo es elevar el espíritu a ese plano superior donde se respira un aliento puro y heroico, el de los genios. Y, además, siendo nosotros quienes somos, hoja de una encina añosa y recia que extendió sus ramazones para cubrir con ellas el vastísimo mundo hispánico, al asomarnos al alma del divino loco, nos descubrimos en algo o mucho nosotros mismos, porque todos los hispanoamericanos somos un poco sus hijos espirituales, guardándole por eso, al Caballero de la Triste Figura, un amor admirativo que tiene mucho de filial y respetuoso.

La Palabra

Si queremos avalorar con justeza los méritos literarios de Cervantes, es preciso pensar en la misión y fatigas del literato. Para el hombre de letras la vida y la entraña de cada vocablo le atrae, preocupa y apasiona, porque es elemento básico de su personalidad artística por llevar en sí mismo el secreto de su estilo.

La lucha del escritor por la afinación, claridad, pureza y ritmo de su lenguaje, es una empresa bella y heroica. Tiene la belleza de la orfebrería y

la heroicidad de una cruzada que comienza en la juventud y acaba en la vejez.

En la depuración de la forma pone el hombre de letras su inclinación devota por la estética, una dosis considerable de amor propio, y su dignidad literaria.

El público que no sea técnico, no sabe, no puede saber, cómo son las batallas del escritor con las palabras para dominarlas y manejarlas a su antojo; no entiende que su secreto consiste en encontrar las voces, asirlas, para después emplearlas con tino y gusto.

El escogimiento del término adecuado e independiente, el mejor de todos los que pudieran emplearse en la estructura de una frase, es la tarea delicada del que escribe. ¡Pero cuán intrincados son, a veces, esos hallazgos! Porque la voz indispensable existe en la muchedumbre opulenta de nuestro idioma, pero en ocasiones se esconde o se va como el agua entre los dedos; tras ella van con afanoso ahinco la inteligencia y la inspiración, hasta que la encuentran, y entonces hay que ocuparla bien, acomodándola artísticamente, y eso ha de ser presto antes que los vocablos vuelen de la memoria como avecillas inquietas.

Las palabras tienen su luz propia, su sonido, su sentido; tienen también su valor eufónico y su valor castizo, pero esos valores resultan baldíos si no se utilizan certeramente en la forja de un concepto para que resulte vestido con el ropaje sobrio y elegante del buen decir. Y para ese logro es preciso que el prosista o el poeta pasen la vida leyendo y escribiendo constantemente, ocupando sus "horas trémulas" en el sagrado ejercicio de su profesión. Sagrado, porque el escritor tiene hacia el público una grave responsabilidad ética, intelectual y social. Porque los libros, como la cátedra, la prensa y la tribuna, son guías del alma de los pueblos.

El que escribe es, en realidad, un sembrador de ideas que pueden o no fructificar en el vastísimo y multiforme barbecho del humano espíritu; y como existe la posibilidad de que la semilla germine y dé fruto, será necesario que el sembrador, consciente de su responsabilidad moral y cultural, sopese en su ánimo el alcance de sus ideas para que las vierta en las mentes de los demás con el cuidado, la afección y el altruísmo que merece el hombre.

El escritor nace, pero no alcanzará personalidad estimable si no cultiva sus facultades innatas en la vida y en los libros. No se llega a escribir bien sin aprender la técnica del lenguaje en un ejercicio constante y fervoroso de pluma y lectura, para ir enriqueciendo su léxico en forma que haga atractivos sus propósitos y agradable el ritmo de la composición.

Los vocablos son el tesoro del espíritu. A mayor abundancia de ellos, ma-

yor riqueza del lenguaje y más grande floración de pensamientos. Porque la palabra crea ideas. Cada una es una luz que descubre situaciones, horizontes, méritos, estados de alma.

Las sensaciones sin la palabra resultan estériles. Sin ella, ahí se quedan en el fondo del almario, inertes, mudas, sin expresión, sin acción, pero cuando el vocablo viene en su ayuda, el pensamiento se levanta, anda y vuela, y, además, se reproduce, porque las ideas son madres de conceptos. Una idea flamante acarrea otra, y otras más...

Cuando el vocabulario nutrido hace acto de presencia, cada voz dice al escritor: aquí estoy, úsame, que quiero ser útil; tómame, que quiero crear.

Y entonces el aludido, identificándolas, estimando su belleza, calibrando su valor, su sonido, sentido y misión, las acaricia, las ama y hace lucir, armonizándolas, para vestir un objetivo o realizar una tendencia, para orientar, educar, deleitar.

"La palabra, dice Gusdorf, constituye la esencia del mundo y la esencia del hombre". Y es cierto, porque las palabras nos vivifican, nos alientan, son como gotas de sangre que van pasando del corazón al cerebro y del cerebro a la pluma, para fortalecerla, dándole empuje, afinación, inspiraciones. Sí, la palabra es esencia del escritor, es su verbo divino, es su vida misma.

Su Estilo

De ese respeto entrañable a las palabras, de ese amor a su esencia y aroma, y del conocimiento profundo de la nutrida lengua castellana nació la prosa suelta y bruñida de don Quijote de la Mancha.

Su estilo es prócer por la abundancia de sus términos y elegante por el señorío de su frase. En él influyó el medio. En Valladolid aprendió a leer conservando en la memoria los versos del Romancero; allí escuchó "la entonada habla de los tiesos ciudadanos y gallardos campesinos de Castilla..." "y se le pegó, como dice Navarro y Ledesma, el más sacudido y al par más espeso castellano que se habla en el mundo".

La prosa cervantina es de enjundia y nervio, porque lleva en su entraña ideas robustas que guían con su luz y enseñan con sus sentencias. Por eso es eterno, porque como dice Remy de Gourmont, "nada muere más pronto que el estilo que no se apoya sobre la solidez de un fuerte pensamiento".

La forma del Quijote, en su conjunto, exhibe una arquitectura airosa y rica en detalles preciosistas, sostenida con cimientos substanciales de perenne duración. Sus períodos impecables son color que fascina y música que canta, no sólo por sus eurítmicos giros, sino porque en su melodía sus notas van grávidas de incesante semillero de verdades del más equilibrado ingenio. Y es también plástica seductora del paisaje español, con sus costumbres pin-

tadas de luces vivísimas que presentan los seres y las cosas del solar hispano con trazos indelebles de un realismo que parece inspirado en los lienzos de su genio gemelo, Diego Velázquez. Es, en suma, el estilo de Cervantes el estilo de España: rico, recio y bello. Pudiendo aseverar que si Don Quijote inmortalizó a su padre, don Miguel de Cervantes Saavedra inmortalizó la lengua de Castilla, porque nadie como él interpretó y aprovechó el genio de ese idioma.

La existencia dolorida de don Miguel

"Siempre las desdichas persiguen al buen ingenio", decía, y a él lo persiguieron siempre. "Yo nací para ejemplo de desdichados; y para ser blanco y terreno donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna".

Cervantes fue un malaventurado y por eso creó maravillas, porque el dolor es maestro de la vida y de la pluma. Y como no tenía compensaciones, se tornó pesimista. "Al desdichado —dice— van a buscarlo las desdichas y le encuentran aunque se oculte en los últimos rincones de la tierra".

Su pesimismo le viene de sus continuos e injustos infortunios. Acusado de ladrón, una vez, y de homicida otra, cuando no lo era sino aparencial, el Hidalgo caminó de cárcel en cárcel padeciendo horriblemente la falta de libertad que él amaba tanto, y sufriendo de continuo el baldón de la infamia que es la gota candente que cae sin cesar sobre el alma asaeteada por la murmuración, la malevolencia, la inquina; y, lo que es peor, por la calumnia que no sabe que es calumnia porque se cree justicia.

Pero quizá sufriera más cuando empujado por la miseria aceptó un puesto infamante que lo obligó a no escribir. ¡Y en la prisión sí escribía!

Cuando deja Madrid para marchar a Sevilla, dice: "Dejé las plumas y las comédias, y tuve otras cosas de que ocuparme". ¿Cuáles? Las atañederas a los alcabaleros. "Esa raza de los comisarios que destruyen las repúblicas", como él mismo afirma. Aquellos de quienes decía Mateo Alemán "...roban a los miserables y a las viudas, engañan a sus superiores y mienten a su rey".

El héroe de Lepanto, el bravo adalid de los tercios de Figueroa, el excelso poeta, el español típico de arrogancia señera, el gran señor pobre convertido en un pobre señor representante de una "casta detestada".

Desdichas tales remueven nuestra ternura hacia el que siendo genio lo encaminan sus malos destinos a menesteres que odia porque provocan odio.

Dejar el escritor su péñola es pena de las mayores. Dejarla es como abandonar el alma, que es tanto como quitarle al cuerpo su espíritu. Dejar la pluma, amándola, es imponerse un sacrificio lacerante, sumir el corazón

en la mudez cuando tiene ansias de cantar, es como cortarle las alas al propio ideal que quiere subir y subir sin límites.

Otra de las infelicidades que sufriera de manera pertinaz, fue la miseria. Pero loado sea Dios que hizo a Cervantes destinatario de pobrezas e infortunios que engendraron "la primera novela del mundo". Porque el Quijote es hijo de un literato paupérrimo, que si hubiese sido opulento jamás se habría imaginado al Caballero de los Leones.

Cervantes feliz, en la euforia de una existencia placentera y triunfal, no habría descrito el fondo irónico y amargo que palpita en las entrañas de su obra suprema. No hubiera pintado con su realismo vivo y punzante las injusticias y errores de su tiempo, precursores fatales de la decadencia de España.

Las riquezas son, generalmente, instigadoras de molicie y vicios. La pobreza es acicate de actividades del cuerpo y del alma.

La existencia de Cervantes fue una ininterrumpida y tenaz sucesión de "agobios monetarios". Parecíase a la del autor de la Comedia Humana, aquel su semejante en penas y genio.

"No olvidéis —decía Balzac a su familia— que no poseo ya más fortuna que el tiempo y el trabajo y que no tengo con qué hacer frente a los gastos más mínimos..." Y trabajaba ahincadamente porque el escribir, escribir siempre, era su único *modus vivendi*. "Soy bien desgraciado. Necesito la tranquilidad del claustro y paz. Cuando yo sea feliz, quizá se me haga justicia; pero será demasiado tarde, porque yo no seré feliz más que muerto". Así Cervantes, que vivió entre vergüenzas de deudor empecatado hasta que lo vino a libertar la muerte que le dio su gran tesoro, el de la gloria.

La pobreza del hidalgo manchego nos mueve a piedad y a admiración porque pasa estrecheces superlativas que soporta con serena dignidad. Nunca profiere la más breve queja por su indigencia, antes al contrario, pareciera que la gusta y recibe con franciscana vocación. Con razón decía Romain Rolland "que nunca la vida es más grande, más fecunda ni más dichosa que en el dolor".

Cervantes sin pecunia, zaherido por la envidia, perseguido por la fatalidad que le fue implacablemente fiel, victorioso en Lepanto, con esperanza y derecho a una recompensa que nunca consoló su ánima, cautivo y encadenado cinco años en Africa cuando iba a recibir, tal vez, la compensación oficial muy merecida de su heroico comportamiento; víctima de un desaprensivo e ingrato gobierno que no supo justipreciar al español que habría de darle su honra más legítima, ese alcabalero calumniado, el poeta que befó la envidia, el novelista que imitó un mediocre, preterido por los grandes que

no sabían que estaban subestimando a la Majestad de más alta jerarquía en el reino Imperial de las letras castellanas, ese aporreado de la vida a la que amaba tanto, tuvo, sin embargo, la contrapartida de sus desabrimientos y amarguras en el placer de escribir. ¡Escribía! ¡Escribía! Es decir, era feliz en su desgracia.

Escribir, para el tristemente dichoso Manco, era vivir no sólo su incomparable vida de artista, sino las intensas vidas de sus personajes, era darse por entero a la pluma, era consuelo y compensación a sus desgracias, euforia de su pecho, impulso avasallante; era, sobre todo, necesidad.

¡Bendito dolor que fue su inspiración y su espuela; benditas desdichas que le permitieron, en la soledad silenciosa de su prisión injusta, entregarse por entero a la forja de sus dos hijos dilectos, Don Quijote y Sancho Panza, que lo llevarían de la mano, con santo amor filial, al reino donde recibe el rendido homenaje del universo mundo que habla español.

Escribir todos los días y todo el día, es decir, sin ahorro de goce, sin darle tregua al perenne trajín del pensamiento; ni dejar descansar al corazón de manera que cada movimiento de sístole o diástole es reflejo de un ensueño cuajado o de una desesperanza sorpresiva, de una victoria o de un fracaso, es ser personaje de una dicha enhiesta. Porque los goces del alma lo mismo vienen al escritor cuando describe las venturas de los "hijos de su fantasía", que cuando pinta sus desesperaciones y tormentos, porque entonces el autor vive el mundo que quiso crear, paraíso o infierno, por obra suya que lleva sangre de su sangre, que está hecha a su imagen y semejanza con la única ambición de trasmitir su espíritu a la conciencia de los demás.

Por todo eso, habiendo sido mísero en vida, murió con fastuosa fortuna que no heredaron la sobrina, ni Sancho ni sus contertulios pueblerinos, sino sus herederos por derecho propio, la multitud inacabable de lectores que disfrutan y disfrutarán por los siglos de los siglos la lectura de Don Quijote de la Mancha, la *Biblia civil de la raza.*

La estatua espiritual de don Quijote

Don Quijote tiene enajenada la razón, pero no la dignidad. Es dignísimo en todos sus actos. Si Cervantes es un gran hombre, Don Quijote es un gran señor. El no desciende de nobiliaria estirpe y, sin embargo, es un prócer por sus maneras, por su hidalga compostura, por la aristocracia de sus ideas y la magnanimidad y magnitud de sus sentimientos.

El Ingenioso Hidalgo tiene alma de redentor, pues lo que él pretende es "mejorar la depravada edad nuestra". Por eso decía: "mis intenciones

siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno..."; porque hace el bien sin mirar a quién; y "dice el derecho y va más allá, lo ejecuta". Y no pide consejo para discernir su juicio, porque "él es quien es", un amo de la justicia, porque la lleva dentro de sí mismo, para impartirla, cuando es menester, con la ayuda de su potente brazo; porque Don Quijote nació para sacrificarse por el bien ajeno. Y era tan bondadoso, que mientras más padecía se hallaba más satisfecho de sí mismo, porque su felicidad no le venía de fuera, no esperó nunca que se la otorgaran los demás, por la lisonja o el aplauso, su felicidad le manaba de él mismo cuando cumplía en la penitencia o el combate, su misión sagrada. Su brazo y su sangre están al servicio del bien, la belleza y la justicia.

Era el misionero de un bien extenso que debería multiplicarse en infinitos beneficios, pero en su irresponsable locura el bien que intenta se le trueca en mal, pasándole entonces lo que a Pablo de Tarso le acontecía: "miserable hombre de mí; ... no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, hago". Y no por eso menguaban su santidad ni su fe, sino al contrario, se le acrecentaban en gran manera.

Por eso Don Quijote tenía los relieves de un héroe y de un santo. No llega a ser mártir, pero si llegara a serlo, soportaría el martirio con religioso deliquio, sufriría embelesado por la mayor gloria de la humanidad. Porque es el más caballero de los caballeros; tiene bondad de vida, sus intenciones son las óptimas que puede albergar el espíritu humano: "No hacer mal a nadie", ser apóstol de la bienhechora equidad. Sus ilusiones son impecables, su concepto del honor se ha hecho legendario y simbólico, no tiene parangón, ni tiene par, es el honor "quijotesco", es decir, el más cumplido y exigente. Guardar ese honor con el valor más acendrado, no macularlo nunca ni permitir que lo desdoren es su empeño obsesionante y el delirio que lo alucina.

En las desviaciones de su razón, va siempre buscando metas sublimes. Y por eso se le admira y se le venera.

Don Quijote no conoce el egoísmo. Practica el bien porque es caballero andante, pero ni siquiera goza practicándolo, porque si gozara, ya no tendría el mérito de ser desinteresado.

El ilustre redentor laico, lo poquísimo que tiene, no lo retiene para sí, porque todo lo da. El no concibe las riquezas ni le importan, ni las quiere. Por eso dijo con altivez dignísima: "yo desprecio la hacienda, pero no la honra". Porque la honra estaba en su ser mismo, como la sangre y el aire que sostienen su existencia. El honor era el eje vertical de su personalidad; tenía que alimentarlo y defenderlo para no morir. Por eso, al ser vencido por el Caballero de la Blanca Luna, el golpe moral de su derrota fue tan rudo que le volvió la razón nomás para morir.

Don Quijote es, como dice Unamuno: "el brazo por quien se ejecuta la

justicia de Dios". Un santo laico sin bordón ni sayal de estameña, sino espada orinienta, menguado yelmo, lanza quebradiza, casco irrisorio, rocín escuálido y mansurrón y escudero acomodaticio y antiheroico.

El manchego enajenado hace reír, pero no a carcajadas como un payaso, sino con la risa apacible y tierna que nos cosquillea con sus manías y nos deja suspensos y encantados con las discretas razones que nacen de su privilegiado talento.

El Caballero de los Leones no es un rey de burlas que haga el ridículo; eso, no. Es respetable por su serenidad, su severo talante y su valor. Es un varón inocente que por sus empresas siempre frustradas nos hace sonreír, creando en los espíritus que se solazan con sus genialidades, un hondo aprecio, mezcla de conmiseración y respeto admirativo. Don Quijote es un héroe sin victorias, pero su alma es heroica.

Cuando leemos que en sus desvaríos quiere resucitar los libros de caballerías con los más eminentes propósitos, entonces nos inspira piedad y estimación, estimación porque persigue desinteresadamente irreprochables fines, y piedad porque "sus ideales se le quiebran en las manos".

El inmortal desfacedor de entuertos inspira agradecimiento cuando nos hace reír, porque la risa es la gran consoladora. Cervantes con los hechos y discursos de Don Quijote parece decirnos:

—Libértate de la esclavitud del dolor, y ríe; olvida tu sufrir con el rumor cantarino de la risa; ríe cada vez que la vida te bese el alma; goza, olvídate aun del pensamiento para que las gentes se vanaglorien de oír la melodía de tus risas; ríe para alegrar a los dioses, ríe para agradecer a la Providencia el don divino de la risa que es música celeste.

Cuando Don Quijote nos hace sonreír, deja en nuestras almas un sedimento emocional indefinible, mezcla de compasión y terneza sedante, que al propio tiempo nos seduce y endolora, provocándonos al fin una lágrima que por pena, cariño y simpatía se transforma en sonrisa. Gran conquista, porque según nos enseña Tolstoi, "es sólo en la sonrisa donde reside lo que llaman belleza".

Su deber

Pobre Don Quijote, su vida es un fracaso, cuanto emprende le sale mal, porque siempre se equivoca. Sus lanzadas épicas se tornan garrotazos implacables sobre sus espaldas. Busca lo sublime y cae en lo irrisorio. La ingratitud lo persigue: aquel a quien libertó lo colmó de injurias que no fueron óbice para que continuara obcecadamente su cristiano empeño. Y aquellos

cínicos galeotes a quienes otorgó el don impagable de la libertad le retribuyeron su candorosa protección apedreando su mal traído cuerpo.

¿Pero qué le importan los desastres si él cumple sus deberes? El deber es todo; es su bandera y su destino. Si en su cumplimiento cae, se levanta enardecido, porque los golpes que recibe no le duelen en el canijo cuerpo, sino en su alma brava, que no se da por vencida, pues mientras aliente en este mundo seguirá en la brega, cayendo, si es preciso, pero levantándose siempre, porque lleva dentro una inspiradora llama que lo alumbra y una palanca que lo impele con fuerza prepotente a realizar su deber.

Cumplir la misión de nuestra vida. ¿Me dais empresa más hermosa y satisfactoria?

Cuánta razón tenía Kant al decir: "Deber, palabra sublime; tú no ofreces nada agradable al hombre, no hablas más que de sacrificios y, sin embargo, tú solo le revelas su dignidad, su libertad".

Pensar en el deber perseverantemente, vivir en la ilusión de cumplirlo; siempre con la esperanza de alcanzarlo, sin contar con otra fuerza que la propia; luchar para gozar del triunfo. Pero no para que ese goce sea ostentoso y estentóreo, sino para que sea íntimo, opaco, callado. No para provocar el aplauso de los demás, sino el de nuestra conciencia. Los vítores ajenos pueden ser inciertos y egoístas, pero el temblor de la dicha que apenas escuchamos y sentimos en el rincón escondido de nuestro espíritu, ésa es la gran victoria certera y profunda que nadie nos puede arrancar.

Y ésa era la ventura de Don Quijote, cumplir su deber para ponerlo a los pies de su dama.

Con todos sus fracasos, Don Quijote no inspira lástimas, sino ternuras, porque si ya sabemos que sus hazañas caballerescas son apócrifas, que los gigantes que acomete no son tales, que los ejércitos que vence no son sino rebaños de inocentes bestezuelas, que los galeotes que desencadena son gente maleante inmerecedora de su erguida protección; si mientras vamos leyendo cómo son las malandanzas del "loco que tira a cuerdo", ya estamos en el secreto de que lo envuelven la mentira y el engaño; si ya estamos al cabo del porqué de sus infortunios, también sabemos que su valentía es auténtica, de tal suerte que acometería con igual denuedo a gigantes de carne y hueso, a ejércitos verdaderos y a leones feroces.

El no sabe cuál es la realidad. Para él, lo inexistente existe; lo que es falso, para él es la verdad. Y por eso su bizarra intrepidez, su erecta hombría, son indudables, se alojan latentes en su espíritu para lucir en hechos que enaltezcan su vida.

Cuando Don Quijote se dio cuenta de que "hacer bien a villanos es echar agua en el mar..." —agregó—: ..."paciencia y escarmienta".

¡Pero qué había de escarmentar, si no nació y vivió para eso, sino para hacer el bien siempre y como fuere, en cualquier tiempo y ocasión...!

Qué bien lo sabía Sancho, que ni un instante creyó en su escarmiento, porque su amo era como Cervantes lo hizo y... "genio y figura"...

Y el genio de Don Quijote le pedía, le exigía que hiciera el bien por el bien mismo, sin esperar paga ni recompensa humana, que ya no sería bien, sino comercio de toma y daca, o sería disfraz de egoísmo, pero no magnanimidad, que ésta, cuando es real, se otorga con llaneza y sin aquella reserva mental que va repitiendo un poco con sinceridad y dos pocos con hipocresía: "que el cielo me lo tenga en cuenta".

Pero confesamos que Don Quijote sí tenía su egoísmo, sí iba tras una recompensa, ¡pero qué recompensa de color de armiño y esencia de beatitud!, la recompensa de que todas sus proezas, sacrificios, desvelos y peligros por impartir libertad y misericordia a los demás, las considerara el Ser Supremo como pruebas palmarias de rendimiento a su doncella del Toboso.

El amor quijotesco

Don Quijote es el tipo clásico del enamorado del amor. Porque la Dulcinea que él ve no existe sino en su mente loca y, sin embargo, la ama. La ama como símbolo, y por eso es tan puro su sentimiento que antójase idolátrico. Porque su bien amadâ no le inspira deseos ni celos. Esos deseos que enaltecen el amor, pero también lo matan; que son prueba de amor, pero también su tormento y su veneno. No, el infeliz amante no conoce el ritmo embriagador de las quintaesencias eróticas, no sabe que el beso es un tesoro inconsútil que enriquece nuestras pasiones hasta hacerlas delirantes. No sabe de voluptuosidades; por sus mejillas no pasaron las manos cariciosas que lo embelesaran con sus arpegios, su testa fatigada de tanto cavilar en fantasmas y encantamientos, no tuvo jamás el consuelo de la caricia sedeña que adormece y transporta al plano inefable de la terneza. Sus dedos huesudos, no se entrelazaron con otros femeninos para formar las cruces santificadoras de la pasión.

No obstante, su amor es una verdad pura. Si para el mundo Aldonza Lorenzo es una zafia lugareña, una falsificación quijotesca, para el doncel enajenado "es la señora de sus acciones y movimientos"; es su dama, por la que sueña y pelea. Su sentimiento por ella es el más casto y desinteresado: el platónico, el que nada espera de la carne y sus deleites; el que no piensa siquiera en la paternidad, sino el que todo lo idealiza en el ser más sublime de la creación, la mujer. No en aquélla porque es una Venus en su escultura viviente, ni en aquésta, porque es reina de gracia; ni en la de más allá, por sus talentos, sino en todas las mujeres simbolizadas en una sola, que existe en su magín de loco y de artista; una mujer imaginada, su *ella,* su Dulcinea

del Toboso; la que reúne en su nombre extraterreno, reinante en la nebulosa de su fantasía, todos los dones del alma y la materia que Dios Nuestro Señor otorgó desde siempre a esa divinidad terrena que es la mujer.

Con su amor "casto y continente", se aparta Don Quijote de los fines fisiológicos de la reproducción, porque él no vino a perpetuarse en el mundo, sino en la gloria. El rinde culto al amor-Dios y no al sensual que con el deseo crece, y se desvanece y se va. El amor quijotesco es inmaterial, se satisface con vivificarlo sin esperar recompensa ni del beso más superficial ni de la caricia más alada. Su amor es de gloria y fama. Enalteciéndolo en su pureza, lo presenta como más digno de Dulcinea. Don Quijote era un enamorado que se olvidaba de sí mismo y era su amor tan profundo como ese de que nos habla Amiel, que es "una luz, una religión y una revelación que desprecia las victorias inferiores de la vanidad".

Su ideal

Don Quijote va en pos de un ideal caballeresco que es suyo propio. No es aquel de la Edad Media a cuyo servicio son puestas las creencias religiosas. El arcángel San Miguel "es el antepasado de la Caballería, como milicia terrena y caballería humana. Es la sucesora terrenal del ejército de los ángeles en torno del Señor", dice Huitzinga.

El Caballero de la Mancha es profundo cristiano, pero su objetivo no es religioso: es humano y se refiere a la misericordia.

El ideal quijotesco desciende del que tenían los caballeros medievales cuya esencia era "la fantasía multicolor y estética, pero fundamentada en la virtud y piedad". Sólo que aquellos señores de valor hazañoso, de oropelescas justas cuajadas de vanidad tenían por eje la soberbia...; y él no, Don Quijote no era soberbio, era dignamente orgulloso y era simple como los poetas místicos.

Otro de sus ideales era el de ser fiel a la lealtad y hacia sí mismo.

La lealtad a sí propio consiste en ser consecuente a nuestros deseos y fines. Seguir con fe la propia vocación, es decir, perseverar en las ilusiones y ansias personales. No torcer nuestra vida, no falsificarla respetando su verdadero destino. El que la hiere se hiere a sí mismo y se expone al suicidio de su ser espiritual, que es el peor de los suicidios.

Don Quijote fue fiel a sus principios, a su dama y a su misión caballeresca. Jamás traicionó a Dulcinea, no digamos de obra, pero ni de pensamiento siquiera.

"Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso... (le dijo a Altisidora), y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible".

Aceptó el reto del Caballero de la Blanca Luna por apego a su deber, y

al ser vencido quedó obligado a cumplir su palabra, y la cumplió diciendo: "...hice lo que pude, derribáronme y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra". Y, al cumplirla, el dolor de la derrota le volvió la razón para entregarlo a la muerte y a la inmortalidad.

Cervantes y don Quijote

Cervantes nació para el Ingenioso Hidalgo de la Mancha y el hijo bien amado fue su vida misma.

Muerto el divino loco, el padre no tenía más que morir. Habló al mundo por boca del caballero andante con un acento que traspasaría los siglos y así su trascendente misión de dar eternidad a don Quijote estaba cumplida, pues tal parece que las palabras de los genios son pronunciadas en un especial altavoz que les da infinitud en la altura y perennidad en el tiempo. Cervantes presintió la doble inmortalidad de su nombre y de su obra cuando hizo exclamar a Don Quijote que alcanzaría "gloriosa fama y duradera".

¿Y qué otra cosa anhela el esclarecido castellano, sino prestigio y nombradía? ¿Y qué otra ilusión alberga en su pecho el hombre que dedica su vida al difícil ejercicio de la pluma, sino la ambición de ser leído y gustado por la presente y sucedientes generaciones?

El literato escribe para que lo lean, no para enterrar en la gaveta sus papeles queridos, sino para deleite ajeno, si le es dable, para dirigir a los demás, si tiene prestigio; enseñar, si es maestro, descubrir el pasado, si es historiógrafo; mostrar caminos, si es humanista...

Sobre tales supuestos nos preguntamos: ¿Cuál sería el propósito real de Cervantes Saavedra al escribir su Don Quijote? ¿Sería nada más el de lanzar "una invectiva contra los libros de caballerías", como él mismo dijera? "¿No miró a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen tales hechos...?"

¿Llevaría solamente por meta "...derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más..."?

Si así fue, Cervantes, con el hijo predilecto de su fantasía, logró mucho más de lo que dijo que anhelaba, porque en realidad edificó, interpretándola y eternizándola, la conciencia de España, de la que es su símbolo, porque la entraña de Don Quijote está hecha a semejanza del espíritu español: íntegro, intrépido, emprendedor, digno en sus victorias y en sus desastres.

"El Quijote es el libro clásico de España". Y es imperecedero no sólo en su patria chica, que es la misma España, sino en su patria grande, que es el mundo entero; pues, como dice Menéndez y Pelayo, Don Quijote "habla a la humanidad de todos los tiempos".

Pero, sobre todo, Cervantes modelado en cantera de Castilla la Vieja

había de entregar a la posteridad al señor Don Quijote de la Mancha que lleva en su almario la grandeza espiritual de "Hispania fecunda".

Don Quijote y Sancho Panza

Pero Cervantes no sólo hace prototipo de lealtad a Don Quijote, también a Sancho, el escudero paradigma de fidelidad.

Sancho no es la cordura ni la razón, es el buen sentido acomodaticio y egoísta que ve la realidad tal como es y la aprovecha, cuando puede. Su amo dice de él que "tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con más discreciones que le levantan al cielo".

Sancho es el sentido común vulgar y corriente, el hombre-pueblo con sus bondades y sus malicias. Y bien, el criado no se pertenece a sí mismo, es de su señor, vivía para él porque el amo era una especie de divinidad en la tierra como si fuese un Dios del cielo. El no era nada comparándose con su mandante, porque no se sentía dentro de sí mismo, sino dentro del superior, que es casi su dueño, o sin el casi. Le mandaba y él obedecía, y más que eso: Don Quijote creía una cosa, y él, aunque le contradijera y replicara, al fin de cuentas creía lo mismo.

A tal extremo que dijo: "Júntate a los buenos y serás uno de ellos... yo me he arrimado a buen señor y ha muchos meses que ando en su compañía y he de ser otro como él, Dios queriendo". Porque Sancho tenía la sumisión como característica, por eso le dijo al Bachiller:

"Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante..."

Y cuando la Duquesa, con malévola insinuación, tienta a Sancho para que abandone a su amo, el fidelísimo subordinado le contesta: "... si yo fuera discreto, días ha que habría dejado a mi amigo, pero ésta fue mi suerte y esta mi malandanza, no puedo más, seguir le tengo, somos de un mismo lugar: he comido su pan, quiérole bien;... y sobre todo yo soy fiel..."

Es decir, que para ese buen hombre que era un hombre muy bueno, la virtud que más le importaba tener y cumplir era la fidelidad. Y la cumplía. Era básicamente fiel. Tenía la cualidad más estimable en el hombre, la lealtad. La que crea la confianza y la fe en el amor y la amistad, la que da prez y dicha al que la tiene y desdora y envilece al que la niega con su verbo o sus actos.

Pero y los pobrecitos Rocinante y Rucio, ¿no fueron también fieles? Ellos soportaron miserias y rigores de la Naturaleza, padecieron hambres y cansancios sin cuento, fueron maltratados sin motivo, y con todo, allí se estaban y seguían apegados a sus buenos amos, que el caballo y el asno, como

el nobilísimo perro, ni tienen más voluntad que la de su dueño, ni más destino que el que les dan; el de arrear siempre adonde los llevan.

Don Quijote y Sancho se complementan y equilibran: de una parte, el idealista soñador, el amo loco y equitativo, de la otra el honrado siervo bonachón e interesado, pero bueno y leal.

Los dos son representativos: del ideal uno, de la corriente realidad el otro.

El amo sin el criado sería siempre valioso, porque siendo un hidalgo de "solar conocido" y sobresaliente inteligencia, sería en cualquiera circunstancia personaje de romance; pero tendría que ser monologador perenne. En sus soliloquios sería admirable, pero con el criado se desenvuelve más y mejor, se afina, se estiliza, se engrandece.

El loco necesitaba un interlocutor para dialogar con él, y ese interlocutor es el sentido común que representa Sancho con su ignorancia ladina y noblota. Por eso se ha dicho que "las locuras del señor sin las necedades del criado no valdrían un ardite"; y es que ese par de ingenios sin par, es el deleite mayor de la obra maestra. Los diálogos de amo y escudero son un reguero constante de ideas, aleluyas; admiraciones, admoniciones y amarguras. Porque la palabra docta, brillante, pertinente y bella de Don Quijote encuentra rara vez el asentimiento inmediato del escudero. Y entonces resultan réplicas y dúplicas inspiradas en el ingenio lúcido y certero del zorro Sancho, neto en sus observaciones ingenuas e indocumentadas, pero que representan la verdad contra las mentiras de la locura, lo real contra lo imposible, lo terreno y vulgar contra los idealismos maravillosos del cuerdo enloquecido.

Esos diálogos tienen y tendrán vigencia perdurable como modelos de hermosura en la frase bien cortada y en el pensamiento contundente.

Es cierto que en sus decires Don Quijote no tiene el sentido exacto de las cosas, porque la razón le falta y la sinrazón lo ofusca, pero qué enjundia albergan sus ideas, qué rectitud flamea en sus intenciones, qué genio aletea en su aliento.

Cervantes poeta

Cervantes tuvo la dicha de ser poeta; y lo era nato, donoso y esbelto; sólo que su prosa, no diremos que mató a su poesía, como se dice, pero sí la postergó, la esfumó, y es que el artista, como afirma Gómez de la Serna, era un poeta "concepcional más que de versos".

Como poeta se sintió "intérprete de los dioses", y por eso dolíale en gran manera que su colega coetáneo Lope de Vega lo menospreciara y fuese su fustigador impío.

Pobre bardo que "desde sus tiernos años, confiesa, amó el arte dulce de la agradable poesía", y compuso "romances infinitos" para ser motivo de comento desdeñoso y malévolo del Fénix de los Ingenios, el que menos debiera abajarse a cosa que tuviere la más leve semejanza con la envidia.

Pero qué le vamos a hacer, es condición humana tan inconfesable y fea, como existente y efectiva en todos los medios artísticos, ésta: que los peores enemigos, solapados unos, y francos otros, son los del mismo oficio. Cuando debiera ser lo contrario, porque en ese mundo de la belleza debería campear una fraternidad andante, no loadora en todo caso, pero siempre justiciera.

Cervantes no fue como Dante "el rey de los poetas", pero sí fue el rey de los prosistas.

La obra cervantina no es como la poética de Shakespeare, "el más formidable archivo de documentos humanos", como decía Taine; no, en el escenario del gran español no aparecen los personajes simbólicos de todas las pasiones que mueven al hombre: amor, avaricia, celos, ternura, ambición, maldad, duda... En el archivo de Cervantes se encuentran, fundamentalmente, dos figuras centrales, Don Quijote y Sancho, en los que vive y palpita el mundo gigantesco del espíritu humano: creado por un "gran poeta en prosa".

La Cultura de Cervantes.

Culto era el hombre, que si no lo fuera, no habría inventado ni construido obra de tanta enjundia, originalidad y perfección. "Es posible —dice Paul Hazard— que Cervantes no fuese un sabio según la escuela; fue un sabio según la vida".

El ilustre Manco, ya se sabe, leyó mucho, pero los dos libros que más leyera fueron, el de la vida que nos enseña a conocer las pasiones mundanas, y el de la Naturaleza, la suprema maestra de los artistas.

Duhamel, en certera sentencia, expresó: "Si alguna vez tuviera que darle un consejo a un hombre joven en el umbral de su carrera literaria, le diría: viva primero".

Cervantes vivió su existencia con intensidad porque apuró hasta sus profundos fondos el amor a la mujer. Y qué bien impregnado estaba en cosas amatorias el magno Don Miguel. Las comprendió como un erudito conocedor del alma y cuerpo femeninos. Alma y cuerpo que supo interpretar y seguramente gozar en sus ilusorias ensoñaciones románticas y en sus apasionados deleites varoniles.

Para eso caminó luengas tierras que le sorprendieron con hallazgos de mujeres singulares que correspondían a razas, culturas, altitudes y estirpes

diferentes que dejaron en las hojas de su libro espiritual recuerdos indelebles; y en su cuerpo las huellas digitales de sus musas carnales que simbolizaron otros tantos idilios, dramáticos o de ensueño, que embellecieron su doliente vida.

Y también caminó por los senderos fantásticos del poeta magnífico, y no en vano, porque el Quijote es el libro inverosímil que nos enseña las sublimidades que alberga la todopoderosa poesía en el infinito campo de la invención novelística.

Diferentes tierras anduvo Don Miguel porque "el caminar adoctrina y embellece la vida" y "hace a los hombres discretos". Pero más que de ningunas otras fue viandante amantísimo de sus tierras castellanas que no siendo agrestes ni risueñas, ni fecundas, fueron para él fuente de inspiraciones inmarcesibles, y escenario por donde quiso que subiera a la gloria su vástago predilecto.

Después de Lepanto no tenía Cervantes "más gloria que su manquedad"; pero pocos años más tarde, con su cultura de libros, de pasiones y de viajes y con el prodigio de sus talentos, el escritor se creció hasta llegar a esas cimas donde los genios se transforman en héroes o dioses.

Retrato de Cervantes.

El rostro del egregio manchego paréceme expresado en la figura señorial del "Caballero de la mano en el pecho", del Greco. Así lo imagino, así lo quiero, así es para mí: tipo de nobleza pura, ni vanidosa ni petulante, sino serena en su gran dignidad y fuerte en el ánima que revelan sus ojos.

Las miradas del "Caballero de la mano en el pecho" tienen una luz ancestral que le llega de muy lejos: es la flama legendaria de una estirpe que viene del Romancero y cuaja en el fulgor de esas pupilas que inmortalizó Theotocopulus.

Así eran los españoles de la época gloriosa de Lepanto. Así también fueron los oficiales y soldados garbosos de la "Rendición de Breda", de Velázquez; así los cuerpos y las caras de los caballeros que contempló el mismo Greco en el "Entierro del Conde de Orgaz".

Así imagino que fue el ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra: prototipo de hidalga condición, de buen ver; de mirada que no miente, de frente que no se abate, de mano que nunca tiembla, y de espíritu cuyo abolengo se remonta al de aquellos conquistadores cuyos horizontes tenían siempre luz.

Ante esa efigie de Don Miguel de Cervantes que ha creado mi fantasía. Ante ese retrato imaginario del español que más admiro y venero, porque es el genuino y admirable representante de la raza hispana, ante él, en

una escena de ficción y amor intelectual, quiero decir a su egregio hijo Don Quijote de la Mancha:

Gracias, Gran Señor, por el bien que me hiciste enseñándome tus conceptos de la bondad, el honor y la misericordia; gracias porque me guiaste por los caminos de la estricta justicia; gracias, Señor, porque en medio de tus cantos al idioma castellano, que son todos tus capítulos de romance caballeresco, encendiste en mi espíritu una llama que siempre arde como lámpara votiva a tu idioma esplendoroso; gracias, inmortal Señor Don Quijote de la Mancha, porque con tu fabla y tu fábula, tus heroicidades y tus locuras, tus discursos y tus penitencias y tus ideales de libertad y redención, me hiciste amar a tu patria como si fuere mía y me hiciste también, señor Don Quijote, un devoto rendido del verbo castellano en el que aprendí a hablar, a pensar, a amar, a rezar y a soñar.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por don ALFONSO CRAVIOTO

CULMINA ahora la vida académica de Isidro Fabela, al incorporarse hoy, como Miembro de Número, a esta muy insigne Corporación. Que sea bienvenido a ella, pues que si lucimiento recibe, también es grande el lucimiento que nos aporta y la singular satisfacción que él nos procura.

De los supervivientes de aquella memorable generación que integró el recordado Ateneo de la Juventud, sólo Isidro Fabela faltaba en esta muy ilustre Academia, en la que los ateneístas de entonces casi formaban jugosa mayoría. Ahí están para comprobarlo Quijano, Fernández Mac Gregor, González Peña, Reyes, Torri, Vasconcelos, Núñez y Domínguez, García Naranjo, Martín Luis Guzmán, el que habla, y ahora, además, Fabela.

Brillante generación aquella que produjo a la cabeza al genial Antonio Caso, seguido por los originales ingenios que fueron Ricardo Gómez Robelo y Jesús T. Acevedo, para no mencionar sino a los muertos. Rodeón inolvidable y Chucho presente siempre, todavía suelen guiarnos luminosos y certeros.

Llega Isidro Fabela al seno de esta prócer Academia, en plenitud de madurez espiritual, con múltiple y poliforme obra realizada y con ejemplar vida de acción siempre al servicio de la patria. Un hombre, todo un hombre; y un escritor, todo un escritor, esto es Fabela.

Nacido en Atlacomulco el 29 de junio de 1882, se traslada a la ciudad de México, donde es condiscípulo de Antonio Caso en la Escuela de Párvulos anexa a la Normal de Profesores. En 1895 ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria y aquí le toca ser compañero de Vasconcelos, del mismo Caso, de Alejandro Quijano, de Fernández Mac Gregor, de Adolfo de la Huerta y de algunos otros prominentes de hoy. En 1906 obtiene el primer premio del concurso de cuentos convocado por el *Mundo Ilustrado,* con su trabajo titulado: *En el Establo,* al que Luis G. Urbina dedicara este elogio: "La avecilla tiene todavía las alas débiles, pero llegará a volar muy alto. Es ave de cumbre". Y así ha comenzado brillantemente la vida literaria de Fabela, que poco tiempo después confirmaba la profecía fácil de Urbina.

Entre 1905 y 1910 escribe una serie de cuentos y de prosas líricas, cuya edición segunda se publica en Madrid en 1916, con prólogo de Francisco Villaespesa, y con título *La Tristeza del Amo*. "Páginas sobrias, concisas, dice Villaespesa, que como algunas de Trinidad Cohelho exhalan un fuerte olor a siembra, a campos regados, a mieses maduras y a leche recién ordeñada. Ante nuestros ojos deslumbrantes de luz, cálidos de sol y verdeantes de florestas, se extienden en policromas perspectivas las feraces campiñas de México; las haciendas albean de entre los altos y frondosos ahuehuetes; a lo lejos relucen las presas, enmarcadas en el verdor aterciopelado de los pirules; los novillos en celo mugen sonoramente como en los cantos pastoriles de Bion, en los trigales de oro; allá en el fondo, bajo el cobalto del cielo, se yerguen en una ascensión de tonos y matices violados, hasta fundirse con el infinito, las enormes cordilleras que tocan las nieves y empenachan los volcanes, y de todo el paisaje asciende un vaho fresco y primaveral de agua que corre, de tierra virgen y fecunda... Es la hacienda solariega donde vivieron, amaron y murieron nuestros mayores. No hay un rincón donde no nos espere llorando algún recuerdo". Hasta aquí Villaespesa, que ha interpretado intensamente los cuentos campiranos.

Y vienen después las prosas líricas que dentro de su belleza plantean este problema: ¿Adónde acaba la prosa y comienza la poesía? La poesía se entiende como lo bello versificado. Díaz Mirón la define como el heroísmo del pensamiento, el heroísmo del sentimiento y el heroísmo de la expresión, o lo que es igual: sentir hondo, pensar alto y hablar claro. Examinando la verdadera prosa lírica se ve que no es sino eslabonamiento de versos de distintas medidas. Cuántas veces al escribir nos detenemos con desconcierto porque a lo que acabamos de hacer le falta algo, un no sé qué. El problema queda resuelto invirtiendo una o más palabras. A lo escrito le faltaba ritmo, eso era todo.

Ahora, escuchad a Fabela: "El Dolor no está en la vida, sino en las almas de quienes le quieren o le odian. Los que le odian, desesperan; los que le aman, encontraron el secreto de la felicidad. Amar el Dolor... ¡Oh, sí! El Dolor odiado se torna tragedia; el Dolor consentido, mimado, crea la melancolía, esa voluptuosidad doliente que es un suspiro hecho añoranza; esa tristeza de los aristócratas mentales. Amar el Dolor, saber sentir lo que tiene de tristemente bello, es el secreto de la felicidad. ¡Y vivir, siempre vivir como viene la vida! ¿La vida loca de la risa? Sí, de cuando en vez, porque la risa loca es un beso del hombre al niño que fue, a las auras prístinas, a la inocencia ida. ¿La de la sonrisa? Sí, la mansa, delicada, y ecuánime del Bien por el Bien y del Bien por la Belleza. ¿La de la ironía? Sí, porque es graciosa y útil esa maldad aparente de los buenos. ¿La del placer? Sí, la del beso enamorado del beso; la de la caricia con ilusiones de arrobo; la del espasmo esperanzado en deliquios exquisitos. ¿La del ensueño? Sí, porque la vida humana

tórnase divina con la poesía de los engaños conscientes. ¿La del olvido? Sí, para todo mal y la del recuerdo para todo bien.

El Dolor es más trascendente que la risa; no podemos dejarlo como a nuestros placeres, que apenas duran lo que el sonido tumultuoso de una carcajada o el chasquido de un beso. Las lágrimas fecundan más al amor que las sonrisas. Las historias de amor y las leyendas pasionales se eternizan en la humana memoria si ese viejo y divino abuelo, el Dolor, las arroja aureoladas de martirio sobre nuestros corazones. ¡Oh, sí! El Dolor fecunda, el Dolor crea. Las notas de Chopin son lágrimas sonoras. Yo amo al Dolor porque es un maestro de la vida; porque, como dice Musset, nada nos engrandece como un grande dolor; lo amo porque nos hace fuertes o tristes, pero poetas siempre, y nada hay más bello en la vida que sentirse poeta; amo al Dolor porque crea los verdaderos caracteres; porque ennoblece, porque nos lleva dulcemente a amar al arte, que es el único que nos salva de los infortunios de la vida; porque el hombre que no conoce el Dolor, no conoce ni la ternura de la humanidad ni la dulzura de la conmiseración".

Tales pensamientos rítmicos y plásticos bastan para acreditar a un escritor.

Y esta pura esencia lírica de ayer es el mismo lirizado espíritu de hoy. Acabamos de oír a Fabela hacer un prócer elogio de Cervantes y a la vez un recio y finísimo ditirambo del Quijote. Pero intercalado al dedillo viene la exaltación del vocablo, la lucha pertinaz del escritor con la palabra, el intrincado esfuerzo de la pluma tendiendo al hallazgo mejor de la expresión. "La palabra es el tesoro del espíritu. El pensamiento sin la palabra resulta estéril. Pero cuando el vocablo viene en su ayuda se reproduce, porque las ideas son madres de ideas. Cada palabra nos abre un horizonte singular, cada palabra nos canta sus notas propias, y así aumentan nuestras perspectivas personales y las armonías de nuestro espíritu".

Este lirismo es lo que caracteriza medularmente la obra literaria de Fabela, levantándola y exaltándola hasta la categoría de obra pura de artista y de poeta. Y lo que lo lleva a destacar su briosa personalidad al ocuparse de temas aparentemente agotados y manidos, como en su estudio impresionista sobre la pintura de Rubens.

Aquí Fabela, en medio de la erudición requerida por el asunto, sabe encontrar toda una matización personalísima en sus juicios e impresiones, semejante a la que hallamos en los escritos de Genaro Fernández Mac Gregor relativos a lo que vio y sintió en múltiples museos de Europa. Comparando las opiniones de Fernández Mac Gregor y de Fabela, sobre estos temas de arte, tan nuevas y tan originales, se llega a esta conclusión optimista: Luego, valemos los mexicanos.

Y obedeciendo al requerimiento de la época y de su propio tiempo, Fabela ha participado con ahinco en las exigencias públicas de su país y ha

tomado parte muy activa en la vida política de la patria, lo mismo como diputado que como Encargado del Despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores, e igual como representante de México en numerosas naciones y congresos, que como Juez Internacional en el Tribunal de La Haya, y como preclaro Gobernador de su Estado natal, el Estado de México.

Y en uno de sus vagares por Europa, escribe su libro fundamental como internacionalista: *Los Estados Unidos contra la Libertad*. Este libro sencillo y a la vez admirable, viene a ser como expresión de la conciencia de la América nuestra contra los múltiples atentados de los diversos gobiernos que, a partir de Teodoro Roosevelt hasta Woodrow Wilson, cometieron los estadounidenses contra diversas repúblicas nuestras, tales como Nicaragua, Colombia, Santo Domingo y también México.

El relato es simple, se concreta a ligar una serie de documentos, muchos de ellos hoy rarísimos, y a dejar que hablen por sí solos.

Y concluye: Mr. Wilson declaró, en un discurso relativo a la creación de una Liga de Naciones para la conservación de la Paz mundial, que el Derecho debe basarse en la fuerza común y no en la fuerza individual de las naciones, y propuso la adopción universal de la Doctrina Monroe en el sentido de que ninguna nación deberá tratar de extender su política sobre otra nación o sobre otro pueblo.

La verdad es que ni Europa ni la América española debieran aceptar tal doctrina como principio de Derecho Internacional, mientras los Estados Unidos no se produzcan con toda claridad acerca de ella, porque mientras siga siendo, como hasta hoy, una entelequia maleable, su acepción puede restringirles derechos a los cuales no sabrían renunciar sin menoscabo de sus intereses.

Especialmente a las naciones hermanas del Continente ibero, la historia diplomática de América les demuestra con evidencia dolorosa que aquel "Mito de Monroe" no sirve sino para perjudicarlas y en ningún caso para su beneficio.

Pero los tiempos cambian. Tras de Wilson advino Franklin Delano Roosevelt, quien desde luego instauró la Política del Buen Vecino, con el noble propósito de que se traduzca en hechos tangibles de vinculación material y espiritual, beneficios para todos los países continentales; esa política de buena fe, nacida de un espíritu no sólo recto, sino apostólico, en instantes graves para la libertad del mundo; esa política de buena vecindad nos autoriza para hablar con franqueza y proponer con sinceridad las modificaciones que, a nuestro juicio, deberá sufrir el Panamericanismo.

El Panamericanismo después de la guerra es una necesidad política y económica de la familia americana, pero tendrá que ser un Panamericanismo diferente al que ha existido hasta ahora, para que pueda ser provechoso a todos y cada uno de los países del Continente.

El Panamericanismo, con su Unión Panamericana de Washington y sus Conferencias muy espaciadas, no sólo no ha servido para estrechar real y positivamente los vínculos económicos, políticos y espirituales de nuestros países, sino que, en ocasiones bien conocidas, no evitó las intervenciones diplomáticas, financieras y aun militares de los Estados Unidos en Santo Domingo, Cuba, Nicaragua, Panamá, Haití, etc.; hechos históricos lamentables que hicieron que nuestros pueblos y gobiernos no tuvieran interés, sino más bien desconfianza del Panamericanismo. Por fortuna, desde el advenimiento del Presidente Delano Roosevelt a la Casa Blanca, la política estadounidense hacia la América Latina se modificó y, con ella, el Panamericanismo.

El justo mandatario lo primero que hiciera al llegar al poder, en relación con la política continental, fue abolir la inconveniente Enmienda Platt, que lesionaba la soberanía y sensible dignidad de la Nación Cubana, devolviéndole, además, la Isla de Pinos, que conservaban los Estados Unidos a título precario: retiró de Nicaragua las tropas norteamericanas que resguardaban el Palacio Presidencial de ese país y estableció una nueva norma del Panamericanismo, la Política del Buen Vecino, que tan saludable puede ser para el porvenir de México y de nuestras naciones hermanas.

Y así sucesivamente, sosteniendo estas ideas como norma de su actuación diplomática, Fabela es representante de México en la Liga de las Naciones, donde se pronuncia en favor de la España Republicana, consigue que Abisinia siga formando parte de la Liga y es el único delegado que protesta contra la ocupación de Austria por los alemanes de Hitler.

El 16 de marzo de 1942 es designado Gobernador Constitucional de su Estado natal, México. Ahí realiza como gobernante una obra ejemplar, distinguiéndose por el auge extraordinario que dio a la cultura, "realizando la obra más trascendental de los últimos años al frente de una gubernatura".

Pero en medio de estos trajines tan diversos y tan múltiples, Fabela no olvida su calidad fundamental de orador y de poeta, y sigue prodigando, en cuanto lo demanda la ocasión, sus varios dones de hombre esencial y de escritor genuino, como en el elogio que hace de Antonio Caso al inaugurar la escuela que en Amecameca lleva el nombre del inolvidable pensador, y otro discurso en Atlacomulco, pronunciado en la inauguración de la escuela de su pueblo natal.

Fabela termina su período gubernamental y pasa a ocupar el alto puesto de Magistrado de la Corte de Justicia de La Haya.

Y está aquí por fin con nosotros, en su maravillosa casa de San Angel, la Casa del Risco, toda ella distinción y prosapia verdaderas, llena de obras de arte y de libros y más libros, y más obras de arte, y todavía más libros, sirviendo todo de relicario que alberga a uno de los hombres mejores de nuestro México.

HISPANOAMERICANISMO *

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO

TEMA larga y a veces apasionadamente discutido es cuál debe ser la denominación de los países colocados al Sur de los Estados Unidos: *¿Latinoamericanos* como de preferencia éstos los llaman? *¿Iberoamericanos* como los denominan quienes juzgan que es la manera de incluir al Brasil, que no dependio políticamente de España? *¿Hispanoamericanos* como otros les dicen por haber sido descubiertos por España y haber sido porción integrante del imperio español?

De nuevo el problema ha sido planteado por el muy respetable Presidente de la Liga de Acción Social, de Mérida, Yucatán, Sr. D. Gonzalo Cámara; y por la Secretaría de Educación Pública a la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid. La Academia, a su vez, me ha hecho el honor de confiarme el estudio de esta interesante cuestión y procuraré realizarlo sin otra mira que los antecedentes históricos.

Quienes han querido apellidar a estos países "latinoamericanos" han tenido el propósito de diferenciarlos de los "anglosajones", que se encuentran al Norte de tales países, tomando en cuenta su origen *latino,* o, lo que es igual, su procedencia de Roma, que les dio su lengua.

Pero quienes tal dicen olvidan que por más que en una parte de nuestro Continente se haya perdido la lengua romance, ello se ha debido sólo a movimientos políticos y a movimientos de conquista relativamente cercanos a nosotros.

Toda la región al Norte de los Estados Unidos fue poseída por Francia y por México —Nootka descubierta por Juan Pérez y Esteban Martínez y las tierras al Norte de Nootka descubiertas por Salvador Fidalgo y Manuel Quimper— y fue la lengua francesa, derivada esencialmente del latín, la que predominó hasta que Inglaterra en una guerra de conquista con Francia, y mediante negociaciones con España, se posesionó de aquella vastísima región

* Discurso pronunciado el 9 de noviembre de 1953.

y poco a poco fue imponiendo su propia lengua, aunque no logró extirpar la francesa, que todavía se habla en una gran parte del Canadá.

Pero ¿qué más? Los Estados Unidos compran a Francia la Luisiana en donde por haber sido antes posesión española se hablaron las dos lenguas: la francesa y la castellana; y el arraigo de éstas había sido tal, que si los Estados Unidos imponen la propia suya, quedan todavía hoy en pie los nombres franceses y castellanos: Louiville, Terre Haute, Terre Bonne, Grand Detour, Beaumont, Baton Rouge, Orleans, Louissiana, Nuevo Madrid, Gayoso, Feliciana, de Soto, Florida, Ponce de León. Desfigurados algunos como Montana por Montaña, Pensacole por Panzacola.

La guerra de los años 1846 a 1848 les permite apoderarse de la mitad del territorio mexicano y quedan en pie los nombres California, San Francisco, San Diego, Sacramento, Colorado, Pinal, Tortilla, Picacho, San Pedro, Casa Blanca, Nuevo México, Santa Fe, Socorro, Doña Ana, Bernalillo, Gálveston, San Antonio, Camarón, etc.

Tomando, pues, como base el razonamiento de los Estados Unidos, la mayor parte de su territorio con propiedad puede llamarse también "latinoamericana". Existe, sin embargo, la circunstancia de que ellos, sin fundamento alguno, se asignan el nombre de todo el Nuevo Mundo y oficialmente se denominan *América* o Estados Unidos de América, a pesar de que América es todo el Nuevo Mundo y hay varios otros "Estados Unidos", entre ellos los de México.

No parece, pues, que haya razón bastante para llamar "latinoamericanos" sólo a los países al Sur de nuestros vecinos al Norte.

Veamos ahora la denominación "iberoamericanos".

Quienes la prefieren piensan que hoy suele llamarse Península Ibérica la que comprende Portugal y España, y se razona diciendo: una gran porción de América no habla español, sino portugués; Brasil en lo pasado dependió de Portugal y no de España.

John Lynton Myres en su estudio sobre los Iberos declara que sus afinidades étnicas son desconocidas, y que es imposible hacer acerca de ellos una afirmación categórica, que pueda ser generalmente aceptada. (Enc. Brit. Vol. 14, pp. 216-7).

En seguida agrega que existen cuatro fuentes para estudiarlos: la Historia, la Numismática, la Lingüística y la Antropología.

Myres cree que el nombre fue dado por los primitivos navegantes griegos a quienes habitaban la costa oriental de España, cerca del río Iberus, o sea el Ebro conforme a la Geografía moderna, y supone que aquel nombre se haya derivado del vasco *Ibay-erry,* o sea "tierras o país del río".

Pero las noticias son precarias y unas veces Iberia es aplicado a las tierras mismas; otras, a quienes las habitan y solamente se da como cierto, que

al ser éstos conocidos por griegos y romanos constituían una diversidad de tribus con varia civilización, con lenguas distintas, aunque algunas de ellas semejantes.

Y estas lenguas han llegado hasta nosotros a través de monedas encontradas en diversas partes de la península; las inscripciones que tienen muestran semejanza con las griegas occidentales y con las púnicas; y se dice que solamente indican el nombre de ciudades: *Plplis* (Bilbilis), *Seqbrics* (Segobriga), etc.

A su vez estas inscripciones han llevado a los lingüistas a encontrar similitud con voces de origen diferente del *ario;* y K. W. Humboldt al estudiarlas ha llegado a la conclusión de que el pueblo ibero habló una lengua propia, pero que hubo iberos dispersos en Sicilia, en Cerdeña, en Córcega, en el Sur de Francia, y que los actuales vascos son restos de aquella raza; por más que todas estas teorías no sólo no han sido compartidas definitivamente, sino refutadas por otros lingüistas y por otros antropólogos.

Los hallazgos realizados por algunos de estos últimos en Bélgica y en Francia, en Bretaña y en Alemania y en Dinamarca han sido apellidados *ibéricos;* pero los conocimientos que se tienen son tan vagos, que no parece que esta vaguedad sea la más apropiada para dar nombre a la porción más vasta del Nuevo Mundo.

Todavía estas noticias se complican más, si consultamos las opiniones del ilustre autor de la Historia de España Rafael Altamira.

Recuerda que para algunos los iberos "provienen inmediatamente del pueblo hebreo", pero desecha este juicio por no encontrarlo suficientemente fundado; asienta luego, que fue Scylax a quien considera viajero griego del siglo VI antes de Cristo —en realidad un capitán griego persa que realizó varias exploraciones en los días de Darío I— quien designó con el nombre de iberas a las tribus que encontró cerca del Ebro; mas si por una parte acepta que esas tribus pudieron llegar del Asia, recuerda que también existe la creencia de que se asentaron en el Norte de Africa y de allí pasaron a las costas españolas, aunque no falte quien considere a los iberos como autóctonos de la península. (Altamira. *Historia de España y de la Civilización Española.* Vol. I, pp. 60-1).

Los iberos, pues, no constituyeron siquiera un pueblo que pudiera parangonarse con la China y con la India, con Persia y con Egipto, con Asiria y con Palestina, que nos han dejado pruebas palmarias de su grandeza en otros siglos: fueron tribus dispersas en la península que estudiamos y fuera de la península y, hay que repetirlo, no parece que merezcan dar su nombre a lo que han considerado la cuarta parte de la tierra.

Examinemos ahora la conveniencia de emplear el término *hispanoamericano.*

Los iberos, cualquiera que haya sido su procedencia, cualquiera que haya sido su cultura de que tan escasas huellas dejaron, se mezclaron con los celtas y esta mezcla dio impulso a la vida de aquéllos y recibe el nombre de celtíbera, alcanzando un nivel superior, pero sin sobresalir por sí misma; serán extranjeros quienes la lleven a tomar parte en la vida de las naciones de entonces.

Fenicios y griegos son los primeros que de fuera llegan a explorar las riquezas naturales de la península; Gades o Cádiz constituye lo más avanzado de la colonización fenicia, y los griegos se establecen principalmente entre el Duero y el Miño. (*Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Vol. XLVI). Los cartagineses, fenicios también por su origen, a su vez penetran por el Mediterráneo y se consagran a la explotación de los minerales. Todavía Cartagena recuerda aquella posesión.

Pero Roma va a convertirse en el imperio mayor que soñaron los hombres; se posesiona de toda la península que recibe el nombre de Hispania y la divide en tres grandes porciones, Hispania Terraconense al Norte, Hispania Lusitana al Oeste, e Hispania Bética al Sur, y convierte a todos los moradores en ciudadanos romanos. (Véase el mapa del Imperio Romano en la *Historia Universal* de César Cantú, Ed. de Gaspar y Roig, Vol. II).

Esto ocurre dos siglos antes de Cristo y la denominación de Hispania, que se trueca en España perdura por otros catorce, que ven la transformación de aquellos pueblos primitivos que fueron los iberos y los celtíberos, en Estados, en Reinos que alcanzan una elevada cultura.

Mas para llegar a esto, la península sufre invasiones y todos los horrores de las guerras, y entretanto se constituye un condado hispánico que recibe el nombre de *Comitatus Portucalensis* por contener "la ciudad de la desembocadura del río Duero, que los romanos llamaron Portus-cale". (Enc. Univ. Vol. XLVI, p. 701).

En 1139 Alfonso Enríquez, hijo de Enrique de Borgoña, tras de una victoria sobre cinco reyes moros, resolvió convertir el Condado en reino y proclamarse Rey. Algunos escritores sostienen que para darle cierto carácter legal, reunió unas cortes en Lamego y otros niegan el hecho; pero parece que el Arzobispo de Braga le ciñó una corona de oro que los reyes visigodos habían donado al monasterio de Lorvan. Así surgieron un reino nuevo y un nuevo rey. (Op. cit).

Más de dos siglos de tormentosa vida política transcurrieron antes de que Juan I se decidiera a emprender la conquista de Ceuta, y lograda tal conquista, teniendo como gobernante al Príncipe Enrique, hijo de aquel monarca, se convirtió en base inolvidable de notabilísimos descubrimientos portugueses, como lo fue Palos de los descubrimientos hispánicos.

Ahora bien: si a Portugal, el antiguo Condado parte de Hispania, corres-

ponde la gloria de haber vencido las supersticiones que impedían la navegación al Sur del Cabo Bojador, lo que permitió los descubrimientos a lo largo del Oeste de África; a Bartolomé Díaz que avanzara más allá del Cabo de las Tormentas o de Buena Esperanza; y a Vasco de Gama llegar hasta la India, a Hispania, a España se debió el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Colón, que conocía la actividad portuguesa en los descubrimientos marítimos, como perfectamente se sabe, acudió a Portugal en busca de ayuda para sus proyectos de llegar a la misma India por una ruta más fácil que la seguida por Vasco de Gama y Portugal negó esa ayuda; aunque aprovechando sus informes y conociendo las ideas de Toscanelli, pretendió defraudar a Colón y por su cuenta envió la expedición que tan ruidosamente fracasó.

Tras de las vacilaciones de España, muy conocidas también, Colón es favorecido; se lanza a la aventura y descubre el mundo hasta allí desconocido; y entre lo que descubre está la hermosa y rica isla que los nativos llamaban Haití, que él denominó la Española y que después se conoció por Santo Domingo.

Prepara su segundo viaje; entre los capitanes que lleva consigo va Hojeda, quien al volver a España logra que los Reyes o por mejor decir el Rey Fernando, viole las capitulaciones firmadas con Colón, aceptando que Hojeda salga por su parte en viaje de exploración, lo cual hace aprovechando la carta de marear en que el genovés había delineado la Tierra Firme tocada por él antes que por otro alguno en su tercer viaje.

Con Hojeda va Américo Vespucio, quien aprovecha las experiencias logradas con éste para sus propios viajes de exploración; aunque son tan contradictorios los informes que da en su carta dirigida al Duque de Lorena y de Bar según algunos; a Pedro Soderini según otros, que muchos dudan los haya realizado.

Martín Fernández de Navarrete en su *Colección de Viajes* comentó así lo escrito por Vespucio:

"El trastorno de las fechas y de los nombres propios, ya de personas, ya de países; los mismos sucesos aplicados a viajes y tiempos diferentes; las variantes considerables en las mismas cartas o relaciones publicadas; los absurdos en cronología, historia, náutica y astronomía; las cosas maravillosas que se cuentan, ya de la vida y costumbres de los indios, ya de los acontecimientos de los viajeros, todo induce a calificar estas relaciones, por lo menos, de exageradas y de evidentemente falsas en muchos casos... parece se escribió y embrolló todo de propósito para atormentar al escritor de buena fe que intente buscar la verdad entre un tejido tan enmarañado de patrañas e imposturas". (Cit. por Manuel Toussaint en el prólogo a la edición facsimilar de la *Carta de Américo Vespucio de las Islas Nuevamente Descubiertas en Cuatro de sus Viajes.* pp. VII-VIII).

Lo ocurrido con Vespucio hace recordar al Dr. F. A. Cook, quien después de permanecer dos años en la región ártica —1907-1909— pretendió haber llegado al Polo Norte un año antes que Peary, manteniendo en suspenso la opinión pública, hasta que su pretensión se demostró que carecía de verdad. Los elementos de pesquisa en el siglo XX son muy diversos de los que existían en el siglo XVI.

Que se haya dado su nombre al Nuevo Mundo, se sabe que ocurrió de manera fortuita. El Duque René II de Lorena tenía por capellán a Gualterio Lud, Canónigo del Cabildo de Saint-Die-des Vosgues —San Diego de los Vosgos en Francia—; y habiendo recibido aquél una relación de los viajes de Vespucio la pasó a su capellán para que se vertiera al latín; lo cual verificó Juan Basin, otro Canónigo del mismo Cabildo.

Todo esto ocurrió cuando Lud se aprestaba a publicar la obra *Cosmographiae Introductio,* tras de la cual vendría la *Geografía* de Ptolomeo. Para la realización de estos trabajos Lud ocupó como colaboradores a dos renombrados geógrafos: Matías Ringmann y Martín Waldseemuller, y éste dibujó el plano en que por primera vez apareció el nombre de Vespucio como descubridor de una parte desconocida de la tierra.

En cuanto al texto de la hoy rarísima obra es el siguiente después de referirse al mundo antiguo:

"Estas partes del mundo son muy conocidas; otra, una cuarta, ha sido descubierta por Américo Vespucio, como se verá en lo que sigue: por lo cual no veo motivo que se oponga a que se la llame según el hombre perspicaz que la descubrió, es decir: América o sea tierra de Américo, ya que a mujeres deben Europa y Asia sus respectivos nombres. En cuanto a la situación y costumbres de esta parte del mundo se conocerán leyendo lo que sigue de los cuatro viajes de Américo". (Víctor Manuel Flores Meyer. *América y Américo Vespucio* en *Divulgación Histórica,* Vol. I, pp. 260-262).

Vespucio, que antes de esta aplicación ni siquiera se llamó Américo, sino Amérigo, había publicado ampliamente lo que ahora para muchos es sólo producto de la fantasía; pero había publicado. Colón, en cambio, se había limitado sólo a informar a sus monarcas acerca de sus indudables descubrimientos. Ya se ve que los productos de lo que ahora se llama "propaganda" en siglos pasados solían tener, como ahora, alcances inesperados.

Pero —se dice— Brasil no lo descubrió España, sino Portugal. Este decir, sin embargo, es contrario a la verdad histórica, puesto que su descubridor fue Vicente Yáñez Pinzón; y cuando más tarde Pedro Alvarez Cabral llegó a las mismas costas, no lo hizo siquiera como resultado de un viaje de exploración, sino desviado accidentalmente por tempestades y vientos contrarios.

Ricardo Maj Framis en su interesantísima obra *Vida de los Navegantes y Conquistadores Españoles del Siglo XVI* nos ha dejado una magnífica no-

ticia del viaje realizado por Yáñez Pinzón, el capitán de una de las tres carabelas que efectuaron el primer viaje de Colón.

Aquél navega al Sur Oeste, ya que desde ese primer viaje el gran Almirante había seguido esa ruta con buena fortuna; y el día 20 de enero de 1500 toca el cabo que denomina Santa María de la Consolación y que posteriormente será conocido con el nombre de San Agustín.

"Fue a tierra Vicente Yáñez en un bote —escribe Framis— acompañado de un escribano y testigos y tomó posesión de aquella tierra en nombre de los Reyes de España. Dio los gritos solemnes: ¡Castilla! ¡Castilla!" (Op. cit., p. 353).

Y en otro lugar afirma: "España, precisamente Castilla, llegaba la primera a este territorio, que es del luego llamado Brasil, antes que Pedro Alvarez de Cabral, portugués, que zarpó de Lisboa con una armada de tres naves y rumbo a la India Oriental, llegara a esta misma costa el 24 de abril siguiente, impulsado por una tempestad hacia el Sudoeste, tras de haber huído de las atroces calmas del Golfo de Guinea". (Loc. cit.).

Naturalmente que este autor, como todos los que han hablado o escrito acerca del descubrimiento del Nuevo Mundo, ha de haber bebido en la fuente a la que todos hemos acudido: la *Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas, quien hace, en efecto, una vívida recordación de las impresiones de Yáñez Pinzón y de sus hombres, al hallarse ante la maravilla que es el Río de las Amazonas o Marañón como se le llamó en aquellos días. (Op. cit. Vol. I, pp. 493-95).

¿Por qué entonces Portugal y no España quedó con el dominio del Brasil?

Es bien conocido por los historiadores y los geógrafos el hecho de que el Pontífice Alejandro VI, haciendo uso de un privilegio que se había reconocido a los papas de ejercer dominio especialmente sobre las islas, en 4 de mayo de 1493, o lo que es lo mismo, a raíz del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, expidió la bula *Inter caetera.*

Por medio de ella concedió a España "todas las islas y tierras firmes halladas y que se hallaren descubiertas y que se descubrieren hacia el Occidente y Mediodía; fabricando y componiendo una línea del Polo Artico, que es el Septentrional, al Polo Antártico, que es el Mediodía; ora se hayan hallado islas y tierras firmes, ora se hayan de hallar hacia la India o hacia cualquiera parte, la cual línea diste de cada una de las islas que vulgarmente se dicen Azores y Cabo Verde, cien leguas hacia el Occidente y Mediodía... que por otro rey o príncipe cristiano no fueren actualmente poseídas, hasta el día del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo próximo pasado, del cual comienza el año presente de mil cuatrocientos y noventa y tres, cuando fueron por vuestros mensajeros y capitanes halladas algunas de las dichas islas..." (Trad. de Juan de Solórzano. *Política Indiana,* Lib. I, Cap. X. Carreño.

Notas al *Compendio* de la Historia de la Real Hacienda por Joaquín Maniau, pp. 113-118).

Y es igualmente sabido, que inconforme Portugal con aquella cesión, entabló negociaciones con España que produjeron el tratado de Tordecillas que delimitó finalmente la línea papal y esta delimitación dejó Brasil a Portugal y el resto del continente sudamericano a España.

Pero si Portugal mismo fue Hispania, e Hispania, España, descubrió el Brasil a través de Yáñez Pinzón, no parece que exista inconveniente para denominarlo hoy como el resto de lo que descubrieron navegantes hispanos; sobre todo si se recuerda que Felipe II reincorporó a España lo que había sido un condado dentro de sus dominios, y por años duró esta nueva sujeción.

Hay quien tiene el escrúpulo de llamar hispanoamericano a lo que hoy es la República de Haití, separada políticamente de la República Dominicana; pero si aceptamos la designación de hispanoamericanos para los países descubiertos por españoles o por individuos expensados por España como Colón ¿cómo Haití puede no ser considerado hispanoamericano si de manera física es parte integrante de la isla descubierta por Colón, la más amada por él y por él llamada La Española?

Al estudiar desde la tribuna de la Universidad de Santo Domingo, en la República Dominicana y en el seno de la Academia Mexicana de la Historia la figura egregia del cronista mexicano Fray Agustín Dávila Padilla, recordé las causas de la desmembración de aquella isla; desmembración que dio nacimiento, al correr de los siglos, a la República de Haití, que abandonó la lengua española para adoptar la francesa.

Desde la isla Tortuga, decía entonces, los franceses consagráronse a efectuar el contrabando con su muy inmediata vecina La Española. Una torpe medida del gobernador de ésta, Capitán General y Presidente de la Real Audiencia don Antonio Ossorio, resolvió despoblar toda la porción Norte, creyendo que así pondría término al comercio ilegítimo. Dávila Padilla, que era el Arzobispo, comprendió de modo admirable no solamente el mayor daño que vendría a la isla, sino los gravísimos perjuicios que reportarían quienes eran obligados al abandono de sus tierras, de los bienes que en ellas habían fincado.

Aferrado el Gobernador a su idea, el asunto fue a la Corte, que le ordenó que nada hiciera sin el acuerdo del Arzobispo; mas los gravísimos disgustos que el caso produjo al mexicano le causaron la muerte, y el Gobernador llevó a término sus propósitos, que finalmente aprobó el Gobierno español. (Carreño. *El Arzobispo Cronista Fr. Agustín Dávila Padilla* en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid*, Vol. X. Núm. 3).

Despoblada la tierra, los contrabandistas franceses no necesitaron ya

operar desde la isla Tortuga y comenzaron a efectuarlo en La Española misma, adueñándose poco a poco de aquella porción que finalmente segregaron del resto, adoptando el nombre indígena que toda la isla tenía al ser descubierta por Colón.

Después, la historia interesantísima de la República de Haití lo dice todo: los esclavos de color dominaron a sus antiguos señores, hasta llegar a formar el notable país que hoy conocemos, pero que no por hablar francés en nuestros días deja de ser una porción físicamente inseparable de La Española.

La recordación que se ha hecho de los antecedentes de los pueblos de este hemisferio, parece que debe llevar a la conclusión de que los países que los Estados Unidos del Norte denominan *latinoamericanos* con toda propiedad deben ser llamados *hispanoamericanos* *.

* La tesis fue aprobada por las dos Academias: la de la Lengua y la de la Historia.

LA REVISTA MODERNA DE MEXICO *

por don JULIO TORRI

DE las varias funciones de la Academia de la Lengua, ninguna tan importante como la de mantener sin hibridismos ni impurezas el caudal de nuestro idioma. Defender su integridad ha parecido siempre labor eminentemente patriótica, ya que el concepto mismo de nuestra nacionalidad está estrechamente enlazado a la lengua. En efecto, ésta más que la raza, establece fraternos vínculos con la Madre Patria y con veinte repúblicas de América. Diríase que hablar el mismo idioma crea cierta conformidad de pensamiento. Así pues conviene robustecer por todos los medios a nuestro alcance el lazo que nos une poderosamente a uno de los grupos de naciones más ilustres, con un papel de la mayor importancia en un futuro no lejano.

Por eso al ingresar a esta docta corporación como individuo de número me embarga un grave sentimiento de responsabilidad. Y a la vez de honda gratitud para quienes, sin tomar en cuenta lo escaso de mi producción, me llamaron a su honrosa compañía. Porque la conversación y trato de los honorables señores académicos es en verdad un preciado don, puesto que en ellos imperan el patriotismo más acendrado, el respeto mutuo, y la tolerancia, flor y signo de una sólida cultura.

Me ha tocado la suerte de venir a ocupar el sitio que dejó vacante don Raimundo Sánchez. Un hombre bueno, modesto, servicial y enemigo de toda publicidad. Sus nada desdeñables conocimientos en gramática estaban a la disposición de quien los requiriese. Recordamos sus bien documentados estudios que redactaba por encargo de la Academia y con motivo de alguna consulta a ésta. Yo le pedí muchas veces que para provecho general los reuniese en un libro. Acostumbraba destruir estos dictámenes, considerándolos en un rato de hipercrítica, como trabajos de poco momento. Así me lo ha referido uno de sus familiares más allegados, el doctor don Jesús A. Cuevas.

---

* Discurso de ingreso, como individuo de número, leído la noche del 21 de noviembre de 1953.

En su galano discurso de ingreso en esta Academia Mexicana de la Lengua se pronuncia, con la autoridad de don Rufino José Cuervo, contra un purismo exagerado; y condena también el censurable descuido y desaliño de los indoctos.

Sólo conozco de Sánchez, además de esta pieza oratoria de innegable mérito, unas *Recomendaciones Sucintas sobre la Enseñanza de Lengua Española* en colaboración con la profesora doña Ofelia Garza de del Castillo. Dichas recomendaciones van seguidas de composiciones breves entresacadas de diversos autores como Amós de Escalante, el Padre Nieremberg, Quevedo, Palacio Valdés, el Padre de la Puente, don Jacinto Benavente, José Selgas, don Juan Montalvo, Cervantes, Azorín, Pereda y algunos más. La selección nos permite formarnos una idea de las preferencias literarias de nuestro llorado colega. Otra parte del libro la constituyen trozos recogidos en obras de Monlau, Castelar, D. Juan Vázquez de Mella, don Antonio Maura, Clarín, don Juan Valera y otros autores en su mayoría académicos de la Española.

Añadiremos por último que consagró su vida a la enseñanza y que fue cabal y verdaderamente un maestro. Para serlo exige Galdós en *El Amigo Manso* hacerse querer uno de sus alumnos, pues no "hay enseñanza posible sin la bendita amistad".

Comenzaré a tratar ahora el tema que me he propuesto en este trabajo, o sean *Algunas Notas acerca de la Revista Moderna.*

Gran parte de nuestra literatura se halla en revistas y periódicos. Algunos de ellos son toda una época de nuestras letras, como acontece con *El Diario de México, El Domingo, El Renacimiento* entre otros. Más de una buena novela como *Clemencia* de Altamirano apareció en revista antes que en libro, al igual que obras líricas como *El Florilegio* de Tablada, *Joyeles* de Rebolledo y *El Exodo y las Flores del Camino* de Nervo, que por primera vez salieron precisamente en la Revista que hoy me ocupa.

El fundador de ella fue en todo rigor Bernardo Couto Castillo que sacó un primer número, de extremada rareza hoy, y que no me ha sido dable ver. Couto hace recordar a Rodríguez Galván y a Manuel Acuña por su temprano fin y por sus bellas dotes naturales para las letras. "...Artista raro y exótico —dice Tablada en su necrología— paso invisible ante los ojos testáceos del burgués estólido".

En sus artículos y relatos apunta una preocupación constante por el mito de Pierrot, el Pierrot fantasmal y trágico del soneto de Verlaine:

Ya no es, como en la vieja canción, aquel rendido
amante de la luna que alegre se reía;
a un tiempo se apagaron su vela y su alegría
y hoy vuelve seco y pálido como un aparecido...

(Traducción de González Martínez)

Couto murió antes de cumplir los veintiún años, víctima lamentable de la vida irregular que arrastraban los bohemios y artistas del tiempo.

Una de sus últimas narraciones —*Pierrot Sepulturero*— es de las mejores que salieron de su pluma, así como *Un Recuerdo,* que tiene todas las trazas de ser una página vivida por su talentoso autor y que debiera figurar con merecimiento en las colecciones de cuentos mexicanos escogidos.

Refiere don Jesús E. Valenzuela en *Mis Recuerdos* —publicados por *Excélsior* en 1946— que como Couto no pudiese proseguir la publicación de la revista, ésta corrió por su cuenta con la colaboración de Jesús Urueta, José Juan Tablada, Balbino Dávalos, Rubén M. Campos y Ciro B. Ceballos. Desde un principio fue no sólo en México sino en toda América el portavoz del modernismo.

A mediados del siglo, Baudelaire y su escuela habían promovido la renovación de la lírica occidental. Para ser más exactos, hay que buscar las últimas raíces de este movimiento en Gérard de Nerval, con cuyos poemas han pretendido autorizarse los superrealistas, y en Aloysius Bertrand, antecedente de los parnasianos. De esta gran corriente europea procede el modernismo hispanoamericano.

Su director Valenzuela no se sentía en los comienzos muy vinculado con el grupo y confiesa que sus ligas con él son más bien de orden cordial, en versos en que echa de menos tiempos y amigos más risueños:

¡Qué bien se deslizaba la ancha canoa
por el canal y cómo con la guitarra
alegraba a las chicas Pepe Gamboa,
a quien curaba el pecho Porfirio Parra!

Era alegre la musa porque era joven;
Virgo potens *cantaban las primaveras;*
nadie hablaba de Wagner ni de Beethoven;
de gnomos, de nirvanas, ni de quimeras.

. . . .

¿Te sonríes, Pedancio? . . . Pues valen mucho,
y con ellos me gusta tomar cerveza;
me quieren y los quiero, me llaman Chucho,
y soy la nota alegre de su tristeza. . .

Al final de su vida, en los mismos *Recuerdos* no se considerará solidario tampoco con sus viejos amigos, y podrá juzgar objetiva y fríamente sus flaquezas y extravíos juveniles.

Ciertamente el sentimiento dominante en los poetas mexicanos de entonces (Tablada, Couto, etc.), es el del aislamiento, el de ser incomprendidos, el de no tener lugar ni cabida en la sociedad. De aquí su pesimismo, su rebeldía al representarse ante sí mismos como mártires de la poesía y el arte, que padecen por el amor exclusivo de la belleza, torturados por la propia miseria y por la arrogancia de filisteos y burgueses. En todo conformidad con el triste destino que para el poeta esboza Baudelaire en las poesías iniciales de *Las Flores del Mal,* especialmente en *Bénédiction.* Al promediar el siglo XIX va haciéndose patente hondo pesimismo en las obras de arte francés, pesimismo que acrecienta la catástrofe de la guerra del 70. Las novelas de Flaubert y las alegorías de Odilón Rédon son las mejores muestras de esta tendencia postromántica. Había además en los redactores de la *Revista* la divina jactancia, propia de la mocedad, y la conciencia de hallarse en la buena vía. De todo ello procede un individualismo acentuado y afán de singularizarse, a las veces inhumano, y cierta visión del mundo un tanto agravada por sombríos tintes. Hojeando la revista cae uno en la cuenta de que esta poca de intolerancia y juvenil lozanía que se barruntan en los escritores de los primeros números ceden luego a sentimientos más generosos, y ya en 1901 al lado de la magnífica *Arenga a la Juventud* de Urueta aparecen sonetos de D. José López Portillo y Rojas, de acendrado gusto clásico.

Desde el año IV —1901— se imprime en papel satinado; y a partir de septiembre de 1903 reduce su tamaño y muda su nombre de *Revista Moderna. Arte y Ciencia,* por el de *Revista Moderna de México.*

Don Jesús E. Valenzuela fue el mediador indispensable entre el grupo de innovadores a todo trance —antipático a los más, hostil a la mesocracia de los noventas— y la opinión general, alarmada por ese foco de vaga rebeldía, cuya meta y propósitos no eran previsibles ni bien conocidos. Sin la cordura y el dinero de Valenzuela *La Revista Moderna* no hubiera durado lo que duró, y al segundo o tercer número con ella hubieran dado al traste la procacidad de uno de sus redactores, la indiferencia y apatía de otros, y la acometividad de todos para las marchitas flores de un neoclasicismo y de un romanticismo que se sobrevivían más que nada por la falta de un espíritu creador y original. Además, como es bien sabido, la revista no fue negocio productivo, antes bien, todo lo contrario, consumía los dineros de su dueño, propietario a la sazón de terrenos que luego fueron la Colonia Roma. Las impresiones de Valenzuela como director no han de haber sido muy gratas. Ceballos le atribuye esta frase amarga: "Hay amigos que valen el oro... cuando es uno el que lo tiene". Como poeta lo fue de transición entre dos épocas, según reconocieron en excelentes páginas el panameño Darío Herrera y el dominicano Pedro Henríquez Ureña.

Es éste un poeta sincero —escribe Urbina (febrero de 1907, p. 345)— *a veces hondo; frecuentemente pensador; casi siempre original. En dondequiera que pone la mano, deja la marca de su* yo. *Lo que más resalta en él es la personalidad: de modo que tiene la primera condición del artista.*

Y Pedro Henríquez Ureña, tan benévolo para todo lo nuestro, opina:

En Valenzuela se encuentran otros contrastes: entre sus descripciones a la manera clásica (Himnos Salvajes, al autor de Los Murmurios de la Selva) *y sus fantasías modernistas* (Deseos); *entre sus rimas de corte romántico y sus versos de forma novísima. Pero en sus diversos aspectos, el poeta es siempre uno: viril, sincero, todo intenciones y sentimientos, lleno de fe en la Vida, sereno en su pensar, si a ratos inquieto ante las amenazas de lo imprevisto...* (febrero de 1907.—Nuestros Poetas. Jesús E. Valenzuela).

Recordemos brevemente a los primeros escritores y artistas que colaboraron en torno a Valenzuela.

Tablada es el profesional de las letras. De ingenio muy cultivado, propagó entre nosotros las doctrinas estéticas sucesivas desde Baudelaire y Gautier hasta Apollinaire y Max Jacob. Habiendo sido iniciado probablemente en el arte japonés por el *Outamaro* de sus idolatrados Goncourt, logró pericia en la crítica de arte. Fue polemista de nervio. Irónico y dotado de un humorismo casi siempre inofensivo. (No desde luego en el campo de la política). Enriqueció nuestro parnaso con poemas en que admiramos una técnica impecable, una renovación de metáforas de riqueza y variedad infinitas, acento de modernidad, un eco de mil motivos del pensar y sentir de hoy, un saber literario cabal. Poseyó como nadie el sentido de lo conveniente y lícito. Siempre era el primero que caía en la cuenta de que una moda iba a cambiar. Desde sus comienzos abandona una tristeza juvenil y romántica que era de rigor en los que mantenían comercio con las musas, tristeza tan poco respetable como la que afectan muchos para excusar vicios. Contra ella reacciona en el gran soneto *A la sombra de un Hermes* en el cual también se pronuncia por la impasibilidad del artista, credo de Leconte de l'Isle y su escuela.

Su sagacidad y penetrante instinto crítico le hacía percatarse de lo vulgar o excesivo o cursi de cualquier boga reinante. Así en *Adiós a Bohemia* se vuelve contra vicios en que se perdieron muchos, y que los contemporáneos creían inseparables del ejercicio de las letras. También abandonó desde temprano la afición a una falsa y convencional Edad Media, con bandolines, castellanas y otras zarandajas. Se le puede motejar de artificioso en alguna rara ocasión, de rebuscado; de refinado, siempre; pero nunca de mal enterado o de perverso gusto. Oportunidad, propiedad, sentido de lo actual. Fue duro y cruel y aun injusto con los advenedizos del arte y con los impreparados de

las letras. Notable su cosmopolitismo y su horror por lo provinciano y por los prejuicios de campanario. Lugones, su lejano amigo, le dedicó *Los doce gozos,* uno de los inmarcesibles florones de la poesía moderna de Hispanoamérica. En resumen, en Tablada hay preponderancia de facultades críticas; abundancia de citas y nombres propios, fruto de una amplia lectura; sentimiento agudo de la modernidad que se manifiesta por la afluencia de cultismos, neologismos y extranjerismos de toda procedencia. Este léxico tan rico en voces nuevas, testimonio también indubitable de una gran sed de originalidad, nunca que yo sepa fue igualado entre nosotros del modernismo para acá.

Jesús Urueta ha sido nuestro más brillante orador. Su elegancia nativa, su voz de modulaciones variadas y armoniosas, su gran frecuentación de Shakespeare y lo más exquisito de la literatura francesa, de Homero y la tragedia griega en la resplandeciente versión de Leconte de l'Isle hicieron su elocuente verbo de calidad singular en nuestra historia. Si no escuchasteis a Urueta no podréis por el texto de sus oraciones formaros una idea de su elocuencia en que se confabulaban para producir un espectáculo inolvidable, su ademán, la riqueza musical de su palabra, el magnetismo de su figura, hasta su leyenda a que contribuían su amor por la antigüedad y su vivir despreocupado e indulgente. Fuera del gran estilo de sus discursos —melodiosos como el canto de la ninfa Calipso en la espaciosa caverna—, produjo prosas menores de bastante interés en las que pocos han reparado hasta hoy. Así *El Endriago,* que contiene recuerdos de adolescencia. Esta obra menor dispersa a lo largo de la *Revista Moderna* merece una selección hecha por mano piadosa y competente.

En 1900 aparecen Urueta como Jefe de Redacción, más tarde Consultor Artístico; y como redactores, Rubén M. Campos, Balbino Dávalos, Rafael Delgado, Alberto Leduc, José Inés Novelo, Francisco M. de Olaguíbel, Manuel José Othón y José Juan Tablada. No figura ya Ceballos en el cuerpo de redacción. Fue éste un prosista dannunziano que consigna curiosas noticias sobre la literatura contemporánea, no sólo en sus *Memorias,* recogidas por *Excélsior* (1937) sino también en sus *Seis Apologías,* que únicamente aparecieron en número de cinco (Dávalos, Delgado, Ruelas, Valenzuela y Urueta). Solíamos verle allá por 1908: Era hombre corpulento, rubicundo; usaba uno de aquellos sombreros hongo, de color café, que se estilaban a principios del siglo. Con gruesos espejuelos y americana cruzada y a cuadros grandes, enarbolando grueso bastón pasaba abstraído por sus pensamientos. De vivir en el Renacimiento y en Italia hubiera de seguro emulado los no envidiables lauros de Pietro Aretino. Valenzuela en sus *Recuerdos* escribe: "Ceballos, que con pretexto de hacer apologías, insultaba a todo el mundo..."

Se diría que el temprano fin de Julio Ruelas, presentido intuitivamente, impuso en su obra una intención macabra. Sus símbolos destilan amargas

ideas sobre el destino del hombre, en especial del que se consagra al cultivo de las bellas artes, de ordinario tan desprovisto de todo espíritu de defensa. Atractivo singular de la revista, no sólo para nosotros sino en el extranjero, sus dibujos y viñetas representan, entre otros asuntos, a un soñador despeñado por la muerte desde un pedrusco con vaga apariencia humana; una doncella, la esperanza, traspasada por el afilado brazo de una ancla; un inmundo sapo gigante que abraza una mujer desnuda; la muerte flautista entre perros que aúllan a la luna en praderas que el plenilunio vuelve irreales; la tiránica fémina que cabalga sobre Sócrates a quien martiriza, y no ya sobre el Estagirita como en el viejo *Lay de Aristóteles.*

"*Las creaciones atormentadas de Ruelas* —escribe Nervo— *se retuercen sin esperanza en limbos tétricos. Sus símbolos dejan traslucir no sé qué pesadillas inenarrables. Este gran expresivo es un gran inquisidor. Torquemada no inventó jamás el espanto que él imagina. Los chinos, doctores en suplicios, comprenderán el horror de sus supliciados*".

En este gran pintor nuestro influyen evidentemente Durero, Holbein y algunos grabadores alemanes del XVI. Así lo revelan los trajes en algunas viñetas como los tipos masculinos barbudos y atléticos. Recordamos un adorno de fin de capítulo en que un perro ladrante persigue una pareja ataviada con pesado ropaje. En lontananza se divisa un jinete con lanzón al hombro.

El autorizado crítico de arte Jorge Juan Crespo de la Serna dice:

"*Como Gedovius, fue muy influido por el arte alemán, pues estuvo algunos años estudiando en Baden. Como grabador fue discípulo de Gabin. El romanticismo alemán de fin de siglo no pudo encontrar mejor representante que Ruelas en México*". (Diez importantes fichas de Pintores del Siglo XIX en México).

Inspiradas en el *Livre des Masques* de Valloton y de Rémy de Gourmont, la Revista emprende la publicación de máscaras admirables dibujadas por Ruelas, con breves notas de Tablada, Nervo, Urbina, Salado Alvarez, etc. Son documentos iconográficos de insuperable valor en la historia de nuestras letras.

Ruelas revela afinidad espiritual con Félicien Rops y con Odilón Rédon. Del primero recibe influencia evidente; y con el segundo comparte agudo pesimismo.

Un amigo de la revista mecenas de Ruelas fue don Jesús E. Luján. El pintor conmemoró en un óleo célebre la llegada de su protector. Le recibe un centauro —Valenzuela— que en ademán acogedor le muestra la rara

colección zoológica de la casa: un águila herida (el escultor Contreras), un loro en una bandeja (Tablada), un fauno con un talego en un roble (Leandro Izaguirre), una serpiente provista de azuladas alas de libélula (Urueta); Couto, envuelto en transparente ropaje; un avestruz que tañe una flauta (Balbino Dávalos); un casuario distraído (Rebolledo). Ruelas —macabra nota— aparece ahorcado.

Nuestro gran clásico Othón publicó en la *Revista: Surgite, Las Montañas Epicas, El Himno de los Bosques, Paganas, La Noche Rústica de Walpurgis, Poema de Vida,* etc. También don Rafael Delgado colaboraba, sobre todo en los primeros números, con sus placenteras lucubraciones, así como Su Ilustrísima el Obispo Pagaza.

Rubén M. Campos, espíritu epicúreo, musicógrafo, folklorista, poeta a sus ratos, escribió *Claudio Oronoz,* novela elogiada por dos exigentes críticos. Tablada y Henríquez Ureña. Pudiéramos llamarla novela modernista. Los modelos supremos del género eran entonces *A Rebours* de Huysmans y *Le Carillonneur* de Rodenbach.

De Campos escribió Manuel Ugarte:

"Su alma está en concordancia con su corbata Lavallière, con sus crenchas largas y con su sombrero de artista. Y en el fondo de sus palabras, cuando elogia o cuando critica, no asoma nunca esa 'maldad del oficio' que casi todos esgrimen, con mayor o menor fuerza, para mengua de su talento".

Campos recogió en *El Folklore Literario de México* algunas anécdotas y dichos agudos, fragmentos de la crónica regocijada del grupo, el cual describe Urueta en estos términos en un artículo acerca del escultor Contreras:

"Allí está, entre artistas alegres y alegrados, *de testas enmarañadas y sombreros exóticos, que beben cerveza, recitan versos, dislocan paradojas, cascabelean chistes, desmigajan su buen humor sobre el mármol tapizado de tabaco y de ceniza".* (Años de 1898 y 99, pág. 118).

Y Urbina, en los sonetos póstumos que con el título de *Retratos Líricos,* publicó con primor Joaquín Díez Canedo, evocará una vez más, la última, a sus caros amigos de antaño:

Melenas floridas, románticas barbas,
chambergos arcaicos... ¡Locura y pasión!

Efrén Rebolledo es nuestro máximo poeta amatorio, con Manuel M. Flores. Paciente cincelador de sonetos admirables, pudo haber dicho con el Arcipreste de Hita:

Ca en mujer lozana, fermosa e cortés
Todo bien del mundo e todo placer es.

Y con François Villon:

Corps feminin, qui tant es tendre,
Poly, souef, si precieux.

Tal es en efecto la preocupación dominante en la obra de nuestro gran lírico.

"*Rebolledo* —escribirá Tablada— *entró a la literatura por la puerta góticoflameante que Huysmans erigió como arco monumental de triunfo y por eso su numen fraternizando con Des Esseintes en dilecciones, ama lo extraño, lo impoluto, lo virginal, así lo encuentre en el nectario de una flor maldita o en el carapacho rutilante del quelonio gemado, bestia familiar en el 'lararium' del héroe paradójico. . .*"

Tablada llevó a la revista a Alberto Leduc, que en ella dio a la publicidad versiones y narraciones de mérito. Sobresale entre éstas *Fragatita,* cuento digno de Maupassant por su relato objetivo, sobrio y rápido y por su hondo dramatismo.

Don Balbino Dávalos, cuya memoria se venera en esta Academia, al conocimiento entonces muy difundido de las principales literaturas modernas adunaba grata familiaridad con los autores griegos y latinos. Su habilidad para trasladar a nuestra lengua lo mismo Himnos Orficos que versos de Gautier, poemas de Swinburne o de Fontoura Xavier, revela la ductilidad de su talento y la solidez de su preparación literaria, rara en cualquier época.

Francisco M. de Olaguíbel, cuyas producciones poéticas hallamos desde el segundo número, mereció una elogiosa y extensa reseña del mismo Lugones, que como crítico era muy severo.

Lustre singularísimo alcanzó la *Revista Moderna* con la colaboración más o menos directa de Darío, Lugones, Leopoldo Díaz, Valencia, Jaimes Freire, Díaz Rodríguez y algunos otros próceres de nuestras letras hispanoamericanas.

Escritores españoles de la generación del 98 colaboraron activamente en tiempos en que aún no eran tan celebrados como después lo han sido. Unamuno, Valle Inclán que envía *Comedia de Ensueño* y *Jornada Antigua;* Marquina, Manuel Machado que da a las prensas de la *Revista* varios poemas que recogerá después en *Alma;* amén de Azorín, de quien se reproduce una nota bibliográfica sobre Amado Nervo y el modernismo; y de Andrés González Blanco que redacta especialmente innumerables poemas y reseñas sobre libros mexicanos.

En una nota bibliográfica de la revista española *Helios,* año de 1903, escribe Juan Ramón Jiménez:

"...toda la obra del poeta mexicano Amado Nervo se me aparece en una gradación suave de azules, grises y blancos: países nocturnos, estrellas, jardines de niebla, bruma de sueños, troncos de abetos, nieve de montañas, canas... y besos".

Y más adelante agrega:

"Después de mucha lectura he visto que los verdaderos poetas latinos de América son Rubén Darío, Amado Nervo e Icaza".

Ramiro de Maeztu se alarma por el afrancesamiento de los hispanoamericanos y sostiene una polémica al respecto con Manuel Ugarte. El argentino le replica:

"¿Cómo reprochar a los hispanoamericanos que tengan el espíritu de su siglo? ¿No se siente también la influencia francesa en España? Eso en cuanto al francesismo. ¿Pero la literatura hispanoamericana es exclusivamente afrancesada? Yo creo que es más bien cosmopolita".

Detengámonos un instante a considerar esta cuestión en que nos parece llevar la razón Ugarte.

Las influencias artísticas y literarias son inevitables y no contingentes. No pueden escogerse libremente. Son necesarias y las imponen en cada ciclo histórico, por circunstancias varias, naciones que sobresalen en las esferas del arte como la Italia renacentista, la Francia del Gran Siglo, la Inglaterra isabelina y la España de los Felipes. Por de contado que en estos períodos de gran esplendor estas mismas naciones revelan a su vez influjos extranjeros, pues ningún gran escritor, pintor, etc., escapa a este curioso e inevitable fenómeno del influirse perpetuamente unos a otros, ley que parece ser general del arte.

La Nueva España siguió las vicisitudes de la Metrópoli en lo que atañe a la cultura y a las influencias literarias de otros países. Desde mediados del siglo XVIII el principal foco del saber europeo fue París, lo mismo para Italia, Alemania e Inglaterra que para España y sus dominios de ultramar.

Ya en los tiempos de Fernández de Lizardi —cuyas novelas reflejan abreviadamente el vivir de México en el siglo XVIII— imperan las modas francesas. Así en *El Periquillo* y en la encantadora *Quijotita* abundan las referencias a libros de aquella nación; y hasta en la primera edición de la célebre

novela picaresco-pedagógica los preciosos grabados de Mendoza que la exornan pintan las modas del Directorio.

Durante el siglo XIX persiste una fuerte corriente francesa en nuestra vida espiritual. ¿Acaso el Cura don Miguel Hidalgo padre de nuestra nacionalidad, no fue un aficionado a libros franceses al igual que la mayor y mejor parte de la intelectualidad española de su tiempo, los Moratines, los Iriartes, Jovellanos y tantos más?

Nuestro liberalismo se nutría en los enciclopedistas y en las ideas emanadas de la Revolución del 89. Los conservadores representaban más bien la tradición española y la latina, aquí siempre vivaz. El Nigromante es un caso de excepción. De él escribía don Justo Sierra:

En religión es un incrédulo; en política, un desengañado; en literatura, un conservador.

La guerra de intervención puso frente a frente —extraña paradoja— a los soldados de un monarca liberal y a los liberales mexicanos, entre los cuales no pocos eran de formación cultural galicana. Y cuando abandonaron nuestros lares las tropas de Napoleón III y se consumó en Querétaro la derrota de los imperialistas —el infortunado Emperador era un príncipe también liberal— la influencia literaria, filosófica y artística de París reanudó su dominio absoluto sobre nuestros mejores ingenios.

Las nuevas instituciones de la restaurada República, la Escuela Preparatoria verbigracia, se concibieron bajo el imperio del positivismo de Comte.

Sobre todo en la poesía lírica iba a culminar en los últimos decenios de la centuria la tenaz afición nuestra a los autores transpirenaicos. En efecto, éstos son por lo general tan consecuentes, lógicos y claros en la exposición de sus doctrinas que los nuestros siempre les han concedido sus preferencias.

Nunca fue aquí tan cabal el conocimiento de la literatura francesa como entonces. Estábamos enterados de las últimas novedades en letras de la ciudad del Sena. Y en autores nuestros que nunca salieron al extranjero —como el Duque Job— ocurren las menciones primeras en español de libros que aun en su país de origen apenas si eran del dominio de reducidos cenáculos.

La *Revista Moderna* había hecho de nuestra ciudad una de las principales metrópolis líricas del orbe hispánico. Pocos países ostentaban una representación tan alta con poetas como Díaz Mirón, Othón y Nervo. Mencionaremos también a Tablada, Rebolledo, Urbina, Dávalos y Valenzuela, y en la generación siguiente, a Rafael López, Abel Salazar, Roberto Argüelles Bringas, Alfonso Reyes y Manuel de la Parra. Argentina por esos años se ufanaba de Lugones, Leopoldo Díaz, Almafuerte y Enrique Banchs; Colombia, de José Asunción Silva, muerto poco antes, y de Guillermo Valencia; Perú,

de González Prada y del joven Chocano; Nicaragua, de su excelso Darío; y España, de Unamuno, los Machados, Marquina y Juan Ramón Jiménez.

Epoca admirable, momento sublime de nuestras letras, en que la prosa fulgura con insólito brillo en los artículos del uruguayo Rodó; grave y conceptuosa en los párrafos de don Justo Sierra; fácil y elegante bajo la pluma de Díaz Rodríguez.

La importancia y calidad extraordinaria de la *Revista* se explica por la confluencia de circunstancias excepcionales que señalamos en seguida: floración de preclaros líricos mexicanos a partir de Gutiérrez Nájera; apogeo del modernismo, movimiento que tiene en los países de habla española prosélitos entre los jóvenes y los intelectuales de mayor ilustración; poetas como Othón que publican en la revista sus mejores obras, o como Nervo, que como copropietario acaba por vincularse a ella; culto por Gutiérrez Nájera y por Díaz Mirón que colabora esporádicamente; un director rico, idóneo y generoso; un pintor de genio, cuya obra de grabador absorbe, amén de la cooperación nada desdeñable de otros como Izaguirre, Gedovius, Atl, Ramos Martínez, Zárraga, Juan Téllez. La aportación de Jorge Enciso y de Roberto Montenegro es particularmente valiosa.

Todavía en los últimos años acoge la Revista importantes contribuciones como las conferencias de Antonio Caso sobre Nietzsche y sobre Max Stirner [1], que promueven entre nosotros un florecimiento en los estudios filosóficos.

En otros países había revistas muy estimables como *El Cojo Ilustrado* de Caracas; *Helios,* de Madrid; *Pluma y Lápiz* de Santiago de Chile; El suplemento Ilustrado de *La Nación,* de Buenos Aires; *Ateneo, Novedades, El Lucero,* en Lima; *Cuba y América* en La Habana. Pocas sin embargo contaron con la extensa colaboración de la nuestra.

La favoreció hasta cierta relegación a segundo término que había bajo don Porfirio, de los temas políticos, con lo que se circunscribían a lo puramente literario y artístico las actividades de los redactores.

La *Revista* contribuye a fortificar la conciencia de lo continental latino; y recoge por toda Hispanoamérica y por España simpatías, voces fraternas, muestras de afinidades espirituales profundas, de aspiraciones e idiosincrasias comunes.

---

[1] *La Significación y la Influencia de Nietzsche en el Pensamiento Moderno.* 1907, junio, pág. 247. *Max Stirner.* 1908, abril, pág. 80.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO *

Por don ALEJANDRO QUIJANO

DON Julio Torri, cuyo discurso acabamos de oír, es un excelente señor, un maestro excelente y un hombre de letras singular. Por eso nuestra Academia lo trajo a su seno hace no pocos años, y ahora lo inviste, vivamente satisfecha, con el carácter de su socio de número.

Excelente señor, he dicho; y en verdad que, de tirios y troyanos, de todos recibe el dictado, pues lo merece en todo instante; lo mismo en su hogar, que entre sus amigos y entre sus estimadores que en copia los tiene. No me detendré demasiado en lo que a su función, como caballero y amigo, atañe, señalando sólo esta enaltecedora circunstancia como uno de los ejes de su vida. Recordad que nuestro estatuto establece el señorío, la pulcritud del académico como norma de su vida.

Maestro excelente, dije; y de esto da prueba el acervo de sus alumnos que de años atrás viene saboreando su saber y su maestría. Profesor sin descanso, transmisor de lo que sabe, que es mucho, los estudiantes, en la Preparatoria, en Filosofía y Letras, lo estiman como a uno de los grandes maestros de México, al que deben ciencia y, por añadidura, bondad extrema.

Nacido nuestro colega en Saltillo, pasó su infancia en su ciudad natal, así como en las cercanas de Parras y Torreón; estudió las primeras letras con los profesores don Delfino Ríos y don José Gálvez, y la Preparatoria en el siempre famoso Ateneo Fuente, de Saltillo. Venido a la capital, estudió en Jurisprudencia sus Leyes, y recibió el título de abogado en 1913.

Ya titular, ingresó en la Escuela Nacional Preparatoria en ese mismo año, 1913, que entonces dirigía el eximio bibliófilo don Jenaro García; habiendo sido poco después nombrado Profesor adjunto en la Escuela de Altos Estudios, sin sueldo, hasta que en 1920, en su breve Rectoría, nuestro colega, finado, don Balvino Dávalos cambió su nombramiento por el de Profesor re-

* Leída por D. Jaime Torres Bodet, por hallarse enfermo el señor Quijano.

gular. Sirve, así, don Julio Torri a la Universidad desde el año 1913, o sea durante cuarenta años a esta fecha.

Desempeñó, en la última parte del Gobierno del señor don Venustiano Carranza, el cargo de Oficial Mayor del Gobierno del Distrito; había sido antes Abogado Consultor y Jefe del Departamento de Gobernación de la propia entidad.

Fue Codirector de *Cultura,* publicación destinada a la difusión de las buenas letras, que dejó buen arraigo en México, al desaparecer.

Bajo el Ministerio de nuestro eminente don José Vasconcelos, fue Director del Departamento Editorial que, como se sabe, hizo, en grandes tiradas, edición de los Clásicos, entre ellos, por supuesto, Homero, Platón, Esquilo, Dante...

Más tarde fue corrector de estilo en la Contraloría, y luego Secretario Particular del Contralor General señor don Julio Freyssinier Morín.

En los años de 1932 a 1946 se recargó enormemente de cátedras, pues daba siete u ocho diarias: cuatro en la Preparatoria y en una Escuela Secundaria y tres en Filosofía y Letras. De esta tremenda carga quedó un tanto a salvo, aunque siempre ha sido capitalmente maestro, cuando la Rectoría de la Universidad, a cargo de nuestro distinguido colega el señor Rector Fernández Mac Gregor, lo hizo profesor titular de carrera, cargo con el que viene desde entonces trabajando en sus cátedras, que, como se sabe, son su mayor recreo.

Acompañó a don José Vasconcelos como Secretario de la Embajada especial con la que fue al Brasil en 1922.

Perteneció al Ateneo de la Juventud, entre cuyos elementos jóvenes destacaba por su equilibrio, su gran cultura y su talento. Lo recuerdo aún, pues tuve la fortuna de ser el último Secretario del Ateneo —y aun creo tener en mis papeles los archivos correspondientes—, en su postura, entonces, como hoy, correctísima.

Sin ser nunca un hombre de capilla, por los años de 1917 y 1918 frecuentaba a un grupo de hombres inteligentes y serios, entre ellos don Bartolomé Carvajal y Rosas, don Luis Ricoy, don Efrén Rebolledo, don Jorge Enciso, don Mariano Silva y Aceves, don Genaro Estrada, don Xavier Icaza y don Rafael Cabrera.

En 1933 se doctoró en letras, en nuestra Universidad, habiendo sido sus sinodales personas del mayor y más justo prestigio: nuestro gran poeta don Enrique González Martínez, el ilustre cubano don Manuel Márquez Sterling y nuestro inolvidable colega, muerto joven, don Pablo González Casanova, habiendo sido motivo de su tesis los Romances Viejos, que conocía, y conoce, admirablemente.

Con tales dotes, como maestro y como doctor en letras, ha sido, es, pro-

fesor de gran distinción. Sabe enseñar, intuir en sus alumnos amor a los temas de la cátedra, y ha tenido alumnos magníficos. Es, así, don Julio Torri caballero y maestro de la mejor categoría.

No es copiosa su lista de obras: tres libros, pero libros de enjundia: *Ensayos y Poemas, De fusilamientos, Literatura Española,* recentísimo, de sólo un año de vida.

En su breve obra muéstrase Julio Torri dueño de un estilo depurado; posee esa rara virtud que es el buen gusto; nunca cae en vulgarismos ni en complacencias para la masa de los primarios. Sus ensayos y poemas en prosa, algunos de ellos perfumados con la más fina esencia poética, como *La balada de las hojas más altas,* son lectura para pocos, refinados lectores; y la cual para recreo de mis oyentes voy a leer:

"Nos mecemos suavemente en lo alto de los tilos de la carretera blanca. Nos mecemos levemente por sobre la caravana de los que parten y los que retornan. Unos van riendo y festejando, otros caminan en silencio. Peregrinos y mercaderes, juglares y leprosos, judíos y hombres de guerra; pasan con presura y hasta nosotros llega a veces su canción.

Hablan de sus cuitas de todos los días, y sus cuitas podrían acabarse con sólo un puñado de doblones o un milagro de Nuestra Señora de Rocamador. No son bellas sus desventuras. Nada saben, los afanosos, de las matinales sinfonías en rosa y perla; del sedante añil del cielo, en el mediodía; de las tonalidades sorprendentes de las puestas del sol, cuando los lujuriosos carmesíes y los cinabrios opulentos se disuelven en cobaltos desvaídos y en el verde ultraterrestre en que se hastían los monstruos marinos de Böcklin.

En la región superior, por sobre sus trabajos y anhelos, el viento de la tarde nos mece levemente".

Sobrenada en la obra literaria de Julio Torri un a las veces leve tinte de "humour" o, en otras ocasiones, de franca ironía, como en *De funerales,* donde la pena se esconde tras de un alarde de fingida impasibilidad.

No señalo este rasgo saliente en la obra de nuestro colega, con ánimo de ningún modo torcido; yo sé que el ironista lo es, por cierto, por una especie de íntimo pudor que lo obliga a disfrazar su inconformidad o su quebranto. ¿Quién sabe si en el ironista hay más benevolencia, más simpatía humana que en el que grita su desagrado o su angustia? Por otra parte, no hay que negar la eficacia de la ironía, que suele lastimar más un dicho irónico que un agravio desnudo.

El tema elegido por nuestro colega para su discurso es sobremanera interesante: "Algunas notas sobre la *Revista Moderna";* revista prócer que fue, como su hermana la argentina, *Revista de América,* de vida efímera, órgano de una época memorable para las letras y la poesía americanas.

Vivió la *Revista Moderna,* como nos lo dice Julio Torri, con todo decoro y aun con lujo, habitualmente ilustrada con los dibujos macabros del genial y tan poco recordado Julio Ruelas, gracias a la munificencia del poeta millonario, Jesús E. Valenzuela, su mecenas.

Yo tuve ocasión de conocerlo en mi adolescencia —y esto es un paréntesis muy personal—, porque era nuestro vecino. Ya para entonces había amenguado su fortuna; pero su casa seguía estando llena de artistas y poetas: Tablada, Dávalos, Urueta, Rubén M. Campos, Olaguíbel, Othón, Rebolledo y otros de los que Torri ha citado y que figuraron con singular fuerza en la "Revista".

Cuando lo conocí era Valenzuela un hombre fornido, de buena estatura, blanco, de pelo ondulado y casi rubio, joven aún; y tenía el aire y los modales de gran señor, como que el señorío le venía de dentro.

Volvamos a nuestro asunto. Agonizantes por pobreza, por hastío, el neoclasicismo y el romanticismo; desvirtuada la vieja poesía peninsular; intolerables ya las retóricas huecas, los ritmos monótonos, las rimas martillantes, las formas anquilosadas, se imponía una renovación.

Y así, sincrónicamente, como ha ocurrido siempre en todos los grandes movimientos literarios, como que son fenómenos de orden espiritual, por quién sabe qué causas misteriosas e íntimas afinidades, y, por otra parte, por influencias directas de los poetas de Francia, de Verlaine sobre todo, comenzaron a brotar aquí y allí, como luces en campo oscuro, que formaran una constelación de grandes poetas: una constelación magnífica de poetas.

Nadie ha osado disputar a Rubén Darío el cetro de la nueva poesía llamada modernista. El glorioso nicaragüense fue, sin disputa, el mayor, el más genial, el más afortunado. Fue —dijo de él Leopoldo Lugones— "poeta absoluto, un ser constituido de alas, melodía y luz".

Rompió las viejas trabas; libremente, como agua de manantial desató su emoción y la dejó correr; fue su canto el de la alondra mañanera, libre y jubiloso; libre y embrujador como el del zenzontle, hiriendo "con su venablo lírico el silencio despótico".

Delicioso en sus poemas de juventud, sonoros de risas y de músicas ocultas entre el ramaje de versallescos jardines, es grave y doloroso, trágicamente humano, cuando no habiendo ya "princesa que cantar", le nace de una inenarrable angustia, de un loco terror de la muerte, *Lo Fatal,* ese poema supremo y único, que bastaría para su inmarchitable gloria.

Mas... y este "mas" no es adversativo para el poeta príncipe de quien acabo de hablar; es un "mas" debido —¿será ello un leve reparo de la mexicanidad, que pide la prelación siquiera en el tiempo?—, debido, digo, a nuestro grande y tan olvidado Gutiérrez Nájera, muerto antes de que apareciera *Prosas Profanas* de Darío, donde hay, por cierto, entre otras lindas

cosas, una *Página Blanca* que augura ya todo el esplendor de *Cantos de Vida y Esperanza.*

Gran prosista y gran poeta, trajo Gutiérrez Nájera a nuestro campo formas inusitadas llenas de gracia, aladas como sus *Mariposas;* acentos de desesperanza última, como en su poema *Después,* y esos versos tan originales, lindos, verdaderas joyas como *La Misa de las flores,* como su oda a la Corregidora.

Y si como poeta fue grande lo fue más acaso en su prosa, en sus crónicas finas, elegantísimas, leves como encajes, irisadas como perlas.

Pienso ahora en un poeta del sur, en Herrera y Reissig, prematuramente muerto. De cuna hidalga y rica, de vivir pobre en su pomposa *Torre de los Panoramas* —un triste desván con vista a un camposanto, si no falla mi memoria—; material penuria junto a la riqueza del numen. ¿No dijo él, en un verso bienhadado, "la tarde paga en oro divino la faena"? Ese oro imponderable, porque es de veras divino, es el tesoro de las privilegiadas criaturas que traen a la vida, para gozo superior suyo y de todos, el don mirífico de la poesía.

Tiene Herrera y Reissig versos con vida autónoma como éste: "Y ríe la mañana de mirada amatista"; como este otro: "Como una corza tímida tiembla el amor cobarde". Tiene sonetos como *La Casa en la montaña,* de una belleza luminosa y colorida, de una pulcritud y de una frescura como de niña recién lavada.

Viene ahora Lugones, "ese gigante", como solía llamarle nuestro inolvidable López Velarde. ¿Sufrió el enorme argentino la influencia del uruguayo de *Los parques abandonados?* ¡quién sabe!

La riqueza de la obra de Lugones es pasmosa; aparte su magna poesía, su quilate rey, hizo otras muchas cosas; fue maestro, historiador, helenista, autoridad en asuntos de métrica.

En su *Lunario Sentimental* hay un himno a la Luna, novísimo y desconcertante entonces y aún ahora. Tiene, al lado de versos estrafalarios, como cuando llama a la Selene triste "la ilustre anciana de las mitologías", y "ombligo del firmamento", "con la cara reída por la pata de gallo, como una cebolla Pierrot la monda", otros tan bellos como éstos:

Desde el seto de los abedules,
el ruiseñor en su estrofa,
con lírico delirio filosofa
la infinitud de los cielos azules.
Todo el billón de plata
de la luna, enriquece su serenata.

El autor de *El libro fiel,* donde luce como diamante excelso *El Canto de la angustia,* alcanza, creo yo, su más alta cima lírica en *El libro de los paisajes.* ¡Qué augusta belleza, qué religiosa emoción, qué música solemne en *La hora azul,* en *Flores y Estrellas!*

Escuchad esta sola estancia:

La tierra perfumada como un callado huerto,
Balbucía la noche quejumbres de laúd.
Nada más que azucenas en el mundo desierto,
Y nada más que estrellas temblando en la quietud.

¿Verdad que del ánima conmovida se alza una aspiración que va más allá, más allá?... ¿No es este, acaso, el triunfo, el privilegio mayor del Poeta?

¿Y qué decir del colombiano egregio José Asunción Silva? Se levanta su figura doliente, náufraga en un mar de angustia. Deshecho por la muerte de la adorada hermanita, acuciado por la exigencia de un despiadado acreedor, ¡él, tan rico del divino don! Y mientras él caía en el cruento sacrificio, su *Nocturno* inmortal se leía en toda la prensa de América y se escuchaba en todos los salones de América.

¡Esa *Sombra larga,* esa fusión de dos sombras en "una sola sombra larga", proyectada sobre las arenas de la senda; esa obsesión lacerante como el "clavo clavado en la frente"!

¡Ah, y nada he de decir ya de Jaimes Freyre, de Martí, de Julián del Casal, de tantos otros caros poetas continentales! Tampoco puedo recordar ya, con mi pobre palabra agradecida, a mis poetas de España, contemporáneos de los nuestros americanos: a Antonio Machado; al mayor entre todos Juan Ramón Jiménez, el de las *Elegías,* el de los *Poemas mágicos y dolientes, que encantaron* mis ¡ay! ya tan lejanos años mozos.

Ahora, perdonadme, señoras y señores, perdonadme, mi querido don Julio Torri, porque esto no haya sido un discurso, ni menos un discurso académico, para dar respuesta a otro discurso académico; esto ha sido apenas como un viaje sentimental a un reino mágico que llenó de gozo mi juventud y que ahora llena de melancolía mis viejos años.

Pero no quiero apenarme ni daros a vosotros una sombra de pena; levantemos, en los íntimos dominios de nuestra voluntad, la copa de vino para brindar, como el viejo Anacreonte, por la alegría, por la belleza, por las cosas gratas de la vida. O, mejor, sobre todo lo efímero y triste de la tierra, como quien lanzara un dardo a una estrella, lancemos a lo alto una entrañable y confiada efusión de divina esperanza, que tiene virtud para hacernos fuertes y buenos.

Y ahora, mi querido Julio Torri, venga usted a ocupar, con gran satisfacción de todos sus colegas, su sitio como miembro de número de la Academia.

FRANCISCO BANEGAS GALVAN, OBISPO DE QUERETARO, HISTORIADOR, PEDAGOGO, LITERATO *

Por el Dr. Luis Ma. Martínez,
Arzobispo Primado de México.

DOS íntimos sentimientos experimenta mi alma en estos momentos solemnes: una profunda gratitud por haber recibido el honroso nombramiento de académico de la Lengua y una pena muy honda por haber tardado tanto tiempo sin satisfacer el deber que en estos momentos vengo a cumplir.

Pero esta pena acrecienta mi gratitud hacia vosotros, Señores Académicos, que con bondadosa paciencia me habéis esperado todo el tiempo que mis ocupaciones múltiples y a las veces improrrogables, me impidieron presentar mi discurso de entrada.

Como acontece en los momentos solemnes de nuestra vida, en que por una ley ineludible de nuestra psicología volvemos la vista al pasado, a ese pasado tan importante en la vida humana, que alguien se atrevió a decir: *recordar es vivir;* desde que recibí el honroso nombramiento de la Academia de la Lengua, surgió en mi espíritu el pasado de mi formación literaria y en él brillaron con singular esplendor tres figuras que influyeron eficazmente: el Sr. Lic. D. Alberto Bravo, mi profesor de Lengua Española, el Sr. Canónigo D. Félix M. Martínez, que con sus singulares dotes de literato y artista me atrajo hacia sus nobles ideales, y sobre todo el Exmo. Sr. Dr. D. Francisco Banegas Galván, que durante largos años influyó en mi espíritu y a quien respeto como padre en el orden intelectual.

El corazón me pide que consagre a ese padre sapientísimo mi discurso de entrada en la Academia de la Lengua y, siguiendo sus impulsos, me propongo hablaros de ese hombre singular, del Excmo. Sr. Banegas, que tanto amó la lengua castellana y que la manejó con maestría maravillosa.

---

* Discurso de recepción como individuo de número, pronunciado el 30 de diciembre de 1953.

El Exmo. Sr. Banegas es principalmente conocido como historiador, pues publicó tres tomos de historia de México, y por su muerte quedó sin concluir obra tan importante.

Creí conveniente que el Sr. Banegas como historiador fuera juzgado por una persona competente en esa materia; y supliqué al Sr. Pbro. D. Jesús García Gutiérrez que me escribiera su juicio sobre el Sr. Banegas como historiador; y me escribió lo siguiente:

"Aunque el Sr. Banegas escribió algunos sermones y algunas cartas pastorales, la obra por la que es generalmente conocido y estimado es su *Historia de México,* que consta de tres tomos.

"No se propuso escribir sino la parte relativa a Méjico independiente; pero creyó que, para mejor entenderla, era necesario trazar el cuadro de lo que fue la Nueva España. Y lo hizo en una Introducción, en la que con sobriedad, pero sin omitir dato de importancia, traza el cuadro de lo que eran nuestros aborígenes en el siglo XV, el verdadero carácter de la conquista, el gobierno de la Nueva España, la hacienda, el comercio, la agricultura, la industria, la minería, la instrucción pública y la labor de la Iglesia.

"Escribe después la historia de la guerra de independencia, desde sus albores hasta la entrada del ejército trigarante en la ciudad de México: tal es el tomo I. El tomo II comprende la historia de Iturbide hasta su muerte; y el III, que la muerte del autor dejó sin concluir, llega hasta 1840.

"Persona tan competente y ponderada como el Exmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz y Flores, Arzobispo de Morelia y Delegado Apostólico, que conoció y trató íntimamente al Sr. Banegas, que vivió con él 5 años en el destierro, dice del Sr. Banegas, que *'versado en las ciencias eclesiásticas y profanas, se le oía con verdadero deleite cuando en las conversaciones había que tocar cualquier punto de ciencia, o literatura, o arte';* y, testigo de lo que vio, asegura que preparó los materiales de esta obra, estudiando y tomando apuntes de las 9 de la mañana a las 5 de la tarde, en la Biblioteca de Newberry, de Chicago, donde hay una sección riquísima de historia de Méjico.

"El Sr. Banegas no fue investigador de primera mano, sino un compilador de lo que otros escribieron; pero, además del buen juicio con que supo sacar provecho de la obra de otros y de la exactitud con que resume los hechos, sin ocuparse en nimiedades, sin omitir dato alguno que sea de importancia, resplandecen en su obra la veracidad, la imparcialidad serena y la rectitud inexorable con que juzga los hechos y los personajes.

"Si la historia que escribió se hubiera limitado a la narración escueta de los hechos, sería muy apreciable por las notas características señaladas; pero no se limita a eso, sino que, para no convertir su historia en obra de apologética, ni de polémica, y para no distraer la atención del lector de su narración; dejó para el final las consideraciones filosóficas que se desprenden lógicamente de los hechos.

"Por eso las últimas páginas del tomo I son dos capítulos que llamó *Consideraciones.* En ellos traza con brevedad, pero con lógica inflexible, la filosofía de la historia de ese período; y al final del tomo II, un capítulo que tituló *Iturbide.*

"En esos dos finales se pueden apreciar desde sus verdaderos puntos de vista los factores que influyeron en la marcha de la guerra de independencia, en la elevación y caída de Iturbide, y las consecuencias lógicas que trazaron el camino que ha seguido nuestra historia hasta nuestros días. Allí es donde se ve y donde se aprecia al filósofo, al sociólogo, al clarividente que fue el Sr. Banegas. Y esos capítulos son los que aquilatan su obra y le dan su verdadero valor".

El Sr. Banegas fue también pedagogo, y pedagogo insigne.

Su pedagogía no fue solamente el fruto de su experiencia, sino también producto de largos, exquisitos y profundos estudios de las mejores obras de pedagogía.

A principios de este siglo realizó una transformación maravillosa del Seminario de Morelia y, bajo su acertada dirección, se formaron muchos Obispos y Sacerdotes, y no pocos seglares que han ocupado puestos importantes en la sociedad.

Yo puedo dar testimonio de la meritísima obra pedagógica del Sr. Banegas, ya que tuve la suerte de ser durante muchos años el principal cooperador de esa obra, pues todo el tiempo que fue Rector del Seminario el Exmo. Sr. Banegas, fui yo el Vicerrector.

Pero quiero mostraros al Sr. Banegas ante todo como literato, porque ese carácter está en perfecta armonía con las tendencias de nuestra Academia.

Para formar en vosotros la convicción de que el Sr. Banegas fue un insigne literato, pienso que bastaría una anécdota que me refirió con sus propios labios, en virtud de la confianza con que se dignó tratarme.

Recordáis sin duda que una de las glorias de la literatura mexicana fue el Exmo. Sr. Obispo de Veracruz Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, y habréis leído las obras exquisitas de Clearco Meonio.

Cuando Mons. Pagaza sintió las naturales consecuencias de su edad avanzada, la Santa Sede, para facilitarle el régimen de su importante Diócesis, nombró al Sr. Banegas, entonces Canónigo del Cabildo de Morelia, como Administrador Apostólico de la Diócesis de Veracruz.

Pronto se entendieron ambos personajes como literatos; y Mons. Paga-

za, como una muestra de simpatía y confianza, regaló al Sr. Banegas un ejemplar de sus obras literarias.

Cuando el Sr. Banegas hubo leído una traducción de Virgilio hecha por Mons. Pagaza, emitió el siguiente comentario en una conversación con el traductor insigne: *"A mi juicio, el traductor está a la altura del poeta latino y en tales y cuales pasajes, la traducción supera al original"*.

Al escuchar este juicio, Mons. Pagaza se levantó sin decir nada, fue a su archivo y al volver presentó al Sr. Banegas una carta de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en la que estaba escrito exactamente lo mismo que le había dicho el Sr. Banegas.

¿No será esto suficiente para reconocer la altísima cultura literaria del Sr. Banegas?

Mas siento el deseo y la necesidad de presentaros siquiera una muestra de la obra literaria de Mons. Banegas.

Desgraciadamente sus escritos literarios pertenecen a una época relativamente lejana y no se publicaron sino en Revistas. Para descubrirlas se hubiera necesitado mucho tiempo y recorrer archivos y bibliotecas para encontrarlas.

En el seno de la confianza os digo que éste fue el principal motivo de retardar este discurso; y convencido de que me sería imposible encontrar los escritos que anhelaba, me resolví a presentaros como muestra de su cultura literaria, párrafos de sermones en los que revela su exquisita dicción y sus tendencias artísticas.

Para presentaros las muestras a las que acabo de aludir, elegí un sermón que tiene para nosotros un interés singular, a propósito de la Sma. Virgen de Guadalupe.

Dicho sermón fue predicado en la catedral de Morelia, el 12 de diciembre de 1906.

El tema del sermón así lo expone el Sr. Banegas: *"Os presentaré, pues, a María Santísima de Guadalupe como fundamento de nuestra nacionalidad, porque es lo único que ata nuestros corazones en una sola idea y en un solo amor también exclusivamente nuestro, haciéndonos así pueblo de un solo corazón y de un solo labio"*.

Así comienza Mons. Banegas el desarrollo de su tema: *"Un pueblo es 'UNO', no porque tenga un solo territorio, una sola lengua y un solo gobierno; aunque territorio, lengua y gobierno sean notas de unidad.*

Territorio idéntico, lengua igual y el mismo soberano, tenía la Flandes antigua y nunca fue 'UN' solo pueblo. En cambio, desde muchos siglos an-

tes de nuestra era, ha existido un pueblo que siempre ha sido uno, resistiendo su magnífica unidad a la potencia destructora de los siglos y del espacio. Puesto entre otros pueblos, jamás se mezcló ni confundió, aunque a su alrededor se hubieran mezclado razas y naciones. Llevado mil veces al destierro, volvió siempre el mismo, y diseminado al fin sobre la tierra, conserva todavía los rasgos característicos de su ser. ¿Qué es, pues, lo que constituye la unidad nacional?

Hay algo más profundo que la raza: cuando en un pueblo todos piensan lo mismo, y juntos o separados, en la gloria y en la adversidad, todos, como los israelitas, vuelven su corazón y su pensamiento a una sola idea y a un solo amor, entonces ese pueblo tiene unidad nacional, es de un solo corazón y de una sola boca, unius labii et unius cordis".

Expone en seguida que en el hombre *"la unidad de carácter, la verdadera fecundidad no existe, sino hasta que su pensamiento y su acción han vencido al tiempo";* y después de desarrollar esta idea, añade: *"Las naciones necesitan también esa unidad que vence al tiempo, necesitan ser unas desde su origen hasta el último momento de su existencia".*

Aunque temo ser demasiado extenso, no resisto el deseo de exponeros un largo párrafo en el que el Sr. Banegas desarrolla ampliamente su pensamiento: *"En un pueblo sin pasado, pasarían las generaciones como las olas del mar, que va cada una a morir a la playa, sin que haya tenido enlace con la que le precedió, ni relación con la que habrá de seguir. Las tribus salvajes de América del Norte, cuando eran expulsadas de un territorio, llevaban consigo sus muertos, para poder tener la seguridad de transmitirlos a sus hijos. ¡Feliz la generación que puede transmitir a la que le seguirá, las tradiciones y las virtudes de sus padres, juntamente con sus venerables cenizas! ¡Esa generación no morirá del todo: sino que así como se sobrevive en la vida del cuerpo, que ha comunicado a sus descendientes, habrá de sobrevivirse en la del espíritu, que también les ha transmitido! De aquí nace esa solidaridad a través del tiempo, que hace que una nación sea una desde su primer origen hasta su último momento, porque a través de los siglos y de las edades, palpita siempre el alma nacional. ¡Y cuánta virilidad, y qué energía, y cuán grande patriotismo despierta en los individuos!"*

"Formémonos también nosotros un nombre glorioso, *decían los israelitas, cuando, recordando los ejemplos de sus padres, iban a entrar en tremendas lides; y cuando Matatías pudo decir a sus soldados:* Acordaos de las obras de vuestros padres, no olvidéis su testamento, *murió tranquilo, porque había podido transmitir la herencia de sus mayores, y con ella el brío de su generación, a Judas Macabeo, el héroe más glorioso quizá del pueblo de Dios".*

"Pasajero, ve a decir a Esparta que morimos por defender sus santas le-

yes, *escribieron en la roca los espartanos de las Termópilas: y se lanzaron a la muerte, seguros de que aquellas palabras producirían los héroes de Maratón. Un día, unos cuantos hombres se dejaron sepultar en las ruinas de su ciudad, antes que entregarse a su invasor. Ese ejemplo fue pasando de una en otra generación, y después de miles de años, el poder de Napoleón se quebrantó en Zaragoza, como el de Roma se había humillado en Sagunto. ¡Hermoso y grande poder de la solidaridad!"*

Presenta en seguida una objeción. Esa unidad de un pueblo ¿no es enemiga del progreso? y contesta ampliamente. Tomo de su exposición este párrafo que juzgo importante: *"¿Deberemos entonces renegar del progreso, de esa encantadora perspectiva de perfeccionamiento? No es el progreso una muerte y un nacimiento, ni siquiera la superposición de distintas formas. El progreso es desarrollo, es perfección, es vida. Así como no muere el niño para convertirse en hombre, ni perece el entendimiento cuando se perfecciona, ni la familia se acaba cuando asciende un grado en el orden social, así tampoco debe morir una sociedad, perecer un orden, para que progrese un pueblo".*

En seguida examina de manera sintética y magistral la historia de México, para descubrir si posee esa maravillosa unidad que ha descrito, y en cada uno de los períodos de nuestra historia, descubre profundas divisiones.

"En uno de los siglos más gloriosos de la historia humana, escribe, *la nación que era entonces la más poderosa de la tierra, arrojó un puñado de sus hijos a estas playas por ella descubiertas; y después de pocos años de combates cruentos y gloriosos, de terribles hecatombes y generosísimos sacrificios, en que vieron desarrollarse todos los vicios y practicarse todas las virtudes, resultó una sociedad nueva en que los vencedores dieron a los vencidos su religión, su idioma y su cultura, a cambio de soberanía, de tierras y de oro.*

He descrito, si no me engaño, la conquista de México. Para muchos de mis compatriotas y para mí es digna y gloriosa; no porque la creamos inmaculada, ni sólo porque la reputemos necesaria; sino porque atendemos al espíritu que por lo general la impulsó, a los esfuerzos que la llevaron a cabo y a los bienes que la siguieron. Pero, ¿participan de esta opinión todos los mexicanos? No tenemos una sola boca para hablar de la conquista y de España y de su gobierno entre nosotros. Tanto entre los católicos como entre los que no lo son, reinan profundas divergencias. ¡Y la conquista es, señores, nuestro origen; de allí vienen nuestra sangre, nuestra lengua, nuestras costumbres, nuestro ser!"

Habla en seguida de la independencia y muestra cómo, a menos que la Madre Patria hubiera estado de acuerdo para que México formara una nación independiente, solamente la guerra podría realizar esa transformación.

"El juez entre los pueblos es, señores, la guerra, la terrible y misteriosa guerra; esa guerra que es un mal, pero también un bien, que llena de baldón y cubre de gloria, y que no es en su fondo sino un acto de justicia, ¡no de la justicia de los hombres, sino de la justicia de Dios!

Nuestra patria, para desprenderse de la España, apeló a la guerra... Si yo la juzgase en medio de vosotros, muchos asentirían a mi juicio, muchos lo rehusarían indignados; unos alabarían más a unos hombres, otros los vituperarían.

Pero ¿en qué convenimos? ¿Quiénes intentaron con verdad la felicidad de nuestra patria? ¿Los que durante cincuenta años trabajaron por forjarle una corona, que dos veces cayó de sus sienes, o los que siempre la querían con la rama de encina en la mano y la roja insignia en la cabeza? ¿Quiénes son los acreedores a nuestra gratitud y alabanza?

Si no convenimos en nuestro origen, ni en nuestra independencia, ni en nuestra forma de gobierno, ni en nuestros héroes; carecemos de pensamiento nacional, no tenemos antepasados, estamos privados de tradición que comunicar a los que vengan después de nosotros, como ninguna recibimos de nuestros mayores, a no ser la eterna, la desoladora división. Y sin solidaridad en el tiempo y en el espacio ¿qué seremos?"

Cuando el orador parece haber demostrado de manera indiscutible que nuestra Patria carece de esa preciosa unidad que forma la grandeza de los pueblos, del fondo de su alma brota, como una explosión de luz, como una llamarada de amor, un cántico glorioso. Escuchadlo.

"Hace apenas diez años palpitó jubilosa el alma nacional. El monte santo de nuestra patria, el bendito Tepeyac, estaba cubierto de nubes de hombres que, con la mirada fija y el corazón anhelante, esperaban el gran momento en que la áurea corona decretada por el Pontífice Supremo, se colocara en las sienes de aquella imagen excelsa, que es el arca santa de nuestras bendiciones, de nuestras glorias y de nuestras esperanzas. ¡Fue al fin coronada, y no hubo pueblo, ni lugar, ni campo en que no resonaran, con gritos de júbilo, plegarias de fervor y aclamaciones de entusiasmo! En ese día dichosísimo, todos los nacidos en México, que creemos en Dios y en su Cristo, bendecimos, amamos, esperamos: y fue nuestro grito tan inmenso, que alcanzó a despertar el alma de la raza, el corazón de los abuelos aun en aquellos mismos que de nosotros se han separado. Y fuimos en ese día, pueblo de un corazón y de una lengua.

Porque en verdad, señores, sólo la tradición guadalupana nos une, sólo María de Guadalupe es el punto a donde convergen el pensamiento y el amor de nuestros tres siglos de existencia. Brilla, en la fusión de aquellas dos ra-

zas, su dulce mirar, como el rayo santo que las ablanda en su claridad. A Ella aman y en Ella piensan el indio y el español, el criollo y el mestizo. Se juntan los dos idiomas para transcribir a la posteridad sus palabras maternales y sus eternas promesas. A Ella veneran el gobernante colonial que a sus pies recibe la insignia del poder, y el caudillo insurgente que la lleva por estandarte. Allí acude el primer jefe de la nación libre, que acaba de recibir la unción de la Iglesia y la de la gloria, y van allí los presidentes de la República, cualquiera que sea la forma que proclamen, y hasta el monarca extranjero que sufrió entre nosotros prematura muerte, dobló la rodilla ante aquel trono.

Alguna vez se han levantado pretendiendo destruir esa preciosa herencia; pero se han perdido en la inmensidad del desprecio, como se pierde la voz del peregrino en el desierto, sin levantar eco alguno; mientras la Guadalupana ha seguido su tranquila marcha, uniendo a las generaciones que se van con las que vienen.

Su solo nombre, el atractivo solo de sus perfumes, arranca diariamente de sus negocios, de sus ocupaciones, de sus labores, inmensas multitudes que van a besar la huella que dejaron sus pies en la dichosa montaña donde en realidad posaron".

He terminado. Temo que la impericia de mi oratoria haya impedido que en vuestras almas nobilísimas, señores Académicos, hayan surgido la admiración y la simpatía por la figura grandiosa del Exmo. Sr. Obispo Dr. D. Francisco Banegas Galván.

A mi juicio fue un hombre superior: historiador peritísimo, pedagogo insigne, genuino literato que amaba profundamente la lengua española, que velaba por su pureza y que impregnaba sus escritos, no solamente del esplendor de su inteligencia cultísima, sino también de la vitalidad de su corazón de artista que amaba la belleza y se complacía en expresarla.

¡Lástima que no haya logrado presentarlo como anhelaba!

Pero a pesar de mis deficiencias, este discurso llena de honda satisfacción mi alma, no solamente porque cumplí un deber gratísimo con la Academia de la Lengua, sino también porque, como buen hijo, me complazco en rendir un homenaje deficiente, pero sincero y cariñoso, a quien fue mi padre en el orden intelectual.

LA PERSONALIDAD DE MONSEÑOR MARTINEZ A TRAVES DE SU OBRA *

Por don ALEJANDRO QUIJANO

EL señor Dr. don Luis María Martínez, Exmo. y Revmo. Arzobispo Primado de México, nos ha leído su notable discurso de ingreso en nuestra corporación, que lo acoge con todo placer y le da sitio, con mis leves palabras de recibo, en los sillones de los individuos de número.

Don Luis María Martínez es no sólo un prelado ejemplar, sino un maestro y un escritor de valía; y por todos estos timbres la Academia lo llamó a su seno, y lo recibe hoy, oficialmente, para que sea honra del cuerpo.

Siempre tuvo la Academia, entre sus miembros, sacerdotes insignes. Baste hacer memoria del Obispo don Ignacio Montes de Oca y Obregón, del Obispo don Joaquín Arcadio Pagaza, del Presbítero don José Sebastián Segura, del Obispo don Juan Bautista Ormaechea y Ernáiz, y de otros ilustres; y en estos mismos tiempos, nuestra corporación contaba con tres insignes varones de tonsura: don Mariano Cuevas, don Federico Escobedo y don Gabriel Méndez Plancarte, muertos los tres en 1949, cuando aún parecía que habrían de vivir largos años; por su aparente salud, aquéllos, y por su juventud, el último. ¿Recordáis un bello artículo de don Alfonso Junco, *Las tres sotanas de la Academia,* en que lamentaba estos tránsitos?

Miembros distinguidos de la corporación pensaron en traer, y lográronlo, a nuevas y nobles personalidades de la Iglesia: el Sr. Arzobispo Martínez, el Padre don Alfonso Méndez Plancarte, hermano de don Gabriel y, como él, noble poeta y crítico de primera línea, y el señor Canónigo don Angel María Garibay, varón eruditísimo.

La Academia sigue, con ello, una amable y generosa tradición. Al lado de altos espíritus liberales: don Sebastián Lerdo de Tejada, don Justo Sierra, don Ignacio Mariscal, tuvo a nobles individuos del sector eclesiástico y a otros del partido conservador. Por tal manera se logró siempre una vinculación,

* Contestación al anterior discurso.

tal vez única en nuestro país, en la que tratáronse amistosa y cordialmente, hombres de distinto pensar y diverso sentir.

El señor Arzobispo Martínez, la más alta jerarquía eclesiástica en la República, nació en junio de 1881, en Molino de Caballeros, de Tlalpujahua, del Estado de Michoacán. Muerto el señor su padre, don Rosendo Martínez, cuando tenía él apenas once días de nacido, su madre, doña Ramona Rodríguez —matrona ejemplarísima, dice un biógrafo del señor colega nuestro—, cultivó su espíritu, apoyada por un generoso tío materno del señor Arzobispo, don Sabino Rodríguez. Nuestro don Luis estudió sus primeras letras en Morelia, y de allí, nueve años después de iniciada su instrucción, pasó al Seminario, en donde, el 23 de marzo de 1901, recibió la tonsura clerical. Era, en 1902, Subdiácono. Fue luego Prefecto del Instituto del Sagrado Corazón, y poco después Vicerrector del Seminario. En 1904 recibió la orden sacerdotal.

Nombrado Rector del Seminario el señor Canónigo Lic. Francisco Banegas, y para hacer en él obras serias de reorganización tanto en el personal docente como en lo disciplinario, hizo que fuese a su lado, como Vicerrector, el señor Martínez. Colaborador, así, inteligente y culto del rector ilustre, el señor Arzobispo fue educador, amigo y padre verdadero de muchas generaciones de sacerdotes; no habiendo dejado de ser Vicerrector sino en octubre de 1919, cuando fue nombrado Rector del propio Seminario y Canónigo de la Catedral de Morelia, hasta que la Santa Sede lo trasladó a la Metropolitana de México.

De noviembre de 1922 a septiembre de 1923 gobernó la Diócesis de Chilapa, con el carácter de Administrador Apostólico; en junio de 1923 fue preconizado Obispo Titular de Anemurio y Auxiliar del Exmo. señor Dr. don Leopoldo Ruiz y Flores, Arzobispo de Morelia; el 30 de septiembre del mismo año recibió la consagración episcopal, de manos del señor Ruiz, en la Catedral Moreliana; y en noviembre de 1925 fue nombrado Vicario General del Arzobispado, cargo que desempeñó hasta el día de su traslado a México.

En noviembre de 1934 fue movido de la Sede Titular Episcopal de Anemurio a la Titular Arzobispal de Mistia, y nombrado Coadjutor; en febrero de 1937 fue preconizado Arzobispo de México, de cuya sede tomó posesión en abril del mismo año, y en febrero de 1938 se le impuso, en la I. y N. Basílica de Guadalupe, el sagrado palio.

El Papa Pío XI lo nombró en agosto de 1937, Encargado de los Negocios de la Delegación Apostólica en la República Mexicana, cargo que desempeñó hasta la llegada a esta capital del señor Delegado titular. Y más tarde fue, en reconocimiento a su inteligente, pura y fecunda labor, designado Arzobispo Primado de México, esto es, la más alta jerarquía en la República.

Es esta la vida impoluta de nuestro Exmo. Arzobispo Martínez. En

cuanto a sus obras literarias, recordaremos sólo las principales: *El Espíritu Santo, La intimidad con Jesús, Santa María de Guadalupe, A Propósito de un Viaje, La Pureza en el Ciclo Litúrgico, El Sacerdote, Misterio de Amor, Almas Próceres, Simientes Divinas,* publicada, en una segunda edición, aumentada notablemente en el texto, con el nombre de *Vida Espiritual.*

De esta su obra literaria y de su vasta actividad de orador y de maestro, ha derivado principalmente el llamado que la Academia hizo al señor Martínez para que viniese a ocupar uno de sus sitiales, aunque sin poner en olvido —y esto en el caso es obvio— su elevación moral indiscutible.

Su discurso en honor del insigne señor Obispo Banegas, hombre lleno de inteligente doctrina y magnífico mentor, es una pieza elocuente y estricta, hecha para darnos a conocer la excelencia de la vida y de la obra de su maestro. El claro espíritu del señor Martínez ha querido honrar así a su excelente guía, y traerlo a nuestra memoria, como un don de gratitud, prenda que sólo los espíritus más altos y más limpios saben atesorar, y regalar luego, como es el caso, a sus lectores y amigos.

La calidad literaria del señor Martínez brilla en su obra, copiosa y bella, toda ella siempre en forma ceñida al meollo, severa en cuestiones teológicas o de doctrina, profunda en los hermosos cuadros que son una gran parte de sus libros, verdaderas y elegantes parábolas, y también provistas en ciertos momentos de gracia, cuando se trata de libros como los de viajes, en los que luce una serie de pinturas de cuanto vio por tierras de Europa y otros continentes. Así, el señor Arzobispo no es un escritor de tono sólo grave, hondo de pensamiento y puro de estilo, metido siempre en la severidad de su ministerio, sino un escritor que se adecua a su tesis, ora trascendente y severa, ora leve, luminosa, interesante siempre para el lector que busca en ella doctrina, comentario, belleza o gracia. No, por cierto, la gracia equívoca de ciertas danzas, de ciertas mujeres, de ciertos espectáculos, de algunas mal llamadas obras de arte; sino la gracia pura de una sonrisa de niño, de un vuelo de pájaro, de una nube cambiante llevada por la racha; esa suave gracia que sólo sabe percibir el ser de elección.

Belleza y armonía constantes, vedlas en ciertas notas de su proemio a la *Vida Espiritual,* que es, en sus copiosas páginas, una obra de ejemplos, de parábolas, podría decirse, todas de forma impecable, y de un ánimo a la vez seductor y mentor.

"*Yo he visto* —dice el señor Arzobispo— *la escena... En el regocijo de la alborada, cuando el cielo se llena de colores y la tierra de armonías, sale el sembrador a esparcir su semilla. Sobre el surco recién abierto, sobre el surco húmedo y cálido, camina lentamente, rítmicamente, con ritmo tan preciso que parece un autómata. Se diría que sus ojos miran, más que la lejanía*

del horizonte, la lejanía del porvenir; que en sus labios se dibuja la sonrisa de la esperanza, que al compás melancólico del cántico vago de la naturaleza que despierta, sueña su espíritu en lo futuro, en la mies riquísima que producirá la tierra fecunda".

y poco más adelante, y asiéndose a Jesús:

"Sobre el surco ingrato del linaje humano, donde no germinaban sino espinas y abrojos, vino a sembrar sus palabras de vida eterna, su semilla, la única fecunda, la única que no muere, porque la semilla es la palabra de Dios, semen est verbum Dei.

A decir verdad, la semilla de los campos y la semilla de las almas, el trigo del labriego y la palabra de Sócrates, son siempre verbum Dei, un reflejo, una imagen, una resonancia del Verbo de Dios. ¿Pueden venir de otra parte la fecundidad y la vida?

No hay más que una semilla: la palabra de Dios. Todo lo demás es figura o es trasunto; la frase bíblica en el pleno sentido sólo es aplicable a Jesús: Exiit qui seminat seminare semen suum.

Treinta y tres años sembró sobre la tierra el Divino Sembrador. Sembró silenciosamente en Nazareth; dulcemente en la montaña; prodigiosamente en el Tiberíades; gloriosamente en el Tabor; inefablemente en el Cenáculo; dolorosamente en Getsemaní y en el Calvario. Su semilla es única y múltiple, como dicen los Libros Santos: única porque es el Verbo de Dios, múltiple porque en ese Verbo está todo: —'omnia in illo constant'— luz, amor, consuelo, esperanza, felicidad..."

Luego, en su mencionado *A propósito de un viaje,* vense descripciones llenas de luz y dibujadas con una pluma inteligente y cultísima.

Oíd lo que dice de su visita a Su Santidad, en líneas llenas de emoción suma, que me han hecho recordar mi propia impresión, que apunté por ahí, en verbo minúsculo, cuando tuve el privilegio de visitar al Padre Santo, hace cosa de tres años.

"La simple presencia del Pontífice produce una impresión sobrehumana; no es la grandeza de su cargo ni la pompa de su dignidad. En él hay algo divino: es Pedro, es Jesús.

Dos maneras encontró Jesús de quedarse con nosotros: la Eucaristía y el Pontificado. Ante los dos misterios se siente la emoción divina de acercarnos a El.

Lo único que conmueve el alma hasta su fondo es lo divino; se diría que el alma es precisamente una inmensa capacidad de lo divino.

En el orden natural raras veces se desgarra el velo que oculta en las criaturas el vestigio de Dios, y entonces aparece lo sublime. Aun en el orden sobrenatural no es frecuente que el alma perciba sensiblemente lo divino que es su vida; también en este orden la epifanía de lo divino es un relámpago de gloria.

En el Romano Pontífice Jesús se transparenta; en él está con su palabra inefable, con su prudencia celestial, con su amor inmenso..."

Y después de enumerar sólo las grandes obras de su Papado, expone que no desea estudiarlo bajo este aspecto, sino sólo expresar, con veneración y amor, la impresión que le produjo su contacto personal con el Pontífice. Y añade:

"Con vivísimo interés estudié el exterior de S. S.: su rostro de rasgos nobles expresa inteligencia y firmeza, y esa irradiación inmaterial e indefinible que revela un alma que vive en las alturas sobrenaturales.

Sus movimientos majestuosos, pero llenos de naturalidad, me hicieron pensar en los de Jesús, sencillos y divinos. Toda su persona está rodeada de un ambiente de dulce majestad que no es únicamente la propia de su dignidad altísima, sino que dimana también, a mi juicio, de su carácter personal.

¡Qué bien sienta la tiara sobre su frente noble y amplia! ¡Qué adecuada es su persona para la exaltación de la silla gestatoria, para la pompa del trono, para la magnificencia de las ceremonias litúrgicas!...

Y comentando cómo el Padre de la Cristiandad toma en serio cuanto se le dice, aun cosas que parecen minucias, agrega:

"Se diría que un hombre que vive tan alto no daría importancia sino a las cosas notables, y así sucede en efecto cuando la altura en que viven los hombres es más exterior que espiritual. En esas cumbres se juzga superficialmente de las cosas; no así en las verdaderas alturas, porque desde ellas se mira el fondo y no las apariencias. Tan en serio mira Dios las cosas humanas, que Jesús nos dijo que 'un solo cabello de nuestra cabeza no caerá sin la voluntad del Padre Celestial'. Es que Dios está en la cumbre suprema, es que todo lo mira con luz infinita y todo lo aprecia con el eterno amor".

En otro capítulo, hablando de su visita a Palestina, escribe:

"La visita a Palestina produce un sentimiento de plenitud, como si el alma satisfecha no pudiera ya desear nada sobre la tierra; pero esa plenitud es como la del cielo que, satisfaciendo siempre, excita sin cesar el deseo de

ahondarla; es como Dios, siempre antigua y siempre nueva porque a la seguridad de la posesión aduna la frescura de una inagotable novedad.

Palestina está henchida de recuerdos, pero todos, aun los grandes recuerdos del Antiguo Testamento, palidecen y se ocultan en la lejanía para que resalte la figura divina de Jesús.

Fue una delicadeza suya llevarme a su patria terrena para que yo conociera el escenario de sus divinos misterios, para que buscara sus huellas entre el polvo de las ruinas, para que descubriera el acento de su voz en medio de los rumores misteriosos del Oriente, para que las brisas del Tiberíades me trajeran su perfume inmortal, para que en la luz de su espléndido cielo llegara hasta mi alma la luz de sus miradas de amor".

Y todavía más adelante, al hablar de Belén, que pudo visitar precisamente en el día de Navidad, dice:

"¡Al fin Belén! Se ven sus luces, se adivinan sus casas recostadas en la colina, y el alma se embriaga de santa alegría. Era la medianoche de Navidad; las campanas anunciaban el divino misterio..."

Y ya en plena luz, nos dice que el día era espléndido, con un cielo azul y un sol radioso:

"Desde una altura vi el campo de los pastores y reconstruí la escena del anuncio angélico.

Muchas cosas hay que ver en los alrededores, pero una sola cautiva mi alma: la gruta del divino nacimiento, en la que los sentidos no advierten sino disonancias, pero donde el corazón siente celestial armonía.

Cuando entré en ella para pasar la tarde, como el alma me lo pedía, aquello era Babilonia, pues luchaban a gritos los griegos y los armenios, y fue necesario que la policía inglesa impusiera el orden, a gritos también, como se hace todo en el Oriente.

Terminada la lucha comenzó en el altar del Nacimiento la función de los armenios con cantos rarísimos, pomposas ceremonias, constantes incensaciones y de tiempo en tiempo sonar de cascabeles. Comenzó también una interminable procesión de personas que pasaban por el pesebre, besaban aquel lugar santísimo y tocaban a él sus objetos piadosos. ¡Qué escenas tan conmovedoras! En todos los rostros, la alegría y la piedad; en muchos ojos, lágrimas. Me conmovió una madre que paseaba a su hijito sobre el mármol contiguo al pesebre. ¿Cómo no habría de bendecir Jesús a aquel niño que en aquel día y en aquel lugar le recordaba su aparición en el mundo?"

De su viaje por España tiene notas muy bellas, como aquella en que relata su visita a la Alhambra y al mausoleo de los Reyes Católicos. Hablando de Isabel la Grande —así tituló Madame Dieulafoy un admirable libro dedicado a la ínclita Reina—, nuestro ilustre colega alcanza alturas que lindan con la metapsíquica. Escuchad esto:

"Original o restaurado, todo es en la Alhambra morisco, hasta el ambiente; nuestros trajes modernos son una disonancia en aquellos patios fantásticos, en aquellos salones misteriosos, en los que no había de verse otra cosa que turbantes, albornoces y cimitarras.

La opulencia de la sala destinada al reposo después del baño es un curioso pormenor que caracteriza a los moros.

Carlos V estampó sus águilas victoriosas por todos los ámbitos del viejo recinto de los sultanes. La Alhambra es la cultura musulmana que sobrevive a la expulsión.

Pero sobre los moros y aun sobre el gran Emperador que hizo edificar la Catedral, monumento del Renacimiento español, dominan en Granada dos grandes nombres, dos nobles y dulcísimos recuerdos íntimamente enlazados, lo dice la vieja leyenda:

Tanto monta
Monta tanto
Isabel como Fernando...

¡Con qué respeto y gratitud me acerqué a sus mausoleos en la Catedral de Granada! Claro está que mi admiración va principalmente hacia Isabel, que con su incomparable intuición de mujer comprendió la sublime locura de Cristóbal Colón. ¡Quién sabe! Quizá no baste para explicar esa empresa colosal ni el genio de Colón ni la intuición de la Reina. Dice Santo Tomás que, aun en el orden natural, hay esas inspiraciones y mociones divinas, semejantes a las que constituyen la vida mística. Hay momentos en la vida de los genios en que ya la razón deja de ser dirigente y guía de las acciones, y se convierte en instrumento activísimo, sin duda, de la acción de Dios que interviene directamente en las cosas humanas. Así lo presintió el poeta latino o quizá dijo más de lo que acertaba a comprender:

Est Deus in nobis agitante, calescimus illo.

Seguramente esta inspiración divina de orden natural guió la inteligencia de Colón y el corazón de Isabel en una de las más grandes empresas de la Historia..."

Igualmente inspirado hallamos a don Luis María cuando habla de los magníficos acuarios que vio en Nueva York, de las colecciones de insectos, del

departamento de hongos en la misma gigante urbe: cosas que podrán parecer de orden menor a seres frívolos, mas para un espíritu superior no hay cosas pequeñas ni intrascendentes. Y el Exmo. señor Martínez sabe ver, con reverente delectación, lo mismo el hongo microscópico, la mariposa o la flor, que la inmensidad del océano; porque en toda cosa, como nuestra Juana Inés de la Cruz, ve el sacro sello: *"Me fecit Deus"*.

Nuestro flamante colega no tiene, que yo sepa, como los Abad y los Alegre, notables jesuítas del penúltimo siglo, obra poética; pero todos sus escritos en prosa, pulcra y elegante, están impregnados, aparte el uncioso aroma de su amor a Dios, de esa vibrante sensibilidad, de esa rara virtud de universal simpatía, de ese afán de elevación y de perennidad que constituyen la esencia misma de la verdadera poesía.

Finalmente, y por añadidura —una añadidura de extraordinario valor—, es el Exmo. señor Martínez hombre llano, generoso, de ancho criterio, de exquisito trato, de siempre benévolo talante, que sin reticencias ni repulgos acude dondequiera es solicitada su presencia y trata por igual a todos los miembros de su dilatada grey.

Doy fin a mi oración, esta vez grata para mí, y sin duda también para vosotros, mis colegas y demás personas que os habéis dignado escucharme, ya que no he hecho más que lo que haría alguien que oculto tras de un espejo, lo sostuviera con sus manos frente a un grupo de espectadores. En el espejo habéis visto desfilar muchas bellas cosas y la figura del conspicuo autor que es nuestro Arzobispo, que suma en su persona las tres excelencias que pedía San Bernardo: la dignidad, la ciencia y la virtud.

Sea bien venido a nuestra corporación el dignísimo señor Martínez; y siga haciendo buena y fecunda y múltiple labor; y pueda decir, en su hora final, estas palabras de San Pablo a los Corintios: *"Por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo; antes he trabajado más que todos ellos —los Apóstoles—; pero no yo, sino la gracia de Dios que fue conmigo"*.

APUNTE SOBRE UNA PERSONALIDAD *

Por don MARTÍN LUIS GUZMÁN.

CON la venia del C. Presidente de la República, que nos honra asistiendo a este acto —nadie, señor Presidente, lo apreciará más que yo—, y con un saludo para las amables personas que ocupan la sala.

A la memoria de mi padre, varón en quien la escuela del honor y del deber halló maestro y paradigma.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Mal me sabría que al principio de estas palabras, escritas para vosotros, no expresara yo, paralelamente a mi gratitud por la extraordinaria benevolencia de que me hicisteis deudor al traerme a vuestro seno, otro reconocimiento más: el de la paciencia infinita de que habéis dado prueba esperando trece largos años la declaración formal con que hoy, rendido y un poco confuso, respondo al fin a vuestro requerimiento. Pero todavía así, confieso que en estos instantes mi turbación no es poca, y que la siento crecer al darme cuenta de cómo mi actitud de recipiendario puede quizá pareceros heterodoxa en demasía, ya que el discurso a que voy a dar lectura seguramente se apartará, por el contenido, por la calidad y por la forma, de cuanto los usos académicos prescriben para ocasiones como la presente y esperan que en ellas se realice.

Fue en efecto mi propósito, acariciado de mucho tiempo atrás, abordar hoy en vuestra compañía un estudio estrictamente literario, y aun erudito,

---

* Discurso que, con motivo de su ingreso como individuo de número, leyó su autor en la Sesión Pública celebrada por la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española, la noche del 19 de febrero de 1954.

conformándome así mejor a la índole de esta corporación insigne y a sus costumbres más persistentes. Para ello había pensado leeros, en forma metódica y expositiva, mis notas y reflexiones sobre un tema que bien pudiera titularse *La nota liberal en las letras mexicanas,* asunto que me seduce desde que empecé a entrever cómo hay en nuestra literatura, junto a los grandes autores y a las principales corrientes de pensamiento y expresión que los abarcan, otras figuras, indudablemente no tan señaladas en el orden literario, aunque a veces lo sean más por la actividad total del espíritu, y otros caudales, éstos de volumen menor, aunque no ajenos del todo a nuestros escritores máximos, que también concurren a dar a la obra común de los literatos mexicanos el carácter de un hecho artístico nacional con perfiles que le son propios. Y aun pensé después, pareciéndome demasiado ambicioso el intento, y superior en mucho a mis fuerzas, reducir modestamente la cuestión a una sola de sus fases y limitarme a analizar frente a vosotros a *Los reformadores mexicanos como hombres de letras,* gracias a lo cual esperaba yo no abandonar del todo mi deseo de discurrir esta noche sobre la materia escogida.

Me impelía otra consideración más: el recuerdo de don Raimundo Sánchez, mi antecesor ilustre en la silla académica que la suerte y vuestro voto me han deparado. Gramático él en toda la acepción del término, y tan agotadoramente puesto a los estudios filológicos y a su trasmisión por medio de la enseñanza, que no le quedaba tiempo ni para escribir —lo que nos irrogó doble pérdida al acaecer su muerte—, ¿qué mejor tributo hubiera yo podido rendir a su memoria que el mantenerme hoy dentro de las reglas académicas más consagradas y rigurosas? Y no quiero decir con esto que don Raimundo Sánchez se comportara como un dómine, ni dentro ni fuera de sus dominios. No. Espíritu abierto a la inteligencia de los gérmenes renovadores que trae consigo toda lengua resuelta a no morir en vida, no ignoraba él la manera de conjugar lo establecido con lo nuevo a fin de que nuestro idioma, sin apartarse de sí mismo, se enriqueciese y transformase de acuerdo con las tendencias del día. Lo demostró así cuando, al leer su discurso de ingreso en esta corporación, nos dio a conocer, sabiamente y con gran holgura y libertad de juicio, los fundamentos de su doctrina, contraria a un "purismo intransigente y exagerado que mude en fanatismo la pureza de la palabra", porque eso causaría —nos demostró— el "estancamiento de la lengua, y la incapacitaría para llevar a cabo su natural función de reflejar las corrientes, las tendencias y el ambiente de la sociedad". Es que sin dejar de ser amable su naturaleza, y sonriente su actitud —con aquella timidez que lo corto de su estatura y lo pequeñito de su cuerpo hacían aún más bondadosa y grata—, y sin olvidarse de ser jovial en toda su persona, no obstante el traje negro de que no se desprendía nunca, don Raimundo Sánchez encarnaba como muy pocos, por su recato, por su puntillosidad, por el rigor crítico que aplicaba

a cuanto salía de su mano, la silueta de lo académico en toda su perfección. Y a ese ejemplo —digo— hubiera querido yo ajustarme en este discurso, pese a mi evidente ineptitud y a sabiendas de mi falta de preparación para igualar a quien nunca careció de acierto.

Pero todas las cosas tienen un camino natural, a menudo muy distinto del que solemos asignarles por obra de nuestra ignorancia, o por insensibilidad o capricho; y lo natural, tratándose de mi ingreso en esta ilustre academia, es que hable yo de ella y de mí, quiero decir, de la relación que haya podido advertirse mirando simultáneamente a la una y al otro, o, para mayor exactitud, mirándome a mí en el trance de conducirme dentro de ella. De otra suerte tendría yo la sensación de estar dejando en el olvido, deliberadamente y con el ánimo de no explicármelos ni explicároslos, ciertos hechos, recientes todavía, y públicos y harto conocidos algunos de ellos, en los que la Academia y yo hubimos de intervenir con motivo de asuntos para mí inolvidables por la forma en que se produjeron. Y no os oculto que postura tan cómoda no cuadra con mi manera de ser ni con la consideración profunda que guardo a cada uno de vosotros. Más aún: creo que si la adoptara yo, falsearía a mis propios ojos el sentido de esta ceremonia, cuya formalidad exterior sólo se justifica en la medida en que lo merece el valer real de nuestras personas aquilatadas por nuestros actos.

Salta a la vista, en verdad, lo raro de mi situación en la Academia durante los trece años transcurridos desde que por primera vez me cupo el honor de sentarme entre vosotros. Han sido trece años singularísimos para mí por la acogida, extraordinaria cuanto vehemente, que vuestra bondadosa atención dispensó a todo lo que mi atrevimiento o mi arrogancia creyeron oportuno venir a deciros; trece años de un diálogo sin equilibrio, en el que de una parte, la vuestra, se mostró incansable la deferencia al escuchar, y de la otra, la mía, ingrata y con duelo la insistencia en decir; trece años en los cuales, a menudo, por no decir que siempre, he sostenido puntos de vista opuestos a los de la Academia en su conjunto y a los que personalmente profesan los más de los eximios individuos que la componen.

Claro que nuestras discrepancias no han versado nunca sobre puntos lingüísticos escuetamente considerados, o acerca de cuestiones de lenguaje desnudas de las incidencias que les provoca el mundo en que se suscitan. Se han referido más bien al papel, a la ejemplaridad de la Academia como instituto sobresaliente en la vida cultural de la nación mexicana, y a cosas que miran a lo que, genéricamente, podría agruparse bajo el rubro de *Política de la Academia para la defensa del idioma de México*. Pero esto mismo es un indicio de la hondura que he de atribuir al porqué y al cómo de nuestro

diálogo, y me señala la conveniencia, y hasta la necesidad, de encontrarles una explicación. Porque la nuestra no ha sido una controversia fácil, ni una tranquila exposición de modos de ver dispares o contrapuestos, sino algo tan movido a veces, y siempre tan dramático en sus ápices, que aun entre nosotros pudo haber dado pábulo a la reflexión de que la Academia y yo —ella desde la importancia de su altura; yo desde lo insignificante de mi pequeñez—, contemplábamos fines inconciliables y nos desconocíamos recíprocamente por nuestro afán de perseguir, en conflicto, empresas que, al negarse entre sí, nos negaban.

¿Cómo, pues, no aprovechar la oportunidad de este acto, inigualable por su trascendencia en lo que a mí se refiere, para comunicaros la interpretación correcta que ha de darse a mi conducta cerca de vosotros? ¿Y cómo no intentarlo yo en términos cuya amplitud y hondura los haga dignos de que se les escuche en la reunión solemne tan generosamente preparada por vosotros para recibirme en público? Esto sin contar con que, procediendo así, pronunciarán mis labios, implícito en la idea si no expreso en la frase, el elogio que la Academia merece por haber franqueado su recinto, rompiendo quizás alguna de sus tradiciones más caras, a un hombre como yo, aparentemente tan reñido con la reflexión y la prudencia, con la moderación y el escrúpulo, con la mesura y la quietud que el mundo en su mayoría cree inseparables de las funciones académicas y de quienes las practican.

Ahora bien, como ninguna explicación mejor se me ocurre —ninguna más concisa y completa— que trazar ante vosotros un esquema de mí mismo, cordialmente os ruego que por unos minutos asistáis con simpatía a los momentos culminantes que decidieron mi vida en sus principales aspectos, inclusive los de escritor. Porque eso sí os revelará, al pintarme en función de mi propia historia, cuáles son el móvil y el sentido de mis actos, y cuál la condición humana que ha de atribuírseme por las raíces de mi conducta, no según el patrón que pretenda medirme a capricho, y cuáles las directrices de mi modesta personalidad conforme a lo que ella encierra de cierto, no a través del cristal con que se la mire. Sabréis, dicho de otro modo, si en verdad soy, como por allí se dice, un hombre en pleito con los valores y prestigios más respetables para toda una parte de la humanidad; un personaje extraño, extravagante, absurdo; una especie de iconoclasta desorbitado, o comunista feroz, o anticristiano inmundo, o ateo proclive, y hasta un inenarrable enemigo personal de la Virgen de Guadalupe; que todas estas zarandajas, y otras no menos divertidas, me suponen los aficionados a lo arcano y tenebroso, seguros de estar tocando con el dedo el fondo de lo insondable. Aunque también puede suceder que, lejos de inmensurabilidades tamañas, y muy natural y contenidamente, resulte yo ser tan sólo un hijo de mi hora y de mi país,

o acaso, de aquello que mi país y mi hora tienen de más inquietante, por más vivo y fecundo.

Acompañadme, pues, os lo ruego, en el trecho de las breves etapas que componen mi relato, y preparaos a disculparme si os aburro.

Nació a la vida del espíritu quien hoy os habla como colega, en Tacubaya, rincón del Valle de México, hace más de sesenta años. Tacubaya era entonces una villa rústica y señorial. No conocía el drenaje en sus calles ni el alumbrado eléctrico bajo sus techos, pero, en cambio, se deleitaba mirándose a sí misma en la belleza de sus calzadas y sus fuentes y en la lozanía de sus alamedas y sus parques, pues nada suyo carecía de luz. Florida toda ella, por sobre las tapias y las verjas de sus casas, chicas o grandes, se desbordaban los floripondios y las bugambilias, y al abrirse sus portones más anchos o sus postigos más estrechos, se mostraba inmediata la visión, fresca y umbrosa, de algún jardín. El aroma de las flores era su atmósfera. La iluminaban los brillos del sol sombreados por la humedad de la lluvia, o su recuerdo, y el iris de la escarcha o del rocío. Era clara y armoniosa. Enriquecían su silencio el aleteo de las palomas en la transparencia del aire, el graznido de los patos en vuelo hacia la laguna o el canto del jilguero y la calandria y el grito del pavo real. Era elegante, era bucólica. Uno que otro carruaje de hermosos caballos, tranvías diminutos tirados por mulitas veloces, algún jinete, burros cargados de arena o carbón, rebaños de ovejas o vacas, daban tono a la soledad de sus calles, sobre cuyo empedrado corrían o jugaban a lo lejos unos cuantos niños. Era apacible. De tarde en tarde transitaban por las aceras, hechas de baldosas, hombres que no ponían prisa en el andar y mujeres generalmente atareadas y menudas, humildes las más, pero todas con cintas de colores en el pelo y la gracia del rebozo caída a la espalda.

Lo grato y amable no paraba ahí. En torno a la primitiva placidez urbana se extendía, grandioso y sin término, el espectáculo de la belleza natural. Quedaban próximas, casi al alcance de los dedos, las inmensas cortinas de los bosques aledaños, inagotables en su verde ascensión por colinas y lomeríos. Se veía de dondequiera, remota y cercana a la vez, la mole del Ajusco, oscura e incomprensible, pero presidiendo día y noche, con la hosca majestad de su cima, hasta las más recónditas pulsaciones del valle. Y más lejos todavía, pero también más alto y armónico, y reflejándose en la superficie de los lagos como para levantarse a mayor altura y adquirir otra dimensión, completaba las luminosidades de aquel pueblecito un ritmo múltiple, doble de forma y de línea: el juego de colores de los dos volcanes, de cumbres de nieve.

En medio de tanta hermosura, el niño de entonces fue adueñándose de las imágenes que lo rodeaban: aprendía a ver y a sentir, se acostumbraba a lo bello, modelada su alma por el sencillo embeleso de sus vergeles y por lo ingente de sus bosques y sus montañas. Y mientras tanto, aunque en otro orden muy distinto, e informulado para él, el espíritu se le agitaba al toque de una emoción que lo predisponía con huella gemela y no menos profunda: la que en él iba grabando la presencia de lo histórico en toda su grandeza.

Porque entraba en su ambiente cotidiano uno de los escenarios más conmovedores que la Historia conoce: la llanura y las arboledas que de pronto, convertidas en bosque, alzaban al cielo el Castillo de Chapultepec, fijo sobre la masa de verdura con la evocadora serenidad de lo que sin moverse vive y viviendo es inmutable; el edificio —ya sin propósito utilitario; misterioso en la hueca superposición de sus cinco hileras de ventanas, estático como un recuerdo escrito— del Molino del Rey; y más arriba, junto a las escarpas de la Casa Mata, medio oculto por los matorrales, el monumento minúsculo —una mujer en miniatura, llorando inclinada sobre un ánfora— conmemorativo del drama militar acaecido allí durante los días 8 a 13 de septiembre de 1847.

Paseaba y corría el niño bajo las frondas de aquellos ahuehuetes; trepaba por las laderas de aquel cerro; se asomaba curioso a la lobreguez de aquel edificio, y traveseaba entre los matorrales de aquel monumento. Todo lo cual hacía latir en él las imágenes inefables de otros cinco niños, héroes en la más pura inocencia de la patria, y daba origen a que la patria misma, de ese modo, se le fuera ya representando —él se la imaginaba como un manto protector— mientras la realidad de las sombras históricas lo impregnaba.

Otras veces, durante sus correrías y sus juegos, el sentimiento patriótico embrionario se le entretejía con la sensación de los toques marciales que bajaban al bosque desde las terrazas del Colegio Militar; y otras —eso empezó a ocurrirle después—, se le volvía elemento inmediato, íntimo de los minutos que estaba viviendo, al fundirse con una aparición periódica, y obsesiva por las emanaciones de su resplandor tangible: la aparición del héroe, vivo y al propio tiempo legendario, que habitaba en lo más alto del cerro y del castillo: el general Porfirio Díaz.

A Porfirio Díaz, fulgurante de bordados y medallas de todos los brillos, viripotente por la esbelta robustez de su estatura y lo ancho de sus hombros, el niño lo veía pisar, majestuoso, la alfombra de los escalones que, año tras año, lo llevaban hasta el sitio de honor en las conmemoraciones del 8 de septiembre. Era para él algo único, incomparable, oír así personificados los rumores de su bosque y confundidos con los acordes del himno nacional. Luego, fascinado por aquella figura dominadora, enigmática e impasible, la contemplaba largamente y en silencio, mientras en su interior seguían flo-

tando, durante toda la ceremonia, las dos palabras mágicas: Porfirio Díaz, voz como de triunfo, afirmación invencible de no sabía él cuántos combates. Y al formulársele así, unidas a los nombres que los discursos le traían al oído, su emoción de la patria se le volvía jocunda, lo embargaba una euforia que, inconscientemente, prolongaría él después musitando, al unísono de sus juegos, los nombres gloriosos de los Niños Héroes.

No siempre era allí. En ocasiones, el adalid majestuoso, de paso hacia la casa de su hija, se le apareció de pronto, visible apenas en el fondo de un coche oscuro y sin reflejos, por las calles de Tacubaya. Ahora iba solo, vestido de negro y desprovisto de bordados y preseas. Al divisar el carruaje, el niño corría tras él, hasta verlo perderse en el fondo del bosque donde ella vivía. Una vez lo vio entrar, a pocos pasos de su propia puerta, por el amplio zaguán de la casa de don Manuel Romero Rubio. El coche se quedó varias horas, traspuestos los poyos de granito, junto a los arriates cuajados de flores, y esa tarde se iluminaron más las ventanas de la casa, ventanas anchas y altas, y de grandes barrotes dorados. También lo vislumbró otra vez en las cercanías de la mansión de don Fernando de Teresa. Entró el coche por el lado del jardín, que esa mañana parecía más luminoso y alegre: detrás de los muros inmensos, el ferrocarrilito del parque rodaba sin descanso, no dejaba de silbar, iba de una a otra de sus estaciones diminutas, que eran como de juego, aunque pareciesen de veras, y lucían adornadas desde el cobertizo hasta los andenes.

Junto con la armonía de lo bello y lo inmarcesible de la Historia, en el espíritu del niño se iniciaba también lo concerniente a Dios. Su hogar estaba en la calle del Arbol Bendito, así llamada por la increíble altura —don de la gracia divina, según la voz popular— que alcanzaba aquel tronco centenario, y por la inmensidad de la sombra nacida de aquel follaje, cielo perennemente verde sobre tres o cuatro casas. Tenía un santo predilecto —batallador y flamígero—: San Miguel Arcángel, advocación de la iglesia, situada apenas a tres calles, cuyo campanario lo despertaba todas las mañanas y hasta cuyo altar, en el mes de abril, su hermana y sus amigas, inmaculadas en blanco, llegaban a ofrecer flores que no se compraban en el mercado, sino que de los rosales, de los lirios, de los jazmines, las cogían las mismas manecitas que habrían de ponerlas en la peana de la Virgen. Y luego, estaba su escuela. La enseñanza principal era la del catecismo, y la rutina predilecta, rezar el rosario cuatro veces al día, de rodillas sobre los bancos y con gran recogimiento y fervor religiosos.

Naturalmente, el niño estaba sacramentado por las aguas bautismales, y había recibido la confirmación nada menos que en la catedral metropolitana

y de manos del arzobispo de México don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Mas por órdenes paternas, terminantes y estrictas, no se le llevaba nunca a misa ni se acercó jamás a un confesor. Y no es que el padre fuera irreligioso; al revés: militar bravísimo, todo en la vida lo acometía y ejecutaba inflamado el pecho por la esperanza de la ayuda divina y con el nombre de Dios en los labios. Durante la Semana Mayor, la familia, recluida en casa, rezaba y oraba de lunes a jueves, y el viernes acudía a la iglesia.

Tal religiosidad —que era, conforme a las definiciones del padre, la religión de estar cerca de Dios y lejos de sus ministros— el niño la practicaba a medias. Se atuvo a la orden sobre no confesarse, pero halló modo de asistir a misa —ya que no de oírla, pues de ello no sabía ni entendía lo mínimo—, y consiguió otras aproximaciones al mundo eclesiástico. De madrugada, a la edad de siete años, se escurría de su camita cuando las campanas llamaban a misa de cinco; salía al jardín; saltaba por sobre la citarilla, y, una vez en la calle, subía encarrerado la pendiente hasta la iglesia de San Diego. Allí la bóveda azul, tachonada de estrellas de oro, lo hacía ponerse de rodillas y arrobarse en el misterio del espectáculo divino, incierto en la penumbra del amanecer y oloroso a incienso y a cera. Al fondo, por encima de las cabezas humilladas y entre las lucecitas del altar, cobraban para él todo el relieve de un drama tácito los movimientos, las genuflexiones, los éxtasis del sacerdote, con sus paramentos dorados y sus formas resplandecientes, con su gran libro que iba y venía y con su acólito de turíbulo y campanilla de plata. De vuelta en el jardín de su recreo, no tenía que mentir. Cuando, a las siete de la mañana, su padre lo descubría entre los macizos trasplantando matas o enderezando tallos, hablaban de la madreselva, del plúmbago, del heliotropo.

En cierta época del año eran, al anochecer, las misiones de la hacienda de la Condesa. A ellas lo llevaba su madre, con la cual se estremecía y lloraba perdido entre una muchedumbre de señoras ricas, y hombres y mujeres humildes, que gemían de hinojos sobre las piedras del atrio de la capilla y proferían alaridos de perdón. A través de sus lágrimas, el niño veía azorado cómo el padre Diego, desnudo el busto, se flagelaba las espaldas hasta teñírselas en sangre, y cómo la camisa del sacerdote, suelta hacia atrás, se iba poniendo roja, roja y negra, negra y brillante, y cómo se reflejaban allí con destellos, las llamas mortecinas de las velas diseminadas por el patio y los rayos de los reverberos de petróleo que colgaban de las paredes.

Dio entonces el niño en construirse altarcitos y en decir misa para su hermana y sus amigas, hasta que de allí a poco, el padre, intrigado y enterado, ahuyentó aquellas inmersiones en el sentimiento religioso crepuscular y les dio un sustitutivo: el de la lectura. Pero no bastaron para ello los cuentos de hadas, ni el de *El caballito de los siete colores,* ni el de *El príncipe y las tres toronjas;* por lo que hubo de recurrirse a la edición infantil de *Los mil*

y un días, a Juan de Dios Peza, a Juvenal y aun a los periódicos diarios y a los corridos populares con dibujos de Posada.

Una vez, revolviendo cajones, el niño halló un instrumento rarísimo, provisto de una aguja móvil que apuntaba siempre en dirección invariable, y dos libros: uno, *El Decamerón;* otro, *El proceso del Mesías.* De *El Decamerón,* leídas unas cuantas líneas, no volvió a hacer caso. De *El proceso del Mesías,* bello volumen de pastas a colores sobredoradas y con láminas a página entera, se apasionaría durante meses.

Aquella noche el niño sostuvo un diálogo con su padre. "¿Qué es esto?", le preguntó, mostrándole el instrumento que había descubierto arrumbado. "Una brújula". "¿Y por qué esto apunta siempre hacia allá?" "Porque allá está el Norte. Cuando crezcas y seas hombre, también tú serás así. Sabrás dónde está tu Norte y no te extraviarás".

Pocas noches después hubo otro diálogo. A tres calles de la casa del niño acababa de morir un hombre famoso llamado Guillermo Prieto, de quien todos hablaban apodándolo *el Romancero.* "¿Que quién era Guillermo Prieto?", le contestó su padre: "Un gran liberal; con su palabra salvó a Benito Juárez de la muerte que iba a darle un pelotón de soldados". "¿Y quién era Benito Juárez?" "Otro gran liberal, el mayor de todos".

Desde entonces, dos frases de aquellas explicaciones paternas se le grabaron indeleblemente, pero las dos ligadas, las dos casi unidas en una sola, sin saber él porqué: "Ser un gran liberal", "Tener un Norte como las brújulas".

Al cumplir el niño los once años, la familia se trasladó a Veracruz. Allí el espectáculo del mar —era una visión magnífica y portentosa— le dilató en el espíritu las enseñanzas recibidas frente a las montañas y los paisajes de Tacubaya y lo condujo como de la mano —porque también era aquélla una visión de anchura infinita— al sentimiento y el amor de la libertad. Solo en la playa desierta, y más si eran días de olas y vientos tempestuosos, vivió con la naturaleza el instinto de las gaviotas y con el estímulo de sus lecturas infantiles el individualismo absoluto de Robinson Crusoe y el ansia vengativa y justiciera del Conde de Montecristo. Hubo más: de ahí a pocos meses, la diaria aparición del milagro marino, al que todas las mañanas acudía insaciable desde los balcones de su casa, ahondó en él el surco ya dispuesto a recibir las simientes germinadoras de la cultura. Contemplaba a lo lejos el relieve indescifrable de las islas veracruzanas, y con sólo mirarlo asistía, transportado, a la epopeya oceánica de Cristóbal Colón y sentía despertarse en él, al conjuro de unos cuantos nombres —San Lúcar de Barrameda, Isabel la Católica, *La Santa María, La Niña, La Pinta*—, un desbordamiento in-

tenso, aunque indeciso y vago: era, incipiente, el sentido ecuménico de su patria.

En Veracruz, además, principio del México fundado por Hernán Cortés, las proezas y el dolor de la Conquista renacieron para sus ojos, fueron realidad presente entre el rugir de las olas que veía él lanzarse broncas hacia los arenales de la playa del Norte, y entre el estrépito de las que se destrozaban contra el islote de San Juan de Ulúa. Y aunque totalmente ciego aún a los imponderables efectos de la lengua que se habla desde la cuna, empezó a sentir y entender cómo España era la prolongación espiritual de su patria mestiza, igual que México, entrevisto en su viaje desde la montaña al mar como un país de llanos no siempre feraces, y de cordilleras y cerros áridos las más veces, era el ensanchamiento geográfico de su valle, rodeado de nieves y bosques y humedecido de lagos.

También en Veracruz, bastión secular de las luchas contra los piratas ingleses; escenario, heroico a porfía, de contiendas civiles y guerras contra invasores; plaza cuyo destino dramático se pintaba en las almenas de su castillo arrancado al mar, en los trozos de su muralla hecha de riscos y en sus baluartes ennegrecidos por el tiempo y las borrascas, la presencia del hálito histórico, antes percibido a la sombra de Chapultepec, se marcó en él más profunda y permanentemente. Y también allí, olvidándose a ratos de sus juegos, y ensimismado sobre las mesas de la Biblioteca Pública, *Los miserables* de Víctor Hugo, *México a través de los siglos, El contrato social* de Rousseau, los *Evangelios* sinópticos, la *Electra* de Pérez Galdós, y así otras muchas obras, previnieron y excitaron en él, adolescente, la inteligencia y las dudas del mundo en que había nacido.

Pero más que nada, o como cauce y remate de todo, en Veracruz, cuna de las Leyes de Reforma y comunidad todavía entonces embebida en el ideario de Benito Juárez, el adolescente fue adquiriendo para sus ideas la misma soltura espaciosa con que hasta allí se habían expandido sus emociones. La Escuela Cantonal Francisco Javier Clavijero, concebida dentro de la pedagogía de Enrique C. Rébsamen, se le ofreció —era laica a la mexicana; pública y gratuita a la perfección— como la antítesis de su escuela tacubayense. Dejó allí de pronunciar rezos cuyos significado o palabras no había entendido nunca por completo, y, poco a poco, bajo la acción de maestros admirables —tan admirables eran que parecían obedecer a distancia los designios del padre—, fue aprendiendo a pensar sin trabas la idea de México, la idea del mundo, la idea del cosmos; un cosmos y un mundo que en nada se parecían a los de su catecismo de los años anteriores, un México cívico y civil. Estos dos términos, "cívico", "civil", que muchas veces había escuchado en las exégesis paternas, pero que antes no había logrado entender, lo exaltaron más que si hubiesen sido invención suya. Y entonces penetró hasta el fondo de lo que su padre

había querido decirle al hablar de Guillermo Prieto como de "un gran liberal"; y sintió la grandeza de Benito Juárez; y se explicó por qué el cielo empíreo, entidad teológica o metafórica, es factor heterogéneo en las especulaciones terrenas del hombre. Pero, sobre todo, se dio cuenta, complacido, de que nada tenía que reprochar a su Mesías, ni a sus Evangelios, ni a sus transportes emocionales bajo la bóveda de San Diego o entre la penumbra del atrio de la Condesa. Porque ahora veía claro —la idea se le iluminó nítida y transparente— cómo la religión no era cosa del César, sino de Dios, y cómo un sacerdocio que se desvirtuaba haciéndose César en nombre de Dios, o aliándose con el César para fines postergadores de lo divino, profanaba a Dios y prostituía a César, y, como tal, era contrario a la verdadera religión y peligroso para la salud de la república.

Arrebatado por todo aquello; seguro de llevar, como la brújula de sus entretenimientos infantiles, un norte dentro de sí, y ansioso de seguirlo, el adolescente de catorce años se asoció con un condiscípulo, y juntos publicaron un periódico, *La Juventud,* hojita quincenal destinada —no esperaban menos los editores— a influir en las costumbres de su época.

La empresa editorial no duró arriba de cuatro a seis meses, e igual suerte habrían de correr otras semejantes. Pero gracias a esas aventuras, que no por breves o precoces eran menos definitivas dentro de su significado espiritual, el adolescente iba formándose y quedando apto para pisar con pie firme los umbrales de la juventud, esa juventud que propugnaban las incipientes columnas de su periodiquito. Sus directrices más hondas estaban hechas. Podían asaltarle aún, como infinitas veces le asaltaron y seguirían asaltándole y desasosegándolo, dudas e interrogaciones, pero serían las interrogaciones del conocimiento, las dudas de la elección, no las del impulso de la voluntad.

Así lo recibe, un año después, la Escuela Nacional Preparatoria de la ciudad de México, a la que asiste desde el primer día con entusiasmo fervoroso. Porque si de ella no habría de atraerlo ni estimularlo la doctrina filosófica positivista, injerta en toda aquella enseñanza, sí lo cautivarían pronto y persistentemente el estudio de las ciencias en la escala comtiana y la actitud varonil de la inteligencia en que aquel ciclo instructivo y formativo parecía inspirarse. Presentía en todo ello, cuando no lo advirtiera definidamente, una postura mental clara, un método intelectual diáfano, cosas ambas afines con él, que desde niño había aprendido a mirarlo todo a la luz de una atmósfera capaz de comunicar a la propia masa del Ajusco transparencias suaves y entonadas. Se sentía guiado por una inteligencia provisionalmente desen-

tendida de cuanto escapara al mero conocimiento de las verdades científicas, universales aunque transitorias en su formulación.

La Preparatoria de entonces, además, era la escuela superior del liberalismo mexicano, liberalismo allí humanístico y amante de cuanto trascendiese a cultura. Sus intérpretes de aquella hora, a ejemplo del esclarecido Justo Sierra, mantenían puro como el agua al surgir bajo la roca el credo de los grandes reformadores de México, pero a la vez lograban que la propensión hacia todo pensar noble y generoso compensara, en parte al menos, el rigor con que doctrinariamente vedaban la filosofía.

Dentro de tal ámbito transcurrieron los cinco años de sus tareas preparatorianas, a par de las cuales, y a solas muchas veces con sus reflexiones, como antes con sus ensueños frente al mar de Veracruz, el joven estudiante buscó calmar en Platón la máxima inquietud de sus ideas, mientras iba acrecentándosele por sus maestros una reverencia que habría de guardarles para siempre. No a uno, sino a todos, les debería el haberlo iniciado en el amor de las ideas claras y en el horror de las nebulosidades con que a menudo se pretende suplantar el verdadero conocimiento. Algebra y geometría era toda la Preparatoria de aquellos años, y si sus enseñanzas ambulaban por entre abstracciones, éstas no procedían, por cierto, de la sola sonoridad abstracta de las palabras o de sus denotaciones y connotaciones indefinibles.

¿Apuntaba ya en él una vocación franca y resuelta? Probablemente sí. A los trece años supuso que su destino, a semejanza del de su padre, estaba en el Colegio Militar; pero lo sacaron de su error los consejos paternos, igual que cuantas veces se acercó a pedirlos. Las verdaderas inclinaciones se delinearían después, y en forma muy distinta. Ya adolescente, se situaba dentro de un espejismo histórico: alzar un día la bandera cívica que le heredaran otros. Luego se dispuso a convertirse, independientemente de la profesión u oficio que escogiera para ganarse la vida, en un maestro, un guía, un censor. Pero todo eso no era más que presunción imaginativa y calenturienta. Lo que en verdad dio en aguijonearlo más cada día, aunque a solas y en silencio, como todo hasta allí, fue una curiosidad general, curiosidad sobre lo inmediato y lo remoto, sobre lo divino y lo humano; y, de hecho, pocas cosas lo detenían tanto como el placer de entregarse al ritmo de lo bello en la contemplación del arte y de la naturaleza, en lo que se ve y se oye y se palpa, o en lo que sólo se intuye en raptos de elevación interior. Esto último se le acentuó al fin de tal modo, que acabó por entregarse, ilusionado, a la idea de poder él asir algún día, remediando sus limitaciones, en lucha con su torpeza, vencedor de su desconfianza, los instantes de lo bello, de lo intenso, de lo emocionante y conmovedor, momentos siempre evanescentes y enga-

ñosos, y de llegar a poseer la aptitud de fijarlos en el papel por medio de las letras.

De ser, pues, otra la hora, otro el panorama social y político que la inercia de su actitud íntima le mostraba, la devoción y el ejercicio de las letras hubieran normado su vida desde entonces. ¿Pero le correspondía a él ponerse al margen del torrente que a la sazón estaba formándose en México? ¿Le cabía inhibirse, contemplativo o creador, de cuanto aquel torrente anunciaba y exigía desde 1906? A otros, evidentemente sí, pues son indiscutibles los fueros que otorga la vertiente de cada personalidad; a él no, y por idéntica causa; porque el ejercicio de esos fueros se convierte pronto en férreo carril de la conducta.

México estaba generando todo un nuevo clima de alcance social y político, y a las consecuencias de ese clima no podían escapar los predispuestos: los señalados material o espiritualmente por la acción de la historia. Porfirio Díaz, aquel semidiós del niño que se asomaba al mundo entre los vergeles de Tacubaya y la maleza del Molino del Rey, se había desfigurado. No era ya el adalid fabuloso, inasequible en sus ortos, pero nunca ausente de las emociones patrias; ya no el debelador legendario de todos los sufrimientos nacionales. Se había convertido en hombre de carne y hueso, mientras el dolor popular, de que el niño no tuvo noticia, pero que, rondándolo, había estado ahí, acallado y sujeto al orden, permanecía constante. Ni era ya tampoco el caudillo liberal continuador de la obra consumada por Juárez y Lerdo y Ocampo en Veracruz. De tanto mirarse a sí mismo, y de tanto consentir en que sólo hacia él se mirase, o de exigirlo, se le había enturbiado la idea de su origen y de su razón de ser. No percibía ya la realidad material y espiritual del país a quien gobernaba, sino lo que los años habían pintado sobre la realidad para enmascararla; ni se percataba del imposible de que la vida se anulase manteniéndose inmóvil, y de que voluntariamente dejaran de existir los resortes sociales herederos de aquellos otros que, al hacerlo a él necesario en su hora, todavía lo justificaban. La ficción y el emblema vacíos habían proliferado y florecido a su alrededor. Atentos, él y cuantos tenía cerca, al mérito de las condecoraciones con que se le premiaba su virtud, y con que se interpretaban sus virtudes, habían acabado por creer que las condecoraciones eran la realidad; realidad el aplauso con que se las colocaba y se las admiraba en el pecho; realidad lo que de México decían quienes le escamoteaban el poder para usarlo en provecho propio. Una loa había adquirido validez de juicio permanente e indestructible: la entonada por las prósperas colonias extranjeras, que, felices de explotar a sus anchas la miseria mexicana, lo cantaban a todo lo ancho de los continentes hasta erigirlo en uno de los grandes constructores mundiales del siglo XIX político, económico y social. Ni siquiera se concebía ya discutible el valor ditirámbico del apotegma, tan

falso como indolente, que lo declaraba, a perpetuidad, el augur irreemplazable de los destinos de México, el recipiente total de las inteligencias nacionales, la suma de las voluntades del país. Y él obraba como si, en efecto, fuese una entelequia objetiva, externa a él, sensible para cuantos él gobernaba, su deseo de que nada cambiase, nada se moviese, nada alentase, porque siendo buena su obra, resultaría eviterna.

Que aquello fuera cierto o no, importaba poco. Porque en la esfera política —impulsos, actos, acontecimientos— lo que cuenta como factor no es la verdad; cuentan las apariencias y representaciones, auténticas o falsas, que la verdad toma y con las cuales la verdad actúa; que, a la postre, no otra cosa influye en las voliciones de los conjuntos humanos.

Y tal fue el caso de aquel joven estudiante, ya casi un hombre, que desde sus libros de la Preparatoria, y luego desde las aulas de Jurisprudencia, volvía la mirada, cuándo con inquietud, cuándo con interés, pero nunca sin pasión, hacia el curso que tomaban las postrimerías del régimen porfirista. Dos hechos, minúsculo el uno en apariencia, pero revelador para quien había jurado culto a la libertad, así la libertad se tornase tumultuaria e indomeñable, y limitado el otro a las proporciones de un episodio guerrero, pero dramático y tremendo por sus repercusiones personales, fueron para él los últimos toques en la determinación de su conducta.

Pasó el primero en 1908. A los alumnos de su escuela, y a los de las otras escuelas superiores, se les había ocurrido, próximo el 16 de septiembre de aquel año, conmemorar con discursos callejeros y una procesión de antorchas los fastos de la Independencia. Pero, aunque libre del menor pecado, tamaña originalidad de pensamiento no la tuvieron por juiciosa los funcionarios escolares. ¿Recordar a los héroes insurgentes con algo distinto del consabido desfile militar a ojos de oficiales y jefes, o diverso del tradicional grito nocturno, inofensivo por informe, pese a sus algaradas turbulentas? El y los demás organizadores del patriótico empeño comparecieron a explicarse ante los directores de las escuelas, quienes, convencidos, contestaron: "No, no hay nada malo en esto, pero tenemos que consultar". Y, en efecto, se consultó con el Jefe del Departamento de Enseñanza Superior, el respetabilísimo Alfonso Pruneda, quien a su vez dijo: "No, no veo razón para que tan simbólico acto no se realice, pero tengo que consultar". Y se consultó entonces con otro venerado director de la educación mexicana, don Ezequiel A. Chávez, en aquel tiempo Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien también respondió: "No, no descubro motivo para oponerse, pero tengo que consultar". Y fue y consultó con el ministro, don Justo Sierra, gran amigo de los jóvenes; y también fueron a explicarse con él los organizadores, a quienes el ministro dijo: "Muchachos, les asiste la razón, pero tengo que consultar". Y ocurrió así que Justo Sierra, maestro de todas las generosidades

y libertades del espíritu, auscultador del alma libérrima de su patria, hubo de consultar con el Presidente de la República si podían o no considerarse lesivos del orden y la paz reinantes en el país los discursos y la procesión de antorchas que los estudiantes querían dedicar a los héroes de la Independencia. Pero todavía hubo más. Don Porfirio, algo receloso al notar la simpatía de su ministro hacia unos jóvenes dispuestos a meter ruido, resolvió decidir por sí solo y con pleno conocimiento de causa. "Tráigame usted a esos muchachos —contestó a don Justo—, para que hable yo con ellos". Por donde una mañana luminosa, mañana azul y de sol, don Porfirio Díaz recibió en la terraza del Castillo de Chapultepec a los organizadores de la manifestación patriótica.

A él, que nunca había visto de aquel modo al héroe de su infancia, frente a frente y estrechándole la mano, lo empavoreció al pronto contemplar a medio paso la figura que, niño, había aprendido a concebir como el *súmmum* de la grandeza encarnada en un hombre: su emoción fue sólo comparable a la que tuvieron los griegos al ver tendido en el polvo el cadáver de Héctor. Riguroso y solemne, sugeridoramente vestido de negro, delante de él se erguía don Porfirio Díaz con imponente dignidad. Pero el pavor se le desvaneció pronto, porque tanta era la compostura y tanto el esmero visibles en aquella persona, que hasta las arrugas del charol de los zapatos, altos y de una pieza, le dieron la impresión de ser artificiales.

Uno a uno, sus compañeros y él fueron exponiendo los motivos y la intención del acto cívico que proyectaban, tras de lo cual don Porfirio, que los había oído con escrutadora atención, consintió en lo que le pedían, mas no sin una advertencia. "Muy bien —les dijo—; hagan su desfile y digan sus discursos, pero tengan cuidado, mucho cuidado; porque hay en este pueblo atavismos dormidos que, si alguna vez despiertan, no surgirá ya quien sepa someterlos".

Al salir de aquella entrevista, todos iban gozosos. Pero meditando él después sobre las palabras, de entonación casi hierática, que había escuchado, pensó para sí: "Los atavismos mexicanos que por orden de Porfirio Díaz no deben salir del sueño son el ansia que la nación siente por encontrarse a sí misma".

El otro suceso le aconteció el 29 de diciembre de 1910, a los treinta y nueve días de iniciarse el movimiento armado contra la dictadura porfirista. Herido su padre, que era coronel del ejército federal, en el Cañón de Malpaso, donde peleó heroico y en condiciones innecesariamente adversas, fue llevado a Chihuahua, y allí, en el último diálogo, poco antes de morir, habló de esta suerte al hijo: "Dispuso el general que saliera yo a batir a los alzados, sin tomar en cuenta que mi batallón, deshecho en el desastre ferroviario de Sayula, casi no tenía más que reclutas. Para que me entiendas: en el tren íbamos

enseñando a la tropa el manejo del fusil. No obstante, tan fácil se creía la victoria de mis pobres soldados, que algunos señores chihuahuenses —son de los más ricos— me trajeron fotografías de los jefes rebeldes. «Así —me decían al dármelas— sabrá usted si éstos están entre los prisioneros que coja y los mandará fusilar, pues la mala yerba hay que arrancarla de cuajo» ". Y añadió en seguida: A propósito. ¿Dónde dejé esos retratos? ¡Ah, sí! en el cofre aquel. Cógelos y guárdalos tú... Y oye: no creo que sea esa la mala yerba..."

Tales fueron las últimas palabras que le oyó: palabras de absoluta sencillez y naturalidad, y claras y definitivas en su intención, como todas las que le había escuchado siempre; palabras dichas sin énfasis ni amargura, y sin que la emoción que las estaba dictando se trasluciese en una sola de sus sílabas.

Cinco meses después tomaría él parte en las turbulencias maderistas de la ciudad de México, las que el 24 y el 25 de mayo de 1911 dejaron muertos y heridos en el Zócalo y en la avenida Juárez, y de ese modo dio entrada en su vida a la política, y con ella, tinte definitivo a sus actividades de intelectual y escritor.

Lo primero, del orden práctico, no tuvo mayor importancia que hacerle abrazar una carrera diversa de la que se proponía. Lo segundo fue mucho más allá: lo forzó espiritualmente, metiéndolo por una senda de la que no podría escapar nunca. Porque de allí adelante —y eso duraría cinco, diez, quince años— sus pasos y vicisitudes de revolucionario y político lo pondrían en contacto con todo un mundo de posibilidades literarias, mundo que, al abrírsele hacia tal perspectiva como el suyo propio, lo confirmaría en su idea de que nada era superior al empeño de dar vida artística a las esencias y contemplaciones del hombre, buenas o malas; pero mundo también que, espectador él y a la vez actor, le crearía estados de conciencia destinados a reflejarse en su obra, si llegaba a intentarla. La Revolución y la política habrían de mostrársele como un escenario de figuras alternativamente hombres y agonistas, personas de la realidad de cada día, que lo abarcaba a él junto con los otros, y personajes enmarcados ya en los cuadros de la historia, que su mano debía guardarse de tocar temerariamente.

En realidad, inequívoca la Revolución como mandato para su comportamiento de aquella hora, se le mudaba en interrogación trágica tan pronto como intentaba pasar del acto a la idea. No conseguía poner de acuerdo, con las verdades que estaba viviendo, ni su conciencia patriótica sobre lo inmediato y actual ni su concepto histórico de México. Y si sufría por lo uno, lo otro lo angustiaba. Porque, en cuanto a lo actual, le servía de contrapeso la evidencia de lo que México había sido moralmente bajo las fuerzas sociales y políticas que trataba de aniquilar la Revolución: un México de

brutalidad e injusticia para los inermes y los débiles; un México en el cual no siempre perpetraba el despojo, o el atentado, o el crimen la mano que habría de aprovecharlos, lo que añadía a lo inicuo más iniquidad: la de la premeditación, la hipocresía y la ventaja. Pero semejantes valoraciones relativas no lo apaciguaban; las quería históricamente absolutas, conforme a la exigencia de su sensibilidad más íntima. El punto era este: ¿Cómo se reflejaría la imagen de la Revolución, cómo las de sus hombres, en el espejo de la historia mexicana? ¿Sería posible limpiarlos de sus impurezas —a ella y a ellos—, y aun de lo que en algunos caudillos, quizás los más salientes, se señalaba como verdaderas deformidades? ¿Se les podría abrillantar hasta hacerlos dignos de lucir, creadores de un México nuevo, con las mayúsculas de oro que en los tableros patrios recuerdan a los héroes mayores? ¿O había él de convenir, para oprobio de todos, en que era la insensatez, era el crimen, era la infamia, quien traía a México el bien, mientras la virtud se ponía a salvo de los riesgos, incapaz de alcanzar y procurarse lo que el mal estaba consiguiendo? Porque no ignoraba que lo más inteligente y culto del México de aquellos días fallaba inflexible contra toda la Revolución y todo lo revolucionario. Pancho Villa, por ejemplo —nombre el más condenado verbalmente y en idea—, no era, según los dirigentes de la sociedad mexicana de entonces, más que un bandolero, un vulgar salteador de caminos; y, sin embargo, él había visto a Pancho Villa ganar las grandes batallas que harían posible el triunfo de la Revolución. Emiliano Zapata, el otro predilecto de los juicios condenatorios inapelables, era sólo el Atila del Sur, un devastador, un degollador insaciable en sus atrocidades; y, sin embargo, a él, Zapata se le aparecía como el sostenedor, único durante años y contra la furia de todo un régimen social en armas, del principio revolucionario que luego se consideraría básico e intocable. Y la pregunta se le venía rápida al pensamiento: si esas enormes tareas, irrealizables sin el concurso de una aspiración nacional, quedaban encomendadas a los bandoleros, ¿dónde había que ponerse para estar al lado de los hombres de bien? ¿O es que hacía falta el mal para la obra, mal que, entonces, no debía ser denunciado, sino glorificado?

Hondo problema, por las dudas morales que le suscitaba, y grave por las consecuencias que había de tener en su posible obra de escritor. Porque desde esa hora su urgencia de convertir en valores literarios lo que había visto y vivido en la Revolución tropezaría con el preliminar, insoslayable, de contestar la pregunta que lo atosigaba: habiendo estado cerca de aquellos hombres, habiéndolos conocido en toda su desnudez, y a la Revolución en toda su crudeza, ¿le era lícito intentar pintarlos, en lo que de individual tenían los unos y la otra, con trazo equiparable, por su propósito estético, a la grandeza de la propia aspiración revolucionaria, que él había hecho suya? Y en

torno a la necesidad de darse una respuesta afirmativa habrían de girar sus cavilaciones de varios años.

No le fue fácil disipar sus dudas, entre otras causas porque, a su entender, el asunto no admitía un análisis superficial. El solo planteamiento de la cuestión anduvo siempre muy lejos de presentársele con la nitidez simplista que después le daría, diciendo: "Si los principales autores de la Revolución no hubieran sido tan defectuosos como fueron, la Revolución no habría llegado a ser lo que es". Porque para hablar de tal modo le faltaba el concurso de un imposible: que la materia revolucionaria, vista por él directamente y en su estado natural, no hubiese chocado con las definiciones patrias que había recibido, como en quintaesencia, a través de la alquimia de la historia. Hubo, pues, de someterse a una prolongada suspensión del juicio, para no absolver a ciegas ni caer en la retractación de su entusiasmo de otros días, o en la negación de su propia conducta, o en el desconocimiento de lo que antes reconoció.

En su primer destierro —el que duraría cinco años después del triunfo de Carranza sobre Villa— acomete un ensayo de coordinación histórica y política nacional, pensando que así ha de revelársele la virtud unificadora de lo mexicano en el curso de su evolución, y que a lo largo de esa hebra podrán engarzarse, con igual resplandor que los hechos y los hombres de 1810 a 1821 y los de 1856 a 1867, los de 1910 a 1915. Pero fracasa en el intento, en parte por incapacidad, y en parte porque lo esteriliza el ver convertirse en ideas imágenes que lo cautivan como hombres, y en diagramas y especulaciones teóricas hechos que para él viven como acontecimientos. Luego necesita asistir a la liquidación del carrancismo, que observa a distancia; y de nuevo en su patria, ha de volver activo a la política, y de ésta otra vez al exilio, para intentar el camino opuesto: hacer, con miras a lo que busca, el retrato de sus hombres y la pintura de sus escenas, urdidos los unos con las otras y tramando todo mediante un procedimiento tal que, dando unidad al conjunto, y librándolo de ser historia, o biografía, o novela, le comunique la naturaleza de los tres géneros en proporción bastante para no restar fuerza al principio creador ni verdad sustantiva a lo creado. Pero esta otra senda, aunque grata por sus posibilidades literarias, y satisfactoria por sus realizaciones, tampoco le resuelve el problema de fondo, antes se lo agrava; porque interpretada así la Revolución, no se hace justicia a sí misma, con ser histórica y artísticamente ciertos los elementos primordiales de la pintura.

Entonces, a la vista de sus dos intentos fallidos, es cuando comprende que para entender y sentir al México revolucionario con toda su trascendencia moral y bajo su verdadera luz, no necesita barajar conceptos políticos o leyes sociológicas, ni ver a los protagonistas en algunos de sus hechos aislados, así sean proezas fantásticas o intimidades candorosas que los retraten fielmente

en el momento elegido. La cabal respuesta a sus interrogaciones la encontrará siguiendo en su vida, en sus móviles y en las consecuencias de sus motivaciones y su carácter, a quienes hicieron la Revolución y la personificaron según los conoció él, pues ello equivaldrá, al menos en su concepto, a la depuración derramada por los siglos sobre las otras etapas afirmativas de la historia mexicana, igual que acontece con la historia de cualquier pueblo y a despecho de las debilidades que a todo hombre aquejan.

Y no se piense por esto que a lo largo de sus lucubraciones se le hubiera escapado la idea de que la Revolución, considerada enjutamente en su totalidad de hecho histórico y como suceso despersonalizado, no requería justificaciones éticas. Si había acontecido, era porque tenía que acontecer, y si se había mostrado bajo ciertas modalidades, era porque no le correspondían otras. Ni se le ocultaban tampoco muchas generalizaciones históricas, cada una suficiente, con su mero enunciado, a dejar a la Revolución Mexicana limpia de toda culpa con respecto a sus medios. Le bastaba para ello volver los ojos a tres o cuatro de los principales fenómenos sociales, que habían cambiado la vida de una parte de la humanidad, como la erección del imperio romano, base política de la cultura de Occidente, o la sacudida bárbara animadora de la civilización cristiana, o la constitución del imperio católico español, o la formación de la anfictionía económica que habla inglés; junto a todo lo cual, los peores extremos de la Revolución de México eran tan veniales como reducida su órbita dentro de la historia de las concentraciones y las dispersiones del hombre.

Mas no era ese el caso suyo. A él, que había andado en la Revolución, y quería convertirla, sin trabas morales, en tema de una obra literaria, no le bastaba mirar en perspectiva el hecho revolucionario y sentirse allí partícula de generosidad o de miseria, de justicia o de dolor. Buscaba el conocimiento profundo de su conducta y la tranquilidad de su conciencia como coautor de actos revolucionarios y como compañero, lejano o próximo, de los protagonistas de aquellos actos, aun cuando se tratara de los peores conforme a las valoraciones comunes y corrientes. Para él, el dato inmediato —que, partícipe en lo bueno y en lo malo de la Revolución, no podía desconocer ni disfrazar— eran los individuos, las personas entre quienes se había movido, y con quienes había actuado y vivido y convivido, así como las acciones cotidianas de esos hombres en lo que tuvieran de públicas y notorias. Y nada de lo que cerca de ellos vio lo había hecho variar de conducta hacia la Revolución ni hacia los revolucionarios, antes lo había mantenido, respecto de ella, invariable en el favor, y respecto de ellos, consecuente en la comunidad o en la intimidad, cuando no en la subordinación y la obediencia. ¿Cómo, pues, cohonestar en su pensamiento, con el hecho de sentirse enrolado para una causa orientada hacia el bien y emprendida en nombre del bien, que

no lo apartaran de ella los innumerables actos y sucesos que parecían ponerla en manos aparentemente sólo dispuestas a complacerse en el mal? En otros términos, necesitaba, para no ser una contradicción ante sí mismo, explicarse la existencia y la grandeza de los Pancho Villa y de los Emiliano Zapata —los dos revolucionarios más característicos—: pero explicárselas no como fatalidades históricas a la vez deplorables y útiles, sino como algo que lejos de resultar, en su concreción íntegra, opuesto a la idea de México, era plausiblemente concebible dentro del marco mexicano, concebible en la forma de grandes personalidades cuya aparición no requería disculpas individuales ni nacionales, ni tenía por qué suscitar rubores, antes estaba en armonía con lo máximo que México había dado de sí.

Tal explicación, por supuesto, no debía esperarla de estudios psicológicos ni de raciocinios sobre la diversidad de los tipos humanos sin cuya jefatura son imposibles las grandes conmociones transformadoras de los pueblos. Se la daría el camino directo: emprender de nuevo la senda de la Revolución, sólo que ahora imaginativa y literariamente y desde el interior del alma de los principales personajes revolucionarios, o del principal de ellos por lo más discutido, o por lo más difamado en nombre de la verdad o la mentira, o por lo más abominado con razón o sin ella, pero con tal que fuese indiscutible por la grandeza de sus hechos. ¿Y quién mejor que Pancho Villa, en el cual veía él converger todos esos caracteres y otro más: que no habiendo salido Villa vencedor en la lucha interna por el botín de la Revolución, eso lo dejaba sin amparo frente a los juicios que le armaban todos? Era, pues, la figura de Pancho Villa la que tenía que poner otra vez en acción, a Villa a quien debía recrear, elaborando con lo eventual y transitorio de su existencia efectiva valores estéticamente necesarios y permanentes, y quedarse entonces con esa verdad, que sería inconmovible en las proporciones en que lograse consumarla, porque toda verdad literaria es una verdad suprema que por sí sola existe.

De tal modo, la inteligencia del drama revolucionario —como la de todos los dramas— se reduciría para él a la razón de ser de los personajes; y si el papel de éstos aparecía grande en la Revolución, bastaría eso para que él los declarase insustituibles e indiscutibles en su grandeza, y para que los colocara en la perspectiva histórica de la patria —gracias a una especie de catarsis— sin necesidad de juicios absolutorios o apologías ensalzadoras. Porque para él, toda grande obra que se consumaba gracias a los recursos de una personalidad, elevaba los recursos de la personalidad a la categoría de la obra y redimía a la personalidad de sus aparentes imperfecciones, fuesen las que fueren; lo que lo autorizaba a creer y decir que entonces ninguna de esas imperfecciones, o flaquezas, o deformidades, era anatema para negar a nadie, ni para privar a nadie, por un supuesto decoro histórico y para tranquilidad

de los enamorados de una patria ficticia, de lo que en verdad se hubiera hecho y en verdad se hubiera sido en la patria auténtica. Antes al contrario, de allí podría partir, apoyándose, por ejemplo, en el caso de Pancho Villa, a la formulación de ciertas conclusiones de valor histórico. Aceptaría ésta desde luego: que la Revolución Mexicana no hubiera podido ser obra de hombres sólo idóneos para el mejor desenvolvimiento de un orden establecido, hombres morigerados por definición y apegados a la permanencia tranquila de las costumbres. Se propondría esta otra: que, biológicamente, parecían ser inseparables la gran vitalidad que en muchos individuos es productora de las vehementes virtudes de la acción o de la creación, y cierto desenfreno en el móvil individual regulador de la conducta, desenfreno que choca con las normas de templanza que la mayoría, sin dotes extraordinarias para nada, posee por idiosincrasia, practica por falta de nervio o finge por ausencia de valor. Se haría esta reflexión más: que la Revolución Mexicana no procedió iluminada por una preparación ideológica, sino que había surgido desde lo más hondo de los atisbos o adivinaciones de lo que se llama instinto, y que, naturalmente, a los más instintivos, a los menos transformados por la educación y la cultura, quedaba reservado hacer en ella lo que no era obra de cultura ni de civilización. Se le ocurriría también: que eso explicaba cómo los antecedentes sombríos, primitivos y montaraces de un Pancho Villa —en lucha desde siempre con la sociedad— fueron factores inherentes a la personalidad trastocadora de quienes traerían un México nuevo, por lo que resultaron indispensables los caudillos y guerreros ignaros, sin cuyo concurso no habría venido el desquiciamiento nacional preparatorio de los logros de la Revolución. Se diría asimismo: que sin esos hombres, encarnación viva —porque en su sangre la traían— de la ineficacia social que los había producido, la aspiración idealista y superior de los revolucionarios por apostolado, por concomitancia, por moralidad o por rebeldía —el de los Madero, los Carranza, los Angeles, los Alvarado, los Diéguez, los Obregón, los Sarabia, los Villarreal— no habría llegado a imponerse tomando sustancia y forma. Y llegaría a esto último: que todo ello hacía pensar como en un antecedente predestinado, según lo calificarían los adeptos a la historia providencialista, en los siglos de injusticia y maldad sociales que se habían necesitado para producir un Pancho Villa, fenómeno cuya elocuencia pasmosa advertía él con sólo considerar el caso insólito, y hasta único, de los atributos personales de Villa. Porque estimaba ya extraordinario el hecho de que habiendo crecido Villa en la miseria y la ignorancia más absolutas, y habiendo tenido que ponerse desde la adolescencia en lucha con la sociedad y convertirse en bandolero por obra de sus desgracias, hubiera sido capaz de subsistir así en espera de que algo le deparase otra suerte; y se admiraba al ver cómo Villa, al unirse al maderismo, no sólo se había librado de la existencia que traía, sino

que supo llegar a ser pronto, por la intuición y los frutos de su genio militar, el primero entre los generales revolucionarios, al punto de concitarse, no obstante su apego a los anhelos populares más generosos, la malquerencia de quienes, para acabar con él, fingían no entenderlo; y se asombraba, finalmente, de que, a la postre, Villa hubiese tenido que combatir con el ejército de Carranza por una parte y con el de los Estados Unidos por la otra, sin sentirse vencido nunca, ni desfallecer, abroquelándose incluso con sus heridas, y sin dejarse atrapar o matar por ninguno de los veinticinco mil hombres que andaban cazándolo con la consigna de capturarlo vivo o muerto.

Desventuradamente para los propósitos del escritor, lo más impetuoso de la vida, y quizá de su esfuerzo, se le había ido en aclarar estados de conciencia y en abordar por fracciones, y en forma de ensayo, una obra que sólo se habría realizado con toda plenitud emprendiéndola desde un principio con la visión y el brío que da el ánimo artístico libre de estorbos ajenos a su naturaleza. Y le había acontecido algo peor: que ese mismo imperativo que lo forzaba, no por vocación, aunque más irresistiblemente que una vocación, a engolfarse y consumirse en las fortunas y adversidades de la política, traducida con frecuencia en afanes periodísticos, vendría obligándolo a diferir, siempre de un día para otro, la ejecución de los empeños suyos: los de las letras puras y simples. De ello, tal vez, lo habría librado el descubrir a tiempo cómo la dualidad de su actitud, nacida de una aparente divergencia de solicitaciones, no era en el fondo más que una sola y misma cosa, capaz, por tanto, de expresarse en una sola y misma forma. Pero esto, tan claro para él posteriormente, no supo verlo en hora oportuna.

Señores académicos: Temo haber apurado vuestra paciencia, si bien no dudo de que me perdonaréis en gracia a la espontánea sinceridad de mis palabras. ¿Que quizás holgaba mi larga exposición? Pudiera ser. Mas no me tomaréis a mal que, dándome a conocer más allá del punto en que, para mi honra, ya me conocíais, haya querido disipar en vuestro ánimo, por si la hubiere, cualquier duda acerca de la claridad de mi intención en todo cuanto hasta aquí he hecho, o en lo futuro haga, entre vosotros. He querido mostraros que dentro de la Academia, entidad no baladí para las actividades culturales mexicanas, mi conducta ha respondido siempre a lo que pienso y siento acerca de México, y que si a veces, obrando así, os he alterado, no ha de atribuírseme a capricho o arbitrariedad ni, menos todavía, a que me anime algún demonio perturbador. Notad que así como dentro del curso central de mi vida no he podido convertirme, por inducciones incontrastables, en el

escritor sólo literato que a mí me anunciaba mi vocación, de igual modo, en mis actividades académicas, he debido ceder a veces al influjo de esas mismas causas; peripecia, esta última, que no ha de lamentarse. Yo, al menos, candorosamente, la doy por bien venida, pues no deja de halagarme una cosa: que siendo aquí el último casi en todo, y muy particularmente en los merecimientos, no esté ni con mucho a la zaga como el suscitador de las inquietudes que han traído cierta novedad a nuestra organización corporativa. Aludo a la revisión y completa transformación del estatuto que rige las relaciones entre las diversas academias del habla castellana, punto, lo recordaréis, sobre el cual insistí, y por el cual batallé hasta la borrasca, aferrado a mi convicción de que siendo México un país independiente de España, su academia no debía existir como un apéndice colonial de la Academia Española. Me refiero también a la modificación de algunos de nuestros artículos estatutarios, y particularmente a la de uno de ellos: el que en sus términos anteriores suponía cierta desviación del espíritu y la letra de las Leyes de Reforma, el venerable cuerpo jurídico incorporado a la Constitución Política de México nada menos que por uno de los académicos más insignes, "el ilustre presidente liberal mexicano don Sebastián Lerdo de Tejada", conforme dice con acierto y justicia, en su reseña histórica preliminar, nuestro *Anuario*.

En fin, heme aquí, con vosotros y ante vosotros, y tal cual me elegisteis: ni gramático o erudito laborioso y sabio, aunque los secretos de mi idioma y el conocimiento de su literatura me cautiven, ni hombre de letras como me hubiera gustado ser: entregado día y noche a la obra del arte por el arte mismo. Soy apenas un aprendiz de escritor y de novelista, en esto último atenaceado siempre por las categorías, vivas y prontas a manifestarse, que me definen como un mexicano abierto a las resonancias de todas las horas positivas de mi nacionalidad y que me gobiernan con el rigor de un credo cívico porque, para mí, es un credo en el cual se identifica mi patria, y se honra y se enaltece. Creo, con infinita reverencia y ternura hacia la rama vencida en el origen de mi estirpe, en el genio político de Hernán Cortés y en la pureza evangélica de los primeros frailes que subieron hasta la altiplanicie de la Anáhuac; creo en las virtudes ejemplares, casi telúricamente primigenias, y en el estoicismo y la sensibilidad, de la raza que halló expresión sin paralelo —suplicio y dolor que evocan para contraste el encanto de las flores— en la ordalía de Cuauhtémoc; creo en la fecundidad de la madre España, preconizadora del concepto universal del hombre, creadora de naciones allí donde la codicia del colonizador pudo no dejar ni rastro de los pueblos sometidos; creo en la grandeza de los mártires que hicieron la independencia de mi patria en acatamiento a un idealismo dispuesto al sacrificio, no por las conveniencias

de un oportunismo egoísta y turbio; creo en la obra de los reformadores mexicanos, a quienes debo el haberme vuelto tan respetuoso de la idea de Dios, que no me atrevo a pensarla en voz alta, ni menos a sacarla a la plaza pública y cometer allí la irreverencia de darle forma a imagen y semejanza de mí mismo, y creo, por último, en la ejemplar devoción de cuantos supieron ofrendar su vida por la integridad y el bien de la tierra mexicana y por mantener incólume la noción del deber, adalides inmortalizados unos por el recuerdo, héroes anónimos otros de quienes sólo queda, tenue, el polvo que pisamos.

Bien pudiera deciros, al acogerme hoy a vuestro reposo, que no vengo de las aulas ni de las bibliotecas, sino del trajín de la calle; pero acaso sea más exacto y justo que me recibáis como a viajero, ya un poco fatigado por los embates de un vivir ardiente, que ha avanzado hasta aquí después de recorrer con los latidos de su corazón los caminos históricos de México, ásperos aunque luminosos.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Por Don Carlos González Peña

EL admirable discurso que acabamos de escuchar, así muestra la alta calidad de un escritor, como pone al desnudo, en sus evoluciones consecutivas, un espíritu.

Me une a Martín Luis Guzmán, desde hace más de cuarenta años, amistad noble y fiel. Claro que, cuando le conocí, ya estaba lejos el chiquillo que en la quieta, umbría, melodiosa Tacubaya de antaño, nació a la vida interior; lejos también el adolescente que bajo el sol tórrido de Veracruz vio asomar su vocación de periodista, y, más tarde, en las aulas de la Preparatoria, tras de cimentar su cultura, la no menos decidida por las letras.

Nuestro mutuo conocimiento data de mucho después: de los años que precedieron inmediatamente a la Revolución; de los años en que empolló nuestra generación literaria en el ámbito de lo que fue el Ateneo de la Juventud.

Pero todo lo que presuponía aquel lento desenvolverse de que hace un instante nos daba cuenta, reflejábase al través de su carácter y de su íntimo modo de ser. Una inteligencia sagaz y dúctil; hidalguía y rectitud; sinceridad y consecuencia consigo mismo; amor al pueblo y preocupación constante por los problemas nacionales; en suma: comprensión sutil, firmeza en el pensar y profundo respeto hacia el pensar ajeno. Algo, en fin, muy distinto y muy distante del hombre reñido con la reflexión y la prudencia, con la moderación y el escrúpulo; del personaje extravagante, absurdo, al que él mismo, con genuino rasgo de buen humor, acaba de referirse, y conforme al cual le imaginan quienes no le conocen; sino, antes bien —y le cito al pie de la letra—, hombre que venía a ser, tan sólo, un hijo de su hora y de su país.

Caso singular. Ocurrió que, antes de trabar amistad con Martín Luis Guzmán, tuve noticia y pude valorizar a la que pudiéramos llamar figura central, capital, de la relación que nos ha hecho: al coronel Guzmán, su padre. Era el coronel D. Martín L. Guzmán —así, siguiendo al nombre la

"L" inicial solamente— un prestigiado y austero jefe de nuestro Ejército. Encontrándose al frente de su cuerpo de ejército en una plaza del Norte, tuvo que venir a México, y aquí le aconteció un hecho no frecuente: compró un billete de la lotería, y se sacó el primer premio; premio no de millones, como ahora se estila, sino de miles, simplemente de miles de pesos, aunque lo bastante para constituir apreciable fortuna. ¿Y qué pasó entonces? Cosa que, sin duda, nunca ha pasado; es a saber: que el coronel cobró el premio; que adquirió, con mínima parte del dinero obtenido, modestos regalos para su esposa e hijos; que volvió al lugar donde su regimiento estaba de guarnición, y que, en seguida, proporcionalmente, repartió íntegro el caudal ganado, entre sus tropas, de teniente coronel abajo, sin conservar ni guardarse para sí un solo centavo.

Tal hecho, al conocer yo a mi amigo, hizo que le estimase aún más, sabiendo de qué linaje procedía. Y no me engañaba la aproximación afectiva que de tales seres yo hacía. Martín Luis era un muchacho sencillo y pobre. Acababa de fundar su hogar; rudamente trabajaba para vivir; ejercía la cátedra; fiel a su casa y encerrado en ella, leía, escribía y jugaba con sus hijos, risueño y gozoso.

Ya había estallado la Revolución, y aun transcurrido su primera etapa. El coronel Guzmán fue una de las primeras víctimas. Gravemente herido en la acción de Malpaso, como ya sabéis, sucumbió a sus heridas, sacrificándose al deber, siendo consecuente con su misión de soldado. Parecería, pues, extraño, cómo el hijo de aquel jefe militar no sólo se afilió a la Revolución, sino que, al peligrar los destinos de ésta por obra de repulsiva felonía, abrazó la causa revolucionaria con firmeza y fervor. La contradicción entre los actos de padre e hijo es más aparente que real. Uno y otro pensaban lo mismo; uno y otro procedían lo mismo. En su lecho de agonizante, el padre, hablando de los rebeldes que había ido a combatir, y que no pocos capitalistas atemorizados le señalaban como bandidos, había dicho a su hijo: "No lo creo". Y tan rotundo "no lo creo", tanto como anteriores consejos y enseñanzas, a la vez que honrada convicción, determinaron y justificaron la acción revolucionaria del hijo.

Al par que una hermosa pieza literaria, el discurso que hemos oído a Martín Luis Guzmán es un documento de elevado valor psicológico. En él se plantea lo que fue en las conciencias el drama de la Revolución. Toda o casi toda la juventud intelectual de mi tiempo, antes de sobrevenir aquélla, era adversa al viejo régimen imperante. Al producirse el estallido revolucionario, unos de los jóvenes letrados, siguiendo la línea oposicionista, a la Revolución

se afiliaron; otros, los menos, la combatieron; el resto, mantúvose en expectante apartamiento.

Martín Luis Guzmán fue de los primeros. Recluído hasta allí en su pensamiento, presto emprendió la acción. Sin medir peligros, abandonando la quietud de su hogar, esquivando asechanzas, voló a la frontera para ponerse al servicio de la causa. Largo batallar; sangre y dolor en contemplación constante; la vida en frecuente riesgo; con los hechos militares, las incidencias políticas. Al fin, el triunfo.

El hombre templado en la acción y fiel a lo que consideraba los dictados de su deber, desde aquel momento tenía trazado un camino que tal vez no sospechó. Inquieto por naturaleza, espíritu revolucionario innato, su vida le llevaría por varios y duros caminos: uno de ellos, el destierro, o, para mejor expresarlo, los destierros. El, que tanto amaba a su patria, viose a menudo alejado de ella.

Mas esto no alteró ni desnaturalizó lo que era su recio carácter; un carácter hecho de una pieza. En tierra extraña trabajó, luchó, siempre sonriente y sereno. Tan pronto tornaba a México, como, a resultas de los embrollos políticos, volvía a salir. Vida inquieta la suya, reflejo de su propia inquietud. Pero vida consecuente en un ideal y con severas reglas de conducta. Recordando acaso la frase de su padre al aludir a la brújula: "Guíate por ella, que siempre mira al Norte, y así no te perderás", era el arquitecto de su propio destino.

La actividad de Martín Luis Guzmán, en el curso de su existencia, después de la batalladora era revolucionaria, se concentró en lo que distaba de ser incierta, sino, al contrario, fue firme vocación: el periodismo y las letras. El hombre de acción hermanaba íntimamente con el periodista. Periodista ha sido y es, descollante, tanto en el ejecutar como en el dirigir. De igual suerte que funda periódicos y revistas, escribe crónicas, editoriales o artículos; hábil, fácil en el discurrir, le asiste perfecto sentido de la actualidad para interesar y atraer. Pero digno de señalarse es, asimismo, que el hombre de acción, identificándose con el hombre de letras, inspiró también toda una obra literaria y en ella está de cuerpo entero.

En su mayor parte, casi totalmente, la obra literaria de Martín Luis Guzmán se inspira y se informa en la Revolución Mexicana; por donde, haciendo cuenta del valor técnico, de las excelencias de lenguaje y estilo, de la originalidad, cabe afirmar de él que es el más grande escritor que produjo la Revolución.

Al publicar sus primeras obras —*A Orillas del Hudson* y *La Querella de México*—, ya el escritor se hallaba maduro. Había tenido la prudencia

—como vulgarmente se dice— de pasar el sarampión en casa. Nada de vacilaciones ni de tanteos; ningún tropiezo. Poseía un estilo propio, inconfundible; un modo personal, original; su prosa se había asentado, era elegante, tersa, clara, castiza y troquelada en moldes severos. Su pensamiento se presentaba sin titubeos, acomodando en cabal armonía la idea con la forma.

En uno de esos dos pequeños libros —en *La Querella de México*— mostraba ya Guzmán su inclinación a lo histórico. Sería tal inclinación decisiva; sería profunda.

Ciñéndose al rigor de la historia, pero con la fina atracción del novelista, compone una interesante biografía: *Mina el Mozo, héroe de Navarra.* Pocos libros habrá que a éste superen en tal género. El autor anima con enérgico trazo la figura del héroe, desde su nacimiento hasta su muerte, con una vivacidad, con una sobriedad, con una gracia pintoresca inigualables. Se apasiona de Mina, lo comprende y lo sigue, como si estuviese identificado con él. Creeríase que entre los dos —biógrafo y biografiado— existe una secreta afinidad. Los enlaza el valor, la audacia, el amor a la libertad; la inquietud, sobre todo.

Tras de *Mina el Mozo,* la obra entera de Martín Luis Guzmán se consagrará a la Revolución Mexicana.

Débesele el libro más pujante y vívido, el más dramático y cautivador que acerca de la Revolución se haya escrito: *El Aguila y la Serpiente.* Libro de memorias ciertamente; libro de memorias en el que relata Guzmán los sucesos en que fue actor y testigo desde que escapó de la ciudad de México, a raíz de la usurpación, para unirse a las fuerzas revolucionarias, hasta que fue evacuada la capital por las tropas y el gobierno convencionistas. Pero el hecho es que este libro de memorias se antoja también novela por el corte estético que el autor da a los más diversos incidentes; por el continuado tramarse de las más variadas escenas; por el primor de narraciones y descripciones; por la fluidez y grato sabor de los diálogos; por la abundancia de magistrales retratos y el pulular aun de mínimas figuras en el curso de tan movida historia. Episodios de profunda dramaticidad; trágicos acaecimientos; los vaivenes e intrigas de la política; coloridos cuadros de costumbres; relatos salpimentados de fina ironía, llenan los breves, incisivos capítulos de *El Aguila y la Serpiente,* obra rotunda y de cabal maestría.

El novelista se apartaría del memorialista, aunque no de la Revolución, para escribir *La Sombra del Caudillo;* novela política, evidentemente de las mejores que registre la historia de nuestras letras. Alcanza aquí Martín Luis Guzmán absoluto dominio de su arte. A la gallarda concisión del estilo; a la excelencia de la prosa, que por su brillo y reciedumbre se antoja metálica; a la aguda perspicacia del análisis y a la perfecta y acabada pintura del ambiente, asócianse la verdad, el brío con que se exponen las dolorosas reali-

dades de una de las más sombrías épocas de la posrevolución: aquella en que con mayor ímpetu, cruel y trágico, se caracterizó la lucha por el poder, la apetencia de poder, cualesquiera que fuesen los medios para tenerlo.

Al cabo, el historiador, el memorialista, el novelista, se fundirían en una sola y misma persona para producir la creación más extraordinaria que haya salido de tan ágil pluma. Refiérome a las *Memorias de Pancho Villa.* Ya el título lo dice: las memorias no son de Guzmán, sino de Villa; pero, siendo de Villa, no dejan de ser de Guzmán. Valiéndose de los documentos que logró allegar; fiando, sobre todo, en su íntimo conocimiento del extraño personaje, al que muy de cerca conoció y trató, tanto como por serle familiares el escenario y, en parte, los sucesos en que de cerca o de lejos hubo de participar, el escritor se introduce en la persona misma del terrible guerrillero, y por él y con él actúa y le hace actuar, poniendo en sus labios el animado relato de su vida. Es Villa quien narra, con su propio lenguaje y particular manera; con su rudeza y peculiar modo de ser y de sentir. Y, ¡prodigiosa transmutación!, el memorialista fingido nos da una certera visión del sujeto actuante; sujeto feroz y bravío, como, en tal cual lance, generoso; alma siniestra por cuyas tenebrosidades se deslizaban, a las veces, rayos de luz.

Claro que esta dualidad memorialesca tiene sus inconvenientes; entre otros, el de no saber el lector a qué atenerse. Si bien es el protagonista quien habla, y siempre o casi siempre a su favor, ¿será él, o será el real y efectivo autor quien discurre y piensa? Esta circunstancia menoscaba, a no dudarlo, el valor del libro como testimonio histórico; por más que no disminuya, ni en un ápice, el que tiene como elaboración literaria. Desde este punto de vista, es, en verdad, maravilloso. A lo largo de mil páginas, las *Memorias* mantienen despierta la atención del lector y le subyugan en forma apasionante. Hasta logra el memorialista que, en determinados episodios, su personaje nos sea simpático y nos convenza con sus razones, aunque sin conseguir que estemos del todo con él.

Pero, concluyamos; que ya temo haber fatigado vuestra atención.

Tales son la personalidad y la obra del insigne escritor que, tras de pertenecer de años atrás a esta corporación como socio Correspondiente, ahora toma asiento en ella a título de Individuo de Número. Por lo entero y noble de su personalidad; por la finura de su ingenio; por sus relevantes cualidades personales y literarias, Martín Luis Guzmán es justamente estimado y querido entre sus colegas. Aun podría yo afirmar todavía más: que por los eminentes servicios que ha prestado a nuestra Academia en las tareas técnicas y eruditas que le son propias, goza de gran prestigio en esta Casa.

Sea en ella cordialmente bienvenido, y hagamos votos por que encontrándose nuestro amigo en plenitud de vida y maestría en el ejercicio de su arte, aún pueda acrecentar, con nuevos frutos de su vigoroso ingenio, el tesoro de las letras patrias.

INDICE ONOMASTICO

Abad, los, 344
Acevedo, Francisco, 274
Acevedo, Jesús T., 297
Acosta Enríquez, José Mariano, 274
Acosta, P. José de, 150
Acuña, Manuel, 184, 312
Adriano VI, 267
Aelianus, Claudius, 116
Agreda y Sánchez, José María, 71, 175, 177
Agripina, 95
Aguilar, Gerónimo de, 35
Aguilar y Santillán, Rafael, 177
Alarcón, Arzobispo, 73
Alas, Leopoldo ("Clarín"), 312
Alday, Francisco, 227
Aldo, 181
Alegre, los, 344
Alejandro, 190
Alejandro VI, Papa, 308
Alemán, Mateo, 206, 283
Alemán, Miguel, 19, 28
Alemany y Selfa, Bernardo, 130
Alfieri (Víctor), 58, 59, 60
Alfonso (X, el Sabio), 93
Almafuerte, 321
Almoina, José, 265
Altamirano (Ignacio Manuel), 55, 157, 158, 235
Altamirano, Liceo, 9
Altamira, Rafael, 304
Alva de la Canal, Rafael, 223
Alvarado (Salvador), 365
Alvarez Acosta, Miguel, 228
Alvarez Cabral, Pedro, 307, 308
Alvarez del Castillo, Manuel, 215
(Alvarez de) Villasandino (Alfonso), 101, 119, 121, 122, 123, 125, 127.
Alzate, Antonio, 182
Amor, Guadalupe, 226
Anacreonte, 96, 136, 328
Andrade, José María, 175, 177
Andrade, Olegario, 184
Andrade, Vicente de P., 175
Angeles, (Felipe), 365
Aníbal, 190
Apollinaire, 315
Arana, Rodrigo de, 123
Aragón, Agustín, 70, 83, 84, 85, 89, 90, 91
Arango y Escandón, Alejandro, 65
Aranguren, Martín de, 174
Arcipreste de Hita (véase: Ruiz, Juan)
Arenal, Concepción, 76
Aretino, Pedro, 316
Argüelles Bringas, Roberto, 321
Arias de Avila, Pedro, 178
Aristófanes, 96, 244
Aristóteles, 85, 95, 108, 136, 137, 149, 266, 267, 317
Arteaga, Sebastián de, 15
Asís, Francisco de, 15, 85, 93
Atl (Dr.) (véase: Murillo, Gerardo)
Augusto, 19
Austria, Sor Margarita de, 137
Azara, Félix de, 150, 151
Azorín (véase: Martínez Ruiz, José)
Azuela, Mariano, 209, 258

B

Bacon (Francisco), 64
Badiano, Juan, 178
Badillo, Román, 10
Baena (Juan Alonso de), 98, 101, 103, 119, 121, 123, 124, 125, 126, 127, 129
Bain Alexander, 71
Balbuena (véase: Valbuena, Bernardo de)
Balzac (Honorato de), 284
Balli, Juan Bautista, 178, 181
Balli, Pedro, 178
Banegas Galván, Francisco, 329, 330, 331, 332, 333, 336, 338, 339
Bancha, Enrique, 321
Barajas Lozano, 224
Baranda, Joaquín, 46, 73
Barazabal, 205
Barrameda, San Lúcar de, 353
Barreda, Gabino, 73, 84, 89
Barrera Vázques, Alfredo, 40
Basin, Juan, 307
Bassoco, José María, 209
Baudelaire (Carlos), 185, 218, 313, 315
Bechstein, 95
Becker (Gustavo Adolfo) 161, 186
Beethoven (Ludwig von), 313
Beltrán, Neftalí, 225
Bello, Andrés, 21, 26, 75, 76, 205, 212
Benavente, Fray Toribio de, 276
Benítez, José R., 198
Berceo (Gonzalo de), 105, 106, 107, 108
Beristáin y Souza, José Mariano, 174, 175, 177
Bermúdez de Castro, Diego, 174, 175
Bertrand, Aloysius, 66, 313
Betanzos, Fray Domingo de, 266
Blengio (Joaquín), 46
Bocanegra, Matías de, 211
Boileau (-Despreaux, Nicolás), 27
Bolívar (Simón), 21, 26-27, 178, 183, 184, 222
Borgoña, Enrique de, 305
Boscán (Almogaver, Juan), 130, 248
Bossuet (Jacobo Benigno), 27
Bourget (Pablo), 12
Bravo, Alberto, 329
Brahms (Juan), 42
Bretón, André, 223
Brisbane, A., 76
Brunelleschi (Felipe), 27
Buffón (Jorge Luis Leclerc, conde de), 151
Byron (Jorge Noel Gordon, lord), 185, 187, 215, 268

C

Cabrera, J. Primitivo, 72
Cabrera, (Miguel), 15
Cabrera, Rafael, 324
Caboto, Sebastián, 178, 179
Calderón de la Barca, Pedro, 26, 113, 213, 268, 277
Calderón, Fernando, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 63, 68
Calvillo, Manuel, 228
Calvo, Carlos, 76
Calzada, Bernardo María de, 274
Cámara, Gonzalo, 302
Camarillo (Vda. de Pereyra), María Enriqueta, 226
Campoamor (Ramón de), 214
Campo, Bachiller Martín del, 174
Campos, Rubén M., 218-219, 313, 316, 318, 326
Carballo, Emmanuel, 227
Carbonell, José Manuel, 188, 189, 192
Cárdenas, Guty, 154
Cardona Vera, Guadalupe, 241
Carlomagno, 185, 245
Carlos V, 132, 264, 267, 343
Carlota (María Amalia, Emperatriz de México), 274
Caro, Miguel Antonio, 76
Carpio, Manuel, 156, 157
Carvajal y Rosas, Bartolomé, 324
Carvallo P., 130
Carranza, Venustiano, 324, 362, 364, 366
Carreño, Alberto María, 172, 174, 178, 302, 308, 309
Carriere, Eugenio, 13, 14
Carrillo y Sotomayor, Luis, 139
Carrel, Alexis, 27
Casal, Julián del , 186, 187, 328

Casas, Fray Bartolomé de las, 15, 264, 276, 277, 308
Casasús, Joaquín D., 8, 9, 71
Caso, Antonio, 13, 21, 29, 42, 297, 301, 322
Castellanos Quinto, Erasmo, 19
Castellanos, Rosario, 226
Castiglione, Baltazar (conde), 263
Castillo Ledón, Luis, 13, 219
Castillo Nájera, Francisco, 19
Castro, Ana de, 132
Castro, Dolores, 226
Castro Leal, Antonio, 19, 212, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238
Catulo, 9
Cavo, P. (Andrés), 263
Ceballos, Ciro B., 313, 314, 316
Cellini, Benvenuto, 27, 188
Cervantes de Salazar, Francisco, 267, 274, 277
Cervantes (Saavedra, Miguel de), 22, 24, 63, 90, 195, 209, 212, 237, 258, 279, 283, 284, 285, 287, 289, 291, 292, 293, 294, 295, 299, 312
César, Julio, 265
Céspedes, Carlos Manuel de, 189, 190, 191
Cetina (Gutierre de), 66
Cicerón, Marco Tulio, 19, 26, 91, 136, 264
Clarín (véase: Alas, Leopoldo)
Claudio, 95
Clavijero, Francisco Javier, 262, 274, 354
Cohelho, Trinidad, 298
Colina, Rafael B. de la, 56
Colín, Eduardo, 219
Colón, Bartolomé, 34
Colón, Cristóbal, Almirante, 30, 34, 230, 264, 306, 307, 308, 309, 310, 343, 353
Collado Casimiro del, 209
Comte, Augusto, 84, 85, 86, 321
Contreras (Jesús F.), 318
Cood, F. A.: 307
Copérnico (Nicolás), 244
(Cordero, hijo), Salvador, 54
Cordero, Salvador, 51, 52, 53, 54, 63, 65
Corneille (Pedro), 27
Coronado, Mariano, 239
Corregidora, La (véase: Ortiz de Domínguez, Josefa)
Cortés, Hernán, 15, 32, 35, 66, 181, 262, 265, 354, 367
Cortina, Conde de la, 261
Couto Castillo, Bernardo, 312, 313, 314, 318
Cravioto, Alfonso, 7, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 219, 297
Crespo de la Serna, Jorge Juan, 317
Cromberger, Juan, 176, 181
Cruz, Martín de la, 178
Cruz, Ramón de la, 198
Cruz, San Juan de la, 131
Cruz, Sor Juana Inés de la, 21, 26, 212, 213, 215, 274, 344
Cuauhtémoc (Emperador Azteca), 190, 367
Cuccaro, Jacinto, 246
Cuéllar (José T. de), 235
Cuenca, Agustín F., 68, 161
Cuenca, Laura Méndez de, 161
Cuervo, Rufino José, 21, 26, 75, 212, 311
Cueto, Germán, 223
Cueva, Juan de la, 58
Cuevas, Jesús A., 311
Cuevas, Mariano, 261, 337

CH

Chávez, Ezequiel A., 92
Chenier, André, 219
Chessal, Luis, 228
Chocano (José) Santos, 219, 322
Chopin (Federico Francisco), 8, 299
Chumacero, Alí, 225
Chumayel, Chilam Balam de, 48

D

D'Annunzzio (Gabriel), 66
Dante (Alighieri), 27, 294, 324
Darío I, 304
Darío, Rubén, 12, 21, 26, 48, 71, 186, 187, 188, 208, 212, 213, 214, 319, 320, 322, 326

Darwin (Carlos Roberto), 76
Dávalos, Balbino, 70, 71, 218, 313, 316, 318, 319, 321, 323, 326
Dávila Padilla, Fray Agustín, 174, 309
Delano Roosevelt, Franklin, 300, 301
Delgadillo, Mónico, 242
Delgado, Rafael, 160, 161, 235, 253, 316, 318
Descartes (Renato), 27, 246
Díaz, Bartolomé, 306
Díaz del Castillo, Bernal, 15, 35, 69, 181, 246, 265
Díaz de León, Enrique, 242
Díaz de Solís, Juan, 178, 179
Díaz, Leopoldo, 71, 319, 321
Díaz Mirón, Salvador, 21, 48, 71, 160, 163, 188, 190, 192, 212, 214, 215, 216, 219, 220, 236, 298, 321, 322
Díaz, Porfirio, 84, 179, 220, 322, 350, 351, 359,
Díaz Rodríguez, 319, 322
Diéguez (Manuel), 365
Dieulafoy, Madame, 343
Díez Canedo, Joaquín, 318
Dilthey, 237
Donatello, 27
Don Juan Manuel, 93, 97
Donoso Cortés, (Juan), 72
Donoso, Ricardo, 172
Don Porfirio (véase: Díaz, Porfirio)
Duhamel, 294
Dumas (Juan Bautista), 76
Du Noüy, Lecomte, 87, 88
Durán, Bernardo, 262
Durán, Fray Diego, 276
Durero (Alberto), 317

E

Eddigton, 87
Eguiara y Eguren, Juan José de, 174, 177
Elcano, Juan Sebastián, 24, 179
Elguero, José, 92
Elizondo, José, 12, 13
Elzevires, los, 181
Emperador (véase: Maximiliano Fernando José)
Encina, Juan de la, 93
Enciso, Jorge, 322, 324
Enrique, Príncipe (de Portugal), 305
Enriques de Castilla, los, 119
Enríquez, Alfonso, 305
Erasmo (Desiderio), 264
Ercilla y Zúñiga, Alonso de, 181
Escalante, Amós, 312
Escobedo, Federico, 149, 226, 253, 337
Escudero, Fray Alfonso, 172
Esopo, 93, 196
Espinosa, Antonio, 180, 181
Espinosa de los Monteros, Agapito, 262
Espinosa Medrano, 79
Esquilo, 244, 324
Estrada, Genaro, 324
Eurípides, 244

F

Fabela, Isidro, 279, 297, 299, 301
Fábregas, Virginia, 67
Fabre, Jean H., 76
Faraday (Miguel), 76
Farías Ixca, 242
Fedro, 93, 196
Felipe II (Rey de España), 309
Felipe IV (Rey de España), 24
Felipe el Grande, Rey de España, 137
Felipes, los (Reyes de España), 320
Fernández del Castillo, Francisco, 179
Fernández de Lizardi, José Joaquín, 156, 212, 320
Fernández de Navarrete, Martín, 306
Fernández de Valladares, Bonifacio, 72
Fernández de Santa Cruz, Manuel, 262
Fernández Guerra y Orbe (Aureliano). 274
Fernández Mac Gregor, Genaro, 24, 42, 83, 230, 297, 299, 324
Fernando (V) Rey Católico de España, 140, 306, 308, 343
Fidalgo, Salvador, 302
Flaubert (Gustavo), 314
Flores Aguirre, Jesús, 228
Flores, Manuel M., 161, 318
Flores Meyer, Víctor Manuel, 307
Fontoura, Xavier, 319
Fouillèe (Alfredo), 86
Framis, Ricardo Maj, 307, 308

France, Anatolio, 12
Freire, Jaimes, 319, 328
Freud, S., 113
Freyssinier Morín, Julio, 324
Frías, José D., 209

G

Gabin, 317
Galdós (véase: Pérez Galdós, Benito)
Galileo, 244
Gálvez, José, 323
Gallardo, Salvador, 223
Gama, Vasco de, 306
Gamboa, Federico, 192
Gamboa, José, 313
Gante, Fray Pedro de, 15
Garcés, Fray Julián, 264, 266, 276
García, Francisco, 58
García, Francisco Pascual, 261
García Gutiérrez, P. Jesús, 330
García Icazbalceta, Joaquín, 72, 76, 175, 176, 177, 180, 182, 235, 274
García, Jenaro, 323
García Naranjo, Nemesio, 183, 297
Garci Ferrandes, 103
Garcilaso, 131, 142, 248
Garcilaso de la Vega, el Inca, 212
Garcisánchez de Badajoz, 100
Garibay K., Angel María, 337
Garza de del Castillo, Ofelia, 312
Gaspar y Roig, 305
Gastélum, Bernardo J., 224
Gautier, Teófilo, 185, 315, 319
Gedovius, Germán, 14, 317, 322
Gerson, Juan, 178
Gestoso y Pérez, José, 176
Gilberti, Maturino, 267
Giotto, Angel, 27, 93
Giuntas, los, 181
Godoy, Emma, 226
Goethe (Juan Volfang), 184, 244
Gómez de la Serna (Pedro), 293
Gómez, Máximo, 191
Gómez Palacio, Martín, 224
Gómez, Rafael, 161
Gómez Robelo, Ricardo, 219, 297
Goncourt, los, 218, 315
Góngora (y Argote, Luis de), 120, 126, 130, 133, 212, 213, 215
González Blanco, Andrés, 319
González Casanova, Pablo, 46, 92, 324
González de Mendoza, José María, 9, 194, 208, 209, 211
González León, Francisco, 221
González Martínez, Enrique, 165, 215, 217, 218, 219, 221, 222, 223, 232, 236, 239, 240, 241, 242, 258, 312, 324
González Morales, Héctor, 228
González Obregón, Luis, 8, 53, 177
González, Otilio, 228
González Peña, Carlos, 11, 167, 235, 258, 297, 369
González Prada, 322
González Rojo (Enrique), 223, 224
Gorostiza, José, 222, 223, 224
Gourmont, Rèmy de, 282, 317
Gracián (Baltazar), 196, 208
Grau, Patricio, 246
Greco (véase: Theotocopuli, Domingo)
Guerrero, Gonzalo, 35
Gould, John, 150
Guerra, P. M. Isidro, 151
Guiaume Apolinaire, 208
Gusdorf, 282
Gutenberg (Juan Gensfleisch), 172, 173
Gutiérrez, Alonso (véase: Veracruz, Fray Alonso de la)
Gutiérrez Hermosillo, Alfonso, 227, 241
Gutiérrez Nájera, Manuel, 159, 169, 186, 187, 212, 214, 215, 217, 235, 236, 322, 326, 327
Gutiérrez Otero, Luis 239
Guzmán Araujo, Roberto, 227
Guzmán, Martín L. (Sr.), 369
Guzmán, Martín Luis, 297, 345, 369, 370, 371, 372, 373

H

Hazard, Paul, 294
Heideger, 235
Heine, Enrique, 24, 94, 187
Hein, Ludwig, 174
Helmholtz (Germán Luis Fernando), 76

Henríquez Ureña, Pedro, 21, 230, 234, 237, 267, 314, 315, 318
Heredia, José María, 56, 57, 188
Hernández de Córdoba, Francisco, 35
Hernández, Efrén, 227
Hernández, Francisco, 150
Herodoto, 246
Herrera, 113
Herrera, Darío, 314
Herrera, Fray José de, 267
Herrera y Reissig, 327
Hesíodo, 244, 264
Hidalgo, María Luisa, 226, 227
Hidalgo (y Costilla) Miguel, 21, 154, 183, 220, 321
Hitler (Adolfo), 301
Holbein (Juan), 317
Homero, 95, 188, 244, 249, 316, 324
Horacio, 26, 71, 86, 96, 120, 246
Huerta, Adolfo de la, 297
Huerta, Efraín, 225
Huerta, Victoriano 220
Hugo, Víctor, 76, 187, 215, 354
Huitzinga, 290
Humboldt, K. W., 304
Huysmans (Joris-Karl), 318, 319

I

Icaza (Francisco A. de), 274, 279, 320
Icaza, Xavier, 324
Ignacio de Loyola (San), 133
Iguíniz, Juan B., 68
Imperial, Francisco, 102
Ipandro Acaico (véase: Montes de Oca y Obregón, Ignacio)
Iriartes, los, 321
Iriarte, Tomás de, 196, 204, 210
Isabel (I), Reina Católica, 140, 308, 343, 353
Iturbide, Agustín de, 56, 262, 330, 331
Izaguirre, Leandro 318, 322

J

Jacob, Max, 315
Jaime, Fortino, 241
Janet, Paul, 70
Jeans, Jarnes, 87
Jiménez, Juan Ramón, 212, 214, 320, 322, 328
Jiménez Rueda, Julio, 65, 180, 260, 272, 273, 275, 276, 277
Job, Duque de, 11, 321
Joublanc Rivas, Luciano, 224
Jovellanos, los, 321
Joyce, 90
Juan Francisco de San Antonio, Fray, 148
Juan I, (de Portugal), 305
Juan II de Portugal, 97
Juanes de Castilla, los, 119
Juárez, Benito, 219, 353, 354, 355, 357
Junco, Alfonso, 226, 261, 337
Juvenal, 353

K

Kelvin (Lord), 76
Kant (Manuel), 288
Keyserling, 43

L

Labastida, Francisco P. de, 72, 260
Labastida y Dávalos, Pelagio Antonio, 352
La Fontaine (Juan de), 196
Lamartine (Alfonso de), 186, 188
Landázuri, I. P. de, 160
Landívar, P. (Rafael), 149, 151
Lando Ferran, Manuel de, 122, 124
Larrañaga Portugal, Manuel, 164
Larreta, Enrique, 66
Leconte de Lisle (Carlos), 187, 315, 316
Ledesma, Fray Bartolomé de, 267
Leduc, Alberto, 316, 319
Lenormand, 67
León, Fray Luis de, 93, 144, 212, 266
León X, Rey de Baviera, 90
León X (Papa), 267
Lerdo de Tejada, Sebastián, 260, 337, 357, 367
León, Nicolás, 175, 177
Leopardi, (Santiago), 187
Leverrier (Urbano Juan José), 85
Lincoln (Abraham), 79
Lira Urquieta, Pedro, 172
List Arzubide, Germán, 223
Livia Augusta, 148

Lizardi (véase: Fernández de Lizardi, José Joaquín)
Longfellow (Enrique Wodsworth), 71
Longo, 63
Lope de Vega (Carpio, Félix), 63, 70, 90, 99, 125, 127, 132, 133, 134, 182, 212, 237, 268, 274, 277, 293
López Carvajal, Francisco, 163
López de Parra, P. Pedro, 267
(López de) Santa Anna (Antonio), 58
López Portillo y Rojas, José, 161, 235, 239, 240, 258, 314
López, Rafael, 219, 321
López Velarde, Ramón, 165, 215, 221, 222, 224, 227, 236, 327
Lorena, René II Duque de, 306, 307
Lozano, José María, 192
Lucano, 129
Lucio, Rafael, 76
Lucrecio, 26, 264
Lud, Gualterio, 307
Lugones, Leopoldo, 71, 186, 212, 316, 319, 321, 326, 327
Luján, Jesús E., 317
Lynton Myres, John, 303

LL

Llorente, Vicente Daniel, 156, 162

M

Machado (Alvares) Antonio, 212, 214, 328
Machado, Manuel, 319
Machados, los, 322
Madero, Francisco A., 220, 365
Maeztu, Ramiro de, 320
Magallanes, Hernando de, 178, 179
Malo, José Ramón, 262
Maniau, Joaquín, 309
Mann, (Thomas), 244
Manrique (Gómez), 127
Manzoni (Alejandro), 245
Mañón, Manuel, 56
Maples Arce, Manuel, 223
Maquiavelo, Nicolás de, 27, 263
Marcgrave, 150
Marcial, 136
María Enriqueta (véase: Camarillo Vda. de Pereyra, María Enriqueta)
Marinetti, 67
Mariscal, Ignacio, 71, 337
Mar, María del, 226
Mármol, José, 56
Márquez Sterling, Manuel, 324
Marquina (Eduardo), 319
Martí, José, 21, 26, 183, 184, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 193, 212, 328
Martín, Esteban, 176, 177
Martínez de Medina, Gonçalo, 122
Martínez de Navarrete, Fray José Manuel, 68, 155, 196, 201, 204, 205, 207, 210, 211
Martínez, Esteban, 302
Martínez, Félix M., 329
Martínez, José Luis, 225
Martínez, Luis María, 329, 337, 338, 339, 343, 344
Martínez Rendón (Miguel D.), 224
Martínez, Rosendo, 338
Martínez Ruiz, José ("Azorín"), 312, 319
Martínez Sobral, Enrique, 8, 9, 209
Martínez Valadez, Manuel, 227, 242
Marroqui, José María, 260
Maupassant (Enrique Renato Alberto Guido de), 319
Maura (y Montaner) Antonio, 312
Maximiliano, Fernando José (Emperador de México), 274, 321
Medina, José Toribio, 172, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182
Medina Romero, Jesús, 228
Mediz Bolio, Antonio, 29, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49
Meléndez Valdés, Juan, 73, 113, 210
Mena, Juan de, 98, 121, 124, 127, 129
Méndez Ibarra, 46
Méndez, Leopoldo, 223
Méndez Plancarte, Alfonso, 337
Méndez Plancarte, Gabriel, 226, 264, 337
Méndez Rivas, Joaquín, 188
Mendívil, Pablo, 205
Mendoza, 321
Mendoça, Fray Iñigo de (véase: Santillana, Marqués de)

Menéndez Pidal, Ramón, 96, 212
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 26, 55, 76, 97, 120, 129, 130, 153, 212, 234, 245, 265, 291, 332
Mercado, Fray Tomás, 267
Michelena, Margarita, 226, 227
Michelson, Albert Abraham, 27
(Mier) Fray Servando (Teresa de), 235
Miguel Angel, 27
Mill (Juan) Stuart, 9
Miramón, Bernardo de, 177
Miramón, Joaquín de, 177
Miró, Gabriel, 66
Mistral, Federico, 188
Mistral, Gabriela, 28, 212
Mitre, Bartolomé, 176
Moctezuma II, 66
Moheno, Mercedes de, 193
Moheno, Querido, 192, 193
Molière (Juan Bautista Poquelín), 27, 186, 268
Molina, Alonso de, 267
Molina, (Audomaro), 46
Monlau (Pedro Felipe), 312
Monroe (Jacobo), 300
Montaigne (Miguel de), 27
Montalvo (Juan), 21, 212, 312
Montejo, Francisco de, 32
Montejos, los, 46
Montenegro, Roberto, 322
Monterde, Francisco, 51, 65, 66, 67, 68, 205, 207, 272
Montes de Oca, Rafael, 149, 150
Montes de Oca y Obregón, Ignacio (Ipandro Acaico), 71, 337
Montúfar, Fray Alonso de, 266
Morand, 154
Moratín, 113, 198
Moratines, los, 321
Morazán (Francisco), 183
Moreas, Jean, 12
Morelos (y Pavón José María), 21
Morín, M., 130
Moro (Tomás), 264
Mosquera, Arz. Manuel José, 178
Moya de Contreras, Pedro, 180, 274
Müller, hermanos, 95
(Murillo, Gerardo) ("Dr. Atl"), 322
Musset, Alfredo de, 185, 186, 214, 299

N

Nandino, Elías, 227
Napoleón III, 321
Naranjo, Fray Francisco, 267
Navarro, Enrique, 180
Navarro, Fray Juan, 178
Navarro Sánchez, Adalberto, 227
Navarro y Ledesma (Francisco), 282
Nieremberg, P., 312
Nemours, Dupont de, 96
Nerón, 148
Nerval, Gerardo de, 313
Nervo, Amado, 11, 71, 161, 169, 186, 187, 208, 215, 217, 218, 220, 236, 241, 312, 317, 319, 320, 321, 322
Netzahualcóyotl, 26
Newton (Isaac), 244
Nietzsche, Federico, 280, 322
Nigromante, El (véase: Ramírez, Ignacio)
Niño, José Antonio, 228
Novaro, Octavio, 227
Novelo, José Inés, 316
Novo, Salvador, 92, 168, 169, 170, 171, 224, 225
Núñez de Arce (Gaspar), 214
Núñez de Balboa, Vasco, 178, 209
Núñez y Domínguez (José de J.), 297

O

Obregón, Alvaro, 365
Obregón, Baltazar de, 262
Ocampo, (Melchor), 357
Ocharte, Pedro, 179, 180, 181
Ochoa, Anastasio de, 154
O'Higgins (Bernardo), 183
Ojeda (Alonso de), 306
Olaguíbel, Fancisco M. de, 188, 192, 316, 319, 326
Olavarría y Ferrari, Enrique de, 56
Oliveira Martins, 76
Oliver (y Casares, José María), 46
Olmedo, José Joaquín de, 212
Olmos, Andrés de, 267
Oña, Pedro de, 133
Ormaechea y Ernáiz, Juan Bautista, 337
Orozco Muñoz, Francisco, 222

Orozco y Berra, Manuel, 175, 177
Ortega, Rafael, 72
Ortega y Gasset (José), 90
(Ortiz de Domínguez, Josefa) "La Corregidora", 215, 327
Ortiz de Montellano, Bernardo, 223, 224, 225
Ortiz, Luis G., 163
Ossorio, Antonio, 309
Othón, Manuel José, 158, 165, 169, 214, 215, 216, 217, 236, 316, 318, 321, 322, 326
Ovidio, 96, 129, 154, 264

P

Pablo de Tarso (San), 286
Pablos, Juan, 176, 177, 181
Padilla, Juan de, 124, 129
Pagaza, Joaquín Arcadio, 65, 72, 160, 217, 318, 331, 332, 337
Palacio Valdés (Armando), 312
Palacios, Emmanuel, 227
Palma, Ricardo, 8
Panes y Abellan, Diego, 178
Papini, Giovanni, 25
Parga, Narciso, 241
Parra, Manuel de la, 219, 321
Parra, Porfirio, 313
Pascal (Blas), 27, 256
Pasteur (Luis), 76, 244
Pater, Walter, 274
Payno, Manuel, 54, 235
Paz, Octavio, 225
Paz Paredes, Margarita, 226
Peary (Roberto Edwin), 307
Pedrarias Dávila (véase: Arias de Avila, Pedro)
Pellicer, Carlos, 165, 221, 222, 223
Peñalosa, Joaquín Antonio, 227, 228
Peña, Rafael Angel de la, 72, 73, 75, 77, 79, 89, 261
Peña y Reyes, Antonio de la, 192, 261
Peón Contreras, (José), 46
Peón del Valle, José, 162
Pereda (José Ma. de), 312
Pérez Bonalde, José, 184
Pérez de Guzmán, Fernán, 98, 103, 113, 126, 128
Pérez de Oliva, Hernán, 267
Pérez Galdós, Benito, 212, 312, 354
Pérez, Juan, 302
Pericles, 27
Persio, 70
Petrarca, 58
Peza, Juan de Dios, 353
Pimentel, Francisco, 205
Píndaro, 246
Piombo, Sebastián del, 263
Pitágoras, 129
Placencia, P. Alfredo R., 226
Plácido, 21
Plantín, Cristóbal, 181
Platón, 27, 62, 95, 189, 229, 244, 247, 248, 249, 324, 356
Platt, 301
Plinio, 95, 116, 130, 136, 145, 148
Polibio, 26
Pollard, Alfred William, 174
Pombo, Rafael, 184
Ponce de León, Rafael, 12, 13
Ponce, Manuel, 222, 227
Portilla, Anselmo de la, 209
Portillo, Esteban del, 180
Posada, 353
Prieto, Guillermo, 54, 158, 161, 184, 353, 355
Pruneda, Alfonso, 358
Ptolomeo (Claudio), 307
Publio, Sirio, 136
Puente, P. (Luis de la), 312
Puga y Acal, Manuel, 92, 162, 239, 240

Q

Quevedo (y Villegas, Francisco de), 96, 113, 121, 126, 132, 134, 136, 137, 143, 148, 149, 212, 235, 312
Quijano, Alejandro, 23, 51, 297, 323, 337
Quimper, Manuel, 302
Quintana Roo (Andrés), 46
Quintanilla, Luis, 223
Quintero Alvarez, Alberto, 225
Quiroga, Vasco de, 15, 264

R

(Rabasa, Emilio) "Sancho Polo", 209
Rabelais, (Francisco), 200
Racine (Juan), 12, 27
Ramírez, Ignacio, 212, 321
Ramírez, José Fernando, 174, 177
Ramos Martínez (Alfredo), 322
Raynaud, Georges, 209
Rebolledo, Efrén, 188, 218, 312, 318, 319, 321, 324, 326
Rébsamen, Enrique C., 354
Redón, Odilón, 314, 317
Regla, Conde de, 15
Remesal, Fray Antonio de, 174
Revilla, Manuel Gustavo, 194, 207
Reyes, Alfonso, 209, 219, 233, 236, 274, 297, 321
Reyes Católicos (véase: Isabel I y Fernando V)
Ribera, Ruy Paes de, 122
Ricoy, Luis, 324
Riestra, Gloria, 226
Ringmann, Matías, 307
Río, Rafael del, 228
Ríos, Delfino, 323
Rivadeneira (Manuel), 136
Riva Palacio, Vicente, 162, 179, 235
Rivero, Nicolás, 191, 193
Roa Bárcena, José María, 72, 235, 261, 274
Robespierre, (Maximiliano), 73
Robles, Antonio de, 235
Rodenbach, 318
Rodó, José Enrique, 21, 212, 322
Rodríguez, Dionisio, 241
Rodríguez Galván, (Ignacio), 55, 312
Rodríguez, Ramona, 338
Rodríguez, Sabino, 338
Rojas, (Fernando), 97
Rojas, María de, 265
Rolland, Romain, 284
Rollinat, 218
Romero, José Rubén, 9, 24 195, 207
Romero Rubio, Manuel, 351
Roosevelt, Teodoro, 300
Rops, Felicien, 317
Rostand, Edmundo, 67
Rothchild, 95
Rousseau, (Juan Jacobo), 184, 185, 354
Rubens, (Pedro Pablo), 299
Rubio, P. Antonio, 267
Ruelas, Julio, 218, 316, 317, 318, 326
Ruys de Toro, Alvar, 126
Ruiz de Alarcón, Juan, 21, 25, 26, 125, 211, 212, 233, 234, 274
Ruiz, Juan, Arcipreste (de Hita), 108, 109, 110, 111, 201, 318
Ruiz y Flores, Leopoldo, 330, 338

S

Sahagún, Bernardino de, 267
Saint-Pierre (Jacobo Enrique Bernardino), 184
Salado Alvarez, Victoriano, 194, 239, 240, 241, 242, 258, 317
Salas Barbadillo, (Alonso Jerónimo), 133
Salazar, Abel, 321
Salazar y Torres, Agustín, 142
Salvá, Vicente, 75
San Agustín, 73, 88, 266
Sánchez, Alfonso, 121
Sánchez, Eusebio, 240
Sánchez, Raimundo, 52, 92, 311, 346
Sánchez, Tomás Antonio, 105
Sánchez Barbero, Francisco, 146
Sánchez Talavera, Fernán, 127
"Sancho Polo", (véase: Rabasa, Emilio)
San Jerónimo, 201
San Martín, (Juan José), 183
Santa Anna, (véase: López de Santa Anna, Antonio)
Santa María, Javier de, 165
Santa Oria, 106
Santa Rosa, Conde de, 55, 68
Santa Teresa, 131, 212, 274
Santillán, Marqués de, (Mendoza, Fray Iñigo de), 97, 101, 126, 127, 128, 129, 130, 268
Sarabia, (Juan), 365
Sarmiento, Domingo Faustino 21, 27, 212
Scott, Walter, 184
Scylax, 304
Schiller, (Federico), 184
Schubert, (Francisco Pedro), 186
Schwob, Marcel, 66

Schumann, (Roberto), 42
Secchi, (Angel), 76
Selgas, José, 312
Séneca, 26
Segura, José Sebastián, 337
Sesa, Duque de, 230
Shakespeare, (Guillermo), 130, 294, 315
Sierra, (Justo), 158
Sierra, Justo, 11, 21, 46, 75, 212, 235, 321, 322, 337, 356, 358, 359
Sierras, los, 46
Sigüenza y Góngora, (Carlos de), 15, 174, 270-271
Silva, José Asunción, 186, 188, 321, 328
Silva y Aceves, Mariano, 324
Silva, (y Alvarez Tostado), Atenógenes, 92
Simónides, (de Ceos),191
Sócrates, 10, 27, 62, 189, 349, 317
Soderini, Pedro, 306
Sófocles, 58, 189, 244
Solana, Rafael, 225
Solórzano, Juan de, 308
Sosa (Francisco), 46
Stirner, Max, 322
Sullivan, J. W. N., 88
Swinburne (Algernón Carlos), 319
Synge, John M., 67

T

Tablada, José Juan, 11, 71, 186, 207, 208, 209, 218, 221, 222, 312, 313, 314, 316, 317, 318, 319, 321, 326
Tácito, 246
Taine (Hipólito Adolfo), 294
Tamayo y Baus (Manuel), 58
Téllez, Juan, 322
Temístocles, 117, 245
Tennyson (Alfredo), 76
Teócrito, 142
Teresa, Fernando de, 351
Terrazas, Francisco de, 233
Theotocupuli, Domingo (El Greco), 295
Tiberio, 148
Timoneda (Juan de), 97
Tirso de Molina, 268, 277
Tirteo, 185
Tito Livio, 57, 58, 59
Tolstoi (León, conde), 287
Torquemada, Fray Tomás de, 317
Torres Bodet, Jaime, 19, 222, 223, 224, 252, 323
Torres Caicedo, José María, 205
Torres Quintero, Gregorio, 71
Torri, Julio, 297, 311, 323, 324, 325, 326, 328
Toscanelli, 306
Toscano, Carmen, 225
Toussaint, Manuel, 306
Triana, Rodrigo de, 28
Tzara, Tristán, 223

U

Ugarte, Manuel, 318, 320
Ugarte, Salvador, 178
Unamuno (Miguel de), 319, 322
Urbina, Luis G., 11, 165, 169, 195, 205, 207, 215, 217, 220, 236, 297, 315, 317, 318, 321
Urquiza, Concha, 226, 227
Urueta, Jesús, 11, 218, 313, 314, 316, 318, 326
Urrea, Pedro Manuel de, 100

V

Vaca de Guzmán (y Manrique, José María), 113
Valbuena (Bernardo de), 68, 170, 213
Valdegamas, Marqués de, 72
Valdés, Alejandro, 197, 201, 204
Valdivia, Pedro de, 35, 179
Valencia, Guillermo, 186, 319, 321
Valencia, Fray Diego de, 102, 124
Valenzuela, Jesús E., 218, 313, 314, 315, 316, 317, 321, 326
Valera, Juan, 212, 312
Valéry, Paul, 248
Valle Arizpe, Artemio de, 8
Valle-Inclán, Ramón del, 66, 195, 319
Valle, Juan, 161
Valloton, 317
Varona, Enrique José, 21
Vasconcelos, José, 19, 44, 324
Vaux, Clotilde de, 84
Vázquez de Espinosa, P. Antonio, 262

Vázquez de Mella, Juan, 312
Vázquez, Jorge Adalberto, 228
Vega Albela, Rafael, 225
Vela, Arqueles, 223
Velázquez (de Silva) Diego, 283, 295
Vélez de Guevara (Luis), 104
Veracruz, Fray Alonso de la; (Gutiérrez, Alonso), 174, 266, 267, 277
Verlaine, (Pablo), 312
Vespucio, Américo, 179, 306, 307
Vico (Juan Bautista), 246
Vigil, José María, 70, 72, 177, 239, 240, 241, 242, 258
Villa, Francisco, 361, 362, 364, 365, 366, 373
Villaespesa, Francisco, 298
Villalobos Ortiz, José, 222
Villarreal (Antonio), 365
Villasandino (véase: Alvarez de Villasandino, Alfonso)
Villaurrutia, Xavier, 222, 224
Villena, Enrique de, 128
Villon, François, 319
Virchow (Ridolfo), 76
Virgilio, 332
Vitoria, Francisco de, 44
Vinci, Leonardo de, 27
Virgilio, 26, 96, 129, 142, 219
Vives, Luis, 267

W

Wagner (Ricardo), 313
Waldseemuller, Martín, 307
Werfel, 274
Wilson, Woodrow, 193, 300
William, Theodore, 27
Wolter, Federico, 215

Y

Yanga, 21
Yáñez, Agustín, 239, 252, 253, 255, 256, 257, 258, 259
Yáñez Pinzón, Vicente, 307, 308, 309
Yutang, Lin, 73

Z

Zapata, Emiliano, 361, 364
Zárraga, Angel, 209, 322
Zavala, 46
Zavala, Jesús, 228
Zea, Leopoldo, 225
Zenea, Juan Clemente, 184
Zerón Zapata, Miguel de, 262
Zorrilla (y Moral José), 214
Zumárraga, Fray Juan de, 174, 176, 235, 264, 266

INDICE GENERAL

Tres Personalidades, por Alfonso Cravioto 7
Poesía y acción, por Carlos González Peña 11
La palabra, vida del pensamiento, por Miguel Alemán 19
El Congreso de Academias, por Nemesio García Naranjo 23
Interinfluencia del maya con el español de Yucatán, por Antonio Mediz Bolio 29
Respuesta al anterior discurso, por Genaro Fernández MacGregor .. 42
Fernando Calderón Beltrán, por Francisco Monterde 51
Contestación al anterior discurso, por Julio Jiménez Rueda 65
El desenvolvimiento histórico de las sociedades humanas, por Agustín Aragón 70
Contestación al anterior discurso, por Genaro Fernández MacGregor 83
Las aves en la poesía castellana, por Salvador Novo 92
Contestación al anterior discurso, por Carlos González Peña 167
José Toribio Medina y la bibliografía, por Alberto María Carreño ... 172
El poeta libertador, por Nemesio García Naranjo 183
Las fábulas de Fray José Manuel Martínez de Navarrete, por José María González de Mendoza 194
Contestación al anterior discurso, por Francisco Monterde 207
La poesía mexicana moderna, por Antonio Castro Leal 212
Contestación al anterior discurso, por Genaro Fernández MacGregor. 230
La enseñanza de la retórica, por Agustín Yáñez 239
Contestación al anterior discurso, por Jaime Torres Bodet 252
El humanismo, el barroco y la contrarreforma en el México virreinal, por Julio Jiménez Rueda 260
Respuesta al anterior discurso, por Francisco Monterde 272

Don Quijote. Una impresión, por Isidro Fabela 279
Contestación al anterior discurso, por Alfonso Cravioto 297
Hispanoamericanismo, por Alberto María Carreño 302
La revista moderna de México, por Julio Torri 311
Contestación al anterior discurso, por Alejandro Quijano 323
Francisco Banegas Galván, Obispo de Querétaro, historiador, pedagogo, literato, por Luis Ma. Martínez 329
La personalidad de Monseñor Martínez a través de su obra, por Alejandro Quijano 337
Apunte sobre una personalidad, por Martín Luis Guzmán 345
Respuesta al anterior discurso, por Carlos González Peña 369
Indice Onomástico 373